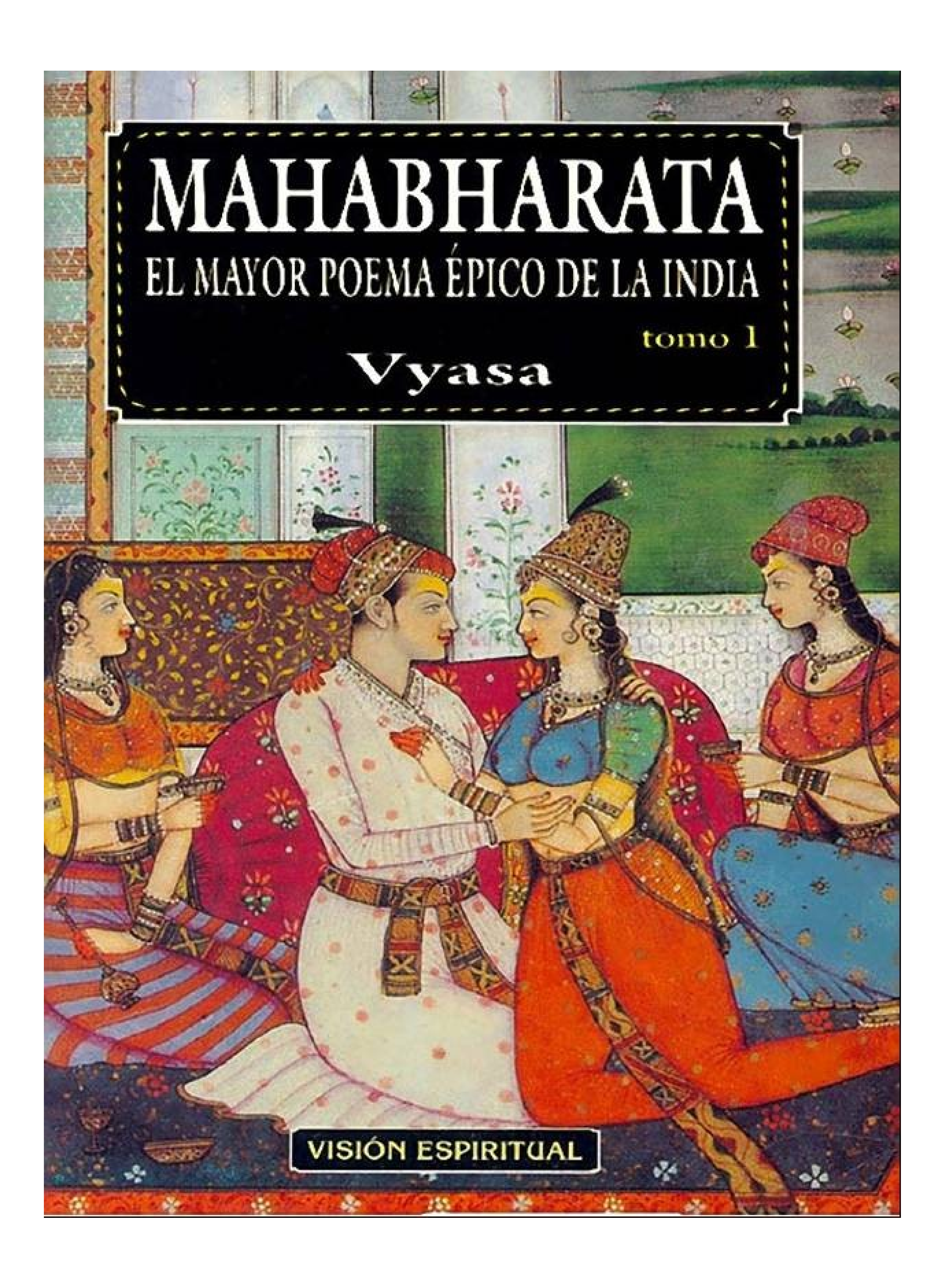

MAHABHARATA
EL MAYOR POEMA ÉPICO DE LA INDIA
tomo 1
Vyasa
VISIÓN ESPIRITUAL

EL MAHABHARATA

TOMO 1

El mayor poema épico de la India

Vyasa

INTRODUCCIÓN

A través del extracto del Mahabharata denominado Bhagavad Gita diálogo religioso y filosófico entre Krishna y Arjuna (un dios y un héroe), la literatura sánscrita se da a conocer por vez primera en Europa. Este bello poema, traducido del texto original al inglés por Wilkins, aparece en Londres en 1785.

En España aparece una primera traducción al castellano en 1905 efectuada por el teósofo y científico Roviralta Borrell (1856-1926). El drama de Sakuntala, traducido al inglés por William Jones, no aparece hasta el 1789. Estas dos ediciones fueron acogidas con gran interés en su aparición, pero la época no era favorable a los estudios literarios. Las guerras, que se sucedieron hasta el final del primer Imperio, pronto absorbieron toda la atención de Europa.

Tales guerras impidieron durante largo tiempo que la literatura india alcanzara, como lo hizo después, el rango que merece ocupar.

Sin embargo, el final del siglo dieciocho trajo consigo el despertar hacia la literatura india; Alemania se había preparado también hacia este nuevo estudio, y en 1808, Fréderic Schlegel publicaba una obra sobre la lengua y sabiduría de los indios, conteniendo extractos del Ramayana, del Mahabharata y del código de Manú. Fréderic Schlegel dejó, al morir, inconclusa una traducción completa del Mahabharata.

El primer texto sánscrito impreso en Europa, es la recopilación de fábulas denominada Hitopadesa, que aparece en Londres en 1810. El segundo, impreso también en Londres en 1819, es el célebre episodio de Nala, editado por F. Bopp, incluyendo una traducción latina.

Esta última obra, así como el Bhagavad Gita, mencionado al principio, es un extracto del Mahabharata que, posteriormente, fue impreso en su totalidad en Calcuta, en los años 1834— 1839. A partir de esta edición príncipe, se han traducido un número considerable de episodios tomados aquí y allá en los dieciocho libros que componen el poema, que reúne cerca de doscientos mil versos.

No tenemos noticias de traducciones completas posteriores a la publicada en Calcuta y que volvió a aparecer revisada y en edición crítica en 1863, hasta la publicada por el Bhandarkar Oriental Research Institute en 1937. Es a partir de los años sesenta cuando más traducciones se realizan, mereciendo especial atención la realizada por Kisari Mohan, publicada en India en 1975 por Munshiram Mancharlsl y la editada recientemente por la Universidad de Chicago a cargo de J. Van Butenen.

Traducción de la obra completa en otra lengua europea que no sea la inglesa no existe, sí ediciones resumidas entre las que cabe destacar la hecha en lengua francesa por B. Duprat y otra italiana, publicada en 1933, a cargo de Carlo Fornichi.

En España no ha habido ninguna traducción, ni completa ni resumida, del Mahabharata, a excepción de una pequeña adaptación en lengua catalana que hizo C. A. Jordana, de apenas ochenta páginas, y que se publicó en Barcelona en 1935 con el título de L'epopeia deis Baratas.

Con esta primera traducción resumida al castellano del Mahabharata, creemos que hemos conseguido ofrecer al lector sino una traducción completa sí una adaptación lo suficientemente extensa como para recoger lo esencial de tan importante obra así como el espíritu de la misma. Para ello nos hemos servido de la edición revisada, antes mencionada, publicada en Calcuta en 1863, que hemos cotejado con las publicadas posteriormente.

No es de extrañar que la extensión de esta epopeya gigantesca haya supuesto el principal obstáculo a su total traducción. Y, sin embargo, bien merece ser traducido este poema, que sólo él representa toda una biblioteca, puesto que en él encontraremos tanto historia, bajo forma de genealogía, como tratados de teología, de filosofía, de legislación o de política; siendo lamentable que la obra cuyos extractos han sido los primeros en hacernos apreciar la poesía india, sea aquella cuya traducción se haya hecho esperar por más tiempo.

Habituados a tomar como justa medida las proporciones de la 'liada y la Odisea los lectores europeos difícilmente se acostumbrarán a la idea de un poema que abarque diez volúmenes. Tal hecho no debería inducirnos a pensar que los indios carecen del arte de expresar una acción heroica por medio de poemas, como aquellos a los que estamos habituados. La similitud que ofrece el Ramayana respecto a nuestras obras clásicas, así como otros poemas indios, apoyan lo anteriormente dicho.

Habría que tratar de situarse, por otro lado, en el escenario donde se compuso el Mahabharata, y dejar que nuestra imaginación nos transporte a un clima donde la naturaleza, dotada de un gran poder, genera flores y frutas con profusión, trayendo a la vida animales de todas las especies; donde las cañas alcanzan la altura de grandes árboles, formando verdaderos bosques, bajo cuyos frondosos ramajes pasean los elefantes, que los poetas se complacen en comparar a colinas.

De hecho, lo que agranda el volumen del Mahabharata, son los episodios y leyendas que se han intercalado sin cuidar en absoluto las proporciones. Desprendido de todo lo relativo a la acción propiamente dicha, este poema seguiría siendo una obra grande, pero se aproximaría más a las exigencias de la poesía de Occidente, ya que vendría a albergar alrededor de veinticuatro mil dísticos[1].

El Mahabharata se compone de dieciocho Parvas (cantos o libros), que contienen, se dice, cien mil slokas o dísticos. La edición impresa en Calcuta contiene ciento siete mil trescientos ochenta y nueve slokas, incluyendo el suplemento llamado Harivança, compuesto por dieciséis mil trescientos setenta y cuatro dísticos, que con certeza no pertenecían al Mahabharata original. La parte auténtica del poema debía ser primitivamente mucho menos extensa. Tal vez sólo contenía veinticuatro mil dísticos, sin incluir los episodios. Algunos de dichos episodios provienen de traducciones dudosas; otros nacen naturalmente del tema, y algunos probablemente se remontan a una gran antigüedad. El poema se atribuye a Krisna-Dvaipayana, el mismo que arreglo los Vedas, lo que le ganó el sobrenombre de Vyasa o compilador.

Vyasa era padre de dos príncipes, Pandu y Dhritarashtra, cuyos hijos juegan el papel principal en el poema, e hizo aprender su obra a su discípulo Vaicampayana, quien lo recitó durante un gran sacrificio celebrado por Djanamedjaya, biznieto de Arjuna, uno de los héroes del poema.

Tal y como se nos ha transmitido, el Mahabharata fue recitado, según la tradición, por Ugrasravas, hijo de Lomaharchana, ante los Riáis o sabios, reunidos con ocasión de una solemnidad en el bosque de Naimicha.

El Mahabharata trata de la guerra entre los hijos de los dos hermanos Pandu y Dhritarashtra, para obtener el peder supremo en la India.

Los hijos de Pandu eran cinco: Yudishthira, Bhima y Arjuna, por parte de Pritha, una de sus mujeres, llamada Kunti; y Nakula y Sahadeva por parte de Madri, su segunda mujer.

La familia de Dhritarashtra era mucho más numerosa.

De Gandhari, hija del rey Subala, tuvo cien hijos y una hija, Dussala, quien desposó a Djayadratham, rey de los Saindharas. Tuvo también un hijo nacido de una sirviente.

He aquí cómo Gandhari engendró a un número tan grande de hijos. En una ocasión en que el sabio Vyasa se dirigía a su casa, exhausto de hambre y fatiga, habiéndolo recibido ella con grandes y cuidadosas atenciones, él, en recompensa, le prometió otorgarle el don que ella eligiese. Ella le pidió cien hijos iguales a su esposo y pronto quedó encinta, que dando en tal estado durante dos años, sin traer ningún hijo al mundo. Se enteró entonces que su cuñada Kunti había sido madre de un hijo tan bello como el sol, lo cual la llenó de irritación.

Enloquecida por la pena, se abrió el pecho, sin decir nada a su esposo. De su pecho salió una masa de carne dura como la piedra y el hierro. Vyasa, apenas se hubo enterado, se apresuró a llegar junto a Gandhari, quien exclamó: " Esta masa he engendrado en lugar de cien hijos!"

Vyasa le respondió: "Lo que prometí se cumplirá, pues jamás pronuncié yo palabra vana, ni siquiera aun enemigo." Después hizo excavar y rellenar con mantequilla purificada cien agujeros como los utilizados para el fuego sagrado. Puso en cada uno de ellos un trozo del tamaño de un dedo de la masa de carne que él mismo había dividido, retirándose después a la montaña para entregarse a las austeridades, recomendándoles que guardaran bien estos agujeros y los abrieran en el momento conveniente. De este modo nacieron Duryodhana, sus hermanos y hermana, pues se halló un nuevo fragmento, que hacía el ciento uno.

El primogénito Duryodhana era quien se mostraba más hostil hacia sus primos los Pandavas.

Aunque Pandu 'el pálido', como su nombre parece indicar, era mayor que Dhritarashtra, fue considerado incapaz de suceder a su padre a causa de su palidez[2].

Fue obligado a ceder sus derechos a su hermano y se retiró a las montañas del Himalaya donde nacieron sus hijos y donde él murió. Se produjo entonces un debate entre Kunti y Madri, sus dos mujeres, quienes se disputaron el honor de ser incineradas con él. Fue Madri, su segunda esposa, quien subió al crematorio, dejando sus dos hijos al cuidado de Kunti.

Después de la muerte de Pandu, sus hijos, aún niños, fueron conducidos a Hastinapostra por los ascetas compañeros de su soledad, y presentados a Dhritarashtra como sus sobrinos. Al principio se levantaron varias dudas sobre la legitimidad de su nacimiento; pues, en efecto, sólo eran hijos de Pandu por adopción; pero al haber sido reconocidos por él como hijos, los jóvenes príncipes fueron recibidos por Dhritarashtra como sobrinos y educados junto a sus hijos.

El 'Adi Parva', 'El primer libro', contiene la genealogía de las dos familias, y describe las circunstancias del nacimiento y de la educación de los príncipes. En él se ve surgir la enemistad que pronto dividirá las dos familias. La malevolencia de los hijos de Dhritarashtra con respecto a sus primos se hace más y más grande hasta llevarlos al punto de prender fuego a la casa donde habitan con su madre Prita. Advertiros a tiempo, los Pandavas se escapan por un pasaje subterráneo haciendo creer que han perecido entre las llamas, retirándose en secreto a los bosques, tras haber adquirido las maneras y costumbres brahmánicas. Durante este periodo oyen hablar del Svayambara[3] de Draypadi, y se dirigen a la ceremonia para intentar obtener la mano de la joven princesa. Arjuna, el tercero de los cinco hermanos, es elegido por Draypadi, cuando se esparce el rumor de que los hijos de Pandu aún viven y los ministros del rey Dhritarashtra mueven a éste a hacer regresar a sus sobrinos y a dividir su soberanía con igualdad entre éstos y sus hijos. Yudishthira y hermanos obtuvieron en el reparto una provincia al borde de la Djumna, cuya capital era Indraprastha. Duryodhana y hermanos reinaron sobre Hastinapura, junto al Ganges.

Pero nuevos motivos de odio y envidia no tardarán en resurgir a causa de las pretensiones de Yudhishthira a celebrar el sacrificio del Radjasuya, durante el cual los príncipes.

A partir de este acontecimiento comienza el tercer libro, el 'Vana Parva', 'libro del bosque', donde se encuentra el bello episodio de Nala y Damayanti. El Kairata Parva, 'libro del montañés', que se encuentra en este volumen, pertenece a este tercer libro.

Al final del doceavo año que debían pasar en el bosque, los Pandavas se ponen al servicio del rey Virata, bajo distintos disfraces. Sus aventuras a partir de aquel momento, son narradas en el 'Virata Parva', el cuarto libro. Se ganan el aprecio del rey al que sirven, y, al final del treceavo año, cuando se dan a conocer al rey y éste se torna en su aliado para ayudarles a vengarse y reclamar sus derechos a la soberanía.

El quinto libro, 'Udyoga Parva', describe los preparativos para la guerra de las dos partes, enumerando los príncipes que se alistan a uno y otro lado. Entre ellos se encuentra el rey Dvaraka, Krishna, encarnación de Vishnu. Krishna, ligado a las dos familias por su nacimiento, no puede decidirse a elegir entre las dos partes, pero sabiendo de antemano lo que sucederá, propone a Duryodhana la opción entre ayudarle a él, como individuo aislado, y la cooperación con un gran ejército. Duryodhana elige desacertadamente esta última, y Krishna, quien, en sí mismo, es más que un ejército, se une a los Pandavas, y se encarga de conducir el carro de Arjuna, su amigo y favorito, llegando a ser de este modo, el principal instrumento del triunfo de sus aliados.

Los cuatro libros que siguen se consagran a la descripción de batallas que libran los dos ejércitos enemigos en la llanura de Kurukshetra[4].

Los de Duryodhana van al mando de Bishma, su tío abuelo, de Drona, su preceptor militar, de Karna, rey de Anga y amigo suyo, y finalmente, de Salya, rey de Madro, su aliado.

La descripción de las operaciones militares de cada uno de los jefes conforma un libro que lleva su nombre. En el noveno libro, el 'Salga Parva', Duryodhana en persona muere a manos de Bhima, en un singular combate de porras, arma en cuyo manejo ambos eran destacados diestros. Algunos de los jefes sobrevivientes por la parte de Duryodhana, intentan entonces vengar la muerte de sus amigos, atacando durante la noche el campo de los Pandavas. Este episodio constituye el tema del décimo libro o 'Soptika Parva', que juntamente 'con el resto de los libros hemos agrupado en la presente traducción, con el título de "Después de la guerra".

El onceavo libro, 'Stri Parva', describe las lamentaciones de las mujeres de ambas p artes, y la pena del anciano rey Dhritarashtra. Yudishthira en persona testimoniza su pesar por lo sucedido.

El doceavo libro, 'Santi Parva', 'libro de la consolación', ofrece abundantes detalles sobre los deberes de los reyes, la eficacia del don y los medios para obtener la liberación última.

El treceavo libro, 'Anusasana Parva', expone una larga serie de discursos sobre los deberes de la Sociedad en general. Tales discursos son dirigidos a Yudishtira, por Bishma, cuando está a punto de morir. Tanto en este libro como en el precedente, las partes didácticas vienen animadas con leyendas o fábulas que plasman los consejos morales a través de la acción.

Los últimos libros, si bien son más o menos abundantes en episodios, se circunscriben más detalladamente al relato principal. Son también más cortos, y dejan sentir la aproximación del desenlace.

El catorceavo libro, 'Azvamedhika Parva', 'el sacrificio del caballo', describe los detalles de tal ceremonia, celebrada por Yudishthira como prueba de su supremacía.

En el quinceavo libro, 'Asrama Parva', 'libro de la ermita', el rey Dhritarashtra acompañado de su esposa Gandhari y de sus ministros, se retira a una ermita, donde muere.

El dieciseisavo libro, 'Mosala Parva', cuenta la destrucción de toda la raza de los Yandavas, la muerte de Krishna, que pertenecía a esta tribu, y el hundimiento en el Océano de Dvaraka, su capital.

El diecisieteavo libro, 'Mala prasthanika', 'el gran viaje', relata la abdicación de Yudishthira al reinado que ha obtenido con tanto esfuerzo, así como la partida, en compañía de sus hermanos y de Draypadi, su común esposa hacia Meru, la montaña sagrada, a través de los Himalayas.

A medida que van avanzando, la influencia de sus faltas pasadas se vuelve fatal, y cada uno de ellos, sucesivamente, va cayendo sin vida al borde del camino. Sólo queda en pie Y Yudishthira y un perro que había seguido a los viajeros desde la ciudad de Hastinapura. El dios Indra se presenta entonces ante el príncipe para introducirle en el Svarga, la Elísea que él encabeza, pero Yudishthira rechaza entrar a no ser que admitan a su perro. Tras algunas dificultades, Indra consiente en admitir al fiel animal.

El dieciochoavo y último libro, el 'Svargarohana', 'la apoteosis', nos muestra a Yudishthira entrando al cielo en cuerpo. Para su gran pesar, encuentra allí a Duryodhana y los otros hijos de Dhritrarashtra, pero no halla a ninguno de sus hermanos ni a su esposa Draypadi. Inquiere entonces sobre su paradero, negándose a permanecer en el cielo sin ellos.

Un mensajero de los dioses aparece para mostrarle dónde se hallan sus padres y le conduce hasta una especie de infierno, donde encuentra todo tipo de objetos que

inspiran repugnancia y horror. Su primer impulso es de volverse atrás, pero es detenido por los gemidos de voces bien conocidas que le suplican que se quede pues su sola presencia ha dulcificado los sufrimientos de los que le llaman.

Consigue sobreponerse a su repugnancia y se resigna a compartir la suerte de sus amigos del infierno, en lugar de morar en el cielo con sus enemigos. Es la prueba suprema.

Los dioses vienen y aplauden su virtuoso desinterés. Todos los horrores que acaba de ver en su camino se desvanecen; sus padres y sus amigos ascienden con él al cielo, donde tornan a su primitivo estado de personajes celestes, estado que abandonaron temporalmente a fin de tomar una forma humana en la tierra como contemporáneos de Krishna, y trabajar con él en la liberación del mundo de esos malvados seres que, en la persona de Duryodhana, de sus hermanos y aliados, oprimían la virtud y propagaban la impiedad.

El 'Harivansa' es una especie de suplemento del Mahabharata.

Contiene, aparte de la genealogía de Hari, o Vishnu, encarnado en la persona de Krishna, detalles genealógicos, relatos de aventuras y proezas de Krishna, con un gran número de leyendas creadas con el fin de aconsejar el culto a este avatar o reencarnación divina. El carácter del 'Harivansa' indica que es de una fecha bastante posterior a la mayor parte del Mahabharata. Así como la Ilíada y la Odisea, el Mahabharata celebra las hazañas de una generación ya desaparecida y que era capaz de realizar cosas imposibles para los hombres posteriores. Sus valores corresponden a una edad que todo lo juzga a la talla del hombre heroico. Pero a diferencia de los héroes griegos cuyo destino está fuertemente ligado al de los dioses, los héroes que aparecen en el Mahabharata son simplemente herramientas manejadas por una única voluntad divina o cósmica manifestada y expresada en un avatar o reencarnación divina llamado Krishna. El ya sabe el principio y el fin, todo está presente en su mente: todos los personajes son meros juguetes en sus manos en un decorado que son las circunstancias que se precipitan una detrás de otra. Por ello los alienta a prescindir de todo aquello que ellos consideran bien y mal y a afrontar la acción que el destino trae consigo, porque sabe que nadie puede sustraerse a él.

Existe un paralelismo entre el Ramayana y el Mahabharata en cuanto que ambas obras tratan de exponer los deberes de un rey perfecto dedicado a los bramanes y cuya guía es siempre, por encima de todo, el Dharma, el código moral mediante el cual regirá todas sus acciones a pesar de él mismo, de toda su familia e incluso de todo su pueblo. Y la presencia de un avatar quien en definitiva hará que éste triunfe, el objetivo, en definitiva, buscado por el héroe. En el Mahabharata se expresará por la victoria de los Pandavas sobre los Kurus quienes representan respectivamente el reino dhármico y los rakasas o reino inferior o del mal.

Toda esta extraordinaria epopeya, cuyos personajes no son más que personificaciones de las virtudes y defectos, es la fuente donde bebe toda la mitología hindú y donde se nutre una de las mayores religiones del mundo: el hinduismo.

1ra. Parte

ADI PARVA

I

EN LAS ORILLAS DEL GANGES

Al rey siempre le había gustado la caza; era su pasión. Y fue así como un día, mientras cazaba a orillas del Ganges, se encontró con ella. Fue como una visión. Allí estaba, de pie. Su piel brillaba como el oro, sus ojos eran grandes y lustrosos. Con los dedos peinaba sus largos cabellos que le caían sobre el cuerpo como Rahú tratando de cubrir la luna. El rey quedó como paralizado, contemplándola absorto. Le parecía una ninfa que hubiera descendido de los cielos a la tierra para deleite de sus ojos. Se le acercó, y ella, al escuchar el ruido giró y lo miró, y un destello hechizante iluminó su cara. En sus labios se dibujó una tenue sonrisa mientras jugaba dibujando formas en la tierra con la punta de su pie. Un momento después volvió a levantar la mirada posando su vista en él, y el rey advirtió que a ella le gustaba su compañía.

Se acercó. Tomó vacilante su mano entre las suyas, y le dijo:

—Eres muy hermosa. Quiero que seas mía. Soy Santanu el rey de Hastinapura. Me he enamorado de ti y sin ti ya no podría vivir.

Ella le sonrió y dijo:

—Desde el momento en que te vi supe que iba a ser tuya. Seré tu reina, pero con una condición: jamás te opondrás a lo que yo quiera hacer, sea lo que fuera y cuando fuese. En el momento en que no cumplas esto me iré de tu lado y no regresaré jamás.

—Que así sea —dijo el monarca enamorado, y la llevó a la ciudad.

Fue para él la esposa ideal: una compañera en todas las ocasiones. Le complacía inmensamente su encanto, su belleza, sus dulces palabras y sus muchas virtudes. Perdía conciencia del tiempo cuando estaba con ella. Su nombre era Ganga.

Pasaron los días y los meses, y en el transcurso del tiempo Ganga concibió un hijo del rey, el cual se alegró en gran manera, pues al fin había nacido un hijo heredero que iba a asegurarle la descendencia de la casta de los pauravas, ocupando en su día el trono. Se dirigió a toda prisa a los aposentos de la reina. Pero se le informó de que ella ya no estaba. Le dijeron que había salido corriendo en dirección a las orillas del Ganges con el niño recién nacido en sus brazos. El corrió hacia la orilla del río, y allí ante sus ojos horrorizados vio lo que jamás podría borrar de su memoria: Ganga, su amada Ganga, arrojaba el niño recién nacido al río y en su rostro había una expresión que no pudo olvidar durante varios días, torturándolo de continuo. Ella sin embargo ofrecía el aspecto de haberse librado de una pesada carga. El sentía deseos de preguntarle por qué, pero no podía hacerlo, pues se acordaba de lo que le había prometido en el momento de aceptarla como esposa.

Esta misma escena volvió a repetirse un año más tarde. Y al siguiente año volvió a suceder lo mismo. Y así sucesivamente fue arrojando al río los siete primeros hijos del rey. El rey, sin embargo, permanecía en silencio. El amor, dicen, es ciego, pero no es exactamente así: el amor es un ojo extra con el que se ve tan sólo lo que hay de bueno en el ser amado, permaneciendo ciego a todas sus faltas. Para el rey, Ganga era toda su vida. Pero igualmente poderoso era su deseo de tener un heredero. El rey ya no encontraba un momento de paz; y así pasó un año, hasta que el octavo hijo vino al mundo. Ganga otra vez corrió hacia el río con el niño entre sus brazos y el rey enmudeció de furia y amargura, ya no lo podía soportar más, y sin poderse contener corrió detrás de ella, hasta que la alcanzó, la detuvo y por primera vez la recriminó.

—¿Por qué actúas de un modo tan inhumano? —le dijo—: ya no puedo soportarlo más. No entiendo por qué destruyes de esta manera a mis hijos. ¿Por qué lo haces? ¿Cómo es posible que una madre mate a su niño recién nacido? Por favor, dame este hijo. Ya no puedo guardar silencio por más tiempo.

Ganga tenía una extraña sonrisa en sus labios. Estaba triste y feliz al mismo tiempo.

Dirigiéndose al rey muy dulcemente le dijo:

—Mi señor, ha llegado el momento en el que debo irme. Has roto tu promesa. Me iré inmediatamente. Este hijo nuestro vivirá. Me lo llevaré conmigo pero te lo devolveré cuando llegue el momento. Le llamaré Devavrata.

El rey la miraba atónito, no podía entender todo lo que le estaba diciendo. Lo único que entendía era que la mujer que lo era todo para él estaba a punto de abandonarle para siempre, sólo porque le había pedido que no matase a su octavo hijo. Las únicas palabras que pudieron salir de sus labios fueron:

—¿Por qué me haces esto? ¿Es que no ves que mi vida te pertenece y que no 'puedo vivir sin ti? No puedes irte y dejarme abandonado. En un tiempo me amabas y ahora, en nombre de ese amor, te imploro que no me dejes; por favor.

En el hermoso rostro de Ganga apareció una expresión de dolor, y le dijo:

—Mi señor, ¿no entiendes que me voy porque debo hacerlo? Yo, Ganga, pertenezco a los ciclos. He venido a la tierra para hacer un servicio y complacer tu deseo. Yo soy la diosa Ganga, adorada por los dioses y los hombres. Vasishta maldijo a los ocho Vasus a nacer en el mundo de los hombres, pero luego conmovido por sus súplicas, he tenido que descender al mundo de los mortales para ser madre de ellos. Ellos han sido los ocho hijos que he concebido de ti, y ha sido para tu beneficio que así fuera, pues tú ascenderás a las regiones superiores por el servicio que has hecho a los ocho Vasus. Te contaré cómo fueron maldecidos por Vasishta:

"Un día fueron los Vasus a la montaña con sus esposas, y mientras vieron por un camino la ermita de Vasishta. Uno de ellos vio a Nandini, la vaca de Vasishta, que pastaba allí. La divina belleza de su forma lo atrajo, llamando la atención de los otros acompañantes hacia aquel armonioso animal.

"Una de las esposas le pidió a su marido que la obtuviese para ella, a lo que él le respondió:

"— ¿Qué necesidad tenemos nosotros, los Devas, de beber leche de vaca? Esta vaca le pertenece al sabio Vasishta, dueño de todo este lugar. Es posible que un hombre se vuelva inmortal bebiendo leche de esta vaca, pero qué beneficio nos reportaría a nosotros que ya somos inmortales. No merece la perla provocar la ira de Vasishta tan sólo para satisfacer un capricho.

"Pero la esposa continuaba insistiendo:

"-Tengo una compañera en el mundo de los mortales y es por ella que te lo pido; podemos irnos con la vaca antes de que regrese Vasishta. Por favor, hazlo por lo que más quieras, este es mi más profundo deseo.

"Finalmente su esposo cedió, y entre todos los Vasus cogieron la vaca y se la llevaron con ellos. Cuando Vasishta regresó a la ermita, notó la falta de la vaca, pues le era imprescindible para sus rituales diarios. Y usando el poder del yoga enseguida vio todo lo que había pasado. La ira se apoderó de él y pronunció una maldición contra los Vasus. El sabio, cuya única riqueza era su austeridad, les condenó a que nacieran en el mundo de los hombres.

Cuando los Vasus supieron que habían sido maldecidos se arrepintieron, aunque ya era demasiado tarde, y recurriendo a la misericordia del sabio, le imploraron perdón. Vasishta les dijo:

"-La maldición ha de seguir su curso. Aquel de vosotros que decidió coger la vaca vivirá en el mundo durante más tiempo aunque en plena gloria, pero los otros seréis liberados de la maldición en cuanto nazcáis. No puedo retirar mis palabras, pero de esta forma suavizaré vuestra maldición.

"Tras lo cual Vasishta depositó de nuevo su mente en la práctica de la austeridad y el yoga, cuyos efectos habían disminuido ligeramente por la ira. Los sabios que practican la austeridad adquieren el poder de la maldición, pero cada vez que usan ese poder reducen su cúmulo de méritos.

"Los Vasus se sintieron aliviados y se acercaron a mí, la diosa Ganga, y me rogaron que fuera su madre; me pidieron que descendiera a la tierra para engendrarlos y arrojarlos inmediatamente al río en cuanto nacieran, liberándolos así de la maldición. Por otro lado tú en tu nacimiento anterior, eras el gran rey Vihsak. Una vez estabas en la corte de hidra y al llegar yo me miraste con ojos de deseo y quisiste que fuera tuya. A los moradores de los cielos no les gustó esto y te enviaron a la tierra para nacer como el rey Santanu, el hijo de Pratipa. De este modo nuestro amor se ha hecho posible y hemos sido felices.

—Mi señor no trates de detener la marea del tiempo. Las cosas que han sido ordenadas han de suceder. Ni tú, ni yo, ni todos los dioses pueden alterar el orden de las cosas que han de suceder.

Cuando el velo de la ilusión se aparta y se les permite a los ojos ver la verdad, nos damos cuenta de que los ojos no son suficientemente fuertes para resistir su presencia. Lo mismo le ocurría al rey. Ganga, la diosa de los cielos, pensó que era adecuado jugar el papel de esposa suya, pero Santanu, un mero mortal, no era lo suficientemente fuerte para sobrellevar tal honor. Su mente rechazaba enfrentarse a la verdad. Se quedó como mudo cuando escuchó lo que Ganga le había dicho. Era demasiado para él. Como consecuencia veía dos cosas: la primera era que Ganga le abandonaría para siempre, la segunda que ahora tenía un hijo, el cual podría ocupar el trono para perpetuar el nombre de los Pauravas. A Ganga le resultaba fácil adivinar las emociones que pasaban por la mente de Santanu y con una mirada de amor y compasión se dirigió al rey diciendo:

—Mi amado, por favor no te apenes, cuidaré muy bien de nuestro hijo. Será un gran hombre. Será el mayor de todos los Pauravas que hasta ahora han ocupado el trono de la raza de la luna.

Después de decir esto Ganga desapareció ante sus ojos. Santanu permaneció durante horas rememorando aquellos momentos lleno de dolor. Y después de algún tiempo emprendió camino de regreso a su casa con una expresión de resignación, pues sabía que era únicamente la soledad lo que le estaba esperando.

II

DIECISÉIS ANOS MÁS TARDE

Ya habían pasado dieciséis años. Hay corazones rotos que jamás desfallecen, y el rey era uno de ellos. Su vida estaba ahora vacía. Vivir para él ya no tenía sentido. Pero no dejó que eso afectase en absoluto a su reino. Era un rey ideal. Sus súbditos estaban muy felices con él. Su único placer como pasatiempo era la caza. Siempre estaba cazando por las orillas del Ganges, pues fue allí donde un día encontró la felicidad. Y un día mientras vagaba a lo largo de la orilla, sus ojos quedaron sorprendidos ante una extraña visión. El río no fluía. Parecía como si algo hubiera detenido su curso. Lleno de curiosidad siguió caminando por la orilla y vio una hilera de flechas que habían sido clavadas unas junto a otras de tal forma que ni una sola gota de agua podía pasar entre ellas. Santanu se quedo petrificado, sorprendido ante aquel repentino embalse que se había producido en el río. Pero pronto se dio cuenta que no estaba solo: Ganga, su amada Ganga, estaba de pie a su lado, con una dulce y serena sonrisa. El rey se sintió desbordado, y mirándola con los ojos llenos de lágrimas le dijo:

—Ganga, por fin te has compadecido de mí. Todos estos años los he pasado en soledad; me he sentido tan solo. Te quiero y no puedo vivir sin ti. Por favor regresa a mí. Me has perdonado, ya lo sé, de otra forma no habrías vuelto. Vámonos corriendo a la ciudad y vivamos felices de nuevo.

Ganga le miró con una expresión de lástima en sus ojos y le dijo:

—Mi señor, todo eso está ya en el pasado. Cuando el sol se pone en el atardecer de un día es tonto pedirle que regrese para poder vivir ese día de nuevo. Por supuesto que el sol volverá, pero sólo para manifestar un nuevo día. Nadie puede retroceder ni un solo momento. Dejemos todo eso a un lado y permíteme decirte por qué he venido: ¿Ves el río detenido?

—Sí —le contestó el rey—, eso fue lo que me detuvo como hechizado. Dime Ganga ¿quién es el que te está deteniendo embalsada a ti, quien toda la riqueza de mi amor no puede detener?

Mientras ellos hablaban se produjo de repente un ruido ensordecedor. Era el rugir de las aguas del río, cuyo curso ya había sido liberado del embalse. Desde la distancia se les acercaba a toda velocidad un muchacho: un bello joven, cuyo noble rostro brillaba con gran energía. Abrazó a Ganga y le dijo:

—¡Madre! ¡Madre! ¡Yo contuve el río! ¡Una vez más he conseguido hacerlo!

Ganga, mirando al rey que estaba totalmente asombrado, le dijo:

—¡Es tu hijo! —Luego se volvió al joven y le dijo—: Devavrata, este es tu padre, salúdale.

Santanu extendió sus brazos hacia su hijo y le abrazó. Y Ganga dijo:

—Esta es la razón de mi venida. Te he traído a tu hijo, llévatelo contigo, él alegrará tu vida. Conoce todas las artes que un Kshatrya debe conocer. Vasishta ha sido su guru. De él ha aprendido los Vedas y los Vedangas. De Brihaspati, el gurú divino, ha aprendido la ciencia de la política. Y condescendiendo a mi ruego, Bhargava, el enemigo de los Kshatryas, le ha enseñado el arte de manejar el arco. Mi hijo es ahora un maestro en todas las artes. Le he preparado para que sea un digno heredero del trono de los Pauravas. Aquí te entrego a este héroe. Llévale a la casa de los héroes. —Y Ganga desapareció.

El rey emprendió camino de vuelta hacia el palacio tal y como lo había hecho dieciséis años atrás. Pero esta vez no regresaba solo. Su hijo, el hijo de Ganga, estaba a su lado.

Santanu estaba orgulloso de su apuesto hijo, digno de ser la única obsesión del rey que durante tanto tiempo había estado en soledad. Juntos, hijo y padre, galoparon hacia Hastinapura.

III

LA HIJA DEL PESCADOR

Pasaron cuatro años. En compañía de su hijo el rey pasó muchos felices días. Santanu estaba contentísimo con él y Devavrata era un hijo ideal. Parecía como si quisiera recompensar a su padre por todos los años de soledad que pasó. Eran inseparables. El rey coronó a Devavrata como heredero legítimo al trono y todos los súbditos del reino se sintieron muy felices. Mas el destino, mientras tanto, tenía un juego oculto para ellos.

Un día de tantos el rey había salido a cazar. Iba solo, y en un momento dado, mientras buscaba una presa, un extraño perfume embriagó sus sentidos. Era un perfume que jamás había conocido antes. Se sintió raptado por su dulzura, y arrastrado por este extraño perfume, el rey siguió el aroma buscando su procedencia. Lo siguió y lo siguió, hasta que al final de su búsqueda vio que la fuente de tal perfume era una mujer. Había llegado a las orillas del río Yamuna. Allí en la orilla del río se encontró con una mujer muy hermosa que estaba atando una barca. Su forma no tenía defecto alguno, era perfectamente bella. No habían palabras para describir la belleza de sus formas. Sus ojos miraban al suelo arrobados por la timidez, como si no pudiera soportar la intensidad de la mirada del rey. Estaba vestida como una pescadora.

Santanu la miró lleno de deseo, se acercó a ella y le dijo:

—¿Quién eres tú? ¿qué estás haciendo aquí?

Ella le contestó con voz muy suave:

—Soy una pescadora: Mi padre es el rey de los pescadores. Mi tarea es hacer travesías con la barca de una orilla a otra del río.

El rey fue inmediatamente a donde estaba el padre de la muchacha y le dijo:

—Soy Santanu, el monarca de la raza lunar y vengo de la ciudad de Hastinapura. Cuando estaba cazando en el bosque percibí un extraño perfume, le seguí el rastro hasta la orilla del Yamuna y allí me encontré con una hermosa mujer. Ella me ha dicho que es tu hija, y yo quiero que sea mi esposa.

El astuto rey de los pescadores le contestó:

—Es cierto mi señor, el perfume que percibiste proviene de mi hija, y sé que en el mundo entero no hay persona más apropiada para casarse con mi hija que vuestra señoría. Ser la reina del monarca Paurava es el honor más grande que puede recaer sobre una pobre muchacha pescadora. Tengo la intención de entregarte a mi hija en matrimonio. Pero hay una condición, y si tú estás dispuesto a aceptarla, mi hija será tuya.

El rey estaba impaciente, y le dijo:

—Si es posible concederte lo que me pides con certeza te lo concederé.

El pescador le dijo:

—Alguien ha predicho que el hijo de mi hija será el heredero del trono del reino. Si me prometes que el hijo que nazca de ella será el rey de Hastinapura que reinará después de ti, te daré a mi hija con sumo gusto.

El rey enmudeció, estaba pensando en Ganga, en el día en que le trajo a Devavrata y le dijo: "Aquí te entrego a este héroe. Llévalo a la casa de los héroes." La cara de su hijo bienamado vino inmediatamente a su mente, el hijo a quien ya había coronado como legítimo heredero. Pensó en el compromiso de amor que le unía a Devavrata y sin pronunciar palabra alguna Santanu regresó a su carroza. Con el corazón dolorido y sintiendo un profundo deseo por lo inalcanzable, el rey regresó a la ciudad.

IV

EL VOTO DE CELIBATO

Devavrata encontró a su padre repentinamente cambiado. Ya no existía aquella felicidad que surgía de la relación perfecta que existía entre ellos. Este nuevo padre ya no le hablaba, incluso aunque se lo pidiese. El príncipe trató de irse a él para descubrir la causa de este desinterés. Pero sus intentos fueron inútiles. El rey había perdido interés por todo, incluso por su pasatiempo favorito: la caza. Después de mucho tiempo, un día el rey le habló a Devavrata, y le dijo así:

—En esta gran Casa de los Kurus, tú eres mi único hijo. Representas para mí más de cien hijos juntos —no es que pretenda casarme de nuevo— pero me preocupa el hecho de que eres mi único hijo. Dios te ha otorgado una larga vida. Pero mi mente está turbada. Los sabios dicen que tener un solo hijo es como no tener ninguno. Tú eres un gran guerrero y si algo te ocurriera en alguna de las guerras el gran linaje de los Kurus quedaría sin heredero, se destruiría. Esta es la preocupación que está causando estragos en mi mente.

El príncipe permaneció en silencio unos momentos. Su inteligencia había penetrado a través de la pantalla de palabras tras las cuales el rey pretendió ocultarle lo sucedido. Fue a donde estaba su auriga y en tono muy directo le preguntó:

—Eres un amigo confidencial de mi padre, dime ¿quién es la mujer que ha capturado su corazón? Dímelo, quiero hacer lo que sea para ver a mi padre feliz.

Después de dudarlo mucho el auriga le dijo vacilante:

—Es la hija de un pescador. Tu padre se enamoró de ella y le pidió su mano a su padre. Y él a cambio le puso una condición: que el hijo que tenía que nacer de ella debía ser nombrado rey en el trono de los Pauravas. Tu padre pensó en ti, y sintiéndose impotente regresó a Hastinapura.

Sin decirle nada a su padre, Devavrata partió hacia el bosque y no se detuvo hasta que llegó a la aldea de los pescadores. La mujer a quien su padre amaba estaba allí, en la orilla del río Yamuna. Davavrata la saludó y le invitó a venir al palacio. Pero su padre se interpuso saludando al príncipe con el debido respeto. El príncipe le habló muy claro y directo:

—¿Qué quieres? ¿es que no te parece suficiente honor que el rey del mundo entero venga a pedirte un favor?

—Mi señor dijo el pescador, alguien predijo que el hijo de Satyavati sería un monarca. Yo os conozco bien, sé que sois el príncipe heredero y que el rey os ama mucho. Por eso no me respondió cuando le dije mi condición. Y ahí concluyó todo.

Davavrata hizo un gesto de desagrado por la astucia del pescador. Que su padre quisiera algo y no pudiera conseguirlo era algo inimaginable para él. Le dijo:

—Quieres que tu nieto sea el rey que siga a mi padre. ¡Pues que así sea! Yo renuncio a mi derecho al trono. ¿Estás satisfecho ahora?

El pescador quedó asombrado con las palabras del joven príncipe, pero aún guardaba un recelo de desconfianza; sonrió y dijo:

—Mi señor, en tu nobleza has renunciado al trono, pero ¿cómo puedo estar seguro de que tus hijos estarán tan desapegados como tú? ¿qué seguridad tengo de que no reclamarán el trono al hijo de Satyavati?

El príncipe se sorprendió del extremo a que llegaba la ambición y astucia de aquel hombre, pero aún así sonrió y le dijo: ¿Aún no estás contento? Te complaceré: No me casaré. Ante todos los habitantes de la tierra, de los cielos y de otras regiones, en nombre de todo lo que es querido y sagrado para mí, en nombre de mi guru Bhagavan Bhargava, en nombre de mi madre Ganga, y en nombre del Dharma, tomo el voto de que jamás me casaré mientras viva. ¿Estás ahora satisfecho?

De los cielos llovieron flores sobre él y por todas partes resonó la palabra "BISHMA" que significa "el que hace un terrible voto y lo cumple." —Aquí la tienes — dijo el pescador—; tu madre. Y puso a Satyavati ante el príncipe.

Devavrata la saludó, la subió a la carroza y partió a toda prisa hacia Hastinapura. Corrió a la presencia de su padre y le presentó a la joven muchacha diciéndole: Padre, la he traído para ti. Por favor, tómala y abandona tu tristeza. Aún resonaban los cielos con el grito de. " ¡BISHMA! ¡BISHMA!".

Cuando Santanu supo todo lo que había pasado sintió una profunda pena, atormentado por un sentimiento de culpa. No podía soportar la idea de que su hijo, tan varonil, tan bello, tan divino, se hubiese autoimpuesto una vida de celibato. Pero la red una vez tejida, ya no se puede destejer. Santanu había conseguido el deseo de su corazón, y en gratitud concedió a su hijo bien amado un don: Devavrata podía morir cuando quisiese y sólo cuando él quisiese.

Para ello el rey usó todos sus méritos acumulados por sus prácticas de austeridades, en un esfuerzo por complacer a su hijo.

Por fin se celebró la boda del rey con Satyavati. El rey vivió varios años con ella, de quien tuvo dos hijos, sus nombres eran Chitrangada y Vichitravirya. Los años

pasaron muy rápidos y el rey, que ya había envejecido, con el tiempo murió. El príncipe Chitrangada era demasiado joven para hacerse cargo del trono, por lo cual Devavrata, mejor conocido como Bishma, tuvo que hacer las veces de regente y nombró al príncipe Chitrangada como heredero legítimo.

Bishma pasó así algunos años. Y sucedió que había un rey Gandharva que se llamaba también Chitrangada y no le gustaba que un mortal tuviera su mismo nombre. Por lo cual retó al mortal Chitrangada a que pelease con él para probar quién era merecedor de tal nombre. Y en el campo de Kurukshetra se celebró la batalla entre ambos, en la que el hijo de Santanu resultó muerto. Bishma se apenó mucho. Y poco después coronó al hermano menor, pero como era muy joven tuvo que asumir él mismo el papel de regente. Todo el mundo en Hastinapura estaba contento con Bishma, su rey sin corona.

V

EL TORNEO DE KASI

El joven príncipe Vichitravirya era ya el único hijo de Satyavati, por lo cual ahora era el centro de todas sus esperanzas. Bishma era para él como un padre.

Pasaron los años, hasta que llegó un tiempo en que Bishma empezó a pensar en el matrimonio del príncipe. El rey de Kasi tenía tres hijas encantadoras: Amba, Ambika y Ambalika. Y a los oídos de Bishma llegó la noticia de que en la corte de Kasi se iba a celebrar una fiesta de Swayamvara para las tres princesas. Hasta entonces había sido costumbre del rey de Kasi ofrecer sus hijas a los príncipes de la casa de los Kurus, por lo cual Bishma se resintió mucho con él, y emprendió camino hacia la ciudad donde se celebraba el Swayamvara.

Cuando Bishma llegó, ya hacía rato que el festejo ceremonial estaba transcurriendo.

Habían venido reyes de muchas ciudades de la India y en el aire flotaba el perfume de las flores y el brillo de las joyas que llevaban los príncipes asistentes.

En cuanto vieron entrar a Bishma, comenzaron a cruzarse entre ellos risas y comentarios burlones: "La belleza de las princesas podría hacer flaquear los votos de un rishi, ¿cuánto más no habría de sucederle a un solterón como Devavrata, un mero mortal?"

Bishma se dirigió a todos ellos con voz fuerte y les dijo:

—Ciertamente he venido a asistir al Swayamvara, y me voy a llevar a las tres princesas a Hastinapura. Serán reinas en la casa de los Kurus como esposas de mi hermano menor Vichitravirya. Y si os atrevéis a rescatarlas oponiéndoos a mí, estoy preparado para luchar con cualquiera de vosotros.

Sin vacilación alguna, Bishma cogió de la mano derecha a las princesas y las subió una a una a su carroza. El rey de Kasi estaba furioso y recurrió a los reyes presentes en petición de ayuda: todos se abalanzaron sobre Bishma cuando ya estaba emprendiendo camino. Una lucha fiera se desató entre los reyes y Bishma, el cual les fue abatiendo fácilmente hasta quedar libre de ellos. Ya se disponía nuevamente a emprender su marcha cuando el rey Salva, que era un gran héroe, desafió. a Bishma a una lucha singular. Recién comenzada la lucha logró herir a Bishma en el pecho, el cual se enardeció aún más y en un arrebato de coraje desarmó completamente al rey Salva

abatiéndolo a tierra, quedando su vida a merced del vencedor. 'Pero Bishma le perdonó la vida, y regresó a la capital kuru sin ningún obstáculo más en su camino.

Se dirigió a los aposentos de Satyavati y le presentó a las tres princesas:

—Mira, madre —le dijo—, estas son las esposas que he traído para Vichitravirya.

Satyavati y el príncipe estaban muy complacidos. Entonces, la mayor de las tres, Amba, dijo con voz asustada:

—Mi señor Bishma, cuando entraste en la sala para llevarnos a la fuerza, yo estaba en ese momento colocando la guirnalda en el cuello del rey Salva; ya le había escogido como mi esposo.

A lo cual añadió el joven príncipe:

Yo no creo que sea correcto casarme con una mujer que en su corazón ama a otro hombre.

Bishma y Satyavati sentían igual, por lo que Bishma le habló así:

—No es correcto tenerte aquí, puesto que ya has elegido marido. En una carroza serás conducida a la corte de Salva.

Amba llegó ante el rey Salva con el corazón rebosante de amor, y le dijo:

—Mi señor, dado que tú fuiste quien elegí por esposo en el Swarnyavara, el noble Bishma me envía de vuelta a ti. Por favor, acéptame.

Tras soltar una carcajada, Salva le dijo:

—¿Aceptarte? ¿crees que soy un mendigo para aceptar regalos de mi enemigo? Devavrata nos derrotó a todos y de acuerdo al Dharma de los Kshatryas, Bishma es ahora tu Señor. El es tu marido. Ve y pídele que se case contigo. Yo no puedo aceptarte.

Cuando Amba regresó a Hastinapura y se presentó ante Bishma, sus ojos estaban llenos de lágrimas y su corazón humillado. Bishma se sorprendió de verla en esa condición y le preguntó: —¿Por qué has regresado?

—Mi viaje fue inútil —respondió Amba—. Salva me ha dicho que según el Dharma Kshatrya eres tú quien se ha de casar conmigo, por lo cual ahora ya no tengo marido. Yo no quiero quedarme soltera para siempre; por favor, cásate conmigo.

El corazón de Bishma se llenó de compasión y lástima por aquella mujer cuya vida se había arruinado por su culpa con dulzura le dijo:

—Me apena mucho esta situación, pero no puedo casarme contigo. Sabes que he prometido ser un bramachari toda mi vida. Esto parece ser juego del destino, pues si pudiera me casaría contigo. Vuelve junto a Salva y trata de convencerle de que se case contigo, pues yo no puedo hacer lo que me sugieres. —Tras decir esto, Bishma se alejó de su presencia.

Amba pasó así diez años con su corazón lleno de odio hacia Bishma, considerándolo como el causante de su infelicidad. Se fue al bosque para reunirse allí con varios ascetas. Les contó su historia y les expresó su deseo de permanecer con ellos practicando austeridades y mortificaciones. Y sucedió que a aquella ermita llegó también el gran Hotravahana, el abuelo de Amba, quien después de confortarla le dijo:

—El gran Bhargava, el guru de Bishma, es un gran amigo mío. El ordenará a Bishma que se case contigo; él no puede desobedecer a su guru.

Unos días más tarde Bhagarva vino al bosque y Hotravahana le contó la tragedia de Amba. El gran sabio movido por la compasión le dijo:

—Hablaré con Bishma y le pediré que se case contigo, seguramente me obedecerá.

Así pues, mandó llamar a Bishma, el cual en cuanto tuvo noticia se apresuró a su presencia y se postró a sus pies preguntándole:

—¿Qué queréis de mi?

Y Bhagarva le dijo:

—Le he prometido a esta mujer que te haría casar con ella para aliviar su profunda amargura. Debes ayudarme a mantener mi palabra: debes casarte con ella.

Bishma giró la mirada sobre Amba y luego, mirando a su guru con tristeza le respondió:

—Mi señor, tú conoces el terrible voto que he asumido: No puedo casarme. Aunque me lo pidas, no puedo casarme.

Su guru en el arte de las armas trató de convencerle pero todo fue inútil, permanecía firme en su voto. Bhagarva se enfureció y le dijo:

—Si no lo haces te maldeciré o tendrás que pelear en duelo conmigo.

En medio de tal dilema Bishma tuvo que decidir y prefirió luchar. Le dijo:

—Mi señor, tú sabes cuánto te amo. Pero prefiero luchar antes que ser maldecido por quien me ama.

Una terrible batalla se desencadenó entre ambos y los dioses de los cielos la presenciaron. La batalla continuó durante días y noches en un alarde de valor por parte de ambos, hasta que Bishma decidió lanzar el astra llamado Praswapa, lo que significaba la destrucción del mundo. Los dioses encabezados por Narada y Rudra intervinieron y le dijeron:

—Bishma, detén esta lucha. No envíes el astra. Tú no eres quien ha de destruir el mundo, otro será quien lo hará. —Y le convencieron de que tenía que ser él el primero en ceder en la lucha, pues de lo contrario sería una ofensa a su guru. Bishma aceptó y dejó de luchar, acabando así el combate. Bhagarva le abrazó en reconocimiento de su valor y girándose hacia Amba le dijo:— No puedo alterar la determinación de Bishma; por favor vete, pues tu deseo no ha de cumplirse.

VI

EL DESEO DE VENGANZA DE AMBA

Amba abandonó el bosque y se dirigió a otro lugar para emprender una vida de terribles mortificaciones y austeridades, negándose hasta las necesidades más esenciales. Shanmukha, el hijo del señor Sankara, estaba muy complacido con ella. Así pues un día se le apareció, y le regaló una guirnalda de lotos que jamás se marchitaban. Le dijo:

—Hija mía, toma esta guirnalda. La persona que lleve esta guirnalda alrededor de su cuello será la persona que matará a Bishma.

A continuación Amba se dirigió a los reyes más poderosos de aquellas tierras y trató de persuadirles de unirse a su causa, mas todos rehusaban a hacerlo, a pesar de que la guirnalda otorgada por un dios era un signo seguro de éxito. Bishma tenía una personalidad tan poderosa que no había ni un solo kshatrya que se atreviera a oponerse a él. Amba se dirigió a la corte de Drupada, el rey de los Panchalas. Le ofreció la guirnalda y le pidió que le ayudara, a lo que el rey le respondió:

—Bishma no sólo es poderoso sino que es bueno; no encuentro ninguna razón por la cual luchar con él. No puedo complacerte.

Amba estaba desesperada. Ató la guirnalda a una columna del salón principal de Drupada y se fue llena de furia.

Y otra vez fue a refugiarse al bosque para reanudar la práctica de severas austeridades.

En su corazón tan sólo había un sentimiento: odio a Bishma. Su único deseo era verle muerto.

Sus austeridades se prolongaron durante mucho tiempo, hasta que finalmente el mismo señor Sankara se apareció ante ella y le dijo:

—No te apenes hija mía, pues en tu próxima vida tú misma matarás a Bishma.

Pero Amba pensaba para sí misma: "Quizás en mi próxima vida le mataré, pero no recordaré mi odio y no podré saborear el placer de la venganza; debo matarle ahora."

Sankara le sonrió y le dijo:

—No te preocupes, en tu próxima vida recordarás cada uno de los pequeños detalles de esta vida. Serás la hija del rey Drupada, monarca de los Panchalas, mas luego te convertirás en varón y realizarás tu venganza: matarás a tu enemigo Bishma.

Al saber esto, Amba hizo una enorme hoguera y se arrojó en ella. Mas tarde nació como una hija del rey Drupada, y un día, mientras jugaba en el palacio, vio la guirnalda de lotos que estaba colgada en la columna. La cogió y se la puso alrededor de su cuello. En cuanto Drupada supo de este hecho se apresuró a su encuentro, preocupado por lo que pudiera pasarle. Amba sonrió serenamente a su padre y le dijo:

—No te sorprendas, padre, yo he nacido de ti sólo para poder ponerme esta guirnalda.

Vive tranquilo y deja el resto de mi parte.

En esta vida el nombre de Amba era Sikhandi. Fue educada por Drona, el cual siempre pensó que era un muchacho. Y Sikhandi después de practicar austeridades durante muchos años, gracias a un don que le otorgó un Yaskha cambió su sexo, convirtiéndose en un hombre.

Y luego siguió viviendo en la corte de Drupada guardando en su corazón su odio por Bishma como una antorcha encendida.

VII

LA MUERTE DE VICHITRAVIRYA

El matrimonio de Vichitravirya con las dos princesas, Ambika y Ambalika, se había celebrado de acuerdo a lo decidido. Bishma seguía cumpliendo las funciones de regente, por lo cual el príncipe pasaba todo el tiempo en compañía de sus encantadoras esposas libre de responsabilidades. Pero el destino le sorprendió de nuevo, pues el joven príncipe contrajo una enfermedad muy maligna, la cual, a pesar de los esfuerzos de los médicos consumió la vida de Vichitravirya hasta causarle la muerte.

Satyavati estaba profundamente consternada por tal calamidad. La pérdida de sus dos hijos fue muy dura para ella. Lo que más le atormentaba era que la casa de los kurus se quedaba sin heredero al trono. Y después de estar pensando sobre este asunto durante horas, se dirigió a Bishma y le dijo que él era ahora el que tenía que hacer que el linaje de los kurus continuase, por lo cual le sugirió que tomase a las dos jóvenes viudas como sus esposas, a lo que Bishma le respondió:

—Madre, no me parece correcto que me pidas que haga tal cosa cuando tú sabes bien el voto que pronuncié ante ti. Por favor, no me pidas eso.

Satyavati añadió:

—Recuerdo bien las circunstancias en las cuales pronunciaste este voto en favor de tu padre y de mí. Pero ahora las circunstancias han cambiado, pues el voto lo hiciste en la suposición de que un hijo mío iba a ser el rey. Pero ahora mis dos hijos han muerto, lo cual es una amenaza de extinción para nuestra raza. Es por eso que como último recurso te pido que hagas eso. Yo soy tu madre y es tu deber complacerme, así pues debes obedecerme. Este Dharma es mucho más importante que cualquier voto que hayas hecho.

Bishma oyendo esto ya no pudo contenerse más y en un arrebato de ira le dijo así a su madre, temblándole la voz de furia:

—Madre, tú no conoces la fuerza de mi mente ni la firmeza de mi Dharma, de hecho no me conoces en absoluto; nada logrará que yo haga lo que me ordenas. El sol puede perder su brillo y la luna su armonía. Incluso el Señor Dharma puede abandonar su Dharma, pero yo jamás me apartaré del camino de la verdad. La Verdad es para mí mayor que todas las promesas de recompensa en el cielo: nada me hará cambiar. Por favor abandona ese absurdo deseo.

VIII

VYASA Y LAS PRINCESAS

Bishma viendo la infelicidad de su madre Satyavati se le ocurrió una idea para salir del trance, y acercándose a ella le dijo:

—Madre, ya que un heredero al trono significa tanto para ti quiero hacerte una sugerencia. Se dice que en una situación como esta es lícito que un Bramán descendiente de la familia real dé un hijo a la raza para evitar su extinción.

Satyavati se quedó pensativa y después de unos momentos de indecisión se atrevió a contarle a Bishma algo que había ocurrido hacía mucho tiempo, antes de su matrimonio con Santanu. El hecho era que había tenido un hijo del gran rishi Parashava. Este hijo era Vyasa.

Después del relato ambos estuvieron de acuerdo en ir a sugerirle la idea. Satyavati pensó en su hijo Vyasa, y éste, correspondiendo a su llamada acudió rápidamente ante su presencia.

Ella le dio la bienvenida y a continuación le contó lo ocurrido, a lo cual él añadió:

—Tú eres mi madre y haré cualquier cosa que me ordenes. Tomaré a las dos esposas de Vichitravirya, pero depende de ti el convencerles de que no tengan miedo de mi aspecto desagradable y de mi piel oscura.

Satyavati habló con ellas y las convenció de que era su deber dar a luz un hijo para salvar la dinastía de los kurus, y que tenían que ser amables y complacientes con el rishi.

Ambika accedió, pues no tenía otra opción. Era una noche oscura. Ambika estaba en su habitación esperando la llegada del sabio Vyasa. Cuando le vio llegar, era tan terriblemente aterradora la apariencia del sabio, que la pobre muchacha se llenó de horror ante la fealdad de aquel hombre. Pero aun así tenía que pasar por aquel mal trago, así que toda la noche mantuvo los ojos cerrados hasta que acabó lo que para ella era una tortura. Por la mañana Satyavati estaba esperando ansiosamente el regreso del sabio. El le dijo que un niño fuerte y poderoso nacería de Ambika, pero que debido a que ella mantuvo sus ojos cerrados por temor a él, el niño nacería ciego. Esto fue una decepción para Satyavati y se enfadó mucho con Ambika. Pero dado que ya era un hecho irreparable le pidió a Vyasa que lo intentase de nuevo, esta vez con Ambalika, a lo que Vyasa accedió.

Ambalika también tenía mucho miedo del rishi. Escalofríos recorrían su sangre en cuanto le vio llegar y su cuerpo se quedó pálido del susto. Por fin pasó la noche y a la mañana siguiente Vyasa se reunió con Satyavati y le dijo que nacería un hijo dulce y bello pero que tendría la piel blanca, pues así estaba su madre cuando entró en su vientre. La pobre Satyavati ya no sabía qué hacer, tan sólo le quedaba pedirle a Vyasa que volviera para intentarlo otra vez después que hubieran nacido estos niños, a lo cual el rishi respondió: —Volveré. —Y abandonó rápidamente la ciudad de Hastinapura.

A su debido tiempo nacieron los dos niños. Uno era ciego y el otro blanco y sus nombres fueron Dhritarashtra y Pandu respectivamente. Fue Vyasa quien les puso estos nombres.

Después de esto Satyavati pensó que ya era hora de que Vyasa volviera para tomar nuevamente a Ambika, a quien había reñido haciéndole entender el error que había cometido la vez anterior y le dijo que el rishi vendría de nuevo aquella noche. Ambika se horrorizaba de tan sólo pensar en ello. Por lo cual decidió que aquella noche en vez de ir ella, enviaría a su doncella al rishi. Vyasa se encontró con la doncella, la cual fue tan atenta y complaciente con el rishi que éste se sintió inmensamente satisfecho con ella. Por la mañana cuando se reunió con Satyavati le dijo que le nacería un hijo sabio y bueno que sería la encarnación del señor del Dharma. El gozo de Satyavati era inmenso, Vyasa añadió:

—La madre de la criatura no será Ambika pues anoche me envió su doncella en lugar de ella. Y, por lo que a mi respecta, por favor no me pidas que vuelva a hacerlo, pues, para un hombre como yo que ha renunciado al mundo, no sería correcto tener relaciones con una mujer más de tres veces. Accedí a ello porque eres mi madre y me lo ordenaste, pero, por favor, no me lo vuelvas a pedir más.

Con estas palabras de despedida el gran Vyasa partió rumbo a las cumbres de los Himalayas para reemprender su práctica de austeridades.

IX

LAS BODAS DE PANDU Y DHRITARASHTRA

Por fin nació el tercer descendiente, el cual recibió por nombre Vidura. Bishma tuvo que asumir nuevamente el papel de regente hasta que los nuevos príncipes alcanzaran edad suficiente para gobernar el reino.

Y mientras pasaban los años, Bishma les enseñaba todo aquello que un kshatrya debía saber. El primero de los príncipes Dhritarashtra estaba dotado de una fuerza fuera de lo normal, mientras que el segundo Pandu demostró ser un maestro en el uso del arco. Vidura por su parte era el más sabio de los tres. Una vez alcanzada la madurez, Bishma nombró a Dhritarashtra heredero legítimo al trono. Pandu, el maestro de las armas, fue designado como el general del ejército, mientras que a Vidura se le asignó las funciones de ministro del rey.

Dado que Dhritarashtra era ciego no podía gobernar el reino, así que Pandu asumió el gobierno del reino con la asistencia de Vidura.

Los tres muchachos habían alcanzado ya su juventud y la preocupación más inmediata de Bishma era encontrar esposas para ellos. Y oyó que Subala el rey de Gandhara, tenía una hija muy bella y fiel, que además tenía fama de ser muy devota de Sankara. También la hija del rey de Madrás era de una dulzura y belleza extraordinarias. Bishma comentó el hecho con Vidura recomendándolas como las esposas apropiadas para los príncipes, a lo que Vidura le contestó:

—Para nosotros tú eres como nuestra madre, nuestro padre, nuestro guru, nuestro todo.

Lo que tú decidas para nosotros será siempre lo mejor.

Bishma hizo llegar la noticia al rey de Gandhara, el cual al principio se mostró indeciso por la ceguera de Dhritarashtra, pero su hija Gandhari le aseguró que no tenía ningún inconveniente en casarse con el príncipe kuru, y para probarlo vendó sus ojos con un pañuelo de seda, pues no quería ser mejor que su señor en nada. Así pues Subala envió a su hija a Hastinapura acompañada de su hermano Sakuni y allí se celebró la boda.

Por otra parte, el rey de Madrás celebró un Swayamvara para su hija Madri, la cual eligió a Pandu como su esposo, pues sobresalía en gentileza y belleza muy por encima de sus rivales. Bishma estaba muy complacido con las nuevas esposas que iban a convertirse en reinas de la gran Casa de los Kurus.

X

EL HIJO DEL SOL

El rey Sura era uno de los Vrishnis. Tenía un hijo llamado Vasudeva y una hija llamada Pritha. Este rey tenía un primo llamado Kuntibhoja que no tenía descendencia, Sura le amaba mucho por lo cual le entregó a su hija Pritha, para que la educase y la criase como si fuese su hija. Era una niña hermosa de dulces modales, por lo que se convirtió en el ser más querido de su padrastro, el cual le puso el nombre de Kunti.

Una vez, el sabio Durvasa fue a la capital de Kuntibhoja. Era famoso en todo el mundo por la severidad de sus austeridades y su fuerte genio. Quería pasar unos días en la corte del rey, el cual encargó a Kunti que cuidase de que el sabio tuviera una estancia cómoda. A pesar de la dificultad de tal tarea, Kunti se desenvolvió admirablemente, por lo que el sabio se sintió muy complacido y quiso otorgarle un don. Durvasa la llamó a su presencia y le reveló un mantra mágico con el cual podía conseguir que viniese a por ella cualquier Deva en el que pensase mientras recitaba el mantra. Ella recibió el regalo con humildad y Durvasa se marchó.

La niña, que apenas empezaba a ser mujer, no entendió bien el significado profundo de lo que le había dicho el sabio. Estaba muy contenta con su regalo, como un niño al recibir un juguete nuevo. Era de madrugada, y a través de las ventanas que daban al oriente podía ver el sol elevándose sobre la aurora. El cielo tenía el color del oro líquido y las aguas del río golpeaban plácidamente las murallas del palacio. Las aguas brillaban con tonos rojos y dorados refrescando los rayos de la alborada. La escena conmovió el corazón de la niña, la cual estaba absorta ante tanta belleza. Y por un momento pensó lo maravilloso que sería que el sol estuviera allí a su lado. En ese momento se acordó del mantra que le había dado el gran Durvasa. Y la niña, como jugando en su ingenua ignorancia, unió sus manos con las palmas hacia arriba como una flor de loto, e invocó al sol recitando el mantra que había aprendido.

Cuando abrió los ojos contempló ante ella un milagro. Los rayos del sol crearon un sendero de luz a lo largo de la superficie del río cegando a la jovencita con su brillo, y el sol mismo apareció junto a ella. Allí estaba mirándola con una sonrisa juguetona. Kunti estaba muy complacida con el éxito de su invocación y sonrió muy feliz dando palmadas de alegría.

El sol, aún sonriente le dijo:

—Es evidente que no has comprendido el verdadero significado de las palabras del sabio cuando te enseñó el mantra. Te dijo que "cualquier dios al que invocases

vendría a por ti." Eso significa que el dios vendría para tomarte y darte un hijo tan bello como él mismo.

Kunti se quedó confusa sin saber qué decir:

—Yo no pensé que fuera así; por favor, perdona mi ingenuidad y vete para salvar mi reputación.

—Eso es imposible —añadió el dios—, una vez que me has invocado no puedo regresar sin tomarte, debes aceptarme pues no puede romperse el poder mágico del mantra que tan indolentemente has usado.

Kunti estaba muy asustada:

—Soy tan solo una jovencita y estoy soltera, ¿qué pensará el mundo de mí? ¿qué dirá mi padre? Le romperá el corazón saber que ya no soy virgen.

El sol estaba encantado con la ternura de aquella niña que apenas era una mujer. Le sonrió infundiéndole seguridad y le habló con palabras dulces:

—No temas, después de que nazca el niño serás virgen de nuevo, nadie sabrá nada de este incidente.

Y la jovencita se sintió atraída por sus palabras y su belleza, aceptándole sin ningún miedo a las consecuencias. Cuando el sol ya estaba a punto de irse le dijo:

—Tu hijo nacerá con un kavacha y unos kundalas. Será un fiel reflejo de mí, un gran arquero, bondadoso de corazón como ningún otro. Será famoso en todo el mundo por su generosidad y servicialidad: jamás le negará nada a nadie, incluso cuando le pidan que no dé.

Será un hombre orgulloso y sensible cuya fama perdurará en el mundo mientras que el sol y la luna permanezcan en sus órbitas.

Tras estas palabras el sol se desvaneció ante su vista.

Con el tiempo Kunti tuvo un hijo. No sabía qué hacer con él, pues estaba muy preocupada por su reputación. A través de la ventana veía fluir plácidamente las aguas del río mientras que en su corazón se debatía una tormenta. Por fin se decidió y envolviendo al niño en una tela de seda lo depositó en una caja de madera y lo llevó a la orilla del río. Allí dejó la caja flotando sobre las aguas y regresó a su habitación. A través de la ventana vio cómo la caja se alejaba arrastrada por las aguas separándose más y más de ella. En su corazón sentía una gran tristeza y un gran amor por aquella vida que había abandonado en el corazón del río, para verla perderse en la distancia. De

sus ojos fluyeron lágrimas y levantando en súplica sus manos hacia el sol dijo entre sollozos:

—Por favor mi señor, protégele y no dejes que nada malo le pase.

Y luego pensando en su hijo rezó en su corazón: "Te deseo suerte en tu camino. Que el señor de las aguas te proteja y vele por tu vida. Que todos los dioses de los altos cielos te amparen. Volveré a encontrarte un día en el futuro, te reconoceré por tu kavacha y tus kundalas. Afortunada será la mujer que te encuentre y te críe como a su propio hijo; viéndote crecer, verá igualmente crecer su felicidad. Mas yo seré la más desdichada de todas las mujeres porque jamás te tendré como mi hijo. Dios te bendiga, hijo mío, mi primogénito."

Y aquella niña se hizo mujer, y lejos quedaron ya aquellos días de inconciente juventud.

Pero tanto andando como durmiendo sólo pensaba en una cosa: en una caja de madera, guardando envuelto en sedas un niño con su kavacha y sus kundalas, reluciente como la luz del sol de la mañana.

XI

UN RISHI MALDICE A PANDU

Pasaron varios años y Kunti era ya suficientemente mayor como para casarse. En un Swayamvara escogió al apuesto y poderoso Pandu, hijo de la casa de los Kurus como su esposo, siendo después de Madri, la princesa del reino de Madrás, la segunda mujer en escoger a Pandu como su señor. Bishma hizo los preparativos para las dos bodas de manera apropiada al rango de su raza.

Era la era de oro de la Casa de los Kurus. Pandu era un buen soldado y emprendió un viaje de conquista luchando contra los reyes vecinos. La victoria le sonrió en todas las contiendas, derrotando incluso hasta al rey de Magadha. De esta forma restableció la supremacía de la Casa de los Kurus, la cual se había debilitado en los años en que el trono estuvo vacío, teniendo a Bishma como único regente por no haber un legítimo rey. Estas victorias le trajeron gran fama a Pandu, siendo por ello aclamado como el mejor de los soldados de la época.

Después de que acabó la campaña se fue con sus dos reinas al bosque a descansar; también era un gran cazador. Y allí pasó muchos días felices en las estepas al sur de las nevadas montañas de los Himalayas.

En aquel mismo bosque vivían un rishi y su esposa. Estaban muy enamorados el uno del otro y deseaban disfrutar de los placeres del amor sin ninguna restricción. Y dado que sólo los animales viven en esa conciencia sin ninguna otra alternativa, el rishi y su esposa se convirtieron en una pareja de ciervos y siempre estaban juntos.

Un día cuando ambos estaban sumidos en el placer del amor Pandu les vio y el instinto cazador que había en él le hizo olvidar la ley de que no se debía molestar a dos animales que estuviesen haciendo el amor. Sacó un arco y una flecha apuntó hacia la pareja. Disparó y el macho cayó por tierra herido fatalmente. El ciervo se dirigió al rey con voz humana le dijo:

—¿Cómo te has atrevido a molestarnos? Yo soy un rishi ésta es mi esposa y te aseguro que en el transcurso de los años esta malvada acción tuya te costará la vida: cuando atraído por el amor estés tomando a tu esposa, la muerte te sobrevendrá igual que has hecho conmigo.

Todas las súplicas de Pandu fueron inútiles, el rishi enfadado no prestaba oídos. No había forma de escapar al destino que le esperaba. El rishi murió y su esposa también junto con él.

Con el corazón apesadumbrado el desafortunado príncipe regresó hacia el lugar donde moraba, reprobándose continuamente por su actitud irresponsable. Los juegos del destino son en verdad misteriosos. Con un solo toque puede cambiar el futuro de un hombre completamente. Pandu era el más feliz de los hombres y nada le preocupaba. Pero en la cumbre de su gloria, fue abatido como un árbol verde quebrado por el rayo.

Pandu perdió interés por todo, ya no deseaba regresar a su reino y les dijo a sus esposas que había decidido pasar el resto de su vida en el bosque. Ellas sabiendo la razón por la que tomaba esta decisión no dijeron nada. El fuego de la culpabilidad había quemado todas las aspiraciones mundanas de Pandu, ya no quería otra cosa más que la paz que se obtenía viviendo como los rishis. Había decidido que su próxima victoria sería la victoria sobre sí mismo; esta sería su mayor conquista. Se propuso lo siguiente: "De ahora en adelante seré un hombre diferente: ni el placer ni la tristeza podrán herirme. Aceptaré la alabanza con igual indiferencia que la censura; no dejaré que me afecten los pares de opuestos. Ya no amaré esta vida, ni la odiaré tampoco. Haré austeridades, pero no sentándome debajo de un árbol, sino renunciando en mi mente a las cosas mundanas." Reunió a toda la comitiva en torno suyo, distribuyó entre ellos todo lo que tenía consigo y dijo:

—Por favor, volved a Hastinapura y saludad en mi nombre a mi madre Ambalika, mi abuela Satyavati y mi amado tío Bishma. Contadles lo que he decidido hacer por el resto de mi vida y decidles que no tengo intención de volver a la ciudad.

Kunti y Madri se quitaron sus joyas y sus costosas sedas y se las dieron a los mensajeros que habían de regresar a la ciudad, pues habían decidido quedarse junto a su esposo.

En cuanto tuvieron noticia de la renuncia de Pandu, la ciudad de Hastinapura quedó sumida en la tristeza. Bishma estaba muy apenado y de los ojos de Ambalika manaban lágrimas incesantemente, nadie podía consolarla. Bishma sintió de nuevo como el peso de gobernar el reino recaía sobre sus hombros.

XII

NACIMIENTO DE LA DINASTÍA DE LOS PANDAVAS

Pandu pasó varios años en el bosque. A su modo era feliz pues había renunciado a todas aquellas cosas que, aunque atractivas p ara la mente también eran una amenaza,

pues en muchas ocasiones se convertían en fuente de infelicidad. Sin embargo con el tiempo, una nueva preocupación entró en su corazón: quería tener hijos. Había oído decir que un hombre sin hijos estaba condenado al infierno y esto le preocupaba mucho. Un día después de comentarlo con Kunti, le pidió que le diera un hijo tomando a un rishi como compañero, tal y como lo hiciera su madre, pues él no podía hacerlo dado que había renunciado al mundo.

Kunti no sólo no estaba dispuesta a hacerlo sino que se enfadó con él y le dijo:

—Tú eres mi señor y mi maestro, hace tiempo que te escogí como esposo, y quiero estar siempre contigo, ya sea en el cielo o en el infierno. Cuando tú mueras, yo moriré también, y después de la muerte esta maldición ya no tendrá más efecto, y así, entonces ya podremos tener hijos. Pero por favor, no intentes coaccionarme a hacer algo que no siento hacer.

Pandu había perdido toda su paz. Pasaba los días y las noches miserablemente pensando sólo en que no tenía hijos. Finalmente Kunti compadeciéndose del rey le dijo:

—Mi señor, yo puedo liberarte de la depresión que aflige tu corazón.

Y a continuación le contó la historia de su encuentro con Durvasa en su tierna juventud y del regalo que él le hizo. El gozo del rey era inmenso, y pensando sobre ello finalmente decidieron que ella podría engendrar un hijo del dios Dharma que sería la manifestación del mismo Dharma.

Y en un día propicio, cuando todas las estrellas y los planetas le eran favorables, allí en el pintoresco bosque de Satasringa, Kunti invocó al Señor del Dharma mediante el poder del mantra mágico. Y de este modo, con el tiempo, Kunti dio a luz un niño nacido de Dharma.

Una voz proveniente de los cielos proclamó que el niño era la perfecta imagen de la rectitud, y que por esa cualidad sería famoso en todo el mundo. Le pusieron por nombre Yudishthira y Pandu se hallaba muy feliz. Un año más tarde pidió a Kunti que le diera otro hijo. Esta vez quería que el padre fuese Vayu, el más poderoso de los Devas.

—Cuando la rectitud está respaldada por la fuerza, nada puede oponerse a tal combinación —dijo el rey.

—Que así sea —dijo Kunti e invocó a Vayu. Y así, con el tiempo, de ella nació un hijo fuerte. Entonces una voz de los cielos proclamó: "Este hijo será el niño más cariñoso y poderoso." A este niño se le llamó Bhimasena.

Pero Pandu aún no se sentía satisfecho. Así que le pidió a Kunti que le diese otro hijo:

—Invoca a Indra —dijo Pandu—, un hijo nacido del señor de los cielos, será en verdad la realización de todos mis sueños. Será muy justo y un gran hombre, un héroe invencible. Serás la madre del mayor de los héroes.

Y de nuevo Kunti dijo: —Que así sea. —E invocó a Indra del cual obtuvo el tercer hijo. Y entonces la voz de los cielos dijo: "Este niño ganará para Pandu fama imperecedera, será el conquistador del mundo entero, no habrá nadie como él." Indra se le acercó a Pandu y le dijo:

"Mi hijo es la otra mitad de Vishnu, es Nara y Krishna el hijo de Vasudeva y Devaki, es Narayana. Por medio de estos dos hombres la tierra se librará de todos los venenos que están haciéndole daño." Y a continuación Indra se fue. Este hijo recibió el nombre de Arjuna.

Pandu era ya el padre de tres hijos. Pero le pidió a Kunti que le diera otro hijo. A lo cual ella se negó diciéndole:

—En estos casos de situación extrema sólo es permitido tener tres hijos, si tengo más se destruirá el Dharma, así pues, no lo intentaré más.

Pandu respondió:

—Tienes razón, pero Madri no ha tenido aún ningún hijo, tú puedes enseñarle el mantra mágico y ayudarla a tener hijos.

Kunti aceptó con agrado la idea y le enseñó el mantra a Madri. Madri invocó a los Aswini Kumaras: Los mellizos celestiales. Y por consiguiente dio a luz dos hijos. Los hijos de Madri eran aún más bellos que los otros tres, y la voz de los cielos habló una vez más y dijo: "Estos dos serán los hombres más bellos del mundo, serán famosos por sus buenas cualidades, su devoción, su bravura y su sabiduría. Y los hijos de Madri recibieron los nombres de Nakula y Sahadeva.

Los rishis del valle de Satasringa fueron los sacerdotes que oficiaron la ceremonia de imposición de los nombres y también fueron los responsables de su educación en los primeros años de los jóvenes príncipes. Eran casi los hijos de los rishis del valle. Años antes cuando la maldición recayó sobre Pandu, y este se retiró al bosque, los Vrishnis, los primos y hermanos de Kunti, se pusieron muy tristes. Mas ahora, cuando les llegó la noticia de que Pandu era padre de cinco hijos, se sintieron profundamente complacidos. Vasudeva, el hermano de Kunti les envió costosos regalos y vestidos por medio de Kasyapa, el sacerdote de la familia y se le pidió que realizara los ritos debidos, para los jóvenes kshatryas. Así pues, se quedó con ellos y recitó sus upanayanas.

En aquel bosque vivía Suka, el hijo de Sayati. No había arquero que se le pudiera comparar. Estaba haciendo austeridades en el valle de Satasringa y se ofreció voluntario para enseñar a los jovenzuelos el uso de las armas. Con tanto ahínco enseñó el rishi a los

jóvenes príncipes que llegaron a ser maestros en el uso de las armas. Bhima era muy bueno con la maza, Yudishthira con la jabalina, los dos mellizos con la espada, Arjuna se convirtió en un maestro del arco, disparaba con las dos manos con igual facilidad. Suka, complacido con la habilidad de sus discípulos dijo que habían llegado a ser ya tan buenos como su maestro. Y en su alegría le regaló a Arjuna su propio arco como un signo de aprecio.

El mismo día en que nació Bhima nació también el hijo mayor de Gandhari. Nació durante la noche y recibió el nombre de Duryodhana. Dhritarashtra estaba muy contento, mandó llamar a Vidura y le dijo:

—He oído que Pandu ya ha tenido un hijo y que es un año mayor que este hijo mío, por eso tengo miedo de que siendo el mayor se convierta en el legítimo heredero al trono de los Pauravas. ¿Crees que sucederá así? Además hay otra cosa que me inquieta y es que en el momento en que nació mi hijo, había algunos presagios de malos augurios y no entiendo por qué razón.

Vidura le miró con expresión consternada y le dijo:

—Hermano mío, estos malos augurios profetizan que tu hijo será la causa de la destrucción del mundo entero.

El rey se estremeció al escuchar estas palabras y dijo:

—¿Cómo podré evitar tal calamidad?

Vidura añadió:

—Sólo hay una forma; que sacrifiques a este niño para el bien de la humanidad, eso impedirá la catástrofe. Debes matarle. Los sabios dicen que alguien puede ser abandonado por el bien de una familia, que una familia puede ser abandonada por el bien de un pueblo, que un pueblo puede ser abandonado por el bien de una comunidad, y así sucesivamente; incluso el mundo puede ser abandonado por el bien de salvar el alma. Mi consejo es que abandones a este niño cuyos hechizos destruirán el mundo.

El pobre Dhritarashtra no podía hacerlo, era su primogénito. No pudo aceptar el consejo de Vidura.

Con el tiempo el rey ciego llegó a ser padre de ciento un hijos y de una hija llamada Dussala. El rey estaba muy feliz y todas sus preocupaciones quedaron sepultadas por el gozo de ser padre.

XIII

LA MUERTE DE PANDU

Pandu pasó con sus hijos quince años muy felices. Un día Kunti se. fue con sus hijos a un ashram de las cercanías y Pandu se quedó solo. Era un día muy hermoso de primavera.

Todos los árboles estaban engalanados con preciosas flores y el aire estaba impregnado de sus diferentes perfumes. El jardín de Satasringa era ese día un escenario muy sugestivo para hacer el amor.

En aquel lugar decorado con el mágico toque de Vasanta, el señor de la primavera y amigo cooperativo del dios del amor, el rey se encontró con Madri, estaba muy bella. Allí estaba ella con su piel oscura envuelta en sedas de color carmesí, inevitablemente seductora por su natural encanto. Pandu se sintió poseído por un deseo pasional de hacer el amor con ella, dieciocho años habían pasado sin que hubiera probado el gozo de abrazar a una mujer y Madri estaba encantadoramente hermosa. Su deseo era demasiado fuerte, tanto que se olvidó de la maldición. Madri intentó resistirse desesperadamente al impulso pasional de Pandu, pero poco a poco fue perdiendo las fuerzas, asustada como un cervatillo. Pandu era demasiado poderoso: la cogió entre sus brazos sin hacer caso de sus advertencias y recriminaciones, y la penetró. Y en ese instante cayó al suelo muerto.

El grito de Madri llegó a los oídos de Kunti. Esta con sus cinco hijos llegó corriendo al lugar. Madri le dijo:

—Ha sucedido algo terrible; deja a los niños ahí y ven sola.

Kunti contempló a su esposo yaciendo muerto y sin recapacitar un instante descargó toda su ira sobre la pobre Madri diciéndole: —¿Cómo has podido permitir esto conociendo la maldición?

Madre le contó todo lo que había sucedido y entonces Kunti comprendió que el destino era demasiado poderoso.

Todos los rishis del valle de Satasringa se habían reunido alrededor de la escena contemplándola con lástima en sus corazones y ojos tristes. Yudishthira y sus hermanos permanecieron aparte, mudos y sobrecogidos por la calamidad que les había sobrevenido y con lágrimas en sus ojos el mayor dijo a sus hermanos:

—Ahora somos huérfanos.

Los juegos del destino son en verdad terribles. Los demás hermanos estaban alrededor suyo llorando de dolor. Los rishis se llevaron a los niños aparte y trataron de consolarlos.

Tanto Kunti como Madri querían morir junto con su esposo en la pira funeraria pero los rishis les dijeron:

—Las dos sois madres y vuestro deber es quedaros con vuestros hijos para cuidarlos. No es correcto que los abandonéis ahora dejándolos huérfanos por completo. Os llevaremos a la ciudad de Hastinapura junto al rey Dhritarashtra. Es vuestro deber como madres cuidar de vuestros hijos; un día van a ser gobernantes del mundo.

Las palabras de los rishis no causaron ningún efecto en el corazón de Madri. Sólo quería morir junto con su esposo, al cual le había causado la muerte.

—Me deseaba —dijo—, pero murió antes de que pudiera satisfacerle. Ahora tengo que ir a satisfacerle; debo morir con él. —Deliraba en su profundo dolor. Miró a Kunti y le dijo:— Mi querida hermana, tú eres la más sabia y la mayor, nunca podré cuidar de los niños tan bien como tú, mis hijos nacidos por tu amabilidad son realmente tuyos. Tú eres suficientemente fuerte para ser la madre de los cinco hijos. Tienes a tus primos, los Vrishnis que pueden ayudarte. Por favor ayúdame a realizar mi sueño. Yo ya no puedo vivir en este mundo sin mi señor. Arderé en la pira funeraria junto con él, pero tú debes vivir para bien de estos hijos tuyos. Les verás como gobernantes del mundo entero, tendrás tus compensaciones. Te ruego que me concedas este deseo.

Kunti accedió y a los rishis también les pareció bien. Madri llamó a sus dos hijos y les habló en un tono que contenía amor y dolor al mismo tiempo. Les dijo:

—Kunti es vuestra madre, yo soy tan sólo vuestra nodriza. Todos sois hijos de Kunti.

Seréis los cinco Kaunteyas. Yudishthira será vuestro padre y los cuatro restantes seréis sus hijos, complacedle siempre; os dejo en sus manos. Yudishthira, hijo mío, tú serás el señor de la tierra, cuidaré de ti desde lo alto y te bendeciré.

Luego Madri se postró a los pies de Kunti, la cual la bendijo con estas palabras:

—Te doy permiso para que sigas a nuestro señor, le encontrarás en el cielo y estarás con él para siempre, recordaremos siempre tu nombre con amor, adiós hermana mía, puedes irte en paz.

Por sus mejillas rodaron lágrimas mientras decía esto. Con una expresión de gozo en su rostro, Madri subió a la pira funeraria. Yudishthira, el primogénito, prendió fuego a la pira llorando sin poder contenerse.

Cuando ya pasó todo, los residentes de Satasringa se reunieron en conferencia para decidir lo que iban a hacer en el futuro y acordaron que lo mejor era emprender camino hacia Hastinapura con Kunti y los cinco hijos de Pandu. Allí los príncipes vivirían bajo el cuidado de Bishma y el rey Dhritarashtra. Ahora que Pandu había muerto aquella era con todo derecho la casa de los príncipes. Con una melancólica mirada, Kunti se despidió del bosque de Satasringa en donde había pasado muchos años felices en compañía de Pandu y Madri. Pero ahora ya todo había pasado. Un nuevo capítulo comenzaba en su vida y nadie podía saber qué destino le esperaba en Hastinapura. Los— rishis, junto con Kunti y los cinco hijos de Pandu emprendieron camino hacia aquella hermosa ciudad.

Había comenzado el viaje hacia lo desconocido.

XIV

EL VATICINIO DE VYASA

Los cinco príncipes Pandavas junto con su madre, escoltados por los rishis de Satasringa, llegaron a Hastinapura. La gente se sorprendía mucho al verlos. La noticia llegó a oídos de Bishma y Dhritarashtra, los cuales se acercaron a las puertas de la ciudad para recibirlos.

Hacia allí se dirigieron Dhritarashtra, Bishma, Bahlika, la hermana de Santanu, su hijo Somadatta, el sabio Vidura, Satyavati, Ambalika, Ambika, Gandhari, y otros familiares, acompañados de un enorme séquito. Y en las puertas de la ciudad se encontraron con Kunti y los cinco príncipes Pandavas acompañados por los rishis, a quienes honraron con reverencias.

Los rishis contaron la historia del nacimiento de los pandavas a todo el cortejo de los kurus que había venido a recibirles. También les contaron su educación en el bosque hasta la reciente muerte de su padre Pandu junto con Madri. Después añadieron:

—Os hemos traído a estos jóvenes que son la esperanza de la casa de los kurus y junto a ellos su madre. Depende de vosotros, Bishma y Dhritarashtra, el cuidar de estos niños que se han quedado sin padre. —Y después de decir esto los rishis se fueron.

Bishma se quedó apenado y mudo en cuanto supo que ya no podría ver de nuevo a su joven sobrino Pandu, mientras que Dhritarashtra estaba triste por la pérdida de su hermano y compañero, recordando con nostalgia aquellos días de su niñez en los que Pandu le hacía olvidar su ceguera con su cariño y amor, le brotaron lágrimas de sus ojos. Ambalika, la madre de Pandu, lloraba inconsolablemente por la pérdida de su hijo.

Luego todos regresaron al palacio. Dhritarashtra le encargó a Vidura que hiciera los preparativos para el funeral real por la muerte de Pandu. Vyasa vino a presidir la ceremonia.

Cuando hubo acabado todo, Vyasa se acercó a su madre Satyavati y le dijo:

—Madre, los días felices se han acabado. A la casa de los kurus le esperan días espantosos y terribles. Día a día se irán acumulando pecados. El mundo ya ha pasado la época de su juventud. Dentro de unos pocos años, el pecado morará en la mente de tu querido nieto Dhritarashtra y en la de sus hijos. Habrá una gran aniquilación. Madre, tú no tienes suficiente fuerza como para soportar el espectáculo de ver a tus biznietos

destruirse unos a otros; ¡sí! destruyéndose en una gran guerra. ¿Por qué permanecer aquí?; retírate al bosque y abandona este mundo.

—Que así sea —dijo Satyavati. Le contó su decisión a Ambika y a Ambalika y les preguntó si querían venirse con ella. La verdad era que el destino había sido un poco duro con estas tres mujeres. Ya no tenían ningún deseo de permanecer por más tiempo en aquella horrenda ciudad que les había deparado tanto sufrimiento. Por ello le estaban muy agradecidas a Vyasa por hacerles saber la terrible profecía que pesaba sobre la dinastía de los kurus. Habían perdido ya todo interés por los acontecimientos del mundo, por lo cual las tres mujeres acordaron marcharse al bosque, en busca de una paz que pudiera hacerles olvidar las amarguras del pasado y cicatrizar las heridas de sus corazones.

Antes de partir para el bosque las tres reinas se despidieron de todos los miembros de la casa real. A Bishma no le alegró la noticia y dirigiéndose a su madrastra le preguntó porqué le abandonaba. Satyavati le respondió:

—Hijo mío, Vyasa me ha dicho que la casa de los kurus va hacia la aniquilación, y yo que me creía fuerte, ahora sé que no lo soy, por eso no quiero quedarme para contemplar la destrucción de mi familia. Me aislaré en el bosque, estoy decidida. —¿Aniquilación? —dijo Bishma—, cuéntame más acerca de esta profecía de Vyasa.

Satyavati le contó todo.

La cara de Bishma palideció de horror y dijo:

—Yo también tengo el sentimiento de abandonarlo todo. Mi padre me otorgó un don por el cual podría morirme cuando quisiese y ya no hay nada por lo que quiera seguir viviendo.

Llamaré a la muerte y me iré de vuelta a los brazos de mi madre.

—No, no lo harás —dijo Satyavati—, depende de ti que la casa de los kurus se establezca firmemente en este mundo. No debes pensar en retirarte de este mundo antes de que hayas cumplido con esa tarea. Una vez te pedí que hicieses algo y te negaste, esta vez no puedes hacerlo. Te ordeno que cuides a estos niños.

Bishma inclinó la cabeza asintiendo en silencio.

Luego, Satyavati junto con las otras dos mujeres partió hacia el bosque dejando nuevamente sobre Bishma el peso de velar por el trono de la Casa de los Kurus.

XV

LOS PRIMEROS BROTES DE CELOS

Por primera vez en sus vidas los príncipes pandavas vivieron con todo el lujo al que tenían derecho desde su nacimiento. Tanto los Pandavas como los hijos de Dhritarashtra eran jóvenes y llenaban los jardines del palacio con el bullicio que creaban sus voces y risas mientras jugaban, lo cual alegraba la vida de Dhritarashtra, el rey ciego.

Fue entonces cuando la maldad empezó a surgir en el corazón de Duryodhana. Bhima era como un potro salvaje, era el más fuerte de todos y le gustaba gastarles bromas a los demás muchachos. En todos los juegos de fuerza siempre ganaba él. Cuando los hijos de Dhritarashtra estaban subidos a un árbol le encantaba sacudirlo por el tronco haciéndoles caer como frutas maduras, pero ellos se resentían por ello. La energía burbujeaba en el cuerpo de Bhima, superdotado de fuerza por su padre desde su nacimiento.

Ocultar la humillación de una derrota tras una cara sonriente es una forma de hipocresía que desarrollamos cuando nos hacemos mayores, pues la reacción natural de un niño es gritar y enfadarse con el ganador, pero así era como reaccionaban los hijos de Dhritarashtra ocultando su resentimiento ante la supremacía de Bhima. Bhima por su parte era algo fanfarrón con sus primos. Se divertía burlándose de ellos y humillándolos. Todo era como un juego de niños, pero el corazón de Duryodhana estaba lleno de ira, celos y profundo odio.

Odiaba a su primo Bhima con toda la fuerza de su corazón, y buscaba los medios y la forma para vengarse de aquella humillación.

Era un niño corrompido. Hasta entonces había sido el único señor del palacio y el único heredero del afecto de su tutor, Bishma. Esta intromisión por parte de sus primos era algo que no podía soportar. Sus rivales estaban siendo atendidos y cuidados por su amado tutor, quien hasta entonces había volcado sus cuidados tan sólo en él. Los celos le devoraban y a Bhima le odiaba a muerte.

Duryodhana era un niño egoísta y avaricioso, había heredado esas cualidades de su padre. No quería que sus primos prosperasen y pensó que con la muerte de Bhima su futuro como rey del país estaba asegurado.

Sakuni, su tío, era quien le incitaba al mal. Avivó la chispa del odio en el corazón de Duryodhana, la cual creció convirtiéndose en una llama devoradora, hasta llegar a

un punto en el que sólo un sentimiento ocupaba el corazón de Duryodhana: odio hacia los Pandavas en general y en particular hacia Bhima. Ya no era feliz ni podía conciliar el sueño.

Así pues, Sakuni y Duryodhana planearon un complot para matar a Bhima. Los muchachos habían ido a la orilla del río Ganges para pasar allí el día jugando. Era una fiesta campestre y cuando llegó la tarde, Bhima se sentía muy cansado y hambriento. Entonces Duryodhana le invitó a entrar en su tienda y él mismo le ofreció alimentos de los más exquisitos. Bhima era simple y no tenía maldad, nunca desconfiaba de los demás. Así pues, comió de los alimentos que le ofreció Duryodhana sin saber que les había puesto un veneno de los más mortíferos. Cansado, el joven Bhima se tumbó y muy pronto se quedó dormido.

Entonces Duryodhana ató el cuerpo dormido de Bhima con lianas gruesas y fuertes y lo arrojó a las aguas del Ganges en un lugar en donde habían muchas serpientes venenosas.

Cuando llegó la hora de regresar a la ciudad, Yudishthira buscó a Bhima por todas partes sin poderlo encontrar, por lo que pensó que quizá ya se habría ido a la ciudad. En cuanto llegó a su casa le preguntó a su madre:

—¿Madre, está Bhima aquí?

Kunti viendo el rostro preocupado de Yudishthira le respondió asustada:

—No, no ha regresado.

Entonces él le explicó lo ocurrido y que no encontraba a Bhima por ninguna parte. Los cuatro hermanos salieron a buscarlo por todas partes llamándole a gritos: —¡Bhima! ¡Bhima! —Sólo el eco les respondía, la búsqueda era inútil.

Regresaron a su hogar y le dijeron a su madre que no le encontraban por ninguna parte.

Kunti asustada mandó llamar a Vidura y le dijo que Bhima se había perdido, luego le contaron todo y Kunti añadió:

—Duryodhana odia a mi hijo y me temo que le haya hecho algo o le haya matado.

Vidura la consolaba diciéndole:

—No te preocupes, mi querida hermana, depende de ti proteger a los cuatro hijos restantes. Si Duryodhana supiera que se sospecha de él trataría de matar a los otros cuatro también. Los rishis han predicho que tus hijos vivirán por mucho tiempo. No

compartas tus sospechas con nadie. Estoy seguro de que Bhima está a salvo, pronto lo tendrás junto a ti. Sé paciente y no permitas que Duryodhana sepa que sospechas de él. —Tras estas palabras de consuelo Vidura se fue.

Bhima aún permanecía dormido en las aguas del río con todos sus miembros atados al cuerpo con lianas. De repente sintió que algo le picaba: Las serpientes habían empezado su trabajo, comenzaron a morderle por todas partes. Y entonces ocurrió algo extraño; el veneno de las serpientes resultó ser un eficacísimo antídoto del terrible veneno que había puesto Duryodhana en la comida. Bhima se despertó y empezó a matar a las serpientes. Algunas pudieron escapar dirigiéndose a las regiones inferiores. Llegaron a la morada de Vasuki, su señor, y le dijeron:

—Hay un hombre —o quizás sea el rey de las serpientes— a quien le han mordido mil serpientes y sólo han conseguido despertarle de su profundo sueño. Ahora ha roto todas las lianas que le ataban y está decidido a matarnos a todos. Creemos que deberías ir a su encuentro.

Vasuki fue conducido por sus esbirros hasta el lugar donde estaba aquel hombre e inmediatamente le reconoció; era Bhima, el hijo de Kunti. Fue hacia él y le abrazó, y luego le dijo a su ministro:

—Dale tantas riquezas y joyas como quiera, estoy muy complacido con él.

A lo que el ministro respondió:

—Me gustaría hacer una sugerencia; él es un príncipe, y las riquezas y las joyas no le servirían de nada. ¿Por qué no le alimentamos con nuestro elixir que otorga gran fuerza?

A Vasuki le agradó la sugerencia de su ministro, así que hizo que Bhima se sentase mirando al oriente y le dio un cuenco lleno de elixir. Bhima se lo bebió de un solo trago dejando pasmada a toda la asamblea. Vasuki ordenó que trajeran más y le dijo a Bhima:

—Bebe cuanto quieras. Mientras más bebas, más fuerte te harás. Cada cuenco te da la fuerza de mil elefantes.

Bhima se bebió ocho cuencos de aquel elixir divino y se echó a dormir.

Bhima durmió durante ocho días y al octavo se despertó. Le alimentaron con la comida divina del rey de los Nagas y le condujeron a la superficie del río.

Bhima salió a la superficie y se encontró en el lugar en que habían acampado. E inmediatamente emprendió camino de regreso para reunirse con su madre y sus hermanos.

Todos le recibieron con gran alegría. Bhima abrazó a todos y consoló a su madre que sollozaba sin poderse contener. A continuación Bhima les relató la historia y les aconsejó que tuvieran cuidado con Duryodhana. Los Pandavas estaban sorprendidos no pudiendo entender cómo podía haber tanto odio en el corazón de un joven. En su bondad natural no podían imaginarse cómo el odio podía llevar a un hombre hasta tal extremo.

Cuando Duryodhana vio a Bhima sano y salvo se quedó estupefacto, pues estaba seguro de que su complot había tenido éxito. Sakuni estaba igualmente sorprendido de que Bhima se hubiera salvado milagrosamente. Con esto el odio de Duryodhana creció aún más, pero ahora tenía que andar con cuidado pues los Pandavas ya estaban alertas.

XVI

DRONA LLEGA A HASTINAPURA

Bishma había asignado a Kripa la labor de educar a los príncipes en el uso de las diferentes armas. Había sido criado en la corte del rey Santanu, el cual le había encontrado en el bosque junto con su hermana melliza un día que había salido de caza. Compadeciéndose de ellos, los trajo a palacio, y les puso los nombres de Kripa, a él, y Kripi a su hermana. Eran hijos del gran Gautama. Kripa había aprendido a usar las armas y Bishma pensó que él era la persona adecuada para hacer de tutor de los jóvenes príncipes. Por lo cual, los hijos de Dhritarashtra, los hijos de Pandu, y los jóvenes príncipes de la casa de los Vrishnis, Bhoja y Andhaka que vinieron a Hastinapura aprendieron de Kripa el uso del arco y otras armas de guerra. Cuando ya habían aprendido suficiente, Bishma pensó que deberían recibir un entrenamiento más especializado de un maestro más capacitado.

Un día los muchachos estaban jugando a la pelota. Y ocurrió que jugando se les escapó la pelota y fue a parar al fondo de un pozo cercano. Los muchachos se quedaron algo frustrados ante tal contratiempo, pues ya no podían seguir jugando. Pero un hombre que les observaba desde cierta distancia, viéndoles confusos, se les acercó y les dijo: —Evidentemente no conocéis el uso del arco y la flecha, pues si supieseis usarlos no habría razón para estar tan desalentados.

Los jóvenes, un poco ofendidos, le contestaron:

—Sí que sabemos. Además, ¿qué tiene que ver eso con nuestra pelota?

—Os mostraré —dijo el extraño, y sacándose el anillo del dedo lo tiró dentro del pozo, poniendo a continuación una flecha en su arco. Los muchachos le miraban con ojos de asombro. El hombre la disparó rápidamente atravesando el anillo y clavándola luego en la pelota. A continuación siguió disparando flechas que sucesivamente se fueron clavando unas en otras hasta formar una hilera, luego, tirando de ésta, les devolvió la pelota a los muchachos y se puso el anillo en el dedo otra vez. Los muchachos se quedaron atónitos, pues jamás habían visto cosa igual y llenos de admiración por aquel extraño le dijeron:

—Por favor dinos quién eres.

El extraño les sonrió y les dijo:

—Id y decidle a Bishma, vuestro abuelo tutor lo que ha pasado aquí. El sabrá quién soy.

Los muchachos fueron corriendo al palacio de Bishma y le contaron lo que había hecho aquel hombre maravilloso. Bishma enseguida supo quien era. No podía ser otro más que Drona, el esposo de Kripi. El gran Bhargava había sido su maestro en el uso del arco. Era el hijo de Bharadwaja, el gran sabio.

Bishma sintió que por fin había llegado el tutor apropiado para aquellos muchachos.

Fue a toda prisa a encontrarse con Drona y con el debido honor le dio la bienvenida a Hastinapura.

XVII

EL DESEO DE VENGANZA DE DRONA

En tiempos de su infancia Drona fue compañero e íntimo amigo de Drupada, el príncipe del reino Panchala. Vivían juntos como estudiantes en una ermita. Y en un momento de afecto Drupada le dijo a Drona:

—Eres en verdad mi amigo íntimo. No quiero que nuestra amistad acabe aquí en esta ermita.

Soy el heredero del trono de los Panchalas y cuando yo sea rey te tendré conmigo y podremos ser amigos durante toda la vida.

Los años pasaron y Drona se casó con Kripi de la cual tuvo un hijo a quien llamó Aswatthama. La ambición de Drona era convertirse en el mejor de los arqueros de su época.

Así que recurrió al gran Bhargava el cual en veintiuna ocasiones había dado la vuelta al mundo destruyendo a los kshatryas. Este recibió a Drona con afecto y le dijo: —¿Qué puedo hacer por ti?

Drona se presentó y le dijo:

—Deseo riquezas.

—Yo no tengo riquezas —dijo Bhargava—, la única pertenencia que me queda es mi cuerpo, soy muy pobre. Drona sonrió y le dijo:

—Mi señor, quiero esa riqueza que tú tienes dentro tuyo, eres el maestro supremo en el uso del arco: quiero ser tu discípulo y aprender de ti.

—Eso es fácil —dijo Bhargava—, te aceptaré como mi discípulo.

Cuando ya era un maestro y había alcanzado el poder sobre todos los astras, Drona regresó junto a su familia. Su hijo era entonces muy pequeño y estaban en la pobreza total. En una ocasión el niño se acercó a su madre y le dijo: —Madre, todos mis amigos me hablan de algo que se llama leche, yo quiero de eso, dicen que es muy bueno.

La pobre mujer no sabía qué hacer, pues no tenía medios para satisfacer el deseo de su hijo. En cuanto se lo dijo a Drona éste se puso muy triste. Pero fue entonces cuando se acordó de la amistad que le unía a Drupada, el príncipe Panchala, y le contó a Kripi la promesa que aquél le había hecho.

—Vayamos a la corte de los Panchalas —dijo Drona—, Drupada es ahora el rey; seguro que nos sacará de la miseria librándonos de nuestra pobreza. —Y los tres emprendieron camino rumbo al país de Panchala.

Drona fue a la corte de Drupada y solicitó una audiencia con él. Cuando por fin fue recibido le dijo:

—Yo soy Drona, tu compañero de infancia. Supe que habías sido nombrado rey y por eso he venido. ¿Te acuerdas de lo que me dijiste cuando vivíamos juntos en aquella ermita?

Dijiste que nuestra amistad duraría para siempre y me prometiste que compartirías tu reino conmigo cuando fueras rey. Yo no quiero tus tierras ni tus riquezas, sólo he venido a ti como un amigo para estar contigo. Permanezcamos juntos para siempre.

Drupada había cambiado mucho. Ya no era la misma persona que hacía años había hablado tan dulcemente con Drona. Sus riquezas y el hecho de ser rey, le habían convertido en una persona orgullosa. Ebrio de poder se rió de Drona y le dijo:

—Me hace reír oírte hablar así; un pobre bramán de quien fui amigo en mis tiempos de estudiante reclamándome ahora su amistad. ¿Acaso no sabes que la amistad sólo es posible entre dos iguales? Sólo dos pobres pueden ser amigos, e igualmente sólo dos ricos pueden ser amigos. Esta extraña amistad a la que te refieres no puede existir, es sólo un sueño. Por favor, vete de aquí y no vuelvas a molestarme con tus cuentos de una fantasiosa promesa hecha hace ya mucho tiempo.

Drona, tras aquel insulto permaneció en silencio por unos momentos, y luego se dio media vuelta y se fue enfurecido sin decir una sola palabra. En esos momentos de silencio, Drona había decidido que en el futuro habría de vengarse de ese rey arrogante cuyo orgullo le había cegado hasta el punto de olvidarse de su promesa insultándole en cambio.

Así pues, como venganza, Drona decidió entrenar a un joven kshatrya en el uso del arco, para ser el instrumento mediante el cual él vería realizado su sueño. Y se puso en camino de Hastinapura. Había oído que Kripa, el hermano de su esposa, era el tutor de los jóvenes príncipes de la casa de los kurus, y sintió que por ahí había una posibilidad de ver realizada su venganza.

Drona estaba muy contento por la forma en que Bishma le había recibido a su llegada a Hastinapura. Le contó el insulto que había recibido del rey Drupada y su deseo de venganza mediante un joven arquero a quien él quería entrenar personalmente. Bishma le dijo:

—Has llegado al lugar correcto. Soy tutor de más de un centenar de nietos deseosos de aprender a usar el arco. Me honraría y me alegraría mucho que pudieras encargarte de la tarea de entrenarles hasta hacer de ellos verdaderos kshatryas.

Drona se sintió muy complacido y aceptó la oferta. Bishma llamó a todos los muchachos y los confió a la tutela de Drona, a quien le dijo:

—Desde hoy en adelante son tuyos. Tuya es la tarea de educarles hasta que sean hombres, verdaderos hombres.

Los años pasaron y los príncipes fueron aprendiendo el uso de las diferentes armas, llegando a ser auténticos expertos, pero Arjuna en especial se había convertido en el favorito de Drona. Su amor por el arco, su incesante práctica, su extrema paciencia y su dedicación a sus estudios y a su guru, junto con su naturaleza encantadora, se habían ganado el corazón de Drona llegando a serle más querido que su propio hijo. En una ocasión Drona le dijo a Arjuna:

—Te prometo que haré de ti el mejor arquero del mundo.

Una vez mientras Drona se estaba bañando en el río Ganges, fue atacado por un cocodrilo, el cual le tenía cogido por una pierna. A pesar de que se hubiera podido desembarazar del cocodrilo por sí mismo, no lo hizo porque quería probar el valor de sus discípulos. Y comenzó a gritar:

Salvadme! ¡salvadme de este cocodrilo!

Incluso antes de que acabara de pronunciar estas palabras, Arjuna ya había sacado una de sus agudas y rápidas flechas dando muerte con ella al cocodrilo, a pesar de que estaba debajo del agua. Drona estaba tan complacido con Arjuna que le enseñó el gran astra llamado Brahmasirsha. Le enseñó cómo lanzarlo y cómo retirarlo, advirtiéndole además sobre un detalle, le dijo:

—Este astra es demasiado poderoso para usarlo sobre ordinarios mortales. Si es lanzado en vano sobre una persona cualquiera, destruirá el mundo entero. Sólo se debe usar contra un rakshasa o contra un deva pervertido que esté causando estragos entre los hombres, sólo entonces.

Arjuna lo aceptó con gran gratitud y humildad.

XVIII

DRONA Y EKALAVYA

Un día se le acercó a Drona un muchacho de piel oscura. El maestro acharya en ese momento se encontraba solo y' cuando el muchacho llegó a su lado, se le postró a los pies y le dijo:

—Mi señor, he venido para que me enseñes a usar el arco. Por favor, acéptame como tu discípulo.

A Drona le gustaron sus modales y mirándole tiernamente le dijo: ¿Quién eres tú?

El joven respondió:

—Yo soy Ekalavya, hijo de Hiranyadhanus, el rey de los Nishadas.

Al oír esto Drona se dio cuenta de que no podría aceptarlo como discípulo porque no era un kshatrya y le dijo:

—Hijo mío, no puedo aceptarte como mi discípulo, pues tengo la responsabilidad de entrenar a estos príncipes kshatryas, y tu Ekalavya, siendo un nishada, no puedes unirte a ellos. Me gustaría aceptarte.

Decepcionado y con el corazón roto el joven nishada, se fue de vuelta al bosque del que vino. No guardaba ningún resentimiento contra Drona, pero sí se sentía infeliz.

Una vez de vuelta en el bosque hizo con barro una figura representando a Drona, le dio forma con sus propias manos. Y a partir de entonces aquella imagen era para él su guru.

Diariamente la adoraba y luego comenzaba sus prácticas con el arco. En poco tiempo se dio cuenta que estaba haciendo grandes progresos y ganando habilidad en el uso del arco. Este es el magnetismo del deseo; absorbe para sí todos los pensamientos concientes e inconcientes de la persona, y en consecuencia, todas sus acciones no son más que los ecos de la voz de su deseo. Y esto fue lo que ocurrió con Ekalavya; su amor por el arco y su amor por su guru, le hacían pensar continuamente en aprender a usar el arco y en nada más. Quería dominar este arte y muy pronto llegó a ser un gran experto.

Una vez, los príncipes Kurus y los Pandavas fueron de excursión al bosque. Los Pandavas se habían llevado a un perro con ellos. Este perro vagando se había introducido en el corazón del bosque. Y de repente vio a un hombre extraño que estaba vestido con piel de leopardo y que caminaba como un leopardo. Al verle, el perro pensó que era un animal salvaje, y comenzó a ladrar furiosamente. Este hombre, que no era otro que Ekalavya, el nishada, no pudo resistir la tentación de cerrar la boca del perro con sus flechas.

El largo hocico del perro fue cubierto con flechas. Había entrelazado siete flechas como un habilidoso tejedor, de forma que el perro no podía abrir la boca. El animal huyó corriendo de aquel lugar y llegó al campamento de los Pandavas. A todos les asombró la forma en que habían sellado su hocico. Drona y sus discípulos quedaron maravillados de la habilidad de aquel arquero desconocido que había hecho una obra de arte con sus flechas. Varios de ellos fueron en busca del extraño y finalmente le encontraron.

Le preguntaron quién era y él dijo:

—Soy Ekalavya, soy el hijo de Hiranyadanus, el rey de los Nishadas.

Cuando el preguntaron cómo había podido realizar tales maravillas con su arco y sus flechas, Ekalavya sonrió orgullosamente y dijo:

—Es porque soy un discípulo del gran Drona.

Todos volvieron al campamento y le contaron aquello a Drona.

A Arjuna, el favorito de Drona, no le gustó aquello en absoluto. Se dirigió a su acharya y le dijo:

—Me habías prometido que me harías el mejor arquero del mundo. Pero ahora parece que le has hecho la misma promesa a otro. De hecho él es ya el mejor arquero del mundo.

Drona fue junto con Arjuna a ver a Ekalavya, de quien ya no se acordaba en lo más mínimo. Allí le encontró vestido con una piel de leopardo, estaba de pie con su arco y las flechas en sus manos. Ekalavya vio a su guru y se apresuró a ir hacia él postrándose a sus pies. Sus lágrimas lavaron los pies de su amado guru. Drona estaba encantado con él y le preguntó cuándo se había convertido en su discípulo.

Ekalavya estaba muy feliz de poder contarle toda su historia. Era tan inocente y franco que Drona no pudo evitar sentir amor por él. Ekalavya ni siquiera parecía darse cuenta de que era un gran arquero.

Drona reflexionó en silencio durante unos momentos y luego de muy mala gana le dijo:

—Tú proclamas ser mi discípulo, así que lo justo es que te pida una dakshina. —¡Por supuesto! —dijo Ekalavya—. Me sentiré honrado si me pides algo.

Drona vio la implacable mirada que había en el rostro de Arjuna y le dijo:

—Quiero tu pulgar; el pulgar de tu mano derecha.

Ni un suspiro salió de los labios de Ekalavya. Sonrió y dijo:

—Me siento feliz de darte este dakshina a cambio del arte que aprendí de ti, aquí está. —Sacó de su aljaba una flecha en forma de luna menguante y cortándose el pulgar de su mano derecha, depositó el dedo sangrante a los pies de su amado guru.

Drona lo aceptó y Arjuna se sintió feliz. No había nada más que hacer ni que decir, con eso concluía todo. Ekalavya se postró a los pies de su guru haciéndole una salutación y se despidió de él. Drona y Arjuna echaron a andar silenciosamente regresando al campamento.

XIX

LA INFANCIA DE RADHEYA

Atiratha era un conductor de carrozas y su esposa se llamaba Radha. Con ellos vivía Radheya, un niño que habían adoptado hacía dieciséis años. Estaba celebrando su cumpleaños y Radheya le dijo a su madre:

—Madre, hoy es mi cumpleaños y me habéis regalado una carroza tirada por caballos muy hermosos, pero la verdad es que no siento ningún interés por la carroza ni por los caballos, porque dentro de mí siento una atracción profunda hacia el arco y el uso de las armas, esta pasión incontrolable absorbe todo mi interés. Madre, ¿cómo es que este deseo impropio de mi origen y de mi educación anida en mi corazón?

Radha permaneció sentada en silencio y de sus ojos brotaron lágrimas. Radheya se conmovió al verla llorar y abrazándola le dijo:

—Madre, no quería herir tus sentimientos, preferiría matarme antes que hacerte daño.

Dime ¿por qué lloras?

Radha le abrazó fuertemente como si tuviera miedo de perderlo y luego le dijo:

—Hijo mío, ha llegado el momento de contarte algo que sucedió hace ya dieciséis años. —Y la historia que le contó fue así:

"Era una mañana muy bonita y como todos los días, tu padre se había ido temprano por la mañana a las orillas del Ganges para hacer sus oraciones y adoraciones al sol. De repente sus ojos se sintieron atraídos por algo que flotaba brillando sobre las aguas del río. Se quedó muy intrigado, parecía como una joya brillante siendo arrastrada por las aguas. Poco a poco el objeto se fue acercando y la curiosidad de tu padre crecía y crecía. Así pues, se echó a nadar hacia el centro del río para averiguar qué era aquel objeto destellante, el cual resultó ser una hermosa caja de madera labrada. Y al abrirla se encontró con algo que le dejó estupefacto: dentro había un niño precioso, era el niño más hermoso que había visto jamás; dormía apaciblemente. Tu padre nadó de vuelta hacia la orilla trayendo con él la caja, y se vino con ella corriendo a casa.

"— ¡Radha! ¡Radha! ¡Mira qué te he traído! Tengo un regalo para ti —gritó tu padre. Yo me apresuré a su encuentro al oírle tan contento. No podía creérmelo cuando vi al niño entre sus brazos. Era precioso y brillaba como el sol de la mañana.

"-Fíjate en el kavacha y los kundalas —le dije yo—, debe ser el hijo de un dios.

Radheya no podía reaccionar, la miraba absorto casi sin respirar. Radha abrazó al niño contra ella como en un sentimiento de que iba a perderlo dentro de unos momentos. Luego continuó con la historia:

"-Con toda seguridad este niño no pertenece a la tierra, debe ser hijo de algún dios —dije yo—, su belleza no es de este mundo.

"Tu padre me miró y se sonrió diciéndome:

"-Quizás este niño haya nacido en el cielo y Dios compadecido te lo ha enviado porque eres estéril. Le llamaré Radheya porque va a ser tu hijo bienamado.

—Estábamos encantados de tener un niño en casa.

Yo estaba muy feliz. Me fijé en la caja y aprecié que no era una caja ordinaria. Tú habías sido envuelto en sedas carísimas y te habían puesto dentro de la caja. Eran telas exquisitas propias sólo de una princesa. Nos imaginamos que eras el hijo de una dama de alta alcurnia, la cual por alguna razón te había abandonado depositándote en el río. Lo más probable es que pertenezcas a un palacio. Hasta ahora has vivido todos estos años como el hijo de un pobre conductor de carrozas y la única riqueza que hemos podido ofrecerte ha sido la de nuestro amor. Esto creo que explica la razón por la que no quieres ser un conductor de carrozas: quieres aprender a usar el arco porque eres un kshatrya, estoy casi segura.

El cuerpo de Radha se estremecía de pena cuando le dijo:

—Vete, hijo mío, tú no eres mi hijo. Vete al mundo y busca a tu madre. Por mi parte, le estoy agradecida a Dios por haberme dado un hijo durante todos estos años. El recuerdo de lo que ha sucedido en este tiempo me dará ánimos para vivir los años que me quedan.

Radheya ya no pudo contener sus lágrimas y entre sollozos le dijo:

—Madre, ¿Qué me estás diciendo? ¿acaso quieres abandonarme igual que lo hizo mi otra madre? Yo no sé quién es mi madre ni quiero saberlo, yo ya tengo una madre; la más dulce y querida de todas las madres. Quizás yo sea un kshatrya, probablemente lo sea, pero no me importa porque antes que nada yo soy tu hijo; quiero serlo. Mi nombre es Radheya y Radheya seré hasta el final de mi vida. Ese será el nombre por el que este mundo me conocerá. No estoy avergonzado de mis padres. Estoy orgulloso de ser el hijo de un suta. En este mundo no hay nada superior al conocimiento, y el conocimiento no hace diferencias de casta ni credo.

Iré en busca de conocimientos y me convertiré en un sabio; un sabio encuentra reconocimiento dondequiera que va. Madre; la sed de conocimiento y de maestría en el uso del arco anidan en mis entrañas; iré en busca del conocimiento. Partiré ahora mismo. Pero recuerda: regresaré. Tú eres mi madre y nada me puede apartar de ti, ni a ti de mí.

Radheya abrazó a su madre y ella le apretó entre sus brazos. Las lágrimas corrían por las mejillas de ambos.

XX

RADHEYA ES MALDECIDO

El hijo de Kunti, ahora bajo el nombre de Radheya, tenía como único objetivo el lograr conocimientos. Quería aprender a usar el arco y oyendo que el gran Drona estaba en Hastinapura instruyendo a sus discípulos en el uso del arco, presto se dirigió a aquella ciudad. Al llegar se encontró con Drona a solas y le saludó diciéndole:

—Mi señor, quiero que me aceptes como tu discípulo y me enseñes a usar el arco.

Drona le preguntó quién era, a lo que Radheya le respondió:

—Soy el hijo de Atiratha, el conductor de carrozas.

Drona no estaba dispuesto a enseñarle a usar el arco al hijo de un suta, y le dijo:

—Eres un sutaputra.

Yo no le enseñaré a usar el arco a alguien nacido en una casta inferior.

Radheya dio media vuelta y se fue.

Después de ese encuentro el apelativo. de sutaputra le atormentaba continuamente convirtiéndose en un estigma que acompañaría a su nombre hasta el final de su vida. Quería aprender a usar el arco, pero el hecho de ser un sutaputra se convirtió para él en un gran impedimento a la hora de ser aceptado como discípulo. Radheya estaba desesperado. Pero al fin decidió ir a pedirle a Bhagaván Bhargava que le enseñase el uso del arco. Este hombre odiaba a los kshatryas. Radheya sabía que el rishi tenía un temperamento muy fuerte y que odiaba a los kshatryas terriblemente, por lo cual decidió hacerse pasar por un bramán.

Radheya llegó al ashram del gran Bhargava lleno de esperanzas. Entró al ashram y se postró a los pies del gran maestro. El rishi con su pelo enmarañado, su penetrante mirada y su terrible personalidad causó a Radheya una sensación como de temor y reverencia al mismo tiempo. Y empezó diciendo:

—He venido con la esperanza y el anhelo de que me aceptes como tu discípulo. Por favor, no me dejes volver con las manos vacías.

El gran rishi levantó el cuerpo de Radheya, que temblaba como una hoja sacudida por el viento. Se sintió complacido con la humildad de aquel joven. Radheya le dijo que era un bramán y que quería aprender a usar el arco. Bhargava le sonrió y gentilmente le dijo:

—Te enseñaré todo cuanto sé, con mucho gusto.

Así comenzó la educación de Radheya. Allí, en el ashram del gran Bhargava pasó feliz muchos días y meses, quedando en el olvido los insultos de que había sido víctima por ser un sutaputra. Tan sólo le preocupaba una cosa: adquirir conocimientos. Conocimientos significaban poder, fama y reconocimiento. Era lo único que merecía la pena en el mundo de los hombres.

Hasta que por fin su educación llegó a buen término. Bhagaván Bhargava le había enseñado todos los astras; incluso el Brahmastra y el poderoso Bhargavastra. Ya casi se acercaba el tiempo de la partida de Radheya hacia su nueva vida y Bhargava estaba ya dándole sus últimos consejos. Le dijo:

—He sido muy feliz durante todo este tiempo. Ha sido para mí un placer enseñarte a usar el arco. Ya te he enseñado todo cuanto sé y me siento orgulloso de haberte tenido como mi discípulo. Eres muy honesto, respetuoso con tus mayores y estás dispuesto a andar por el camino de la rectitud. Este conocimiento que has adquirido debes usarlo en defensa del Dharma. No debes usarlo jamás para una causa injusta.

El sol brillaba en lo alto del cielo y el calor era insoportable. El gran Bhargava quería descansar bajo la sombra de un árbol, así pues le dijo a Radheya:

—Vete al ashram y tráeme una piel de ciervo para usarla enrollada como almohada.

—Mi señor —dijo Radheya —puedes usarme a mí como almohada apoyando tu cabeza sobre mis muslos. Por favor, déjame hacer este servicio por ti; eres el maestro que me ha revelado el conocimiento más valioso que poseo.

Bhargava se sintió complacido con su devoción y aceptó el ofrecimiento.

Mientras Radheya yacía con la cabeza de su maestro descansando sobre sus muslos, de repente sintió que algo le estaba picando en el muslo en el que el gran rishi tenía apoyada la cabeza. El dolor que sentía era insoportable pero no quería moverse para no molestar el sueño de su guru. Levantó un poco la cabeza y vio que era un insecto de aspecto horrible, parecía un pequeño cerdo y tenía un hocico muy agudo y fuerte, como hecho de acero, además estaba armado de varias filas de dientes, hundiéndose en su carne como si fuera una sierra. El dolor era intensísimo, pero Radheya no podía moverse ni lo más mínimo para no perturbar el sueño de su maestro.

El insecto había abierto una brecha profunda en su muslo y la sangre manaba abundantemente de la herida. El contacto de la sangre caliente con la cara del rishi, hizo que éste se despertara. Bhargava vio el insecto borracho con la sangre de Radheya y a continuación miró fijamente a la cara de Radheya con expresión de gran asombro. Le dijo:

—Veías como este insecto te estaba picando, y sentías el intenso dolor, ¿cómo no te has incorporado para deshacerte de él?

—Mi señor —dijo Radheya—, tú dormías en mi regazo y estabas cansado. Para mí era más importante tu sueño que mi dolor y no quería molestarte, por eso no le presté atención. La explicación de Radheya aún aumentaba el asombro del sabio el cual se sentía muy confundido. Le dijo:

—No puedo entenderlo, ¿cómo puede un bramán soportar un dolor tan fuerte? Es bien sabido por todos que los bramanes no pueden soportar el dolor, ni siquiera pueden ver la sangre. ¡Dime la verdad! Tú no eres un brahmán; sólo un kshatrya puede hacer lo que tú has hecho. ¿Será posible que después de todos estos años de dedicación le haya enseñado todos mis astras a un malvado kshatrya? Nunca te perdonaré que me hayas engañado de esta manera. Eres un kshatrya, ¡admítelo!

Radheya cayó a los pies de Bhargava y le dijo:

—Perdóname mi señor. Para mí tú has sido más que un padre, y como padre deberías perdonar las faltas de tu hijo. Cierto es que no soy un bramán, pero tampoco soy un kshatrya.

Yo soy Radheya el sutaputra. Un suta es el hijo de un kshatrya y un bramán, por eso me atreví a decirte que era un bramán, pero sólo con la intención de adquirir conocimientos. Y se dice que el conocimiento no hace diferencias de castas ni credos. En tu nobleza, te pido que seas tolerante con mi falta; mi deseo era solamente convertirme en tu discípulo. Me he entregado a ti, por favor, ten misericordia y perdóname, te lo ruego.

Bhargava estaba furioso y no prestaba atención a sus lágrimas ni a sus ruegos. En ese momento nada le conmovía pues había olvidado todo lo que le unía a Radheya, tan sólo una idea persistía en su cabeza: "Me ha dicho una mentira." Y en ese estado de furia, Bhargava maldijo a Radheya sin contemplaciones:

—Bajo falsas pretensiones has aprendido de mí cuanto sabía. Pero en la situación más desesperada, cuando necesites un astra, tu memoria te fallará y no podrás invocarlo.

Al oír esto Radheya cayó al suelo sin sentido.

Poco tiempo más tarde volvió en sí y le imploró al rishi, temblándole el cuerpo: —¿Por qué, por qué me has maldecido de esta forma, mi señor?

Pero las palabras que había pronunciado el rishi eran ya irrevocables. Bhargava se dirigió entonces a Radheya en un tono algo más calmo y le dijo:

—Lo que he dicho ya nada puede cambiarlo, pero como paliativo hay algo que puedo asegurarte. Querías fama; pues la conseguirás. Serás conocido hasta en la posteridad como el arquero mejor de la tierra. —Tras decir esto el gran Bhargava le dejó y se fue.

Después de ver a su maestro desaparecer en la lejanía, Radheya emprendió su camino secándose las lágrimas de los ojos, sumido en la más profunda desesperación. Vagaba sin rumbo, no sabía a dónde ir. Por fin llegó a la orilla del mar y se sentó sobre una roca. Mucho tiempo pasó allí escuchando el batir de las olas contra la orilla, el melancólico sonido del mar era como un bálsamo para su corazón herido. Luego se levantó y se fue. Y cuando volvía, de repente, un animal pasó por su lado a toda prisa. Casi instintivamente, sacó una flecha y la lanzó, la cual abatió al animal matándolo instantáneamente. Al acercarse al animal vio con horror que no era un ciervo sino una vaca y que su dueño era un bramán. Radheya se le acercó y le dijo que no lo había hecho con intención y trató de tranquilizarlo ofreciéndole muchas más vacas y riquezas como restitución del daño. Pero el bramán estaba muy enojado y dando rienda suelta a su ira, maldijo a Radheya, diciéndole:

—Cuando estés luchando con el peor de tus enemigos la rueda de tu carroza se hundirá en la tierra, y de la misma forma que tú has matado a mi pobre vaca cuando jugaba ignorando el peligro que la amenazaba, tu enemigo te matará a ti cuando estés en la situación que menos te lo esperes.

Eso fue para Radheya como la gota que colmó el vaso. En un momento pasó por su memoria toda la tragedia de su vida y se sintió la persona más desdichada del mundo. Tan sólo había una persona que de verdad le amaba: era su madre, Radha. Era la única persona que le había amado cuando había necesitado amor. Y era su deber como hijo cuidar de su madre: ese era ahora su único propósito en la vida.

Radheya regresó a su hogar para reunirse con su madre. Le contó todo lo que había aprendido y la educación tan completa que había recibido, pero no se atrevió a decirle que de nada le valía todo aquello, pues su vida estaba condenada por la maldición. No quería romperle el corazón.

Permaneció con ella durante unos días y luego le dijo que se dirigiría a la ciudad de los kurus: Hastinapura. El tenía el sentimiento de que sus conocimientos le facilitarían la entrada al gran palacio, cuyas puertas se custodiaban muy celosamente.

XXI

LA ALIANZA DE RADHEYA Y DURYODHANA

Llegó el tiempo en el que Drona pensó que sus discípulos estaban ya suficientemente preparados como para hacer una exhibición para todos los habitantes de la ciudad y los miembros de la casa real. Así pues le pasó la sugerencia a Bishma y a Dhritarashtra, los cuales aceptaron la idea con agrado y entusiasmo.

—Por supuesto —dijo Bishma—, que se hagan los preparativos inmediatamente. —Y el rey le encargó a Drona que empezase enseguida la construcción del estadio para la gran exhibición. Drona se puso enseguida manos a la obra, y en muy poco tiempo el escenario estaba completamente construido ido.

El estadio era inmenso y estaba muy bien pensado. Había un escenario en el centro con asientos a ambos lados; a un lados se sentarían los miembros de la familia real y al otro los invitados de los reinos vecinos. Las mujeres de la familia real tenían su asiento en un lugar aparte. En el lado opuesto al escenario se habían construido enormes graderíos para los habitantes de la ciudad.

Por fin llegó el día del torneo. El sol brillaba Intensamente y el lugar estaba abarrotado de espectadores; miles y miles de personas se habían congregado para contemplar las hazañas de los hijos de la Casa de los Kurus y también de otras casas. Todos estaban emocionados y ansiosos por ver el espectáculo, haciendo comentarios acerca de los hechos que se iban a desarrollar durante el torneo.

Finalmente los miembros de la familia real comenzaron a llegar uno por uno dirigiéndose a sus respectivos asientos.

Primero entró Bishma con su barba blanca brillando bajo el sol, luego le siguió Kripa y a continuación el rey, conducido por Vidura y acompañado por Gandhari. Después entraron en grupo los demás miembros de la Casa de los Kurus. A ellos les siguieron los reyes invitados. Todos estaban ya sentados en sus asientos y la gente esperaba ansiosa la aparición de los príncipes. De la multitud comenzó a surgir un clamor semejante al del océano en una noche de luna llena. El ruido se hacía cada vez más intenso hasta que de repente cesó como por arte de magia. Los asistentes estiraban sus cuellos mirando al escenario por encima de sus cabezas. Vestido de blanco y con sus cabellos grises grácilmente ondulados, Drona había entrado en el escenario acompañado de su famoso hijo Aswatthama. Vyasa también estaba allí para contemplar el acontecimiento. El rey rindió honores a los dos maestros; Drona y Kripa. La escena era realmente impresionante.

Luego uno por uno, los príncipes fueron saliendo a la arena. Los encabezaba Yudishthira pues era el mayor de todos. Se dirigieron a los acharvas haciendo salutaciones ante cada uno de ellos. Los príncipes iban ataviados con los tradicionales trajes de guerreros.

Una vez acabadas las salutaciones los príncipes comenzaron a hacer ejercicios preparatorios con sus arcos y el lugar resonaba con el intenso ruido producido por el cimbreo de las cuerdas de sus arcos: la exhibición había comenzado. Los príncipes realizaron hazañas sorprendentes con arcos, flechas, espadas, jabalinas, y todo tipo de armas de guerra. Los asistentes contemplaban el espectáculo absortos, conteniendo la respiración.

A esto le siguió un duelo singular entre Bhima y Duryodhana usando la masa como arma. Ambos eran extremadamente hábiles en el uso de la maza y la gente contemplaba la lucha con muchísimo interés y emoción. Mientras tanto Vidura comentaba al oído del rey el desarrollo de los acontecimientos, dado que Dhritarashtra era ciego. El duelo continuaba; algunos estaban de parte de Bhima y otros de parte de Duryodhana. Drona les observaba muy atentamente, él sabía que se odiaban mutuamente. Por lo cual en cuanto vio que la lucha se convertía en algo más que un mero duelo amistoso, le dijo a su hijo Aswatthama que separase a los dos rivales concluyendo así el duelo. Aswatthama se dirigió con mucha calma al escenario y les hizo una señal a los combatientes para que abandonasen la lucha, los cuales con gusto habrían seguido luchando, pues la furia ya les había enzarzado en una pelea feroz.

Pero no obstante, la orden del guru tenía que ser obedecida. Y con los ojos enrojecidos de rabia, ambos rivales se separaron entrecruzándose miradas de ira contenida.

A continuación Drona le pidió a Arjuna que comenzase su exhibición. Arjuna apareció con una armadura dorada protegiendo su pecho y su arco suspendido de su mano derecha. En su espalda llevaba atada una aljaba llena de flechas y los dedos con los que estiraba la cuerda del arco los tenía protegidos con cuero. Un fuerte clamor surgió de la multitud cuando Arjuna subió al escenario. El rey al escuchar semejante estruendo le preguntó a Vidura:

—¿Qué es ese ruido?

Vidura sonrió y le dijo:

—Es Arjuna, el bello hijo de Kunti. Es el preferido de Drona y el favorito de todos: al verle la multitud se ha exaltado.

El corazón del rey ciego ardía de celos, pero no obstante, lo ocultaba elogiando a los hijos de Pandu con palabras dulces.

Kunti estaba sentada junto a las otras damas de la casa real. Se sentía muy feliz al ver a sus hijos realizar todas aquellas hazañas; viendo a Arjuna se sentía orgullosa de ser la madre de aquel joven tan fuerte y apuesto. La vida en Hastinapura le había hecho olvidar todas las miserias que había pasado. Ahora vivía para sus hijos que ya habían crecido, y se sentía contenta al verles felices, convencida de que en su vida había encontrado ya la seguridad. Ya no veía nada que pudiera truncar la felicidad de sus hijos ni la suya propia.

Arjuna realizó su exhibición de habilidades complaciendo con sus hazañas a los asistentes. Todos estaban convencidos de que no había nadie que le igualara en maestría en el uso del arco. Sus flechas eran tan rápidas que salían del arco silbando a través del aire sin que nadie pudiera verlas. Era un espectáculo fascinante.

De repente un ruido atronador rompió la concentración de los espectadores y del mismo Arjuna. El ruido provenía de las puertas de entrada, era un sonido cimbreante. Todo el mundo había vuelto la cara en aquella dirección como una cosecha de trigo soplada por una fuerte brisa. Duryodhana se levantó con la maza en su mano rodeado de sus cien hermanos, como Indra en el cielo acompañado por los dioses inferiores. Entre la multitud, alguien se abría camino apartándose la gente a su paso. Alguien se acercaba. Andaba como un león. La gente le miraba asombrada como ante la visión de un dios. Y de nuevo escucharon el ruido: provenía del cimbreo de la cuerda del arco de aquel recién llegado.

Era Radheya con su Kavacha y sus kundalas de color dorado, brillando fulgurante bajo el sol de la tarde. Se dirigió derecho al escenario moviéndose con la graciosidad de una pantera. Se detuvo ante Drona y después de saludarle se dirigió a Arjuna con voz fuerte e imperiosa como el sonido de un trueno:

—He venido a desafiarte, creo que estás demasiado orgulloso de la habilidad que hasta ahora has demostrado. Yo puedo hacer todo lo que has hecho y mucho más, y si tu guru lo permite te lo demostraré.

Radheya realizó todas las hazañas con las que Arjuna había impresionado a los asistentes. En la cara de Bishma apareció una sonrisa sarcástica al ver la expresión de disgusto con la que Drona contemplaba la escena. Sin embargo la cara de Duryodhana estaba iluminada de amor hacia aquel extraño. Arjuna estaba anonadado, conteniendo la ira que despertaba en él aquella humillación. Yudishthira por su parte, observaba la escena confuso y sorprendido por el valor del recién llegado.

Radheya había acabado su exhibición y ahora desafiaba a Arjuna a un combate singular, ignorando que aquél al que desafiaba era su hermano. Arjuna le respondió con un reproche: —¿Quién eres tú para atreverte a venir alardeando de tu bravura sin ni siquiera estar invitado?

Radheya sonrió con rudeza y le dijo:

—Esto es un torneo: no una exhibición privada, organizada en beneficio tuyo. La entrada está abierta a todo aquel que quiera mostrar su valor. Por eso te desafío. ¿Eres capaz de aceptar el reto o admites ya que soy mejor arquero que tú?

Arjuna haciendo un gesto de desdén con sus hombros se preparó para la lucha. En aquel momento una extraña visión apareció en el cielo: unas nubes azules surgieron súbitamente cubriendo el cielo. Parecía como si Indra quisiera proteger a su hijo. El sol por su parte vertía sus rayos cálidos sobre el recién llegado como en un intento de querer también proteger a su hijo. La escena era muy hermosa: Radheya aparecía allí de pie bañado por la luz del sol, mientras que Arjuna estaba oculto por las sombras de las nubes. Los espectadores estaban ya tomando partido inclinándose a favor de uno u otro rival. Los hijos del rey estaban de parte de Radheya, mientras que Drona, Bishma y Kripa, estaban de parte de Arjuna, el pandava.

Justo antes de que la lucha comenzase se produjo como una repentina confusión entre las mujeres. A oídos de Vidura llegó la noticia de que Kunti se había desmayado repentinamente. Era incomprensible, pues momentos antes estaba muy feliz. La visión de este hombre brillando bajo el sol con su kavacha y sus kundalas debió producirle una tremenda impresión.

Su memoria regresó en un instante a aquel día en que depositó a su hijo en las aguas del Ganges abandonándolo a la corriente: "Un día volveré a encontrarme contigo. Te reconoceré por tu kavacha y tus kundalas." Tras estas palabras le había dejado a merced de la corriente.

Ahora había vuelto a encontrarse con él; había reconocido a aquel recién llegado como su hijo. Cuando ella vio a sus dos hijos compitiendo en duelo, uno contra otro, sintió una gran agonía en su corazón. Vidura fue corriendo a su encuentro y roció su cara con perfume tratando de reanimarla. Vidura, usando su poder para ver el pasado y el futuro, supo todo lo ocurrido inmediatamente. Cuando Kunti se reanimó Vidura le habló mediante señas dándole a entender que no dijera nada, que guardase el secreto. Al tiempo trataba de consolarla, ayudándola a soportar aquel sufrimiento. Con profunda amargura Kunti volvió a contemplar a sus dos hijos enfrentados como enemigos por el juego del destino y desde aquel momento la paz y la felicidad se esfumaron de su vida para convertirse en una larga eternidad de sufrimientos y angustia.

Los dos jóvenes estaban ya dispuestos a luchar. Tenían sus arcos tensos, sus frentes tersas y sus ojos llenos de furia, mirándose fijamente el uno al otro. Entonces Kripa salió al escenario y dijo:

—Cumplamos las reglas de combate. Arjuna el pandava, es el más joven de los hijos de Kunti. Pertenece a la noble casa de los kurus. Así pues, tú —dijo dirigiéndose a Radheya tienes que presentarte anunciando el nombre de tu padre y la familia a la que perteneces, para que todos los asistentes conozcan qué reino tiene el honor de tenerte a

ti como representante. Es norma sabida que sólo dos que pertenezcan al mismo rango pueden luchar. Un príncipe no puede luchar con alguien perteneciente a una casta inferior.

Radheya inclinó la cabeza como un loto empapado de rocío. Pero Duryodhana saltó de su asiento como una cobra amenazante y habló así:

—Mi señor, el Dharma más antiguo nos enseña que hay tres clases de reyes: los que son reyes por nacimiento, los que son reyes por su bravura y los que se convierten en reyes cuando derrotan a otro rey. La bravura, señor mío, no es un derecho de nacimiento exclusivo de los kshatryas. La bravura es un don universal. Así pues, si lo que pretende Arjuna es escudarse detrás de la norma de que sólo un rey puede luchar contra otro rey su deseo será complacido. Coronaremos a este joven como el rey de Anga donde ahora mismo no hay monarca, tras lo cual, podrán luchar de acuerdo a las normas.

La gente apenas se movía, tenían toda su atención puesta en lo que estaba pasando. Este gesto de Duryodhana les había dejado estupefactos. En los ojos de Bishma había una expresión de regocijo y aprobación. " ¡Bien hecho! ¡bien hecho!" comenzó a gritar la gente de una punta a otra del estadio. Y Duryodhana con el permiso de Bishma y Dhritarashtra ordenó que trajeran el agua sagrada y los otros elementos necesarios para la ceremonia de la coronación.

Inmediatamente fueron a buscarlos y mientras los bramanes cantaban incesantemente los Vedas. Duryodhana colocó su propia corona sobre la cabeza de Radheya e igualmente puso su espada en su mano derecha, tras lo cual Radheya recibió del príncipe kuru el baño de coronación. Y Duryodhana le dijo:

—Ahora eres el rey de Anga. Arjuna, este hombre es ahora de tu propio rango, incluso superior si cabe. Pelea con él y permítenos el placer de observarte como lo haces.

De los ojos de Radheya brotaban lágrimas de emoción dirigiéndose a Duryodhana le dijo:

—Mi señor, no sé cómo puedo agradecerte el gran honor que acabas de conferirme. No creo siquiera que lo merezca. Dime, ¿cómo puedo mostrarte mi gratitud?

El noble Duryodhana sonrió y le dijo:

—Joven, seas quien seas, tus nobles cualidades no sólo merecen este pequeño reino. de Anga sino mucho más. Pareces estar preparado para gobernar el mundo entero. Y por lo que respecta a nosotros no queremos nada a cambio de este pequeño servicio que te hemos hecho.

Yo sólo quiero tu amor; quiero tu amistad. Duryodhana quiere tu corazón.

Radheya dibujó una sonrisa en medio de sus lágrimas y le respondió: —¿Mi corazón? Eso, señor mío, ya os lo habéis ganado.

Duryodhana se le acercó y Radheya, con su cuerpo empapado por el agua santa de la coronación y con lágrimas de amor y gratitud en su rostro avanzó también hacia el príncipe hasta unirse ambos como amigos en un abrazo. Esta escena conmovió el corazón de los asistentes: "¡Qué gesto más noble, qué príncipe!", comentaban los habitantes de la ciudad.

Un anciano avanzaba en medio de la multitud dirigiéndose hacia el escenario con ayuda de un bastón. En cuanto Radheya lo vio se apresuró a su encuentro, postrándose ante él y poniendo la corona a sus pies. Era Atiratha, su padre. El anciano le dijo:

—Radheya, hijo mío, estoy muy feliz de ver la suerte que ha recaído en ti. Alabado sea el noble príncipe Duryodhana.

Esto hizo saber a la gente que Radheya era por origen un sutaputra. Los Pandavas que hasta entonces permanecían en silencio comenzaron a reírse sarcásticamente entre ellos por el buen comienzo del recién ungido rey. Y Bhima le dijo:

—Escucha, tú, un sutaputra no es digno de ser aniquilado por Arjuna. Ni siquiera eres digno de tener un arco en la mano; coge las riendas y el látigo que serán para ti instrumentos más apropiados.

Este insulto hirió a Radheya en lo más profundo, el cual apretó los labios con ira, pero se contuvo y no dijo ni una palabra. Allí, en silencio levantó sus ojos hacia el sol contemplándolo como su dios protector. Ver esta escena fue para Kunti como clavársele una aguja en el corazón. De sus ojos brotaron lágrimas amargas.

Duryodhana saltó de nuevo de su asiento con el aspecto de un elefante furioso queriendo pisotear un lago lleno de flores de loto. Como una cobra escupiendo veneno se dirigió a Bhima y le dijo:

—Bhima, eres un príncipe y perteneces a la casa real, pero las palabras que has dicho no son propias de un príncipe. El valor, como ya dije antes, no es una herencia exclusiva de los kshatryas, pues para los héroes igual que para los ríos, el origen no tiene importancia. Piensa en el nacimiento de muchos grandes hombres. Piensa en el nacimiento de nuestros maestros Drona y Kripa. Piensa en el nacimiento de tu padre y el mío y también en el de nuestro tío Vidura. Pensad en vosotros mismos los pandavas, todo el mundo sabe que sois hijos de una misma madre pero no de un mismo padre. Sois hijos de una madre que consideró apropiado tener tres amantes. Así que no digas más insensateces acerca de este hombre. Lástima me da tu falta de entendimiento. El tiene todas las cualidades necesarias para un kshatrya, o es que acaso no entiendes que

un tigre jamás puede nacer de un ciervo manso. ¿Acaso no sientes que este hombre es un kshatrya? Le he hecho el rey de Anga, pero sé que merece ser el señor de la tierra entera. Ha nacido para ser grande, pero tú no tienes suficiente humildad para reconocerlo. No me importa quién es ni de dónde viene; es un héroe y vivirá junto a los héroes. Ahora pídele a tu amado Arjuna que pelee con él si se atreve.

Las palabras de Duryodhana robaron un aplauso clamoroso de todos los allí reunidos. El sol complacido quizá por todos los honores acumulados por su hijo, se inclinó lentamente cayendo sobre el horizonte, como satisfecho ya por aquella jornada y retiró sus rayos ocultándose tras las montañas. En seguida la oscuridad se extendió cubriendo el lugar obligando así a que el duelo fuera cancelado y la muchedumbre se dispersase, poniendo fin así a aquella dramática situación. Mientras la gente se iba marchando no se oía hablar de otra cosa que del nuevo héroe y del príncipe Duryodhana.

Las hazañas de Arjuna se perdieron en el olvido, para él el gran torneo había supuesto un rotundo fracaso.

La oscuridad de la noche cayó sobre la ciudad envolviéndolo todo. Pero a la luz de las antorchas podía verse a dos amigos andando juntos delante de la muchedumbre: Duryodhana y Radheya. Bishma por su parte aún sonreía divertido, Drona sin embargo iba de capa caída caminando detrás de todos. Vidura parecía triste y muy serio. Para Yudishthira la aparición de Radheya fue como la de un cometa amenazador surcando el cielo, pues se dio cuenta de que no había nadie que pudiera igualar al nuevo héroe en su grandeza y en su habilidad con el arco. Y esto le preocupaba a Yudishthira, pues hasta entonces se había sentido seguro sabiendo que con la fuerza de Bhima y el poder de Arjuna, los pandavas eran superiores a los kurus, pero ahora con la nueva alianza esa seguridad había desaparecido. Igualmente disgustados se sentían los otros pandavas por lo que había sucedido ese día en el estadio.

XXII

DRONA DERROTA A DRUPADA

La educación y adiestramiento de los príncipes ya había finalizado. Era el momento por el que Drona había esperado para ver realizado su sueño de venganza. Reunió a sus discípulos en torno suyo y les dijo:

—Ha llegado el momento en el que debéis tributarme vuestro dakshina.

Los príncipes estaban enormemente emocionados y deseosos de saber cuál iba a ser su dakshina.

—Yo no quiero riquezas —dijo Drona—. Quiero que vayáis al reino de los panchalas y derrotéis a Drupada trayéndomelo cautivo. Lo quiero vivo.

Los príncipes se sintieron tremendamente emocionados al saber que por fin iba a poder luchar, e inmediatamente comenzaron los preparativos para la batalla. Para un kshatrya la idea de poder luchar supone un gran aliciente, cuanto más no lo sería para los vástagos de la casa de los kurus, que iban a tener la primera oportunidad de demostrar sus habilidades como guerreros. Una vez finalizados los preparativos emprendieron la marcha hacia Panchala.

Drona estaba más emocionado que ninguno.

En cuanto Drupada supo la noticia de que los príncipes kurus se dirigían a su ciudad con intenciones de guerra, aunque no entendía qué motivo les movía a hacerlo, también hizo sus preparativos para la lucha. Y, apoyado por sus hermanos, Drupada salió al encuentro de sus adversarios.

La lucha comenzó, pero los pandavas permanecieron apartados como esperando, descansando debajo de un árbol cercano al campo de batalla. Ellos sabían que a los kurus les sería imposible derrotar a Drupada, por lo cual decidieron intervenir una vez que ellos hubiesen fracasado en el intento. El terrible Drupada peleaba tan bien que derrotó a todos los kurus dispersándolos en desbandada. Los pandavas contemplaban la escena sonrientes. Y a continuación entraron en acción. Arjuna le pidió a Yudishthira que se quedase detrás.

—Nosotros cuatro capturaremos a Drupada —le dijo.

La carroza de Arjuna avanzaba veloz escoltada de un lado por Nakula y del otro por Sahadeva, protegiendo las ruedas de su carro. Bhima, con su maza en la mano parecía el Señor de la Muerte. Rompieron la línea de vanguardia de los Panchalas haciendo caer los soldados a un lado y a otro, y a continuación fueron directos hacia la carroza de Drupada. El rey de los panchalas se defendía furiosamente, pero la estrategia de los cuatro pandavas le sorprendía continuamente. No querían hacerle daño, tan sólo le acosaban para capturarle. Y de un salto Arjuna pasó de su carro al de Drupada, tomándole totalmente por sorpresa. Arjuna le capturó y le hizo subir a su carro en el cual partió inmediatamente en dirección al lugar en el que esperaba Drona.

Había llegado el momento por el que Drona había estado esperando' desde hacía muchos años. Por fin su sueño de venganza se había hecho realidad. Y allí en frente de Drupada, Drona rememoró todos los hechos del pasado que habían sido origen de aquel acto de venganza; Drupada le escuchó humillado mirando al suelo, pues era un rey orgulloso, borracho de poder. Pero ahora las posiciones se habían invertido, y Drona le tenía cautivo y a su merced. Le reprochó con insultos todo lo que le había hecho vengándose así de la humillación que un día sufrió. Ahora era Drona el que estaba borracho de poder. Le dijo: —¿Te acuerdas que una vez me dijiste que la amistad solamente podía producirse entre dos personas del mismo rango, pues fíjate ahora; ya no tienes nada que puedas reclamar como tuyo; ni tu reino, ni siquiera tu misma vida. Pero no temas, no te mataré, quiero ser tu amigo, y dado que la amistad sólo es posible entre dos personas del mismo rango, te voy a devolver la mitad de tu reino, de esta forma estaremos al mismo nivel. Tu reino comenzará desde las orillas del río Ganges hacia abajo, mientras que yo me quedaré con toda la tierra que queda al norte del río. Dejémoslo así y quedemos como amigos.

Drona, con la falta de perspectiva típica de un bramán, no podía imaginarse qué consecuencias iba a traer esta repartición amistosa. Fue capaz de guardar en su corazón el dolor causado por un insulto durante anos y dedicarse enteramente a la consumación de su venganza. Pero el odio sólo duró mientras duraba su sed de venganza; una vez tomada la revancha su mente quedó en paz y olvidó todo lo sucedido. Sin embargo, Drupada no era un brahmán sino un kshatrya, y a pesar de que Drona le abrazó con afecto en el momento de la despedida, él no dijo ni palabra, pues en su corazón se estaba fraguando un odio a muerte por su agresor. Drupada se hizo la siguiente proposición: "Debo de conseguir un hijo para matar a este hombre a quien tanto odio. Me recluiré para practicar austeridades y mortificaciones pues sé que un hijo ordinario no podría acabar con este hombre, que es un maestro de todos los astras. Pediré que me sea concedido un hijo poderoso, capaz de matar a Drona." Por otra parte Drupada como todo buen kshatrya, estaba admirado por el valor del joven príncipe Arjuna: "¡Qué arquero más formidable! ¡qué guerrero más caballeroso!" —pensaba Drupada—. "Si fuera posible me gustaría tener una hija para entregársela a este joven como una muestra de mi aprecio. Tendré dos hijos: una hija para entregársela a Arjuna y un hijo para matar a Drona."

Y con estos pensamientos dando vueltas en su cabeza, Drupada regresó lentamente sobre sus propios pasos a la ciudad de Kampilya, como un rey derrotado al que le habían robado la mitad de su reino.

XXIII

EL COMPLOT

Dhritarashtra era sin duda el rey. Pero el reino que poseía había sido conquistado por Pandu. Fue el valor y el genio militar de su hermano lo que había hecho posible que su reino fuera ahora el más extenso de todos. Además de eso daba el hecho de que Yudishthira era un año mayor que Duryodhana, siendo también más popular entre sus súbditos. Bishma, Drona y Vidura elogiaban con frecuencia las virtudes de los pandavas y de Yudishthira en particular.

Naturalmente a Dhritarashtra le hubiera gustado designar a su hijo Duryodhana como heredero al trono de los kurus, pero sabía que no iba a ser muy práctico. Así que tuvo que designar a Yudishthira como heredero legítimo al trono. Los hijos del rey ciego estaban muy furiosos pero no podían decir nada.

Y así pasó un año. Bhima y Duryodhana se convirtieron en discípulos del gran Balarama, que era un maestro en el uso de la maza. Curiosamente Balarama sentía gran predilección por Duryodhana, aunque enseñaba a todos sus discípulos con igual sinceridad.

No obstante, Duryodhana era para él lo mismo que Arjuna para Drona. Amaba a Duryodhana y Duryodhana le amaba a él.

Mientras tanto Drona estaba ya dando los toques finales al adiestramiento de Arjuna.

Ahora ya podía proclamar al mundo entero que no había nadie que pudiera igualarse a Arjuna.

Y dirigiéndose a su discípulo le dijo:

—Escucha, ahora eres el mejor de los arqueros del mundo. Nadie te puede derrotar: nadie excepto UNO.

Arjuna estaba sorprendido y ligeramente confuso por lo que le pidió a Drona que le dijese quién era aquel que todavía le superaba. Drona le miró sonriente y le dijo:

—Conocimiento y humildad deben ir siempre juntos. Nunca te sobreestimes. Son los demás los que han de calificarte como el mejor arquero del mundo, no tú mismo. Pero en lo que respecta a la persona de la que te hablaba, su nombre es Krishna, de la

casa de los Vrishnis. El es el más grande de todos los grandes. No hay nadie que le pueda igualar en nada, y no exagero cuando te digo esto. Es tu primo; su padre es Vasudeva, el hermano de tu madre. Si te haces amigo de Krishna, ni Indra mismo, ni todos los dioses de los cielos pueden hacerte daño. Krishna también ha oído hablar acerca de los pandavas y se alegrará mucho de poder ser tu ami g o. Espero que pronto te encuentres con él.

Ya hacía un año que Yudishthira había sido nombrado heredero legítimo al trono de la Casa. de los Kurus. Durante ese año su nombre se hizo muy popular entre la gente del reino.

Y en lo que respecta a Bhima y Arjuna, su valor como guerreros era proverbial. Arjuna había conquistado varios reinos del norte, del sur, del este y del oeste. Los celos y la envidia de los kurus aumentaba día tras día e igualmente le ocurría a su padre el rey Dhritarashtra. Este quería comportarse con los pandavas como un padre, pero viendo cómo los pandavas superaban a sus hijos en valor y en fuerza, de repente le abordaban sentimientos de enemistad y de celos contra ellos. La gente elogiaba con grandes palabras de Yudishthira. Decían: "El rey Dhritarashtra es ciego e ineficaz. Bishma sin duda alguna es muy eficiente, pero ya hace tiempo que renunció a su derecho al trono. Duryodhana no es suficientemente bueno para gobernarnos, así que lo justo es que Yudishthira sea nuestro rey."

Estos comentarios que hacía la gente llegaron a oídos de Duryodhana, lo cual le causaba profundo dolor en sus entrañas. Así pues, escogió un momento en el que su padre estaba solo y se dirigió a él para contarle todas sus penas. Le contó al rey lo que la gente estaba comentando y le dijo:

—Padre, fíjate en las consecuencias de tu decisión. Designaste a Yudishthira como tu heredero y ahora la gente sueña con ver llegar el día en el que va a ser coronado. ¿Por qué lo hiciste?

Dhritarashtra le explicó sus razones, tras lo cual añadió:

—No tenía la mínima intención de negarte tus privilegios.

Pero ahora me encuentro con que estás lleno de envidia y celos hacia los pandavas y particularmente hacia Bhima.

Escucha, no tiene ningún sentido que intentes hacerles daño, están bajo la protección de Bishma y Vidura. Lo mejor que puedes hacer es tratar de olvidar este odio que tienes hacia ellos y tratar de comportarte como un hermano más. La gente de nuestro pueblo ha aceptado a Yudishthira en su corazón y sería un suicidio hacer cualquier cosa. en contra de él.

El príncipe miró a su padre profundamente, su cuerpo le temblaba de furia y apretaba sus manos agresivamente como conteniendo su ira, luego le retiró la mirada bruscamente. Su vista vagaba por todas partes con sus ojos enrojecidos de furia, luego dirigiéndose a su padre le dijo:

—Padre, sé que dices eso porque tienes miedo de que alguien te esté escuchando, pero puedo asegurarte que no hay nadie aquí excepto tú y yo. Puedes ser franco conmigo y decirme cuáles son tus verdaderos sentimientos. Sabes que si Yudishthira llega a ser rey, entonces su hijo reinará después de él y después de él su nieto. El reino caerá completamente en manos de los pandavas. ¿Cómo podemos nosotros, los hijos del rey, estar dependiendo de estos odiosos pandavas? Perderemos nuestra posición de príncipes y tendremos que servirles. Yo prefiero morir antes que depender de los pandavas. Soy el hijo del rey y, como tal, en su. día he de ser el rey. Si sientes algún afecto por mí, debes hacer algo, si no me mataré. No tengo intención de hacer el más mínimo servicio a ese glotón de Bhima.

Dhritarashtra apoyó su mano sobre el hombro de su hijo y le dijo:

—Hijo mío, no te apenes. Yudishthira, al igual que su padre Pandu, se ha ganado la admiración y aprobación de los súbditos del reino con su natural dulzura y gentileza. Si algo le sucediera recaerían las culpas sobre nosotros. Los pandavas son muy populares y Bishma, Drona, Kripa y Vidura están de su parte. No podemos ponernos en contra de ellos. Estas son las razones por las que designé a Yudishthira como heredero al trono.

—Padre —dijo Duryodhana—, déjame decirte algo: Bishma no merece nuestra consideración. Se ha mantenido indiferente hacia nosotros desde que llegaron nuestros primos. Nunca ha tomado partido por uno u otro bando. Cuando Bhima solía molestarnos y hacernos daño, el abuelo Bishma permanecía indiferente ignorando lo que ante él sucedía. Del mismo modo, cuando intenté matar a Bhima él mantuvo la misma actitud indiferente frente al hecho. Tengo el sentimiento de que ya no le importa nada de lo que aquí sucede. En ocasiones le he visto pasearse por los jardines del palacio cerca de las orillas del Ganges como completamente ausente y ensimismado, sin interés alguno por lo que aquí está pasando.

Incluso una vez le sorprendí llorando y le pregunté qué le pasaba. Y secándose las lágrimas me puso el brazo por encima y me dijo: "Nada, hijo mío, nada. Es sólo que estoy cansado; muy, muy cansado". "Entonces, ¿por qué no te vas a descansar por un tiempo?" le dije yo, y los ojos del abuelo se humedecieron. Me dijo: "No, hijo mío, yo no puedo descansar; no debo hacerlo." Luego me pidió que me fuese a jugar y antes de irme me dijo: "No te preocupes por mi descanso, no tardará mucho en llegar." Esto sucedió hace ya algunos años. Para mí es completamente obvio que nuestro abuelo no tiene ningún interés en lo concerniente a nosotros. En su corazón guarda secretamente alguna pena, y ya no le importa lo que hagamos.

Aswatthama es muy amigo mío, su afecto por mí le hace estar de mi parte y me será fiel. Esto hará que Drona se ponga de mi parte también, porque ningún padre se opondría a su hijo. Y una vez que Aswatthama y Drona estén de mi parte, Kripa naturalmente se unirá a ellos, con lo que ya sólo queda Vidura. Este ya es más difícil porque ama mucho a los pandavas; incluso te abandonaría si llegase el momento de elegir entre ellos y tú. Pero, ¿qué puede hacer un hombre nacido en una casta inferior? Sólo puede darte discursos sobre el Dharma. No importa, dejémosle que se vaya con ellos. Padre, tengo un plan: si valiéndote de cualquier excusa pudieses enviar a los pandavas junto con su madre a algún lugar lejos de esta ciudad, por ejemplo Varanavata, yo, mientras, trataría de ganarme el amor y el aprecio de los súbditos del reino. Después de un año la gente ya se habría olvidado de Yudishthira. De esta forma cuando los pandavas regresaran, si regresasen, se encontrarían con que sus días de gloria se habían acabado. Por favor, haz eso por mí. Envíales lejos. Si de verdad me amas sácame esta aguda flecha que se me ha clavado en el corazón, matando mi alegría y robando de mi mente la paz. Hace ya muchísimo tiempo que no encuentro descanso. Por favor, envía a los pandavas junto con su madre a Varanavata y yo me ocuparé del resto. —Y diciendo esto, Duryodhana se fue.

El rey permaneció allí sentado durante 'mucho tiempo dando vueltas en su cabeza a estos malignos pensamientos. Conocía a su hijo y sabía que iba a planear algo para que los pandavas no regresasen jamás, pero no se atrevió a decírselo y este silencio fue para Duryodhana como una aprobación. Ya a Dhritarashtra sólo le cabía esperar que el complot diese resultado con la ayuda de sus truhanes. Sus celos por los hijos de su difunto hermano ya habían crecido hasta hacerse tan violentos como los de Duryodhana. La única diferencia era que él sabía cómo ocultarlo y su hijo no.

Así pues Dhritarashtra mandó llamar a un hombre llamado Kanika. Era un amigo de Sakuni experto en todo tipo de trapizondas y engaños. El rey le pidió consejo acerca de cómo poner en marcha el plan, a lo que Kanika respondió que la única forma de traer la paz a la mente del rey y de su hijo era deshacerse de los pandavas.

—Pero recuerda —le dijo—, has de aprender a ser hipócrita. Tienes que simular que les aprecias al mismo tiempo que buscas los medios para destruirlos, ya que la única cura posible es matarlos. Nunca estaremos seguros si el enemigo vive, pues siempre será una amenaza.

Los árboles se talan mejor cuando son jóvenes que cuando han crecido. Los pandavas se están haciendo cada día más fuertes; mejor es que te protejas a ti y a tus hijos. Acabo de decirte claramente qué es lo que hay que hacer. —Después de haberle dado su consejo al rey, Kanika se fue.

XXIV

DHRITARASHTRA ENVÍA A LOS PANDAVAS A VARANAVATA

Después de unos días el rey mandó llamar a Yudishthira y le dijo:

—He oído decir que la ciudad de Varanavata es muy hermosa. ¿Por qué no os vais todos los hermanos a pasar una temporada allí en compañía de vuestra madre? Divertíos allí durante un año y después si queréis podéis volver a Hastinapura. ¿Qué te parece?

Dhritarashtra pensaba que el príncipe en su inocencia no vería la razón que le motivaba a hacerle aquella sugerencia tan desusual. Yudishthira sin embargo notó que algo había detrás de aquello. Pero a pesar de su desconfianza también se daba cuenta que no podía hacer nada y le contestó:

—Complaceré tu deseo. —Más tarde comentó el hecho con Bishma, Drona, Vidura y otros, les dijo:

—Mi tío me ha pedido que me vaya junto con mis hermanos y mi madre a la ciudad de Varanavata a pasar allí unos meses. Por favor bendecidnos y rogad por nuestro bien. —Luego, dirigiéndose a Bishma, le dijo:— Tú, siendo nuestro abuelo, conoces bien el afecto que nuestro tío siente por nosotros. Quiere que pasemos una temporada den Varanavata, el lugar consagrado al gran Sankara. Somos muy afortunados de que nuestro tío se preocupe tanto por nuestro bienestar.

Estas palabras llenas de sarcasmo pretendían llegar al corazón de Bishma, que era muy hábil en el uso del sarcasmo. Pero tal y como dijo Duryodhana, él se mostraba completamente indiferente. Fácilmente podía haber intervenido impidiendo el exilio de los pandavas, pero no lo hizo, pues no podía imaginarse la malvada intención de Dhritarashtra. No podía imaginarse que pudiese llegar a aquel extremo. El pobre Yudishthira se sintió desamparado al ver que Bishma no reaccionaba frente al sarcasmo de sus palabras.

Así pues, Yudishthira, sus hermanos y su madre, comenzaron los preparativos para abandonar el reino cambiando su residencia a Varanavata.

En cuanto Duryodhana supo la noticia de que los pandavas habían accedido a la sugerencia de Shritarashtra, con la ayuda de su tío Sakuni, puso en marcha el complot.

Inmediatamente mandó llamar a Purochana, uno de los ministros de la corte de su padre y cuando estuvo a solas con él, asegurándose de que nadie le iba a oír, le tomó la mano derecha y le dijo:

—El mundo entero y todas sus riquezas me pertenecen a mí. Para mí eres un ser tan querido y cercano como mi padre. Ahora tienes la oportunidad de compartir conmigo este reino y no quiero guardarte ningún secreto. Si quieres puedes ayudarme ahora que te necesito.

Sabes que mi padre les ha pedido a los pandavas que se vayan a Varanavata. Pues bien, quiero que partas inmediatamente en dirección a Varanavata en una carroza tirada por los caballos más veloces y allí construyas un palacio para los pandavas. Tienes que decorarlo con los ornamentos más exquisitos: ha de ser una morada adecuada para albergar a los príncipes. Pero escucha, la casa tienes que construirla con materiales fácilmente inflamables; tales como paja y cera. Tienes que ocultar en las diferentes habitaciones vasijas conteniendo aceite y mantequilla. La casa tiene que estar acabada para el momento en que lleguen a Varanavata.

Tienes que perfumarla para que no se note que la casa ha sido construida con tales materiales.

Luego, humildemente, te acercarás a los pandavas y les pedirás que moren en ella, diciéndoles que el rey ha mandado construir la mansión especialmente para ellos, deseándoles una estancia confortable en la ciudad. Tienes que inspirarles confianza. Una vez que hayan estado residiendo en la casa por algún tiempo, sin ninguna sospecha ni recelo al respecto, tienes que prenderle fuego. Que parezca que el incendio se ha provocado accidentalmente, nadie tiene que sospechar del atentado. Quiero que este plan tenga éxito. Esta es la única oportunidad de librarme de estos odiosos primos sin que nadie sospeche que he intervenido en ello. Ahora dependo completamente de ti.

Purochana le aseguró que cumpliría sus deseos al pie de la letra, e inmediatamente se puso en camino de Varanavata para comenzar la construcción de la casa. La edificaron de una forma muy elaborada sin que pudiera prestarse a sospecha por su aspecto exterior.

La noticia de que Dhritarashtra le había pedido a los pandavas que se fueran a Varanavata por un año se extendió como el fuego. La gente estaba muy triste, incluso algunos se acercaron a Yudishthira pidiéndole que se quedara. Le decían: "Este rey ciego no tiene buenas intenciones; no le hagas caso, quiere hacerte daño." Yurishthira les tranquilizó diciendo:

—Siempre ha sido mi norma obedecer cualquier cosa que me pidieran mis mayores.

Dado que somos huérfanos, Dhritarashtra es nuestro padre, y es mi deber obedecerle. Por favor, deseadnos fortuna y dejadnos ir a Varanavata.

Con lágrimas en los ojos, los habitantes de la ciudad les acompañaron un trecho del camino y luego se despidieron de ellos.

Vidura sin embargo les acompañó hasta cierta distancia pues quería poner en sobreaviso a Yudishthira. Le dijo:

—Yudishthira, tú eres justo e inteligente, por lo cual debes aprender a protegerte del peligro. Hay armas que son más mortíferas y peligrosas que las espadas y las flechas. Incluso durante los terribles días del invierno la rata sabe cómo protegerse cavando un hoyo en la tierra. Un hombre inteligente debe saber cómo protegerse del fuego incluso aunque aparentemente no haya forma de hacerlo. En eso, el hombre debe aprender de la rata. Después de eso el camino será claro. Las estrellas estarán siempre ahí para mostrarte el camino. Si estás alerta nada podrá hacerte daño. —Vidura le habló en dialecto Mleccha Blasha que muy pocos conocían. El desdichado príncipe Yudishthira inclinó la cabeza en reconocimiento por tales palabras, tras lo cual emprendió camino hacia Varanavata. Vidura sentía que se había quitado de su mente una tremenda carga y haciéndoles una señal de despedida regresó de nuevo a Hastinapura.

Ya una vez en camino, Kunti le preguntó a Yudishthira: —¿Qué te dijo Vidura? Supongo que si te habló en ese extraño lenguaje era porque no quería que la gente supiese lo que te estaba diciendo, pero si no es un secreto, por favor, dime qué te dijo.

Yudishthira le contestó:

—Me estaba previniendo contra el fuego y me dijo que luego mi camino estaría claro con la ayuda de las estrellas. En sus palabras se podía adivinar que algún peligro nos espera en Varanavata. Parece que nuestros nobles primos e igualmente nuestro noble padre, no se atreven a luchar contra nosotros a campo abierto, por lo que supongo que estarán tramando alguna trampa en contra de nosotros. Ya veremos qué ocurre, en cualquier caso nuestro tío siempre nos protegerá.

Después de viajar durante ocho días, por fin llegaron a la ciudad de Varanavata, conocida como la ciudad del señor Sankara.

XXV

RECIBIMIENTO EN VARANAVATA

Los pandavas llegaron a Varanavata, la ciudad que se había hecho inmortal porque Harischandra, que pertenecía a la raza solar, había vivido allí durante sus días de tribulaciones. La ciudad estaba engalanada y las gentes les dieron la bienvenida con gran alegría y entusiasmo. Los jefes de la ciudad ofrecieron su hospitalidad a los príncipes, albergándolos en sus mansiones. Dos días más tarde, Purochana se dirigió a Yudishthira y le pidió con gran humildad que se alojase en el palacio recién construido. Le explicó que la casa había sido construida para ellos por orden de Dhritarashtra con la intención de albergarles con todo el confort necesario durante su estancia en Varanavata. Y los pandavas se fueron a vivir a dicha mansión, lo cual puso muy contento a Purochana. Alrededor de todo el palacio había una zanja profunda, Purochana les explicó que la habían hecho para protegerles de posibles intrusos. En realidad la intención era que los pandavas no pudieran escapar una vez que la casa estuviera en llamas.

Una vez que se quedaron solos, Yudishthira llamó a Bhima y le dijo:

—Bhima ¿Has notado este extraño olor penetrante que hay por toda la casa?, huele como a cera. Esta casa ardería como una pira si se prendiese fuego. Nos la han construido nuestros queridos parientes que tanto nos aprecian: Los kurus han debido haber planeado que esta casa arda con nosotros dentro. Este es el peligro del que Vidura quería prevenirme cuando me dijo que estuviese alerta, me dijo que el fuego era un arma más terrible que la espada e incluso que la flecha. El ya debía saber que existía este complot. Bhima estaba muy enfadado, le dijo:

—Si esta casa va a arder, vámonos de aquí inmediatamente. Alojémonos en la mansión del gobernante donde vivíamos hasta ahora. Si permanecemos aquí quedaremos atrapados como ratas. Estoy seguro que Purochana le prenderá fuego a esta casa inmediatamente.

Yudishthira le sonrió y le dijo:

—No nos precipitemos, tengo el presentimiento de que eso no va a suceder hasta más adelante porque si no sería muy evidente que los kurus serían los responsables del incendio, antes de hacerlo dejarán pasar un tiempo. Pero yo tengo total confianza en nuestro tío Vidura, él ya habrá pensado la forma de salvarnos. Vamos a jugar también nuestra parte, esperemos en esta casa y veamos qué es lo que sucede.

Pero Bhima insistía:

—Hermano, no olvides que nuestros primos nos odian a muerte y no van a reparar en lo que opinen los demás. No quiero permanecer inactivo, si me lo permites les mataré con mis propias manos, no necesito armas.

Yudishthira pacificó a su hermano diciéndole:

—Mi querido Bhima, hay muchos factores que considerar. Nadie se atreverá a acusar al rey ni a su hijo Duryodhana. Si acusamos a los kurus públicamente nadie nos haría caso, sería como un pichón tratando de luchar contra un enorme águila. No tenemos a nadie que nos apoye. Bishma ignora la profundidad del odio que anida en el corazón del rey y su hijo.

Siento que lo mejor que podemos hacer es esperar que nuestro tío Vidura nos ayude a salir de aquí.

Estas sensatas palabras de Yudishthira convencieron a Bhima de que lo más práctico era permanecer allí. Y los pandavas continuaron viviendo en aquella casa como si no sospechasen nada, pero por dentro estaban todos alerta a la espera del peligro que les acechaba. Eran los momentos más terribles de su vida.

XXVI

ARDE LA CASA DE LOS PANDAVAS

Vidura conocía un minero muy amigo suyo y le mandó llamar. Después de hablar con él le envió con una misión a la ciudad de Varanavata. Una vez allí se dirigió a la casa de los pandavas, y al encontrarse con Yudishthira le dijo:

—Soy un minero y he sido enviado por Vidura para ayudarte.

A continuación le repitió las frases que Vidura le dijo a Yudishthira en dialecto Mleccha Bhasha al abandonar Hastinapura. Esta era la contraseña por la cual Yudishthira podía reconocer quién era un verdadero enviado de Vidura en quien podía depositar su confianza, pues tal y como estaba la situación tenía que andarse con mucho cuidado. Yudishthira le dijo: —¿Qué es lo que mi tío me ordena que haga? El minero respondió:

—Tu tío me ha contado todo lo que sucede en esta casa, y me ha enviado para construir un túnel subterráneo desde la casa hasta la orilla del río Ganges.

Al oír esto la cara de Yudishthira reflejó inmediato alivio y le dijo:

—Fantástico, creo que es una excelente idea. Empieza ya. El minero comenzó a construir el túnel, pero no era una tarea fácil, porque Purochana estaba siempre en la casa. Parecía que estuviese esperando alguna visita, pero en realidad lo que hacía era vigilar a los pandavas para impedir que se escaparán. Los pandavas se daban cuenta de esto y trataban de hacerle salir de la casa con alguna excusa. Así pues, pasaban la mayor parte del tiempo paseando por los bosques que rodeaban la mansión, querían familiarizarse con el paisaje para poder encontrar fácilmente el camino de fuga en la noche que tuvieran que escaparse. Simulaban estar interesados en la caza para obligar a Purochana a alejarse de la casa junto con ellos.

Por fin el túnel estuvo terminado. Era muy largo, y la boca de entrada estaba en el salón principal de la casa. Estaba tapada con una trampilla y cubierta con una alfombra costosísima.

Ya casi hacía un año que los pandavas residían en Varanavata. Purochana pensó que era ya el momento apropiado para el atentado, pues creía que se había ganado la confianza de ellos. El minero le dijo a Yudishthira que Purochana había planeado prender fuego a la casa en la noche del día catorceavo, coincidiendo con la luna nueva; cuando la oscuridad lo envuelve todo. Yudishthira le dijo a Bhima:

—Bhima, Purochana ha decidido incendiar la casa dentro de unos días. Ha llegado el momento de preparar nuestra huida. Tenemos que hacer que seis personas ocupen nuestro lugar en esa noche, para que parezca que el atentado ha tenido éxito. Purochana también arderá, porque seremos nosotros quienes prenderemos fuego a la casa para luego escapar a través del túnel.

Al día siguiente, Kunti convocó una fiesta para dar de comer a todos los pobres de la ciudad. Había una mujer perteneciente a la estirpe nishada, que solía venir a tener relaciones con Purochana y Kunti lo sabía. Esta mujer vino también a la fiesta y Kunti se mostró muy complaciente con ella, por lo que ella pensó que había conseguido ganarse la amistad de la reina. Esta mujer tenía cinco hijos que también habían venido con ella. Todos ellos junto con la madre bebieron hasta emborracharse completamente. Estaban tan borrachos que la mujer y sus cinco hijos se quedaron a dormir en el palacio aquella noche, ocupando las camas de los príncipes y de la reina. Purochana también estaba totalmente borracho. Así pues, había siete personas durmiendo aquella noche en la mansión.

Ya más adentrada la noche, los pandavas decidieron emprender la huida y rápidamente hicieron los preparativos en completo silencio. Kunti y cuatro de los pandavas entraron primero en el túnel, mientras que Bhima, con una antorcha encendida en su mano, fue de un lado a otro de la casa prendiendo fuego a las cortinas y demás materiales inflamables colocados en lugares estratégicos; él sabía dónde habían colocado las jarras conteniendo aceite y mantequilla. Se dirigió luego a la habitación donde estaba durmiendo Purochana sumido en el estupor de la borrachera y prendió fuego allí también. La casa ya había comenzado a arder por lo cual se apresuró a entrar en el túnel. Levantó la trampilla de entrada y ni siquiera se preocupó de cerrarla, pues sabía que los escombros cubrirían luego la entrada y parte del túnel, impidiendo así que la gente supiese que los pandavas habían podido escapar a través de él.

La ciudad entera se despertó con el crujiente ruido de la casa en llamas. Luego, cuando la casa se derrumbó, se produjo un terrible estruendo, pero nadie podía acercarse para intentar rescatar a los príncipes, pues la zanja que rodeaba la mansión resultaba infranqueable. Todos estaban allí de pie observando cómo la casa ardía sin poder hacer nada. No hacía falta mucha inteligencia para adivinar que Dhritarashtra y su hijo eran los responsables de aquella tragedia en la que los pandavas supuestamente habían perdido la vida. La gente de Varanavata maldijo a los kurus y lloraron por la muerte de los príncipes y su madre, asesinados de una forma tan mezquina. Todos permanecieron de pie durante toda la noche viendo cómo el palacio era consumido por las llamas reduciéndose a cenizas.

Mientras, los pandavas avanzaban en su fuga a través del túnel, Bhima oyó el terrible estruendo que se produjo al derrumbarse el edificio y animaba a sus hermanos y a su madre a que se diesen prisa. Kunti y sus hermanos estaban cansados y soñolientos lo cual les impedía avanzar rápidamente, así pues, Bhima puso a su madre en sus espaldas, a los dos mellizos en sus caderas y a sus otros dos hermanos uno en

cada brazo y cargando con todos ellos avanzó veloz a través del túnel hasta que por fin llegó a la orilla del río Ganges. Desde la distancia podían ver el cielo rojo, iluminado por las llamas del incendio, pero el río fluía plácidamente reconfortándoles con su sereno fluir. Las aguas bajaban completamente calmas sin la más mínima ondulación, era como un ejemplo vivo diciéndoles: "No permitáis que estas cosas os perturben; todo pasará."

Ahora estaban al sur de Varanavata. Allí se encontraron con un hombre que había sido enviado por el inteligente Vidura, y que estaba como montando guardia. Les dijo:

—Gracias a Dios habéis venido. Veía la casa arder y estaba preocupado por vosotros. He estado aquí todas las noches desde hace varios días, pues no sabía cuándo se produciría vuestra huida de la casa. Vidura os ha proporcionado también una barca para que podáis pasar al otro lado del río; ya está preparada. Vidura ordenó que después de que lleguéis a la otra orilla del río os dirijáis hacia el sur. El sendero estará claro e iluminado por las estrellas. Os pide que mantengáis en secreto vuestro paradero y que nadie sepa de vuestra existencia durante unos cuantos meses.

Naturalmente, este mensajero de Vidura recibió a los pandavas con las mismas palabras que Vidura le había dicho a Yudishthira en dialecto Mleccha Bhasha, pues era la contraseña que les permitía reconocer a los pandavas quién era un auténtico amigo, pues estaban rodeados de espías y enemigos por todas partes. Ya no era fácil para ellos diferenciar entre un amigo y un enemigo.

El barquero se acercó y, después de decir la contraseña, añadió:

—Vidura me ha pagado una enorme cantidad de dinero para que viniese aquí cada noche a esperaros. Ahora tengo la enorme fortuna de llevar en mi barca a los mejores nacidos entre los hombres.

Luego cruzaron al otro lado del río y se adentraron en el tétrico bosque. La noche era oscura y tenebrosa, pero los príncipes tenían que alejarse de aquel lugar tan aprisa como pudieran para encontrar un refugio seguro lejos de sus enemigos. Tenían que alejarse de Varanavata tanto como les fuera posible.

XXVII

LOS FUNERALES

Con el resurgimiento de la aurora la noche lúgubre había quedado atrás. La casa estaba completamente derruida a consecuencia del fuego. Las llamas ya habían cesado y la gente había conseguido cruzar la zanja para ver lo que había sucedido. Fue para ellos un espectáculo horrendo contemplar los restos carbonizados de siete cuerpos. Naturalmente supusieron que se trataba de los cinco pandavas junto con su madre y el cuerpo del malvado Purochana. La gente se alegraba porque Purochana había pagado con crecer su maldad, mientras que por otro lado lamentaban la desgracia que les había sobrevenido a los pandavas. Y entre ellos hacían comentarios como: "Es obvio que ha sido un atentado instigado por el rey y su hijo." El minero que había construido el túnel para los pandavas se acercó también y vio cómo la entrada del túnel estaba completamente cubierta y oculta por los escombros. Se admiró de la astucia de los pandavas y sin perder tiempo regresó a Hastinapura para darle a Vidura la noticia de que los pandavas habían logrado escapar. Los otros agentes de Vidura también regresaron inmediatamente a la capital del reino para confirmarle la noticia de que los pandavas se encontraban a salvo y se dirigían hacia el sur como él les había aconsejado.

La noticia del accidente se propagó rápidamente. Los habitantes de Hastinapura se pusieron muy tristes cuando supieron la noticia de que los pandavas habían muerto. El corazón del rey Dhritarashtra se llenó de alegría en cuanto le llegaron los rumores de lo que había sucedido en el palacio que él había mandado construir para los pandavas en Varanavata.

No obstante, simulaba estar profundamente afectado y conmovido por la noticia, se comportaba como si una gran calamidad le hubiera sobrevenido. Al igual que las nubes de otoño truenan en el cielo sin soltar ni una sola gota de lluvia, igualmente gemía el rey simulando estar sumamente apenado.

Inmediatamente el rey envió mensajeros a Varanavata con la orden de que celebrasen los ritos funerarios por la muerte de los pandavas y al tesorero del reino le mandó distribuir riquezas y ropa entre los pobres de acuerdo a la tradición. Luego todos se dirigieron a las orillas del Ganges para celebrar el funeral y las debidas oblaciones, de acuerdo a la alcurnia de los difuntos. Vidura estaba allí con ellos. El conocía a su hermano y sabía que su fingida consternación era sólo para aparentar tristeza entre los familiares y súbditos allí congregados.

Sabía que en él moraba la falsedad y la malicia. Vidura también asistió al funeral junto con todos.

El corazón de Vidura se conmovió viendo cómo Bishma lloraba por la muerte de la esposa de Pandu y los cinco pandavas. Vidura no podía soportar verle sufrir así y acercándosele le cogió del brazo y lo llevó aparte a un lugar en el que se sentía seguro, sin riesgos de que alguien le escuchase y le dijo:

—Por favor, cesa de llorar, no sufras más; estas ceremonias fúnebres son innecesarias porque los pandavas no han muerto. Bishma se quedó atónito al escuchar las palabras de Vidura, el cual a continuación le relató la historia de lo que verdaderamente había ocurrido. Y luego añadió:

—Este complot fue planeado por el rey, su hijo Duryodhana y Sakuni. Ahora están muy felices porque creen que nadie sabe que ellos han sido los responsables. Pero yo lo sé, y sé que los pandavas están a salvo y que ahora se dirigen hacia Sidhavata, un bosque que se encuentra al sur del Ganges. Cuando llegue el momento adecuado resurgirán de la oscuridad como la luna llena y llegará el día en que serán los gobernantes de este mundo. Pero debemos esperar porque muchas cosas han de suceder aún antes de que llegue ese momento.

Bishma se alegró al oír las palabras de Vidura, sorprendido por su sabiduría y la amplitud de su perspectiva. Luego regresaron al palacio.

Nadie les había escuchado. El rey y sus hijos estaban ahora muy satisfechos. Sentían que sus días de preocupación habían concluido para siempre.

XXVIII

LOS PANDAVAS EN EL BOSQUE

Después de cruzar el río Ganges, los pandavas se dirigieron hacia el sur y en esta dirección avanzaron hasta que llegaron a Sidhavata. Estaban extremadamente sedientos y cansados. Todos los hermanos, menos Bhima, estaban extenuados, por lo que le dijeron:

—Bhima, el camino es muy largo y estamos cansados, aún tenemos que recorrer una enorme distancia. Por favor, ¿puedes ayudarnos otra vez?.

Bhima, tan servicial como siempre, cargó con ellos igual que lo hiciera cuando iban por el túnel, y con sus largos pasos continuó avanzando hacia el sur. El hijo de Vayu avanzaba aún más rápido que su padre. Su intención era estar lo más lejos posible de Varanavata para cuando rompiese el nuevo día, pues los espías de Duryodhana estaban por todas partes.

La amarga noche ya había pasado y los pandavas ya se encontraban a una enorme distancia de la ciudad de Varanavata. Kunti, que estaba extremadamente cansada, dijo:

—Estoy muriéndome de sed, ya no puedo dar un paso más sin agua. Me echaré a la sombra de algún árbol porque estoy rendida de agotamiento. Ya no me importa si los kurus nos capturan pues me siento completamente exhausta.

Bhima entonces los llevó a un prado cercano y les dijo: —Debéis descansar todos aquí, tiene que haber agua por estos parajes, puedo oír el murmullo de un arroyo. Yudishthira le pidió a Bhima que fuera a buscar agua para su madre, el cual partió de inmediato.

No muy lejos de allí, vio un hermoso lago cuya superficie estaba cubierta con flores de loto y hojas de nenúfares. Era tan bonito que casi no podía creérselo. Bhima estaba también cansado y sediento y en cuanto llegó se puso a beber agua hasta quedar completamente satisfecho. Luego, atraído por aquellas maravillosas aguas incluso se bañó en ellas. Toda su fatiga y somnolencia se disiparon en la alegría de bañarse en aquellas aguas frescas. Luego, valiéndose de una enorme hoja de loto como cuento, tomó agua fresca del lago para llevársela a su madre y a sus hermanos. Les despertó uno a uno y les dio agua, tras lo cual volvieron a quedarse profundamente dormidos.

Bhima permaneció sentado al lado de ellos observándoles como un centinela.

Contemplando el espectáculo que tenía ante sus ojos, Bhima sintió que su corazón se iba a romper en mil pedazos. El aspecto que ofrecían sus hermanos y su madre era patético y desesperado. Para sí mismo, pensaba: "Aquí está mi madre, la hermana de Vasudeva de la casa de los Vrishnis, una reina en la casa de los kurus y la esposa del famoso Pandu, madre de cinco hijos valientes. Pero aquí estamos, huyendo para salvarnos de la crueldad de un hombre a quien llamamos padre. Pero esto es sólo el principio, ya veremos cómo acaba la historia. El mundo verá cómo me vengo de los pecadores que han sido responsables de esta situación.

Todos dormían menos Bhima que montaba guardia; no le parecía prudente echarse a también a dormir. El baño le había refrescado y el agua fría le había quitado el sueño.

El bosque donde estaban descansando se llamaba Hisambavana. Pertenecía a un rakshasa cuyo nombre era Hidimba. El y su hermana Hidimbi vivían en aquel bosque y devoraban a los humanos que cometían la imprudencia de entrar en él. Mientras los pandavas estaban durmiendo Hidimba estaba sentado en la copa de un árbol. De repente le llegó el olor de carne humana. Empezó a mirar a su alrededor y vio a su hermana y le dijo:

—Escucha hermana mía, allí hay unos seres humanos. Les he podido ver desde la copa de un árbol. Mi boca se hace agua de tan sólo pensar en su carne tan deliciosa. Vete y mátalos, luego celebraremos una fiesta, hace ya mucho tiempo que no pruebo carne humana. Te esperaré aquí.

Ella asintió y fue a hacer lo que le había dicho.

Saltando de árbol en árbol, Hidimbi llegó hasta el lugar donde dormían los pandavas.

Allí se los encontró a los cuatro durmiendo junto con su madre y a Bhima montando guardia al lado de ellos. De aspecto le parecieron muy bellos, los más bellos que había visto hasta entonces. Luego sus ojos se detuvieron en Bhima y observando la belleza de las proporciones de su cuerpo, de repente se sintió robada de amor por él. Era el modelo perfecto de la raza humana, con su amplio pecho, su delgada cintura y sus estrechas caderas. La figura de Bhima era tan grácil como la de un lobo, y Hidimbi pensó para sí misma: "Tengo el sentimiento de que este hombre fuerte y apuesto ha de ser mi señor y maestro. Le amo. ¿Cómo puedo obedecer a mi hermano cuando mi corazón se lo he entregado ya a este hombre? El único hombre apropiado para ser mi esposo.

Ella permaneció de pie a una cierta distancia mirándole como prendada. Luego tomó la forma de una mujer encantadora y se le acercó lentamente, muy lentamente. Bhima se giró y se quedó mirándola; su cuerpo oscuro, envuelto en telas inmaculadamente blancas, era de suficiente belleza como para enamorar a cualquiera.

Bhima se quedó sorprendido de verla allí y le preguntó: —¿Quién eres tú?, eres tan bella. ¿Cómo es posible que estés sola aquí, en este bosque tan tétrico?

Ella le miró y con voz dulce y cariñosa le dijo: —¿Quién eres tú?, eres tan bello, ¿quién es esa mujer de piel oscura que está durmiendo ahí, quiénes son estos jóvenes? ¿Es que acaso no sabes que este bosque pertenece a un cruel rakshasa cuyo nombre es Hidimba? El come carne humana. Debo confesar que soy su hermana. Os vio desde una cierta distancia y me ordenó que os matara y que os llevara como su plato favorito. Y con esa intención he venido, pero viéndote a ti y la belleza de tu forma, todos los malos pensamientos han quedado a un lado apartándose de mi mente. Me he enamorado de ti. Quiero que seas mi señor y mi amante. Si me rechazas ya no podré vivir. Por favor acéptame; te haré muy, muy feliz.

Bhima le contestó:

—Este es mi hermano, mi hermano mayor a quien honro como a un dios. Esta es mi madre y estos son mis demás hermanos. Ahora dependen de mi fuerza y estoy aquí para protegerles. Así que lo que me pides es imposible, no puedo casarme contigo y abandonarles.

Ella dijo:

—Yo os llevaré a todos lejos de aquí, puedo adoptar la forma que quiera. Me alejaré de mi hermano y me iré contigo a la cima de una montaña, ven conmigo.

Bhima le contestó:

—No estoy tan apegado a esta vida como para abandonar a mis hermanos en busca de mi satisfacción personal. Creo que tu proposición es incorrecta, no puedes pedirme que haga algo que va en contra del Dharma.

Con lágrimas en los ojos, ella le dijo:

—Si te he ofendido perdóname. No quiero hacer nada que te moleste. Os llevaré a todos lejos de aquí, este lugar es peligroso debido a mi hermano. Debemos darnos prisa; por favor despierta a tu madre y tus hermanos, porque mi hermano debe estar a punto de llegar.

Bhima dijo: —¡Nunca!, están durmiendo apaciblemente y no quiero despertarles de un modo violento, en cuanto a tu hermano déjalo de mi cuenta. No soy un cobarde, soy más fuerte de lo que te crees; mi fuerza es inmensa. Yo me puedo encargar de tu hermano.

Cerca de donde estaban escucharon un fuerte ruido. Hidimba esperaba a su hermana desde hacía largo tiempo y como no venía quiso saber la causa de su demora y

ahora se dirigía hacia aquel lugar, esa era la causa del ruido. Hidimbi estaba muy inquieta y le dijo a Bhima:

—Todavía estamos a tiempo, mi hermano está ya muy cerca, aún puedo llevaros conmigo lejos de aquí, por favor hazme caso.

Bhima le sonrió y le dijo:

—No te inquietes, tu hermano hoy va a encontrar un rival de su talla. Estoy contento de poder librar este bosque de semejante peste. Fíjate en mis brazos; son lo suficientemente fuertes como para exprimir la vida fuera del cuerpo de tu hermano.

Lágrimas brotaron de los ojos de Hidimbi y le dijo:

—Mi señor, me he enamorado de ti hasta tal punto que ya no quiero perderte. Tan sólo temo por tu vida. Esperaré aquí, viendo cómo matas a mi hermano, y espero que luego me tomes por esposa.

Bhima no respondió, tan sólo le sonrió.

Hidimba se había acercado ya hasta el punto de poder escuchar lo que su hermana estaba diciendo. Sus ojos estaban rojos de ira y le gritó:

—Esta es la forma como traes comida a tu hermano. Te voy a castigar. Primero mataré a este hombre que ha cometido la imprudencia de pensar que es un rival de mi talla y luego me ocuparé de ti. Haré que te encuentres con él en la morada de la muerte.

Luego se acercó a Bhima y éste, sonriéndole, le dijo:

—Por favor, no hagas tanto ruido que puedes despertar a mis hermanos y a mi querida madre. Están muy cansados, así que no te atrevas a despertarlos. En cuanto a lo que has dicho de tu hermana, eso ya es suficiente para que te mate. Voy a liberar a este bosque de un monstruo como tú que no ha hecho más que amedrentar a sus habitantes.

Ambos comenzaron a luchar como dos jabalíes furiosos. Hidimbi les observaba con una expresión de asombro en sus ojos al ver el poder de Bhima. El ruido de la lucha hizo que se despertaran los hermanos y la madre de éste, apareciendo ante sus ojos la escena de Bhima luchando contra un rakshasa. Sentada a un lado, vieron a una hermosa mujer que miraba a Bhima con ojos de enamorada. Kunti se le acercó y suavemente le dijo:

Joven, eres muy hermosa, ¿acaso eres la diosa que protege este bosque salvaje? ¿eres una apsara? ¿Quién eres y qué haces aquí? ¿Por qué contemplas esta lucha feroz? Dime qué sucede.

Con la cabeza inclinada y gestos nerviosos Hidimbi le contestó:

—Este denso bosque, oscuro como una nube de invierno y lleno de agua por todas partes, es el lugar donde vivimos mi hermano y yo. Ese rakshasa que está luchando con tu hijo es mi hermano.

A continuación le contó lo que había sucedido y cómo ella se había enamorado repentinamente de Bhima. Yudishthira y sus hermanos observaban de pie cómo se desarrollaba la lucha y al poco rato Arjuna dijo:

—Bhima, dame una oportunidad a mí porque esto no es justo. Tú has permanecido despierto desde hace ya dos noches y has caminado una enorme distancia cargando con nosotros: debes estar cansado. Yo ya he dormido y me siento fresco; por favor déjame que me encargue de él.

Bhima sonrió y le dijo:

—No te preocupes Arjuna, ya está casi muerto. Una vez que lo coja entre mis brazos ya no podrá escapar de la muerte. Tú tan sólo observa y disfruta; acabaré con él pronto.

Arjuna le dijo:

—Date prisa porque ya está cayendo la noche y ya sabes que la fuerza de los rakshasas aumenta cuando llega la noche. Debes matarle antes de que el sol se ponga por detrás de las colinas.

Bhima cogió a la inmensa forma del rakshasa entre sus brazos y lo estrujó hasta hacer salir la vida de él. Con un terrible grito de dolor Hidimba cayó al suelo muerto. Pero aún la ira de Bhima ardía en su sangre y saltando encima del cuerpo del rakshasa le pateó hasta reducirlo a una masa informe.

Yudishthira abrazó a Bhima y le dijo:

—Me siento muy afortunado de tenerte como hermano. Contigo, con Arjuna, Nakula y Sahadeva para protegerme ¿cómo voy a sentirme solo? Soy más poderoso que todos los devas juntos.

Luego le pidió a Bhima que se sentase y descansase por un rato.

Transcurrido un cierto tiempo Yudishthira propuso irse de allí. Y Arjuna dijo:

—Parece que hay una ciudad en algún lugar cerca de aquí. Vamos a ella.

Y todos emprendieron de nuevo la marcha.

La pobre Hidimbi les seguía y acercándose a Kunti le dijo: —¿Qué voy a hacer?

Yudishthira escuchó su voz y se giró hacia ella, Hidimbi continuó diciendo:

—Tú eres el hermano mayor de Bhima y tú eres su madre, yo estoy enamorada de él y quiero que ambos habléis con él para que me tome como esposa. Ya no podría vivir si él me rechaza. —Luego miró a Kunti y le dijo:— Madre, tú eres una mujer y. debes saber lo mucho que estoy sufriendo. Por favor ayúdame a obtener la felicidad. El es mi señor y os ayudaré a todos a protegeros de los peligros del bosque, os llevaré a cuestas cuando estéis cansados de andar. Por favor, haz que tu hijo me acepte.

Kunti se conmovió por la sinceridad del amor que aquella mujer sentía por su hijo y dijo:

—Yudishthira, esta mujer ama a Bhima. Siento que se le debería conceder su deseo. En cuanto a Bhima parece que él tampoco tiene mucho inconveniente al respecto.

A continuación miró a Bhima, el cual parecía nervioso y algo tímido, los demás hermanos se rieron al verle tan tímido y vergonzoso. Era un nuevo Bhima que nunca antes habían conocido; no sabía dónde poner las manos y sonreía con timidez dándole pataditas a las piedras que estaban en el suelo. Yudishthira le sonrió pícaramente y le dijo:

—Bhima, yo sé qué es lo que te preocupa. Piensas que como yo soy tu hermano mayor, yo debería casarme antes que tú, pero no te preocupes por eso; puedes tomarla como esposa, pues el matrimonio se realiza cuando las dos miradas se encuentran y llegan al corazón. Quiero que seas feliz.

Los dos enamorados se cruzaron una mirada, cambiando enseguida la vista tímidamente. El amor les había descubierto la fragilidad y la ternura que secretamente moraba en sus almas.

XXIX

EL NACIMIENTO DEL HIJO DE BHIMA

Hidimbi se los llevó a todos al lago sagrado de Salivahana. Construyó una casa para ellos y les trajo buena comida. Luego le dijo a Kunti:

—Madre, sé cuánto amas a tu hijo, ahora me lo llevaré pero te lo traeré cada noche.

Y Bhima le dijo:

—Estoy feliz de ver cuánto te preocupas por mí. Me quedaré contigo por algún tiempo, pero en cuanto conozcas la historia de nuestras vidas te darás cuenta de que aún hay muchas cosas que tenemos que hacer para castigar la maldad de nuestros primos. Me quedaré contigo hasta que tengamos un hijo y luego tendremos que dejarte para continuar. No es que quiera, pero tengo que hacerlo.

Bhima pasó un tiempo muy feliz con Hidimbi. Ella le complacía de mil maneras. Le llevó a muchas ciudades bonitas del bosque, le mostró ríos, montañas y valles. Visitaron los ashrams de muchos rishis los cuales les recibían con mucho afecto.

Después de siete meses Vyasa vino a verles para reconfortarles en medio de las dificultades que estaban pasando. Y hablando de Hidimbi les dijo: '-Esta bella mujer dará a Bhima un hijo muy valiente. Su fama se extenderá por todo el mundo debido a su valor y audacia. —Luego mirando a Kunti añadió:— La esposa de tu hijo, de ahora en adelante, se llamará Kamalamalini y cuando dé a luz a su hijo, comenzaréis a hacer los preparativos para reemprender de nuevo la marcha rumbo a la ciudad de Ekachakra. Tendréis que vestiros con cortezas de árboles y pieles de ciervos para emprender vuestro camino como ermitaños. No os preocupéis por las dificultades que estáis pasando ahora, tus hijos han nacido para gobernar el mundo. Esta situación no es más que una nube pasajera, el Dharma triunfará al final. Tened paciencia y no desfallezcáis, nosotros estamos aquí para cuidaros. —Y luego Vyasa se fue.

Y siete meses pasaron como si hubieran sido tan sólo siete días. Por fin nació el hijo de Bhima, al que le dieron el nombre de Ghatotkacha. Inmediatamente se convirtió en el favorito de todos sus tíos y en especial de Yudishthira, el cual amaba mucho a su sobrino. Se pasaba horas jugando con el niño. Con su nacimiento llegó el momento de la partida. Bhima tranquilizó a su esposa, que no cesaba de llorar, diciéndole:

—Seca tus lágrimas, ahora tienes contigo a nuestro hijo. Cuida mucho de él, pues en él me verás a mí. Cuando quiera estar contigo pensaré en ti y tú habrás de venir inmediata mente con la rapidez del pensamiento. Pero ahora, tenemos que irnos.

Hidimbi se despidió de ellos con lágrimas en los ojos, se sentía muy infeliz. Y cogiendo a su hijo en los brazos, regresó con pasos apesadumbrados hacia la casa donde había pasado momentos tan dulces en compañía de su amado. Ahora lo único que le quedaba por compañía era su hijo y aquellos recuerdos.

Vestidos con cortezas de árboles, pieles de animales y con el pelo revuelto, los pandavas se dirigían a la ciudad de Ekachakra. No sabían qué les iba a deparar el futuro, pero no podían dudar de las palabras de sus mayores. Vyasa les había pedido que fueran a Ekachakra; y eso ya era suficiente para ellos; tenían que obedecerle. Yudishthira había decidido en su juventud no decir jamás no, siempre obediente a sus mayores. Vyasa era su abuelo y sabía muy bien qué era lo más conveniente. Preocupados por su incierto futuro pero con un extraño sentimiento de paz en sus mentes, los pandavas y su madre se dirigían a la desconocida ciudad de Ekachakra.

XXX

BHIMA MATA AL RAKSHASA DE EKACHAKRA

Después de atravesar muchos riachuelos y paisajes hermosos, los pandavas llegaron por fin a Ekachakra. Se alojaron en la casa de un bramán que les había acogido y se ganaban el alimento mendigando por la calle. La gente de la ciudad estaba intrigada con aquellos silenciosos bramanes que no parecían mendigos.

Los pandavas nunca dejaban a su madre sola por mucho tiempo; recolectaban sus limosnas y luego regresaban a la casa del bramán para depositar lo recogido a los pies de su madre. Kunti dividía los alimentos dando la mitad a Bhima y distribuyendo el resto entre los demás hermanos. Bhima siempre tenía hambre, pues por su fuerte complexión necesitaba mucha comida para quedarse satisfecho. Había un alfarero en las cercanías al que Bhima comenzó a ayudar trayendo a sus espaldas enormes cantidades de arcilla. El alfarero estaba muy satisfecho y sorprendido con la fortaleza de aquel joven y le hizo un enorme cuenco para él. A Bhima le gustó mucho y al próximo día se lo llevó con él a la ciudad para mendigar por las calles. La gente le sonreía indulgentemente al ver el enorme cuenco y se lo llenaban con sabrosos alimentos que habían preparado en sus casas.

Un día, Bhima estaba en casa del bramán a solas con su madre. Sus demás hermanos se habían ido a mendigar. Ambos estaban hablando, cuando de repente oyeron cómo alguien lloraba dentro de la casa. Agudizaron el oído para escuchar qué pasaba y se dieron cuenta de que el bramán que les había acogido en su casa estaba hablando con su esposa y ambos lloraban apenados. Kunti dijo:

—Han sido muy buenos con nosotros; nos ayudaron cuando no teníamos hogar ofreciéndonos su casa. Si fuera posible, deberíamos ayudarles en la forma que podamos.

Bhima, quédate aquí, yo iré a averiguar cuál es la causa de su tristeza.

El bramán tenía un hijo y una hija. El hijo apenas era un niño. Hablaban entre ellos y decían: "Yo iré", y el otro insistía: "No, iré yo." Kunti no pudo entender de qué hablaban, así que se acercó a la esposa del bramán y le dijo: —No he podido evitar oír vuestros lamentos y me he acercado para saber cuál es la causa de vuestra tristeza, porque si pudiéramos ayudaros nos gustaría mucho hacerlo. El bramán la miró y le dijo:

—En verdad eres muy amable. Tu corazón está lleno de compasión por aquellos que sufren, pero me temo que no hay ningún ser humano que pueda ayudarnos. No

obstante, te contaré la razón de nuestra tristeza. En la montaña cercana a la ciudad hay una cueva en la que vive un cruel rakshasa llamado Baka. Ha estado sembrando el terror en nuestra ciudad en los últimos trece años. Al principio descendía de la montaña cuando le apetecía e irrumpía en la ciudad matando a quien le parecía, para comérselo. Los habitantes de la ciudad temían que el rakshasa viniese y les matase indiscriminadamente, por lo que finalmente los ciudadanos se reunieron para buscar una solución al problema, de lo cual surgió una propuesta para hacerle al rakshasa. Una delegación fue a verle y le dijo: "Baka, los habitantes de la ciudad están aterrados con tus ataques por sorpresa. Viven en el constante miedo de ser devorados por ti en cualquier momento. Pero si quieres escucharnos tenemos una sugerencia que hacerte. Cada semana se te proporcionará una carreta llena de excelentes alimentos y junto con ella se te ofrecerá también un ser humano. Entre nosotros organizaremos turnos para poder alimentarte como tú deseas. Pero por favor, ya no irrumpas más en nuestra ciudad matándonos por sorpresa. De esta forma viviremos con más tranquilidad y tú podrás recibir tu alimento con regularidad". Al rakshasa le pareció bien y consolidó el pacto. Y cumpliendo con lo pactado se ha estado siguiendo esa norma durante los últimos años, de modo que en turno giratorio, de cada casa se escoge una persona para ofrecerla como víctima al rakshasa, junto con una carreta llena de alimentos. Y mañana me tocará ir a mí. Es por eso que estamos llorando, porque si yo muero no habrá nadie que pueda cuidar de mi esposa y mis hijos, y si es mi esposa la que muere, mis hijos quedarán huérfanos porque yo ya no podré vivir sin ella.

Así que hemos decidido que mañana iremos todos para ofrecernos como víctimas al rakshasa.

Kunti estaba muy apenada por la desdicha del bramán. Le dijo:

—No te preocupes. Nadie tendrá que morir, tú tan sólo prepara la comida y yo me ocuparé del resto; tengo cinco hijos y enviaré a uno de ellos con la comida. Quiero agradecerte tu amabilidad al ofrecernos tu casa durante estos días. El bramán indignado le dijo:

—De ninguna manera, vosotros sóis mis invitados, ¿acaso crees que soy tan egoísta que voy a permitir que sacrifiques a uno de tus hijos por salvar mi vida?, vosotros sóis tan buenos, que antes preferiría morir que cometer el pecado de dejar morir a otro bramán. Por favor, no quiero que vuelvas a mencionarlo.

Kunti le sonrió y le dijo:

—Te aseguro que mis hijos no son ordinarios mortales, son los favoritos de los dioses.

Tengo un hijo muy fuerte que será capaz de matar al malvado Baka. Por favor, ten fe en mí, permíteme enviar a uno de mis hijos con la carreta llena de comida. Tan sólo te pido una cosa: no quiero que le digas a nadie lo que te he dicho.

El bramán y su esposa no sabían qué añadir después de aquello. Kunti les había hablado con tal seguridad que no pudieron más que aceptar su oferta.

Kunti se reunió de nuevo con Bhima y después de contarle todo, le hizo la proposición.

Bhima se puso contentísimo, gritaba: —¡Madre, imagínate! ¡una carreta llena de comida! Mataré al rakshasa, pero asegúrate de que haya suficiente comida y de que sea sabrosa.

Kunti se rió y le dijo:

—La esposa del bramán es una buena cocinera y además es muy generosa. Vamos a consolarla. Se reunieron con el bramán y su familia y les aseguraron de que a la mañana siguiente Bhima iría a la montaña con la carreta llena de comida.

Al rato llegaron los cuatro hermanos después de la recogida de limosnas. Bhima estaba sentado en una esquina y en cuanto Yudishthira le miró notó que en su rostro había una expresión de alegría que hacía ya mucho tiempo que no veía y dirigiéndose a su madre le dijo:

—Madre, ¿qué sucede? parece como si mi hermano estuviera tramando alguna jugarreta.

Kunti le dijo:

—No, no está planeando nada, he sido yo quien le he pedido que se ofreciese para hacerle un favor al bramán que tan amablemente nos ha acogido en su casa, ayudando al mismo tiempo a la gente de esta ciudad. —A continuación le contó a Yudishthira los detalles de lo que había sucedido durante su ausencia.

Yudishthira después de oír lo que le había contado su madre, por primera vez en su vida se enfadó con ella, y con voz fuerte le dijo:

—Madre, ¿Por qué lo has hecho? tú sabes lo que Bhima significa para todos nosotros. Y el papel vital que ha jugado en nuestra protección física, y, sin embargo, ahora se lo ofreces como una víctima a un monstruo detestable, ¿crees que Bhima ha nacido para morir como una ofrenda a este rakshasa llamado Baka? Creo que en tu gratitud a este bramán has perdido el sentido de la proporción, de otra forma no hubieras actuado de un modo tan impulsivo.

Kunti no se inmutó por las palabras de su hijo y en un tono calmo le dijo:

—No creas que soy tan tonta como para actuar de un modo tan inconciente. Es sólo debido a que conozco la fuerza que tiene Bhima que me he atrevido a sugerirle

semejante plan. Ya viste con qué energía anduvo cargando con nosotros durante horas, y recuerda también cómo mató al rakshasa Hidimba. Cuando tan sólo era un niño y vivíamos en el valle de Satasringa, un día estando yo sentada en el jardín con Bhima en mi regazo, apareció un tigre; al verlo me aterroricé y me levanté para salir corriendo sin reparar, poseída del terror como estaba, en que tenía un niño en mi regazo. Al oír mis gritos Pandu apareció y con una flecha atravesó el cuerpo del tigre matándole instantáneamente. En ese momento me dí cuenta de que el niño se había caído rodando por la colina hacia abajo. Tu padre y yo corrimos hacia el pie de la colina asustados, pues nos imaginábamos que algo terrible habría sucedido. Pero para nuestro asombro nos encontramos a Bhima durmiendo apaciblemente y la roca que le había detenido en su descenso, estaba hecha añicos. Así es la fuerza de Bhima. Estoy segura de que matará a ese malvado Baka, para Bhima será una tarea fácil. ¿Acaso no sabes que cuando un kshatrya ayuda a un bramán su vida en esta tierra es bendecida por los moradores de los altos cielos? De esta forma agradeceremos la amabilidad que nos han mostrado el bramán y su familia al tiempo que beneficiaremos a la gente de esta ciudad que nos han estado proveyendo de alimentos durante todos estos días. Así que no te preocupes más por ello.

Yudishthira se sintió avergonzado por las duras palabras que le había dirigido a su madre, le pidió perdón y se dirigió luego al bramán para decirle:

—Mi madre me ha contado la difícil situación en la que te encuentras. Estoy feliz de saber que podemos ayudarte, no te preocupes por mi hermano, es muy fuerte y con toda seguridad aniquilará a este vil rakshasa.

Al día siguiente, por la mañana temprano, la esposa del bramán ya había acabado de cocinar todos los alimentos para la ofrenda y llamó a Bhima para darle de comer. La carreta estaba repleta de comida. Bhima se despidió de todos y se fue hacia la cueva de la montaña tirando él mismo de la carreta. Muy pronto llegó a la cima de la montaña y ya se disponía a llamar al rakshasa, cuando se detuvo y recapacitó así:

—Un momento, esta comida se supone que es para el rakshasa, pero si lo voy a matar de qué le va a servir. Mejor me la como antes de matarle porque luego con las manos sucias no podré comérmela, lo cual será trágico.

Así pues, detuvo la carreta debajo de la sombra de un árbol y se dispuso a comer. Estaba saboreando el suculento banquete convenciéndose de que su madre tenía razón al decirle que la esposa del bramán era una excelente cocinera. Cuando ya estaba acabando de comer llamó al rakshasa con un grito. Baka le oyó y se apresuró rápidamente al lugar de donde provenía el grito. Y para su asombro vio que el joven bramán se había comido toda la comida que le pertenecía a él; entonces, acercándose, le dijo: —¿Quién eres tú? ¿cómo te atreves a comerte la comida que me pertenece?

Bhima le sonreía como si no le hubiera oído y seguía comiendo lo poco que quedaba.

Para Baka esto ya fue demasiado. De un tirón arrancó el tronco de un árbol y se lo arrojó a Bhima. Este ni se inmutó; con su mano izquierda desvió la trayectoria del tronco mientras que con la derecha seguía comiendo y limpiándose la boca con el antebrazo. Luego miró a Baka y le dijo:

—Has estado viviendo en esta ciudad durante demasiado tiempo, tu cuerpo ha engordado mucho y creo que ya es tiempo de que abandones este mundo. Te ayudaré a alcanzar la morada de Yama. Quiero liberar a esta ciudad de ti y de tu despótica crueldad. Venga, prepárate a luchar conmigo.

Y ambos se enzarzaron en una lucha que duró mucho tiempo. Baka era muy fuerte pero no lo suficiente para derrotar a Bhima. Finalmente Bhima cogió a Baka entre sus brazos y apoyándolo en sus rodillas lo rompió en dos como un elefante rompe a una caña de azúcar. Con un terrible grito de dolor el rakshasa cayó al suelo muerto. Viendo a Baka muerto, sus aterrados compinches se acercaron a Bhima pidiéndole clemencia. El les dijo:

—Si prometéis no molestar más a la gente de la ciudad os dejaré ir, si no sufriréis la misma suerte que vuestro amigo. Aquellos rakshasas se alejaron de la ciudad para no volver jamás. Bhima se llevó el cuerpo de Baka arrastrándolo por las piernas hasta las puertas de la ciudad donde lo dejó para que toda la gente supiese que el rakshasa había muerto:

Después se dirigió a la casa del bramán para devolverle la carreta vacía y le pidió que no le contase a nadie quién había sido el que les había liberado de Baka. Luego se dio un baño y se echó a dormir; había comido demasiado.

Al día siguiente, por la mañana, los habitantes de la ciudad se quedaron sorprendidos al ver el cadáver de Baka. No se explicaban cómo había sucedido. Y como sabían que aquel día le tocaba el turno al bramán se acercaron a su casa y le preguntaron qué había sucedido. El bramán, respetando lo que Bhima le había pedido, respondió:

—Un ser celestial viéndome llorar se compadeció de mí y me dijo que él llevaría la comida al monstruo y le mataría. Hice lo que me pidió y él se fue. Desde entonces no le he vuelto a ver.

XXXI

LA NOTICIA DEL SWAYAMVARA DE DRAYPADI

Los pandavas continuaron viviendo durante un tiempo en la casa del bramán. Un día vieron llegar a un bramán que solicitó quedarse por una noche. Había estado por muchos países y le recibieron con gran interés, rodeándole y pidiéndole que les contara lo que había visto y conocido en sus viajes. El bramán les contó algunas anécdotas que le habían sucedido y después les dijo:

—Pero la verdadera misión por la que estoy viajando es para propagar la noticia de que Drupada ha organizado un Swayamvara para su hija la princesa Draypadi que se celebrará en la corte de los panchalas, en la ciudad de Kampilya.

La princesa nació del fuego sagrado junto con su hermano Dhrishtadyumna.

Los pandavas le pidieron que les contase más detalles acerca del Swayamvara.

El bramán les dijo:

—Hay una historia muy larga e interesante detrás del nacimiento de los hijos de Drupada y de la celebración de este Swayamvara. Si estáis de verdad interesados en escucharme os la puedo contar.

Los pandavas insistieron en ello y el bramán empezó a relatar la historia de la enemistad entre Drona y Drupada y cómo al final Drona se vengó de Drupada con la ayuda de las pandavas. Los pandavas conocían muy bien esta parte de la historia pero le escucharon como si no supieran nada. Y el bramán continuó diciendo:

—Después de la derrota Drupada ya no podía ver a Drona como a un amigo. Tan sólo sentía deseos de vengarse por aquella humillación. En su corazón surgió el deseo de tener un hijo para matar a Drona y una hija para entregársela a Arjuna por quien había desarrollado un gran aprecio al verle pelear con tanta bravura y nobleza. Así pues, Drupada empezó a practicar mortificaciones y austeridades con este propósito. Vivía en un bosque en el que había dos rishis: Yaja era el nombre de uno y Upayaja el del otro.

Después de servir a Upayaja durante un año, Drupada se le acercó pidiéndole que le otorgara un hijo y una hija capacitados para satisfacer su deseo. El rishi le dijo que Yaja podría ayudarle. Y los dos rishis realizaron para él un yaga llamado Putrakama. Al final del yaga, de las llamas del sacrificio surgió una carroza. Sentado en

la carroza había un joven con el aspecto de un dios, ataviado con los vestidos propios de un guerrero antes de comenzar una batalla. Drupada enmudeció de dicha porque lo que contemplaban sus ojos era la confirmación de que la muerte de Drona estaba ya asegurada. Pero aún eso no fue todo, porque luego, del fuego sagrado surgió una hermosa mujer: el regalo que Drupada quería hacerle a Arjuna. Su piel era oscura y sus destelleantes ojos eran encantadores.

Parecían pétalos de loto largos y húmedos, de su larga y lustrosa melena surgían aromas como de loto azul. Ninguna mujer podía comparársele en belleza, encanto y esplendor.

Drupada pensó que era la esposa apropiada para Arjuna. En el momento que ella apareció se escuchó una voz de los cielos que proclamaba: "Esta mujer, la más bella de todas las mujeres, será la causa de la destrucción de todos los kshatryas. Ha nacido para cumplir un designio divino." Dhrishtadyumna fue el nombre que le pusieron al varón y a su hermana le pusieron el nombre de Krishnaa, mejor conocida como Draypadi.

Entonces Bhima le interrumpió diciendo:

—Pero he oído decir que Dhrishtadyumna es discípulo de Drona y que de él aprendió el uso del arco y las demás armas, al menos eso dicen.

—Sí —dijo el bramán—, Drona le enseñó todo, aun sabiendo que el príncipe había nacido para matarle. El sabía que no había forma de oponerse al destino. Dhrishtadyumna era un buen amigo de Bhima, uno de los pandavas, los cuales murieron quemados en el incendio de la casa de cera. Y esto me trae de vuelta a lo que os estaba contando. Cuando Drupada supo la noticia de que los pandavas habían muerto en aquel atentado promovido por el malvado rey Dhritarashtra junto con su hijo Duryodhana y Sakuni, su corazón se llenó de tristeza lamentando la desgracia como si fuera la de sus propios hijos. Pero su guru se le acercó y le dijo: "No te preocupes, tengo el sentimiento de qué los pandavas no han muerto. Siempre han sido justos y no hay mal que pueda sobrevenirles. Te voy a sugerir un plan; organiza un swayamvara en la ciudad de Kampilya y haz que la noticia corra por todas partes, proclamando que la condición para ganarse la mano de tu hija Draypadi será una prueba de habilidad en el uso del arco. Estoy seguro de que los pandavas deben estar camuflados en algún lugar y cuando sepan la noticia, el arquero que hay dentro de Arjuna no podrá resistir el desafío. Y es seguro que Arjuna asistirá al swayamvara y se ganará la mano de Draypadi." Drupada envió mensajeros por todas partes para proclamar la celebración del swaymvara. A muchos bramanes les ha pedido que vayan de lugar en lugar difundiendo la noticia. Quién sabe; quizás en algún lugar yo tenga la fortuna de poder comunicarle al mismo Arjuna la noticia del swayamvara. —Después de reírse de su propio chiste el bramán les explicó que estaba muy cansado y se fue a dormir.

Los príncipes se quedaron en silencio por largo rato. Ninguno se atrevía a hablar.

Kunti se dio cuenta de que todos deseaban ir a Panchala pero ninguno se atrevía a decirlo.

Tratando de allanar la situación les dijo:

—Ya hemos estado viviendo demasiado tiempo en la casa de este bramán, por mi parte ya me siento un poco cansada de vivir en este lugar, ¿por qué no nos vamos a otra parte?

Por ejemplo a la ciudad de Kampilya en Panchala. Con la celebración del swaymvara seguro que habrá mucha gente caminando por las calles y será divertido deambular por la ciudad durante la celebración; creo que va a ser emocionante. Me gustaría ir a Panchala, ¿qué os parece a vosotros?

Los pandavas estaban deseando escuchar aquellas palabras, y pensando en la aventura que les esperaba, se pusieron muy felices asintiendo todos juntos.

Ellos sabían que Draypadi era una ofrenda para Arjuna.

Pero no pudieron reconciliar el sueño en toda la noche, pensando en la descripción que el bramán había hecho de aquella mujer. Sus pensamientos revoloteaban alrededor de ella. Yudishthira, el mayor de los pandavas, quería aquella mujer para él, pero dándose cuenta de que no era su prerrogativa no podía evitar sentirse deprimido. Estaba agobiado por el continuo acoso de pensamientos. Todos esperaban con impaciencia la salida del sol del nuevo día, pues cada uno de los presagios indicaban que en aquella ciudad les esperaba una sorpresa agradable.

Kunti se despidió afectuosamente del bramán, de su esposa y de sus hijos y junto con sus cinco hijos emprendió camino hacia el país de Panchala. Cuando iban ya de camino se encontraron con Vyasa, el cual les había prometido reunirse de nuevo con ellos. Después de bendecirles les dijo: —Lo que estáis haciendo es lo correcto, la suerte os espera allí; días de gran felicidad os están aguardando. Las nubes comienzan a levantarse disipándose. Pronto vais a ser muy felices.

Después de esas palabras de ánimo, Vyasa se fue. Tras oír sus palabras, los pandavas caminaron decididos, y con un entusiasmo especial hacia la ciudad de Kampilya, la capital del reino Panchala.

XXXII

ARJUNA DERROTA A UN GANDHARVA

Ya era media noche cuando llegaron a orillas del río Ganges. Cansados como venían decidieron tomar un baño en las aguas frescas del río. Pero allí había un gandharva con sus esposas, al cual le molestó la intrusión de aquellos seres humanos en su privacidad e intentó detenerles diciéndoles:

—Soy un gandharva, mi nombre es Angaravana. No podéis entrar en el río, este río ha sido siempre mío.

Arjuna se enfureció por la arrogancia del gandharva y le respondió:

—Escucha: el mar al igual que las montañas y las aguas de los ríos son propiedad común de todos. No tienes ningún derecho a proclamar como tuyo este río; decir eso es sólo una pretensión de tu arrogancia. Nosotros somos fuertes y poderosos, así que si lo que intentas es asustarnos no vas a tener éxito.

El gandharva comenzaba a ponerse impaciente con aquellos mortales y les dijo:

—Idos de aquí y no me hagáis malgastar mi tiempo, ni malgastéis el vuestro. Si no lo hacéis me temo que tendré que usar la violencia y la fuerza para echaros de este lugar.

Arjuna le respondió:

—Por favor, no seas necio. Si lo que intentas es amenazarnos con la violencia también nosotros podemos hacerlo.

El gandharva estaba ya muy furioso y, sin pensárselo más, empezó a disparar flechas sobre los pandavas y especialmente sobre Arjuna. Este se refugió esquivándolas; y le dijo:

—Si disparases flechas sobre alguien que no tuviese el más mínimo conocimiento en el uso del arco quizá podrías tener éxito, pero en lo que se refiere a mí, no es ése el caso.

Voy a demostrarte que soy tan diestro como tú o más.

El gandharva no cesaba de disparar flechas una tras otra y la paciencia de Arjuna se estaba ya agotando, por lo que le lanzó el astra llamado Agneya, el astra presidido por Agni, el dios del fuego. Aquella arma celestial avanzaba escupiendo fuego e incendió la carroza del gandharva. Arjuna le cogió y le sacó fuera de ella. Las esposas del gandharva cayeron a los pies de Yudishthira implorándole misericordia, y éste ordenó a Arjuna que dejara al gandharva en libertad. Después de la exhibición de destreza de Arjuna la arrogancia del gandharva se había desvanecido. Ahora quería hacerse amigo de ellos y aprender la invocación mágica de aquel astra que había prendido fuego a su carroza. A cambio el gandharva le dio a Arjuna el poder de ver lo que sucede en los tres mundos, además de hermosos caballos que jamás se fatigaban. En cuanto el gandharva vio quiénes eran se puso muy feliz de saber que los pandavas estaban vivos en la tierra y les hizo la siguiente sugerencia:

—Vais a ser los señores de esta tierra, por lo cual es necesario que tengáis un guru, lo vais a necesitar; los reyes deben tener un sumo sacerdote. Con la ayuda de un bramán gobernaréis la tierra como lo hicieron vuestros padres.

Así pues los pandavas le pidieron que les sugiriera a alguien para asumir el papel de sumo sacerdote. El gandharva sugirió que fuese Dhaumya. Arjuna le dio las gracias y le dijo:

—En cuanto a los caballos que me has regalado consérvalos aún contigo. Cuando lleguen los días oscuros, una vez que las circunstancias hayan cambiado, te los pediré.

Los pandavas se despidieron de él afectuosamente y emprendieron el camino en busca de Dhaumya.

Dhaumya estaba muy satisfecho con la humildad y el comportamiento de los pandavas por lo cual aceptó ser su guru. Ellos sentían que las nubes oscuras se estaban disipando permitiendo que la luz entrase en sus corazones. Y a pasos agigantados se apresuraron por llegar al reino de Panchala donde, según Vyasa, agradables sorpresas les estaban aguardando.

XXXIII

EL SWAYAMVARA EN KAMPILYA

Los pandavas llegaron a la ciudad de Kampilya y se alojaron en la casa de un alfarero. Su alimento diario aún provenía de las limosnas que recogían mendigando.

Mientras recorrían la ciudad pidiendo limosna escucharon muchos comentarios. La gente decía: "Nuestro rey está seguro de que los pandavas viven aún, un rishi le dijo que Draypadi iba a ser la esposa de Arjuna. Por eso el rey ha puesto un arco pesado en el salón donde se va a celebrar el swayamvara y una diana en forma de pez colgando del techo que continuamente da vueltas. Para ganarse la mano de Draypadi su pretendiente tiene que clavar cinco flechas en la diana proclamándose así vencedor. Esta prueba no puede realizarla un arquero ordinario, sólo Arjuna puede hacerlo." Todo el mundo estaba impaciente esperando el día del swayamvara.

Los reyes de aquella región se habían congregado en aquella ciudad para asistir a la celebración como participantes. Los pandavas estaban allí también disfrazados de bramanes. Las huestes de los kurus, con Duryodhana y Radheya a la cabeza, habían llegado también a la ciudad. Todos los Yadavas, los Bhojas, los Vrishnis y los Andhakas estaban allí. Los jefes de todos ellos eran Balarama, Krishna y sus primos. Se habían construido mansiones para alojar a los invitados provenientes de todas partes del mundo.

Por fin llegó el día del swayamvara. El salón estaba espléndidamente engalanado, parecía el salón de Indra. Aromas de perfumes y flores impregnaban el ambiente. Los invitados estaban saboreando con anticipación el júbilo de las hazañas que iban a contemplar aquel día. Los reyes congregados para participar como rivales en la celebración se paseaban como leones entre los hombres exhibiendo sus fuertes brazos y sus poderosos hombros embelleciendo el ambiente con su presencia. Seres celestiales se agolpaban en el cielo para contemplar el swayamvara. Todos estaban ansiosos por ver la belleza de Draypadi y el hombre que iba a convertirse en su señor. Los bramanes se sentaron en los asientos asignados para ellos, los pandavas se habían metido entre ellos sentándose donde pudieron. Habían llegado uno por uno y pasaron desapercibidos sin que la muchedumbre les prestara atención.

De repente se produjo un profundo silencio y todas las miradas se dirigieron a la puerta de entrada. Dhrishtadyumna entraba en el salón acompañado de su encantadora hermana.

Iba engalanada con un hermoso y costosísimo vestido de seda. Ornamentos de oro realzaban su natural belleza y su grácil figura. En su mano llevaba una guirnalda de flores.

Dhrishtadyumna la condujo al escenario que había sido construido en el centro del salón, un silencio solemne llenaba el ambiente mientras se cantaban mantras

sagrados y se hacían las debidas ofrendas y oblaciones en el sacrificio del fuego. Luego Dhrishtadyumna subió al escenario y con voz fuerte y serena se dirigió a los asistentes diciéndoles:

—Por favor prestadme atención. Aquí hay un arco y cinco flechas. Con estas cinco flechas se ha de hacer blanco en la diana derribándola al suelo. La persona que sea capaz de realizar esta difícil proeza se ganará la mano de mi hermana Draypadi. Esta es mi solemne promesa.

Dhrishtadyumna se dirigió a su hermana presentándole por sus nombres a los reyes que se habían congregado allí señalándoles al tiempo con el dedo:

—...Allí está el noble príncipe Duryodhana de la casa de los kurus. Sus hermanos están también con él. Allí está Radheya, el amigo íntimo de Duryodhana. Allí está Sakuni junto con sus amados hijos. Allí puedes ver a Aswatthama, el poderoso hijo de Drona. —Y de este modo Dhrishtadyumna le fue mostrando a su hermana uno por uno a todos los asistentes que participaban en el swayamvara pretendiendo su mano. Allí estaban Jarasandha, Salya, Bhagadatta y muchos otros héroes. Y continuó diciéndole: —...allí está Balarama el hijo de Rohini. A su lado está Krishna el hijo de Devaki. Y también están los grandes héroes de la casa de los Vrishnis: Samba, Sarana, Gada, Satyaki y Kritavarma. —Luego le presentó a Jayadratha, el rey de los Sindhus. Su esposa era Dussala, la hermana de Duryodhana. Sisupala, el rey de los Chedis, también estaba allí.

La competición comenzó y los reyes se fueron acercando al arco uno por uno. El arco era divino, su nombre era Kindhura. Su cerda era de metal y era muy difícil tensarla.

Los reyes se acercaban con grandes esperanzas en sus corazones, pero al verse incapaces de manejar el arco volvían a sus asientos con la cabeza baja. Las huestes de los Yadavas habían decidido no participar en el swayamvara. Los ojos de Krishna recorrían la multitud hasta que finalmente se detuvieron sobre la forma de los pandavas. Con mucho disimulo atrajo la atención de su hermano hacia ellos.

—Mira —le dijo—, ¿ves a aquellos cinco bramanes sentados allí?, pues estoy seguro que son los pandavas ocultando sus nobles normas con las vestiduras serenas de un bramán. Parecen ascuas de carbón cubiertas con cenizas. Los cinco héroes está vivos y están aquí. Esperemos y veamos qué sucede.

La cara de Krishna se iluminó con una dulce sonrisa. Como Krishna ya sabía que los pandavas aún vivían no tuvo inconveniente en acceder a que los Yadavas no participasen en la competición del swayamvara.

El torno continuó. Rey tras rey intentaron pasar la prueba fracasando en su intento aunque algunos de ellos casi lo consiguieron. A Sisupala, por ejemplo, le faltó

tan sólo el tamaño de un grano de sésamo para cubrir con éxito la prueba, pero se le resbaló el arco y tuvo que regresar a su asiento con el sabor del fracaso amargándoles las entrañas. Otro que estuvo a punto de conseguirlo fue Jarasandha, le faltó también el tamaño de un grano de mostaza. Duryodhana se levantó de su asiento dirigiéndose hacia el arco con paso majestuoso pero tampoco consiguió hacer diana perfecta en el pez. A Salya le faltó el ancho de una judía para que su intento fuera coronado por el éxito. Ya todos los demás reyes estaban perdiendo la esperanza al ver que los mejores arqueros no habían podido superar con éxito la prueba, pero Radheya se levantó y se dirigió hacia el escenario. Su aspecto era grandioso mientras caminaba como una pantera a través del salón en dirección al arco. Krishna le observaba con total concentración viendo cómo Radheya cogía el arco y tensaba la cuerda. Mientras Radheya trataba de apuntar con precisión todos los reyes se sumaban a su intento con gran emoción, Krishna no se atrevía a respirar. Todos estaban seguros de que lo conseguiría. Ahora que Arjuna había muerto, creían que no habría nadie que pudiera igualar a Radheya, el discípulo de Bhargava. Era todo un espectáculo verle doblar el arco tensando la cuerda casi sin hacer esfuerzo. Sus disparos fueron tan certeros que tan sólo le faltó el ancho de un pelo para hacer diana perfecta. En la cara de Krishna se reflejó una expresión de alivio. El silencio se había apoderado del salón entero. Ya nadie se atrevía a coger el arco después de que Radheya hubo fallado también en su intento.

XXXIV

ARJUNA VENCE EN EL SWAYAMVARA

Como una llama repentina surgiendo en medio de un montón de cenizas, Arjuna se puso de pie. Krishna había estado esperando aquel momento y tomando la mano de su hermano Balarama la apretaba con emoción. Sus ojos estaban fijos en aquel joven bramán.

Nadie en el salón sabía quién era, excepto Krishna, Balarama, Dhaumya, Bishma y naturalmente los pandavas. Arjuna subió al escenario y dirigiéndose a Dhrishtadyumna le dijo: —¿Se le permite a un bramán tratar de derribar la diana? Parece que ninguno de los kshatryas aquí congregados son capaces de superar con éxito la prueba.

Sus ojos recorrieron las caras de los reyes y participantes con una expresión entre divertida y sarcástica. Dhrishtadyumna le contestó: —¡Por supuesto! Cualquiera tiene la opción de intentarlo, no importa si es un bramán, un kshatrya, un vaysa o incluso un sudra. Supongo que sabes cuál es la prueba; si la superas con éxito, mi hermana será tu esposa. Te lo aseguro, soy sincero en mi promesa.

Arjuna se acercó al gran arco y se postró ante él. Luego con una ligera sonrisa en sus labios levantó el arco con su mano izquierda y con su mano derecha tensó la cuerda disparando una tras otra las cinco flechas. Las cinco hicieron, diana perfecta sumando el impulso de una a la otra hasta hacer que el pez se desprendiese cayendo a tierra.

Los comentarios de admiración y sorpresa de la gente, produjeron un creciente estruendo ensordecedor. Los bramanes estaban muy emocionados al ver que uno de ellos había superado la prueba que los kshatryas habían abandonado por imposible. Del cielo llovieron flores sobre Arjuna, y Draypadi, con la gracilidad de un cisne, se levantó dirigiéndose hacia Arjuna y depositó la guirnalda en su cuello. El salón resonó con el bramido de caracolas, trompetas y todo tipo de instrumentos musicales. Los cielos resonaron con la música de todos los instrumentos celestiales. Arjuna y Draypadi formaban una pareja tan hermosa como la de Indra con Sachi, o la de Agni con Swaha, o la de Vishnu con Lakshmi, como la del Sol con Usha, como la de Manmatha y Rati, como el señor Sankara con Uma, o como Rama y Sita, como Nala con Damayanti. Arjuna cogió a Draypadi de la mano y descendió del escenario con ella. El rey Drupada estaba contento de ver cómo el esposo de su hija era un joven apuesto y noble.

A los reyes, por un momento, pareció que se les había detenido el pulso. Pero luego la ira se apoderó de ellos y comenzaron a decir: "Este Drupada nos ha insultado deliberadamente. Con tantos reyes como hay aquí congregados, ha tenido la desfachatez de entregar su hija a un bramán; esto es un insulto para nosotros. Si ninguno de nosotros fue capaz de dar en la diana, su hija debería haberse suicidado antes de entregarse como esposa a un bramán. No podemos tolerar este insulto. Esta ofensa por parte del rey merece un castigo. Vayamos a por él y matémosle."

Drupada estaba asustado y sorprendido ante la ira de los reyes. Indeciso y confuso miró al joven bramán que había sido la causa del altercado, pero Arjuna le tranquilizó con una sonrisa como diciéndole: "Por favor, no temas, yo puedo entenderme con todos ellos." Bhima se levantó e inmediatamente se puso al lado de Arjuna dispuesto a custodiar a su hermano. Draypadi se agarraba fuertemente a la piel de ciervo que cubría el cuerpo de Arjuna. Mientras, Krishna observaba la escena y dirigiéndose a su hermano Balarama le dijo:

—Mira, aquél que usando el arco se ha ganado la mano de Draypadi es, con toda seguridad, Arjuna. Este joven tan poderoso tiene que se Bhima. Estos dos jóvenes de piel oscura y muy parecidos entre sí han de ser, con toda seguridad, Nakula y Sahadeva.

Mientras que aquel joven de aspecto agradable, mirada tierna y cejas nobles debe ser Yudishthira. Estoy seguro, tan seguro como que yo soy Krishna y tú eres Balarama.

Los bramanes se habían puesto de parte de los pandavas diciéndoles:

—Jóvenes, no os preocupéis por estos reyes, nosotros estamos aquí para ayudaros.

Arjuna les sonrió dulcemente dándoles las gracias y les dijo:

—Podéis sentaros y observar; yo solo puedo encargarme de ellos.

Con Bhima al lado suyo, ambos estaban listos para la lucha. Luego Yudishthira y los dos mellizos se les unieron para el combate. Los cinco luchaban al tiempo contra todos los reyes que les atacaban. Luego Bhima se enfrentó con Salya, Duryodhana tenía como oponente a Yudishthira, y Sakuni era acosado por Nakula. Todos creían que iba a ser tarea fácil someter a aquellos bramanes, pero las flechas de Arjuna sorprendieron a los reyes por su precisión. Viendo esto Radheya intervino en el combate. Arjuna y Radheya se enfrentaron mutuamente, ambos eran rivales de valía. El vigor con que Arjuna luchaba provocó en Radheya admiración por aquel arquero desconocido. Y Radheya, siendo la flor de la caballerosidad, le dijo:

—Seas quien seas, joven bramán, estoy encantado de ver tu habilidad, ¿quién eres? ¿eres acaso el gran Bhargava? ¿o acaso eres Indra? ¿no serás el mismo señor Vishnu?; tienes que ser uno de estos tres que ha venido a Kampilya para mostrar al mundo su valor.

Hasta ahora no había podido encontrar a nadie que pudiera igualarme, excepto Arjuna.

Pero él ha muerto. Yo soy Radheya, el señor de los Angas. Soy un gran arquero y he sido discípulo del gran Bhargava. Pero tengo que admitir que he sido derrotado por ti. Dime, ¿quién eres?

Arjuna le contestó:

—Radheya, me alegra mucho haberte conocido y te doy las gracias por tus elogios, pero yo no soy tu guru el gran Bhargava, ni tampoco Vishnu, ni Indra, ni ningún otro arquero famoso. Soy un hombre ordinario como puedes ver; un bramán. Al igual que tú aprendí a usar el arco a los pies de un bramán. Y ahora continuemos la lucha.

—Diciendo esto Arjuna cortó la cuerda del arco de Radheya el cual inmediatamente le dijo:

—Has vencido —y se retiró.

La lucha continuó entre las otras parejas. Salya salió corriendo perseguido por Bhima, pero Bhima le perdonó la vida porque era el tío de Nakula y Sahadeva. Mientras continuaba la lucha entre Yudishthira y Duryodhana, fue uno de los grandes acontecimientos del día. Yudishthira hirió al príncipe kuru con sus agudas flechas.

Duryodhana parecía una cobra acosada con un palo; se defendía valientemente pero de nada le servía. La mansedumbre de Yudishthira había desaparecido completamente, Arjuna y Bhima estaban sorprendidos viendo la furia con la que Yudishthira luchaba.

Quizá se acordaba de la injusticia de la que había sido víctima por causa de su primo.

Nunca antes le habían visto tan furioso. Finalmente los pandavas derrotaron a todos sus oponentes, dejando libre el camino de regreso a casa. Los demás reyes al ver cómo los pandavas derrotaban a las huestes de los kurus incluso al mismo Radheya, declinaron inmediatamente todo intento de enfrentarse a aquellos valientes bramanes.

Entonces intervino Krishna y dirigiéndose a los combatientes les dijo:

—No veo ningún sentido en continuar la lucha, después de todos estos bramanes se han ganado la mano de Draypadi de forma justa. Luchar contra estos bramanes sólo porque han demostrado ser mejores que ninguno no es una actitud digna de príncipes y nobles. Así que, no luchéis más.

De todos modos los reyes ya sabían que no tenían nada que hacer contra aquellos desconocidos bramanes, por lo que gustosamente aceptaron el consejo de Krishna. Pero se fueron con la curiosidad de saber quiénes eran aquellos bramanes.

Los pandavas seguidos de Draypadi regresaron a casa del alfarero donde su madre les estaba esperando. Y apenas entraron, a grandes voces le dijeron: "Madre, te traemos el biksha que hoy hemos recogido." Kunti estaba en la parte interior de la, casa y al oírles como era usual en ella les respondió:

—Sea lo que sea que hayáis traído, podéis compartirlo entre vosotros.

Luego se reunió con ellos sorprendiéndose al ver a la bella Draypadi de pie junto a Arjuna. Yudishthira le dijo:

—Arjuna se ha ganado a esta doncella en un torneo y era a ella a quien nos referíamos cuando te dijimos que te traíamos lo que habíamos recogido.

Kunti al oír esto se sintió horrorizada pensando en la respuesta que les había dado, pero ocultando su nerviosismo abrazó a la tímida joven que aún permanecía de pie, diciéndole —Bienvenida seas a nuestra casa.

Draypadi cayó a sus pies y les limpió el polvo. Kunti luego se la llevó hacia dentro.

Más tarde Kunti fue a donde estaba Yudishthira y le dijo: —Hijo mío, estoy muy preocupada por lo que dije. Yo jamás he dicho una mentira, ni jamás he hecho una mala acción; esto obliga a que lo que he dicho se cumpla.

Todos permanecieron en silencio por unos momentos, luego Yudishthira pacificando a su madre le dijo:

—Por favor, no te preocupes, no pasará nada. —Luego miró a Arjuna y le dijo:— Tú te has ganado su mano, así que tienes el derecho a casarte con ella.

Arjuna le respondió:

—Por favor, no digas eso, tú eres el mayor de todos nosotros, así que eres tú el que debe casarte con ella. Después de ti el derecho le correspondería a mi amado hermano Bhima. Sólo después de vosotros vendría mi opción. Así que dejo en tus manos la responsabilidad de deshacer este nudo y tomar la decisión final.

Yudishthira recapacitó por unos momentos y luego dijo: —Nuestra madre ha dicho que deberíamos compartir a Draypadi entre nosotros y no hay nada más sagrado que las palabras de nuestra madre, ella es nuestro guru y debemos obedecerle. Durante todos estos años jamás he hecho algo que fuera correcto, pero por otro lado es evidente que todos nosotros amamos a esta mujer. Así que sugiero que todos nos casemos con ella.

No siento que esté haciendo algo incorrecto al sugeriros esto, creo que mi decisión es justa; así que no nos preocupemos más y hagámoslo así.

XXXV

EL SEÑOR SE ENCUENTRA CON LOS PANDAVAS

El gran salón de swayamvara se había quedado por fin vacío. Krishna, acompañado de Balarama, se dirigió a casa del alfarero donde estaban residiendo los pandavas. Allí se encontró con los famosos hermanos, era su primer encuentro con ellos. Relucientes como el fuego acudieron a sentarse alrededor de su madre. Krishna avanzó y se postró a los pies de Kunti, luego se dirigió hacia Yudishthira y se postró también ante él y le dijo:

—Yo soy Krishna, el hijo de Vasudeva.

En ese momento se forjó entre ellos una amistad solamente comparable a la existente entre Duryodhana y Radheya. Balarama se postró también ante Kunti y Yudishthira y dijo: —Yo soy Balarama, el hijo de Rohini.

Los pandavas también le saludaron y abrazó a su discípulo Bhima, que era mayor que Krishna pero más joven que Balarama. Arjuna y Krishna eran de la misma edad.

Krishna les sonrió y les dijo:

—Estoy feliz de ver a mis primos sanos y salvos junto a mi tía Kunti. Me agrada saber que habéis escapado del atentado de la asa de cera.

Yudishthira les dio la bienvenida con cariñosas palabras, tras lo cual dirigiéndose a Krishna le preguntó cómo sabía él que era los pandavas, a lo que Krishna sonriendo dulcemente le contestó:

—Aunque el fuego esté escondido no pierde su brillo. ¿Quién sino los pandavas podían haber realizado la hazaña que tuvo lugar hoy? De verdad estoy muy feliz de haberme encontrad con todos vosotros. Por favor, cuidaros y no permitáis que los hijos de Dhritarashtra sepan quiénes sois; todavía no. Lo sabrán cuando ya no sea para vosotros un riesgo. Ahora os dejaremos para regresar a nuestra mansión. Los dos hermanos se fueron.

Drupada estaba terriblemente amargado. Había planeado el swayamvara con el único propósito de atraer a Arjuna, haciéndole salir así de su escondite, pero ahora se encontraba con que un bramán se había ganado la mano de su querida hija. El joven ganador era noble, al tiempo que un gran guerrero, de eso no había duda, lo cual era

inusual en un bramán, pero no era Arjuna. Drupada le pidió a Dhrishtadyumna que siguiese a los bramanes para averiguar quiénes eran. Quería saber más acerca de ellos.

Se sentía arrepentido de haber celebrado aquel swayamvara, diciéndose a sí mismo:

"Debí haber esperado a la llegada de Arjuna. Ahora, debido a mi estupidez, he arrojado una preciosa gema en un montón de polvo. Si ella se sintiese insultada nunca me lo perdonaría."

Dhrishtadyumna, queriendo confortar a su agraviado padre le dijo:

—Padre, no te desesperes, siento que algo maravilloso va a sucedernos. No puedo decirte qué es. Seguiré a estos bramanes y averiguaré quiénes son y de dónde proceden.

Por favor, no te preocupes por mi hermana, ella con toda seguridad está muy feliz junto al joven a quien hoy impuso la guirnalda.

Dhrishtadyumna siguió a los pandavas guardando siempre una distancia y una vez que llegaron a la casa se detuvo, observándoles desde afuera sin ser visto. Veía y oía todo lo que adentro sucedía. La tarde ya estaba cayendo y los cinco jóvenes bramanes salieron en busca de limosnas, regresando después de un tiempo con lo que habían recolectado. Se lo entregaron a su madre, la cual dijo a Draypadi:

—Aparta algo para los bramanes que puedan venir en busca de comida y el resto lo divides en dos partes, una de las cuales se la has de dar a este joven de piel morena, él siempre tiene hambre. —Una tierna sonrisa se dibujaba en el rostro de Kunti, mientras que Draypadi después de ver la expresión de la cara de Bhima, no pudo ya ocultar su risa. Kunti continuó:— El resto lo dividiremos entre todos nosotros.

Draypadi hizo lo que le había dicho. Dhrishtadyumna la observaba mientras comía los alimentos que aquellos hombres habían recolectado mendigando y parecía muy feliz.

No estaba triste ni incómoda. Se quedó sorprendido al ver la felicidad que radiaba de sus ojos y la sonrisa que se dibujaba en las comisuras de sus labios.

El sol ya se había puesto y Dhrishtadyumna continuaba observándoles. Ahora los jóvenes estaban esparciendo musgo por el suelo para echarse a dormir. Kunti se tumbó ala cabeza de Draypadi, la cual yacía a los pies de aquellos jóvenes. Y Dhrishtadyumna se acercó aún más para poder oír lo que estaban hablando. La conversación era extraña, hablaban de temas impropios de bramanes. Hablaban de armas, proyectiles, ostras y cosas de ese estilo, de una forma muy familiar; esto fue para

Dhrishtadyumna la prueba definitiva de que ellos no eran bramanes. Se sentía muy emocionado y corriendo regresó al palacio.

Se dirigió a su padre y le dijo:

—Padre no te aflijas; no son bramanes. —Le contó a su padre lo que había visto y oído en la casa del alfarero y añadió:— Tengo el sentimiento de que son los pandavas. Vi una señora a la que todos tenían respeto y rendían honor, creo que es Kunti Devi. El joven que ganó la mano de Draypadi tiene que ser Arjuna. El hombre fuerte que arrancó un árbol y peleó con él tiene que ser Bhima. Se han disfrazado bien. Creo que fue Yudishthira el que derrotó a Duryodhana, los otros dos restantes se parecen mucho el uno al otro; estoy casi seguro que son Nakula y Sahadeva. Hablaban de cosas que sólo pueden conocer los héroes kshatryas; estoy seguro que son kshatryas, es más, estoy seguro que son los pandavas. Creo que esto prueba que los pandavas escaparon del incendio de la casa de cera y están vivos. Ahora mismo se encuentran en Panchala.

Debieron oír la noticia e inmediatamente se pusieron en camino hacia nuestra ciudad.

Drupada no se atrevía a creer lo que había oído. Desde el palacio envió obsequios a la casa de los pandavas. Les envió regalos y vestidos costosísimos. Les hizo saber que los arreglos para la boda ya iban a comenzar y que sería mejor que todos viniesen al palacio junto con su madre y Draypadi. La esperanza ardía en el corazón de Drupada, sentía que las palabras de los rishis no podían fallar y que la mano de Draypadi por fin había sido obtenida por el mismo Arjuna.

XXXVI

LOS CINCO PANDAVAS SE CASAN CON DRAYPADI

Los pandavas, junto con Kunti y Draypadi, llegaron al palacio donde Drupada les recibió lleno de emoción y dicha. Kunti tomó de la mano a Draypadi y fueron a las estancias interiores para reunirse con las mujeres de la casa. Drupada hizo que los cinco jóvenes se sentaran en sillones cubiertos de adornos exquisitos. El rey estaba observando la indiferencia con que los bramanes acogían aquella espléndida recepción y se dio cuenta de que estaban familiarizados con el ambiente palaciego.

Luego, mientras recorrían los diversos salones, únicamente se detuvieron al pasar por la sala donde se guardaban las armas. En sus ojos había una expresión de familiaridad. El rey lo notó, y también observó la majestuosidad de su forma de andar; parecían panteras.

Definitivamente estaba convencido de que no eran bramanes. Después de haberse sentado cómodamente, Drupada dijo:

—No sabemos quiénes sois, sois todos muy valientes, pero aparte de eso no sabemos nada más de vosotros. Por favor, contadnos más cosas.

Yudishthira pensó que ya había llegado el momento en que podían presentarse abiertamente y dijo:

—No os preocupéis, no somos bramanes, sino kshatryas. Somos los hijos de Pandu, quien a su vez era hijo de la casa de los kurus. Yo soy el mayor de los cinco. Mi nombre es Yudishthira. Este es Bhima. El joven que ganó la mano de tu hija es Arjuna, y estos dos son Nakula y Sahadeva, los hijos de Madri: tu hija ha dejado un lago de lotos para entrar en otro. Encontrará felicidad en nuestra casa.

Drupada estaba mudo de alegría. Dhrishtadyumna fue corriendo hacia Bhima y le abrazó. El anciano rey Drupada, robado por la emoción no podía articular palabra alguna.

Las lágrimas ahogaban su voz y resbalaban por sus mejillas. Luego, reponiéndose, dijo:

—Estoy abrumado de gozo, no sé qué decir. Por favor, contadme cómo escapásteis de la casa de cera y qué es lo que habéis estado haciendo durante todo este tiempo.

Entonces Yudishthira les relató sus muchas aventuras. Drupada les ofreció su reino y les dijo:

—Ya no tenéis por qué temer más a los kurus. Todos estamos aquí para ayudaros. —Y, después de hablar sobre diversos asuntos, el rey añadió:— Debemos acelerar los preparativos de la boda de mi hija con Arjuna.

Pero Yudishthira dijo:

—Yo soy el primogénito de los Pandu. Debo ser yo quien se case primero.

A lo cual replicó el rey:

—Si eso es así, ciertamente eres bienvenido para desposarte con mi hija. Consideraré como un gran honor el tenerte como hijo mío.

Yudishthira sonrió y añadió:

—Por favor no te sorprendas de mi propuesta, pero los cinco hermanos nos casaremos con tu hija. Ella será la esposa de los cinco pandavas.

Drupada se puso muy enojado por las palabras de Yudishthira. No quería ofender a los poderosos pandavas, pero su proposición iba contra todo Dharma, así que le dijo:

—Pero eso es imposible. A un hombre se le permite tomar más de una esposa, pero a una mujer no se le permite tener más de un marido. Así es como ha sido establecido el Dharma por nuestros antepasados. No sé si debo aprobar esto; es incorrecto e inmoral.

Entonces Yudishthira dijo:

—Comprendo tu enojo, lo que dices es cierto. No es costumbre que una mujer tenga más de un marido. Pero nosotros somos diferentes; siempre hemos compartido todo.

Siempre hemos estado juntos y nada puede interponerse entre nosotros, nada puede separarnos. Además, ahí tienes a nuestra madre. Nunca ha pronunciado una sola palabra indebida y cuando regresamos a casa con tu hija ella nos dijo: "Compartid entre todos el biksha." Para nosotros, nuestra madre tiene más valor que todos los dharmasastras juntos.

En cuanto a la posibilidad de que este matrimonio sea indebido, he oído que en muchas ocasiones varios rishis han compartido la misma mujer. La hija del sabio Tatila

tuvo siete maridos y hay otros casos más. Nunca he concebido pensamientos indignos, ni tampoco mi madre. Puedes descansar seguro de que esto es correcto.

Drupada aún no se quedaba tranquilo con estos ambiguos argumentos de Yudishthira. Estaba totalmente confuso en cuanto a qué debía hacer.

En ese momento entró Vyasa y todos se dirigieron a él para que les ayudara a salir de ese apuro. Drupada le dio la bienvenida muy respetuosamente. Estaba muy orgulloso por la visita de aquel gran hombre. Vyasa era la morada de la sabiduría y la personificación de la rectitud. Después de que todos se sentaran, Drupada le expuso su dilema. Vyasa sonrió y le dijo:

—Este es el motivo por el que he venido. Quiero saber todas vuestras opiniones al respecto. —Y después de haberlas oído todas, dijo:— No hay duda de que lo que dice Drupada es cierto. La costumbre de que una mujer tenga más de un marido no ha sido muy frecuente en los últimos tiempos, pero sí se ha hecho en el pasado. Además aquí ocurre que toman parte seres divinos. Draypadi, en su vida anterior, rogó al Señor Sankara que le concediera cinco maridos en su siguiente vida. Yo conozco el secreto que hay detrás de todo esto. No se me permite contaros cuál es, pero puedes fiarte de mi palabra, Drupada, no harás nada contra el Dharma consintiendo este matrimonio. No habrá ninguna transgresión del Dharma.

Drupada quedó ya satisfecho con estas palabras; el gran Vyasa había respaldado el matrimonio, así que accedió a esta boda tan poco usual, de una mujer con cinco hombres.

En un día propicio, cuando la luna estaba en conjunción con la estrella Rohini, los cinco hermanos se casaron con Draypadi. Los hijos de Pandu ya no tenían que temer a los hijos de Dhritarashtra. Con Drupada y con su hijo Dhrishtadyumna, nacido del fuego, apoyándoles y teniendo de su lado a los Vrishnis encabezados por Krishna, no tenían nada por lo que preocuparse. Y, así, pasaron unos días dichosos en la corte de Drupada, en la ciudad de Kampilya.

XXVII

PANICO DE LOS KURUS POR EL RESURGIMIENTO DE LOS PANDAVAS

La noticia de que los pandavas estaban vivos y de que ahora eran los yernos del poderoso rey Drupada, se propagó como el fuego. Y lo mismo ocurrió con la noticia de que Arjuna era el bramán que había ganado la mano de Draypadi. Fácilmente se podía adivinar cuáles eran los sentimientos de los kurus al respecto. Para ellos eran noticias

terribles. Sakuni estaba furioso, pues el hecho de que los pandavas hubieran escapado del atentado de Varanavata era un milagro aún mayor que el que le sucedió a Bhima al escapar de la muerte cuando fue mordido por las serpientes.

Sakuni sugirió que debían desafiar a los pandavas y luchar contra ellos, mas algunos de los ancianos dijeron que esto no sería muy político. Uno de ellos dijo:

—Los pandavas no están ni mucho menos indefensos. Tienen a Drupada, Dhrishtadyumna, Krishna, Balarama y todas las huestes de los Vrishnis para ayudarles. Es mejor pactar con ellos.

Entonces Radheya dijo:

—No hay duda de que hay mucho que decir sobre la fortaleza de los pandavas. Pero no es propio de un kshatrya estar haciendo un doble juego. Si queremos la supremacía, éste es el momento. Quizás ahora sean poderosos, pero nosotros no somos mujeres.

Podemos luchar; si no lo hacemos ahora, no lo haremos nunca. Vayamos al país de los Panchalas y desafiemos a los pandavas. Podremos derrotarles fácilmente.

Esta arenga de Radheya agradó a la mayoría, así que formaron un ejército y se pusieron en marcha hacia Kampilya La batalla fue de corta duración y tuvo un resultado decisivo. Las tropas de los kurus fueron derrotadas. La ira de los pandavas era como la de una serpiente herida; demostraron ser demasiado fuertes para los kurus, así que Duryodhana y su ejército regresaron a Hastinapura. Tuvo que aceptar que los pandavas eran más poderosos de lo que él había pensado. Su corazón estaba a punto de romperse. No hablaba con nadie; ni con sus hermanos, ni con sus amigos. Se sentaba solo durante horas en su aposento, pensando que había sido engañado por la Providencia. No pensaba en otra cosa que en los pandavas. Dussasana se reunió con él para confortarle, escuchándole mientras desahogaba en él todas sus penas. Duryodhana le dijo: —¿Quién iba a pensar que Purochana iba a fallar de esta forma? Es un necio. Cierto es que los pandavas están favorecidos por los dioses, si no ¿cómo puede explicarse el hecho de que Radheya haya sido derrotado dos veces por ese asno engreído de Arjuna?

Cuando les enviamos a Varanavata estaba seguro de que no les volvería a ver. Pero aquí están, más fuertes que nunca. Ya me he dado cuenta de que el destino es demasiado poderoso, la fuerza y las armas no tienen nada que hacer contra él. —La congoja de Duryodhana no podía describirse, estaba casi a punto de perder el sentido.

Vidura oyó todas las noticias y también supo de qué forma tan estúpida habían atacado los kurus a los pandavas y su humillante derrota. Así que se dirigió a su hermano Dhritarashtra y le dijo:

—En verdad es una gran fortuna que los hijos de la casa kuru estén prosperando. —Vidura utilizó intencionadamente el término "kuru" para ver cómo reaccionaba el rey y prosiguió:— El hijo mayor se ha casado con la hija del rey de los panchalas.

El rey no captó su ironía y, creyendo que se refería a sus hijos le contestó muy complacido: —¿Por qué no la has traído para conocerla? Es una gran fortuna, tal y como dices, los hijos de la casa kuru están prosperando.

Entonces Vidura le dijo:

—Querido hermano, veo por el tono de tu voz que no me has comprendido. Pareces haber entendido que la hija del rey de los panchalas haya elegido a tu hijo Duryodhana como marido. Lo siento, cuando dije "los hijos de la casa kuru" incluía a los hijos de Pandu, porque ellos también son hijos de la casa kuru. Arjuna ganó la mano de la princesa en el swayamvara y ahora los cinco hermanos la han tomado por esposa.

El rey tuvo que ocultar su decepción ante Vidura, así que manteniendo la compostura para salvar su apariencia externa replicó:

—Estas son noticias aún más agradables. Estoy muy contento de saber que esos nobles muchachos hayan conseguido entablar relaciones con el poderoso e invencible Drupada y con su hijo. Me hace feliz saber que los hijos de mi difunto hermano están vivos y a salvo. Nunca he sido tan feliz como hoy, abrázame Vidura.

Mientras decía esto, Vidura, sonriendo, le dijo:

—Mi señor, tus palabras son muy dulces y cariñosas, pero espero que no sean como la espuma que flota en la superficie del mar. Confío en que los sentimientos que has expresado estén hondamente enraizados y permanezcan así para siempre. Espero que tu mente no titubee más. —Después de decir esto, Vidura se marchó.

Al tiempo que se iba, Duryodhana entraba en el palacio del rey acompañado de Radheya. Habían oído la última parte de la conversación entre el rey y Vidura. Nada más llegar, Duryodhana le dijo muy enojado al rey:

—Estoy sorprendido padre, ¿qué es eso que he oído de que hay un gran gozo en tu corazón de saber que esos detestables primos míos están vivos? ¿Estás soñando? ¿Es que no estás bien?

El rey le contestó:

—Estoy más apesadumbrado que tú. La aparición de los pandavas no me complace en absoluto, pero no podía decírselo a Vidura. El es muy astuto. Así que aproveché la ocasión para elogiar a los hijos de Pandu delante de él. De esta forma, no

sabrá cuáles son mis verdaderos sentimientos. Ahora que tú estás aquí, dime qué debemos hacer.

Al desdichado Duryodhana no se le ocurría nada. Sin embargo, propuso:

—Ese odioso grupo de los cinco hermanos tiene que ser disgregado por todos los medios. ¿Por qué no sembramos la discordia entre ellos? ¿Por qué no sobornamos al rey Drupada con lujosos regalos para que se muestre amigable con nosotros? Podríamos hacer algo para que la bella Draypadi fuera causa de disputa entré ellos. O ¿por qué no intentamos asesinar a Bhima? El es el más fuerte de los cinco. Si él muere, decaerá el ímpetu del grupo. Arjuna es poderoso porque siempre está respaldado por Bhima en todas las batallas. Si Bhima muriese, para Radheya sería un juego de niños aniquilar a Arjuna. Padre, ¡tenemos que hacer algo! O, ¿por qué no ponemos a Draypadi en contra de los hermanos? Entonces los pandavas, teniendo en contra suya a Drupada y Dhrishtadyumna, no podrían hacer nada. Estas son algunas de mis sugerencias. Si Radheya aprueba alguna de ellas, podemos pasar a la acción rápidamente. Tal y como están las cosas ahora, el tiempo está pasando y yo no podría vivir si ellos regresaran a Hastinapura y vivieran con nosotros.

Radheya sonrió a su amigo y le dijo:

—Duryodhana, amigo mío, estás fuera de tus casillas, estoy seguro, si no, no se te habrían ocurrido esas ideas. Todos tus intentos de manipulación son vanos. Desde el principio, siguiendo los consejos de tu tío Sakuni, has intentado deshacerte de ellos mediante métodos deshonestos y artimañas. ¿Has tenido éxito alguna vez? ¡Nunca, ni una sola vez! No podrás sembrar la discordia entre ellos porque están muy unidos. Nada puede ponerse entre medio; son demasiado bondadosos de corazón para estar celosos uno del otro. En cuanto a la sugerencia de que Drupada pueda ser tentado mediante sobornos, es también imposible porque tiene reputación de ser de naturaleza firme y honesta. Y Draypadi, su hija, tampoco se dejaría seducir. ¿Acaso no sabes que por naturaleza, cualquier mujer sería feliz de tener más de un marido? Draypadi tiene cinco.

Nunca le agradará la idea de ponerse en contra de sus maridos. Por otro lado, tampoco puedes aniquilar a Bhima; ya lo intentaste más de una vez hace años y no pudiste. Mi sugerencia es que luches. ¿Por qué tramar conspiraciones estúpidas? Luchemos contra ellos. A medida que pase el tiempo se harán más y más poderosos. Debemos luchar y deshacernos de ellos; cuanto antes mejor. La lucha es lo único honroso que se me ocurre. Mi querido Duryodhana, este ancho mundo no puede ser conquistado por el engaño, sino por el valor. No está bien que un príncipe tan noble como tú, emplee los métodos que sólo usan las mujeres y los cobardes. Tú eres un kshatrya y nos tienes a nosotros que estamos dispuestos a sacrificar nuestra vida por ti. Es sólo el valor de un rey lo que perdura, después de su muerte, para la posteridad. Todos estos métodos de Bhida, Sama y Dana son ineficaces. Tú debes utilizar el cuarto, el Danda. Desafía a los pandavas a que luchen en contra tuya y luego disfruta de un

reino que hayas ganado con bravura. No te dejes llevar por esos pensamientos retorcidos, propios de tu tío Sakuni.

Te dejas llevar por ellos con mucha facilidad. Sígueme a mí y te guiaré al honesto sendero por donde caminan los kshatryas. ¡Lucha, amigo mío! No quiero que los hombres hablen mal de ti en el futuro.

A Dhritarashtra le agradaron estas palabras de Radheya y dijo:

—Solamente un héroe como tú puede hablar así. No podrías pensar de otra manera.

Hoy habrá una asamblea en el gran salón del palacio, donde estarán Bishma, Drona y todos los ancianos kurus, para deliberar acerca de nuestro futuro y el de los pandavas.

Espero que tus sugerencias les agraden, pero temo que no las aceptarán. De todas formas, vayamos a la sala del consejo y veamos qué dicen y cuál es la decisión final.

Los tres se dirigieron a la sala del consejo caminando con paso lento.

XXXVIII

LA ASAMBLEA

Allí estaban todos: Bishma, Drona, Kripa, Bahlika, Somadatta, Vidura y los otros.

Bishma comenzó hablando con su voz profunda y sonora:

—No es justo que continuemos albergando ira contra los pandavas por más tiempo.

Odiarles no es justo. Dhritarashtra y Pandu son ambos sobrinos míos y quiero a sus hijos por igual. Amo tanto a Duryodhana como a Yudishthira, me duele ver esta situación, y siento que ya es hora de que obremos justamente con los hijos de Pandu. Duryodhana, hijo mío, ellos no tienen a su padre, pero tienen tanto derecho como tú sobre este antiguo reino de los kurus. Debes pedirles que vengan a Hastinapura y que compartan este gran reino contigo. Este es el paso que hay que dar y que hará que coseches fama duradera. Cualquier otra idea que tengáis sólo os conducirá a la infelicidad y no solamente eso, sino que os cubrirá de infamia condenando vuestros nombres para siempre. En este corto tiempo de vida que se nos da, hijo mío, el honor de nuestros nombres debe guardarse muy celosamente. Es lo único que vale, ya que si lo pierdes, tu vida será un puro desperdicio. Vives mientras se honra tu nombre y mueres cuando pierdes tu honra ante los ojos de los hombres. Haz lo que corresponde a un príncipe noble como tú. Parece que el destino quiere darte una segunda oportunidad. Es una oportunidad única, ya que generalmente es implacable. Como una palabra que se ha pronunciado, o como una oportunidad perdida, el destino nunca retrocede para reparar algo que se ha hecho mal. Pero en tu caso, el destino se ha mostrado amable. Dios ha permitido que los pandavas sobrevivieran al accidente de la casa de cera; y prefiero llamarlo accidente. Kunti está viva e igualmente los cinco hermanos. Para tu bien, el pecador Purochana está muerto. Si obras con afecto hacia los pandavas, os libraréis de este estigma que pesa sobre el nombre de tu padre y el tuyo propio, como responsables del incendio de la casa de cera. Ahora tenéis la oportunidad de hacer algo para restablecer vuestra reputación. Tú eres un buen hombre. Puedes comprender los caminos del Dharma y debes hacer esto por tu propio bien. Entrégales a los pandavas la mitad del reino y descansa en paz.

Drona era de la misma opinión y dijo:

—Es lo mejor que se puede hacer. El rey debería enviar mensajeros con regalos a la corte de Drupada. Debemos hacer las paces con los hijos de Kunti y pedirles que vengan aquí a Hastinapura. Es el deber del rey ser bondadoso con estos huérfanos.

Radheya, sin embargo, debido a su amistad con los kurus, no estaba de acuerdo con tal decisión. El prefería luchar y expuso la teoría de que era en el campo de batalla donde se tendría que decidir quién habría de gobernar el mundo entero.

Vidura se levantó y dijo:

—Mi querido hermano, todos los que estamos aquí reunidos somos tus buenos consejeros. Queremos salvar tu reputación y la de tu hijo. El gran Bishma y Drona han hablado correctamente. Por favor, no hagas caso a Radheya, es muy impulsivo. Está tan cegado por la ira como tu hijo y no se da cuenta de la gravedad de la situación. Seguro que te agradará más escuchar sus palabras que las mías, pero es a mí a quien debes escuchar.

El incendio de la casa de cera ha marcado tu nombre con el sello de la ignominia. Ahora tienes la oportunidad de limpiar tu alma de toda rencilla maligna. Además aparte del hecho de que lo debido es que entregues la mitad del reino a los pandavas, también hay otra cosa y es que no es aconsejable ponerse en contra de ellos. Ahora son muy fuertes, no como en el pasado, cuando estaban indefensos en tus manos. Además, Drupada y su hijo Dhrishtadyumna, el nacido del fuego, se han convertido en sus parientes al casarse con Draypadi. También tienen el apoyo de Balarama y Krishna. Con Krishna a su lado, con toda seguridad serán invencibles. ¿Quién puede igualar al fuerte y poderoso Bhima cuando está furioso? ¿quién podría desafiar a Arjuna? Hace poco lo han intentado algunos reyes y han sido derrotados por dos veces, comprobando que era imposible. De nuevo te repito que deberías adoptar métodos pacíficos para garantizar la paz en el reino.

Duryodhana y Radheya son demasiado jóvenes para apreciar mis palabras, pero tú eres diferente. Será un bello gesto de tu parte si escuchas el consejo de tu tío Bishma. Ordena que traigan a los pandavas; haz lo que es debido.

Dhritarashtra dijo:

—Estoy de acuerdo con todo lo que has dicho. Soy de la opinión de que se debe tratar bien a los pandavas. Es una suerte que estén vivos para gozar de sus derechos reales.

El rey pidió a Vidura que llevase ese mensaje a Panchala. Dhritarashtra se vio forzado a aceptar el consejo de sus mayores. No podía satisfacer el deseo de su hijo Duryodhana, desafiando así a los ancianos. Todavía su corazón no se había endurecido tanto en contra de los pandavas. Todavía le quedaba un poco de decencia. Vidura se fue a Panchala donde fue agasajado por Drupada y los pandavas. Krishna se encontraba en Dwaraka y llegó a sus oídos la noticia de que los kurus habían intentado luchar contra los pandavas después de que éstos revelaran su auténtica identidad y que el ejército, de los kurus había sido derrotado. Entonces se puso en camino hacia Panchala junto con su hermano y su ejército. Krishna y Balarama estaban ya en la corte de Drupada cuando

llegó Vidura. Las lágrimas resbalaban por las mejillas de Vidura al contemplar a los pandavas.

Estaba sobrecogido de emoción. Nunca apreciamos cuánto valor tienen las cosas y las personas hasta que nos enfrentamos a la posibilidad de perderlas, y así le ocurría a Vidura. Sólo pensar que habían escapado del terrible incendio de Varanavata, le hacía darse cuenta de lo mucho que significaban para él. Vidura ofreció a Draypadi y a los pandavas los valiosos regalos que les enviaba Dhritarashtra. Pasaron algún tiempo dialogando sobre un sin fin de cosas, hasta que finalmente abordaron el tema que preocupaba a todos los allí reunidos: el mensaje del rey. Vidura se dirigió a Drupada y le dijo:

—Mi hermano Dhritarashtra me rogó que os diera recuerdos a todos. Bishma y su amigo Drona os envían, también, sus afectuosos saludos. El rey al igual que los príncipes y ancianos kurus se consideran muy afortunados de poder tener relación con vosotros.

El rey está deseoso de ver a sus hijos los pandavas. Tan grande es su alivio al saber que han escapado de la muerte en Varanavata, que quiere abrazarles con todo su afecto.

En ese instante, una sonrisa ingenuamente traviesa iluminó el rostro de Krishna. La cara de Bhima era todo un cuadro. Arjuna estaba mordiéndose el labio inferior y Yudishthira intentaba no sonreír.

Vidura, como si no hubiera advertido esto, continuó:

—El rey desea que su nuera venga a Hastinapura y complazca a la ciudad, que está muy entusiasmada con la idea de ver a los pandavas y a su esposa. Están delirando de alegría al conocer la buena fortuna con la que han sido favorecidos los pandavas. —Ese fue el final del mensaje del rey, tras lo cual Vidura añadió:— Será para nosotros un gran honor si les permites que me acompañen a Hastinapura.

Drupada dijo:

—Me siento inmensamente complacido y honrado por esta alianza con la noble casa de los Kurus. Respecto a su ida a Hastinapura, quizá no sea la persona adecuada para decidirlo, lo dejo en las manos de Yudishthira y sus hermanos; además, Balarama y Krishna también están aquí: yo me atendré a su decisión.

Entonces Krishna dijo:

—Creo que deben ir a Hastinapura.

Al oír esto Arjuna giró asustado su mirada hacia el dulce rostro de Krishna, pero no dijo nada. Drupada dijo que los pandavas podían irse libremente y complacer al rey ya que éste parecía estar en muy buena disposición hacia ellos.

Vidura se dirigió a los aposentos de Kunti y se postró a sus pies. Las lágrimas de sus ojos humedecían sus pies. Kunti hizo que se levantara haciéndole sentar, y le consoló diciendo:

—Mis hijos están ahora vivos gracias a tu amor y sabiduría. Pienso en ti día y noche; tu devoción hacia nosotros es algo que no puede olvidarse fácilmente. No sé si será seguro ir a Hastinapura; mi mente está alborotada y no puedo pensar por mí misma.

Entonces Vidura le dijo:

—Mi querida Kunti, ningún mal puede acaecerle a tus hijos. No temas, muy pronto les verás como los señores de la tierra.

Los pandavas, acompañados por Krishna, se encaminaron hacia Hastinapura. Pronto llegaron a la capital del reino, donde la gente estaba esperando ansiosamente la llegada de los príncipes pandavas. Hacía mucho tiempo que se habían ido y la ciudad les esperaba bellamente engalanada y con las calles rociadas con agua perfumada. Había flores por todas partes. Vikarna y Chitrasena fueron los hijos de Dhritarashtra que les dieron la bienvenida.

Allí estaba también Drona, junto a Kripa. Pronto llegaron al palacio, donde los pandavas se postraron a los pies de Bishma y Dhritarashtra, y fueron cordialmente recibidos por parte de todos... La princesa de Kasi, que era la esposa de Duryodhana, recibió a la joven esposa de los pandavas, la acompañaban las otras nueras del rey. Luego se postró ante Kunti y más tarde las condujo al palacio de Gandhari. Una vez allí Kunti y Draypadi se postraron a los pies de Gandhari pidiéndole sus bendiciones. Gandhari, que tenía el poder de ver el futuro, abrazó a Kunti y luego a Draypadi. Mientras deslizaba sus brazos por la suave silueta de Draypadi, se decía para sí misma:

—Está mujer está destinada a ser la causa de la muerte de mis hijos. —Luego bendijo a ambas y ordenó que preparasen la casa de Paridu para servirles de residencia.

XXXIX

KHANDAVAPRASTHA, EL REGALO DEL REY

En el gran salón del palacio se preparó una recepción oficial a los pandavas y todos ellos, acompañados por Krishna, se dirigieron allí. Dhritarashtra, después de los preliminares, dijo:

—Yudishthira, escucha lo que te voy a decir. Este reino mío debe su existencia a tu querido e ilustre padre, y esto te da derecho a que tú también lo gobiernes. Por lo tanto, sugiero que el reino sea dividido entre mi hijo Duryodhana y tú. He decidido hacerte señor de Khandavaprastha. Ahora me gustaría saber tus opiniones y también las de Krishna.

Krishna esbozó una sarcástica sonrisa. Yudishthira se dio cuenta, pero no dijo nada.

Fue a donde el rey estaba sentado y saludándole dijo:

—Obedeceré cualquier cosa que digas.

Krishna seguía sonriendo sin decir nada. En los labios del sabio Vidura, también se dibujaba una expresión de picardía. Dhritarashtra llamó a Vidura a su lado y le dijo:

—Debes apresurarte con los preparativos para la coronación. Decoremos la ciudad con los mejores ornamentos para celebrar este gran acontecimiento. Estoy enormemente complacido con el curso que están tomando los acontecimientos. Siento que me he quitado un gran peso de encima. Veré al hijo de mi hermano convertido en el señor de la tierra.

Bishma, Drona y Kripa estaban contentos por las afectuosas palabras del rey. Por fin Krishna habló y dijo:

—Entiendo el ansia del rey por celebrar la coronación. Es correcto que los preparativos se hagan inmediatamente. Todos estamos ansiosos de ver a Yudishthira coronado rey.

En ese momento entró Vyasa. Todos los reunidos en el salón se levantaron como si fueran uno, y le rindieron honores. El estaba allí para presidir la ceremonia. Los preparativos eran ciertamente exuberantes. Parecía como si el rey estuviera celebrando la coronación de su propio hijo, así de cálido y entusiasta era todo el ambiente.

En el día propicio sugerido por Vyasa, se celebró formalmente la coronación. Kripa, Bishma, Drona, Dhaumya, Vyasa y Krishna bendijeron a Yudishthira con estas palabras:

" ¡Que conquistes el mundo entero! ¡Que realices el gran Rajasuya y el yaga Aswamedha! ¡Que vivas por largos años y gobiernes el mundo como lo hicieron tus antepasados! ¡Que tu fama se propague por los cuatro vientos al igual que la brisa se lleva el perfume de las flores!"

Los corazones de todos los asistentes estaban llenos de gozo, todos menos el de Duryodhana, naturalmente. El rey sabía el dolor que estaba consumiendo a su hijo y estaba intentando encontrar algún medio para tranquilizarle. Duryodhana significaba para él su propia vida. El rey en presencia de todos los cortesanos y de Krishna, dijo a Yudishthira:

—Ahora eres el señor de Khandavaprastha. Es lo propio que vayas a tu reino y comiences a gobernarlo tan pronto como puedas. Fue en Khandavaprastha donde gobernaron nuestros antepasados pauravas, Nahusha y Yayati y fue la capital del reino de los kurus durante mucho tiempo. Espero que disfrutes de una vida feliz allí.

Yudishthira recibió su encomienda con la humildad que le caracterizaba. Se despidió de toda la familia real y de la gente de la ciudad, y acompañado por Krishna se dirigió hacia su reino.

El país llamado Khandavaprastha en su día fue la capital de los kurus, pero fue devastado tiempo después por la maldición de los rishis, quienes lo castigaron debido a la mala conducta del hijo de Budha. La capita tuvo que ser abandonada y ahora era un lugar estéril y árido; nadie podía vivir allí. No crecía nada, ni siquiera los animales podían sobrevivir en aquel lugar. Así de inaprovechable era la tierra que se le había adjudicado a Yudishthira como su parte de la tierra de los kurus.

Literalmente, el rey dijo la verdad cuando declaró que la mitad del reino sería gobernada por Yudishthira, ya que, en extensión, Khandavaprastha era la mitad del reino. Yudishthira, al igual que Krishna, conocía muy bien la naturaleza de la tierra de la que había sido nombrado rey, siendo tan pomposamente coronado por su tío. Pero ya estaba cansado de las constantes peleas con sus primos. El era amante de la paz, y si a Duryodhana le molestaba su presencia en Hastinapura, Yudishthira también compartía recíprocamente este sentimiento. No podía concebir la idea de vivir para siempre en la corte de Dhritarashtra.

El quería paz, así que no se opuso y aceptó aquella injusticia. No porque no pudiera luchar sino porque no quería hacerlo; odiaba la guerra. Tenía el cuerpo de un kshatrya y la mente de un sanyasin. Su otro nombre era Ajatasatru. Este nombre iba acorde con él, pues no quería ser enemigo de nadie.

Llegaron a Khandavaprastha y al contemplar el desolado paisaje que se extendía ante ellos Krishna dijo: —Yudishthira, mira qué país tan hermoso te ha concedido tu encantador tío. Aquel que mirando al relámpago piensa en lo bello que es, se suele olvidar del trueno que con toda seguridad estallará tras él. Al rey le sucede lo mismo. El hecho de que esta injusticia haya sido impuesta por el anciano Bishma significa ya que todos ellos van a enfrentarse con su destino. Cada uno de ellos cosechará el fruto de sus acciones, pero todo esto sucederá en el futuro. Ahora, veamos qué podemos hacer para sorprender al rey ciego. —Krishna hizo venir a Indra y le dijo:— Indra, Dhritarashtra, el monarca de los kurus, ha sido muy bondadoso al ofrecer este pedazo de tierra a los pandavas. Ahora dejo en tus manos la tarea de cambiar su aspecto. Se le llamaba Khandavaprastha, pero a partir de ahora se llamará Indraprastha, pues tú serás quien le dé nueva vida. Por favor haz lo que sea necesario para embellecer este lugar. Que sea tan exuberante y fértil que únicamente pueda ser comparable en su esplendor con Indraloka, tu mundo."

Indra dijo:

—Visvakarma, el arquitecto divino, se encargará de esto. Se convertirá en el lugar más maravilloso del mundo entero. Y en un día propicio, se comenzó la reconstrucción del lugar. Vyasa estaba allí para recitar las sagradas fórmulas mágicas. La magia de Visvakarma entró en acción, y, en poco tiempo, el lugar se transformó completamente. La ciudad enseguida quedó lista para la entrada de los pandavas. Y Yudishthira entró a la ciudad en medio del júbilo de todos. La fama de Indraprastha se propagó a lo largo y lo ancho del territorio y desde países lejanos venían gentes para verlo, y los que llegaban ya no querían regresar a sus países. Una vez terminado su trabajo en la ciudad, Visvakarma se marchó. Yudishthira se sentía muy feliz junto a Krishna y sus hermanos.

Así transcurrieron unos días. Y Krishna le dijo a Yudishthira:

—Mi Señor, tengo algo que pedirte.

Yudishthira le miraba con ojos asustados. Krishna le dijo que tenía que regresar a Dwaraka pues ya hacía mucho tiempo que estaba fuera de su ciudad. Yudishthira se puso muy triste a pesar de que Krishna le aseguraba una y otra vez que él siempre estaba pensando en los pandavas y en su bienestar.

—Siempre que me llames, vendré a ti —dijo Krishna—, cuando quiera que pienses en mí, vendré más veloz que el pensamiento. Pero ahora déjame que me vaya.

Una vez dicho esto se despidió de todos y emprendió la marcha hacia Dwaraka. Su carroza se alejaba velozmente, pero había dejado su corazón al cuidado de aquellos hombres que eran como dioses en la tierra...

XL

EL TIRTAYATRA DE ARJUNA

Los pandavas se encontraban muy felices en Indraprastha. Unos días después de que se fuera Krishna, vino a hacerles una visita el sabio Narada. Yudishthira le recibió con los honores que se debían a una persona como él. Narada era uno de los hijos de Brahma, el Creador. Era un gran hombre y un devoto de Narayana. Cuando todos se habían sentado, Narada le preguntó a Yudishthira cómo estaba gobernando el reino y también le dio valiosos consejos sobre muchas cosas. Luego Yudishthira mandó llamar a la reina Draypadi, la cual vino y se postró a los pies del sabio Narada. Después de recibir sus bendiciones, se retiró a sus aposentos. Y Narada entonces dijo:

—Esta mujer, Draypadi, es la esposa de vosotros cinco. Debes tener cuidado de que no haya desunión entre vosotros a causa de ella. Una vez había dos hermanos, Sunda y Upasunda, que eran inseparables. Se encontraron a una hermosa apsara cuyo nombre era Tilottawa y los dos se enamoraron de ella y, a causa de su rivalidad, acabaron destruyéndose el uno al otro. Te cuento esta historia para que no dejes que surja nada entre tú y tus hermanos. Sois poderosos mientras estéis unidos, pero una vez roto el vínculo entre vosotros, será fácil para los hijos de Dhritarashtra el derrotaros.

Antes de que se fuera, los pandavas llegaron a un acuerdo: Draypadi debía pasar un año en la casa de cada uno de los hermanos y si cuando estuviera sola con alguno de ellos, se introdujera en su intimidad algún otro hermano, éste tendría que retirarse al bosque y permanecer allí alojado durante un año. Estaban contentos con esta decisión pues así no habría posibilidad de disputas entre ellos.

Un día, un bramán se acercó a Arjuna y le contó que un ladrón le había robado sus vacas. Estaba frenético por la pérdida de sus queridos animales. Así que pidió a Arjuna que se las rescatara. No era una tarea difícil, así que Arjuna accedió a hacerlo e inmediatamente se dirigió al lugar donde se guardaban las armas. Entonces, de repente, recordó que esa era la casa de Yudishthira. El momento no era propicio porque Yudishthira y Draypadi estaban allí juntos en ese momento. Arjuna no sabía qué hacer, así pues le dijo al bramán que no le era posible coger su arco en ese momento, excusándose así:

—Por favor no te preocupes, rescataré tus vacas, puedes estar seguro. Pero no ahora mismo. Debo esperar a que un hermano me dé permiso para coger el arco y las flechas.

Pero el bramán no le escuchaba. Arjuna intentó en vano tranquilizarle hasta que por fin tuvo que acceder a su deseo. Decidió ir a coger su arma y así lo hizo. Y comenzó a seguirle la pista a los ladrones, que no habían ido muy lejos pues las huellas todavía estaban frescas. Arjuna les persiguió, rescató sin esfuerzo las vacas y se las devolvió al bramán, el cual se fue bendiciendo a Arjuna y alabando su valor.

Tras esto, Arjuna fue a su hermano y le pidió permiso para ir de peregrinación por todos los ríos sagrados. Yudishthira se sintió afligido y dijo:

—Arjuna, no creo que sea necesario, se trataba de una emergencia. No fue algo como si hubieras venido intencionadamente a molestarnos. Tenías que entrar. Por favor desiste de tal propósito, yo no te culpo, ni tampoco estoy ofendido; no hiciste nada malo...

Pero Arjuna insistiendo dijo:

—Mi señor, no es correcto buscar excusas para evitar mi marcha o mi peregrinación.

Nos habíamos impuesto unas condiciones determinadas y debo obrar en consecuencia.

Siendo tú una persona que siempre ha sido justa, no debes permitir que tu cariño por mí haga tambalear tu amor por la justicia. Por favor, dame permiso para que me vaya.

Yudishthira, muy a pesar suyo, dio permiso a Arjuna para irse a su exilio voluntario durante un año.

Arjuna, después de un viaje agradable, llegó a las orillas del río Ganges donde se bañó. Y cuando iba a salir del agua, fue capturado por una hermosa doncella, que le llevó a su palacio en el fondo de las aguas. Arjuna estaba asombrado y le preguntó la razón de su extraña conducta. Ella observaba a Arjuna, que estaba de pie mirándola, con una sonrisa en los ojos. Por fin, muy tímidamente le respondió:

—Yo soy la hija del rey de Nagaloka. Mi nombre es Ulupi. Té vi cuando estabas en las aguas del río y me he enamorado de ti; debes aceptar mi amor.

Arjuna le contó quién era él y que estaba cumpliendo un exilio de un año, y añadió:

—Ahora que ya sabes todo sobre mí, debes dejarme ir. Tengo que observar el brahmacharya. Debes comprender cuán imposible es para mí el complacer tus deseos, a pesar de lo mucho que me gustaría.

Arjuna se quedó mirándola con una sonrisa en sus ojos. Y ella dijo:

—Sé a qué te refieres. Sin embargo, veo que no has comprendido las condiciones de tu exilio, ni atiendes a tu circunstancia en absoluto. Tu brahmacharya atañe sólo a Draypadi, pero no se aplica a ninguna otra mujer que quieras tomar.

Mientras decía esto inclinó su cabeza algo ruborizada. Arjuna estaba muy complacido con ella y con su hermosura, y pasó una feliz noche en su compañía. Al día siguiente salió a tierra y allí relató su aventura a los rishis que estaban en las orillas del río, tras lo cual reemprendió su viaje. Arjuna se dirigió a las montañas de los Himalayas y después de visitar todos los ríos sagrados de aquel lugar y de los alrededores se puso rumbo al sur, y se bañó en los ríos Godavari y Kaveri. Luego llegó a un lugar llamado Manalur, cuyo rey, llamado Chitrasena, tenía una hija de nombre Chitrangada de la que Arjuna se enamoró. Así que fue al rey y pidió la mano de su hija, a lo que el rey le respondió:

—En nuestra familia, desde hace muchas generaciones, ha habido únicamente un hijo; esta hija es mi única descendencia. Ella es todo lo que tengo. La he criado con todo mi amor y cuidado, pues su hijo será el heredero de mi trono. Si estás dispuesto a dejar el niño conmigo como mi heredero y no lo reclamas, con sumo placer entregaré la mano de mi hija al más grande héroe del mundo.

Arjuna accedió a esta condición, y se casó con Chitrangada. Pasó tres meses con ella y luego la dejó y se fue más al sur hasta encontrar el mar al final de Bharatavarsha. Entonces cambió su rumbo hacia el norte en dirección a su hogar bordeando la costa occidental y se bañó en el mar que estrecha a Bharatavarsha por su parte oeste. Ya estaba a punto de finalizar su viaje.

XLI

LOS JARDINES DE SUBHADRA

Cuando los hijos de la casa de los Vrishnis estuvieron en Hastinapura aprendiendo de Drona el uso del arco, Gada, el primo de Krishna, se hizo muy amigo de Arjuna. Gada le había hablado a Arjuna de su prima Subhadra, que era la hermana de Sarana. Arjuna había oído hablar tanto de su belleza que se había enamorado de ella

sin ni siquiera haberla visto y ahora se estaba acordando de ella. Así que comenzó a pensar de qué forma podía verla sin ser visto. No quería que nadie le reconociera. Sabía que Subhadra estaba en Dwaraka, por lo que Arjuna se dirigió a Prabhasatirtha, un lugar cercano a Dwaraka. Se había disfrazado cómo un yati con un tridente en la mano, se había puesto ceniza sagrada por todo el cuerpo.

Colgando del cuello se puso collares de rudraksha y enmarañó sus cabellos. Ataviado de esta forma, caminaba por las calles de Prabhasa. Durante la noche se sentaba bajo una higuera dando la apariencia de estar en profunda meditación. Pensamientos de Krishna afloraban continuamente en su mente. Deseaba que viniera y le ayudara. De repente comenzó a llover, caía agua a torrentes y Arjuna todavía permanecía sentado bajo la higuera.

Krishna ya había oído que había llegado un sadhu a Prabhasa y por la descripción supuso que se trataba de Arjuna. No le llevó mucho tiempo adivinar cuál era el secreto que guardaba en su corazón su amigo bien amado. Krishna estaba pasando aquella noche con Satyabhama, su esposa favorita. De repente comenzó a reír a carcajadas, hasta se le salían las lágrimas. Satyabhama quería saber por qué se reía, pero él seguía riéndose sin decir nada. Por fin, después de un rato, Krishna se calmó y enjugándose los ojos le dijo:

—Mi primo Arjuna ha dejado hace unos meses la ciudad de Indraprastha para iniciar un thirtayatra. El yatra está ya a punto de finalizar, solamente le quedan cuatro meses, y ahora ha venido a Prabhasa con el corazón saturado de la imagen de mi hermana Subhadra. Ha venido disfrazado de yati. Y lo que hace que me ría tanto es pensar en Arjuna sentado debajo de una higuera mientras la lluvia cae torrencialmente sobre él. Creo que debo ir y darle la bienvenida a Dwaraka.

Krishna fue a su encuentro bajo la lluvia dirigiéndose hacia el árbol bajo el cual estaba sentado el desdichado Arjuna. El encuentro de ambos amigos fue muy cariñoso.

Krishna le preguntó sobre sus andanzas y Arjuna le contó todo. Krishna sonrió astutamente y le dijo:

—Así que todas estas andanzas tuvieron un efecto tal sobre el gran pandava que éste ha renunciado al mundo y se ha impuesto el Kashaya.

A lo que Arjuna replicó:

—Mi Señor, tú sabes lo que ocurre conmigo. Tú conoces los más recónditos deseos de mi corazón y sabes bien por qué me he puesto este atuendo; debes ayudarme a ganar a la bella Subhadra.

Krishna le aseguró que nada le complacería más que ver a su querida hermana como la esposa de su amigo más amado. Le llevó a la colina llamada Raivataka y le pidió que pasara allí algún tiempo. Luego Krishna regresó a Dwaraka.

Transcurrieron unos pocos días y ocurrió que se iba a celebrar una fiesta en la cima de la colina. Los Vrishnis asistieron con intenciones de pasar allí algún tiempo. Arjuna estaba de incógnito entre ellos. Les veía pasar y los conocía a todos, pero de repente sus ojos fueron arrebatados por la belleza de una mujer que pasaba, iba rodeada de varias doncellas, y Arjuna la miró fijamente a los ojos.

La expresión de los ojos de Arjuna reflejaba los sentimientos de su corazón. De repente oyó a alguien a su lado, era Krishna que se había atravesado la multitud hasta llegar a su lado. Krishna le dijo:

—Amigo mío, tu expresión no corresponde al atuendo que vistes.

Arjuna le respondió:

—Por favor Krishna no te burles de mí, ¿quién es ella? ¿quién es esa bella mujer que acaba de pasar?

Krishna contestó:

—Es Subhadra, la hermana de Sarana. Es mi media hermana. Si estás interesado en ella, puedo decírselo a mi padre. Arjuna estaba muy feliz de saber que la mujer que había estado amando sin haberla visto jamás era en verdad tan bella como se decía. Y dijo:

—Mi Señor, dejo en tus manos este problema, para que seas tú quien dé la solución.

Yo amo a tu hermana; dime cómo puedo hacerla mía. Quiero casarme con esta muchacha.

Tú tienes que hacerlo posible.

Krishna se echó a reír y luego le dijo:

—Mi querido Arjuna, tú sabes que hay matrimonios de muchas clases, pero el más maravilloso es aquel que se realiza entre dos seres que se aman. Si consigues que mi hermana se enamore de ti, entonces, podrás llevártela a Indraprastha y casarte con ella. Este es el método más frecuente entre los kshatryas. Ahora, para lograrlo, debes ir y sentarte en el patio del templo, darás mejor impresión si estás absorto en meditación: esto no te será difícil ya que tienes algo agradable en lo que puedes meditar. El resto vendrá por añadidura. Recuerda, Arjuna: no debes perder la calma.

Arjuna hizo exactamente lo que le había dicho Krishna. Fue y se metió en medio de la muchedumbre de los héroes Vrishnis. Ya habían acabado las adoraciones en el templo y Subhadra junto con sus doncellas se había ido. Balarama, Kritavarma, Samba, Sarana, Pradyumna y Gada, junto con otros que caminaban alrededor del templo, vieron al yati sentado en el patio bajo un árbol sumergido en profunda meditación. Sus ojos estaban cerrados, y Balarama quedó grandemente impresionado por la personalidad de aquel joven yati de aspecto tan puro y sobrenatural, con su bello rostro y el cuerpo cubierto de cenizas sagradas. Sus ojos cerrados daban un toque de misterio a toda aquella imagen. Sin embargo, Arjuna estaba muy nervioso y temía que en cualquier momento le descubrieran y le desenmascararan, pero no fue así. Krishna le había dicho que no perdiera la calma. Así pues, poco a poco abrió sus ojos y se encontró a Balarama de pie, delante de él con las manos juntas en actitud de adoración. ¡Había ocurrido el milagro! ¡No le habían reconocido! Balarama se postró ante el yati, le dio la bienvenida a Dwaraka y le dijo: —¿Qué piensa hacer vuestra santidad? ¿De dónde ha venido? ¿Qué podemos hacer para que os sintáis cómodo? Arjuna exhaló un profundo suspiro de alivio y dijo:

—He viajado por todo el mundo, he visto muchos lugares. Nunca pasé más de tres noches en un mismo sitio. Pero ahora, la época de las lluvias ha llegado con toda su fuerza.

El cielo está cubierto por nubes oscuras y densas ansiosas por derramar su lluvia.

Debo pasar estos cuatro meses en algún lugar, y pensé que esta pintoresca colina de Raivataka sería un lugar cómodo para mí. Aprovechando el silencio que la envuelve podré concentrarme en la meditación.

Balarama estaba muy impresionado con aquel joven yati que hablaba palabras tan bellas y decidió ser su anfitrión. Parecía joven en edad pero viejo en sabiduría. Era una suerte que la ciudad de Dwaraka hubiera tenido la buena fortuna de haber sido elegida por el yati para su estancia de cuatro meses.

Krishna se presentó justamente en ese momento, Balarama le dijo que venerara al gran yati. Krishna ocultando su sonrisa burlona se postró a sus pies y recibió con humildad manifiesta las cenizas sagradas. Balarama le contó todo sobre el yati, cómo había viajado por todo el mundo y cómo había honrado con su presencia la colina de Raivataka con la intención de pasar allí la época de las lluvias. Luego le pidió a Krishna que sugiriera un lugar propicio para que se alojara el yati. A lo que Krishna respondió:

—Siendo tú mayor que yo, no es correcto que sea yo quien decida. Sería una impertinencia.

Balarama, complacido con su humildad, dijo:

—Siento que el mejor lugar serían los jardines al lado de los aposentos de Subhadra.

Yo haré que ella atienda a todas las necesidades de este gran hombre.

Era costumbre que las muchachas jóvenes atendieran a los hombres ilustres y, además, se decía que las bendiciones de los rishis y de los hombres santos, aseguraban una feliz vida futura para las muchachas jóvenes. Según era costumbre, Balarama sugirió que Subhadra atendiera las necesidades del yati. Krishna quería que sucediese así, y así sucedió. Pero, sin embargo, su apariencia externa no reflejaba su contento, parecía dudoso, y dijo:

—No creo que sea aconsejable dejarle estar tan cerca de Subhadra. No sabemos nada de este hombre. Hermano, este yati parece ser joven, es guapo, tiene un cuerpo bello; demasiado bello para haber estado sometido a austeridades durante tanto tiempo, y es también muy elocuente. Todas estas cosas son muy atractivas para una muchacha joven e impresionable. Este hombre posee las cualidades y encantos capaces de atraer a una muchacha tan joven y encantadora como nuestra Subhadra. Yo no lo aconsejo. Es más, difiero totalmente de tu sugerencia. Pero naturalmente, tú eres sabio y tienes una visión más amplia. Seguro que has debido reconsiderar todo esto antes de llegar a esta decisión.

Balarama estaba furioso con Krishna por haber hablado del yati en términos tan disparatados. Le dijo:

—Pareces ignorar la grandeza de este yati. Ha viajado por todo el mundo. Es un bhramacharín que tiene todos sus sentidos bajo control. Así que lo correcto y adecuado sería que le pidieses perdón por decir cosas tan absurdas acerca de él.

Le pidió a Krishna que llevara al yati a los aposentos de Subhadra. Ella tenía que realizar todos los preparativos para hacer que la estancia del yati fuera confortable.

Krishna estaba muy contento por la forma en que se iba desarrollando todo y llevó a Arjuna a los jardines del palacio. Tomó a Arjuna de la mano, le condujo a donde estaban Rukmini y Satyabhama, a las cuales les reveló quién era él realmente. Ambas le dieron la bienvenida con una sonrisa y dijeron:

—Krishna y todos los Vrishnis nos han hablado mucho de ti. Hemos estado deseando conocerte desde hace mucho tiempo.

Luego Krishna llevó a Arjuna ante Subhadra, a la cual le comunicó las instrucciones de Balarama, dejando a Arjuna. a su cuidado. Krishna se despidió esbozando una sonrisa entre burlona y divertida.

XLII

ARJUNA SE FUGA CON SUBHADRA

Arjuna pasó varios días dichosos en los jardines de Subhadra, la cual seguía al pie de la letra el cometido que su hermano Krishna le había encomendado. El amor de Arjuna hacia ella aumentaba día tras día. Ella se sentaba a su lado y atendía todos sus deseos. Le traía la comida e incluso ella misma le daba de comer. Arjuna suspiraba continuamente mirándola. Ella no podía entender por qué parecía tan desdichado y se apartaba de su lado pensando que le. molestaba su compañía, se iba a jugar al jardín con sus amigas. Mientras, Arjuna continuaba mirándola, al igual que Agni, el dios del fuego, hubiera mirado a Swaha. De este modo, a veces felizmente, a veces con pena, fue transcurriendo el tiempo para Arjuna.

En la ciudad de Dwaraka, y en la casa de los Vrishnis, el nombre de Arjuna era una palabra entrañable y se mencionaba para referirse a algo valiente y bello. En la escuela donde se enseñaba el uso del arco, el comentario habitual era: "Debes llegar a ser como Arjuna." Cuando los niños pequeños se peleaban, decían: "No te atrevas a desafiarme, ni siquiera Arjuna puede igualarme." Cuando los ancianos bendecían a los jóvenes decían:

"Que seas un guerrero tan grande como Arjuna." Las bendiciones para una mujer que iba a ser madre eran: " ¡Que seas la madre de un hijo como Arjuna!" Así pues, viviendo en un ambiente empapado de admiración por Arjuna, Subhadra llegó. a estar más interesada en conocer a este héroe. Su hermano Krishna siempre le hablaba de Arjuna, de sus encantadoras cualidades y de su belleza física. Gada también le había hablado mucho de él. Ella, también, como Arjuna, se había enamorado de alguien a quien ni siquiera había visto. Rukmini, la esposa de Krishna, se había enamorado de él sin haberle visto nunca y a Subhadra le ocurría ahora lo mismo. Siempre estaba ansiosa por tener noticias de Arjuna. Siempre que alguien venía de Indraprastha le pedía que le hablara de Arjuna.

Los días transcurrían placenteramente para Arjuna. Subhadra estaba preocupada por el comportamiento del yati. Podía sentir el calor de su mirada observándola continuamente. El la miraba con ojos tan apasionados que se iba corriendo incapaz de sostener su mirada. Poco a poco, un pensamiento comenzó a tomar forma en su mente: aquel yati se parecía mucho a Arjuna. La descripción que ella había oído de Arjuna encajaba con aquel hombre. Sus brazos y su pecho se parecían a los de Arjuna. Un día vio sus hombros cubiertos de cicatrices y recordó que había escuchado decir que Arjuna era ambidextro en el uso del arco y las flechas. Una sospecha estaba tomando forma en su cabeza: "Quizás sea Arjuna", pensaba. Pero el sentido común todavía prevalecía.

¿Cómo puede este yati ser Arjuna? Arjuna no era un sanyasín. Hasta que por fin decidió hablar con él.

Un día Subhadra le dijo:

—He oído decir que has viajado por todo Bharatavarsha. Háblame de los bellos lugares que has visitado.

Arjuna se dispuso a contestarle con mucho gusto. Esto llegó a ser la rutina de cada día. Ella pasaba horas y horas junto a él escuchando su deliciosa voz. Tal y como Krishna había advertido a Balarama su charla era elocuente. Un día, cuando estaban juntos, Subhadra desvió el tema de conversación hacia Indraprastha y dijo:

—En tus andanzas debes haber estado en Indraprastha.

Allí vive mi tía Kunti Devi.

Debes haber visto a nuestro primo Yudishthira, los pandavas como sabes, son primos nuestros.

El yati le dijo que se había encontrado con ellos y que los conocía muy bien.

Entonces Subhadra le dijo:

—Oí que Arjuna ha estado fuera de Indraprastha y que al igual que tú, debe estar errante por el mundo visitando los lugares sagrados. ¿Te has encontrado alguna vez con él durante tus andanzas?

Arjuna pensó que éste era el momento oportuno. Le sonrió y dijo:

—Oh sí, me he encontrado con él. De hecho, sé dónde está en este preciso momento. —¿Dónde? —preguntó Subhadra, emocionada al oír que él sabía algo de Arjuna.

Entonces Arjuna, dirigiéndose a ella en un tono muy gentil y afectuoso le dijo:

—Arjuna se ha enamorado de la mujer más bella de este mundo y para conseguirla se ha vestido con el atuendo de un yati. Ha estado aquí contigo todo el tiempo. ¿Cómo es que hasta ahora no me habías reconocido?

El rostro de Subhadra se puso rojo de rubor y bajó la vista sin atreverse a mirarle a los ojos. Arjuna le habló del amor que sentía y con voz suplicante le dijo que no podía vivir sin ella. Ella escuchó sin decir una sola palabra, y luego se retiró a su aposento.

Subhadra se puso enferma a causa de su amor por Arjuna. Krishna sabía en qué punto estaban las cosas y sintió que sería conveniente que los dos jóvenes no se vieran durante un tiempo, así que encargó a Rukmini que atendiera las necesidades del yati.

Cuando vio el descontento en el rostro de Arjuna, Rukmini no pudo contenerse:

—Lamento que no te agrade mi presencia —le dijo con una sonrisa traviesa.

Arjuna tenía ojos de enamorado. Ella le contó que Subhadra no se encontraba bien y que el motivo de su enfermedad escapaba a los conocimientos de los médicos. La enfermedad de Subhadra era causa de preocupación para Devaki y los demás, así que Devaki se dirigió a Balarama y a Krishna y les contó lo que ocurría. Krishna le sugirió que se fuesen a la isla cercana a adorar al Señor Rudra durante quince días. El se encargaría de arreglar este asunto. Balarama creyó ingenuamente que esto funcionaría.

Todos se fueron a la isla a hacer sus adoraciones, dejando a Subhadra sola. Krishna se las arregló para estar a solas unos instantes con su querida hermana y le dijo:

—Subhadra, escúchame atentamente. Nos vamos a ir todos durante quince días. Tú te quedarás aquí. Ahora voy a hablar con el yati. El duodécimo día contando a partir de hoy será un día propicio. Creo que será el más adecuado para vuestra boda. —Después de decir esto, Krishna se marchó junto con los demás.

Doce días después, Arjuna se dirigió a Subhadra y le dijo: —Tu hermano Krishna debe haberte dicho que entre todos los días, hoy es aquel en que se hará realidad el deseo más querido de mi corazón. Tú sabes cuánto te quiero. He pasado noches en vela pensando en ti y en este feliz acontecimiento. A nosotros los kshatryas se nos permite casarnos al estilo de los gandharvas. Supongo que estarás de acuerdo con esto.

Subhadra permanecía en silencio, las lágrimas surcaban sus mejillas. Arjuna la consolaba diciendo:

—No tengas miedo, no te preocupes. Te llevaré conmigo a Indraprastha.

Le pidió que consiguiera una carroza tirada por caballos veloces para llevarles allí.

La carroza tenía que ir equipada con todas las armas. Ella hizo todo lo que le había dicho.

La carroza resultó ser la de Krishna, el cual la había dejado con el expreso propósito de ayudar a Arjuna. Iba equipada con los caballos favoritos de Krishna:

Saibya, Sugriva, Valeahaka y Meghapushpa. Subhadra vino donde estaba Arjuna y le dijo que todo estaba listo.

Arjuna ya sabía que Subhadra era muy eficiente en el arte de conducir carrozas, por lo que le pidió que tomara las riendas. Arjuna, tras despojarse de las ropas de yati se puso los atuendos de un príncipe y subió a la carroza. Ahora ya parecía lo que siempre fue. Los amantes estaban preparados para irse y tras un chasquido del látigo de Subhadra los caballos emprendieron la marcha. La carroza avanzaba rápidamente en dirección hacia su destino.

XLIII

LA BODA DE ARJUNA EN INDRAPRASTHA

Los vigilantes de la ciudad de Dwaraka vieron que un kshatrya se lleva a Subhadra. Intentaron detener la carroza pero no pudieron porque estaban ya más allá de las afueras de la ciudad y n lograron darle alcance. Pero alguien reconoció al bribón como Arjuna. Se dio la señal de alarma y se anunció a los Vrishnis que el peligro acechaba a Dwaraka. Al oír esto, regresaron t dos a la ciudad guiados por Balarama. Les contaron que alguien que se parecía a Arjuna se había llevado a Subhadra, alarmado estaba furioso y mirando a Krishna, el cual permanecía en silencio, le dijo:

—¿Cómo es que no dices nada? ¡Esto debe ser cosa tuya! ¿Por qué permitiste que ocurriera esto? —¿Crees que fui yo quien permitió que sucediera esto? —dijo Krishna con ojos de asombro—. De hecho te advertí de esta posibilidad, quizá no lo recuerdes, pero incluso te hablé del peligro que suponía dejarles juntos. Ambos eran jóvenes y ellos y yo sabía que iba a pasar alguna cosa parecida. Pe o tú no escuchabas nada de lo que yo te decía en contra d 1 yati. Ahora fíjate lo que ha ocurrido. Todo este asunto, mi señor, ha sido obra tuya si es que hay que culpar a alguien.

Balarama respondió:

—Krishna, te conozco de pies a cabeza y me da que has metido baza en este asunto, pero aún no es demasiado tarde. Iremos en persecución de Arjuna; le destruiré y arrasaré toda la ciudad de Indraprastha. Destruiré a los pandavas. —Los ojos d 1 gran Balarama escupían ira, parecía el dios de la muerte.

Krishna se le acercó y trató de tranquilizarle, le habló con su suave voz, dulce y persuasiva, como si estuviera hablando con un niño y le dijo:

—Hermano, no te enfades tanto. Si te empeñas en destruir a los pandavas, nada podrá salvarles. Serían como briznas de 'algodón en medio del torbellino de un vendaval. No está bien que estés tan contrariado. Reconsideremos lo que ha ocurrido: Subhadra acompañó a Arjuna en total acuerdo con él. Esto salta a la vista pues fue ella quien equipó mi carroza e incluso la condujo. Seguro que ha escogido a Arjuna como su señor. Después de todo, mi querido hermano, se trata de Arjuna y no de cualquiera. ¿Qué mejor marido podríamos conseguir para nuestra hermana? Tampoco es un insulto a nuestra familia, pues él es nuestro querido primo y pertenece a la gran casa de los kurus. En cuanto a su destreza, nadie puede igualarle. Nacido de una buena madre y del Señor de los cielos, es la estrella más brillante en la galaxia del clan de los kurus. Es

ciertamente una persona merecedora de la mano de nuestra hermana. Hagamos las paces con él, no nos enfademos.

Renuncia a la lucha; no es una vergüenza, es algo muy recomendable. Sigámosle y mostrémosle que no estamos enfadados con él.

Balarama quedó convencido con los argumentos de Krishna, por lo que ambos se fueron en busca de Arjuna. Pero la carroza de los enamorados ya se había alejado demasiado, así que regresaron a Dwaraka. Decidieron esperar allí hasta que Arjuna llegará a Indraprastha. Luego irían allí y desposarían a Arjuna con Subhadra, siguiendo lo prescrito por los ritos religiosos. Y a este efecto comenzaron a hacer los preparativos para irse a Indraprastha.

Mientras tanto, Arjuna ya estaba muy cerca de las puertas de la ciudad. Entonces pensó en Draypadi y lo enfadada que se pondría cuando supiera que había tenido esta aventura romántica en Dwaraka, y le dijo a Subhadra:

—Draypadi es una mujer muy temperamental. Si se entera que eres mi esposa, se enfadará mucho contigo y conmigo. Primero tienes que ganarte su cariño para que después cuando sepa que tú eres mi esposa ya no le importe. Vístete como una pastora. Tienes un aspecto divino con ese atuendo. Ve a las estancias de Draypadi y dile que eres Subhadra, la hermana de Krishna. Ella quedará prendada por tu encanto y tu belleza. Yo iré más tarde.

Por fin llegaron a la ciudad.

Vestida con atuendos rústicos que realzaban su hermosura, Subhadra se dirigió a la casa de Draypadi y se presentó como Subhadra, la hermana de Krishna. Fue recibida con los brazos abiertos. Draypadi la bendijo con dulces palabras:

—Que te conviertas en la esposa de un héroe, que seas madre de un héroe.

Las dos mujeres dialogaron durante horas hablando de Krishna y de la ciudad de Dwaraka, el tiempo transcurría plácidamente mientras ambas conversaban. De repente hubo una repentina conmoción en las calles de la ciudad. Todos gritaban: " ¡Arjuna ha vuelto!" Arjuna llegó al palacio y se postró a los pies de sus hermanos Yudishthira y Bhima. Luego abrazó cálidamente a Nakula y Sahadeva. Les relató sus andanzas y aventuras amorosas y su boda con Subhadra, la hermana de Krishna y Balarama. Luego fue al encuentro de Draypadi, quien le recibió con una amplia sonrisa y le dijo:

—No te preocupes, ya he conocido a la pastora. Es muy hermosa. —Draypadi cogió de las manos a la cohibida Subhadra y le dijo:— ¿Quién podría resistirse a ti y a tu belleza?

Has conquistado mi corazón apenas te vi. ¿Qué posibilidades tenía el pobre Arjuna frente a tus encantos?

Unos días después, llegaron los Vrishnis a la ciudad de Indraprastha con costosos regalos, joyas preciosas y un sin fin de bellos presentes como dote para Subhadra.

Vinieron para celebrar la boda de Arjuna y Subhadra. Todos se quedaron en Indraprastha durante unos días más después de la celebración de la boda. Al cabo de un tiempo, Balarama, junto con todos sus sirvientes y los otros Vrishnis, regresaron a Dwaraka.

Krishna, sin embargo, no volvió con ellos. Se quedó en Indraprastha con los pandavas.

XLIV

AGNI LE ENTREGA ARMAS DIVINAS A ARJUNA Y KRISHNA

Ya había llegado el verano, y el calor era insoportable. Una mañana de madrugada, antes de que saliera el sol, Arjuna se dirigió a Krishna y le dijo:

—Krishna, este calor es insoportable. Vayámonos a las orillas del río Yamuna; está muy cerca de aquí. Podemos pasar el día allí y regresar por la noche.

Krishna acogió con entusiasmo la sugerencia. Pidieron permiso a Yudishthira y se pusieron en marcha hacia las orillas del río donde había un bosque inmenso, llamado Khandava. Era tan denso el follaje de los árboles y la vegetación, que los rayos del sol no penetraban al interior del bosque. Estaba habitado por animales salvajes y era la guarida de Takshaka, el rey de las serpientes. La apariencia del bosque era aterradora, pero los dos amigos se sentían atraídos hacia él como por una extraña fascinación.

Acamparon en las orillas del río. El tiempo era fresco y muy agradable, invitándoles a pasear por la orilla del Yamuna. Krishna tenía un cariño especial por aquel río, pues fue el paisaje que le vio crecer durante los días de su adolescencia. Recordó la casa de Nanda, el rey de los rebaños. Pensó en su madre Yasoda que estaba en Gokula y lo mucho que ella le amaba. Se acordó de Radha y del lugar donde solían reunirse; era en un remanso cubierto de enredaderas y dé jazmines. Krishna suspiró y a continuación le relató a Arjuna los muchos incidentes que le acontecieron en aquellos días y se preguntaba qué podía ser lo que estaría haciendo Radha en aquel momento. Recordó afligido el día en que Akrura vino a Gokula para llevarle a Mathura junto con su hermano Balarama. Todavía estaba fresco en su memoria el recuerdo de la agonía que sintió al tener que despedirse de su amada.

Habían pasado los años. Ahora tenía a Rukmini y Satyabhama, a las que amaba. Pero Radha había sido la única mujer que había robado completamente su corazón. Había ocurrido hacía muchos años; pero el tiempo no había logrado dispersar la estela del dolor que dejó atrás aquella partida. El amor de Krishna por Radha seguía tan vivo como siempre. Radha era la estrella del norte alrededor de la cual giraban los pensamientos de Krishna, igual que el mándala de los siete rishis gira en torno a Dhruva. El amor que Radha sentía por él era constante como la estrella del norte. Krishna sabía que nunca se encontraría con ella, sino en el mundo del más allá. Pero eso no era un futuro cercano.

Tenían que suceder muchas cosas en el mundo antes de que pudiera reunirse con Radha.

Al igual que el alma anhela encontrarse con su Dios, así de angustioso era su deseo de sentir sobre su frente el tacto de las manos de Radha. Con un suspiro, Krishna sacó de su cabeza esos recuerdos del pasado que rasgaban las cuerdas de su corazón.

El sol ya había alcanzado su cenit. Ya era casi el mediodía. Habían terminado de comer y el resto del grupo, Draypadi, Subhadra y Satyabhama estaban en las tiendas.

Krishna y Arjuna se dirigieron de nuevo hacia la orilla del río. Aquel bosque les tenía fascinados. Ahora se le podía ver claramente. Se sentaron en el tronco de un árbol, en un recodo del bosque. Y cuando ya estaban cómodamente sentados, se presentó ante ellos un bramán. Su silueta era resplandeciente como oro fundido y su barba era roja al igual que sus ojos. Todo él estaba cubierto de un halo rojo, como el sol al amanecer. Krishna y Arjuna se levantaron y rindieron honores al bramán, el cual les dijo:

—Estoy hambriento, muy hambriento. Tenéis que satisfacer mi hambre.

A lo que ellos respondieron:

—Dinos lo que deseas y con toda seguridad dispondremos lo necesario para preparártelo. ¿Qué tipo de comida prefieres? El bramán sonrió y dijo:

—La comida corriente no puede satisfacerme. Yo soy Agni. He estado esperando vuestra venida durante mucho tiempo. He oído hablar de vosotros y sé que sois las únicas personas que pueden hacer realidad mi sueño. He estado intentando una y otra vez devorar este enorme bosque de Khandava, pero nunca lo he logrado. El Señor Indra tiene un amigo llamado Takshaka, que es el rey de las serpientes y este bosque es su morada. Así que, siempre que intento quemarlo, Indra hace caer una densa lluvia y me impide llevar a cabo mi propósito. Vosotros dos sois diestros en el uso del arco y estáis familiarizados con los astras divinos. Si podéis resguardar el bosque de la lluvia mediante vuestras flechas, podré quemarlo todo a mi antojo. Os ruego que me concedáis esta gracia.

Krishna y Arjuna estaban sorprendidos por esta petición tan poco usual, pero aceptaron gustosos la aventura. Arjuna le dijo:

—En una cosa tienes razón, yo tengo poder sobre los divinos astras e igualmente Krishna, por lo que podemos fácilmente contener la lluvia enviada por Indra, pero no tengo un arco suficientemente poderoso para lanzar astras. Necesito un arco fuerte, dotado de cualidades sobrehumanas, para facilitar nuestra tarea. También necesito una aljaba de la que se puedan sacar flechas incesantemente sin vaciarse. Mi carroza tampoco es suficientemente rápida ni resistente para acometer esta empresa. Necesitaré los caballos más veloces del mundo si he de salir con éxito de la defensa de este bosque

contra el rey de los cielos. Te aseguro que puedo ayudarte si me suministras los medios que te he mencionado. En cuanto a Krishna, él es más poderoso que todas las armas de los cielos juntas.

Agni recibió con agrado la sugerencia, tras lo cual invocó a Varuna, el señor de los océanos, y le dijo:

—Varuna, tú posees un arco divino que te entregó Soma; también posees dos aljabas que nunca se vacían; por favor, dáselos a Arjuna. Dale también una carroza tirada por caballos veloces. Hoy Arjuna, con la ayuda de Krishna, va a realizar una gran hazaña, te ruego que le proporciones estos medios.

A lo que Varuna respondió: —Suyos son.

Fue y trajo un hermoso arco, que en el pasado se hizo famoso en este mundo y en los otros, con el nombre de Gandiva. Tenía poderes mágicos. Ningún guerrero de los que lo poseyeron conoció jamás la derrota, era muy hermoso. Luego Varuna le trajo también dos aljabas de las que surgían flechas incesantemente sin agotarse jamás. Asimismo, le trajo una carroza equipada con cuatro caballos blancos, y que tenía un mono como emblema.

Los caballos corrían más rápidos que el viento, e incluso que el pensamiento. Esta fue la carroza que ayudó a los devas a ganar la batalla contra los asuras. Brillaba como una nube refulgente atravesada por la luz del sol. El ruido que hacía la carroza estremeció el corazón de Arjuna.

Arjuna se sentía profundamente agradecido y feliz, humillándose por eso ante los dioses que le habían favorecido. Hizo una pradakshina a la carroza y después de inclinarse ante el arco, cogió el majestuoso Gandiva con sus manos, se colgó las dos aljabas en los hombros y se postró ante Agni. Luego tensó el arco; el sonido de la cuerda era terrible, estremeció a Arjuna como nada le había estremecido hasta entonces. Agni le entregó el chakra a Krishna y le dijo:

—Con este chakra, podrás derrotar a cualquiera. Ningún deva se atreverá a desafiarte.

Este chakra tiene por nombre Sudarsana; de hecho, es tuyo. Esta fue el arma con la que antaño conquistaste a los daityas. Ahora vuelve a tus manos después de mucho tiempo.

Varuna también le entregó a Krishna una maza llamada Kavmodaki. Arjuna y Krishna estaban inmensamente complacidos con estos dones. Arjuna subió al carro y le dijo a Agni:

—Ahora que estamos completamente equipados con todas las armas que necesitábamos, podemos enfrentarnos a cualquiera. ¿Por qué deberíamos temer a Indra, entonces?.

Agni, que estaba inmensamente complacido, tomó forma de llamas y comenzó la destrucción del gran bosque Khandava. El fuego envolvió el bosque por todas partes.

XLV

EL INCENDIO DEL BOSQUE KHANDAVA

El ruido del incendio podía oírse desde larga distancia. Los dos defensores, Krishna y Arjuna, iban de 'un lado a otro del bosque cuidando de que ningún ser vivo escapara de las llamas. No había absolutamente ninguna posibilidad de escapar, mientras ellos dos vigilaban el bosque como mensajeros de la muerte Había aves que intentaban remontarse por encima de las llamas, pero las flechas de Arjuna las alcanzaban y caían de nuevo en el fuego. El incendio había crecido hasta tal punto q e ya no era posible apagarlo y hubo una gran conmoción n los cielos. Las noticias de que el bosque de Khandava estaba siendo devorado por Agni llegaron a oídos de Indra. Una comisión de los dioses se presentó ante él para pedirle que detuviera el fuego. Indra no podía creer que Agni hubiera tenido coraje suficiente como para desafiarlo a él y a sus nubes de lluvia, por lo que decidió averiguar cómo había ocurrido.

Desde los altos cielos, Indra vio a su hijo Arjuna y a Krishna dispuestos a ayudar a Agni a destruir el bosque y decidió defender el bosque de aquel holocausto. De repente, el cielo se oscureció con las negras nubes que reunió en un momento. Empezó a llover torrencialmente. No era una lluvia normal. Si bien el fuego parecía ser el voraz incendio que arrasará el mundo entero al final de los tiempos, también el torrente de lluvia parecía el diluvio final. Cada uno por sí solo, podía destruir el mundo. Pero ahora se estaban enfrentando el uno al otro, quizá por eso el mundo podía salvarse. Tal era la intensidad de estas dos fuerzas de la naturaleza. Las lluvias se precipitaban en trombas, pero el calor era tan intenso que las aguas se evaporaban antes de llegar a tierra. Indra, furioso, llamó a Pushkala y Avartaka, sus nubes favoritas. Entonces la lluvia tomó otro cariz; parecían enormes columnas de agua descendiendo sobre la tierra. Arjuna, sin preocuparse por esto, cubrió todo el bosque con una extensa y opaca superficie hecha con flechas, logrando que ni una sola gota pudiera tocar el bosque.

Cuando se produjo el incendio del bosque, Takshaka, el rey de las serpientes se encontraba lejos de allí, pero su hijo Asvasena estaba atrapado en el fuego. El y su madre intentaban salir del bosque, pero Arjuna no les dejaba. La madre le decía:

—Hijo mío, debes intentar escapar. Yo distraeré la atención de Arjuna para que puedas huir.

El tuvo que obedecer a su madre, la cual asomándose por encima de la superficie del bosque, atrajo la atención dé Arjuna, quien le lanzó tres agudas flechas que hicieron blanco en su cuerpo dándole muerte. Indra, viendo el cariz que tomaban las cosas, hizo caer sobre Arjuna un repentino diluvio que hizo posible que escapara el príncipe de las

serpientes. Arjuna, encolerizado por el engaño de que había sido víctima, arremetió contra Indra, el cual utilizó todos los astras divinos que poseía. Le lanzó el Vayavyastra y comenzó a soplar un viento terrible en un intento de extinguir el fuego. Pero Arjuna supo cómo contrarrestar aquel astra. El combate era terrible. Krishna y Arjuna estaban muy enojados con Indra. Luego, Indra cogió su Vajra con la intención de lanzarlo contra estos mortales que se habían atrevido a desafiarle. Los demás dioses, viendo la ira de Indra, tomaron sus armas para acudir en su ayuda. Y apareció Yama con su maza, Kubera con sus huestes, Varuna con su lazo y Rudra con su tridente. Todos ellos estaban intentando destruir a aquellos dos seres humanos que habían tenido la osadía de luchar contra el rey de los cielos. Mientras tanto, los rishis que allí se habían reunido, contemplaban el combate en total asombro. Indra estaba inmensamente complacido con su hijo. La lucha continuaba, al igual que el incendio del bosque que no parecía menguar, al contrario, creía en intensidad.

Entonces, se oyó hablar una voz desde los cielos que dijo: —Indra, debes desistir en tu empeño de apagar este fuego pues tu amigo Takshaka no se encuentra dentro del bosque. Además también has ayudado a que su hijo lograra escapar. No te será posible derrotar a estos dos hombres; son Nara y Narayana. Son invencibles. Será mejor que pongas fin a esta agresión antinatural contra tu propio hijo.

Al oír esto Indra dejó de luchar y yendo al encuentro de Krishna y Arjuna dijo:

—Vosotros dos juntos, habéis llevado a cabo una proeza que incluso para los dioses hubiera sido imposible. Podéis pedirme cualquier don pues estoy muy complacido con vosotros.

Krishna sacudió su cabeza suavemente y se quedó junto a él sonriendo mientras que Arjuna, emocionado de ver a su padre, se postró a sus pies y le dijo:

—Por favor, dame todos los astras divinos que posees. A lo que Indra respondió:

—Seguro, te los daré, pero este no es el momento oportuno. Cuando Sankara, el Señor de los Señores te dé su Pasupata, entonces yo te daré mis astras divinos. —Dicho esto, Indra regresó a su morada celestial.

Había un asura llamado Maya, el cual había quedado atrapado en el incendio y estaba intentando escapar de las llamas. Krishna percatándose de esto, levantó su chakra para destruirle y Maya al verlo corrió frenética y desesperadamente a postrarse a los pies de Arjuna, ante quien pidió clemencia y misericordia. Arjuna le dijo:

—No temas, nadie te hará daño.

Krishna, al ver que Arjuna le había concedido la vida, desistió de su intención. El fuego continuó su labor devastadora durante horas, hasta que todo el bosque fue reducido a cenizas. Tras esto, Agni se dirigió a los dos amigos y les dijo: —Ahora estoy

satisfecho. Con vuestra ayuda he podido materializar un sueño que deseaba realizar desde hacía muchos años. Gracias a vosotros he logrado hacer lo imposible. —Dicho esto, les bendijo y desapareció de su vista.

Krishna y Arjuna se encaminaron hacia el río Yamuna buscando el frescor de sus aguas. Allí, la fresca brisa reconfortó sus miembros fatigados. Ahora, el episodio del incendio del bosque Khandava apenas parecía un sueño; así de refrescante era la brisa que venía de las aguas del río, el cual les aliviaba con el mismo cariño que una madre.

Krishna y Arjuna se quedaron allí unos instantes y luego se levantaron del tronco del árbol en que estaban sentados con la intención de regresar al campamento y de allí a Indraprastha. El sol estaba ya ocultándose tras las colinas del oeste; ya era hora de irse y de empezar a hacer los preparativos para el regreso. Las nubes vespertinas parecían incandescentes, iluminadas por el sol del atardecer, llenando el aire con luces de fiesta.

Pronto la cálida noche caería sobre ellos como un manto; tenían que darse prisa.

2da. Parte

SABHA PARVA

I

MAYA CONSTRUYE UN SABHA

Krishna y Arjuna habían dejado el tronco del árbol e iban caminando hacia el campamento. De repente, oyeron la voz de Maya, el cual cayó a sus pies y dijo:

—Por ti me ha sido concedida la vida. Yo soy Maya, el arquitecto de los asuras. Quiero demostrar mi gratitud de alguna forma. Quiero hacer algo por ti a cambio de lo que has hecho por mi vida.

Arjuna le sonrió y le dijo:

—Estoy feliz de haber hecho eso por ti, no quiero ningún beneficio. Tengo como principio no recibir nada a cambio de mis buenas obras. —Ya se iba a marchar cuando otra vez le dijo:— Tú no tienes ninguna obligación conmigo. Ahora somos buenos amigos y para mí es suficiente con eso.

Se giró para marcharse, pero Maya era insistente y le dijo: —Es justo que digas eso. Yo no quiero darte nada a cambio de tu bondad, sólo quiero hacer algo para demostrar mi gratitud.

Arjuna no estaba dispuesto a aceptar nada de él, pero vio que Maya era sincero y después de recapacitar un poco le respondió:

—No aceptaré nada para mí, pero aceptaré tu ofrecimiento para complacerte. Haz algo que agrade a Krishna. Eso será lo que me agrade a mí.

Maya miró ansiosamente a Krishna y esperó que él hablara.

Krishna, la encarnación de Vishnu, había nacido en la tierra con el propósito de establecer el Dharma y sabía que había llegado el tiempo en que el mundo tenía que ser sacudido para eliminar la presunción de la faz de la tierra. El era Narayana y Arjuna era Nara.

Habían nacido en la tierra para cumplir un propósito. La madre Tierra se le había quejado porque ya no podía soportar el peso del pecado durante más tiempo. El le

había asegurado que vendría para ayudarla. En el ojo de su mente, Krishna vio el futuro del mundo. Vio el campo de Kukukshetra sembrado con los cuerpos de los reyes del mundo. Recordó la promesa que le hizo a sus queridos sirvientes Jaya y Vijaya; habían nacido en la tierra como Hiranyaksha y Hiranyakasipu, y él los había aniquilado. Luego nacieron como Ravana y Kumbhakarna y nuevamente les había matado. Ahora estaban en su tercera y última vida en la tierra como Sisupala y Dantavaktra. El tenía que otorgarles la liberación de la esclavitud a la vida humana.

Krishna después de pensar en todas estas cosas decidió comenzar el acto de la destrucción.

Krishna pareció reflexionar unos instantes y luego dijo: —Dices que eres un gran arquitecto; Yudishthira es muy querido para mí. Estaré muy complacido si construyes un palacio para él. El gran salón de reuniones debe ser único en el mundo. Has esto para Yudishthira, y Arjuna y yo estaremos complacidos.

Maya estaba muy feliz de saber que podía hacer algo para ellos y empezó a planear en su imaginación el gran sabha que iba a construir para Yudishthira.

Llegaron a Indraprastha y relataron a Yudishthira los emocionantes acontecimientos de ese día. Le presentaron a Maya, quien le contó los detalles acerca del salón que quería construirle. Yudishthira le dio la bienvenida a la ciudad y le rindió honores. Maya estaba muy complacido consigo mismo. Discutió la planificación del gran salón con Krishna y los pandavas. Y en un día propicio, Maya comenzó la construcción del gran palacio, conocido después como el Mayasabha.

Krishna se dirigió a Yudishthira con la petición de que se le permitiera regresar a Dwaraka. Habían pasado muchos días desde su llegada a Indraprastba, pero ninguno de ellos estaba dispuesto a dejarle ir. Yudishthira dijo:

—Mi Señor, tú eres la estrella que guía el barco de nuestra vida hacia puerto seguro. Tú nos has dado todo. ¿Cómo podemos estar de acuerdo en que te vayas de nuestro lado?

Tu significas para nosotros nuestra misma vida, tú eres todo. Tú regulas nuestros pensamientos y acciones. Debes estar siempre con nosotros para guiarnos por el sendero recto. Sin ti, estaremos perdidos.

Krishna le volvió a asegurar a Yudishthira que él siempre estaría con ellos y que vendría a ellos siempre que le llamaran. Luego se despidió de todos uno por uno; de su tía Kunti, de sus hermanos, Draypadi y Subhadra. El carro, conducido por Daruka, estaba a las puertas del palacio. Krishna miró a Subhadra con una sonrisa sarcástica y dijo:

—Supongo que ahora puedo llevarme mi carro. Ha cumplido su propósito, ahora ya no lo necesitas más.

Con estas palabras de despedida, Krishna subió al carro. Subhadra estaba todavía ruborizada. Yudishthira pidió a Daruka que bajara del carro y se puso él en el asiento del conductor. Y como era su costumbre, Yudishthira tomó las riendas en sus manos, y condujo el carro por un trecho. Esta había sido su costumbre siempre que Krishna se alejaba de ellos. Arjuna y Bhima permanecieron de pie, uno a cada lado de Krishna, con mamparas para protegerle del aire. Nakula y Sahadeva sostenían con sus manos una sombrilla sobre su cabeza. Estas eran gentilezas por parte de los pandavas, para rendir honores a aquel que era para ellos más querido que sus propias vidas. Krishna aceptó estos servicios con gran afecto.

El carro recorrió una cierta distancia y cuando llegaron a las afueras de la ciudad, los pandavas bajaron del mismo y Krishna, después de despedirse afectuosamente de los cinco hermanos, giró el carro y se puso en marcha hacia Dwaraka. Los hermanos permanecieron en pie siguiendo con la mirada el curso del carro hasta verlo perderse en la distancia, pero en sus mentes aún persistía la imagen de Krishna y el carro. Luego regresaron a Indraprastha con sus mentes absorbidas por Krishna.

Maya estaba muy ocupado con los preparativos de la construcción del gran sabha. Se dirigió a Arjuna y le dijo: —Cerca de las grandes montañas Kailasa y Mainaka hay un lago llamado Bindusaras y en ese lago yo enterré navíos llenos de joyas preciosas que ahora quiero utilizar en la construcción del sabha. Iré allí a buscarlas. Hay una maza que le gustaría mucho a Bhima y también hay una caracola llamada Devadatha que estoy seguro que te gustará.

Maya se despidió de Arjuna y fue al monte Kailasa. Bindusaras era el lugar sagrado donde el río Ganges pasaba a través de los rizos del pelo del Señor Sankara. El agua caía gota a gota, dando así nombre al lago. De este lago salían siete ríos: tres de ellos hacia el este, tres hacia el oeste y el séptimo iba directo hacia Bhagiratha. El lago Bindusaras era un lugar sagrado porque los sabios Nara y Narayana hicieron sus penitencias en sus inmediaciones.

Maya llegó al lago y cogió todas las joyas que había guardado allí. También cogió la caracola y la maza. Tenía varios cientos de esclavos para que le ayudaran a llevar las joyas a la ciudad de Indraprastha. Luego regresó y le ofreció la maza a Bhima, y la caracola a Arjuna.

Inmediatamente comenzó la construcción del sabha. Quería hacer el sabha más bello que jamás se hubiera visto en la tierra. Catorce meses le llevó edificarlo. Era en verdad una obra extraordinaria. Superaba en esplendor a Sudharma, el sabha de Indra. En el jardín, las flores florecían fuera o no fuera la época. Habían lotos, jazmines, kurakavas, sirishas, tilakas y kadambas; estas flores se daban sólo en ciertas estaciones concretas, pero en el Mayasabha florecían juntas todas a la vez. Los muros del salón

destelleaban y resplandecían con las piedras preciosas que habían incrustadas en ellos. Se había construido tan inteligentemente que sólo se podía ver el brillo de las joyas, pero no las joyas mismas, a menos que uno se fijara expresamente. Maya se dirigió a los pandavas y les dijo que el sabha ya estaba terminado. Les llevó dando un paseo y les mostró las peculiaridades del gran salón. Todos quedaron asombrados.

Maya ya se disponía a irse, cuando le dijo a Arjuna:

Tu carro es tan poderoso como el Sol y Agni juntos; tus nobles corceles no tienen rival en el mundo entero y tiene un mono como emblema. De ahora en adelante te harás famoso bajo el nombre de Kapidhvaja y gracias a tus caballos blancos serás conocido por el nombre de Swetavahana. Que triunfes y seas feliz.

Maya y Arjuna se abrazaron. Yudishthira agasajó a Maya con muchos regalos y se despidió de él.

En un día propicio los pandavas entraron al sabha y distribuyeron pródigamente regalos entre los pobres y los bramanes. Celebraron una gran fiesta y la ciudad parecía la ciudad de Indra. La fama del sabha se propagó a lo largo y lo ancho del territorio y venía gente de todo el mundo para verlo. Desde las montañas lejanas venían rishis, y también vinieron todos los reyes, todos excepto los hijos de Dhritarashtra. Varios de los jóvenes príncipes que habían venido se quedaron después para aprender de Arjuna el uso del arco.

Satyaki era el nombre del más destacado de aquellos estudiantes y su otro nombre era Yudydhana; era primo de Krishna. Allí estaba también Chitrasena, el viejo amigo de Arjuna, que vino a pasar una temporada con los pandavas, los cuales se sentían complacidos por ello.

Dubhadra era ahora madre de un niño cuyo nombre era Abhimanyu. Draypadi era madre de cinco hijos, uno por parte de cada uno de los cinco pandavas. El hijo de Yudishthira era Prativindhya. El hijo de Bhima se llamaba Sutasoma.

El hijo de Arjuna era Srutakarman. El hijo de Nakula era Satanika y al hijo de Sahadeva se le puso de nombre Srutasena. Kunti estaba segura de que sus hijos estaban bien establecidos y seguros.

Eran bastante poderosos y no era probable que alguien les dañara. Recordó los días que siguieron al incendio de la casa de cera y los meses que pasaron en Ekachakra donde tenían que mendigar la comida. Ya se habían acabado aquellos días oscuros; ya el sol brillaba sobre ellos. Estaban a salvo de los diabólicos pensamientos de Duryodhana y Sakuni.

Pero esta paz era la calma que precede a la tormenta, y nadie podía saberlo. Apenas unos meses después, los pandavas vagarían de nuevo errantes sobre la faz de la

tierra. Iba a comenzar el tercer acto de la tragedia. Hay acontecimientos e incidentes que se destacan como hitos históricos en el transcurso de la vida, pero no los reconocemos como tales hasta que tiempo después de haberlos pasado miramos atrás. Así que la entrada de Draypadi en las vidas de los pandavas, y así fue también la aparición de Krishna en sus vidas, e igualmente iba a serlo la entrada de Narada, como el comienzo del

II

LA VISITA DE NARADA A INDRAPRASTHA

Un día el sabio Narada vino a la corte de Yudishthira. Draypadi y los pandavas le dieron respetuosamente la bienvenida. El también había oído hablar del Mayasabha y había venido a verlo. Yudishthira estaba muy feliz de enseñarle el salón. Parecía un niño con un juguete nuevo, y estaba muy emocionado con la idea de mostrarle su esplendorosa belleza. Narada contempló el salón y le expresó su entusiasta aprobación. Luego volvieron al lugar donde se habían encontrado y después de pasar algún tiempo sentados charlando de temas sin importancia, Yudishthira le dijo:

—Mi señor, tú has viajado por los tres mundos y debes haber visto muchos sabhas bellos como éste que yo tengo. ¿Puedes hablarme de ellos?

Narada mostrando una amable sonrisa le contestó:

—Sí, he visto sabhas parecidos en otros mundos y te hablaré de ellos, pero puedes estar seguro de que el tuyo es el mejor de todos los de la tierra. No hay ninguno que lo iguale. Te describiré los grandes salones de Yama, Varuna, Indra, Rudra y Brahma, que son los más hermosos que he visto.

Narada le habló de la excelencia de los lugares referidos. Primero le habló del sabha de Indra, y le contó que el gran rey Harischandra de la raza del sol estaba compartiendo el trono con Indra. Continuó después describiendo las otras cortes y cuando llegó a la corte de Yama, Narada le habló de los muchos reyes de la tierra que ahora estaban allí. Era una larga lista encabezada por los nombres de Yayati y Nahusha. Al final de la lista estaban los nombres de los últimos reyes de la dinastía Kuru, tales como Santanu y Pandu. Luego Narada describió la corte de Varuna y de Kubera, tras lo cual puso fin a sus narraciones.

Yudishthira permaneció en silencio durante unos instantes y como Narada esperara a que hablara, Yudishthira dijo: —Mi señor, he estado escuchando atentamente todo lo que has estado diciendo, y he advertido una cosa: la mayoría de los reyes que eran señores de esta tierra están todos en el sabha de Yama y no en el sabha de Indra, como yo había creído durante todos estos años. También me he dado cuenta de algo más, y es que dices que el amigo de Indra, de hecho su compañero de trono, es el gran Harischandra, el rey de la raza del sol. Mi señor, ¿qué buenas obras hizo él que no haya hecho mi padre? ¿Debido a qué tiene él el honor de compartir el trono de Indra? Mi padre era el más puro de los hombres, nunca dijo una sola palabra falsa. Era un santo entre los hombres. Quiero que me digas cuál es la razón que justifica ese hecho.

Narada, que había venido a ver a Yudishthira sólo con ese propósito, le dijo:

—Por supuesto que te lo diré. El rey Harischandra de la raza del sol era el hijo de Trisanku, el favorito de Viswamitra. Harischandra era un monarca poderoso; había conquistado todos los reinos de la tierra y había realizado el yaga llamado Rajasuya y esa es la razón por la que él fue digno de elección para compartir el trono del mismo Indra. El rey que hace el Rajasuya sobresale como alguien diferente. Yo me encontré con tu padre y me dijo: "Mis hijos son ahora poderosos en la tierra. Y si Yudishthira hace el Rajasuya, yo y mi abuelo Santanu podremos ir al Indraloka." Este fue el deseo que tu padre tenía para ti.

Yudishthira, ayudándote de tus cuatro hermanos y teniendo a Krishna de tu lado, será fácil hacer el Rajasuya. Puedes conquistar el mundo entero y harás posible que tu padre y tu antepasado Santanu, junto con sus hijos, entren en el sabha de Indra. Sé que no es una tarea fácil, ese yaga se consigue con gran dificultad, pero si hay alguien que puede hacerlo eres tú y solamente tú. —Después de esto, Narada bendijo a los pandavas y se marchó.

III

EL DESEO DE YUDISHTHIRA

Desde la visita de Narada, Yudishthira estaba siempre inmerso en sus pensamientos.

Hasta ahora la vida de los pandavas había sido tranquila. Yudishthira nunca había sido avaro y los hijos de Pandu estaban satisfechos compartiendo el antiguo reino de los kurus. Sin duda alguna la injusticia se había cebado en ellos una y otra vez como víctimas de los kurus. Pero eran buenas gentes. No estaba dentro de la naturaleza de Yudishthira el dar cabida al desaliento. El era feliz con la tierra que le había dado su tío y quería evitar disputas, así que aceptó aquella tierra estéril. Y gracias a Krishna aquella tierra estéril llegó a ser fructífera, y como fue Indra quien lo hizo, llamaron a aquel lugar Indraprastha. Estaban muy felices y contentos: el sabha que Maya había construido era una gran fuente de alegría para Yudishthira, que ahora llevaba una vida pacífica. Su vida era un lago en calma, en el que Narada había arrojado una piedra enorme que estaba provocando nuevamente el oleaje en sus aguas. Pensamientos de conquista, hasta ahora extraños en la mente de Yudishthira, comenzaban a pasar día tras día por su mente. El hecho de que su padre le hubiera pedido que realizara el Rajasuya era ya suficiente para que este rey, amante de la paz, comenzara a pensar en conquistas. Así pues, sometió a consideración este asunto en la sala de consejeros. Todos estaban muy entusiasmados con esa idea.

Yudishthira mandó llamar a Krishna. Krishna era su guía y amigo, así que tenía que consultarlo con él antes de tomar ninguna decisión. Un mensajero fue a Dwaraka, se presentó ante Krishna y le dijo:

—Yudishthira quiere que vayas a Indraprastha, te necesita allí.

Krishna dejó a Balarama y a los otros y se apresuró poniéndose en camino hacia Indraprastha. Yudishthira le recibió con los brazos abiertos; tan cálida fue la acogida que Krishna se sentía como si estuviese entre sus hermanos. Después de descansar un poco, fue al salón donde le estaban esperando.

Yudishthira le expuso el motivo por el que estaba preocupado día y noche, le relató la visita de Narada y los deseos de su padre Pandu. Después de contárselo con todo detalle le dijo:

—Krishna, tú eres mi verdadero amigo y buen consejero. Los demás se muestran muy optimistas respecto a este asunto, pero quizá lo hacen para darme ánimos. No sé,

pero tú eres diferente, tú me dirás la verdad. Tú estás más allá de los deseos y de los apegos. Tú puedes verlo todo con la luz blanca y clara de la verdad y ésto es lo que ahora quiero; por favor, aconséjame. Me encuentro realmente confuso.

Krishna permaneció serio por unos momentos; estaba callado. Empezó a considerar los poderes de todos los kshatryas y dijo:

—No me preocupa ninguno excepto un rey llamado Jarasandha al que tú conoces. El será el oponente más difícil de derrotar, no será nada fácil ya que Sisupala, el hijo de Damaghosha es muy amigo suyo. También está Dantavaktra, que es un aliado de Jarasandha, al igual que Bhagadatta, Rukmi, el hijo de Bhishmaka, y Paundraka Vasudeva. Tiene amigos en todas partes y casualmente Jarasandha es un enemigo declarado de la casa de los Vrishnis. Como ya sabes, yo maté... a mi tío Kamsa, el cual era yerno de Jarasandha, así que Jarasandha me ha odiado desde entonces y no hemos podido matarle. Ha combatido con nosotros dieciocho veces; hemos luchado contra él en varias ocasiones, pero nunca pudimos derrotarle. De hecho empezamos a tener miedo de sus frecuentes ataques, así que dejamos la ciudad de Mathura y construímos la de Dwaraka. Allí, protegidos por la montaña Raivataka por un lado y el mar por el otro, nos sentimos seguros de Jarasandha y de sus ataques, ya que su colina, Girivraja, está a 100 yojanas de distancia de la nuestra. Al vernos establecidos en Dwaraka, este hombre arrojó su maza sobre nuestra ciudad, y la lanzó con tanta fuerza que viajó una distancia de noventa y nueve yojanas y quedó incrustada en el suelo. Después de aquello ya no nos ha vuelto a molestar más. Ya te he dicho los nombres de los reyes que son sus amigos. Ahora te diré otros que probablemente se aliarán también con él, como por ejemplo Duryodhana, tu dulce primo. En cuanto sepa que sois enemigos, él se pondrá del lado de Jarasandha. Seguro que Duryodhana le prestará su ayuda, lo cual quiere decir que todas las huestes kurus con Bishma, Drona y Kripa, tendrán que apoyarle, incluso aunque los ancianos se nieguen a luchar movidos por su amor hacia ti. ¿Qué me dices de Radheya? El siempre está esperando una oportunidad para luchar contra Arjuna y destruirle para complacer a su amigo. Radheya tiene en su poder todos los astras divinos que obtuvo de Bhargava y fue capaz de derrotar a Jarasandha. Es superior a El. Con un equipo tan formidable de enemigos no tienes ninguna posibilidad en absoluto de hacer el Rajasuya. Jarasandha ha capturado a noventa y ocho reyes y los tiene prisioneros, pues tiene la idea de hacer un sacrificio de cabezas reales al Señor Sankara; está loco. Pero es demasiado poderoso para ser ignorado contando con que va a ser derrotado. Mientras Jarasandha esté vivo, tus esperanzas de hacer el Rajasuya son ciertamente escasas, pero si logramos matarle, no habrá nada por lo que preocuparse, ya que los otros reyes, al verle muerto, no tendrán el valor de desafiarte a ti ni a tus hermanos. Definitivamente este es mi parecer: piensa una forma de matar a Jarasandha y el resto será fácil.

Yudishthira abandonó la idea de llevar a cabo el Rajasuya, no estaba hecho para ello.

Dijo:

—Krishna, nadie hubiera podido describir la situación con tanta claridad, ni darme tan buen consejo. Te estoy muy agradecido por ello, pero yo no estoy hecho para estas conquistas. Recuerda las vidas de todos los grandes reyes que han gobernado este mundo.

Aquellos que llegaron a ser realmente grandes, fueron los reyes amantes de la paz. Veo que la política de la paz es la cosa más deseable en este mundo. Desistiré de esta idea; vivamos en paz.

Bhima, sin embargo, no estaba de acuerdo con esto y dijo:

—Mi querido hermano, cualquiera de las grandes empresas parece difícil al principio; esto no debería afectar nuestro ánimo ni entusiasmo, pues lo que no puede alcanzarse mediante la fuerza, puede alcanzarse mediante la sabiduría. Si cuento con la ayuda de nuestro amadísimo Krishna ideando los medios y la mejor forma de hacerlo, y contando también con el apoyo de Arjuna, creo que podré matar a Jarasandha. Nosotros tres juntos, podemos conseguirlo. Teniendo a Krishna de nuestro lado, no creo que se pueda pensar siquiera en la derrota. Eres demasiado tranquilo, yo creo que será fácil matar a Jarasandha.

Krishna le respondió:

—No, Bhima, no es tan sencillo como tú crees. Jarasandha es un gran devoto de Sankara, y los dioses le favorecen. De hecho, es un hombre muy justo y generoso, y se ha ganado el afecto de muchos reyes. Pero, si le matas, además de realizar el Rajasuya, habrás salvado las vidas de los reyes que él tiene cautivos para sacrificarlos a Rudra. Merece la pena considerar este asunto.

Yudishthira rehusó afrontar la idea y dijo:

—No, Bhima y Arjuna son mis dos ojos y tú, Krishna, eres mi mente. ¿Qué sentido tendría vivir si os pierdo a vosotros tres? Creo que la cosa más sensata será que abandone completamente esta idea.

Arjuna dijo:

—Hermano, ¿por qué hemos de tener miedo? Hemos nacido de una raza de kshatryas y somos guerreros. Estamos familiarizados con el arte de las armas y también hemos aprendido el uso de los astras divinos. Nunca nos hemos desviado del camino del Dharma y, sin duda alguna, Jarasandha es muy poderoso, pero no es justo. Un rey que usa su fuerza para perseguir reyes más débiles, no puede ser favorecido por los dioses. Ese es mi sentimiento. Su valor pierde toda eficacia si no es justo. No debe ser difícil destruir a un hombre como éste; Dios favorecerá al hombre que tenga al Dharma de su lado. Nuestro deber es destruir a Jarasandha y liberar al mundo de un monstruo tan poderoso. Estamos seguros de tener éxito en nuestra empresa. Envíanos a los tres a

Magadha. Después de que matemos a Jarasandha, Nakula, Sahadeva, Bhima y yo nos iremos a conquistar el mundo entero y lo pondremos a tus pies.

Krishna estimando los entusiastas comentarios de Bhima y Arjuna, dijo:

—Las palabras de Bhima y Arjuna son las que corresponden a los grandes guerreros.

Yudishthira, en este mundo vivimos sólo por poco tiempo, la muerte es algo inminente.

Puede que venga en pleno día o en la oscuridad de la noche. El hecho de no luchar, no hace a nadie merecedor de la inmortalidad, por eso en este corto tiempo de vida, el hombre debe decidir rápidamente lo que va a hacer. No hay tiempo para titubear o para considerar los pros y los contras. No hay tiempo para que esta mente entre en dualidades. Debemos tomar pronto una decisión. Yudishthira, tenemos que intentar encontrar a Jarasandha y luchar contra él. Intentaremos llegar al país del enemigo y le desafiaremos. Entraremos, sin haber sido invitados, en la morada del enemigo. Trataremos de realizar nuestra ambición y si ganamos, tú serás el señor de esta tierra. Y si fracasamos, alcanzaremos el cielo que se reserva para aquellos que perecen en la lucha. De cualquiera de las dos formas, la vergüenza no mancillará nuestros nombres. Después de oír esto, Yudishthira dijo:

—Krishna, cuéntame más cosas de Jarasandha. ¿Qué le hace ser tan poderoso como para poder desafiarte a ti? ¿Cómo es que cuando estuvo cerca de ti, no fue destruido como una polilla que coquetea con una llama? No me cabe en la cabeza que no hayas podido derrotarle.

Krishna le relató entonces la historia de la vida de Jarasandha.

IV

JARASANDHA

"Hubo una vez un poderoso rey llamado Brihadratha que gobernaba el reino de Magadha. Le había sido concedido todo lo que un kshatrya podía desear. Tenía su ciudad principal a los pies de la colina llamada Girivraja. Era un hombre muy justo, y su fama se extendió por todo el mundo como los rayos del sol envuelven a la Tierra. Se desposó con las princesas de Kasi que eran gemelas. La única desgracia en la vida del rey era que no había tenido un hijo para continuar su descendencia. Esto le hizo perder todo interés por la vida, así que se retiró al bosque con sus esposas. En aquel bosque vivía un rishi llamado Chandakausika, a quien el rey adoró con mucha reverencia. Complacido con su devoción, el rishi le preguntó el motivo por el que había renunciado al mundo a una edad tan temprana. El rey le contó todo y el rishi se apiadó de él. De repente cayó sobre sus rodillas un mango, el fruto provenía del árbol bajo el cual estaban sentados. Y, tomando la fruta en su mano, Chandakausika dijo:

"-Cuando tu esposa coma esta fruta, te dará un hijo. No te quedes aquí en el bosque, regresa a tu reino y gobiérnalo bien.

"El rey cortó la fruta en dos y dio una mitad a cada una de sus mujeres. Pasado un tiempo, dieron a luz la mitad de un niño cada una. Todo el palacio se sentía horrorizado por las monstruosidades que habían nacido, y la comadrona envolvió los trozos separados del niño y los arrojó afuera de las puertas de la ciudad. Aquella noche, estaba buscando comida un rakshasa cuyo nombre era Jara, el cual se encontró los dos pedazos del niño. Estaba muy contento pensando que iba a comerse aquella tierna carne humana que había encontrado.

Mientras se llevaba las dos mitades, ocurrió que ambas se juntaron. Sucedió un auténtico milagro, el cuerpo, ahora íntegro, había tomado vida. Se quedó atónito al contemplarlo. Le daba pena matar al bebé, así que lo llevó al rey y le dijo:

"-Aquí tienes a tu hijo —y le contó todo lo que había ocurrido.

"El rey estaba tan feliz y complacido con él, que le puso al niño el nombre de Jarasandha, ya que fue unido por Jara. Más tarde, el sabio Chandakausika visitó al rey y le dijo que su hijo estaba dotado de poderes divinos y que no podría ser aniquilado por una persona normal, pues Jarasandha sería el devoto favorito del señor Sankara.

Krishna continuó:

"Se cuenta que Jarasandha ha visto en persona a Sankara, el señor de los señores. ¿Quién puede desafiar a un hombre tan agraciado? —Yudishthira permanecía en silencio.

Krishna continuó:— Ya te hablé de la maza que él lanzó a nuestra ciudad desde la cima del Girivraja. Debo también decirte que esta maza era la base de su fuerza. intentó en vano arrancarla del suelo y ahora, sin la maza, Jarasandha es vulnerable. Ya no es invencible como lo era antes. Ahora es posible combatir contra él.

Yudishthira no estaba dispuesto a luchar contra él, pero Bhima y Arjuna estaban muy decididos a hacerlo. Krishna dijo:

—Es imposible derrotar a su ejército. Ni siquiera Indra, con sus huestes celestiales, podría lograrlo; pero tengo el sentimiento de que Bhima podría matarle en un combate singular.

Envíanos a los tres. Como dijo Bhima, combinaremos nuestros recursos y confeccionaremos un plan. Deja que tus hermanos vengan conmigo, yo cuidaré de ellos. Estamos seguros que regresaremos victoriosos.

Por fin Yudishthira quedó convencido y aprobó el plan. Krishna, Bhima y Arjuna salieron en dirección al gran reino de Magadha. Cruzaron el río Sarayu y luego otro llamado Gandaki. Después cuntinuaron hacia Mithira y tras cruzar la frontera de la ciudad, prosiguieron en dirección a Magadha. Llegaron a las orillas del Ganges y, al cruzarlo, divisaron en la lontananza la colina de Girivraja. Enseguida llegaron a la ciudad principal.

Vieron un templo inmenso dedicado a Sankara, donde adoraron al Señor. Se vistieron como snatakas, así se llamaba a los que habían acabado el período de educación, ya no eran bhramacharines, pero todavía no eran grihasthas. Tan pronto como entraron en la ciudad, aparecieron signos de malos augurios, que aseguraban calamidades para el rey. Krishna y Arjuna, vestidos con alegres atuendos, entraron en la ciudad. En sus cuellos llevaban guirnaldas de flores y sus cuerpos estaban perfumados con pasta de sándalo. Los extranjeros llamaban la atención por sus ropajes y apariencia poco comunes. Vestían como bramanes pero tenían aspecto de kshatryas. Las gentes de la ciudad estaban perplejas ante estos extraños que caminaban como leones.

Entraron en el palacio del rey saltando por encima del muro; no entraron por la puerta.

Jarasandha estaba ocupado en sus adoraciones por lo que les envió leche y miel y les pidió que esperaran hasta media noche. Entonces Jarasandha se les acercó y les rindió honores.

Luego les dijo:

—Parecéis snatakas, pero vuestro aspecto contradice tal apariencia. Usáis flores y perfumes que no se le permite usar a un snataka. Habéis entrado en mi palacio de una manera muy peculiar; los amigos acostumbran a entrar por la puerta, únicamente los enemigos entran de esta forma. Además, me han dicho que no habéis aceptado la leche y la miel que os envié.

Quienquiera que seáis, sois bienvenidos a mi ciudad. Pero ahora, al menos tenéis que aceptar la veneración de la que debe ser objeto un bramán. Si sois o no bramanes, aún está por ver, yo creo que sois kshatryas. Vuestros hombros están marcados igual que los hombros de un arquero. Siento que por, alguna razón que desconozco os habéis disfrazado. Por favor, decidme la verdad. ¿Quiénes sois y qué queréis de mí?

Krishna dijo:

—Jarasandha, estás en lo cierto al suponer eso. Estamos aquí como enemigos tuyos.

Entramos en tu casa saltando por encima del muro porque hemos venido a desafiarte. No aceptamos tu hospitalidad ya que no estamos en disposición amistosa hacia ti. Los kshatryas son famosos por sus proezas, y no por sus dulces palabras. Hemos venido con la intención de luchar contra ti.

Jarasandha estaba intrigado y dijo:

—Ni siquiera os conozco, ¿cómo podéis decir que sois mis enemigos? Yo tengo muchos enemigos, eso es cierto, pero les conozco a todos. Si vosotros sois enemigos míos, sed tan amables de comunicarme el motivo de vuestra enemistad y quiénes sois.

Krishna dijo:

—El motivo de nuestra enemistad, es tu forma tan injusta de hacer prisioneros a los reyes para sacrificarlos a Rudra, no podemos tolerar tu crueldad. Estamos aquí para restablecer los derechos de estos reyes indefensos. ¿Cómo esperas alcanzar el cielo asesinando a tu prójimo? ¿Cómo puedes complacer al señor del Dharma cometiendo acciones tan pecaminosas como aniquilar a tus compañeros kshatryas? En cuanto a tu ignorancia sobre nuestra identidad, pronto quedará esclarecida. No pretendemos ocultarte nuestra identidad. Este es Arjuna, el tercer pandava. Este es Bhima, el hermano que le sigue a Yudishthira y yo soy Krishna, tu antiguo rival. Hemos venido a desafiarte en combate singular. Puedes elegir a cualquiera de nosotros tres para luchar.

Jarasandha se rió a carcajadas durante largo tiempo y mirando a los ojos de Krishna con jactancia le dijo:

—Así que tú, que has huido de mí dieciocho veces y que ahora te escondes detrás de la colina Raivataka tienes ahora el coraje de desafiarme en mi propia casa. Me causa

risa tan sólo el pensar que te hayas atrevido a presentarte delante de mí. Hablas como las nubes de otoño que truenan sin soltar ni una gota de lluvia. Recuerda que yo no soy Kamsa, a quien mataste de forma tan traicionera. Yo soy Jarasandha, el agraciado de los dioses. No temo a nadie. Si has venido aquí deseando luchar, con toda certeza voy a complacerte. Pero no lucharé contra ti, Krishna, tú eres un cobarde. Está por debajo de mi dignidad el luchar con un inferior. En cuanto a Arjuna, todavía es un niño. No es correcto combatir con alguien que es más débil. Sin embargo, este joven llamado Bhima, parece tener buena talla. Parece ser merecedor de combatir conmigo. Lucharé contra él.

Jarasandha estaba seguro de su victoria, pero debido a que los malos augurios aseguraban desgracias, realizó antes la coronación de su hijo Sahadeva, y luego comenzó a luchar con Bhima.

El combate continuaba. Ambos estaban igualados en fuerzas. No podía decirse que uno fuera mejor luchador que el otro. Lucharon sin cesar durante catorce días y catorce noches.

Krishna y Arjuna permanecían de pie, junto a muchos otros, observando el combate. Ninguno de los dos se aventajaba. Parecía que ninguno podía ser abatido. Pero poco a poco, Bhima comenzó a dominar la situación. Krishna le arengaba diciendo:

—Bhima, recuerda quién eres, recuerda a tu padre. Eres el hijo de Vayu, piensa en él y adquirirás una fuerza con la que podrás mover montañas. Tú eres el más fuerte y poderoso de todos los kshatryas. Puedes romperle en pedazos si quieres.

Al oír esto, Bhima rogó a su padre que le diera fuerza y continuó luchando con renovado vigor. Lanzó por los aires a Jarasandha y cogiendo con cada brazo una de sus piernas mientras caía, le desgarró en dos pedazos. Sintió que por fin ya lo había logrado. Se volvió hacia Krishna y Arjuna y al ver sus rostros atónitos se giró y observó lo que ellos estaban viendo. Las dos mitades del cuerpo del rey se aproximaban la una a la otra y poco después el rey se levantaba íntegro del suelo como si nada hubiera ocurrido. Aquella escena sembró el terror en los corazones de Bhima y Arjuna, pues Jarasandha, después de aquello, parecía ya invencible.

El combate se reanudó. Krishna miró a Bhima sonriéndole y en un momento propicio atrajo su mirada. Krishna tenía una pequeña hoja de una planta en su mano y la partió en dos pedazos, luego le dio la vuelta a uno de los trozos y tiró uno a cada lado. Bhima captó lo que Krishna intentaba decirle. De nuevo arrojó a Jarasandha por los aires y cogiendo al rey por las piernas según caía lo desgarró en dos pedazos y arrojó las dos partes a diferentes extremos del salón, de tal forma que una pierna se correspondía con media cabeza. De este modo las dos mitades ya no podían volver a unirse. Jarasandha, el favorito de Sankara, estaba ahora muerto.

En el palacio cundió el pánico, nadie sabía qué hacer. Los tres héroes tranquilizaron a todos diciéndoles que no iban a hacerles daño. Subieron al carro de

Jarasandha y se dirigieron a la cima de la colina Girivraja, donde encontraron muchas celdas en las que los reyes estaban prisioneros y les liberaron a todos. Los reyes estaban mudos de gozo. Krishna les dijo:

—No queremos nada a cambio de esto. El gran Yudishthira, rey de Indraprastha, va a realizar el Rajasuya. Quiero que estéis presentes allí como amigos y aliados del rey. Esto es lo que queremos de vosotros.

Todos estaban muy contentos de poder acceder a sus peticiones.

Krishna, Arjuna y Bhima regresaron al palacio de Jarasandha, dónde se encontraba Sahadeva, el hijo de Jarasandha. Krishna se dirigió a él, y tomando su mano derecha con la suya le dijo:

—No temas, tu padre era un gran hombre, pero utilizó su grandeza de forma equivocada y por eso tuvo que ser aniquilado. Ahora tú ya has sido designado como rey. Debes combinar el valor de tu padre con tu bondad y gobernar tu reino con justicia.

Le habló al joven príncipe del Rajasuya y le pidió que asistiera. Sahadeva escuchó atenta y respetuosamente las palabras de Krishna, y acordó asistir al Rajasuya. Bhima había logrado lo imposible. Y emprendieron su viaje de regreso a Indraprastha. Grande fue el gozo de Yudishthira al verles vivos y salió a recibirles con los brazos abiertos. Les abrazó uno por uno, con lágrimas en los ojos. Krishna dijo:

—Yudishthira, la única espina que había en tu camino hacia el éxito ha sido eliminada por Bhima. Ahora el camino está libre. Ya puedes realizar el Rajasuya sin ningún impedimento.

Yudishthira quería que le contasen todos los detalles del combate, así que se lo relataron. Bhima le contó el milagro de que Jarasandha volviera a la vida a pesar de haber sido desgarrado en dos pedazos. Era una narración espeluznante, y Yudishthira vivió el horror y la victoria que obtuvieron los tres durante aquellos terribles días.

Krishna se disponía a marcharse a Dwaraka cuando dijo: —Me complace saber que mi viaje a Indraprastha no ha sido en vano. Volveré pronto. Mientras tanto envía a cada uno de tus cuatro hermanos a los cuatro puntos cardinales y que regresen después de haber hecho sus conquistas. Regresaré con todo el clan de los Vrishnis, pero ahora debo irme. Los pandavas tuvieron que acceder.

A Krishna le agradaba pensar que los Vrishnis ya no necesitaban temer más a Jarasandha. El quería contarles todo personalmente. Aquel era en parte el motivo de regresar a Dwaraka. Se apresuró por llegar a la ciudad, su corazón estaba rebosante por la fortuna que les había sobrevenido. Krishna estaba muy feliz.

V

LAS CONQUISTAS DE LOS CUATRO PANDAVAS

La ciudad de Indraprastha se hallaba en vilo; la gente estaba muy emocionada por el hecho de que Yudishthira fuera a realizar el Rajasuya. Los preparativos ya estaban en plena marcha. Vyasa estaba allí para prestar a Yudishthira su valiosa ayuda. Se decidió enviar a los cuatro hermanos a los cuatro puntos cardinales de la tierra. Arjuna escogió el norte, Bhima el este, Sahadeva el sur y Nakula el oeste. Arjuna, tras haber conquistado los países que encontró en su camino, se dirigió al reino de Salva a quien derrotó fácilmente. Continuó avanzando sin conocer la derrota. Se había hecho famoso bajo el nombre de Vijaya. Luego, Arjuna llegó a la ciudad llamada Pragyotisha gobernada por el gran Bhagadatta, el cual era amigo de Indra. Era un alma noble y uno de los pocos a quienes debían respeto tanto jóvenes como mayores. También los devas le respetaban. Era un hombre justo y bueno. Arjuna y Bhagadatta lucharon durante ocho días y ocho noches hasta que Bhagadatta fue derrotado. Entonces se dirigió a Arjuna con una amistosa sonrisa y le dijo:

—Yo fui un gran amigo de tu padre. Me complace contemplar tu valor que ha logrado incluso abatirme. Dime, ¿qué es lo que debo hacer por ti?

Arjuna le rindió honores, se postró ante él y le habló de su hermano y de las esperanzas que tenía de realizar el Rajasuya. Luego invitó al experimentado guerrero a ir a Indraprastha a lo que Bhagadatta accedió con sumo agrado.

Después, Arjuna se dirigió a la colina Ramagiri, la cual había sido santificada porque el Señor Rama, en sus andanzas, había permanecido allí durante unos cuantos días. Las aguas también eran santas, pues la princesa Sita se había bañado en ellas. Allí Arjuna tuvo que pelear con los famosos hermanos Trigarta, encabezados por Susarma. Arjuna logró vencerlos, pero fue allí donde nació la gran enemistad entre Arjuna y los trigartas, que duró hasta el mismo final de la gran guerra que tendría lugar tiempo después. A partir de aquel momento se llamaron a sí mismos los samsaptakas; habían jurado que algún día destruirían a Arjuna. Eran muy amigos de Duryodhana. Arjuna les dejó y prosiguió su viaje en dirección al norte, hasta que llegó a los límites de aquella tierra desde donde vio la cima del monte Neru, el rey de todas las montañas. Vio la cima del monte resplandeciendo bajo el sol de la mañana como una alhaja de oro. La cumbre estaba oculta difuminándose detrás de un brillante destello de muchos colores. El resplandor de la montaña podía verse desde varias millas a la redonda. La orgullosa cima, envuelta en los rayos del sol parecía desafiar al mismo astro rey devolviéndole todos sus rayos después de embellecerse con su gloria. Era un espectáculo sublime. La cumbre parecía perforar el firmamento y alcanzar los cielos. Arjuna permaneció de pie

durante largo tiempo en frente del grandioso gigante, con su mente sobrecogida por una humildad para él hasta entonces desconocida. Se postró ante él y, muy en contra de su voluntad, prosiguió su camino, confiando que algún día en un futuro lejano pudiera regresar a aquel lugar. En las laderas de la parte sur del monte Meru crecían unas enredaderas llamadas Jambu. Toda la ladera estaba cubierta de ellas, las cuales siempre estaban repletas de unas flores que eran las favoritas de los siddhas que frecuentaban el lugar. Aquellas enredaderas eran tan características de aquel lugar, que los siddhas y los charanas denominaban aquella zona con el nombre de Jambu Dvipa y por eso le dio ese nombre a Bharatavarsha. Después de ver las enredaderas de Jambu, continuó hasta el monte Ghandamadana, desde donde comenzó su viaje de regreso. Después de una agradable estancia llena de aventuras, regresó a Indraprastha. Por dondequiera que pasaba le ofrecían joyas, riquezas y regalos de incalculable valor. Fue entonces cuando le pusieron el nombre de Dhananjaya.

Bhima había emprendido su marcha en la dirección al oriente. Cruzó el reino de Panchala y llegó a Mithila, donde fácilmente venció al rey de aquel país. Luego se dirigió a Chedi, donde se encontró con Sisupala y le habló del Rajasuya que iba a realizar Yudishthira.

Sisupala le recibió con todas las muestras de afecto y le dijo que con toda certeza estaría presente para aquella gran ocasión. Bhima continuó hacia Kosala, Ayodhya y muchos otros reinos, conquistándolos todos. Luego fue a Girivraja donde fue agasajado por Sahadeva, el jovencísimo rey de Magadha. Después de contarle lo del Rajasuya, Bhima puso fin a sus conquistas y regresó a Indraprastha, cargado de riquezas del oriente.

La gira de Sahadeva tuvo también mucho éxito. Derrotó al famoso rey conocido con el nombre de Dantavaktra. Otro de los poderosos reyes que sometió fue Sreniman. También venció a Vinda y a Anuvinda de Avarji. Luego fue a la ciudad Mahishmati y luchó contra el rey Nila. Conquistó todos los reinos del sur.

Sahadeva quería ganarse la amistad del rey rakshasa Vibhishana y se acordó de su sobrino Ghatotkacha, quien apareció ante él y le dijo: —¿Qué deseas de mí?

Sahadeva le abrazó cariñosamente y le dijo: —Ghatotkacha, quiero que vayas a Ceylán, la capital de Vibhishana, que es el hijo de Pulastya, cuyo hermano era Ravana. Quiero que le invites a asistir al Rajasuya. Ghatotkacha se dirigió a Ceylán y por el camino vio el puente que había sido construido por Shri Rama para cruzar las aguas que separan la India de la isla de Ceylán. Se postró ante él y continuó su camino, hasta que llegó a la capital de Vibhishana.

Se dirigió al palacio del rey y se presentó ante los guardianes anunciándose como el sobrino de Yudishthira, el rey pandava.

—Decidle a vuestro rey —dijo—, que en la gran Bharatavarsha, los grandes pandavas, amigos de Krishna, gobiernan en Indraprastha. Yudishthira, el mayor de los pandavas, piensa realizar el Rajasuya. Yo he sido enviado por Sahadeva, su hermano más joven con un mensaje para vuestro rey. Llevaron su mensaje al rey, tras lo que Vibhishana ordenó que le trajeran a su corte. Ghatotkacha contempló al gran Vibhishana y recordando que era un devoto del Señor Rama ' de la casa ikshwaku, se postró y permaneció ante él respetuosamente en silencio. Mirando el rostro bondadoso y noble de Vibhishana, Ghatotkacha se acordó de su propio tío Yudishthira, ambos tenían un gran parecido. Ghatotkacha fue recibido con dulces palabras y Vibhishana le dijo:

—Eres bienvenido a Ceylán. Háblame más de los pandavas; me gustaría saber todo sobre ellos y especialmente de Yudishthira, quien según dicen es el hijo del Dharma.

Ghatotkacha estaba muy feliz de poder hablar de sus tíos y de su padre. Le dijo que su padre era el hijo de Vayu, y le contó todo acerca de los pandavas y de su valentía. Vibhishana estaba complacido de oír hablar de los pandavas, de su bondad, de su valor y de su amor por Krishna. Le entregó muchas joyas y costosos regalos y, después de honrarle como enviado de un gran monarca, le mandó de regreso. Sahadeva estaba muy complacido con su sobrino por haber llevado a cabo su misión de forma tan brillante. Luego Sahadeva fue al reino Pandya y llegó a la ciudad de Chitrangada, la esposa de Arjuna, quien le recibió con gran afecto. Su padre estaba muy contento de ver al hermano de Arjuna y le enseñó a Babhruvahana, el hijo de Arjuna y Chitrangada. Sahadeva también les invitó a asistir al Rajasuya, y con esto concluyó su gira y regresó a Indraprastha, cargado con los regalos de todos los reyes que había conocido.

Mientras, Nakula ya había regresado después de una victoriosa gira por el occidente. Se había encontrado con los Vrishnis en Dwaraka. Había invitado a Vasudeva, el padre de Krishna y también a Balarama. También invitó a asistir al Rajasuya a los héroes de la casa de los Vrishnis. Krishna llegó poco después y trajo consigo miles de regalos para agasajar a Yudishthira, quien los recibió lleno de gozo. Krishna y Vyasa hicieron todos los preparativos para el Rajasuya. Vyasa realizó los ritos preliminares y se enviaron mensajeros para invitar a todos los reyes. Yudishthira encargó a Nakula que fuera a Hastinapura para invitar a los ancianos Bishma, Drona, Dhritarashtra, Bahlika, Somadatta, Bhurisravas y también a los hijos del rey. Le pidieron a Nakula que invitara a cada uno de ellos individualmente, de parte de Yudishthira. Querían que el noble Radheya y Sakuni con todos sus hijos fueran invitados personalmente. Nakula llegó a Hastinapura donde fue afectuosamente recibido por Bishma y todos los ancianos. Les habló respetuosamente del deseo de Yudishthira de realizar el Rajasuya y les contó a todos, uno por uno, que su hermano estaba ansiosamente esperando su pronta llegada a Indraprastha. Dicho esto, regresó a Indraprastha con las bendiciones de todos ellos.

Los invitados comenzaron a llegar uno tras otro. Allí estaban todos los reyes y la ciudad estaba llena de hermosas mansiones qué habían sido especialmente edificadas para el alojamiento de los muchos príncipes. Parecía la ciudad de los dioses. La riqueza se había literalmente volcado en las arcas de Yudishthira. Krishna había pedido a Duryodhana que estuviera a cargo de la tesorería. Duryodhana pudo ver el homenaje de que eran objeto los pandavas y su gloriosa posición. No expresó palabra alguna ocultando los sentimientos que anidaban en su corazón, pero estaba furioso de envidia con aquellos primos suyos que, a pesar de sus repetidos intentos de destruirles, habían logrado llegar a ser tan ricos y poderosos. Su corazón estaba a punto de romperse, pero no permitió que nadie adivinara sus sentimientos ni el odio que devoraba sus entrañas.

El Rajasuya seguía su marcha, estaba siendo un gran éxito. En medio de tanto júbilo y emoción llegó el día de la coronación. Era un acontecimiento impresionante. Allí estaban todos los rishis para derramar sus bendiciones sobre Yudishthira. Narada también estaba allí, pero su mente no estaba en el momento presente, estaba sumergido en pensamientos de tiempos venideros. Vio a Krishna sentado cerca del trono con su eterna sonrisa en los labios.

Narada le vio como el eje alrededor del cual iba a girar el futuro de Bharatavarsha. El Krishna que él veía, no tenía una sonrisa en los labios y sus ojos estaban serios y tristes, toda su expresión era de consternación. Narada giró sus ojos hacia Yudishthira y contempló al inocente monarca que sería la causa de la destrucción de toda la raza de los kshatryas. Miró luego a Draypadi y vio cómo iban a hacerse ciertas las predicciones que habían sobre ella.

Duryodhana estaba mordiéndose los labios para sujetar la envidia y la furia que brotaban de su corazón. Sakuni, con sus ojos astutos observaba todo lo que ocurría, y podía verse una sonrisa maligna dibujándose en sus finos labios. También vio a Radheya, el noble Radheya, el ser mas generoso de todos los tiempos. ¡Desdichado de él! Narada, como en un cuadro, veía la muerte de Radheya a manos de su hermano, el cual ni siquiera le conocía como tal. Vio a los hijos del rey ciego siendo aniquilados por Bhima. Vio el campo de batalla, el gran Kurukshetra, sembrado con los cuerpos de infinidad de kshatryas. Bhagadatta, Vinda, Anuvinda y toda esta galaxia de príncipes yacían muertos en el campo de batalla. Desapegado como él estaba de las ataduras físicas, la mente de Narada estaba sumida en un sentimiento de inmensa lástima por cada uno de aquellos príncipes que estaban ya sentenciados a muerte.

VI

KRISHNA, EL INVITADO DE HONOR

La coronación había llegado a su fin, y después de esto era deber del rey el agasajar a los invitados. Bishma se dirigió a Yudishthira y le dijo:

—Yudishthira, hijo mío, estos reyes y rishis han venido aquí para rendirte honores y para bendecir el yaga con su presencia. Ahora es tu deber agasajarles y darles la bienvenida a cada uno de ellos con la ceremonia del arghya. Es justo que muestres tu agradecimiento a todos estos reyes y sabios, pero debes primero elegir a uno entre ellos como invitado de honor.

Debes escoger a uno de ellos y ése debe ser adorado primero que nadie.

Yudishthira se encontraba en un apuro por la tarea tan delicada que se le había encomendado y dijo:

—Mi señor, yo soy ignorante en estos asuntos, tú eres mi abuelo. Tú eres quien debe decirme a quién debería yo asignar el asiento de honor.

Bishma permaneció en silencio por unos instantes y luego dijo:

—En esta grande y gloriosa asamblea de príncipes de todas las casas nobles, Krishna brilla como el sol que resplandece desde el interior de cada uno de sus rayos. Sin él, el salón perdería toda su grandeza. El es la persona que te sugiero como la más grande de todas.

Yudishthira estaba inmensamente feliz de poder rendir honores a Krishna, el cual significaba todo para él. Para los pandavas, la palabra Krishna se relacionaba con todo lo que era querido o sagrado. Yudishthira pidió a Sahadeva que trajera los utensilios necesarios para la coronación. Sahadeva se sentó a los pies de Krishna. Brotándole lágrimas de los ojos, puso sus manos en los benditos pies de Krishna y los lavó con todo su amor. La ceremonia del arghya había concluido. El Puja se había celebrado. Y del cielo llovieron bellísimas flores sobre Krishna y Sahadeva.

El silencio reinaba en la asamblea. A algunos de los héroes no les habían gustado los honores que le rindieron a Krishna. No parecía haberles agradado aquella elección. Se miraban unos a otros en silencio o en desacuerdo, pero nadie se atrevió a abrir la boca, excepto Sisupala, señor de los chedis, el cual no pudo tolerar el insulto infligido a los demás reyes, ni tampoco soportar la veneración de que había sido objeto Krishna.

Cuando finalizó el Puja, había caído una lluvia de flores sobre Krishna y Sahadeva y todo el salón quedó en silencio; nadie dijo ni una sola palabra. Mas el silencio apenas duró unos instantes: una sonora carcajada despertó a la asamblea con un sobresalto. Sisupala, puesto de pie, dijo: —¡Muy bonito; de verdad, muy bonito! He aquí que un bastardo pide consejo al hijo de un río, éste se lo da y le rinden honores especiales a un pastor, considerándole como el mejor entre todos nosotros. Luego, el Puja lo realiza otro bastardo y los cielos derraman una lluvia de flores sobre esta bella escena mientras los reyes, que son grandes guerreros celosos de su honra, observan la ceremonia parados y boquiabiertos como torpes animales. ¿Es que se puede decir algo más? ¡Muy bonito; de verdad, muy bonito!—Dicho esto, Sisupala se volvió a sentar. Nadie se atrevía a pronunciar palabra alguna, y Sisupala, riéndose de nuevo, se dirigió a Yudishthira diciendo:—Mi querido Yudishthira, o es que tu visión llega mucho más allá de la nuestra, o es que estás ciego: habiendo tantas personas en esta asamblea que pudieran ser merecedoras de este honor, no veo la razón por la que se te ha ocurrido esta decisión tan absurda. Siempre creí que los pandavas eran príncipes que estaban dotados de un sentido adecuado del decoro. Nunca te hubiera creído capaz de hacer algo tan erróneo. ¡Mira! ¡Observa esta asamblea de reyes!: habiendo tantos aquí presentes, es una completa locura pensar que este hombre, hijo dé un pastor, sea el más grande de todos. Salta a la vista que no tienes mucho discernimiento. ¿No te das cuenta de que has ofendido a muchos de los monarcas aquí presentes? Vinimos a asistir al yaga de tu Rajasuya, pero no porque no seamos suficientemente poderosos como para desafiarte, sino porque tenemos un gran respeto por ti.

Teníamos la impresión de que tú eras una persona justa y asistimos a esta ceremonia únicamente por complacerte.

Bhima, al oír aquello apretaba los puños de rabia. Arjuna, con labios temblorosos, intentaba captar la mirada de su hermano mayor para que este le diera permiso para empuñar su Gandiva. Los ojos de Sahadeva escupían fuego y Nakula ya tenía su mano puesta en la empuñadura de su espada. Sin embargo, Krishna permanecía tranquilo y, mirándoles, sonrió y dijo:

—No os excitéis, dejádmelo a mí.

Mientras, Sisupala continuaba con su alocución diciendo: —Ahí está Vasudeva, que es el más anciano de los reyes aquí reunidos. También está tu suegro Drupada. Si hubieras querido honrar la experiencia de los años, habrías elegido a Vasudeva; si hubieras querido honrar a algún pariente, aquí tenías a Drupada. Si crees que tus acharyas son dignos de respeto, aquí está Drona y también Kripa y Aswatthama. Si era un hombre que siempre practique penitencias lo que querías, aquí tenías al honorable Vyasa. O si querías un gran héroe, he aquí a Bishma. ¿Cómo es que habiendo en este salón una representación tan amplia de héroes has escogido a Krishna para ocupar el asiento de honor? Si tenías intención de honrar a un arquero, aquí está Ekalavya, el hijo de Hiranyadhanus, que es ahora uno de los mejores arqueros, mucho mejor que tu hermano Arjuna. También está Radheya el alumno favorito del gran Bhargava, el cual

es uno de los pocos que ha derrotado a Jarasandha, hazaña que resultó imposible para tu invitado de honor. Y no sólo eso, sino que también es el mejor arquero. Y aún con todo, has elegido a Krishna sin ni siquiera fijarte en él. ¿Y qué me dices de Bhagadatta? ¿y de Kalinga? ¿y de Virata? ¿y de Dantavaktra? ¿y de Salya? ¿y qué me dirías de Salva? ¿y de Kambhoja? ¿y de Vinda? ¿y de Anuvinda? Yudishthira, ¿es que estás loco? ¿piensas que Krishna es más grande que todos éstos? Si crees que ha sido un acierto, estás desgraciadamente equivocado. Este hombre no es ni tu guru ni tu cuñado ni tampoco a quien ahora tienes que pacificar a toda costa. Parece como si nos hubieras pedido a todos que asistiéramos a este Rajasuya solamente para insultarnos. Hasta ahora te teníamos como un hombre justo; después de esto, toda tu reputación se ha ido abajo.

Nadie osaba hablar. La voz de Sisupala retumbaba en la sala y todos le escuchaban atentamente. Subiendo su tono de voz según creía su furia, continuó diciendo:

—Me siento profundamente insultado. Hasta ahora, todo lo que Krishna ha conseguido ha sido mediante engaño. Asesinó a su tío Kamsa cuando éste estaba dormido. Se llevó a tus ingenuos hermanos a la gran colina de Girivaja a casa de Jarasandha. Quizá pensasteis que fue allí para ayudaros. Pues no, mi amigo Jarasandha era el único hombre a quien Krishna no pudo ganarle con sus dulces palabras. Krishna siempre le tuvo un miedo atroz, así que, usando como herramienta a este estúpido de Bhima, le aniquiló. No tiene sentido que ofrezcas el agrapuja a este pastor. Es algo tan tonto como dar tu hija a un eunuco o como poner algo hermoso ante los ojos de un ciego. Los demás que hay aquí reunidos quizá puedan soportar este insulto, ¡pero yo no! —Después de decir estas palabras, Sisupala salió del sabha como un león furioso.

Yudishthira fue tras él intentando tranquilizarle, pues estaba muy disgustado por el curso que habían tomado los acontecimientos, y le dijo:

—No debes hablar así. El consejo que me dio mi abuelo fue aceptado por todos los aquí presentes. Si te he herido o te he insultado, lo siento, debes perdonarme. No tenía intención de insultarte, ni a ti ni a nadie, cuando rendí estos honores a Krishna. Para nosotros él es el más importante que nadie en este mundo.

Cuando parecía que las palabras de Yudishthira habían tranquilizado a Sisupala, Bishma intervino y dijo: —Yudishthira ¿cómo podría él, con su estrecha visión apreciar la grandeza de Krishna? Lo propio es que a Krishna le honremos, no solamente nosotros, sino todos los habitantes de los tres mundos. No conozco a ninguna otra persona que le pueda corresponder un honor tan alto. En cuanto a Sisupala, no hagas caso de sus locos reproches motivados por sus celos.

Luego Sahadeva dijo a Sisupala:

—Hice lo correcto; para nosotros no hay nadie más grande que Krishna. El es nuestro guru, nuestro amigo y nuestro buen consejero. El es todo para nosotros. Si no te agradan los honores que hemos rendido a Krishna, estoy dispuesto a luchar contra tí. Estás insultando a Krishna: no creas que se te permitirá vivir impunemente después de lo que has dicho.

Los ojos de Sisupala estaban ya rojos de ira; sus amigos estaban también furiosos, cruzándose entre ellos miradas iracundas. Todo el salón retumbaba con las voces de los reyes encolerizados y podía oírse el tañido del hierro al desenvainar sus espadas. Yudishthira le dijo a Bishma:

—Tengo miedo de que se exalten los ánimos de los reyes, no sé qué podemos hacer. Por favor, dime qué debemos hacer en este crítico momento.

Bishma le dijo:

—No ternas, hijo mío. Apenas es un perrito ladrándole a un león. No debemos ni hacerle caso. Dejémosle hablar, parece que le agrada escucharse a sí mismo.

Sisupala al oír esto no pudo aguantar la indiferencia con que Bishma se refirió a él, y empezó a vomitar insultos contra él. Se burlaba de Bishma y de su así llamada justicia, alegando que sólo era hipocresía. Continuó lanzando miles de insultos sobre el experimentado anciano de la casa de los kurus. Se reía de él y de su voto, ese voto que para Bishma era la cosa más sagrada. Le llamó eunuco y que nunca había tenido a una mujer, no porque quisiera ser fiel a su voto, sino porque era simplemente un eunuco. Le llamó hijo de un río, utilizando esta denominación en la forma más hiriente, refiriéndose a que un río siempre fluye de niveles más altos hacia niveles más bajos y que él, como hijo de un río, tenía esta misma tendencia a ir descendiendo a estados inferiores hasta llegar a los estados más bajos de conciencia. Este era el insulto más grande que se le ocurrió a Sisupala. Todo el salón estaba estupefacto ante el atrevimiento de aquel hombre que había osado insultar a Ganga, la madre de Bishma y el más santo de los ríos, cuya fuente eran los pies del señor Vishnu y cuya desembocadura eran los cabellos rizados de Sankara, el señor de los señores. Bhima, después de oír aquello no pudo controlarse más y mirando a Bishma le dijo:

—Abuelo, ¿cómo permaneces callado? Aquí hay un hombre insultándote a ti y a Krishna; hablando mal de vosotros dos que sois para nosotros más queridos que nuestras propias vidas. Te ruego que me dejes la oportunidad de matarle, tengo que aniquilar a Sisupala.

Bishma, sin embargo, le dijo:

—No te precipites, Bhima. Ha sido dispuesto por los dioses que sea Krishna quien mate a este hombre. Debe encontrar su muerte en manos de Krishna y sólo de él.

Dejemos todo en sus manos. Ahora te relataré la historia de Sisupala y te contaré la profecía que dice que Krishna será quien pondrá fin a su vida.

VII

LA MUERTE DE SISUPALA

Entonces Bishma dijo:

"-Sisupala nació con tres ojos y cuatro brazos. Mientras sus padres se horrorizaban de la monstruosidad que habían engendrado, una voz habló desde los cielos y les dijo que el ojo y los brazos que le sobraban desaparecerían cuando colocaran al niño en el regazo del hombre que un día sería el causante de su muerte. La madre, preocupada por el futuro de su hijo, lo puso en el regazo de todos los que venían a verle. Un día, cuando Krishna y Balarama fueron a ver al niño de Damaghosha, ella colocó el niño en su regazo, tal y como acostumbraba a hacerlo con todos. Tan pronto como el niño tocó el regazo de Krishna se le desprendieron sus brazos y su ojo adicionales. La madre de Sisupala se puso muy triste al saber que su hijo sería un día aniquilado por su propio primo Krishna. Ella era la hermana de Vasudeva y pidió a Krishna que tuviera clemencia con el niño. Krishna estaba apenado de ver la aflicción de su tía y le dijo:

"-No te preocupes, perdonaré incluso un centenar de insultos que tu hijo me inflija.

Intentaré no lastimarle.

"Pasó el tiempo y Rukmi, el hijo de Bishmaka, se hizo un gran amigo de Sisupala y quiso entregarle a su hermana para que fuera su esposa. Pero ella estaba enamorada de Krishna, y se lo hizo saber, por lo que Krishna se la llevó con él justo en el mismo día que se tenía que casar con Sisupala. Desde entonces Sisupala guardó siempre un profundo odio hacia Krishna y no podía soportar oír cómo le alababan, ni ver los honores de que era objeto. Son comprensibles los celos de un hombre mediocre por alguien superior a él. Sisupala ha estado profiriendo un río interminable de insultos contra Krishna y ya ha rebasado hace tiempo los cien insultos que Krishna había prometido perdonarle. Sólo es cuestión de unos momentos, Krishna hará lo que se debe hacer. No te precipites, Bhima. El destino castigará a Sisupala por sus malas acciones.

Aquí se acabó la paciencia de Sisupala quien, cansado de tantas palabras, desafió a Bishma y a Krishna diciendo: —Venid, luchad conmigo. Dejemos que el mundo vea quién es el mejor. Esto no es como raptar una novia y escapar con ella sin tener que luchar con nadie. Ni es como robar las ropas de indefensas mujeres que se bañan en el río o engañar a los maridos de la gopis para robar su amor. Krishna, estoy proponiéndote una lucha hombre a hombre.

Veamos si por una vez puedes luchar cara a cara.

Krishna confiaba evitar este altercado tan desagradable pues amaba demasiado a Yudishthira y no quería estropear el Rajasuya con la muerte de Sisupala, así pues, intentaba ignorar los insultos. No perdió la calma a pesar de estar siendo provocado tan deliberada e incisivamente por Sisupala, pero por otro lado no podía rehusar aquel desafío. Tenía que aceptarlo; era norma entre los kshatryas no rehusar jamás ningún desafío. De mala gana, Krishna se preparó para luchar contra aquel provocador y Bishma le llevó al carro.

Krishna dirigiéndose a los reyes que allí había reunidos les dijo:

—Deseo que toda esta asamblea conozca los muchos crímenes de los que es culpable este hombre. Desde el comienzo, ha sido un enemigo a muerte de la casa de los Vrishnis, siempre les ha odiado. Una vez que yo me había ido a una ciudad llamada Pragjyotisha, entró en la ciudad de Dwaraka y la incendió. Otra vez, estando mi abuelo Ugrasena con todos los suyos en la colina de Raitavaka les asaltó y les maltrató. También en otra ocasión después de que mi padre, que es tío suyo, había despedido al caballo de sus ceremonias, él lo capturó con el único propósito de perturbar el sacrificio de mi padre. Este es el hombre que roba las esposas a los demás. El raptó e intimidó a la mujer de Babhruvahana, un yadava, cuando viajaba a Sanvira. Y también se llevó a otra doncella llamada Bhadra. También raptó muchas mujeres de Dwaraka, solamente por complacer al rey de Karusha y a él misino. La razón por la que Sisupala era amigo de Jarasandha era que éste era enemigo de la casa de los Vrishnis.

Sisupala ha estado constantemente causándonos problemas. Ya os he contado algunos y no dispongo de tiempo ni de paciencia para enumerar todas las atrocidades que ha cometido este hombre. Yo ya le hubiera aniquilado hace tiempo, pero siempre me contuve, debido a la promesa hecha a su madre, de que le perdonaría incluso después de que me insultara cien veces. Aunque esa cifra hace tiempo que fue sobrepasada, yo todavía mantenía mi paciencia.

Mas ahora él me ha desafiado. No me gustaría que hoy ocurriese nada desagradable, pero debo aniquilar a este pecador pues él se ha buscado su propia muerte. No puedo soportar por más tiempo los insultos que está profiriendo contra mí y contra Bishma, el anciano kuru.

Estoy dispuesto a luchar y liberar al mundo de semejante pecador.

Krishna subió al carro que conducía Daruka. Sisupala con los ojos encendidos por la ira miraba a Krishna como una polilla hipnotizada por el fulgor de una llama. Los reyes, aturdidos por el inesperado curso que habían tomado los acontecimientos, permanecieron allí de pie observándolo todo. Yudishthira era el que estaba más apenado. Vio varios presagios fatídicos, por lo que se dirigió a donde estaba Narada para que éste le explicara el significado de aquellos presagios. Narada le dijo que todos

ellos señalaban la manifestación de una gran calamidad, y que era inminente la muerte de Sisupala. Esto deprimió mucho a Yudishthira pues él odiaba aquella clase de situaciones fueran por el motivo que fueran. El observaba la lucha con la mirada triste, mientras Bishma, que parecía como si hubiera rejuvenecido súbitamente, contemplaba el combate sonriente con un brillo destelleante en sus ojos y una sonrisa en sus labios.

La lucha estaba tocando a su fin. Krishna con una mirada de infinito amor en sus ojos levantó su chakra y lo lanzó contra Sisupala. El chakra voló como un sol surcando los aires y cortando de un solo tajo la cabeza, la separó del cuerpo de Sisupala, el cual se desplomó al suelo como un gran árbol abatido por un repentino golpe de hacha. Tras esto surgió un resplandor del cuerpo inerte de Sisupala, que en vez de elevarse al firmamento, se dirigió a donde estaba Krishna fundiéndose en sus benditos pies. De todos los que allí habían observado aquello, nadie excepto el mismo Krishna podía entenderlo, ni podían tampoco comprender la mirada de infinito amor y felicidad que se dibujaba en su rostro. Acababa de cumplir parte de la promesa hecha a sus amados siervos, Jaya y Vijaya, pues uno de ellos ya había sido liberado para siempre de la esclavitud humana. Muy pronto le llegaría el turno a Dantavaktra. Estos eran los pensamientos que ocupaban la mente de Krishna. Tras la muerte de Sisupala, se sucedieron terribles conmociones en la naturaleza. Los cielos dejaban caer sus lluvias sin razón alguna y se sucedían los terremotos, mientras que los mares amenazaban con desbordar sus límites. Aquellos presagios auguraban terribles calamidades debido a su muerte. De acuerdo a la interpretación de los rishis que allí se habían reunido, ésto tenía un terrible significado para el mundo entero.

La mayoría de los reyes se enojaron con Krishna por lo que había hecho y aunque los amigos de los pandavas estaban muy complacidos, la impresión general era más de descontento que de aprobación. Sin embargo, nadie se atrevió a manifestar su opinión. El gran Rajasuya que había tenido tan buen comienzo, terminó desastrosamente. Aquel incidente había arruinado la felicidad de todos, mas nada se podía hacer al respecto. Nada puede detener el curso del destino.

VIII

LA RISA DE DRAYPADI

Los reyes se disponían a irse ya hacia sus respectivos países. Yudishthira estaba muy ocupado honrándoles debidamente y también rindió honores a los grandes rishis que habían favorecido el Rajasuya con su presencia. Krishna fue a donde él estaba y le dijo que había llegado el momento de regresar a su ciudad, que tenía que volver a Dwaraka. Yudishthira le dejó que se fuera, aunque de muy mala gana. Krishna se despidió de ellos con miradas sonrientes y cariñosas, recibiendo a su vez los honores de todos los pandavas, Draypadi, Subhadra y Kunti. Los pandavas, como de costumbre, cogieron las riendas de sus caballos y le acompañaron parte del camino y luego volvieron a Indraprastha. La despedida de Krishna les dejó un sentimiento de tristeza y abandono, porque Krishna era para ellos su misma vida.

No podían imaginarse que aquella iba a ser la última vez que le darían la despedida desde Indraprastha.

No sabían el horrible destino que les esperaba. Iban a perder lo que tenían en unos pocos días. Su próximo encuentro con Krishna sería en el bosque de Kamyaka.

Los pandavas volvieron a la ciudad, que parecía vacía después de haberse ido todos los huéspedes. Todos excepto Duryodhana, Dussasana, Sakuni y Radheya que se quedaron para ver el sabha. Yudishthira estaba muy complacido con el hecho de que se quedasen. Se sentía halagado. Pasaba horas con ellos y trataba de hacer su estancia tan agradable como fuera posible.

Vyasa se acercó a Yudishthira para despedirse de él, pues iba a irse ya. Yudishthira se postró a sus pies, después de honrarle, para recibir sus bendiciones de despedida. Vyasa le dijo:

—Por la gracia de Dios, has realizado el Rajasuya y te has convertido en señor de la tierra. Has hecho lo que tu padre deseó que hicieras y le has complacido. Me siento feliz. Por favor, déjame ir, ahora que he visto la realización del Rajasuya.

Yudishthira dijo:

—Mi señor, quiero que me digas el significado de los presagios que siguieron a la muerte de Sisupala. Los sabios dicen que no auguran nada bueno para el mundo. Narada dijo que a este mundo le espera una horrible calamidad. Por favor, dime qué va a ocurrir.

El rostro de Vyasa se tornó serio y triste, y mirando tiernamente a Yudishthira, el rey de la tierra, le dijo: —Tienes razón, hijo mío, este acontecimiento, la muerte de Sisupala, fue un infortunio. Los malos augurios lo han corroborado y significa que sobre ti recaerá un hechizo de mala suerte que durará catorce años, eso no es todo. El destino ha planeado que tú seas la causa de la destrucción de todos los kshatryas borrándolos de la faz de esta tierra. Las malas acciones de Duryodhana, el poder de Bhima y de Arjuna y la ira de tu reina Draypadi serán los instrumentos para la destrucción universal. Veo que te sientes infeliz al oír mis palabras, pero no tienes por qué afligirte; los caminos del destino no pueden ser comprendidos por el hombre ni tampoco pueden ser alterados por él.

Vyasa se marchó después de estas ambiguas palabras de consuelo. Yudishthira estaba sumido en la desesperación más profunda. El hecho de que él iba a ser la causa de la muerte de todos los kshatryas del mundo era algo que no podía asimilar. No podía comprenderlo ni podía hablar con nadie al respecto.

Duryodhana, mientras tanto, estaba paseando por el gran salón de Maya. Nunca antes había visto algo igual. Estaba sorprendido por la belleza y esplendor de la creación de Maya.

Que esta buena fortuna hubiera recaído sobre los pandavas era algo que no podía soportar.

Este sabha tenía unas características peculiares, fue construido por el arquitecto de los asuras, que había instalado allí varios artilugios: la persona que mirara el sabha sintiendo en su corazón celos por su propietario, se vería afectada por algunos de los ingenios que había allí, produciéndole alucinaciones. Cuando Duryodhana iba caminando vio algo que parecía un estanque de agua, se acercó más y le pareció que era sólo el decorado del suelo, que estaba incrustado con hermosas losas de mármol; se sonrió y siguió adelante. Pero de hecho era un estanque de mármol lleno de agua clara, no obstante para los ojos celosos de Duryodhana no parecía que fuera así. El pobre príncipe cayó dentro y se empapó completamente. Incluso los muchos sirvientes que le rodeaban rieron al ver cómo había sido engañado Duryodhana. Por orden de Yudishthira le dieron ropas secas para que se cambiase. Yudishthira estaba muy preocupado por esto, pero Bhima, Arjuna y los mellizos con su reina Draypadi se reían a carcajadas al verle tan descompuesto. Pero la cosa no acabó ahí; otros percances de este tipo se añadieron a su dolor.

Siguió andando y llegó a lo que él pensaba que era otro estanque con agua y con mucho cuidado trató de bordearlo, pero de hecho esta vez no era agua, y nuevamente se produjeron risas y comentarios jocosos. Luego se dirigió hacia lo que él creía que era una puerta de salida, pero no había tal puerta, por lo que se golpeó la cabeza contra la sólida pared haciéndose daño; esto ya fue coreado por un estruendo de carcajadas. Draypadi se reía de él y de su humillación sin poderse contener. Aquello fue horrible

para Duryodhana, el cual disimulaba aparentando que no le importaba, pero salió fuera del sabha lleno de ira.

Dejó Indraprastha y a los pandavas con su corazón a punto de romperse. No habló con nadie, ni siquiera con sus queridos hermanos y amigos. Y en cuanto llegó a Hastinapura se sentó solo en su habitación durante horas recordando el modo como se había burlado de él la Providencia. "Creo que los pandavas están favorecidos por los dioses. Cuando se les mandó a Varanavata estaba seguro que nunca más les volvería a ver, pero el tonto de Purochana lo estropeó todo y se hicieron incluso más fuertes de lo que eran antes, convirtiéndose en los hijos políticos del poderoso Drupada. Nos deshicimos de ellos concediéndoles un estipendio de tierras estériles y las han hecho florecer. Y por si fuera poco ahora se han convertido en dueños del mundo. Yudishthira ha realizado el Rajasuya y ha sido aclamado como monarca de toda la tierra." Pensamientos como estos pasaban uno tras otro por su mente. Pasó días y noches en soledad sin hablar con nadie, acariciando a solas el dolor de su corazón.

Los celos que rondaban el corazón de este príncipe, desafortunado desde la niñez, se transformaron en odio; odio que se había convertido en una obsesión para él. Era diferente a su padre en algunas cosas; su padre, por ejemplo, era un hombre avaricioso, pero en el caso de Duryodhana, la avaricia no era lo peor, era algo más que eso. La avaricia de Dhritarashtra estaba en su corazón, era un cobarde, ya que ocultaba sus pensamientos con una capa de hipocresía, pero Duryodhana odiaba la hipocresía, él era franco. No le gustaban los complicados razonamientos de su padre, para el que la precaución era su máxima consigna.

Dhritarashtra no se atrevía a expresar sus sentimientos, pero Duryodhana se manifestaba abiertamente sin ocultarlos.

No estará de más tratar de ver qué hacía ser así al príncipe. Duryodhana era un príncipe noble, el hecho de haber coronado a Radheya como rey de Anga, fue suficiente para probar que su segunda naturaleza era la generosidad. Incluso, cuando estaba gobernando el reino durante los trece años memorables, se comentaba que la gente era feliz bajo su gobierno. Era un buen hombre pero estaba bajo el hechizo de un gran defecto: la envidia.

Era una persona de naturaleza dulce con su gente y sus amigos pero su envidia por los cinco pandavas era un fuego que consumía toda su vida. Esto produjo su caída.

Cuando Drona llegó por primera vez a Hastinapura se encontró con todos los príncipes, y estaba encantado con la conducta de Arjuna. Llamó a Aswatthama y le dijo:

—Mi, querido Arjuna, de ahora en adelante mi hijo Aswatthama será tu eterno amigo.

Pero Aswatthama por su parte no eligió como amigo a Arjuna, sino a Duryodhana, convirtiéndose en su compañero fiel e incondicional. Al final se sacrificó él mismo y todo cuanto tenía por el bien de su amigo. No dudó en cometer el crimen más horrible; la masacre a medianoche en el campo de los pandavas. Y lo hizo para complacer a Duryodhana.

De nuevo vale la pena observar que, cuando comenzó la gran guerra, los pandavas con toda su rectitud sólo disponían de siete aksuhinis de tropas en contra de las once de Duryodhana. Todo el mundo sabía que la causa de los pandavas era justa y que la conducta de Duryodhana era imperdonable, pero no obstante tenía mayor número de hombres de su lado que los pandavas, cuyos aliados estaban allí junto a ellos por lazos de sangre más que por otro motivo. Bishma, el anciano kuru, lucharía por Duryodhana. También Bhagadatta lucharía de su lado. E incluso Salya, que se dirigía a los pandavas con la noble intención de ayudarles, fue subyugado de tal modo por el encanto de Duryodhana, que le prometió que lucharía de su lado contra los hijos de su hermana. En verdad este desafortunado y desdichado príncipe debió estar dotado con un gran encanto y un gran magnetismo. Radheya que era un hombre tan justo, estaba tan enamorado de Duryodhana que murió luchando por su injusta causa.

Incluso Balarama prefirió el amor de Duryodhana al de Bhima.

Un príncipe así, con un corazón tan grande, capaz de tanta generosidad, y dotado de todas las artes que agraciaban a un verdadero kshatrya, terminó convirtiéndose en un esclavo de esta dominante pasión; en verdad fue trágico. Si no hubiera sido por esto, Duryodhana hubiera sido grande en verdad.

IX

EL SABNA DE JAYANTA

Sakuni no podía dejar que las cosas continuaran así durante mucho tiempo y trató de hablar con Duryodhana una y otra vez y finalmente lo consiguió. Duryodhana le contó todo lo que había ocurrido en Indraprastha y luego añadió:

—Hasta que no contemple la destrucción de los pandavas no podré ser feliz. Tengo que conseguir quitarles todo lo que tienen... Tío, dices que me amas; si de verdad me amas, entonces piensa en un plan que me haga el dueño del mundo. Sakuni dijo:

—Mi querido hijo, has visto por ti mismo cuán poderosos se han vuelto. Nunca serán derrotados si luchamos con ellos en una guerra, pero yo tengo un arma que es más poderosa que el mismo hierro. Yo puedo hacer tuya toda esa riqueza, sin derramar

una sola gota de sangre y sin que se te achaque ninguna culpa. Sal de esa depresión y escúchame.

Duryodhana no podía creer lo que oía, escuchando a su tío revelarle su astuto complot.

Sakuni, con su macabra sonrisa jugueteando en sus delgados labios, le dijo a su sobrino:

—El gran Yudishthira tiene una debilidad terrible: el juego.

Duryodhana no sabía lo que estaba tratando de decir y esperó que su tío continuara.

Sakuni siguió diciendo: —Yudishthira, como te dije antes, tiene una terrible debilidad. Le gusta el juego, pero no sabe jugar. Utilizaré esto para que sirva a nuestros fines, pues yo soy extremadamente hábil arrojando los dados. No hay nadie en este mundo que pueda jugar contra mí y ganarme. Haré lo que tú quieres usando mi habilidad. Debes invitar a Yudishthira a un juego de dados. Yo haré que se juegue todo su reino. Debes decírselo a tu padre y conseguir su permiso. El resto será tan fácil como quitar un juguete de las manos de un niño.

Lo haré por ti: obtén el permiso de tu padre.

Duryodhana dijo:

—Tú podrás convencer a mi padre mejor que yo de la seguridad de esta estrategia, la seguridad es el lema de mi padre, siempre tiene miedo de Vidura. Tío, debes dirigirte a mi padre y convencerle de que éste es un plan seguro.

Sakuni consintió en hacerlo. Este perverso consejero del príncipe fue al rey y le contó que Duryodhana estaba muy infeliz desde que volvió de Indraprastha. Le dijo:

—Debes llamarle y confortarle. No está bien que tu hijo mayor sea tan infeliz.

El rey mandó llamar a su hijo y le dijo:

—Duryodhana, ¿qué es lo que oigo?, ¿qué es lo que te ha hecho tan infeliz? Te quiero más que a mi propia vida. Dime la causa de tu depresión y, si puedo, trataré de solucionarlo.

Duryodhana le dijo:

—Te contaré la causa de mi depresión. —Y le contó a su padre todo lo que había ocurrido en Indraprastha. Le habló de la envidia que estaba consumiendo su corazón. Le dijo:

Mientras la estrella de los pandavas está en su ascenso, ¿qué hay de sorprendente en que me sienta infeliz? ¿Esperas acaso que cante las glorias de esos "buenos muchachos", para usar tus palabras? Parece que vosotros no hacéis más que alabarles. Les odio y quiero sus riquezas; quiero que su gloria se extinga, los quiero ver destruidos. No puedo ser feliz hasta que esto se consiga.

Sakuni pensó que había llegado el momento apropiado y sacó a relucir el tema del juego, diciéndole al rey lo fácil que le sería ganar todo lo que Duryodhana quería tan ansiosamente. Dijo:

—Hazles venir a nuestra Hastinapura. Yudishthira se jugará toda su fortuna, estoy seguro de ello.

Duryodhana intervino después de esta sugerencia. Dijo: —Debes permitirlo, padre, debes hacerlo.

Dhritarashtra tenía miedo y dijo:

—No sé si mis ministros lo permitirán, debo consultarles.

Duryodhana estaba impaciente y añadió:

—Padre, ú sabes demasiado bien que tus ministros, conducidos por el tío Vidura, nunca lo aprobarán. Si les consultas y ratas de mantenerme alejado de estos "pensamientos pecaminosos", como te encanta decir, puedes estar seguro que m mataré. Lo haré. —Permaneció callado durante un momento y luego añadió:— Entonces podrás ser feliz con tu amado Yudishthira, la imagen del Dharma. Y tu amado Vidura, la otra imagen del Dharma.

No necesitas pensar en mí.

Dhritarashtra tuvo que consentir. Dijo:

—De acuerdo, no le preguntaré a nadie. Sakuni, ve y consigue a unos arquitectos que construyan un hermoso salón en Jayanta, el suburbio de Hastinapura. Cuando esté acabado, puedes invitar a los hijos de Pandu a ver ese nuevo sabha. Allí podrás celebrar tu juego de dados. Lo dejo todo en vuestras manos.

Eso era lo que ellos querían. Sakuni y Duryodhana se fueron con sus corazones cantando de alegría.

La construcción del sabha comenzó y las noticias llegaron a Vidura, el cual se dirigió al rey y le dijo: —¿Qué es lo que oigo acerca de que se está construyendo un sabha en ayanta? He oído que los pandavas van a ser invitados. ¿Cuál es la razón que hay detrás de esta repentina hospitalidad. También he oído que se va a jugar una partida de dados. ¿Qué es lo que te propones, hermano mío? Los pandavas so felices en su lejana ciudad. Tú y tu hijo Duryodhana os habéis liberado de ellos. ¿No puedes ser feliz ahora? ¿No estás satisfecho? ¿Por qué eres tan despiadado con los hijos de tu hermano? ¡Eres realmente cruel! —A Dhritarashtra no le gustaban las palabras de Vidura. Vidura continuó con sus argumentos. Le dijo:— Esta empresa no es buena para ti. Este juego de dados será el causante de nuevas disputas. Por favor, detén los preparativos.

Dhritarashtra, con voz quejumbrosa, le dijo:

—Nada d eso ocurrirá. Después de todo, los dados son un juego de príncipes. Sólo será un pasatiempo para pasar un buen rato. En mi presencia y en la de Bishma, no pasará nada.

Incluso si al o ocurriera, no será demasiado malo: digas lo que digas, o pase lo que pase, este juego de dados tiene mi beneplácito y mi total aprobación.

Vidura estaba extremadamente disgustado con las palabras de su hermano y con su conducta, pero tenía que callarse. El rey parecía inclinado a destruirse a sí mismo y también a su hijo.

La construcción del sabha había finalizado y Dhritarashtra estaba incluso más emocionado que Duryodhana. Mandó llamar a Vidura y le dijo:

—Quiero que vayas a Khandavaprastha. Debes decir a mi hijo Yudishthira estas palabras, que expresan mi deseo: "He construido un hermoso sabha y he oído que también Maya ha construido un hermoso sabha para ti. Ven a ver mi sabha. Quiero que vengas y pases algunos días conmigo. Puedes pasar momentos muy felices jugando a los dados que tanto te gustan." Yudishthira no me desobedecerá. El vendrá. Tráele aquí tan pronto como puedas.

El pobre Vidura hizo otro intento infructuoso para evitar la calamidad. Pero el anciano rey estaba decidido.

Con el corazón apesadumbrado, Vidura dejó Hastinapura.

X

LA INVITACION AL JUEGO DE DADOS

Yudishthira recibió a Vidura con gran afecto. Los hijos de Pandu estaban muy orgullosos de su tío. Después de haberse sentado, Yudishthira miró a Vidura y le dijo:

—Tío, no te veo feliz, pareces triste, ¿no te encuentras bien? ¿o se encuentra alguien mal en Hastinapura? ¿cómo va la salud de mi tío? ¿por qué se te ve tan infeliz? Por favor, dímelo.

Vidura dijo:

—Tu tío disfruta de una salud excelente y también sus hijos, nadie está enfermo.

Dhritarashtra te manda un mensaje conmigo.

Vidura repitió las palabras que le había dicho el rey. Yudisbthira estaba intrigado por el mensaje, conocía a su tío lo suficiente como para sospechar que algo tramaba. Pero el mensaje era bastante inocuo. Permaneció unos momentos en silencio y luego dijo:

—En todo esto veo una doble intención. Dices que el rey quiere que vayamos a Hastinapura a participar en un juego de dados con sus hijos. Tengo el sentimiento de que el juego de dados es la clave de todo este asunto. Este es el propósito del rey, ahora puedo verlo.

Creo que el juego de dados será un motivo de disputa entre los hijos de Dhritarashtra y los hijos de Pandu. Estoy ansioso por conocer tu opinión, tío, ¿no estás de acuerdo conmigo?

Vidura dijo:

—Ese es el motivo de mi tristeza, sé que no es correcto practicar este juego de azar. Traté de convencer a mi hermano de que estaba mal lo que se proponía hacer, pero no hizo caso de mis palabras y me envió aquí con estas órdenes. Yudishthira se imaginaba hasta cierto punto las consecuencias que podría tener el juego de dados y le preguntó a Vidura: —¿Puedes decirme quiénes son los que pretenden participar en el juego.

Vidura le dio los nombres:

—Sakuni, el malvado tío de Duryodhana y tres de sus hermanos: Vivimsati, Punumitra y Chitrasena. Estos son los oponentes que tendrás en el juego.

Yudishthira dijo:

—Han seleccionado a los jugadores más inteligentes. A mí me tienta mucho el juego y Sakuni es un verdadero brujo arrojando los dados, pero, ¿qué puedo hacer? Todo lo que ocurre en este inundo ha sido ordenado por el Creador. ¿Qué podemos hacer cuando el destino ya ha planeado el modo en que van a ocurrir los hechos? Me siento impotente. El rey conoce mi principio de no desobedecer nunca las órdenes de mis mayores. Este reino que tengo no le pertenece a Dhritarashtra y no tengo por qué obedecerle. Si un padre se porta como tal con su hijo, entonces el hijo debe obedecerle, pero este padre mío no tiene una buena disposición hacia mí. Está molesto por mi buena fortuna y me tiene celos. Me ha invitado a ver su sabha y dice que quiere pasar unos cuantos días con nosotros, pero yo sé que él no está interesado en que vaya a pasar allí un buen rato ni en mostrarme su nuevo sabha, lo único que quiere es provocar un juego de dados con apuestas, lo veo claramente. Detesto jugar a los dados sabiendo que conduce al mal, pero hay una ley por la que se debe obedecer a los mayores. También hay una ley entre los kshatryas por la que has de jugar siempre que se te invite y que no debes negarte. Mi tío te ha mandado a buscarme porque sabe estas cosas: sabe que no le desobedeceré aunque puedo hacerlo. Dejémoslo todo en manos del destino. Te acompañaré a la odiosa ciudad de Hastinapura.

Yudishthira se dirigió a Hastinapura acompañado por Kunti, Draypadi y sus hermanos, por requerimiento del tirano rey y del cruel destino, que también le empujaba.

XI

YUDISHTHIRA PIERDE SUS RIQUEZAS, A SUS HERMANOS Y A DRAYPADI

Los pandavas llegaron muy pronto a Hastinapura y los kurus les dieron la bienvenida muy cordialmente, haciendo excelentes arreglos para su estancia. Sus aposentos estaban lujosamente amueblados y había muchos sirvientes para atenderles. Después de haber saludado a los mayores y a sus primos, los pandavas se dirigieron a sus aposentos pasando allí una noche muy agradable y feliz. Estaban gratamente sorprendidos de ver el esmero con que los kurus habían hecho los arreglos para que pasaran una estancia agradable en Hastinapura.

Parecía como si por una vez el rey fuera sincero en su deseo de tenerlos consigo durante unos días.

El día amaneció: era el día que se iba a quedar grabado en sus memorias como el día más terrible de sus vidas. Se levantaron temprano. Después de bañarse en agua perfumada y vestirse con bellos atuendos, los pandavas abandonaron sus aposentos. Duryodhana y los demás llevaron a los pandavas a Jayantapura, para enseñarles el nuevo sabha, que había servido de excusa para traer a los pandavas a Hastinapura. Caminaron durante un rato por los muchos salones y corredores, haciendo comentarios elogiosos por cortesía. Los kurus tampoco estaban entusiasmados de oír aquellas palabras halagadoras; les era indiferente.

Todos sus pensamientos estaban centrados en el juego de dados. Ya habían acabado de ver el edificio y todos volvieron a Hastinapura. Sakuni sugirió que deberían sentarse y jugar a los dados. Yudishthira dijo que no jugaría, ya que ese juego era frecuentemente causa de muchas cosas desagradables y que destruía la amistad; que era veneno. Sakuni dijo:

—Yudishthira, hablas de cosas poco probables. Después de todo, lo que estoy sugiriendo es un juego y no nos estamos jugando todas nuestras posesiones. Este juego es tan bueno como cualquier otro para pasar el rato.

Yudishthira dijo:

—No entiendes lo que te digo; no me parece justo ganar riquezas mediante artimañas y, a pesar de todo lo que se diga o se haga, este juego es una artimaña. El sabio se convierte en tonto cuando pone sus manos sobre los dados; le roba al hombre su capacidad de discernimiento, es como el vino, que destruye las buenas cualidades del hombre. Una vez que le coge la fiebre, nada puede curarle. Este juego es algo que

debe evitarse como si fuera una horrible enfermedad. Dejamos a un lado este juego de dados.

Sakuni se burló de él diciéndole:

—El pobre Yudishthira acaba de adquirir riquezas de su gran Rajasuya y no quiere desprenderse de ellas. Después de todo para él eso es algo nuevo, dejemos que las conserve;

Yudishthira, no tienes porqué jugar si tienes miedo de aceptar el desafío.

A Yudishthira le molestó el tono de la voz de Sakuni y le contestó:

—No tengo miedo ni quiero riquezas como tú; sabes demasiado bien que no puedo rechazar jugar una vez que se me desafía, tendré que jugar. Sé que el destino es más poderoso que toda la sabiduría de un hombre, quiero saber quién va a ser mi oponente y cuál va a ser la apuesta.

Duryodhana dijo:

—Apuesto todas las piedras preciosas y riquezas que tú apuestes, mi tío Sakuni jugará por mí.

Yudishthira dijo:

—Esa no es la regla en absoluto, nunca he oído que se pueda. jugar por otro en este juego, tú debes jugar y hacer la apuesta.

Sakuni dijo:

—Yo no veo nada de malo en este arreglo. Es evidente que quieres evitar jugar poniendo una excusa u otra, si no quieres jugar dínoslo francamente.

Yudishthira no pudo añadir palabra alguna. La sala se llenó lentamente: Bishma, Drona, Kripa, Vidura, todos estaban allí, el rey también estaba. Y el juego comenzó. Los dados fueron arrojados y Yudishthira anunció su apuesta: sus joyas, sus piedras preciosas y su riqueza. El príncipe Duryodhana dijo:

—Pongo mi riqueza en contra de la suya, aquí está.

Sakuni cogió los dados en sus manos, los sacudió hábilmente y los arrojó al suelo. —¡Gano! —dijo Sakuni.

Yudishthira dio centenares de monedas de oro y collares hechos con piedras preciosas, el príncipe hizo la misma apuesta. Los dados se arrojaron una vez más y de

nuevo toda la gente de la sala pudo escuchar la voz de Sakuni proclamando: " ¡Gano!" El silencio se apoderó de la sala. El juego siguió, la fiebre ya había entrado en la sangre del pobre Yudishthira, el cual siguió perdiendo juego tras juego.

El "gano" de Sakuni era la única palabra que de forma monótona y repetitiva rompía el silencio de la sala, ya ni siquiera era una exclamación de júbilo.

Yudishthira siguió perdiendo una y otra vez. Perdió sus joyas, sus carros, su oro, sus caballos, su riqueza, sus elefantes, su ejército, sus esclavos, su tesoro, su granero, sus vasijas: el demonio de Sakuni se lo estaba tragando todo sentado allí con su persistente voz provocativa, proclamando: "gano." Vidura pensó que era el momento de que alguien interviniera. Le dijo al rey:

—Mi señor, tienes que hacer caso a mis palabras incluso aunque no sean de tu agrado. Al hombre enfermo no le gusta la medicina que le prescribe el médico, pero debe tomarla si tiene deseo de curarse. Debes recordar el momento en que nació este querido hijo tuyo, entonces aparecieron terribles presagios de malos augurios, tú me preguntaste por qué y yo te dije que tu hijo sería la causa de la destrucción del mundo, yo te sugería que le mataras para salvar al mundo y no me escuchaste. Ahora, al menos, créeme cuando te digo que ha llegado el momento en que los hechos prueban que la profecía es cierta, el mundo se enfrentará a una gran destrucción si el juego sigue adelante. La injusticia que se les está haciendo a los pandavas no quedará sin castigo. Sufrirás grandes dolores en tu vejez por la muerte de tus hijos; sí, de todos tus hijos. No trates mal a estos grandes héroes. La avaricia es una cosa terrible y tú estás siendo afectado por esa terrible enfermedad, y también tu hijo la ha heredado de ti. Tu hijo no tiene las agallas de enfrentarse a los pandavas a campo abierto en una guerra de hombres. Les está estafando con la ayuda de ese príncipe entre los embaucadores. Por favor no permitas esto, con toda seguridad acarreará terribles resultados.

Te suplico qué detengas esto.

Vidura no obtuvo del rey ni una sola palabra en respuesta. Después de esto se produjo un profundo silencio, la única música que sonaba era el ruido que hacían los dados al rodar por el suelo y el "gano" de Sakuni. Nadie hablaba. Duryodhana volvió su rostro hacia Vidura, se le acercó y le dijo:

—Mi querido tío, eres grande haciendo alabanzas de las virtudes de otros en nuestra presencia. Desde mi niñez he podido apreciar que sientes predilección por los pandavas, y que yo nunca te he gustado; siempre has tratado de dañarme. Eres muy desagradecido con la mano que te alimenta y estás tratando de matar el afecto natural que me tiene mi padre. Dices que eres nuestro benefactor, pero yo no creo que sea verdad, de hecho creo que no es verdad. No tienes por qué preocuparte por nosotros, todos estamos muy bien, laméntate sólo por tus sobrinos favoritos, que se convertirán en mendigos en cuestión de momentos gracias a mi verdadero benefactor: mi tío Sakuni. En cuanto a tus advertencias sobre el futuro, no hay nadie que pueda cambiar lo

que el Creador ha escrito, quien me envió a este extraño viaje lleno de acontecimientos llamado vida. Todas las malas o buenas cualidades que yo tenga o cualquier acción que haga ahora o en el futuro ya han sido ordenadas por él, por el que me ha puesto en este viaje. Por favor no te halagues a ti mismo, pensando que las palabras que le digas a mi padre o a mí, pueden cambiar el curso del destino; déjanos solos y por favor no vuelvas a hablar así a mi padre. —Duryodhana se dio la vuelta y se dirigió hacia la plataforma donde se estaba jugando el fatídico juego de dados.

El juego seguía y Sakuni con su sonrisa siniestra dijo: —Creo que has perdido todas tus pertenencias terrenales, Yudishthira, ya no tienes nada. Pero si crees tener algo más que te pertenezca, puedes apostarlo. Me jugaré todo lo que ha ganado el rey hasta ahora: si ganas, puedes pedir que se te devuelva.

La locura del juego había hecho que Yudishthira perdiera la razón, permaneció en silencio por un momento y, de repente, se acordó de algo y dijo:

—Todavía tengo algo que apostar. Este joven oscuro y hermoso: mi hermano Nakula será mi apuesta.

"Gano", dijo Sakuni. Yudishthira dijo:

—El sabio Sahadeva es mi próxima apuesta, no hay nadie como él en este mundo, no me gusta pensar en tener que usarlo como apuesta, pero tengo que hacerlo.

"Gano", repitió la voz de Sakuni. Luego Sakuni dijo: —Has perdido a los hijos de Madri, pero aún tienes dos hermanos más. Evidentemente no crees que sean suficientemente valiosos para usarlos como apuesta y creo que tienes razón. Nakula y Sahadeva te son queridos, por eso les apostaste, y a pesar de que no considerábamos que las apuestas fueran equiparables hemos sido condescendientes y te hemos permitido que los usaras como tu riqueza en contra de la del rey. Pero dejémoslo así, ya que hemos ganado. Considerando a los hermanos que te quedan creo que es justo que pienses que no valen lo suficiente como para considerarlos como apuesta, yo también pienso igual. Pero debes hacer algo si ha de continuar el juego. O tal vez piensas que valen mucho más que los hijos de Madri; quizás esa sea la razón de tu duda. —Sakuni se calló esperando que hablara Yudishthira. Yudishthira estaba extremadamente enfadado con Sakuni por sus hirientes palabras, que le quemaban como fuego en sus entrañas, y le dijo:

—Por favor no digas tales cosas, tu intención es crear enemistad entre nosotros, pero nunca podrás hacerlo. Aquí está Arjuna que no tiene igual en el mundo; él es mi apuesta.

Arrojó los dados y... "gano", dijo Sakuni.

—Aquí está Bhima —dijo Yudishthira—: él es el comandante de mi ejército; Bhima, cuya fuerza es mayor que la de todos vosotros, Bhima es mi siguiente apuesta. ¡Gano! —exclamó Sakuni.

—Yo soy ahora la apuesta —dijo Yudishthira. —¡Gano! —repitió Sakuni.

En ese momento se produjo un silencio sepulcral y en medio de ese silencio, como gotas de fuego líquido, sonaron nuevamente las palabras de Sakuni escurriéndose de sus labios como veneno:

—Todavía tienes a Draypadi, todavía no la has perdido a ella.

Bhima agarró su maza firmemente para arrojársela a la cabeza a Sakuni, pero Arjuna le detuvo con una mirada. Yudishthira, ya completamente fuera de control, dijo:

—Draypadi, la reina de los cinco pandavas, es mi apuesta ahora.

Los dados fueron arrojados por última vez y por última vez resonó la sala con el triunfante "Gano" de Sakuni. Todo se había perdido.

XII

DRAYPADI, ESCLAVA DE DURYODHANA

La sala entera estaba inmersa en un terrible silencio. Vidura, suspirando agitadamente, se sentó con la cabeza entre sus manos, mirando al suelo como si estuviera pidiendo perdón a la madre tierra por la gran injusticia que se había cometido. Bishma y los demás estaban consternados y confusos. Dhritarashtra era el único que estaba feliz y no paraba de decir: —¿Quién ha ganado ahora? ¿quién? ¿quién?

Poco después todo el salón retumbaba con los gritos de júbilo de los kurus. Duryodhana fue a donde estaba Sakuni y le abrazó con todo su amor, diciendo:

—En verdad, éste es el día más feliz de mi vida, y lo debo a ti, solamente a ti, mi querido tío. —Duryodhana luego dijo:— Vidura, tío mío, ahora Draypadi es nuestra esclava, ve y tráela ante nuestra presencia y que habite en los aposentos reservados para los criados. Debe empezar a familiarizarse con sus nuevas obligaciones.

Vidura se levantó y dijo:

—Duryodhana, aún no es demasiado tarde. No sigas. Te comportas como un cervatillo que sin darse cuenta está provocando al tigre. Debes considerar a estos pandavas como serpientes peligrosas que escupen veneno. No les provoques. Draypadi no es esclava tuya y no debe ser insultada; Yudishthira no tenía derecho a apostarla, ya nada le pertenecía una vez perdida su misma vida. No me cabe la menor duda de esto. Quizá no te gusten mis palabras y creas que no actúo como un buen consejero. Pero no es así. Únicamente te estoy advirtiendo contra la terrible ira de los pandavas. Si no prestas atención a mis palabras, tú, junto con tus hermanos y amigos, seréis destruidos un día. Los infiernos ya están preparándose para recibir a las huestes de la casa de los kurus. —Vidura terminó de hablar pero nadie le hizo caso, por lo que sollozando y lleno de pena añadió:— ¿Qué puedo hacer? No hay nadie más ciego que aquél que no desea ver, ni nadie más sordo que quien se niega a escuchar. No podéis imaginaros lo que el destino tiene reservado para vosotros.

Entonces Duryodhana dijo:

—Ya hemos escuchado demasiado a este pobre hombre que no sabe hablar de otra cosa. —Y girando la vista miró a uno de sus siervos de la corte al que llamó ante su presencia y en mitad de todos los sabios, ancianos y hombres justos, le dijo:— Pratikami, ve a los aposentos de las mujeres y dile a la esclava Draypadi que ahora nos pertenece y que requerimos su presencia, pues el príncipe kuru, su amo y señor, quiere que se apersone en la corte. —Duryodhana, viendo el miedo que reinaba en los ojos de ese sirviente, dijo:— ¿Acaso tienes miedo de la ira de los pandavas, que hace un rato estaba describiendo mi tío? ¿es que no sabes que a Vidura nunca le hemos gustado, ni tampoco nuestra forma de proceder? No temas, pues ahora los cinco pandavas son nuestros esclavos.

El sirviente se dirigió a los apartamentos de las reinas y dijo a Draypadi:

—Draypadi, ahora eres esclava de Duryodhana, pues tu marido Yudishthira, obsesionado por el juego, ha apostado tu persona y ha perdido en este juego con los kurus. Duryodhana, tu amo y señor, desea que vayas a la corte.

Draypadi, completamente atónita por lo que acababa de oír, dijo: —¿Qué es lo que estás diciendo? ¿A qué te refieres? ¿Acaso no tenía mi marido ninguna otra cosa que apostar? ¿Es que ha perdido la razón? ¿Cómo ha podido apostar a su propia esposa de esta manera?

El siervo le dijo:

—Lo que te he dicho es cierto. El rey primero perdió todas sus posesiones. Luego apostó a sus hermanos, uno por uno, después a él mismo y finalmente te apostó a ti, perdiéndolo todo.

Después de oír esto, Draypadi le dijo:

—Regresa —a la corte, habla con Yudishthira y averigua si primero se apostó él a sí mismo o a mí, y luego ven con la respuesta que obtengas.

El sirviente volvió a la corte y relató lo sucedido y mirando a Yudishthira dijo:

—Ella quiere saber si la apostaste primero a ella en el juego o si antes ya habías perdido tu propia vida. Yudishthira al oír las palabras del sirviente, sintió como si se le escapara el aliento del cuerpo y no pudo contestar la pregunta de Draypadi. Duryodhana se enojó mucho y dijo: —Que venga aquí esa mujer y se lo pregunte ella misma. El sirviente se dirigió de nuevo a donde estaba Draypadi y le contó como Yudishthira había permanecido en silencio sin responder a su pregunta y le comunicó las órdenes que Duryodhana le había dado. Luego agregó:

—Ahora sé que ha comenzado la destrucción de los kurus, pues este insulto que te han hecho será la causa de la destrucción de nuestro príncipe Duryodhana.

Sin embargo, Draypadi no desistía de su postura y le dijo: —Regresa de nuevo a la corte y pregúntale a mi marido qué es lo que debo hacer, le obedeceré a él y a nadie más.

El sirviente volvió y llevó este mensaje a Yudishthira quien agachando la cabeza dijo:

—Dile que quiero que venga y consulte con los ancianos si lo que hice estuvo bien o fue un error.

Al oír esto, el asustado sirviente, temeroso de la ira de Draypadi, no se atrevía a ir otra vez ante ella. Duryodhana viendo esto, miró a su hermano Dussasana y le dijo:

—Dussasana, parece que este sirviente tiene miedo. Debes ir tú a los aposentos de las mujeres y traer a Draypadi a la corte. ¿Qué puede hacerte ella? Ahora es nuestra esclava.

El joven hermano del príncipe se levantó, se dirigió hacia las estancias de las reinas.

Entró y se quedó de pie riéndose ante Draypadi. Luego dijo: —¡Vamos, ven!, nuestro príncipe Duryodhana te ha ganado en el juego. Ya no tienes porqué temer a tus amados maridos. Puedes venir sin ninguna vacilación. Lo justo ahora es que centres tus ojos de loto en el monarca de los kurus.

Al oír esto, Draypadi saltó de su asiento como si algo le hubiese picado. Dussasana se divertía contemplando la situación y riéndose a carcajadas le decía:

—No seas tan recatada, después de todo, nosotros somos primos de tus maridos.

Ella le miró con una expresión salvaje en sus ojos y salió corriendo hacia los aposentos de Gandhari. Dussasana enfurecido corrió tras ella, hasta que logró agarrarla por sus largos cabellos negros. Esto era algo terrible, pues sus cabellos habían sido purificados por las aguas sagradas, durante la celebración del Rajasuya. La atrapó agarrándola por el pelo, sin saber que estaba tocando una serpiente que con toda seguridad le causaría la muerte. Dussasana la llevó arrastrándola hacia la corte. Ella ofrecía el aspecto de un árbol azotado por un vendaval. Nada ni nadie oía sus desgarradoras súplicas de auxilio. Dussasana le decía:

—Eres nuestra esclava, la esclava del príncipe Duryodhana, pues él te ha ganado en un juego de dados. Tu marido Yudishthira te usó a ti como apuesta y perdió, y ahora quiere que vengas a la corte, para que consultes con los ancianos este sutil asunto. En cuanto a mí, fue el rey quien me ordenó que te llevara a la corte: si te niegas a ir te llevaré a rastras.

Draypadi, arrastrada por el pelo, con el vestido empapado por las lágrimas y desaliñado por el rudo trato de que era objeto, hizo su entrada en la corte.

XIII

LA PREGUNTA DE DRAYPADI

Draypadi ya había vertido todas sus lágrimas, sus ojos estaban inyectados de ira. Con una voz palpitante de furia e indignación, gritó:

—Veo que en esta gran asamblea hay grandes personajes, ancianos e esta antigua casa de los kurus, conocidos todos ellos desde tiempo inmemorial por el Dharma que residía en ellos.

Todos estáis aquí presentes, sin embargo, la injusticia ha anidad en vuestras mentes. ¿Puede ser esto posible? He aquí un hombre que, embriagado por el poder, pide a su cruel hermanó que traiga a rastras a la corte a una indefensa mujer. Y todos vosotros os quedáis mirando impasibles. Aquí está i marido, el cual es la imagen misma del Dharma. Todos vosotros sois harto conocidos como estrictos observadores del Dharma. Es verdad que la justicia ha desaparecido de esta corte, donde se permiten tamañas atrocidades.

"La ecuanimidad que distinguía a la casa de los kurus se ha escapado saltando sus murallas y ahora mora lejos de este lugar. Ancianos de la corte, en vuestra presencia pregunté a mi marido que me aclarara una duda de todo este juego, pues quería saber a quién perdió primero: si a mí o a él mismo. Y no solamente no se me dio una respuesta, sino que además este hombre ha tenido el atrevimiento de traerme aquí a rastras. Cuando personas como Bishma y Drona permiten esto, es que no existe en esta corte nada que podamos denominar Dharma. Os lo preguntaré otra vez, mi pregunta es muy simple: ¿Debo considerarme esclava de este hombre, o soy libre?

Draypadi miró a sus maridos, hirviendo de ira; les miraba con rabia, tratando de avivar la ira que había en ellos hasta convertirla en una llamarada. Yudishthira hubiera deseado encontrar la muerte en aquel mismo momento. No le importaba mucho el haber perdido sus riquezas, ni su reino, ni todo lo que un día fue suyo, pero los ojos encolerizados de Draypadi quemándole con el fuego de su ira, era peor para él que mil flechas traicioneras disparadas por un enemigo. Y sin poder resistirlo, bajó la cabeza.

Luego Draypadi miró a Bishma y le dijo:

—Tú eres asiento de toda ciencia y sabiduría. Se dice que no hay nadie más sabio que tú.

Abuelo mío, ¿puedes tú decirme si soy o no, una esclava?

A lo cual contestó Bishma:

—La verdad no estoy muy seguro de poder darte la contestación adecuada a tu pregunta, pues las sutiles sombras del Dharma son difíciles de comprender. Por un lado no le es posible a un hombre apostar algo después de que él mismo ha perdido todo derecho sobre su persona, por haber apostado y perdido su propia vida. Según eso, Yudishthira no tenía derecho a apostarte. Pero hay otro aspecto que tenemos que considerar y es que un hombre tiene derecho sobre su mujer, sea él libre o no. Puede decirse que es de su propiedad incluso después de haber perdido su derecho sobre su misma persona. Y según esto, no me atrevería a asegurar que tú eres libre. Yudishthira sabía que Sakuni es un maestro consumado en el arte de tirar los dados, sin embargo aceptó gustoso jugar con él, y a pesar de que estaba siendo derrotado, continuaba jugando una y otra vez, hasta que llegó a utilizarte a ti como objeto de apuesta. No puedo contestar a tu pregunta.

Draypadi estaba furiosa y le dijo:

—Hablas como si mi esposo hubiera aceptado de buena gana jugar este juego. Fue tu querido nieto Duryodhana y su tío quienes le desafiaron a jugar, Yudishthira no quería y ya se lo había dicho repetidas veces a su tío Vidura en Indraprastha. Sin embargo fue forzado a participar en este juego fraudulento. Sakuni, sabiendo que él no era un jugador hábil, le obligó a jugar con él, que es un reputado experto en el arte de tirar los dados. Mi esposo no tenía ninguna posibilidad en absoluto de ganar. Y vosotros, sabiéndolo, continuábais mirando. ¿Acaso no veíais esta injusticia? ¿No sabíais que era un juego sucio? Teníais que haberlo detenido. Tú eres el tío del rey, mas ni uno sólo de vosotros hizo nada para pararlo, ni tampoco reprendiste a este pecador de Duryodhana por lo que estaba haciendo. ¡Decidme ahora que mi esposo accedió a jugar de buena gana y que gustosamente me utilizó como objeto de apuesta! Cuando él perdió su vida y me anunció a mí como su próxima apuesta, ¿acaso no le podíais haber interrumpido y proclamado que eso no era correcto? Ruego que escuchéis mis palabras. Requiero una respuesta de esta corte.

Donde no hay ancianos preceptores no hay corte. Pero sólo se pueden considerar como tales aquellos que manifiestan la verdad, y donde no hay verdad no hay justicia, y no puede haber verdad donde se da cobijo a la obstinación.

Dussasana, riéndose a carcajadas miró a Draypadi, de cuyos ojos brotaban lágrimas y cuyas palabras parecían fuego, y le dijo:

—Eres la esclava de Duryodhana, ¿por qué te preocupas por las sutilezas del Dharma?

Eres una esclava, tu Dharma es complacer a tu nuevo dueño y señor, Duryodhana, el monarca de los kurus.

Al oír esto, ella le miró como si quisiera quemarle con su mirada, pero no pronunció palabra alguna. Bhima, que temblaba de indignación, como si fuera una hoja al viento, se dirigió a su hermano Yudishthira con encendidas palabras, diciendo:

—Mira el resultado de tu locura. Toda la riqueza que poseíamos, se ha ido. Has apostado todo, absolutamente todo lo que poseíamos, y yo no dije nada, ni siquiera me importó. Luego nos apostaste a nosotros e incluso eso lo aguanté pacientemente, porque tú eres mi guru, mi hermano mayor y somos tuyos para siempre. Pero, mi señor ¡mira cómo este animal ha traído a rastras a Draypadi hasta el salón! ¿Crees que puedo soportar esto? Ya no lo aguanto más.

Sahadeva, tráeme fuego, tengo que quemar las manos de mi hermano.

Arjuna se sentía apenado contemplando la ira de Bhima al igual que por su querido hermano mayor que estaba de pie ante él con la cabeza gacha. Hasta ayer era rey y hoy se había convertido en esclavo de los kurus. Arjuna dijo a Bhima: —¿A qué se debe esta reacción tuya? ¿qué es lo que te ocurre? Nunca antes fuiste tan severo con tu hermano. Siempre le trataste con el respeto que se debe a un padre.

A lo que Bhima contestó:

—Cierto, antes le respetaba pues era diferente. Mas ahora merece que quememos sus manos por lo que ha hecho, y le echemos de aquí. Observa esta escena, ¿no te hierve la sangre? ¿puedes soportarlo?

Arjuna le tranquilizó, diciendo:

—Por supuesto, yo también estoy enfadado, pero ¿no ves acaso que Yudishthira está también muy apenado? Está ardiendo encolerizado consigo mismo; él mismo se quemaría las manos si pudiera. Está totalmente destrozado. No aumentes su desgracia lanzando tu rabia contra él. Los kurus siempre han querido vernos pelear; mas hasta ahora siempre hemos permanecido unidos como si fuéramos uno solo. Si te rebelas contra nuestro querido hermano, sus deseos se verán cumplidos. Creo que ya están suficientemente contentos con lo sucedido.

No aumentes más su dicha, peleando contra tu hermano.

Las palabras de Arjuna no pudieron apaciguar la ira de Bhima, pero consiguieron que se controlara. Era un espectáculo tremendo ver a Bhima conteniéndose por no lanzar su maza contra las cabezas de Duryodhana y Dussasana. Jadeaba reprimiendo su furia, pero tenía que conservar la serenidad.

XIV

DRAYPADI ES ULTRAJADA EN LA CORTE

Viendo la condición en que se encontraban Draypadi y los pandavas, Vikarna, uno de los hijos de Dhritarashtra se sintió conmovido y levantándose, dijo a Draypadi:

—Tienes razón, no existe justicia en esta sala. Todos los que estamos aquí merecemos ser arrojados al infierno por tamaño crimen. Aquí están Bishma, Drona, Dhritarashtra, junto con todos los ancianos y hombres justos que están presentes; ninguno de ellos puso en tela de juicio el hecho de que Yudishthira te propusiera como apuesta. Incluso ahora, ¿por qué permanecéis callados? ¿Acaso no hay nadie entre vosotros que tenga suficiente coraje para decir la verdad, desafiando a Duryodhana? —Todos callaban. Únicamente el silencio respondió a sus valientes palabras, tras las que apretando sus puños con furia añadió:— Bueno, si nadie dice nada, yo diré cuál es mi sentimiento acerca de este asunto. Draypadi no ha sido ganada; el príncipe de los kurus no tiene derecho a llamarla esclava suya, pues en el momento del juego, Yudishthira ya no tenía derecho a usarla como apuesta. He oído decir a los sabios que son cuatro los peligros que acechan en el camino de un rey: el primero es la caza, el segundo la adicción a la bebida, el tercero la pasión por el juego y el cuarto el frecuentar demasiado la compañía de mujeres. Estas cuatro cosas amenazan con hacer que un hombre pierda la razón, como le ha ocurrido esta vez al propio Yudishthira, pues embriagado por la fiebre del juego, llegó a perder la conciencia de lo que estaba haciendo; ya no era responsable de sus acciones.

Hizo cosas realmente absurdas. Cuando Sakuni le desafió de nuevo, Yudishthira a sugerencia del propio Sakuni, propuso a Draypadi como su próxima apuesta. Pero siendo ella esposa de los cinco hermanos pandavas y no únicamente suya, él no tenía ningún derecho a usarla de esta manera. Los argumentos de nuestro abuelo no se ajustan al caso, pues Yudishthira, repito, apostó a Draypadi, sin el consentimiento de sus hermanos. Por lo tanto, ella no puede ser considerada como esclava, ni tampoco que haya sido ganada por el príncipe de los kurus. Ella es libre.

La alocución de Vikarna despertó asombro en todos los presentes, quienes se habían quedado muy sorprendidos por su nítido y conciso discernimiento. Después de sus palabras todos quedaron convencidos de que Draypadi no era una esclava. Pero a Radheya le enfureció la intervención de Vikarna. Se levantó y dijo:

—Vikarna, estás presumiendo demasiado de tu sabiduría. Todos los sabios aquí reunidos, empezando por Bishma, Drona y Dhritarashtra, están convencidos de que Draypadi es una esclava y tú en tu entusiasmo pueril y tu erróneo sentido de

caballerosidad, piensas que todos están equivocados y que eres más sabio que ninguno. Si ella no es una esclava, y si sus maridos piensan que ella no es una esclava, ¿crees que hubieran permitido que la trajeran a la corte? Cuando ella mandó el mensaje a través del sirviente, fue el mismo Yudishthira el que le pidió que viniera a la corte. Dices que no es justo llamarla esclava, pero no hay necesidad de considerar el Dharma en el caso de los pandavas; ellos no son justos. ¿Dónde has visto que una mujer sea compartida por cinco hombres? Cuando tal injusticia ha sido cometida por esta gente, no creo que sea incorrecto llevar a Draypadi a la corte del rey. Draypadi no es la típica mujer recatada que jamás ha salido de sus aposentos y que no conoce el mundo. Es una mujer vulgar. No es ningún bochorno para ella aparecer ante tantos hombres en una corte como ésta; no debes preocuparte por eso, es una mujer desvergonzada, no debes temer que su integridad sea ultrajada por el hecho de traerla aquí. Es una esclava como sus señores, ya no tienen derecho a llevar los vestidos que llevan. Dussasana, quítales los vestidos a estos cinco hombres y también a Draypadi y entrégaselos a su amo legítimo: el príncipe.

Oyendo estas crueles palabras de Radheya, los pandavas se quitaron la parte superior de sus vestidos y las arrojaron. Dussasana se dirigió a la reina ultrajada y agarró la parte superior de su vestido y comenzó a quitárselo a la fuerza.

Draypadi estaba desesperada y al borde del desmayo. Miró a sus esposos uno por uno y se dio cuenta que era inútil apelar a ellos, no iban a hacer nada por salvarla del deshonor. Miró aquí y allá esperando que alguien la ayudase, pero nadie se movió. Y dijo:

—He oído que cuando un gran peligro nos amenaza, nada puede ayudarnos excepto la total entrega al Señor. El me ayudará. —Se olvidó de todo y renunció a todo intento de protegerse a sí misma del peligro. Con sus manos juntas, como el capullo de un loto, permaneció quieta con sus ojos cerrados, llorando, mientras sus labios entonaban las alabanzas del Señor:— Krishna, Vasudeva, dicen que Tú eres el último refugio de los desamparados. Tú eres todo para mí. Tú debes saber el peligro que me amenaza. Dicen que estás en todas partes, que estás presente donde el devoto canta tus Glorias; debes estar aquí. Me entrego a ti, depende de ti el salvarme.

Parecía que estaba en trance y que era inmune a las palabras de sus enemigos; no se resistió al ultraje del que estaba siendo víctima por parte de Dussasana, permaneciendo con las manos juntas y con los ojos cerrados.

Dussasana comenzó a tirar de sus ropas, que salían fácilmente ya que ella no estaba tratando de defenderse. La audiencia contemplaba la escena horrorizada. Y entonces vieron manifestarse un milagro: Dussasana estaba tirando de sus ropas, pero éstas se alargaban interminablemente. Usó las dos manos y tiró, pero las ropas seguían prolongándose. No pudo terminar de quitárselas; las ropas se extendían como la infinita bondad de Dios, como las lágrimas de un hombre arrepentido, como los regalos de un hombre generoso; se extendían y se extendían. Al lado de Dussasana, cuya ira

aumentaba por momentos, podía verse un montón de tela que crecía más y más; del montón surgían resplandecientes los siete colores del arco iris; Dussasana ya estaba cansado y no pudo continuar por más tiempo desvistiendo a aquella mujer, que parecía una hechicera; si no ¿cómo podía haber ocurrido esto? Al fin, exhausto, renunció a su intento y se sentó con una expresión de disgusto y fatiga dibujándose en su rostro.

La voz de Bhima rompió el hechizo que había descendido sobre la audiencia. Apretó sus puños, sus fuertes puños, y dijo:

—Escuchadme todos los kshatryas. Si no mato a este pecador de Dussasana y me bebo su sangre, que nunca vea los cielos donde están mis antepasados, que vaya al infierno, que acoge a los peores pecadores. Le arrancaré su corazón y me beberé su sangre: lo juro.

Dussasana y todos los demás se rieron de él. Radheya dijo: —¿Por qué estás callado, Dussasana? Llévatela al cuarto de los sirvientes; haz que se acostumbre a sus nuevos deberes. La pobre Draypadi sollozaba:

—Yo no soy una esclava.

Apeló a todos y cada uno de los ancianos, pero nadie quería ayudarla, todos estaban callados, todo el mundo tenía miedo de Duryodhana; todos excepto Vidura. Una y otra vez dijo que las palabras de Vikarna eran correctas y que ella no era de ningún modo esclava de Duryodhana; pero nadie prestó atención a sus palabras.

Duryodhana sonrió a Draypadi y le dijo:

—Ya no lo digas más, deja de repetir que no eres una esclava, ya lo hemos oído bastante; dejémoslo a un lado de momento. Tus cinco maridos Nakula, Sahadeva, Arjuna, Bhima y Yudishthira, la imagen del Dharma, están todos aquí. Ellos no han intentado hasta ahora contestar tu pregunta ni han tratado de liberarte de tu esclavitud. Permanecieron en silencio, incluso cuando tu honor estaba en peligro, espero que Yudishthira hable. Déjale que él diga si le perteneces a él o a mí. Después de eso decidiremos tu futuro. —Duryodhana esperó con una sonrisa provocativa en sus labios; Yudishthira aún permanecía con la cabeza inclinada y sin pronunciar palabra. Duryodhana soltó una carcajada y le dijo:— ¡Mira, Draypadi! todos tus maridos permanecen callados. Yo contestaré a tu pregunta: ¡eres libre!

Libre para escoger un hombre de entre nosotros; no has nacido para ser una esclava, debes ser la esposa de un monarca. Deja a estos hombres que ya no son los favoritos de la fortuna y elige a alguno de nosotros como tu dueño. Deja que tu marido Yudishthira anuncie a la corte que ya no tiene derecho sobre ti, luego tú misma puedes elegir marido.

Las palabras de Duryodhana eran como dardos afilados. Bhima no podía soportarlas y dijo:

—Os hubiera matado hace mucho tiempo, si no fuera porque respeto a mi hermano.

Cuando él anunció que éramos esclavos de este hombre, aceptamos sus palabras. Para nosotros Yudishthira es más que un dios, le pertenecemos en alma y corazón y aceptamos su palabra como la palabra de Dios. Si no hubiera sido por Yudishthira nunca hubiéramos permitido que ocurriera esta injuria. Cuando nuestro hermano se apostó a sí mismo y consideró que tú le habías ganado, nosotros pensamos que también nos habías ganado en el juego. Si no hubiera sido por esto, ¿crees que este pecador, este Dussasana, habría vivido después de haber tenido la osadía de tocar el pelo de nuestra reina y arrastrarla hasta tu corte? ¿Crees que habría vivido después de eso? ¡Mira mis brazos!, ¡mira su fuerza y su tamaño! Nadie, ni siquiera Indra, puede soportar un apretón de estos brazos. Mis manos han permanecido inmóviles, atadas por los grilletes del Dharma; por respeto a mi hermano y por la advertencia que me ha hecho Arjuna. Si no hubiera sido por Yudishthira ya hubiera arrancado la vida de vuestros cuerpos.

El pobre Bhima respiraba entrecortadamente por el esfuerzo que hacía para controlarse a sí mismo. Su pecho estaba hinchado y le corría el sudor por la cara en pequeños riachuelos, su aliento salía apresuradamente. Era conmovedor ver a este gran héroe forzado a contener sus brazos, para no arrancar la vida a todos los kurus.

Radheya dijo:

—Escúchame, Draypadi, el hecho es que eres una esclava. Una esclava que no tiene posesiones y como tus esposos son esclavos no tienen derecho sobre ti. Los hijos de Dhritarashtra son tus dueños ahora. Ve al harén del rey y elige entre ellos a un marido que no te use como apuesta en un juego de dados. Una mujer que es esclava tiene derecho de elegir un nuevo dueño.

Estas palabras de Radheya entraron como flechas en los oídos de Bhima, el cual miró a Yudishthira y le dijo:

—No culpo a Radheya por lo que dice, sólo está manifestando los derechos de una esclava, te culpo a ti; si no hubieras sido tan tonto ¿crees que nuestros enemigos hubieran tenido oportunidad de hablar así? —Suspirando como silban las serpientes, Bhima tuvo que mantener su cólera bajo control. Duryodhana estaba complacido con las palabras de Radheya y preguntó a Yudishthira:

—Bhima, Nakula, Sahadeva y Arjuna están callados porque no quieren hablar mientras tú estés aquí. Te pregunto a ti; dale a Draypadi una respuesta a su pregunta, ¿la consideras una mujer libre o una esclava?

Yudishthira no replicó. Entonces el pecador Duryodhana intoxicado por el orgullo de poder dañar a otros y aguijoneado por el destino, miró a su amado Radheya con una sonrisa en los ojos. Luego sonriendo despectivamente, miró a Bhima con ojos provocadores y cuando estuvo seguro de haber captado su atención, extendió su muslo izquierdo a Draypadi, proclamándose su amo en un ademán de lasciva soberbia.

XV

LOS TERRIBLES JURAMENTOS

Bhima se dirigió a Duryodhana como una cobra enfurecida, le miró con sus ojos rojos como el metal candente y le dijo:

—Que nunca llegue a los cielos donde están mis antepasados, si no rompo ese muslo. Romperé el muslo de Duryodhana con mi maza o, si no, que me condene a vivir en el infierno para siempre.

Radheya miró con desprecio a Bhima, y dirigiéndose luego a Dussasana le dijo:

—Dussasana, ¿para qué te demoras? Conduce a esta doncella a los aposentos de las mujeres. Duryodhana, te puedes quedar con ella.

Dussasana intentó de nuevo arrastrarla. Ella recurrió a los ancianos una vez más, a Bishma, a Drona, a Dhritaraslitra, pero ninguno habló. Vidura trató en vano de consolarla.

Intentó una vez más recurrir a la debilitada nobleza del rey, pero de nada sirvió.

Bhima habló de nuevo y dijo:

—Voy a matar a Duryodhana. Mi hermano Arjuna matará a Radheya. Este Sakuni, que es tan hábil jugando a los dados, será aniquilado por mi hermano Sahadeva. Os lo digo una vez más, por favor escuchadme todos con atención. Cuando estalle la guerra todo esto sucederá:

Mataré a Duryodhana con mi maza y pondré mi pie sobre su cabeza. Y os aseguro que beberé la sangre del corazón de Dussasana.

Arjuna dijo:

—Bhima, los que viven seguros en sus casas nunca pueden comprender el peligro que les espera afuera. Tus palabras se cumplirán. Todavía no he visto a nadie escapar a la ira de Bhima. La tierra se beberá la sangre de vosotros cuatro: Duryodhana, Dussasana, Sakuni y Radheya. De esto no hay duda. —Arjuna hizo entonces un terrible juramento. Dijo:Declaro solemnemente que obedeceré las órdenes de mi hermano. Mataré a este Radheya y a todos sus seguidores en la guerra. Mataré a todo aquel que sea lo suficientemente necio como para ayudarle. Les enviaré a todos a la mansión del

señor de la muerte. La montaña Himavan puede que cambie de lugar, el sol puede salirse de su órbita señalada y la luna puede perder su tranquila naturaleza; pero yo os aseguro que no faltaré a este terrible juramento que he hecho.

Sahadeva se dirigió a la asamblea y dijo:

—Sakuni, tú eres una mancha en el nombre de los gandharas. Tus queridos dados, no son dados.; son veloces y afiladas flechas que aseguran tu muerte. Juro que te mataré a ti y a todos los tuyos. Espero que tengas el valor de enfrentarte a mí en la guerra, como un hombre. No sé si tendrás el valor de luchar, pero si lo tienes, juro que te mataré. Te lo aseguro. Nakula dijo:

—Mis hermanos han jurado matar a Duryodhana, Dussasana, Radheya y Sakuni; y yo prometo que mataré al hijo de Sakuni. Mataré a Uluka. Morirán todos en manos de los pandavas, en una guerra que con toda seguridad tendrá lugar en un futuro cercano. Estoy seguro de ello.

Llovían flores sobre los pandavas mientras pronunciaban sus juramentos. Arjuna dijo:

—Si por mí fuera no pospondría la muerte de estos pecadores. No quiero esperar a una guerra. Si no hubiera sido por Yudishthira, os hubiéramos matado a todos ahora.

Con sus ojos llenos de ira, sosteniendo el gandiva en su mano y con la respiración entrecortada por la agitación, Arjuna parecía como la muerte misma dispuesta a destruir el mundo de los pecadores. La tierra tembló con pavor ante la ira de Arjuna. Estaba aun más enfadado que Bhima. Yudishthira tomó a Arjuna de su mano con amor y gratitud y le dijo:

—Arjuna, no te pierdas en tu cólera. No te olvides del Dharma arrebatado por tu furia.

Cuando escuché las palabras de Radheya, también hubiera querido reducirle a cenizas, pero hubo algo que contuvo mi ira; mirando a sus pies, sentí cómo mi cólera se disipaba. Los pies de Radheya me recuerdan los benditos pies de nuestra madre. —Arjuna se controló y se produjo un gran silencio en el salón.

Cuando Dhritarashtra se dio cuenta de la gravedad de la situación, ya era demasiado tarde. Oyendo los juramentos de los pandavas, su corazón tembló de miedo y dijo:

—Hijo mío, en tu necedad has insultado la pureza del alma de Draypadi. Tu muerte es ya segura. —Y dirigiéndose a Draypadi en tono pacífico continuó diciendo:—Te concederé lo que quieras, pero, por favor, perdona el comportamiento de este hijo mío, que no sabía lo que hacía.

Draypadi dijo:

—Concédeme por favor esta gracia: libera a mi marido Yudishthira de la esclavitud. Por favor declárale públicamente libre de todo sometimiento a este pecador.

Dhritarashtra así lo hizo y la invitó a que pidiera otra gracia. Esta vez Draypadi liberó a Bhima, Arjuna, Nakula y Sahadeva de su cautiverio.

—Pídeme otra gracia, hija mía —dijo Dhritarashtra esperando pacificarla con estas mercedes. Draypadi dijo:

—No quiero propasar las reglas del Dharma. No seré codiciosa; no debo aceptar más de dos gracias. Mis maridos son ahora libres y estoy más que satisfecha.

Una vez más, fue Radheya quien mirando despectivamente a los pandavas, dijo:

—Afortunadamente para los pandavas, Draypadi ha sido como una barca que les ha salvado cuando estaban a punto de ahogarse. Han tenido la fortuna de que una mujer los haya salvado.

Bhima le habría agredido por estas palabras, pero una vez más Yudishthira le detuvo.

Duryodhana y Radheya, seguidos por la mayor parte de los hijos del rey abandonaron la sala enojados. Estaba claro que no les había gustado la liberación de los pandavas de su cautiverio.

Yudishthira se dirigió a su tío y le dijo:

—Siempre que nos has ordenado algo, te hemos obedecido. Si nos dices qué hemos de hacer ahora, así lo haremos. Dhritarashtra, de forma impulsiva y temblorosa, le dijo: —Estoy complacido contigo y con tu humildad, eres sabio y bueno. Eres noble; debes olvidar las cosas que hoy han ocurrido, el que es bueno sólo ve lo bueno en los demás y no repara en sus defectos. Por favor intenta olvidar los pecados cometidos por Duryodhana. Quiero que recuperes todo lo que hoy perdiste en el juego. Por favor vuelve a tu Khandavaprastha, regresa al país que has estado gobernando. Quiero que te olvides del día de hoy como si fuera un mal sueño. Por favor, no guardes rencor a mi hijo y vuelve en paz a tu casa.

Yudishthira le escuchó con la cabeza inclinada. Abandonó a los ancianos y subiendo al carro con sus hermanos y Draypadi se marcharon en dirección a Indraprastha.

XVI

DE NUEVO EL JUEGO DE DADOS

Dussasana vio cómo se iban los pandavas y corrió hacia donde estaba sentado Duryodhana con Sakuni y Radheya y dijo: —Nuestro padre les ha devuelto todo a los pandavas, ahora mismo van hacia Indraprastha.

Duryodhana estaba furioso y dirigiéndose a su padre le dijo: —¿Qué locura es ésta, padre? Después de todo lo que ha ocurrido, ¿cómo has podido hacer esto? Los pandavas están furiosos como cobras, con veneno en sus corazones y en sus ojos. Ahora son más peligrosos de lo que fueron antes. incluso antes de todo esto, tuvimos que pensar en los medios que usaríamos para quitarles su reino, porque son más poderosos que nosotros. Y tuvimos éxito; fue confiando en eso, por lo que nos atrevimos a insultarles como nunca antes se les insultó. Ahora, habiendo encendido su ira hasta el máximo, les has dado una oportunidad de que se venguen de nosotros. Debías estar fuera de tu juicio para hacer esto, padre. Ahora mismo, Arjuna y Bhima junto con los mellizos deben estar acariciando sus armas y pensando los medios y maneras de cumplir "sus juramentos. ¿Crees que se quedarán quietos después de llegar a Indraprastha? ¿Crees que Drupada se quedará quieto en cuanto oiga el insulto y ultraje que se le ha hecho a su querida hija? ¿Crees que Dhrishtadyumna, el nacido del fuego, se quedará quieto cuando se entere? Tienes que rectificar esta locura tuya.

Duryodhana reflexionó durante un instante y luego le dijo:

—Te diré lo que debes hacer, padre, manda a buscarles de nuevo. Diles esto: "Se jugará de nuevo a los dados y el que gane gobernará todo el reino y el que pierda deberá vivir en el bosque durante doce años. Yudishthira y sus hermanos deberán pasar el treceavo año disfrazados, y si, durante el treceavo año, el año que han de pasar ocultos, se descubre su identidad deberán pasar otros doce años más en el bosque. Vuélvelos a llamar, padre, si les llamas no podrán negarse. Yudishthira no se negará, y estando aquí el tío Sakuni, no es difícil adivinar cómo va a acabar el juego, su exilio en el bosque es seguro, para cuando pasen los trece años, yo habré fortalecido mi posición y no tendrán ninguna opción de volver a ganar su reino.

Nadie en la corte aprobó este vil complot, pero el rey, como de costumbre, era un juguete en las manos de su hijo y su mente fue poseída de nuevo por el pensamiento de que la riqueza de los pandavas sería suya. Gandhari oyó esto y dijo: —Hijo mío, desearía que hubiéramos aceptado el consejo de Vidura y te hubiéramos destruido tan pronto como naciste.

Tú eres la raíz de esta terrible injusticia. Aún no es demasiado tarde, escúchame: Si te arrepientes y desistes de cometer más pecados, los pandavas incluso se olvidarán de sus jurametos y te perdonarán la vida. No coacciones a tu padre, él se deja llevar muy fácilmente.

Dhritarashtra dijo:

—No puedo negarle nada a mi hijo.

Y envió un mensajero a los pandavas pidiéndoles que regresaran a Hastinapura. El mensajero les alcanzó y le dijo a Yudishthira:

—El rey, tu tío, quiere que vuelvas a Hastinapura; quiere que vuelvas a jugar un nuevo juego de dados y en él decidirlo todo.

Yudishthira dijo:

—El Creador ha ordenado las acciones de cada hombre; tanto su buena como su mala fortuna están en las manos del destino. No podemos hacer nada, ni podemos decidir qué hacer, ya ha sido ordenado. Ahora sólo sé una cosa y es que tendré que jugar de nuevo a ese odioso juego, sabiendo muy bien que me va a robar todo lo que tengo; debo ir y jugar de nuevo.

Los pandavas volvieron a Hastinapura.

XVII

EL DESTIERRO DE LOS PANDAVAS

Era la misma sala, los mismos dados y el mismo Sakuni con la misma sonrisa siniestra.

Todo era igual, sólo que en la mente de Yudishthira había una gran infelicidad. Un hombre inferior hubiera expresado sus sentimientos: su ira en contra del rey, pero no él. Yudishthira se sentó y Sakuni enunció las condiciones estipuladas para la apuesta, dijo:

—Toda vuestra fortuna depende de lo que digan los dados, esta vez el ganador será el señor de toda la tierra de los kurus. El perdedor tendrá que vivir en el bosque durante doce años y pasar un año más oculto, no debe ser reconocido, si de algún modo se revelase su identidad, deberá permanecer doce años más en el bosque.

Yudishthira bajó la cabeza asintiendo en silencio. Todo el mundo trató de prevenir de Yudishthira de que no jugase, pero él no escuchaba, su rostro estaba tranquilo como la superficie de un lago. Sakuni cogió los dados en sus manos, los odiosos dados rodaron por el suelo y Sakuni exclamó:

—¡Gano!

Los pandavas se prepararon para el exilio, vistiéndose con atuendos hechos de cortezas de árboles y piel de ciervo, como era la costumbre. Dussasana y los otros hijos de Dhritarashtra se burlaron de ellos, especialmente de Bhima. Bhima estaba furioso. Dussasana viéndole que jadeaba de furia, le llamo "vaca". Los otros hicieron lo mismo mofándose de él.

Bhima estaba ya enfadado de verdad, su furia salía como un río que corre hacia el mar, y dijo:

—Creéis que no os llegará vuestro fin, sólo porque vuestro astuto tío nos ha ganado el reino para vosotros, ¡pero esperad!, esperad al día cuando estalle la guerra. Juro que mataré a los cien hijos del rey y juro de nuevo para recordároslo a todos, que me beberé la sangre de ese Dussasana y le recordaré este momento cuando le esté desgarrando el corazón; lo haré. —Bhima se paró para respirar y luego dijo:— Después de catorce años todos moriréis. —Bhima emprendió el camino andando a pasos largos como un león junto con sus hermanos.

Yudishthira dejó a los ancianos, despidiéndose de cada uno de ellos, ninguno dijo nada, nadie pudo. Vidura dijo: —Dios os protegerá y os ayudará a cumplir todos vuestros juramentos; los hijos de Dhritaraslitra están todos ya sentenciados. Yudishthira, debes esperar que llegue el momento, de nuevo volverán los buenos tiempos, en cuanto a vuestra madre Kunti, dejadla aquí, ella no tiene porqué pasar los doce años en el bosque, yo cuidaré de ella. Yo la protegeré como a mi madre, id en paz, nos volveremos a encontrar. Yudishthira estaba complacido por el interés que mostró Vidura en cuidar a Kunti. Luego se postró ante Bishma y se preparó a partir al gran exilio.

La ciudad estaba sumida en profundo dolor. La gente les observaba mientras caminaban por las anchas calles de la ciudad. Vieron a Draypadi con los ojos rojos por el llanto, su pelo largo y suelto cubría su rostro y sus hombros. También hubo otra escena desconsoladora: la despedida de los hermanos de su madre. Kunti los había visto el día anterior como reyes, mas ahora los veía sin joyas y con sus cuerpos cubiertos de cortezas de árbol y piel de ciervo, andando cabizbajos, les vio despedirse de ella para irse a vivir al bosque como ermitaños. Vio también a Draypadi, y eso le rompió el corazón. Kunti cogió a Draypadi en sus brazos y le dijo:

—Por favor, sé amable con mis hijos, aunque son los culpables del estado en que te encuentras. Tú eres una buena mujer, si no hubiera sido así todos mis hijos y también los kurus hubieran quedado abrasados por tus miradas iracundas. Quieres a tus maridos y por eso están vivos. Yo te bendigo y, por favor, espera que vengan días mejores. Dejo a mi hijo favorito Sahadeva en tus manos, sé para él una madre.

—Que así sea —dijo Draypadi, y se despidió de su suegra limpiándole el polvo de sus pies y emprendió la marcha junto con los pandavas. Kuati los siguió desde cierta distancia. Para ella, aquella escena era demasiado fuerte, lloraba lamentándose en voz alta y su dolor era inconsolable. Los pandavas continuaban alejándose y Vidura condujo a Kunti de vuelta al palacio, tratando de hacerla sobreponerse al dolor. Los pandavas caminaban con rapidez, alejándose de la odiosa ciudad de Hastinapura.

Dhritarashtra se encontraba solo en su habitación y, como tenía miedo de estar solo, mandó llamar a Vidura. Cuando vino, le preguntó:

—Vidura, ¿qué ocurre? Tengo miedo, quiero saber qué dijeron los pandavas cuando se fueron. Quiero que me cuentes cómo abandonaron la ciudad, dímelo todo.

Vidura dijo:

—Todos los ciudadanos de Hastinapura querían acompañar a los pandavas al bosque.

Como Shri Rama cuando se iba de Ayodhya, nuestro querido Yudishthira, con lágrimas en sus ojos se opuso y les invitó a volver a sus casas. Pude ver cómo la gente se

secaba los ojos lagrimosos, unos con sus vestidos, otros con los puños de sus ropas y algunos con las manos. Trataban de seguir a los pandavas con su mirada, pero ni siquiera podían hacer eso porque las lágrimas les cegaban. Vi a Yudishthira caminar con su rostro cubierto con la parte superior de su vestido. Vi alejarse a Bhima, mirando todo el tiempo sus dos poderosas manos.

Vi a Arjuna esparciendo tierra sobre sus pisadas durante todo el camino mientras seguía a su hermano. Vi a Sahadeva con su rostro ennegrecido con tizne y a Nakula con su cuerpo cubierto de polvo y cenizas. También vi a la hermosa Draypadi con su pelo largo y perfumado cubriéndole su cara, lloraba todo el tiempo. Siguiendo a estos seis, vi a su guru Dhaumya que estaba arrancando hierba Kusa mientras recitaba los versos del sagrado Sama Veda; versos en alabanza de Rudra y Yama.

Dhritaraslitra le preguntó si las acciones de los pandavas tenían algún significado.

Vidura dijo:

—Por supuesto que lo tienen, tú y tus hijos podéis olvidar el Dharma, pero no Yudishthira; él es un buen hombre. El sabe que toda la ciudad sería convertida en cenizas si él la mirase con ojos de enfado. Así que para salvar a la ciudad de sus miradas furiosas caminaba con su rostro cubierto. Bhima miraba sus manos mientras caminaba porque los pensamientos de su venganza sobre tus hijos, están siempre en su mente. El que Arjuna esparciera tierra, una lluvia incesante de polvo, es un símbolo de que va a esparcir lluvias de flechas para destruir a toda tu familia. Sahadeva ha oscurecido su rostro porque no quería que nadie le viese, en cuanto a Nakula, es el más hermoso de los cinco y no quería que las mujeres de la ciudad le mirasen con sus ojos llenos de deseo, no quería que tuviesen malos pensamientos, por eso se ha desfigurado con polvo y cenizas. En cuanto a Draypadi con sus ojos llorosos y su cara cubierta por su pelo suelto, es sólo una indicación de que dentro de trece años las mujeres de tu casa tendrán todas la misma apariencia, cuando caminen por las calles de Hastinapura para realizar los ritos funerarios de sus maridos e hijos. El que Dhaumya recogiese hierba Kusa y recitase los himnos del Sama en alabanza a Yama y Rudra muestra que los ritos funerarios de los hijos del rey Dhritaraslitra son inminentes. Los pandavas son hombres de pocas palabras; son hombres de acción. Recuerda hermano que harán todo lo que han prometido, los malos augurios que aparecen en los altos cielos muestran sólo una cosa: destrucción.

Vidura se fue de los aposentos del rey disgustado y furioso. Justo antes de que se fuera apareció el sabio Narada, el cual dijo:

—Dentro de catorce años, todos los kurus serán destruidos. Dhritaraslitra, tú y tus hijos obtendréis los frutos de vuestra injusticia dentro de catorce años. Hasta entonces puedes disfrutar de tu reino y de la riqueza injustamente obtenida. Pero no

olvides ni por un momento que la paz mental de la que ahora gozas es sólo una quimera. Todos tus hijos serán destruidos.

—Narada se fue dejando al rey totalmente aterrorizado y preocupado por el futuro.

Durante varias horas después, el rey permaneció inmerso en profundo dolor. Sanjaya, su cochero y confidente se dirigió hacia él y le dijo —Te las has arreglado para conseguir el mundo entero para ti, ahora posees todo lo que tuvieron los hijos de Pandu, ¿por qué tienes ese aspecto tan deprimido?

El rey le contó la partida de los pandavas, la interpretación de Vidura, la profecía de Narada y sus miedos sobre el futuro. Sanjaya le dijo:

—No estoy apenado por ti en lo más mínimo. Tu conducta en la sala fue imperdonable, te portaste incluso peor que tu hijo. Te estuve observando; no quisiste escuchar las palabras de Vidura. Ahora estás recogiendo los frutos de tus acciones, pecaminosas. En adelante vivirás una vida miserable, temiendo el día en que vuelvan los pandavas y destruyan a tus hijos.

Desde ese día el rey no conoció la paz, pasaba los días y las noches acosado por aquella constante preocupación que le consumía momento a momento. Cuando en aquel día memorable, le dio la espalda al Dharma, la paz abandonó el corazón de Dhritaraslitra.

3ra. Parte

VANA PARVA

1

EL BOSQUE DE KAMYAKA

Los pandavas viajaban rápido. Parecía como si el único pensamiento que hubiera en la mente de Yudishthira fuera alejarse de Hastinapura tan rápido como pudiera. Llegaron a las orillas del río Ganges. Allí había un pequeño refugio campestre llamado Pramanavata.

Pasaron el resto del día y también la noche en aquel refugio. No tenían comida, tan sólo bebieron las aguas puras y dulces del río Ganges, eso era todo lo que poseían.

Con sus cuerpos fatigados hasta el límite, los príncipes y Draypadi pasaron una noche dolorosa bajo las sombras de los árboles: Así transcurrió la primera noche de su exilio.

Les habían acompañado varios brahmanes, a pesar de que Yudishthira les pidió que no lo hicieran, los cuales también pasaron la noche con ellos en Pramanavata.

La noche pasó y por la mañana, Yudishthira se dirigió a los brahmanes y les dijo:

—Hemos sido desterrados al bosque, donde viviremos durante doce años. Tenemos que cazar para comer; tenemos que vivir de frutos, raíces y otras cosas y no podemos agasajaros como lo hubiera hecho en Indraprastha. No os será fácil vivir en el bosque, así que, por favor, volved a la ciudad y abandonadnos a nuestro destino.

Pero los brahmanes estaban decididos y rechazaron volver a la ciudad, no querían abandonarlos. Estaban dispuestos a compartir todas las dificultades con los pandavas. Yudishthira se sentía muy infeliz, porque no tenía medios para alimentar a los brahmanes que le habían seguido, y habló con sus hermanos y su guru Dhaumya al respecto.

Dhaumya le sugirió que debería pedir ayuda al Sol, diciéndole:

—El Sol es el Señor de toda la comida y todas las riquezas de esta tierra. Si le adoras y le pides ayuda, es seguro que te favorecerá.

Yudishthira adoró al Sol poniendo todo su ser en ello, en total concentración sin comer ni dormir. El Sol estaba contento con sus ruegos y se le apareció en persona diciéndole:

—Estoy complacido contigo y tu deseo de agradar a otros. Ya que estás decidido a realizar esta penitencia por esta única razón, te daré comida durante estos doce años. Aquí te entrego este recipiente de cobre. Consérvalo, pues siempre estará lleno. Tan pronto como Draypadi comience a servir, sacando, el alimento del recipiente, obtendrá tanta comida como quiera. Su prodigalidad es infinita.

Yudishthira recibió el recipiente con gratitud. Luego dirigiéndose a sus hermanos y a Dhaumya les dijo:

—Ya ha acabado mi infelicidad. Ahora puedo agasajar a estos brahmanes que dependen de mí.

Todos se pusieron en camino hacia un bosque llamado Kamyaka. Mientras tanto en Hastinapura, Dhritarashtra pasaba días de miseria. Ahora se daba cuenta de lo injusto que había sido con los pandavas, pero no se atrevía a enfrentarse a las consecuencias de sus propias acciones. Mandó llamar a Vidura y le contó sus temores. Le dijo:

—Todo el mundo me mira con desprecio y disgusto. Los ciudadanos no nos aman ni tampoco los otros miembros de la familia real. Soy muy infeliz. Por favor consuélame. Vidura le contestó:

—Sólo puedo sugerirte una cosa, y estoy seguro de que no te gustará. De todos modos te lo diré ya que me lo has pedido. Si realmente te arrepientes de tus pecados, tienes que mandar que traigan de regreso a los pandavas y debes tratar de ponerte a bien con ellos. Deberías devolverles su reino. El hombre, al fin y al cabo, está lleno de pensamientos y acciones pecaminosas. No sabe preveer el futuro y decidir en consecuencia cómo actuar. Pero ahora sabes lo que va a pasar y me has dicho que lamentas lo que les has hecho a tus sobrinos, así que debes arrepentirte. En el fuego del arrepentimiento incluso el peor de los pecados será quemado. En tus manos está ahora deshacer lo que Sakuni te ha coaccionado a hacer. Tendrás una fama duradera si mandas traer de regreso a los pandavas y les devuelves su reino. Si no lo haces, entonces prepárate para enfrentarte a la muerte de todos tus hijos. No pienses ni por un solo momento que las palabras de los pandavas son sólo palabras. Los pandavas son hombres de acción. Ellos harán lo que han jurado hacer. Todavía puedes evitar la tragedia que amenaza recaer sobre ti. Yudishthira es un hombre que nunca guarda rencores. En cuanto sepa que estás arrepentido hará que sus hermanos abandonen también su odio. Así y sólo así, puedes evitar la amenaza que se cierne sobre ti. Debes renunciar a esa predilección por tu hijo. Ese tipo de amor no es sano, ni tampoco bueno.

Dhritarashtra estaba alterado por las palabras de Vidura y le dijo: —¿Cómo puedo hacer algo así? ¿Cómo voy a renunciar a mi amor por mi hijo primogénito por el bien de los hijos de mi hermano? Tus palabras no me agradan. Vine buscando consuelo en ti, pero tú en cambio tratas de herirme y pedirme que haga lo imposible. No te quiero aquí. Ya tanto me da si te quedas, como si te vas. Haz lo que te plazca.

Con estas duras palabras, el rey abandonó el aposento, dejando solo a Vidura. Por primera vez, Vidura no trató de apaciguar al rey. Decidió abandonar Hastinapura y unirse a los pandavas en el bosque.

Los pandavas habían abandonado las orillas del Ganges, cruzando el río Dhrishadvati.

Más tarde llegaron al río Yamuna, lo cruzaron también y siguieron siempre en dirección oeste. A orillas del río Saraswati encontraron un bosque llamado Kamyaka y decidieron pasar allí algún tiempo. Vidura les encontró allí. Había abandonado Hastinapura en un carro tirado por un solo caballo, conduciéndolo él mismo y sin escolta. En aquel bosque encontró a Yudishthira y sus hermanos junto a Draypadi. Estaban rodeados de los brahmanes y habitantes del bosque. Yudishthira estaba exaltado y sorprendido de ver allí a Vidura y les dijo a sus hermanos:

—No puedo comprender por qué viene nuestro tío. Quizá por instrucciones de Sakuni, nuestro querido tío Dhritarashtra nos pide que volvamos a Hastinapura para

un nuevo juego de dados. O quizá, el tío Vidura trae un desafío de guerra por parte de Duryodhana. Si fuera así Bhima se pondría contento y también el Gandiva, el arco de Arjuna. Pero, esperemos y veamos para qué ha venido.

El anciano sé sintió conmovido y triste al contemplar el aspecto que ofrecían los pandavas en el bosque. No obstante, Yudishthira le recibió con palabras reconfortantes quitándole importancia a la situación. Vidura les contó la diferencia de puntos de vista que había surgido entre el rey y él, y repitió las últimas palabras que el rey le dijera: "Ya tanto me da si te quedas como si te vas, haz lo que te plazca. No necesito tu ayuda ni tu consejo para gobernar el reino." —Así que, me he venido con vosotros —dijo Vidura. Yudishthira se sentía emocionado por el cariño que el anciano sentía por ellos. Y juntos pasaron un tiempo.

El rey, por supuesto, no podía vivir sin Vidura, pues era la única persona que amaba, aparte de su hijo. Incluso aunque la mayoría del tiempo le estaba regañando, el rey era feliz en la compañía de Vidura. Sabía que él era la personificación de la bondad y la bondad tiene una fascinación extraña y poderosa para aquellos que no son puros ni buenos. Dhritarashtra no era una excepción a esta regla, echaba de menos la dulce compañía de Vidura. Por lo cual, mandó a Sanjaya, su cochero, que fuera al bosque para traer de vuelta a Vidura. Sanjaya llegó al bosque de Kamyaka y le contó a Vidura el estado en que se encontraba el rey y le dijo que deseaba que volviera a Hastinapura, y le perdonase sus faltas. La súplica fue patética. La gente bondadosa no puede estar enfadada durante mucho tiempo, al menos con aquellos que aman. Vidura amaba a su hermano a pesar de su mezquindad y de todos los errores que estaba cometiendo últimamente. Así pues, dejó a los pandavas y de nuevo volvió a Hastinapura para estar junto a su hermano.

II

LA MALDICION DE MAITREYA

El vieja de Vidura al bosque de Kamyaka y su regreso fueron considerados minuciosamente por Duryodhana y sus seguidores, sentados juntos en asamblea. Duryodhana dijo:

—Mi padre se deja influir más fácilmente por Vidura que incluso por mí. Quizá Vidura le ha convencido de que los pandavas deberían volver y devolvérseles su reino. ¿Qué debemos hacer ahora?

Sakuni estaba sonriente. Dijo:

—Los pandavas son hombres justos. Una vez que han aceptado la condición de que tienen que pasar doce años en el bosque y uno de incógnitos, no romperán su promesa. No se les puede coaccionar a volver. Por otro lado su ira es ahora tan grande que no puede ser apaciguada con simples regalos. ¿No ves que hemos matado todo el afecto que debían tenernos? Tus miedos son infantiles.

Radheya dijo:

—No apruebo de ningún modo estas artimañas de tu tío. ¿Por qué no luchamos?

Reunamos un ejército y ataquémosles en el bosque, podemos destruirles fácilmente. Entonces podremos descansar en paz.

Duryodhana aprobó su sugerencia y decidieron atacar a los pandavas en el bosque.

Vyasa llegó justo a tiempo para detenerles. Le dijo a Dhritarashtra:

—Ya te has causado suficiente daño a ti mismo y a tus hijos. Por favor, no permitas este loco intento de tu impulsivo hijo. De cualquier modo tus hijos están sentenciados. Los príncipes exiliados cobijarán su ira durante trece años y luego, cuando vuelvan de su exilio, el mundo entero será destruido si no se les devuelve su reino. Tú eres la causa de toda esta injusticia. Trata de coaccionar a tu hijo para que haga las paces con ellos. Si no lo hace, que al menos se quede quieto durante estos trece años. Lo que ocurrirá después, no es difícil de adivinar, pero ahora no se debe hacer nada.

El gran sabio Maitreya fue a la corte de los kurus después de la partida de Vyasa. Al oír que venía del bosque, Dhritarashtra le preguntó sobre el bienestar de los pandavas. Maitreya dijo:

—Sí, les vi, de hecho esa es la razón de mi venida. Me quedé sorprendido y conmocionado al oír qué tipo de tratamiento se les ha dado a los hijos de tu hermano. Me han contado todo sobre los acontecimientos que ocurrieron aquí. ¿Cómo pudo suceder esto en la presencia de Bishma y en la tuya? ¿cómo pudo permitirse que ocurriera esto? Parece que os habéis comportado como ladrones, habéis perdido vuestra reputación. —Maitreya requirió que se presentara Duryodhana y le habló con dulces palabras, tratando de convencerle de que su actitud era errónea y que debería mostrarles a los pandavas todo el afecto del que era capaz.

Luego añadió:— También recuerda esto, joven. Ellos son fuertes. Piensa en Bhima y en Arjuna.

Tú ya conoces las muertes de Hidimba, Baka y Jarasandha. Recientemente Bhima también mató a Kirmira. ¿Por qué dudas en hacer la paz con ellos?

Duryodhana no le prestaba ninguna atención a sus palabras. Se sentó con una sonrisa insolente, pretendiendo estar más interesado en trazar dibujos en el suelo con el dedo de su pie y se golpeó el muslo, como si quisiera mostrar al sabio que no le importaban sus palabras.

Maitreya estaba furioso con él por su actitud insultante y le dijo:

—El juramento de Bhima se cumplirá. Yo te maldigo. Perderás la vida cuando Bhima te rompa ese muslo. Dhritarashtra trató de apaciguarle. Maitreya dijo:

—Le he maldecido. Sin embargo, si hace las paces con los pandavas la maldición puede considerarse como nula. —Quiso marcharse, pero el rey quería que se quedara y le hablara de la muerte de Kirmira. El sabio rehusó. Dijo:Todos estáis ardiendo de envidia por esos desafortunados muchachos. No podéis soportar oír las alabanzas de Bhima.

Ahí está Vidura. El la ha oído, preguntadle a él. El os lo contará. —Maitreya se marchó después de decir estas palabras.

Dhritarashtra quería oír sobre la muerte de Kirmira. Vidura le dijo que tres noches después de su partida de Hastinapura, mientras se dirigían al Kamyaka, los pandavas fueron acosados en medio de la noche por un poderoso rakshasa que tenía un aspecto espantoso.

Yudishthira le preguntó que quién era, y respondió que era Kirmira, el hermano de Baka. Le dijo:

—Vivo aquí, matando a todos los animales y seres humanos que son lo suficientemente tontos como para entrar en el bosque. ¿Quién eres tú?

Yudishthira le dijo quién era él y luego presentó a sus hermanos. Tan pronto como oyó que Bhima estaba allí, Kirmira dijo:

—Ha llegado el momento en que satisfaré mi deseo. He estado esperando para vengar las muertes de Hidimba y Baka. Baka era mi hermano y Hidimba era un buen amigo mío. Bhima causó la muerte de estos seres que me eran tan queridos. Podré vengarme. Mataré a Bhima.

Kirmira retó a Bhima a que luchara con él. Arjuna se preparó para ayudar a su hermano, cogiendo su gandiva. Bhima sonrió y dijo:

—Arjuna, no hay necesidad del gandiva. No se necesita a dos para aplastar a este gusano.

Como era costumbre en él, Bhima arrancó un árbol de raíz y comenzó el ataque. La lucha fue terrible, pero al final Bhima cogió a Kirmira apretándole contra sus rodillas y le mató, rompiéndole la espalda.

Vidura dijo:

—Oí todo esto de camino al bosque de Kamyaka, donde están ahora.

La narración de Vidura había acabado. Como había dicho Maitreya, esta historia que indicaba el poder de Bhima, hizo que el rey se quedara pensativo y temeroso.

III

EL JURAMENTO DE KRISHNA

Krishna fue al bosque de Kamyaka a ver a los pandavas. Con él fueron:

Dhrishtadyumna, Dhrishtaketu, el rey de los chedis y los hermanos Kekaya, famosos en el mundo entero por su bravura. Con Krishna fueron todos los héroes de la casa de los Vrishnis.

Estaban conmovidos, al ver la condición de los pandavas y de su reina. Después de que todos se hubieran sentado alrededor de Yudishthira, Krishna dijo:

—La tierra está sedienta de sangre y ella será quien se beberá la sangre de esos pecadores:

Duryodhana, Radheya, Sakuni y Dussasana. Al igual que todos nosotros, los reyes del mundo entero están sorprendidos por lo que ha ocurrido; Yudishthir, no tienes que quedarte en el bosque sólo porque ellos te lo han pedido. No fue un juego limpio, ni tampoco fue correcto de su parte imponerte esta condición. Pongámonos todos en marcha contra la ciudad de Hastinapura. He traído conmigo a mi ejército y también lo han hecho estos héroes. Toda la región de Bharatavarsha está de vuestro lado. Podemos vencer a los kurus fácilmente.

Yudisthira dijo:

—No, Krishna. He hecho algo mal y este exilio es mi expiación por ello. Tengo que pasar por esto y conmigo también mis hermanos y mi amada reina. Inevitablemente tendré que sufrir por lo que hice. Daría cualquier cosa por retroceder al pasado y enmendarlo. Pero no puedo. El destino es inexorable, tengo que sufrir por mis acciones. El gran Vyasa me predijo esta desafortunada etapa cuando estaba en Indraprastha. Por favor perdóname Krishna, pero tengo que rehusar tu ofrecimiento.

Luego Yudishthira se sentó en silencio. Krishna estaba terriblemente enfadado con los kurus. Estaba tan airado como Rudra (Shiva) en la época de la destrucción de los asuras.

Arjuna trató de pacificar a su querido amigo y suavizar la expresión de enfado que afeaba la encantadora cara de Krishna. Krishna le dijo a Yudishthira:

—Tu vida y la mía están atadas la una a la otra. Tú eres mío y yo soy tuyo. Nos pertenecemos el uno al otro. Nadie te puede separar de mí. Aquellos que te aman, son los que me aman a mí y tus enemigos son los míos. No descansaré hasta que destruya a mis enemigos. Si no ahora, dado que te inclinas por seguir las condiciones al pie de la letra, perecerán más adelante. Pero eso es sólo cuestión de tiempo. Haré que esta tierra se humedezca con la sangre de esos lujuriosos kshatryas. Y entonces coronaré al mejor de los hombres: te juro que lo haré. Sí, te lo juro.

Cuando Draypadi vio a su querido Krishna y a su amado hermano Dhrishtadyumna, el dolor de su pena se hizo aún más intenso. Todas las penalidades que había sufrido en aquel día memorable y todos los insultos de los que fue objeto por

parte de Radheya, Duryodhana y Dussasana, se reavivaron de nuevo en su mente. Sollozaba como si su corazón se fuera a romper.

La inmensa ira de Krishna contra los kurus, contrastaba sobremanera con la paciencia de Yudishthira. Draypadi encontró en Krishna un inmenso alivio.

Mirando a Krishna con sus ojos llenos de lágrimas relucientes le dijo:

—Krishna, mírame. Soy la desdichada reina de los cinco grandes pandavas, reputados de ser los héroes más grandes del mundo. Soy la hermana de Dhrishtadyumna, el nacido del fuego. Soy la querida amiga de Krishna. Y aún así me ha ocurrido esto. Me arrastraron hasta. su corte a la fuerza, me dijeron que era la esclava de esos bestias y me insultaron, diciéndome cosas horribles.

"Los ancianos Bishma y Dhritarashtra estaban allí, pero no hicieron nada por evitar ese ultraje. Ni hicieron ni dijeron nada. También quiero hablarte de estos maridos míos. ¿De qué sirve que Bhima matara a cien rakshasas? Y, ¿qué importa si Arjuna luchó contra el mismísimo Indra? ¿De qué sirven las conquistas de Nakula y Sahadeva? ¿Qué me importa si a Yudishthira se le reconoce como el único monarca de esta tierra después de que realizara el Rajasuya? ¿Cómo permitieron que mis cabellos que habían sido purificados por las aguas sagradas durante el Rajasuya fueran tocados por ese Dussasana? Dussasana trató de desvestirme, mientras estos hombres permanecían callados. ¿Puede haber algo más horrible que eso? Si no hubiera sido por tu infinita bondad, me habrían desvestido completamente y estos maridos míos, aún así, habrían permanecido en silencio. Yudishthira habla locuazmente sobre el Dharma, pero ¿no es el Dharma más alto de un marido, el proteger a su esposa cuando la están insultando? ¿No era acaso su deber, rescatar a su esposa de un hombre fuerte que trataba de ultrajarla como ninguna otra mujer haya sido ultrajada antes? Incluso, si hubiera sido cualquier mujer deberían haberse lanzado a su rescate tal y como está escrito en el libro de las leyes. Se llaman a sí mismos kshatryas y no conocen el significado de esa palabra. La caballerosidad ha muerto en el corazón de los hombres. Ya no son hombres.

Las lágrimas de Draypadi fluían sin cesar. No pudo decir nada más. Krishna cogió su rostro entre sus manos y con sus dedos secó cariñosamente sus lágrimas. También los ojos de Krishna estaban llorosos. Trató de confortarla diciéndole:

—Ten paciencia, Draypadi, tus lágrimas no han sido en vano. Las mujeres de la casa de los kurus llorarán también como tú lloras ahora. Cuando las flechas de Arjuna calmen su sed en la sangre de Radheya, llorarán. Cuando las manos de Bhima se tiñan de rojo con la sangre de Dussasana, llorarán. Cuando este pecador de Duryodhana yazga en el campo de batalla con sus muslos destrozados por Bhima, llorarán. Yo te prometo solemnemente que esto ocurrirá.

Nada puede detenerme. Nada. Escucha mi juramento: los cielos pueden caerse desde las alturas, los picos nevados de los Himalayas pueden quebrar y derrumbarse,

los mares pueden secarse y la tierra puede romperse en mil pedazos, pero las palabras de Krishna nunca serán vanas palabras vacías. Un día verás a todos los kurus muertos. No llores, mi querida hermana, no llores. —El furor del sollozo de Draypadi se fue calmando lentamente oyendo las palabras de Krishna, el cual le dijo luego a Yudishthira:— Si hubiera estado en Dwaraka en el momento de tal infortunio y la noticia hubiera llegado a mis oídos, aunque no estaba invitado sin duda me habría presentado en Hastinapura a toda prisa y hubiera detenido ese juego de dados.

Hubiera hecho que Bishma y Dhritarashtra tomaran medidas para evitar este delito. Pero había ido en busca de Salva. Tuve que luchar contra él y Saubha, el cual, para vengar la muerte de su amigo Sisupala, atacó la ciudad de Dwaraka cuando yo estaba fuera, en Indraprastha. Así que, fui a luchar contra ellos. Después de matarlos regresé a toda prisa a Dwaraka, pues los augurios presagiaban una calamidad. Allí en Dwaraka, supe de la injusticia de la que fuisteis objeto. Por eso vine aquí, para veros y hablaros al respecto. Pensé que debía animaros a que lucharais por vuestro reino. Ya hace trece días que estáis en el bosque. De acuerdo a algunas leyes, un día también significa un año. Así que, no, romperías tu promesa si luchas ahora. ¿Qué respondes? — Yudishthira miró a Krishna con una sonrisa en los labios, pero no dijo nada. Krishna le sonrió también y añadió: Será como tú desees, pero el fin de los kurus está cerca. Muy pronto te veremos como rey. Pondré la corona sobre tu cabeza con mis propias manos. De eso puedes estar seguro.

Dhrishtadyumna se despidió de su hermana y de los pandavas y abrazó a su querido amigo Bhima. Los hermanos Kekaya junto con Dhrishtaketu se despidieron también de los pandavas. Todos se fueron, dejando que los hijos de Pandu recapacitaran sobre las alentadoras palabras de Krishna y su solemne juramento.

IV

ESTANCIA EN EL BOSQUE DE DWAITAVANA

Después de la partida de Krishna y de los demás, los pandavas hablaron entre ellos.

Yudishthira dijo:

—Tenemos que pasar doce años en un bosque que no sea fácilmente accesible a la gente de la ciudad. Debe ser un lugar habitado por buena gente; los rishis. ¿A dónde iremos? Arjuna dijo:

—Tú eres nuestro guru. Tú conoces mejor estas cosas que nosotros. Vivamos en un sitio que a ti te guste. Presiento que el bosque llamado Dwaitavana servirá admirablemente para nuestro propósito, lo he visto durante mi tirthayatra.

Yudishthira aprobó la sugerencia. Abandonaron el bosque Karnyaka y se dirigieron hacia Dwaitavana, donde estuvieron poco tiempo. Era un bosque muy hermoso y pintoresco que parecía más un jardín salvaje y desatendido que un bosque. Tenía árboles altos y robustos, muy agradables a la vista, que eran el hogar de los ruiseñores y los pavos reales.

Yudishthira se fue al encuentro de los rishis del bosque, quienes dieron la bienvenida a los pandavas como si fueran sus propios hijos; así de queridos eran para la buena gente del bosque. La vida en el bosque era reconfortante para la mente de Yudishthira, que amaba la paz por naturaleza y disfrutaba de la compañía de los rishis que habían renunciado al mundo.

Para una mente como la suya, que había sido herida y ofendida por la conducta de su tío, sus primos e incluso por los ancianos; para un hombre que era un extraño en ambientes tan corrompidos como los que tuvo que soportar en Hastinapura, el aire puro y fresco de Dwaitavana con sus nobles habitantes, era como el aire dulce y puro de las montañas.

Yudishthira encontró allí la paz que le habían robado a su alma, Dwaitavana fue como un bálsamo para su corazón herido.

Cuando estaban en el refugio que construyeron ellos mismos, los pandavas fueron sorprendidos por un ilustre visitante. Era el gran Markandeya, que fue recibido con el honor y la reverencia que se le debía. Se sentó en el interior del refugio y los

pandavas y Draypadi se sentaron a su alrededor. De repente, una sonrisa de extraña dulzura apareció en el rostro del rishi. Era una hermosa escena. El joven rishi que tenía siempre dieciséis años a consecuencia de un don que le otorgó Sankara, parecía incluso más joven con esa sonrisa en su rostro.

Yudishthira estaba muy intrigado con aquella sonrisa y le dijo:

—Mi señor, estoy intrigado por tu sonrisa. Todos los que hasta ahora han venido a visitarnos o se dolían de ver nuestra condición o se enfadaban por lo que había sucedido. Esta es la primera vez que veo a alguien que se muestra satisfecho. ¿Podrías decirnos la causa de tu sonrisa?

Markandeya sonriendo aún más, le dijo:

—No me alegra ver vuestra situación, al contrario, me apena veros así. Pero, viéndote con tu esposa y tus hermanos, recordaba un alma grande y noble que estuvo con nosotros. Me acordé de Shri Rama, el hijo de Dasaratha. Rama fue un hombre de alma pura. Como vosotros, él también vagó por los bosques de Dandaka con su esposa Sita y su hermano Lakshmana. También él, por mandato de su padre, tuvo que pasar catorce años en el bosque.

Le vi caminar con su famoso arco, el Kodanda, entre las pendientes de Rishyamuka. Era como si Indra hubiera descendido a la tierra. Era inigualable en valor y su ira era más terrible que la misma 'muerte, pero caminaba por los bosques vestido con cortezas de árboles y pieles de ciervo, para no apartarse del Dharma. Jamás concebía ningún pensamiento que fuera contra el Dharma. Todos los grandes reyes del pasado viven aún en la mente de los hombres debido a esta única razón: anduvieron por el camino de la Verdad. Acuérdate de Bhagiratha y de Harischandra. El sol aún se mueve dentro de su órbita, y el mar permanece dentro de sus límites, gracias a estos grandes hombres. Yudishthira, me has recordado a Shri Rama, el cual gobernó el mundo después de haber superado sus pruebas. Del mismo modo lo harás tú.

Gobernarás el mundo entero, lo sé. Es más, vivirás eternamente en la mente de los hombres.

Markandeya pasó algunos días con ellos y después de haberles bendecido, les dejó. Les prometió volver de nuevo pasados algunos días. Dwaitavana, el bosque donde moraban los pandavas, parecía la morada de Brahma, continuamente resonaba la música producida por la recitación de los Vedas. A su modo, Yudishthira era muy feliz en compañía de los rishis. Incluso en Indraprastha lo que más feliz le hacía era escuchar los discursos sobre Vedanta, que daban los muchos hombres sabios y eruditos de su corte.

Tras la tormenta que había estallado pocos días atrás en Hastinapura, la vida en Dwaitavana le resultaba tranquila y sosegada. Su mente encontró descanso en las

charlas de los rishis; charlas que le hicieron comprender la naturaleza evanescente de las posesiones mundanas. Yudishthira llegó a comprender el verdadero valor de las cosas. Pudo sentir que después de todo, la pérdida de su reino no era algo tan terrible. Le ayudaba a pensar así el recordar, como lo hizo Markandeya, que Rama fue también feliz estando en el bosque. Para una persona desapegada, las necesidades físicas son pequeñas. Cuando el alma empieza a crecer, los deseos corporales decrecen. Yudishthira estaba disfrutando de aquella vida en compañía santa. Pero no le ocurría así a Draypadi, ni a Bhima. Ambos eran muy infelices en Dwaitavana. El corazón de Bhima estaba a punto de estallar de dolor y angustia. Cada vez que miraba a Draypadi y recordaba los malos tratos de que había sido objeto por la crueldad del destino y la necedad de su hermano, apretaba sus manos con furia desesperada. No hablaba con nadie, estaba siempre a solas y no comía ni dormía bien. Día y noche sufría con remordimientos, reviviendo aquel horrible día en Hastinapura. Sus ojos estaban siempre rojos por la ira y el insomnio. Pensamientos de venganza afloraban en su mente constantemente y a veces, sin poderse contener, rechinaba sus dientes y arrojaba su maza al aire gritando: " ¡Que esperen, que esperen! ¡Los mataré a todos!" Nadie le podía apaciguar. Arjuna no podía hacer nada para contentarle. Tanto Yudishthira como Bhima eran dos hermanos muy queridos para él. Respetaba a ambos a pesar de ser los dos tan diferentes. Arjuna pasó muchos días amargos tratando de confortar a su hermano Bhima, explicándole la razón de la pasividad de Yudishthira. Si Draypadi hubiera cooperado habría sido más fácil, pero era tan temperamental como Bhima. Yudishthira se encontraba feliz en el bosque. Pero los demás estaban muy lejos de experimentar algo que pudiera llamarse felicidad.

V

BHIMA, DRAYPADI Y YUDISHTHIRA

Un día, por la tarde, estaban todos sentados en el porche frontal de su refugio, y Draypadi observando la escena dio rienda suelta a su dolor y le dijo a Yudishthira:

—Mi señor, me rompe el corazón verte en estos parajes, cuando pienso en el palacio donde vivías y te veo en este lugar donde ahora vives, cuando pienso en aquellas camas mullidas a las que estabas acostumbrado, y te veo ahora dormir sobre estos lechos de paja, ¿cómo puedo dejar de llorar? Allí en el palacio estabas rodeado de reyes; parecías Indra escoltado por los dioses menores. Y aquí te veo rodeado de rishis, incluso tú mismo pareces un sanyasín. Cuando recuerdo tus brazos perfumados con esencias de sándalo, que yo misma preparaba con mis manos; ahora al verles cubiertos de polvo y cenizas, las lágrimas ciegan mis ojos. Piensa en las suaves sedas blancas que acostumbrabas llevar, y fíjate en esta corteza de árbol toscamente labrada que llevas puesta. Cuando miro a tus hermanos, mi dolor se hace aún más intenso: mi señor, mira a Bhima sentado bajo ese árbol con la mirada perdida en el espacio. Su cuerpo ha perdido peso y está más delgado porque no puede comer estas raíces y frutos del bosque. No termina de acostumbrarse a esto. Parece perdido. ¿Cómo va a ser feliz aquí? No puedo soportar verle cuando vuelve después de vagar por los campos cercanos recolectando granos que crecen salvajes. Está deseoso de marchar hacia esa odiosa ciudad de Hastinapura y matarlos a todos. Sólo está esperando tu consentimiento. ¡Fíjate en Arjuna, mi señor!: el bravo pandava, a quien nadie puede igualar en el mundo entero, obsérvale sentado a solas, arrojando guijarros al lago. Así se pasa horas enteras, contemplando el agua y las ondas que se forman sobre su superficie. ¿Puede haber algo más patético que esto? ¡Fíjate allí, mi señor! Observa a los hermosos hijos de Madri y mira la canasta de frutos que llevan. ¿Es ésta una tarea propia de expertos guerreros? ¿Es éste el futuro que su madre soñó para ellos mientras entraba felizmente a la pira funeraria? Afortunada fue su madre e igualmente vuestro padre Pandu porque no vivieron para ver caer esta desgracia sobre los grandes héroes pandavas. Mi corazón arde contemplando esta escena. Pero tú, a pesar de todo, puedes sonreír. Eres el kshatrya más extraño que he conocido. Te he estado observando desde que vinimos aquí. No pareces estar preocupado en absoluto por los problemas que nos han sobrevenido. Mi cuerpo arde día y noche de ira y humillación, pero tú, parece que no estás afectado en absoluto. Un kshatrya que no manifiesta su furia, no es en absoluto un kshatrya.

Tú crees mucho en la virtud de la paciencia, pero, mi señor, la paciencia mal usada es incorrecta. Ahora no debes ser paciente, éste no es el momento. No debes ser paciente y compasivo con tus enemigos. La furia es el único ornamento de un kshatrya.

Para todo hay un momento y un lugar. Ahora la norma de conducta debería ser la furia, el odio y el coraje.

Ambas virtudes son necesarias, conozco la ira y la paciencia. Pero no deberías hacer un fetiche de la política de la paciencia. Estar siempre furioso no es bueno para el alma, lo admito. Pero la continua paciencia tampoco es buena. Debe haber una feliz conjunción de las dos en la composición mental de cada hombre y especialmente en la de un kshatrya. Incluso los sirvientes pierden respeto por un amo que siempre se muestra paciente. Escucha mis palabras, mi señor. Por favor, haz algo. Es obvio que eres feliz con estos brahmanes y rishis a tu alrededor, incluso fácilmente se te puede confundir con un brahmán que ha llegado al estado en el que los lazos con este mundo ya no significan nada. Te ruego que hagas algo, por el bien de tus infelices hermanos, si no por el mío propio.

Yudishthira escuchó las palabras de Draypadi. El quería mucho a su reina y le dolía encontrarla llorando continuamente. Se odiaba a sí mismo, desde aquél día en el que les había causado a todos tanto sufrimiento. A él no le había importado demasiado esta injusticia, pues nunca había amado demasiado las cosas terrenales. Pero sus hermanos y su mujer eran distintos. ¿Cómo podrían alcanzar ellos el estado que él había alcanzado?, el estado donde no había diferencia entre placer y dolor, alegría y tristeza. El realmente era un sanyasín, como bien había dicho Draypadi. Pero no tenía derecho a esperar lo mismo de los demás. A ellos no les gustaba su pasividad. Pero ¿qué podían hacer?

Estaban atados por los grilletes del Dharma. Ocurriera lo que ocurriera para tentarlos, nunca se apartarían del camino del Dharma. Estos pensamientos hacían que Yudishthira se sintiera muy apenado por Draypadi. El era el hijo del Dharma, mientras que ella era la hija del fuego. ¿Cómo podían reconciliarse esas dos naturalezas?

Yudishthira hizo que se sentara junto a él, tomó sus manos temblorosas entre las suyas y con su áspera túnica secó sus suaves ojos y le dijo:

—Mi querida reina, veo cómo estás tú y mis hermanos. Por favor no pienses que esta situación no me afecta. ¿Crees acaso que no tengo corazón? También siento la ira que hay en vuestros corazones. Pero éste no es el momento adecuado, no sería oportuno. Este no es el momento de dar rienda suelta a la ira. Estás equivocada en eso. La ira es una cosa horrible; ciega el ojo interior, el ojo de la sabiduría, y mata el alma. Conduce al hombre a cometer equivocaciones. No es un ornamento, tal y como tú crees. Debemos practicar la paciencia.

Cuanto más difícil nos sea, mayor debe ser nuestro deseo en conseguirla. Debemos pasar aquí esos trece años que he prometido. No puedo retractarme de lo que he dicho. Para mí resultaría más fácil sucumbir a la ira, pero eso es una debilidad y debemos tratar de controlarla. Me temo que mis palabras no son de tu agrado, pero

debemos enfrentarnos a los hechos. Este no es el momento de mostrar mi furia. No deberías enfadarte conmigo por estas palabras.

Lo que Draypadi escuchó no logró apaciguarla; era la furia personificada, y le dijo:

—Veo que el destino se impone por encima de todo. Aquí estoy tratando de hacerte ver el estado de tu esposa y de tus hermanos, y tú me hablas de la grandeza del Dharma. Veo que tu Dharma es estar sentado con los rishis y escuchar sus charlas sobre el mundo del más allá. Tú eres más feliz con ellos que con tu propia gente.

"Estás dispuesto a darlo todo por tu Dharma. Comparándonos con tu Dharma, parece que todos significamos poco para ti. Renunciarías incluso a Bhima, Arjuna, Sahadeva y Nakula, y, por supuesto, a mí, si fuese una cuestión de Dharma. Tu locura por el Dharma es mayor que tu amor por nosotros. ¿Qué es esa paciencia de la que hablas? Yo no la he conocido nunca. Es algo extraño para mí.

Yudishthira sonrió y le dijo:

—La paciencia es una mujer voluntariosa que acoge a algunas personas en su morada. Tú no has sido favorecida por ella; puedo verlo. Ella parece creer que la única persona merecedora de sus favores es Yudishthira. No ha elegido a Duryodhana, ni a ninguno de vosotros tampoco. Me ha elegido a mí: me ha otorgado ese honor y no puedo contrariarla demostrándole que no soy merecedor de tal honra.

Durante un rato permanecieron en silencio. Bhima, que les había estado oyendo hablar, se les acercó. Estaba tan enfadado como Draypadi. Dijo:

—Hermano, ¿qué utilidad tiene hablar del Dharma? Fíjate a dónde nos ha llevado. Nunca nos hemos desviado del camino de la verdad. ¿Y qué es lo que obtenemos? Se nos hace pasar trece años como animales. Y ¿qué dices de los kurus? ¿Acaso conquistaron nuestro reino luchando a campo abierto? ¿Nos desafiaron y tomaron nuestro reino después de habernos vencido? No. Ellos se las apañaron con un juego de dados. Se aprovecharon de tu pasión por el juego y la utilizaron para servir a su propósito. Estábamos sometidos como una serpiente encantada: tus palabras nos detuvieron. Fuimos forzados a permanecer en silencio. Arjuna con su gandiva a su alcance y yo con mis dos poderosas manos; tuvimos que permanecer pasivos porque tú no nos dejaste matar a esos hombres. El reino te fue arrebatado ante nuestros propios ojos. No pudimos hablar ni una sola palabra porque teníamos miedo de herirte. ¡No pudimos hacer nada mientras esos bestias maltrataban a Draypadi! ¿Por qué?, por ti. Tú estabas callado y nosotros tuvimos también que quedarnos callados. Y ahora, ¡fíjate a dónde nos ha llevado tu devoción al Dharma! Y ¿qué me dices del Adharma? El Adharma ha ganado un reino para ellos, un reino sobre el cual no tienen derecho. Les ha traído a ellos riquezas que no ganaron; paz y comodidad que no merecen. Si hubieran ganado el reino de forma justa, entonces tus palabras sobre la paciencia

hubieran sido correctas. Pero hermano, ¡te lo han quitado por medios injustos! ¡te engañaron! Una espina se saca con otra espina. Su injusticia sólo puede ser combatida con injusticia también por nuestra parte. ¿No arranca Draypadi, esta princesa panchala, lágrimas de tus ojos, cuando la ves vestida con esas cortezas de árbol? ¿No hace hervir tu sangre el pensar lo que ella fue y lo que es ahora? Por favor, hermano, abandona a estos brahmanes. Por favor, coge tus arcos y tus flechas. Por favor, déjanos marchar hacia la ciudad de Hastinapura. Podemos destruirles. Estableceremos el Dharma en la casa de los kurus. En los últimos años no ha habido Dharma alguno allí. Nosotros somos cinco fuegos y podemos quemar la casa en muy poco tiempo. No debes obrar como un hombre que ha perdido todo interés por las cosas del mundo. Por favor, actúa como un kshatrya.

Yudishthira se sentó en silencio durante unos momentos después de escuchar las palabras de Bhima y luego dijo:

—No te culpo por lo que has dicho. No te reprocho por ese torrente de palabras que penetran como flechas, haciendo daño. Sí, Bhima, hacen mucho daño. Pero tienes razón.

Merezco toda tu crítica y me culpo a mí mismo por ello, porque fui yo quien os condujo a todo esto. Yo sabía que perdería mi capacidad de raciocinio cuando comenzara a jugar aquel juego. Sakuni fue inteligente.

"El sabía cómo manejar todo el asunto, de tal manera que al final acabase perdiéndolo todo. Lo que tenía que pasar ha pasado. Les entregué todo lo que era mío. Luego os hice esclavos, a vosotros, mis queridos hermanos, a vosotros a quienes he querido más que a mi propia vida. Y mi pérdida de Draypadi, es demasiado terrible para pensar en ello. Cuando vosotros dos me heríais con vuestras ardientes palabras y vuestros reproches, he permanecido en silencio, porque sé que ambos tenéis razón. Merezco todo lo que decís. Pero si pensáis que vuestras palabras cambiarán mis ideas del bien y del mal, entonces, es triste, pero estáis equivocados. He prometido permanecer en el bosque durante doce años y he prometido pasar un año oculto. Y voy a hacerlo. Mirad, para mí la verdad significa más que toda la riqueza de esta tierra. Al final de los trece años, si el pecador Duryodhana se niega a devolvernos nuestro reino, entonces, Bhima, puedes estar seguro de que me encolerizaré todo lo que quieras. Yo sé que Duryodhana nunca podrá compartir el reino que nos ha robado. Ciertamente rechazará devolvérnoslo. Entonces podrás satisfacer el deseo de tu corazón; una batalla contra los kurus.

Podrás bailar entre los cadáveres de los kurus. Arjuna podrá desahogar su enfado con Radheya y sus parientes. Sahadeva podrá matar a Sakuni y Nakula podrá matar al hijo de éste.

Todos podréis estar contentos. Draypadi, tus ojos podrán jactarse mirando los cadáveres de todos tus enemigos. Y en cuanto a mí, yo también lucharé, junto a

vosotros, contra ellos. Yo también me enfureceré. Daré rienda suelta a la ira y a la furia que contendré durante estos trece años. Nadie podrá creer que soy el mismo Yudishthira que permaneció callado en la corte de los kurus ante la más deshonrosa provocación. Pero, mi queridísimo Bhima, todo esto ocurrirá dentro de trece años, no ahora. Y con respecto a los kurus, ¿crees que Dhritarashtra, nuestro querido tío, vive en paz? ¡No! El y su hijo han ganado ese reino por medios injustos.

Este pecado le robará su paz interior. El miserable Dhritarashtra está ahora pasando sus días y noches temiendo el final de esos trece años. Un hombre que ha cometido un pecado como éste, sufrirá agonías peores que la muerte. En ese día memorable, ¿cómo voy yo a impedir que desahoguéis toda vuestra agresividad? Pero uno no debe actuar incorrectamente dejándose llevar por un impulso momentáneo.

"Bhima, tendremos nuestra oportunidad. Entonces, dentro de los lindes del Dharma, podrás hacer todo lo que desees. Pero no ahora. Escucha atentamente mis palabras, aunque no te agraden: Nadie puede hacer que me aparte del Dharma.

VI

EL VIAJE DE ARJUNA A INDRAKILA

Bhima y Draypadi no pudieron añadir nada después de las apasionadas palabras de Yudishthira, y se sentaron en silencio. Estando allí sentados llegó el sabio Vyasa. Debió ser un gran alivio para Yudishthira ver que los debates habían concluido. Bhima, Draypadi y todos los demás cayeron a los pies de Vyasa con gran reverencia y esperaron que hablara. El dijo:

—Sé lo que ocurre en todas vuestras mentes. Bhima, tu hermano Yudishthira dice la verdad cuando advierte que el momento no es oportuno. Eres como un niño. Estás impaciente por ponerte en acción. Pero, hijo mío, tú no conoces la fuerza de nuestros oponentes. Todos los grandes héroes están ahora de su parte. Bhurisravas y su hermano Sala están del lado de Duryodhana. Yo sé, de hecho, que vuestro abuelo Bishma y vuestro arpado guru Drona han prometido luchar por Duryodhana y están listos a dar su vida por él. Aswatthama es un buen amigo de Duryodhana y Radheya es el alma del rey; su amigo más leal.

Toda esta gente se va a poner del lado de los kurus, y los ancianos Bishma y Drona, aunque os tienen cariño están determinados a luchar de su lado. Radheya,

Drona y Bishma son discípulos del Bhagaván Bhargava y conocen los astras divinos. Vosotros sois poderosos, no hay duda. Pero si atacáis ahora sin la protección del Dharma moriréis todos, y ellos conseguirán lo que quieren. Aceptad un consejo: cuando Arjuna permitió que Agni consumiera el bosque de Khandava, como recordaréis, tuvo que luchar con Indra, y como todos sabéis venció. Indra en aquella ocasión, complacido por la bravura de su hijo, le dijo:

"Te daré todos los astras que poseo cuando llegue el momento. Te los daré cuando el Señor Sankara (Shiva) te dé su Pasupata." Estas fueron las palabras de Indra. Bueno, pues ha llegado el momento. Yudishthira, debes enviar a Arjuna hacia el norte. Arjuna debe complacer a Sankara con sus penitencias, y Sankara le dará su propio Pasupata, tras lo cual Indra le dará todos los astras que tiene en su poder. Indra le llevará a su morada, y cuando regrese de sus penitencias, puedes estar seguro de que nadie podrá herirle en la guerra que tendrá lugar dentro de unos años. Eso sí, puedes estar seguro de que va a haber una guerra. Así que pídele a Arjuna que se prepare para la batalla desde ahora. —Los ojos de Bhima brillaron oyendo las palabras de Vyasa. La certeza de una guerra futura le hizo sentir que valdría la pena soportar todos estos años de exilio. Y Vyasa agregó:— Ya habéis permanecido durante suficiente tiempo en Dwaitavana, regresad a Kamyaka. Este lugar a comenzado a aburriros y necesitáis un cambio. —Después de decir esto, Vyasa se marchó.

Los pandavas se dirigieron hacia el bosque de Kamyaka a las orillas del río Saraswati.

Después de pasar felizmenteunos cuantos días allí, Yudishthira le recordó a Arjuna el consejo de Vyasa:

—Arjuna, debemos prepararnos para la guerra que se nos avecina. Vyasa, al igual que yo, piensa que habrá una guerra. Tú eres mi única esperanza. Dependo de ti para obtener la victoria. Has de vencer a Bishma, Drona y Radheya, los tres discípulos del gran Bhargava.

Ahora dirígete al norte para agradar a Sankara con tus penitencias.

Arjuna se sentía muy feliz de poder prepararse para la guerra.

Era el sexto año de su exilio. Arjuna estaba listo para su viaje hacia el norte y dejó a sus hermanos y a Draypadi. La partida fue muy cariñosa, pues iban a estar separados durante algún tiempo. No iba a ser fácil para ellos vivir sin Arjuna. Cuando él tuvo que marcharse en el Tirthayatra, las circunstancias eran distintas, pero incluso entonces Yudishthira no quería dejarle ir. Esta vez resultó aún más difícil para Yudishthira separarse de su hermano.

VII

EL PASUPATA

Después de despedirse de sus hermanos, de Draypadi, de Dhaumya y de los rishis de Kamyaka, Arjuna se dirigió lentamente hacia el norte. Con el curso del tiempo fue incrementando su velocidad, cruzó una montaña llamada Gandhamadana, que ya conocía de su viaje triunfal en la época del Rajasuya. Arjuna anhelaba volver de nuevo a esta montaña y se sintió muy contento al contemplarla. Para él, fue como un encuentro con un viejo amigo.

Arjuna cruzó el Himalaya, llegó al pico de la montaña que tiene por nombre Indrakila y decidió quedarse en ella para realizar sus penitencias. Entonces vio a un asceta allí sentado. El asceta le preguntó quién era y para qué había venido a un lugar tan tétrico y solitario, y añadió:

—Este lugar es inaccesible para la gente, es sólo apropiado para las almas benignas que han renunciado al mundo, sin embargo, tú pareces un guerrero, llevas una armadura y tienes arco y flechas, éste no es lugar para tu coraza y tus armas. Aquí la gente se somete a sí misma y no a otros, aquí buscamos la paz y no la guerra. Por favor, deshazte de esas cosas y descansa en paz.

Arjuna no estaba dispuesto a renunciar a sus armas. El asceta trató de amenazarle, pero Arjuna permanecía quieto. Entonces el asceta se le reveló. Era Indra, el cual le preguntó qué quería. Arjuna cayó a sus pies y le contó la visita de Vyasa y su consejo, luego siguió diciendo:

—Mi señor, no quiero ir a Indraloka, tus dominios, ni quiero los placeres que se les conceden a los que te ven una vez. He dejado a mis hermanos y a Draypadi en el bosque y he venido en busca de una sola cosa: pericia en los divinos astras. Sólo un pensamiento ocupa mi mente: la guerra que va a tener lugar muy pronto. Tenemos que prepararnos para luchar, mi señor; tú una vez me dijiste que me darías tus astras cuando llegara el momento oportuno. ¿Crees que todavía no ha llegado el momento? Tenemos que vengarnos del pecador Duryodhana, por favor, ayúdanos.

Indra tomó la mano de su hijo entre las suyas y le dijo: —No te preocupes, hijo mío, te daré todos mis astras. Pero antes que nada debes ver al Señor Sankara en persona. Debes realizar aquí tus penitencias y cuando se sienta complacido contigo, se te revelará y te dará su Pasupata. Regresaré después de que esto ocurra. —Después de pronunciar estas palabras, Indra desapareció.

Arjuna estaba concentrado en una sola cosa: la aparición de Sankara. Absorto en ello, se había olvidado del mundo, y así permaneció sin percibir el paso del tiempo. Estaba tan dedicado a sus penitencias que se negó a sí mismo incluso hasta las necesidades primarias.

Sankara conocía el deseo de su corazón y pensó que había llegado el momento de recompensar a Arjuna por su devoción. Tomó la forma de un cazador con arco y flechas en la mano y apareció con su consorte, Parvati, vestida de cazadora.

Llegaron a la montaña Indrakila, el bosque estaba en silencio cuando aparecieron... Justo entonces, un rakshasa de nombre Muka tomó la forma de un jabalí salvaje, y decidido a atacar a Arjuna, se abalanzó sobre él. Arjuna levantó el Gandiva en su mano y dijo:

—Estás perturbando mis penitencias y parece que deseas enviarme a la morada de Yama, pero yo te mandaré a ti en mi lugar.

Puso una flecha en el arco y ya se disponía a disparar al jabalí, cuando Sankara, disfrazado de cazador, apareció y le dijo: —¡Detente! ese jabalí es mío y he venido a matarlo, tú no tienes derecho a hacerlo, detente.

Arjuna no prestó atención a las palabras del cazador y disparó su flecha que penetró inmediatamente en el cuerpo del jabalí. Al mismo tiempo, el cazador había disparado su flecha atravesando también el cuerpo del jabalí, parecía como si dos rayos hubieran descendido al tiempo sobre el pico de una montaña. El jabalí cayó muerto instantáneamente.

Asumió la forma de un rakshasa y la vida salió lentamente fuera del cuerpo herido.

Arjuna giró su mirada hacia el cazador que iba acompañado de su esposa. La presencia de aquella pareja hacía que toda la montaña resplandeciera con una extraña luz. Arjuna le dijo: —¿Quién eres? Pareces no tener miedo de las bestias salvajes que habitan en la montaña y además has traído a tu mujer. ¿No sabes que este lugar es peligroso para las mujeres e inclu so para los hombres? Tienes aspecto de cazador y, sin embargo, no pareces conocer las reglas de la caza. Ese jabalí estaba tratando de atacarme y apunté mi flecha hacia él con la intención de matarlo, pero tú también has disparado al jabalí sin tener derecho a hacerlo. Este rakshasa está dividido ahora en dos partes iguales, como la herencia de un padre se divide entre sus dos hijos después de su muerte. Has transgredido las reglas de la caza. Estoy enojado contigo y voy a matarte.

Arjuna levantó su arco y se preparó a luchar contra el cazador, mientras que una sonrisa de encanto infinito se dibujaba en el rostro de éste, que le dijo con voz suave:

—Yo ya había apuntado al jabalí, por lo cual era mío, luego corrió hacia ti, pero le mató mi flecha. Eres un joven impertinente y muy vanidoso. Pareces estar muy orgulloso de tu valor, pero no puedes matarme como dices, de hecho es tu vida la que está en grave peligro. Este jabalí es mío y también lo es la flecha que le has disparado. Si eres suficientemente hombre, si tienes suficiente coraje, rescata tu flecha.

Aún la sonrisa permanecía en su rostro. Arjuna estaba furioso con aquel cazador salvaje que se había atrevido a desafiarle y se sentía molesto porque sus penitencias estaban siendo perturbadas. Pero las palabras del cazador le indignaron y se preparó para el duelo al que éste le había desafiado. Mutuamente se acosaban con flechas, como serpientes venenosas. Arjuna envolvió al cazador con un manto de flechas que éste, con una sonrisa en su rostro, esquivó como si fueran una delgada película de fina seda. Sankara era hostigado una y otra vez por las flechas afiladas de Arjuna, pero permanecía impasible mientras su sonrisa se volvía más y más pronunciada y encantadora. Arjuna estaba estupefacto, viendo que sus flechas no le herían se dijo para sí: "Este cazador es muy hermoso, se parece a la cumbre del monte Himavan. Parece distinto de los cazadores ordinarios, quizá sea un dios de las alturas disfrazado de este modo; pero, sea quien sea, está demostrando ser un recio luchador; es un placer luchar contra este hombre." Entonces Arjuna decidió lanzarle un astra, en lugar de las flechas usuales. Hasta entonces todas las flechas que le había lanzado golpeaban el cuerpo del cazador sin herirle en lo más mínimo; igual que una tormenta de granizo golpea una montaña, el cazador permanecía inmóvil ante el asalto.

Arjuna se dio cuenta que sus aljabas se habían quedado vacías inesperadamente, lo cual le sorprendió. Tomó su Gandiva y golpeó al cazador en la frente, pero éste permaneció inmóvil. Arjuna se puso frenético y, blandiendo la espada en su mano, se precipitó sobre el cazador, que aún sonreía, con la intención de romperle la cabeza. Pero sorprendentemente, la espada resultó tan ineficaz como las restantes armas. Arjuna, entonces, le arrojó ramas de los árboles cercanos y también piedras. Y al poco tiempo cualquier cosa que pudiera coger con las manos, pero, aún así, el cazador permanecía inmune, con aquella sonrisa enloquecedora.

Arjuna le desafió a un duelo cuerpo a cuerpo. Mutuamente se golpeaban con los puños, como piezas de hierro. El cazador estaba impávido y Arjuna descubrió que era demasiado poderoso. El ya se sentía débil por la fatiga y furioso con aquel hombre. Se sentía trastornado viendo cómo un cazador 'ordinario estaba haciéndole poner lo mejor de sí. Siguió luchando hasta que, vencido por la debilidad, perdió la conciencia y cayó al suelo. Intentó levantarse como pudo para luchar de nuevo. Su cuerpo estaba rojo por la sangre que fluía de sus muchas heridas. Arjuna se sentía muy infeliz, y en su mente rogó al Señor Sankara. Hizo una guirnalda de las flores silvestres que allí crecían y con barro erigió una imagen del Señor.

Colocó la guirnalda en la imagen y, cerrando los ojos, rezó a Sankara pidiendo la gracia del Señor. Abrió los ojos y vio que la guirnalda no estaba en la estatua. Estaba asustado, volvió sus ojos hacia el cazador y vio que la guirnalda de flores estaba

colgando en su cuello. Cayó al suelo postrado ante el Señor y con las lágrimas de sus ojos, Arjuna lavó los pies del Señor Sankara. El Señor esbozó una dulce sonrisa y le dijo:

—Arjuna, estoy muy contento contigo. Tienes un gran valor y una destreza especial. Eres inigualable, en este mundo nunca he visto un kshatrya como tú. Serás invencible, ya que eres igual que yo en bravura. Me siento feliz de darte cualquier don y además vencerás a todos tus enemigos en la guerra. Arjuna cayó de nuevo a sus pies implorándole perdón. Sankara le tomó de la mano y lo levantó, preguntándole qué deseaba. Arjuna le contestó:

—Mi Señor, quiero que me des tu arma personal, el Pasupata, y que me concedas el privilegio de ver tu verdadera forma.

Sankara dijo:

—Ciertamente te daré mi Pasupata; vine con el disfraz de cazador porque quería ver si eras apto para ella, y estoy satisfecho porque lo eres. Y no solamente eres apto, sino extraordinariamente bueno. En las manos de un mal hombre, se convertiría en un arma peligrosa, porque destruiría el mundo entero, pero tengo confianza en que tú no la usarás si no es absolutamente necesario.

Sankara, con Parvati a su lado, reveló su verdadera forma a Arjuna y luego le entregó el Pasupata, enseñándole las invocaciones mágicas para lanzarlo y hacerlo volver. Arjuna lo recibió con mucho gozo y mayor humildad. Los cielos y la tierra se regocijaron y Sankara le dijo entonces:

—Tu padre Indra te espera, tiene un trabajo para ti en los cielos.

La montaña Indrakila brillaba por la presencia del Señor. De repente el brillo se desvaneció, el Señor había desaparecido'.

VIII

LOS OTROS ASTRAS

La mente de Arjuna se encontraba en un estado de extraña alegría; había visto al Señor Sankara y no podía reponerse, todavía estaba bajo su hechizo. De repente vio un brillo blanco a su alrededor. Parecía como si mil ópalos, corales y perlas estuvieran destelleando al unísono muy suavemente. Arjuna tuvo una extraña visión: todos los dioses de los cielos se dirigían a la cima de Indrakila. Vio a Varuna, el señor de los océanos; Kubera, el señor de las riquezas;

Yama, el señor de la muerte; e Indra, el señor de los cielos. Varuna, Kubera, Indra y Yama eran los señores de los cuatro cuartos: oeste, norte, este y sur. Y aproximándose a él, le dieron sus bendiciones. Yama dijo:

—Arjuna, has visto la forma de Sankara y ahora nos complace a todos revelarnos a ti.

Podrás conquistar a todos tus enemigos en la guerra y tu fama será eterna. Yo soy Yama y me alegra entregarte mi astra. Con Krishna de vuestro lado, tú y tus hermanos seréis los señores de la tierra.

Y Varuna dijo:

—Soy Varuna, el señor del oeste. Soy el señor de los océanos, y he venido a verte complacido con tu valor. Recibe mi astra, el poderoso Varunastra, que te será de inmensa ayuda en la guerra que se avecina. Úsalo con discreción, es tan poderoso como el astra de Yama.

Y Kubera dijo:

—Vengo del norte que es mi dominio. Soy Kubera, el señor de las riquezas de la tierra y de los cielos. Ganarás toda la riqueza de la tierra después de destruir a tus enemigos. Te daré mi astra. Eres suficientemente apto para usarlo. Indra abrazó a su hijo y le dijo:

—Me siento muy feliz, y estoy muy orgulloso de tí. Has alcanzado lo que ningún mortal ha podido hacer hasta ahora. Tengo una tarea para tí en mi reino. Te mandaré mi carro y te daré todos mis astras.

Viendo a todos los dioses de los cielos que se habían reunido en la cima de la montaña Indrakila, Arjuna estaba sumido en un profundo sentimiento de humildad. No podía hablar debido a que las lágrimas le ahogaban. Cayó a sus pies, honrándoles como merecían, y luego dijo:

—Yo soy un humilde mortal y vosotros sois dioses que por vuestro gran amor a los pandavas, me habéis favorecido y he tenido la buena fortuna de veros con estos ojos terrenales. No sé cómo pagaros por vuestra bondad.

Los dioses estaban complacidos con él y con su humildad, y bendiciéndole desaparecieron.

Arjuna aún estaba pensando en los maravillosos acontecimientos del día, sentía que no iba a poder levantarse, por el gran trastorno emocional que experimentaba. Se sentía deliciosamente débil, cuando de repente, vio que el carro de Indra estaba sobre la montaña. El conductor de Indra, de nombre Matali, fue hacia Arjuna y le dijo:

—Ahora debes ir a los cielos, tu padre te necesita allí, debes ir inmediatamente.

Arjuna contestó:

—Sí, debo apresurarme. Es mi buena fortuna el que pueda ver con estos ojos terrenales los cielos que sólo se alcanzan después de realizar yagas como el Rajasuya y el Aswamedha.

El fin y propósito de todos los kshatryas es alcanzar la morada de Indra, después de esta vida terrenal. Buscando este fin, vivimos en el Dharma mientras caminamos por la tierra. ¡Iré!

IX

ARJUNA EN EL CIELO DE INDRA

Arjuna s purificó en las aguas del Ganges, el cual tenía allí su origen. Invocó al espíritu de la montaña y dijo: —¡Oh! gran Mandara, yo te saludo, tú eres el hogar de los rishis que han ido más allá del alcance de los sentidos. Tú eres el lugar ' de descanso de aquellos que aspiran al cielo, por tu gracia, la gente alcanza sus ambiciones en el mundo espiritual. ¡Oh! rey de las montañas, ahora te dejo, pero he pasado días muy felices bajo tu protección. He dado placer a mis ojos, contemplando tus ríos, tus pendientes y tus densos bosques, tú me has alimentado con los frutos de tus árboles, me has aliviado con la brisa perfumada de las flores de tus bosques, he encontrado la paz en los arroyos que manan de tu corazó n. Como un niño durmiendo pacíficamente en el regazo e su madre, he encontrado alivio en el cuidado amoroso y protector de tus praderas. Recordaré estos días felices e tus colinas con gran afecto y gratitud. Ahora me postro ate ti y te dejo, por favor bendíceme.

Una brisa estremeció las ramas de los árboles, parecía como si la montaña hubiera escuchado sus palabras. Con lágrimas en sus ojos, Arjuna se despidió de la gran montaña Indrakil, que le había revelado a Sankara; subió al carro que su padre había enviado para él y, junto con Malati, emprendieron el viaje.

Cuan do llegaron a Amaravati, la ciudad de Indra, Arjuna contempló todos los árboles celestiales de los que ya había oído halar y pasando por caminos anchos y hermosos, llegó al hogar de su padre. Arjuna descendió del carro ayudado por Matali, quien le condujo a la corte de Indra. Indra descendió de su trono y cogiendo a Arjuna de la mano le acompañó, haciéndole sentarse junto a él. Parecía que había dos Indras en lugar de uno. Indra tocaba muy a menudo a Arjuna con sus manos y acariciaba amorosamente su cabeza, sonriéndole una y otra vez. Los dos juntos sentados en el trono parecían el sol y la luna. Ambos se sentían felices de estar juntos, como padre e hijo.

Había música y baile. Arjuna podía ver a todas las apsaras de la corte de su padre:

Menaka, Rambha, Urvasi y Tilottama. Las observaba fijamente mientras las veía bailar y las oía cantar. Arjuna se sentía muy feliz de ver que se encontraba en la corte de Indra.

Mientras Arjuna observaba sus bailes y oía sus canciones, Urvasi, la apsara favorita de Indra, se enamoró locamente del hermoso Arjuna. Aquel joven de piel

morena, aquel hijo de Indra parecía otro Manmatha. Urvasi perdió su corazón por él y no pudo descansar durante la noche pensando continuamente en Arjuna. Pensaba en él como en un amante, imaginándolo a su lado, sonriéndole con sus ojos llenos de amor. Arjuna le llegó a causar insomnio, por lo que decidió que tenía que conseguirle.

La luna brillaba tan intensamente que parecía de día. Su amor era insoportable, así pues, de repente, se levantó de su cama y se dirigió hacia las mansiones de Arjuna. Llevaba el pelo suelto danzando alrededor de sus hombros, como nubes juguetonas flirteando con la luna.

Llevaba flores sobre sus brazos y en el cuello. Su cuerpo era perfecto. Urvasi estaba hecha para el amor. Su hermosa piel, reluciente como oro fundido, brillaba humedecida por el sudor, sus pechos estaban formados perfectamente. Caminaba hacia la mansión de Arjuna, balanceando graciosamente sus caderas amplias y hermosas. Llevaba una túnica muy fina del color de las nubes, tentando incluso a los rishis con la belleza de su forma. Urvasi llegó a su destino. Se dirigió al portal del palacio y entró, anunciándose a sí misma ante Arjuna, el cual estaba en su cama. Arjuna se levantó medio aturdido y la recibió con respeto. Ella se quedó de pie, mirándole con sus ojos llenos de deseo. Arjuna estaba en un apuro, inclinó su mirada hacia el suelo, porque no podía resistir la pasión de sus ojos. Cayó a sus pies y le dijo:

—Eres bienvenida, no sé qué puedo hacer para complacerte, pues pareces tener mucha prisa. ¿Puedes decirme el motivo de tu visita?

Urvasi le sonrió y le dijo:

—Hoy en la corte dé Indra vi que me mirabas, y jamás he visto a nadie como tú. Te quiero, y no puedo dormir pensando en ti. Debes tomarme y acabar con mis sufrimientos. El fuego del amor que siento por ti abrasa mis entrañas.

Arjuna se sentía tímido y nervioso, sobresaltado por la confesión abierta de su amor, y llevándose las manos a los oídos dijo:

—No quiero oír esas palabras; tienes razón, te observé en la corte de mi padre, pero esto fue porque sabía que fuiste 'la amada del gran Pururavas, nuestro antepasado. Había oído sobre el gran romance de su vida, cómo se enamoró de ti y cómo tú le devolviste ese amor. Así pues, te miraba cómo hubiera mirado a una madre que no hubiera visto antes. Eres más hermosa de lo que yo había imaginado: Esa es la razón por la que te miraba tan insistentemente. No debes pensar mal de mí, tú eres como una madre para mí y no debes hablar de esta forma. Dé hecho creo que es tu amor maternal lo que hace que me gustes tanto.

Por favor no me pidas que piense de otra manera.

Urvasi le sonrió de nuevo y le dijo:

Parece que no comprendes; las apsaras no tenemos edad, somos siempre jóvenes. Las leyes que atan a la gente ordinaria no nos atan ni nos afectan a nosotras. Somos bailarinas en la corte de tu padre y pertenecemos a todo el mundo. No tienes que pensar que faltas a algún código moral tomándome, sólo soy una bailarina y no cometerás ningún pecado aceptando mi amor. Te amo. No debes decepcionarme. Parece que sabes mucho acerca del Dharma. Pero, ¿no sabes que el Dharma de un hombre es complacer a la mujer que llega a él pidiéndole que satisfaga su deseo? Debes aceptarme.

Arjuna estaba profundamente afectado por aquella situación que no le gustaba en absoluto. Su alma se encogía avergonzada sólo de pensar en ello y le contestó:

—Por favor, escúchame; tú eres muy hermosa y eres infeliz por mi culpa, me doy cuenta de ello. Pero, para mí eres una madre, tal como Kunti, Madri o Sachi-Devi, la reina de Indra.

Tú eres la madre de nuestra raza: nos sentimos orgullosos de ser pauravas. Me postro ante tí, tú eres mi madre. Por favor, no me turbes con esta súplica. No puedo pensar en tí de otra forma, lo siento pero no puedo, por favor perdóname.

Urvasi estaba loca de ira y frustración. Jamás le había ocurrido esto, y se puso furiosa con Arjuna. Sus labios temblaban de ira y mirando a Arjuna con sus ojos llenos de furia le dijo:

—Pensé que eras un hombre y que serías suficientemente caballeroso para apreciar la intensidad de mi deseo, pero veo que no lo eres. Me has insultado; dado que no has aceptado mi amor, recibe a cambio mi maldición. Ya que te sientes tan engreído con tu hombría, yo te digo que la perderás y te volverás un eunuco. Pasarás tu vida entre mujeres, bailando para divertirlas.

Con su cuerpo todavía palpitando de ira y brotándole de sus ojos lágrimas y fuego al mismo tiempo, Urvasi se marchó. Arjuna quedó solo, con la horrible maldición pesando sobre él. Estaba aturdido por la calamidad que le había sobrevenido. Pasó una mala noche, y por la mañana fue a ver a su amigo Chitrasena y le contó todo lo que había ocurrido durante la visita nocturna de Urvasi. Chitrasena fue a ver a Indra y le contó la maldición de Urvasi. Indra mandó buscar a Arjuna y le consoló diciendo:

—Hoy has logrado lo que ni los rishis han conseguido hasta ahora. Nadie, ni siquiera yo, he podido resistirme al atractivo de la hermosa Urvasi, y en cuanto a su maldición, le pediré que la reduzca a un año. Deberás sufrir su maldición durante el treceavo año de vuestro exilio, en el que tendréis que vivir disfrazados, de este modo la maldición de Urvasi os será útil.

Arjuna se sentía feliz con la maldición, porque con ella resolvería un gran problema.

Así, pasó una época muy feliz en Amravati con su padre y con su amigo Chitrasena. Indra le dio todos los divinos astras que tenía y Chitrasena el gandharva le enseñó a cantar y bailar, convirtiéndose Arjuna en un consumado maestro de las bellas artes y aprendiendo a tocar todos los instrumentos musicales de los que era un adepto.

Un día vino a ver a Indra el sabio Lomasa y viendo a Arjuna sentado en el mismo trono de Indra, pensó para sí: "Este es un kshatrya de la tierra. ¿Qué yaga especial ha realizado? ¿Qué ha hecho para merecer este honor?"

Adivinando sus pensamientos, Indra le dijo:

—Mi señor, me imagino los pensamientos que hay en vuestro corazón. Este no es ningún kshatrya. Es Arjuna, mi hijo, nacido de Kunti. Vino para que yo le enseñara los astras divinos.

Le reconocerás si te refresco la memoria. Tú conoces a los grandes rishis Nara y Narayana, ambos han nacido en la tierra para realizar un propósito divino. La tierra se quejó ante el señor Vishnu de que la carga de pecados que estaba soportando iba más allá de su paciencia.

El señor dijo que él mismo descendería a la tierra para aliviar su carga. Narayana ha nacido como Krishna en la casa de los Vrishnis y Nara es mi hijo Arjuna. Muy pronto habrá un gran derramamiento de sangre en la tierra, que la curará del veneno que ha acumulado. Y la razón de la venida de Arjuna es porque quiero entrenarle para que mate a mis enemigos los Nivatakavachas. Cuando mi hijo haya realizado este trabajo, volverá a la tierra. Y ahora quiero pedirte un favor: ve a la tierra; en el bosque de Kamyaka viven Yudishthira y Draypadi con los otros tres pandavas, que echan de menos a Arjuna. Debes consolar a Yudishthira y decirle que Arjuna se ha convertido en maestro de todos los divinos astras, que es el discípulo de Chitrasena y un consumado maestro en las bellas artes, que no hay nadie que le iguale en el baile, ni la música, ni como arquero y que está aquí conmigo para ayudarme a ganar una guerra en los cielos. Debes hacerles olvidar la infelicidad que les ha causado alejarse de Arjuna. Por favor, convénceles de que inicien un Tirthayatra. Quiero que me hagas ese favor.

—Lo haré —dijo Lomasa, y tras bendecir a Indra y a Arjuna se dirigió hacia la Tierra, al bosque de Kamyaka.

X

EL TIRTHAYATRA DE YUDISHTHIRA

'Los pandavas pasaron por este trance con gran dificultad. Arjuna era el favorito de todos y echaban de menos su presencia encantadora y su resplandeciente sonrisa. Yudishthira se sentía muy infeliz. Aparte de esta separación, tenía que soportar las críticas incesantes de Draypadi y Bhima que trataban de convencerle de que estaba equivocado, y que era absurdo pasar sus días en el exilio, pudiendo matar a los kurus si se les diera la más mínima oportunidad. La paciencia de Yudishthira fue probada muy dolorosamente; pasaba el tiempo tratando de consolar a la llorosa Draypadi y tratando de convencer a Bhima de que practicase la virtud de la paciencia. Fue una época de prueba muy dura para Yudishthira, ya que Arjuna no estaba con él para apoyarle en contra de las elocuentes arremetidas de Bhima.

Bhima estaba tratando de convencer a su hermano de que no debía haber mandado a Arjuna a los Himalayas a rezarle a Sankara. Le dijo:

—Este es otro error que has cometido. Por tu insensatez, tuvimos que venir al bosque. Tú no quieres que seamos kshatryas, quieres que vivamos como sanyasines, a ti te gusta y estás tratando también de convertirnos a nosotros.

"Esta vida encaja muy bien con los brahmanes, pero no con nosotros, nosotros somos kshatryas y hemos nacido para luchar. Y ahora, por si fuera poco, has mandado —más bien desterrado a Arjuna, nuestro querido hermano para que realice tapas.

"Nunca he oído que un kshatrva realice tapas hasta que renuncia al mundo. ¿Para qué tiene que adquirir Arjuna astras divinos? Eso demuestra que no confías en su fuerza o en la mía. No se necesitan tapas para matar a un puñado de pecadores; podríamos haberlo hecho en una hora. Pero no, tú no lo permites.

"Quieres hacer las cosas de ese modo odiosamente suave y paciente. Ya hace casi un año que se fue Arjuna y estamos enfermos por esta vida del bosque. Por favor, llama a Arjuna para que vuelva y deje sus penitencias. Marchemos hacia Hastinapura y matémoslos a todos.

Tienes que hacerlo por nosotros.

Al pobre Yudishthira le costaba oír las palabras violentas de Bhima, que era su hermano más querido. Le quería demasiado para ofenderse por sus crueles palabras y

trataba de hablarle con amabilidad. Justo en aquel momento llegó el gran sabio Brihadaswa.

Yudishthira agradeció que llegara en aquel preciso momento. Y dando rienda suelta a su dolor y autocrítica, le contó al rishi todos los acontecimientos de los últimos años. Se sentía angustiado, y le dijo:

—Mi señor, ¿has visto u oído hablar sobre alguien más desafortunado que yo?

El sabio Brihadaswa consoló a Yudishthira y le dijo que sus malos tiempos pasarían pronto y le contó la historia de Nala, el rey de Nishadha, que también había perdido su reino en un juego de dados.

Le contó los muchos sufrimientos de Nala y cómo volvió a conseguir su reino: "Nala volvió a recuperar su reino por un juego de dados", dijo el sabio. Fue sorprendente para Yudishthira oír algo así. Brihadaswa le contó cómo Nala pudo recuperar su reino en aquel juego.

Nala había aprendido el arte del juego de dados, este arte se llamaba Akshahridaya y el sabio le prometió a Yudishthira que se lo enseñaría y le aseguró que nadie le vencería.

Yudishthira se sentía emocionado y deseoso de aprenderlo, y cuando llegó a dominarlo se olvidó de sus pesares. Entonces Brihadaswa les dejó y se marchó.

Narada se encontró con Yudishthira y le dijo que debería ir a un Tirthayatra.

Yudishthira consultó a su guru Dhaumya al cual también le pareció bien la idea y le informó sobre los diferentes tirthas que había en los cuatro puntos cardinales, aconsejándole que deberían partir lo antes posible. Mientras hacían los arreglos, llegó Lomasa al bosque Kamyaka, se dirigió a Yudishthira y le contó su visita a la morada de Indra. Le contó su conversación con Indra y le transmitió su mensaje: "Yudishthira, tu hermano Arjuna está conmigo, y le mantendré conmigo con tu permiso, pues necesito su ayuda. Después de que haya realizado mi trabajo, te lo mandaré de regreso." Lomasa le aconsejó también que debería iniciar el tirthayatra y se ofreció a acompañarles a todos los lugares sagrados ya que él los conocía bien.

Yudishthira se sentía muy feliz de oírle hablar de los logros de Arjuna. Pasaron tres noches más en Kamyaka y el cuarto día salieron de peregrinaje hacia todos los lugares sagrados de Bharatavarsha.

El primer lugar que visitaron fue un bosque sagrado llamado Naimisa, donde fluye el río Gomati y en cuyas aguas sagradas se bañaron.

Su siguiente parada fue Prayaga, el lugar santo donde las aguas amarillas del Ganges se unen con las azuladas del Yamuna.

El río Saraswati se pierde en este lugar, uniéndose a los dos anteriores: Ganges y Yamuna. El lugar se llama Triveni Sangama y tiene una vista muy hermosa. Luego visitaron el gran Mahanadi, que es considerado como un lugar muy santo y allí se encontraron con el sabio Agastya, pasando los cuatro meses de lluvia en aquel lugar. Lomasa les narró la grandeza de Agastya, y los pandavas pasaron allí momentos felices. Desde allí se dirigieron hacia las orillas de los ríos Nanda y Paramananda y luego hacia la montaña Hemakuta. Cada lugar del viaje tenía su propia historia y Lomasa. era un buen narrador, por lo que el tiempo transcurría agradablemente para todos.

Desde allí se volvieron hacia el oeste. Vieron al Godavari y a los ríos del sur, Agostyatirtha y el océano Indico. También vieron los ríos de la costa oeste de Bharatavarsha, llegando finalmente a Prabhasa. Balarama y Krishna les recibieron con gran entusiasmo.

Los pandavas pasaron varios días junto a los Vrishnis, hablando de los muchos incidentes ocurridos desde su último encuentro. Balarama y Krishna estaban contentos de oír hablar de Arjuna y de su feliz estancia con Indra. Era muy duro para Krishna el estar sin Arjuna. Todos los Vrishnis se sentaron al rededor de los pandavas y hablaron de los acontecimientos de las últimos años.

Balarama habló con palabras apasionadas. Dijo:

—Krishna, no me gusta esto en absoluto. Aquí está Yudishthira, el príncipe de la casa de los kurus y se le ve con el pelo cortado y su cuerpo vestido con piel de ciervo. Mira a Draypadi, la reina de belleza inigualable y está cubierta también con esas horribles cortezas de árboles. ¿Puedes soportar ver algo así? ¿Cómo es que no haces nada al respecto? ¿Cómo pudo ocurrir esto estando presentes todos los ancianos de la casa de los kurus? ¿Cómo Drona y Bishma pudieron permitir que ocurriera esto? Es una mancha eterna sobre la familia de Dhritarashtra. Exiliar a estos hermanos al bosque es algo terrible. Nunca hubiera esperado de Duryodhana que los exiliara al bosque durante tantos años, para disfrutar de su reino. Krishna, creo que estaría muy bien ir a su encuentro y darles una lección. Mirando a estos mellizos, Sahadeva y Nakula, mi sangre hierve de furia. ¡Mira a Bhima! Piensa en su poder y mira qué vestido lleva, así sólo visten los peregrinos y los mendigos. Es una vergüenza. La última vez que vi a Yudishthira estaba rodeado por todos los reyes de la tierra. Ahora está rodeado de sanyasines. Me siento muy infeliz al ver la condición de los pandavas. ¿Cómo es que la tierra no se parte en dos habiendo tanta injusticia sobre su faz? Krishna, Satyaki, venid. Vayamos y luchemos contra los kurus y devolvamos su reino a los pandavas.

Satyaki dijo:

—Mi señor, todavía no es el momento adecuado. El mismo Yudishthira piensa que deben transcurrir los trece años antes de que empiece la guerra. Todos conocemos a Duryodhana demasiado bien para imaginar que devolverá su reino a los pandavas. La guerra será inevitable. Va a ser una guerra terrible. Todos lucharemos. ¿Quién podrá resistir la combinación de los Vrishnis y los pandavas? Esperemos hasta que Yudishthira nos dé permiso.

Krishna dijo:

—Hermano, Satyaki tiene razón. Yudishthira aconseja paciencia, no porque no sea suficientemente poderoso para luchar, sino porque quiere mantener su palabra. La Verdad es mucho más grande para él que todas las riquezas del mundo. Respetemos sus deseos. No está lejos el día en el que disfrutaremos de la guerra como consuelo de nuestros corazones.

Yudishthira se sentía muy feliz al ver que, había algunos que comprendían sus sentimientos.

Sólo había estado escuchando a Bhima y a Draypadi desde que llegaron al bosque, hacía ya mucho tiempo, y le habían herido tanto y tan frecuentemente con sus reproches que esta charla cariñosa de Satyaki, apoyada por Krishna, le hizo saltar las lágrimas. Luego dijo:

—Mi señor, la ira de Balarama ya ha comenzado a destruir a los kurus. Sólo se necesita el toque de Krishna y Satyaki para acabar la conflagración. No le tengo miedo al futuro, sé que Bhima y Draypadi estarán contentos al ver la destrucción de los kurus. Os agradezco a todos el cariño que nos tenéis. Después de su visita a Prabhasa, los pandavas continuaron su viaje.

Se dirigieron hacia el norte y alcanzaron las orillas del río Saraswati.

Era un lugar sagrado para el rey Sibi, porque allí ocurrió el incidente del halcón y la paloma.

Ahora veían el río Ganges y llegaron a la montaña Mainaka, que era una de las montañas más sagradas. Su siguiente parada fue Kailasa, donde vieron el Bindusaras, la fuente del río Ganges. Vieron los siete torrentes. Tres de ellos iban hacia el oeste, tres hacia el este y el séptimo fluía hacia Bhagirata. Los pandavas vieron la montaña Mandara. Esta montaña era la morada de Kubera. Yudishthira invocó al espíritu de la montaña y le ofreció sus oraciones y rezó a los ríos Ganges y Yamuna. Los pandavas encontraron el lugar muy tranquilo y apacible. Incluso Bhima olvidó su tristeza y estaba feliz en las planicies de la montaña Mandara.

XI

HACIA EL HIMAVAN

Los pandavas decidieron ascender el monte Mandara y hallaron la tarea muy difícil.

Yudishthira estaba preocupado por la delicada Draypadi. Bhima dijo que él la llevaría, pues sabía que le gustaría encontrarse con Arjuna, que descendería sobre esa montaña cuando volviera de la morada de Indra. Bhima dijo:

—Yo la llevaré, os llevaré a todos cuando sintáis que no podéis andar más.

Era temprano por la mañana. El sol acababa de aparecer, tiñendo la cumbre de la montaña de rosa y dorado. La escena era maravillosa y el aire era reconfortante. Al principio no estaban cansados del ascenso, pero según el sol ascendía en los cielos se iban fatigando más. Siguieron intrépidos caminando hacia el pico llamado Gandhamadana. En aquella cumbre el aire era una mezcla de todos los perfumes. Todos estaban emocionados pensado en encontrarse con Arjuna. Hacía cinco años que les había dejado y se había ido. Era una escena patética.

Yudishthira, poco acostumbrado a la vida dura, trataba con gran dificultad de subir a montaña. En su corazón moraba un solo anhelo: Arjuna y u encuentro con él.

Anhelaba ver a Arjuna que se había ido a aprender cómo usar todos los astras, para que pudieran ganar la guerra. Todos hablaban de lo mismo. Llegaron a un ashram llamado Badari donde se decía que los rishis Nara y Narayana hicieron sus penitencias.

Yudishthira dijo:

—No puedo seguir más delante, mi cuerpo arde como si tuviera fiebre, estoy jadeando y me siento débil. —Cuando estaba diciendo esto, de repente se nubló el firmamento.

El cielo se oscureció con densas nubes negras de lluvia y se desató un furioso temporal, soplando el viento en todas direcciones. Era una escena realmente impresionante. La tierra, la montaña y el cielo quedaron ocultos tras un torbellino de polvo. No podían hablar entre ellos, el ruido del vendaval era ensordecedor y tampoco podían verse. Así de oscuro estaba el cielo.

Los árboles eran arrancados por el vendaval, árboles de troncos anchísimos eran arrancados de cuajo de la tierra y caían desplomados. Parecía como si el cielo descendiera sobre la montaña. La línea donde acababan los picos de las montañas y comenzaban las nubes de lluvia, era invisible y tuvieron que abrirse camino en medio de los árboles recién caídos y los peñascos diseminados por todas partes. Bhima era lo suficientemente fuerte como para apartar los árboles de su camino y al mismo tiempo llevar a Draypadi. Pero incluso él tuvo que admitir la derrota a manos de la naturaleza. La fuerza de los elementos era demasiado poderosa para hacerle frente. De repente, Bhima se sentó y los demás hicieron lo mismo.

El vendaval amainó su furia y comenzó a llover. Las gotas de agua eran más afiladas que flechas. La tormenta azotaba con terrible furia la montaña. Horrorizado ante la furia de la naturaleza y viendo la impotencia humana contra el furor de los elementos, Yudishthira se sentía anonadado. No podía hablar, sólo observaba. Las rocas eran levantadas de su sitio, y el agua fluía por miles de torrentes montaña abajo.

Parecía la explosión de la furia de un hombre que había contenido su ira durante mucho tiempo y que, de repente, la había dejado escapar. Yudishthira pensó que si diera rienda suelta a su ira, sería algo parecido a aquello. Los ríos fluían alrededor de los árboles socavándoles con su continuo flujo torrencial. Los árboles empezaron a caer de repente uno tras otro. Era una escena maravillosa, incomparable en su grandeza.

Por fin la lluvia cesó. El cielo se volvió claro y el sol, que estaba escondido detrás de las nubes negras, apareció en toda su gloria, y el inundo sonrió al ver nuevamente al dios de la luz y de la vida. Parecía que todo estaba bien de nuevo.

Aquel nuevo panorama alentó a los débiles peregrinos y continuaron su ascenso. Apeas habían avanzado unos cuantos metros, cuando la delicada princesa Draypadi fue vencida por la debilidad y se desmaya fatigada por el esfuerzo del viaje. Sus rodillas flaquearon y se cayó.

Nakula corrió hacia ella, la levantó e hizo que su cabeza descansara sobre su regazo.

Yudishthira y los otros acudieron también al lugar. Yudishthira trató de reanimarla lleno de compasión por ella y de ira contra sí mismo, porque é era la causa de su infelicidad.

Trajo agua y la vertió sobre su rostro. Con mucha ternura le dieron un masaje en los pies, y lentamente recuperó su color y poco a poco fue recobrando la conciencia. Nakula y Sahadeva, con sus manos, le acariciaban suavemente los pies. Los pies de Draypadi tenían llagas y ampollas por la dureza del viaje y Yudishthira se culpaba a sí mismo por ello. Le dijo:

—Perdona a este pecad r, esposo tuyo, Draypadi. Cuando tu padre nos preguntó quiénes éramos, le dije que éramos los pandavas y añadí: "Tu hijo sólo dejará un lago de lotos para entrar en otro."

"Me estremezco cuando pienso en ello. Tu padre te entregó a nosotros con estas palabras: 'Con los pandavas. como maridos serás feliz', y fíjate la felicidad que te hemos dado. No has conocido sino dolor desde que te convertiste en la esposa de los pandavas. Me culpo a mí mismo como responsable y a nadie más.

"Debes perdonar a este marido desaprensivo y mirarnos a todos con amor y compasión.

Draypadi consoló al re y le dijo que nada podía hacerse cuando el destino se hala empeñado en hacerles sufrir. Yudishthira le dijo a Bhim —Draypadi no podrá d ni un paso más. O tú o los mellizos debéis llevarla. O debe pedir a Ghatotkacha que venga y nos ayude. El es fuerte y nos quiere, vendrá si tú se lo pides. Creo que eso será lo mejor. Tú también estás cansado. No puedes llevar a Draypadi todo el camino.

Bhima pensó en su hijo y Ghatotkacha apareció ante ellos, más rápido que el pensamiento. Bhima le abrazó con cariño y Yudishthira estaba encantado de volver a ver a su magnífico sobrino. Ghatotkacha era su favorito desde que nació. Bhima dijo:

—Hijo mío, mira a tu madre Draypadi; no puede andar. Debes cargar con ella hasta la cima de la montaña. Camina lentamente, para que vaya cómoda. —Ghatotkacha cargó con Draypadi, y el resto del grupo fue transportado por los sirvientes que se había traído Ghatotkacha.

Sólo Dhaumya y Lomasa iban caminando. Ahora viajaban muy rápido, y pronto pudieron ver la cima de la gran montaña Kailasa, donde se bajaron de los rakshasas. Era la tierra del eterno amanecer. Los rayos del sol caían siempre sobre la cima de la montaña.

Los rishis que vivían allí dieron la bienvenida a Yudishthira y sus hermanos con Draypadi, Dhaumya y Lomasa. En aquel ashram, llamado Badari, pasaron muchos días felices. Desde allí pudieron ver la montaña Mainaka y Yudishthira sintió una paz que le robaba el alma; una paz que no había podido encontrar en ningún otro lugar.

XII

BHIMA Y HANUMAN

La naturaleza había sido pródiga en regalos en los alrededores de Badarikashrama. Las flores que brotaban allí no podían encontrarse en ninguna otra parte. Era un lugar maravilloso.

Aquel paraje no podía ser descrito con simples palabras. No existía ninguna lengua adecuada para describir el ashram y sus alrededores. Un día Draypadi estaba admirando la belleza que se extendía ante ella, cuando de repente una flor llegó hasta ella, impulsada por el aire. Era preciosa y tenía un perfume encantador. La cogió entre sus manos y la observó durante mucho tiempo. Cuando llegó Bhima, Draypadi le llamó a su lado y le dijo:

—Mira, Bhima. Fíjate en esta flor, ¡huélela! ¡qué perfume tan maravilloso! Me gusta mucho. Bhima, ¿puedes conseguirme más flores como ésta?

Bhima se puso muy feliz de poder hacer algo para agradar a Draypadi y partió inmediatamente en busca de la flor, siguió su perfume, como un sabueso sigue el rastro de su presa. Bhima iba de un lado para otro en busca del origen del olor, sin darse cuenta que se había alejado. Su mente divagaba en mil pensamientos y sus pies corrían mecánicamente. De pronto, se dio cuenta que se había ido muy lejos, hizo sonar su caracola 'y siguió adelante. El sonido de su caracola despertó a todos los leones que estaban durmiendo en sus madrigueras.

Bhima siguió adelante.

En aquel bosque moraba el gran Hanuman, que estaba dormido. El sonido de la caracola de Bhima le despertó de su sueño profundo y meneando la cola la estrelló contra el suelo.

Aquel ruido resonó entre las cuevas de las montañas y Bhima lo oyó. Aquello le sonó como un desafío y se dirigió rápidamente hacia el lugar de donde venía el sonido. Al poco tiempo se encontró con un mono enorme, sentado sobre una— inmensa losa. Bhima estaba sorprendido ante aquella estampa porque nunca antes había visto a un mono como aquel. El mono estaba sentado allí tranquilamente, bloqueando su camino. Bhima se le acercó y el sonido de sus pisadas hizo que el mono entreabriera los ojos. Este dijo:

—Joven, ¿por qué haces tanto ruido? Tu caracola me despertó de mi sueño. Todos los seres humanos de estos parajes son amables con los animales. Parece que eres extranjero, pues no eres considerado con los habitantes de este lugar. ¿De dónde vienes? ¿Quién eres? A partir de aquí el bosque se torna impenetrable. Te lo digo por el afecto que siento hacia el ser humano y estoy seguro que me escucharás. Aquí hay algunos frutos. Cómelos, descansa un rato y regresa al lugar de donde vienes. No puedes seguir adelante, te digo la verdad.

Bhima contestó a aquel extraño mono que podía hablar como un ser humano, diciéndole: —¿Puedo saber quién eres? No eres un mono ordinario. Debes ser algún semidios que ha asumido la forma de mono. En cuanto a mí, soy el hijo de Vayu, mi madre es Kunti y mi nombre es Bhimasena. Soy uno de los pandavas y estamos en el exilio.

Le contó la historia de los pandavas y le habló de Arjuna al que iban a recibir dentro de poco. El mono sonrió oyendo las palabras de Bhima y le dijo:

—Estoy en tu camino y no puedo moverme. Si aceptas mi consejo debes volver por donde viniste.

Bhima sintió que se le estaba agotando su paciencia. Ya empezaba a incordiarle aquello y le dijo:

—No quiero tu consejo. Quiero seguir, y tengo prisa. ¡Quítate de mi camino!, si no lo haces te pesará.

El mono le dijo:

—Como te dije antes, soy demasiado viejo para moverme. Si insistes en seguir, incluso en contra de mi consejo, puedes hacerlo saltando por encima de mi cuerpo.

Bhima se estaba disgustando con lo que pasaba. Arrugó el ceño y dijo:

—Eres más viejo que yo y estás sentado en mi camino, no es correcto que salte sobre tu cuerpo, eso es irrespetuoso hacia un anciano. Pero si insistes tendré que saltar sobre ti como hizo el gran Hanuman cuando tuvo que cruzar el mar.

El mono preguntó: —¿Quién es ese Hanuman del que hablas? Pareces respetarle, lo noto por el tono en que pronuncias su nombre, tu voz sonaba suave y gentil cuando lo has mencionado. Dime, ¿quién es ese Hanuman?

El mono giró su mirada hacia Bhima, en sus ojos había una expresión jocosa, lo cual irritó aún más a Bhima, quien le contestó —¿Eres un mono y no sabes quién es Hanuman? —Y mirándole con una sonrisa despectiva añadió:— Hanuman es el más grande de todos los monos. Es mi hermano. Es un gran sabio. Es famoso por las grandes

hazañas que realizó en servicio a Shri Rama. Cuando Rama perdió a Sita, su esposa, este hermano mío cruzó el océano de un salto y llevó el mensaje de Rama a Sita para consolarla. Yo no soy nada en comparación con él en cuanto a bravura y fuerza. Pero soy lo suficientemente tuerte para luchar contigo si tengo que hacerio.

Tengo que penetrar en el corazón de este bosque, así que, por favor, ábreme paso. Si no lo haces, me temo que tendré que exhibir mi poder y atacarte. Tendré que matarte aunque no quiero hacerlo.

Hanuman sonrió para sí mismo contemplando la impaciencia de Bhima y le dijo:

—Por favor, no te enfades conmigo, ya te he dicho que soy muy viejo para moverme. Por favor, ten compasión de mis años. Mi cola está en tu camino, si la empujas a un lado el camino quedará libre y podrás proseguir.

Bhima sonrió condescendientemente y, con su mano izquierda, trató de apartar a un lado la cola, pero no pudo hacerlo. La cola no se movía. Sorprendido, usó las dos manos para apartarla, pero no pudo. Frunció el ceño ante su inesperado fracaso y lo intentó otra vez. Pero la cola no se movía del sitio.

El mono todavía seguía sentado, observándole con una tenue expresión jocosa en sus ojos.

Bhima tuvo que admitir la derrota y bajó su cabeza avergonzado.

Fue ante el mono y postrándose ante él le dijo:

—Por favor, perdona mis duras palabras. En mi arrogancia sobrepasé las normas de la buena conducta. Tú eres mayor y yo soy más joven que tú. Debes tolerar los errores de alguien que es como tu hijo. Siento haberte hablado de una forma tan ruda, por favor, perdóname. —Y con ojos lagrimosos Bhima le dijo:— Debes decirme quién eres. Eres un rey entre los monos y quiero conocerte.

El mono le sonrió y le dijo:

—Yo también estoy ansioso de decirte quién soy. Soy el hijo de Vayu y mi nombre es Hanuman.

En cuanto estas palabras salieron de sus labios, extendió sus brazos hacia Bhima, el cual le abrazó cálidamente. Las lágrimas recorrían sus mejillas. Una y otra vez Bhima decía:

"Hermano mío" y lágrimas frescas brotaban de sus ojos. Así pasaron largo tiempo hablando entre ellos. Bhima estaba muy emocionado sólo de pensar que había encontrado a su hermano.

Era un extraño caso de buena fortuna el haberse encontrado con Hanuman, el cual le dijo:

—Quiero concederte un don como símbolo de apreciación de tu fuerza y en conmemoración de estos maravillosos momentos.

A Bhima no se le ocurría nada y le dijo:

—Sabiendo que estás con nosotros no hay duda que morirán los kurus.

Y Hanuman contestó:

—Me sentaré en el asta de la bandera del carro de Arjuna cuando comience la guerra.

Daré fuerza a tu ejército con mis gritos de aliento y amedrentaré a tus enemigos. Siempre estaré contigo, pero ahora continúa tu camino. El camino es difícil y peligroso, debes tener mucho cuidado.

Los hermanos se abrazaron de nuevo y partieron. Rememorando continuamente la escena del encuentro con su hermano, Bhima siguió hacia el norte, siguiendo aún el rastro del perfume que ahora era más fuerte. Siguió ansiosamente el olor hasta que de repente llegó a un río. La superficie del río estaba cubierta con miles de flores de las que quería Draypadi. El aire estaba cargado con el enloquecedor perfume de las flores.

Era el jardín de Kubera y habían muchos rakshasas protegiendo aquella zona. Bhima entró al jardín. Los rakshasas avistaron al intruso y aproximándosele le dijeron: —¿Quién eres para atreverte a entrar en este jardín? Esto pertenece a Kubera y no se le permite entrar a nadie.

Bhima estaba impaciente y les dijo:

—Soy Bhima, el pandava. Mi esposa Draypadi encontró una de estas flores maravillosas y quiere algunas más, así que he venido a recoger algunas para ella.

Los rakshasas no le permitieron hacerlo. Le dijeron:

—Estas flores pertenecen al rey. No se le permite tocarlas a nadie. Si las quieres, puedes ir al rey y pedirle permiso. Bhima contestó:

—No, ¿por qué tengo que mendigar? ¿por qué tengo que pedirle permiso al rey? Soy un kshatrya y no puedo pedir favores a otros. Estas flores están en la superficie del río, el río no pertenece a nadie ni tampoco las flores que crecen en la superficie. Recogeré las flores Sangandhika para mi Draypadi. Nadie puede detenerme. —Bhima se dirigió hacia las orillas del río.

Los rakshasas le atacaron y Bhima mató a la mayoría con sus manos y con su maza.

Cogió tantas flores como quiso y nadie pudo detenerle. Kubera se enteró de que un ser humano había entrado en el río como si fuera un elefante salvaje y sonriendo dijo:

—Ese debe de ser Bhima. Dejadle que coja las flores Sangandhika, no luchéis contra él.

Es un amigo.

. Los rakshasas volvieron a las orillas del río y le comunicaron a Bhima el mensaje del rey, y éste se sintió complacido por el cariño con que Kubera le acogía.

En aquel momento, Yudishthira y Draypadi comenzaban a preocuparse por la prolongada ausencia de Bhima y partieron con Ghatotkacha en la dirección que había seguido Bhima.

Ghatotkacha viajaba rápidamente y pronto llegaron al jardín de Kubera, donde vieron a los muchos rakshasas que había matado Bhima.

También le encontraron a él, sentado a la orilla del río con sus brazos llenos de flores.

Yudishthira corrió hacia él y le abrazó con cariño. Kubera fue hacia ellos y los recibió con gran honor, pidiéndoles que pasaran algunos días con él. Y así lo hicieron.

Yudishthira quería seguir hacia el norte y lo estaba comentando con Bhima cuando se oyó una voz de los cielos que decía: "No sigáis más adelante, debéis regresar a Badari, y encontraréis a Arjuna muy pronto."

Siguiendo esta orden de la voz de las alturas, regresaron a Badari, donde vivieron felizmente pero con impaciencia contando los días que tenían que pasar antes de que se encontraran de nuevo con Arjuna.

XIII

LA VUELTA DE ARJUNA

Según pasaban los días, crecía su impaciencia. Parecía como si no pudieran pasar un día más sin ver a Arjuna. Los alrededores del ashram donde vivían eran mu agradables, lo que era una suerte para ellos, ya que pasman la mayoría del tiempo paseando por los bosques cercanos. Los árboles estaban engalanados con flores de mil colores y aquel ambiente hizo que Draypadi se sintiera feliz por primera vez durante su exilio. Pasaba las horas mirando a las flores y a los árboles y su corazón bailaba de gozo. Viendo su alegría, Bhima le obsequiaba flores exóticas cogidas de lugares a donde ella no podía llegar. Pero siempre sus corazones pensaban en Arjuna y sólo en Arjuna. Hacía ya cinco años que no le veían y la espera era insoportable. Cada día y cada noche que pasaban eran como un año para ellos.

Un día que estaban paseando por el bosque, como de costumbre, vieron una extraña escena. La cumbre de la montaña estaba iluminada con una extraña luz celestial que les causó asombro. La luz iba creciendo y acercándose hasta que se dieron cuenta de que era un carro celestial. Todos se quedaron atónitos durante algún tiempo. Arjuna saltó del carro y corrió hacia ellos, postrándose a los pies de Yudishthira, Bhima y Dhaumya. Luego en el ashram saludó a Lomasa y a todos los demás rishis. Todos estaban demasiado emocionados para poder hablar. Draypadi se quedó quieta, contemplando a Arjuna como si le viera por primera vez; ni siquiera podía cerrar los párpados. Nadie habló y todos hablaron, fue un encuentro maravilloso. Volvían a ser cinco hermanos y el vacío se había llenado, ahora que tenían de nuevo a Arjuna con ellos. Se podía ver el brillo de una profunda alegría en el rostro de todos ellos.

Los pandavas recibieron a Matali con el debido honor y éste les dejó al poco tiempo y volvió a la corte de Indra. Yudishthira cogió a Arjuna en su regazo y le acarició como si fuera un niño pequeño, pero no pudieron hablar mucho porque estaban todavía demasiado emocionados. Arjuna entregó a Draypadi los regalos que le había mandado Indra, que eran alhajas maravillosas con gemas incrustadas. Después de que sus corazones se calmaron, tras la emoción, se sentaron alrededor de Arjuna. Justo entonces se produjo una conmoción en el exterior, Indra había venido a ver a Yudishthira. Los pandavas le dieron la bienvenida con grandes honores, mientras descendía de su carro, e Indra respondió a su homenaje con una amplia sonrisa. Todos permanecieron a su alrededor esperando que hablara. Indra le dijo a Yudishthira que pronto acabarían sus problemas, que no tenía porqué preocuparse de sus enemigos y que gobernaría el mundo gloriosamente. Luego añadió:

—Ahora que te he devuelto a Arjuna, es el momento para que desciendas a las planicies y vuelvas a tu refugio en el bosque de Kamyaka. Vine para agradecerte personalmente que prescindieras por un tiempo de él. Arjuna me ha complacido inmensamente con su valor. El te lo contará todo, me alegro de veros. Dentro de pocos años se acabarán vuestros malos tiempos, volved ahora a Kamyaka.

Después de la partida de Indra, los pandavas se dirigieron hacia el refugio y cuando todos estaban sentados alrededor de Arjuna, Yudishthira le pidió que les contara sus muchas aventuras. Arjuna se sintió muy feliz de compartirlas con ellos de nuevo. Contar aventuras es emocionante, pero hablar de ellas a aquellos que te quieren y que se interesan por ti, 'es maravilloso. Arjuna les habló de la montaña Indrakila y de sus penitencias en las laderas de la montaña. Les contó su encuentro con el jabalí salvaje y el cazador misterioso. Fue una narración emocionante. Yudishthira estaba muy orgulloso de su hermano. Bhima se sentó a su lado acariciando a Arjuna una y otra vez con sus ojos humedecidos de alegría por el cariñoso encuentro con su hermano al que tanto había echado de menos. La narración continuó y Arjuna les contó la visita de los otros dioses y los regalos que le hicieron, luego la visita de Indra, el episodio de Urvasi y luego su aprendizaje de baile y música con Chitrasena. Arjuna también les contó el propósito por el que fue conducido a los cielos. Les dijo:

—Estaba pasando ratos muy agradables allí, y un día mi padre, Indra, me dijo: "Debes hacerme un servicio. Hay unos asuras, llamados Nivatakavachas que me están dando grandes problernas. Viven en el fondo del océano y son invencibles en o que a nosotros respecta.

Quiero que vayas a luchar contra ellos y los destruyas." Indra puso una corona de joyas sobre mi cabeza y me dijo: "Desde ahora en adelante serás llamado Kiriti, por llevar esta corona."

Los rishis de la corte me bendijeron y Matali trajo el carro. Entonces me fui a luchar contra los Nivatakavachas. Llegué a su ciudad después de pasar por muchos lugares hermosos del cielo y de la tierra. La gente de allí pensó que Indra había llegado de nuevo para luchar contra los Nivatakavachas y salieron de la ciudad al oír el estruendo con que resonaba mi caracola.

Aceptaron el desafío y la guerra comenzó.

"Aquellos asuras parecían ser especialistas en la lucha y además usaban la magia como ayuda. Al principio su maya era demasiado poderosa para que pudiera combatirla, pero luego pude sobreponerme a ella. Usé el astra llamado Mohini al que no pudieron resistirse, venciéndolos a todos. Tuvieron que abandonar sus tácticas ilusorias y luchar abiertamente. Eran muy buenos luchadores, pero yo tenía la ayuda de los astras divinos y les lancé el Vajra, el arma personal de Indra, que los asuras no pudieron contener. El Vajra les golpeaba como el relámpago y hacía pedazos sus kavachas.

"Los Nivatakavachas parecían montañas caídas y Matali me elogió muchísimo por la forma en que peleé. Dijo que nunca antes había visto una lucha igual. Después de matar a los Nivatakavachas entré en su ciudad, que era muy hermosa. No hay otra palabra para describir la riqueza, el esplendor y la magnificencia de la ciudad. Estaba sorprendido de ver tanta belleza. Le pregunté a Matali cuál era la causa de que la ciudad fuese tan rica, porque ni Amaravati era tan hermosa. Matali me dijo que antiguamente había sido la ciudad de Indra, pero que los Nivatakavachas se la quitaron debido a que habían complacido a Brahma con sus penitencias y llegaron a hacerse invencibles. Los devas no podían hacerles nada debido al don que les concedió Brahma. Esa era la razón por la que mi padre quería que fuera y les matara, porque yo soy un mortal y no un deva. Luego volvimos a Amaravati, la ciudad de Indra.

"En el camino de regreso, vimos una ciudad flotante. Era una vista maravillosa. Viendo mi asombro, Matali me dijo: 'Arjuna, esta ciudad se llama Hiramyapuri. Ahora la posee una mujer llamada Puloma, que tiene varios hijos llamados Kalakeyas con los que vive en esta ciudad. Brahma les concedió también un don y estos asuras se han vuelto inmunes a los dioses. Tienes que luchar contra ellos y destruirlos como hiciste con los otros.' Nos dirigimos hacia la ciudad y desafié a los Kalakeyas para que lucharan conmigo. Se sentían muy seguros porque no estaban acostumbrados a que les desafiaran, pero al final salieron y la lucha comenzó. Me resultó muy difícil luchar contra ellos, pero tenía el astra llamado Pasupata, lo usé y destruí toda la hueste de los Kalakeyas. Luego volvimos a Amaravati, donde Indra me dio la bienvenida con gran alegría. Matali le contó la lucha en las los batallas, haciendo elogios de mí y de mi valor. Indra me abrazó y me bendijo. Yo me sentí muy orgulloso de mí mismo e Indra me dijo: 'Me has hecho un gran servicio matando a esos Kalakeyas y Nivatakavachas y estoy muy complacido contigo. Yudishthira es muy afortunado por los hermanos que tiene. Contigo a su lado no tiene que preocuparse del futuro, los kurus se pueden dar por muertos. Indra me regaló una armadura que es impenetrable y pasé días muy felices con él. Después de un tiempo me dijo: 'Ha llegado el momento de partir, tus hermanos y Draypadi están ansiosos de verte. Han pasado años desde que te permitieron venir aquí.

Ahora debo devolverle a Yudishthira lo que me prestó tan complacientemente.' Indra pidió a Matali que trajera su carro y dejando a mi padre, a Chitrasena y a todos los rishis de la corte vine velozmente hacia aquí para reunirme con vosotros. Ahora soy feliz, ni todos los placeres del cielo pueden igualarse a la alegría de veros después de todos estos años.

Los pandavas se quedaron en el ashram de Badari durante algunos días más, e incluso las montañas les parecían distintas ahora que Arjuna estaba con ellos. Le enseñaron a Arjuna sus lugares favoritos y pasaron allí momentos maravillosos. Pero tenían que pensar en el futuro y decidieron que había llegado el momento de volver al bosque de Kamyaka. El tiempo se les había pasado muy rápido y los horribles doce años ya se habían reducido a dos. Habían pasado diez años en el exilio y Bhima,

Nakula, Sahadeva y Arjuna se acercaron a su hermano Yudishthira para sugerirle que debían recordárselo a su querido primo Duryodhana.

Bhima dijo:

—Hermano, es el momento de recordar los terribles juramentos que hemos hecho y de pensar en ese pecador de Duryodhana. Este es el onceavo año del horrible exilio que nos ha impuesto, nos quedan dos años más y ya se acerca el año que tenemos que pasar disfrazados. Después de haber estado alejados de sus cercanías durante cinco años, nos deben haber olvidado como si fuéramos un mal sueño. Están viviendo en el paraíso de los tontos; deben estar pensando incluso que has renunciado al mundo y que te has hecho un rishi en las estepas de los Himalayas. Deberíamos descender de esta hermosa montaña Gandhamadana y volver al bosque de Kamyaka como nos dijo Indra. Debemos recordar a Duryodhana que los pandavas que se fueron a los Himalayas han vuelto después de recibir a Arjuna. Nuestro querido tío debe haberse enterado mediante sus excelentes espías de las hazañas de Arjuna. Se asustarán si volvemos a los valles, no les dejaremos pensar que tú y tus hermanos han renunciado al mundo y han decidido quedarse en el ashram de Badari. Nuestro regreso les recordará que los cuatro hermanos de Yudishthira no han olvidado sus juramentos. Es duro pensar en abandonar este hermoso lugar. Aquí hemos pasado los años más felices del exilio y no parecía tal, por el encanto que ha ejercido sobre nosotros. Draypadi ha sido feliz aquí. Este es el único lugar donde la he visto sonreír, pero, mi señor, tenemos que irnos: tres años más y te veremos como señor de la tierra. Balarama, Satyaki y Krishna están esperando impacientemente el fin de estos días horribles. Volvamos a los valles.

XIV

NAHUSHA, EL DIOS CAIDO

Los pandavas se pusieron en camino hacia los valles, despidiéndose de todos los rishis del ashram y sus alrededores. La partida de la gran montaña fue la parte más dura y se volvían una y otra vez para ver la gran montaña llamada Gandhamadana. Lomasa volvió a Amaravati después de desearles parabienes. Yudishthira sintió mucho que se fuera, porque había sido muy feliz en su compañía y había aprendido mucho de él. Los pandavas cruzaron la famosa montaña Prasravana y llegaron a Kailasa, sintiendo como si se hubieran encontrado con un viejo amigo y luego fueron al ashram de Vrishaparva donde pasaron una estancia muy agradable.

Un día Bhima se había ido de caza, andando de aquí para allá, cuando de repente se encontró con una serpiente pitón de tamaño increíblemente grande. El no había visto nunca algo parecido y antes de que se diera cuenta de que estaba en peligro, la serpiente le había atrapado. En el momento en que la pitón tocó su cuerpo, Bhima sintió que toda su fuerza le abandonaba y enroscándosele le tenía sujeto. Toda la inmensa fuerza de Bhima no le valió contra la presión atenazante de la serpiente y estaba sorprendido por aquel reptil. Bhima dijo: —¿Quién eres?, ¿qué tratas de hacer conmigo? Yo soy Bhima, el pandava, el hermano de Yudishthira y he vencido a muchos leones, tigres y elefantes, matándoles sin esfuerzo. Pero tú me sorprendes, ¿qué fuerza especial tienes que puedes vencerme incluso a mí?

La pitón, sosteniéndole firmemente entre sus anillos, le dijo:

—Tengo hambre, ha sido una suerte que llegaras en el momento adecuado. En cuanto a mi identidad es una larga historia. Soy un gran rey que está aquí con esta forma en la tierra por una maldición, esperando la liberación. —La pitón se detuvo por un momento y luego continuó su historia:El nombre del rey Nahusha debe haber llegado a tus oídos. Yo soy Nahusha. Una vez, borracho de poder, en mi arrogancia insulté al sabio Agastya y él me maldijo a estar en la tierra en la forma de una serpiente pitón. Me arrojó de los cielos y aquí he estado desde hace no sé cuánto tiempo, cumpliendo mi penitencia. El sabio Agastya me dijo: "Deberás permanecer en la tierra durante mucho tiempo. Un día el rey Yudishthira, de la raza lunar, será tu salvador." He perdido la memoria y sólo recuerdo esto. El sabio dijo que este rey podría contestar todas mis preguntas sobre ética y que vendría cuando tuviera entre mis anillos al hombre más fuerte de la tierra. Quizá tú seas el hombre más fuerte de la tierra y el hermano de Yudishthira. Quizás haya llegado el momento de mi liberación. Fíjate en mi destino, me complaces y, sin embargo, tengo que matarte aunque no quiero, tengo que hacerlo porque es parte de mi maldición.

Bhima fue tocado por las palabras de Nahusha. Estaba apenado por el monarca caído y le dijo:

—No estoy enfadado contigo en lo más mínimo, sólo siento tener que morir así. Hubiera deseado morir como un kshatrya y no como una bestia. No siento morir, pero siento dejar a mis hermanos cuando tanto me necesitan. Dependen de mí para ganar la guerra, una guerra que es inminente. Por supuesto está Arjuna, él es mi otro hermano y ahora es un maestro excepcional en todas las artes de guerra, habiendo conseguido todos los astras. divinos de los dioses. No importa si muero, mi hermano todavía puede ser el señor del mundo. Mi Draypadi y mi madre me echarán de menos y mis hermanos que me quieren lamentarán mi muerte, siento dejarles a todos y morir, pero no le tengo miedo a la muerte. Sin embargo odio tener que morir antes de cumplir mi promesa a Draypadi de que rompería los muslos de Duryodhana y de que me bebería la sangre de Dussasana. No importa, no se puede vencer al destino.

Bhima estaba firmemente agarrado por los anillos de Nahusha y no podía moverse.

Nahusha tampoco quería matarle, pero tenía que hacerlo. Estaba tratando de convencerse a sí mismo para hacer esta obra tan desagradable.

Yudishthira vio algunos malos augurios y preguntó a todo el mundo dónde estaba Bhima. Draypadi le dijo que Bhima se había ido de caza y que había pasado mucho tiempo, Yudishthira se preocupó y salió en su busca. Siguiendo sus pasos y viendo los arbustos y las ramas rotas, supo el camino que había tomado Bhima. Siguió andando y, de repente, vio a Bhima cogido en los anillos de la tremenda pitón. El corazón de Yudishthira casi dejó de latir. Estaba horrorizado por la visión. Levantó su coraje decaído y se aproximó, a los dos, preguntándole a Bhima:

—Hijo mío, ¿qué te ha ocurrido? ¿Cómo te has dejado atrapar as, í? ¿No has podido liberarte por ti mismo?

Bhima le contó todo y le dijo que su fuerza no valía de nada. Yudishthira se dirigió a la serpiente y le dijo:

—Yo no sé quién eres, pero observando tu fuerza, veo que no puedes ser una serpiente ordinaria. Nadie ha podido oponerse a la fuerza de mi hermano. Yo soy su hermano mayor Yudishthira; por favor, dime qué comida quieres. Te traeré lo que desees, pero, por favor, suelta a mi hermano, él me es muy querido.

Nahusha respondió: —Yo soy Nahusha.

Yudishthira se postró inmediatamente ante él. El nombre de su antepasado le era familiar. Era un habitante de la morada de Indra, su nombre era muy conocido en la tierra y ahora era una serpiente pitón. Yudishthira no podía creer lo que escuchaban sus oídos. Nausha le contó la maldición de Agastya y su promesa de que Yudishthira le liberaría de la maldición, y le; dijo:

—Mi única oportunidad de liberación es ahora. Tengo en mi poder; la vida de tu hermano. Si respondes todas mis preguntas sobre ética, yo liberaré a tu Bhima y tú podrás liberarme de la maldición.

Era una situación extraña. Yudishthira tenía que responder preguntas de ética, cuando la vida de su hermano estaba en juego.

—Qué así sea —dijo Yudishthira—. Trataré de contestar todas tus preguntas tan bien como pueda. —Rogó a su padre, el Dharma, para que diera claridad a su mente y le dijo: Estoy preparado para contestar tus preguntas.

Nahusha le hizo preguntas muy interesantes. La primera de ellas fue: —¿Cuál es la definición de un brahmán?

—Un brahmán —dijo Yudishthira—, es alguien que tiene estas cualidades: sinceridad, generosidad, compasión, aversión por la crueldad y capacidad para hacer tapas. Esta persona y nadie más es un brahmán.

Después Nahusha le preguntó: —¿Cuál es el conocimiento supremo? Y Yudishthira le contestó:

—Brahmán; en él no hay miseria ni felicidad: ambas son iguales para el que le conoce.

Por esto, cuando alguien alcanza el conocimiento supremo, nunca es infeliz.

Nahusha le hizo preguntas similares concernientes a la sociedad, a la división de las cuatro castas y otros puntos importantes de conducta y códigos de vida. Las respuestas eran agudas y certeras, pero también se podía ver la humildad, la extrema humildad de aquel hombre en la manera en que daba las respuestas. Yudishthira nunca dijo: "Esta es la respuesta a tu pregunta." El decía: "En mi opinión, esta parece ser la respuesta más satisfactoria." Uno sentía pedirle prestada una hoja al libro de este rey para aprender a dar opiniones de manera gentil y delicada, sin ofender al oyente. Era un gran arte el que había dominado Yudishthira, el arte de la gentileza, el deseo de no herir a nadie, ni siquiera con sus palabras.

Nahusha estaba complacido con aquel gran sabio y le dijo:

—Eres un gran hombre, eres más grande que todos los hombres sabios que me he encontrado hasta ahora. Me siento feliz de liberar a tu hermano. Después de haberte conocido, ¿cómo podría matar a tu hermano?

Yudishthira se sentía muy feliz al ver que Bhima estaba libre y estaba contento de haber encontrado a aquel rey sabio. Mientras estaban hablando, Yudishthira casi se había olvidado de que la vida de Bhima estaba en juego. Las muchas preguntas del rey eran tan interesantes y fascinantes que Yudishthira estaba disfrutando mucho. Ahora era Yudishthira quien quería hacerle muchas preguntas al sabio Nahusha, a las que él respondió con agrado. El tiempo pasó rápidamente para ambos. Entonces apareció un carro en el cielo que se posó en tierra junto al lugar donde ellos se encontraban. El rey Nahusha rompió su piel de serpiente y tomó la forma majestuosa que tenía antes de la maldición. Subió al carro tras despedirse de los hermanos y, en pocos momentos, el carro se perdió de vista. Los dos hermanos, abrazándose, volvieron al ashram con sus mentes aún sobresaltadas por aquella extraña experiencia.

Los pandavas habían pasado casi un año en el ashram de Vrishaparvan en las faldas de la montaña de Prasravana y reanudaron su viaje hacia los valles, viajaban

rápidamente y pronto llegaron al río Saraswati. Cruzaron el río y llegaron a Dwaitavana, su antigua morada.

Fue allí donde Vyasa les visitó para pedirle a Yudishthira que mandara a Arjuna al norte para realizar tapas y agradar al Señor Sankara. Todo aquello parecía ahora muy lejano. Había pasado mucho tiempo, ya habían transcurrido once años del exilio. Sólo tenían que pasar un año más en el bosque y un año más disfrazados. Eran casi felices y parecían no pensar en nada más que en una cosa: la guerra que iba a ocurrir muy pronto entre los pandavas y los kurus. El rostro de Bhima se iba alegrando gradualmente, la nube se había disipado y tenía mejor aspecto. Así pasaba el tiempo para los pandavas.

XV

KRISHNA, NARADA, MARKANDEYA Y LOS PANDAVAS

Llegó la estación de lluvias con un monzón muy fuerte, y estaban muy felices y emocionados de ver venir la época de las lluvias. El río Saraswati fluía con gran caudal, era un panorama muy agradable. Cuando acabó la estación, los pandavas dejaron Dwaitavana y se dirigieron al bosque de Kamyaka.

Krishna oyó que los pandavas habían llegado al Kamyaka. Hacía mucho tiempo que no les veía y quería ver a su querido amigo Arjuna que había vuelto de Amaravati, la ciudad de Indra. Krishna se fue con su querida esposa Satyabháma al bosque de Kamyaka para encontrarse con los pandavas. Los pandavas estaban muy contentos de volver a ver a Krishna y le rodearon mostrándole su afecto de mil maneras. Para ellos siempre que venía Krishna a visitarles era un acontecimiento maravilloso, tanto si era en Indraprastha como en Kamyaka. El era para ellos como todas sus vidas juntas, y para El, ellos eran su propia vida. Krishna abrazó a Arjuna una y otra vez y Satyabhama fue recibida con mucha alegría por Draypadi. Ahora todos estaban contentos, con Krishna a su lado; ya no necesitaban nada más.

Krishna les habló de que todos estaban contentos por las hazañas de Arjuna y le dijo a Draypadi:

—Subhadra y su hijo Abhimanyu están muy bien. Abhimanyu es ahora un maestro del arco, es incluso más poderoso que su padre. Vuestros hijos están conmigo en Dwaraka.

Dhrishtadyumna me los trajo para que les educara, los seis son grandes y fuertes y son el perfecto reflejo de sus padres.

—Luego le dijo a Yudishthira:— Yudishthira, ya han pasado once años, ¿por qué deberías esperar otros dos? Nuestro ejército está listo. Dhrishtadyumna con su padre y sus hermanos están también preparados con su ejército. Los hermanos Kekaya están impacientes por conseguir tu permiso. Marchemos todos a Hastinapura y luchemos contra los hijos de Dhritarashtra. Les tomaremos por sorpresa si les atacamos ahora, ¿qué dices al respecto?

Yudishthira le miró y sonriendo le contestó:

—Krishna, tú ya conoces mis sentimientos, no quiero apartarme del camino del Dharma.

Aún tengo que pasar dos años más en el exilio. Sé que será duro, particularmente para mi Bhima, pero nada puede hacerse, tengo que cumplir con mi deber. No puedo aceptar tu sugerencia, debes perdonarme. Krishna sonrió a Bhima y le dijo:

—Bhima, esperemos otros dos años, luego ya podremos descargar nuestra furia.

La conversación se desvió luego hacia otros temas y Krishna escuchó atentamente los relatos de sus muchas experiencias.

Entonces apareció el sabio Markandeya. El era el favorito de todos porque era un buen narrador de historias. Se sentaron alrededor de él y Krishna le dijo:

—Cuéntanos alguna historia, o mejor cuéntanos muchas. Hace mucho tiempo que no oigo historias. Mi madre acostumbraba a contarme muchas cuando me iba a dormir y yo las escuchaba una tras otra, pero no me dormía. Soy muy aficionado a las historias del pasado, de cómo se creó el mundo y de cómo comenzó la vida, también me gustan mucho las historias de los grandes hombres y mujeres. Tú lo sabes todo de todo, mi señor, por favor cuéntanos, nos gusta oírte.

Justo en ese momento, también llegó Narada, todos se sentaron y escucharon a Markandeya, el cual les contó muchas cosas, historias que ilustraban la grandeza del conocimiento, del poder de los tapas, de la encarnación de Vishnu como un pez en la época del gran diluvio; del Señor que tenía la forma de un niño pequeño durmiendo en la hoja del árbol Aswattha, de las características de los diferentes yugas, Krita, Treta, Dwapara y Kali. Les contó la historia de Dundhumara, de Kuvalaswa y del sabio Angirasa. Les habló del dios del fuego y de su amor con Swaha; de la guerra en los altos cielos y de cómo Kumara, el hijo de Sankara, ganó la guerra para los devas. Las historias eran muchas, el narrador estaba muy inspirado y los oyentes muy abiertos y humildes. El tiempo pasaba sin que ninguno lo advirtiera. Krishna se quedó algunos días con los pandavas y después volvió a Dwaraka.

Los días de paz de Duryodhana estaban llegando a su fin, él había pensado que trece años eran mucho tiempo, pero la mayor parte del exilio de los pandavas se había

acabado, sólo quedaban dos años. Tenía que sentarse y pensar de qué manera podía alargar los trece años. Una vez un brahmán llegó a la corte de Dhritarashtra. El rey, como de costumbre, le preguntó por la suerte de los pandavas. El brahmán habló durante horas de las dificultades por las que estaban pasando, de la fuerza de Bhima, de cómo Arjuna ganó el Pasupata del Señor Sankara, y de cómo mató a los Kalakeyas y a los Nivatakavachas. Oyeron todo lo que no querían oír del estúpido brahmán. Después de que se fuera, el rey comenzó a lamentarse de la maldad y la injusticia con que había tratado a los pandavas. Por supuesto que a Duryodhana no le gustaron nada aquellas noticias. Es más, Duryodhana, Radheya y Sakuni trataron de convencer al rey de que ellos eran más poderosos que los pandavas.

Duryodhana, Dussasana, Sakuni y Radheya trataron de encontrar una forma de herir a los pandavas. Radheya, siempre deseoso de complacer a su amigo, le dijo:

—Amigo mío, ahora eres el señor del mundo, y tus enemigos vagan por el bosque como bestias salvajes. Tengo una idea para herirles. No hay nada peor en este mundo que ver a tu enemigo colmado de riquezas y gloria, eso es peor que la pérdida de la riqueza de un reino.

Vayamos todos al bosque de Kamyaka y pasemos allí unos días como si fuera un viaje de placer. Iremos con todas nuestras mujeres y sirvientes. Viendo tu esplendor, los pandavas arderán de ira y celos y viendo a tus mujeres, Draypadi se pondrá lívida de envidia. Vayamos a Kamyaka.

Duryodhana aprobó la sugerencia de Radheya y le dijo: —Te aprecio mucho, Radheya, tus palabras agradan siempre a mis oídos. He oído hablar de las dificultades por las que están pasando los pandavas, pero me gustaría verlas con mis propios ojos.

Quiero ver a Bhima y Arjuna vestidos con cortezas de árboles. Quiero ver a esa mujer que se rió de mí en Indraprastha. Quiero ver a Draypadi humillada y con los ojos llorosos, creo que tu idea es excelente. Ahora busquemos excusas para justificar nuestra expedición al bosque.

Radheya pasó la noche buscando un pretexto. A la mañana siguiente se dirigió a Duryodhana y le dijo:

—Ya sé lo que debemos hacer. Nuestro ganado está en las cercanías de Dwaitavana, vayamos con el pretexto de inspeccionar las vacas. El rey no objetará nada en contra de ello.

Una vez que obtengamos su permiso en la asamblea, le podremos decir más tarde la verdadera razón. Así cumpliremos nuestro deseo.

Sakuni, como de costumbre, aprobó el plan con entusiasmo. Juntos rieron a carcajadas y después de estrecharse las manos unos a otros, se dirigieron a la corte del

rey con la inocua sugerencia del Ghoshayatra. El rey estaba en la corte y consiguieron su permiso.

Más tarde le contaron la verdadera razón. Al rey no le gustó, porque pensaba que era demasiado arriesgado. Les dijo:

—Los pandavas os atacarán y se vengarán de vosotros. Ya habéis oído que Arjuna ha incrementado su poder, vuestra idea es una locura y no me gusta, no vayáis allí.

Sakuni se rió de sus temores y le dijo:

—Ya sabes que Yudishthira es muy justo y también lo son sus hermanos, no nos harán daño.

Finalmente, el rey les dejó irse aunque de mala gana.

XVI

UN GANDHARVA CAPTURA A DURYODHANA

Los kurus emprendieron su marcha hacia Dwaitavana. La vanguardia la formaban Radheya, Sakuni, Dussasana y Duryodhana, los cuales estaban muy contentos y entusiasmados. Les seguía un gran séquito; con ellos iban sus esposas y sus siervos.

Llegaron a un lago muy hermoso en Dwaitavana, acamparon allí y comenzaron la inspección de las vacas, la cual acabó muy pronto. El rey Duryodhana distribuyó regalos y riquezas entre los pastores, tras lo cual comenzaron a cazar en el bosque, tratando de pasar una grata jornada. Luego, por medio de los espías de Duryodhana se enteraron de que los pandavas habían abandonado el Kamyaka y habían ido a Dwaitavana. Entonces decidieron irse a nadar al lago, mientras los pandavas estaban en sus proximidades. Duryodhana fue al lago con todas sus mujeres.

El lago ya había sido ocupado por un gandharva que había ido allí con su comitiva. Los sirvientes de Duryodhana se lo comunicaron al rey, le contaron que el lago ya había sido ocupado por el gandharva. Duryodhana estaba muy molesto y mandó decir al gandharva que el rey de los kurus había llegado con sus reinas y que el lago tenía que ser desocupado.

Los sirvientes llevaron las órdenes al gandharva, pero éste no les prestó la más mínima atención y riéndose les dijo: —Decidle a ese estúpido rey vuestro que no tengo porqué obedecerle. Vuestro rey parece que piensa que los ciudadanos del cielo tienen que obedecer sus órdenes. En cuanto a vosotros, idos rápidamente de aquí si apreciáis vuestras vidas.

Idos y decidle a vuestro rey lo que os he dicho.

Duryodhana se enojó mucho cuando le hablaron de la insolencia del gandharva. Reunió todas sus tropas y se dirigió al lago. Cuando el gandharva oyó que el rey de los kurus estaba marchando hacia el lago con la intención de luchar, dio órdenes a sus soldados de responder al ataque. El ejército de Duryodhana estaba asustado por el poder de los gandharvas, pero Radheya permanecía impertérrito, rehizo las filas y luchó contra ellos. El ejército de Duryodhana estaba en peligro de ser vencido. Duryodhana, Sakuni y Dussasana con el resto del ejército, se unieron a Radheya y lucharon contra los gandharvas. Viendo que su ejército estaba siendo vencido por Radheya y los otros, el jefe de los gandharvas se unió a la batalla, luchando fieramente. Los kurus no pudieron contener el asalto, pero Radheya todavía seguía luchando.

Duryodhana y los otros también lucharon muy bien, pero pronto vieron que el gandharva era demasiado fuerte para ellos. Radheya ya no podía luchar más y tuvo que saltar del carro y huir corriendo, para su eterna vergüenza. A la vista de esto cundió el pánico entre las huestes de los kurus. Duryodhana, sin embargo, siguió luchando, sin dar la espalda al enemigo; perdió su carro pero siguió luchando en tierra y muy pronto fue vencido por el gandharva, que le cogió por los cabellos, le ató los brazos a las espaldas con cuerdas y se lo llevó en su carro. Dussasana y sus hermanos fueron atados también y se los llevaron junto con las mujeres, que también fueron capturadas por el gandharva.

El pánico se apoderó de la comitiva de Duryodhana, dispersándose en estampida. Los que quedaron, en su desesperación, fueron al ashram de Yudishthira y le dijeron:

—Un gandharva se ha llevado a los hijos de Dhritarashtra y a sus esposas. Por favor, debes perseguirle y rescatar a nuestro rey.

Oyendo estas palabras, Bhima dijo:

—Muy bien, me alegro de que así sea. Esto es un castigo por lo que hicieron. Al igual que ellos nos maltrataron, ahora alguien va a hacerles lo que nosotros deberíamos haber hecho hace mucho tiempo. Todavía quedan personas valientes en este mundo, que tienen el coraje de tomarse la ley en sus manos y castigar a los malvados. Ese hombre vino aquí para divertirse mirándonos vagar por el bosque, quería reírse de nosotros, y los que quieren el mal para otros lo reciben ellos. Me alegro de oír estas noticias.

A Yudishthira no le gustó el que Bhima se alegrara por la fatalidad de Duryodhana y le dijo:

—Bhima, no apruebo tus palabras. Estos sirvientes de nuestro primo nos piden que les ayudemos. Somos primos, y entre primos no debería haber disputas y si las hay, el hecho sigue siendo que somos primos. Cierto es que son nuestros enemigos, pero aun así son nuestros hermanos de sangre. Entre nosotros puede que no seamos amigos, pero debemos permanecer unidos en contra de una tercera persona. Somos cinco contra cien, pero contra un enemigo común, somos ciento cinco. Estamos de acuerdo en que ellos han sido la causa de nuestro sufrimiento durante estos últimos años y que son malvados. Vinieron aquí para hacer alarde de sus riquezas delante de nosotros; lo sé. Pero, mi querido Bhima, ahora piden nuestra ayuda. Las mujeres y otra gente inocente están siendo maltratados, y la reputación de nuestra familia está en juego. ¡Prepárate para luchar y llévate contigo a Arjuna, Nakula y Sahadeva, ve inmediatamente!

Bhima estaba furioso y sus ojos se pusieron rojos de ira. Le dijo a Yudishthira: —¿Qué es lo que estás tratando de hacer, hermano? Si tú puedes olvidar tan fácilmente lo que nos han hecho, yo no puedo. Están sufriendo por sus pecados, esto es algo que

nosotros deberíamos haber hecho hace mucho tiempo. Ahora alguien lo está haciendo por nosotros. Considero a este gandharva como nuestro benefactor, ahora es nuestro amigo.

Por favor, no nos pidas que vayamos y rescatemos a esos odiosos primos de un destino que tan justamente merecen.

Desde lejos llegaban las voces de Duryodhana y de los otros pidiendo ayuda. El gentil y noble Yudishthira no pudo contenerse y mirando con enfado a su hermano, le dijo: —¿No te avergüenzas de tí mismo? Estás permitiendo que otro haga lo que tú has jurado hacer. Tienes que apresurarte y liberar a Duryodhana, ellos han venido a pedirnos ayuda.

No nos corresponde a nosotros juzgar lo que nos han hecho y decidir si merecen este destino o no, no somos ni tú ni yo quien debe decidirlo. ¿No sabes que el principal deber de un kshatrya es proteger al oprimido? ¿No es ése el significado de la palabra? No debes vengarte de Duryodhana a través de los servicios de un tercer hombre, primero rescátale, Bhima; Luego, cuando llegue el momento, tú mismo harás lo que has estado deseando hacer.

Si no vas inmediatamente con Arjuna, Nakula y Sahadeva, iré yo. No permitiré que les ocurra esto a nuestros primos y a sus inocentes esposas. Ellos son malvados, no hay duda, pero eso no cuenta ahora. Debemos cumplir con nuestro deber. ¿Estás listo para ir? ¿o tengo que prepararme yo?

Oyendo esta apasionada reprimenda de su hermano, Bhima asintió, pues comprendía lo que su hermano quería decir. Bhima, avergonzado de sus palabras, dijo:

—Alguien está haciendo lo que nosotros deberíamos haber hecho, hermano, te prometo ir inmediatamente y liberar a Duryodhana.

Arjuna se le unió y dijo:

—Me encargaré de que el gandharva libere a Duryodhana; si no lo hace, la tierra se beberá la sangre de todos los gandharvas.

Los cuatro se dirigieron hacia la dirección en que se habían llevado a los kurus y vieron a soldados que les llevaban prisioneros. Los pandavas les dieron alcance y les pidieron amablemente que soltaran a los prisioneros, pero éstos no escucharon sus razones y les dijeron que su jefe les había ordenado que se llevaran a los prisioneros, y que tenían que obedecerle. Arjuna les dijo:

—Si no os atenéis a razones, tendré que dejar de ser amable con vosotros, no tengo otra opción, tendré que luchar contra vosotros.

Los cuatro comenzaron a disparar afiladas flechas sobre el ejército de los gandharvas.

La lucha fue intensa ya que los gandharvas eran guerreros de gran valor. En cuanto a los pandavas, las palabras de Yudishthira les habían hecho realizar como su deber inmediato, el liberar a las mujeres de la escolta de Duryodhana, e incidentalmente a él también. Querían liberarle para poder luchar contra él más tarde. Yudishthira les había tocado inteligentemente en un punto débil: su amor propio. Cuando vio el estado de su ejército, el jefe de los gandharvas fue al frente y comenzó a luchar.

Luchó desde el cielo, lanzando gadas y flechas desde lo alto, pero Arjuna podía desenvolverse fácilmente en ese tipo de lucha. El gandharva bajó y se reveló a sí mismo.

Arjuna se sorprendió cuando vio quién era, no era cualquier gandharva, era uno que él conocía muy bien, porque habían estado juntos muy a menudo. El gandharva era Chitrasena, el querido amigo y guru de Arjuna, que le enseñó a bailar y tocar 'música cuando Arjuna estuvo en la corte de Indra. Viéndole, Arjuna tiró su arco y corrió hacia él. Los dos amigos se abrazaron con cariño.

Los cinco se sentaron y pasaron algún tiempo hablando de los acontecimientos que habían ocurrido desde su último encuentro. Arjuna sonrió a Chitrasena y le dijo: —¿Cómo ha sido esto amigo mío? ¿Por qué has capturado de este modo a nuestro Duryodhana y a su escolta? Chitrasena le contestó:

—Es una historia muy larga, escúchame atentamente. Tu Duryodhana, como tan cariñosamente le llamas, vino a Dwaitavana, no a inspeccionar las vacas, sino para veros sufrir. Vinieron a ver al noble Yudishthira en el bosque, vestido con piel de ciervo y cortezas de árbol, vinieron a ver a Bhima delgado y enfermo por la vida del bosque, con su poderosa forma cubierta de harapos. Vinieron a ver a los hermosos hijos de Madri con aspecto de ascetas con su brillante belleza completamente eclipsada por sus andrajos.

"Vinieron a ver sufrir a Draypadi para poder reírse de ella. Vinieron a verte a ti, Arjuna, pensando que serías extremadamente infeliz desde que volviste de la morada de tu padre.

Indra, tu padre, supo sus intenciones y me dijo: "Baja a la tierra, lucha contra ese Duryodhana y captúralo. Arjuna y sus hermanos serán enviados por Yudishthira para que le rescaten.

Arjuna es tu amigo y discípulo, puedes contarle todo esto. Este rescate por parte de los pandavas enseñará una lección a Duryodhana. Será suficiente humillación para él como para que se sienta en deuda con los pandavas." Esta fue la orden de tu padre; en cuanto a estos pecadores, no os los daré a vosotros. Habéis sido mandados por

Yudishthira, le entregaré mis prisioneros a él. Dejadle que él haga con ellos lo que le plazca.

Se fueron todos en grupo hacia donde estaba Yudishthira, el cual, tras liberar a los cautivos, dijo:

—Mi querido Chitrasena, te estoy agradecido por esto. No quería que nuestros nombres quedasen marcados con el estigma de que permitimos que nuestros primos fueran capturados por ti, después de haber solicitado nuestra ayuda. Esta gente puede ir a donde quiera, quedan libres de su cautiverio. Chitrasena regresó a sus dominios. Yudishthira miró a Duryodhana con nobleza y compasión, sin resentimiento ni odio alguno. Se dirigió a él diciéndole:

—Duryodhana, no vuelvas a hacer una estupidez como esta. El rencor nunca trae la felicidad. Ahora regresa a tu reino, espero que te vaya bien.

Con la cabeza agachada y la mirada en el suelo, debido a la gran humillación que sentía, Duryodhana abandonó la presencia de Yudishthira y se fue.

XVII

DURYODHANA ABDICA Y DECIDE QUITARSE LA VIDA

Duryodhana se dirigió hacia la ciudad con su ejército y cuando había recorrido parte del camino, se separó del ejército tras darles órdenes de que regresaran a Hastinapura. El se dirigió a un lugar solitario y cansado de todo, se sentó en alguna parte, inmerso en los más tristes pensamientos, sin apreciar siquiera cómo pasaba el tiempo. Su rostro reflejaba tristeza, parecía la luna eclipsada por Rahu. Ya no sabía cuánto tiempo había pasado, cuando de repente oyó la voz de Radheya detrás de él que le decía:

—Es una suerte que hayas podido derrotar al ejército del gandharva. Nunca pensé que nos volviéramos a encontrar, yo no pude hacer frente a la avalancha de flechas que se precipitó sobre mí. Luché todo lo que pude, pero él era demasiado poderoso y se valía de las tácticas de maya, por lo que tuve que abandonar el campo de batalla, no pude hacer nada. No hay nadie como tú, has hecho lo que yo no pude hacer y les has mandado de regreso a sus dominios; te felicito, mi señor.

El desafortunado Duryodhana no soportó oír ni una palabra más, de sus ojos brotaban lágrimas y hablaba furioso de dolor. Le dijo a su amigo:

—Veo que no sabes lo que ha sucedido, y que crees que derroté al ejército. del gandharva. Pero ni yo, ni mi tío, ni mis hermanos pudimos hacerle frente, fue una completa derrota. —Duryodhana contó a Radheya todo lo ocurrido; le contó lo que Arjuna le dijo al gandharva: "Debes liberar a nuestro Duryodhana y a sus mujeres", luego continuó:—Este gandharva es un amigo de Arjuna. Su nombre es Chitrasena y conocía todos nuestros planes, les dijo el motivo por el que fuimos a Dwaitavana. Me sentí muy avergonzado. Parece que Indra mandó a este gandharva para castigarme. Cuando le oí contarles a los pandavas la razón por la que fuimos allí, me sentí tan avergonzado que pedí que la tierra se partiera en dos y me tragara. Luego nos llevaron a la presencia de Yudishthira y dejaron en sus manos la decisión de qué debería hacerse con nosotros. Radheya, ¿conoces algo más humillante que esto? Estar allí, delante del hombre al que tanto hemos agraviado. Permanecí atado de pies y manos con todos mis hermanos y todas nuestras mujeres. Y mi enemigo, mi enemigo a muerte me perdonó. Yo esperaba vencerlos en la guerra y si no, esperaba alcanzar el cielo que alcanzan los hombres que mueren en el campo de batalla. Eso hubiera sido glorioso para mí. Pero, Radheya, escucha lo peor, Yudishthira me sonrió con gentileza, me sonrió con afecto y compasión y me dijo: "Duryodhana, no vuelvas a cometer una estupidez como ésta. El rencor nunca trae la felicidad; por favor, vuelve a tu reino y que te vaya bien." ¿Has oído eso?

Yudishthira deseó mi bien. No tengo valor para vivir, después de este incidente. He tomado una decisión, no dejaré este lugar hasta que la vida abandone mi cuerpo. No comeré nada, ni beberé agua siquiera, he decidido matarme de este modo. Debes volver a Hastinapura con toda la comitiva, yo no volveré a esa ciudad.

"Todos estos días he estado caminando sobre las cabezas de mis enemigos, he bailado sobre sus pechos y ahora lo he arruinado todo por mi propia culpa. ¿Cómo puedo hablarles ahora? Estaba orgulloso, engreído y arrogante por mi fortuna y por mi reino, pero en mi estupidez y vanidad, he traído esta desgracia sobre mí mismo. Dejaré de comer y moriré en este mismo lugar, ésta es la única salida. ¿Cómo puedo vivir después de habérseme concedido la vida por amabilidad de mis enemigos? Me siento insultado en lo más profundo. Siempre he sido orgulloso y he guardado con celo mi honor. Ahora los pandavas se reirán de mí y no puedo soportarlo. Morir; ésta es la única salida que me queda.

Mientras tanto, había llegado Dussasana y el rey le dijo: —Escúchame, Dussasana, ahora que me iré puedes ser el rey. Gobierna este país con la ayuda de Radheya y Sakuni, sé un rey en todo el significado de la palabra. Debes combinar la justicia con la misericordia cuando castigues. Aprenderás todo eso de tu tío Vidura, él es el mejor maestro. —Duryodhana se acercó a Radheya y lo abrazó emocionadamente diciéndole:— Había deseado compartir este reino contigo, pero eso es sólo un sueño; esto es lo real.

Dussasana cayó a sus pies, sus ojos estaban casi cegados por las lágrimas, cogió los dos pies de su hermano entre sus manos y sin soltarlos le dijo: —¿Cómo se te puede ocurrir eso, hermano mío? ¿Por qué deberías morir? ¿Qué es eso que me pides que haga? Aunque el cielo caiga sobre la tierra o el sol se salga de su lugar, yo no gobernaré el reino como tú me pides, nunca dejaré que esto ocurra. ¿Que tú tengas que morir para que yo sea el rey? Mi señor, ¿es ése el amor que me tienes? El lazo que une a los pandavas es el mismo que hay entre nosotros como hermanos. Dependemos de ti. Tú significas todo para nosotros. Ninguno de nosotros podría vivir si tú nos abandonaras. Por favor, no nos hagas eso. Por favor, cálmate y olvida este incidente. —Luego lloró desesperadamente, como un niño pequeño; su dolor era inmenso.

Radheya dijo:

—Mi señor, no hay nada de lo que lamentarse, lo que hicimos fue una travesura de niños que no resultó como esperábamos, pero debemos olvidarla. Los pandavas son nobles, eso lo sabemos de siempre, hicieron lo que hicieron porque el deber de un kshatrya es ayudar al oprimido. Ha sido un infortunio, pero deberías ser más firme. No deberías dejarte afectar tanto por ello, ni tampoco deberías herirnos tomando una resolución tan drástica. Por favor, olvida esa idea y vuelve con nosotros a Hastinapura, ninguno de nosotros podría vivir si sucediera tal calamidad. ¿Hay algo que valga la pena en este mundo después de que se muera el gran Duryodhana? No hay nada. Así que, por favor, regresa a tu reino y gobiérnanos a todos con amor y justicia. No podemos estar sin ti, debes hacerme caso y regresar a la ciudad con nosotros, si no lo haces, ¿crees que yo volveré? Me sentaré a tus pies; viviré sólo mientras tú vivas, ni un momento más.

Mientras tanto había llegado Sakuni y estaba observando a Duryodhana con una sonrisa traviesa. Dirigiéndose a él, le dijo:

—Ya has oído todo lo que dijeron Radheya y Dussasana. No es correcto que debas darle tanta importancia a un acontecimiento tan trivial. El matarse a uno mismo no es algo propio de un kshatrya. Estás tirando toda la riqueza del reino que gané para ti. Tu dolor no es de hombres y muestras una actitud fuera de razón. No estropees la gracia del gesto de los nobles pandavas con tu dolor. Si estás convencido de que tus acciones hasta ahora han sido malvadas por haber sido dirigidas contra tus nobles primos, puedes pagarles su nobleza con un acto incluso más noble. Dices que has perdido tu reputación. Bien, pues en un momento puedes recuperla de nuevo, devolviéndoles su reino a los hijos de Kunti. Los tres mundos resonarán alabándote a tí y a tu grandeza. Hazte amigo de los pandavas. Yudishthira te trató como a un hermano, tú también puedes hacer lo mismo. ¿Por qué no lo haces? Eso al menos sería una buena acción, pero por el contrario estás actuando como un niño travieso que ha sido reñido.

No seas tonto, puedes matar a tus enemigos sólo si estás vivo; olvídate de esa idea absurda.

Duryodhana no se dejó persuadir por ninguno de ellos e hizo que todos le dejaran solo.

Esparció hierba Kusa en la tierra y se sentó sobre ella, intentando meditar. Toda su comitiva se retiró a cierta distancia de él y acampó allí. Duryodhana pasó la noche sobre la hierba Kusa. Mientras estaba solo, sintió que estaba en trance. Quizá le habló su genio del mal. Su penitencia estaba acabando y sintió como si alguien le dijera: "Gobernarás la tierra; ¿para qué morir? Tienes a Radheya, Dussasana, Bishma, Drona y Aswatthama para que luchen por tí.

Tienes muchos amigos para que te ayuden, ¿por qué deberías tener miedo de los pandavas y su nobleza? Les puedes matar fácilmente a todos.

XVIII

EL RAJASUYA DE DURYODHANA

Radheya, a la mañana siguiente se dirigió de nuevo a Duryodhana, le pidió que abandonara la idea de cometer suicidio y le dijo:

—No creas que por este gesto los pandavas te han perdonado todos los sufrimientos que han tenido que soportar por tu culpa. ¡No!, se acuerdan de todo. Pero no debes preocuparte por el futuro, yo mataré a Arjuna y tú matarás a Bhima. En cuanto a los otros tres, cualquiera puede matarlos. Ven, mi señor, levántate, ha amanecido un nuevo día y tengo una nueva esperanza en mi corazón, la esperanza de que no rechazarás mi súplica.

Las palabras de Radheya y la experiencia del sueño nocturno, dieron nueva vida a Duryodhana, levantándose con una sonrisa. Cogió las manos de Radheya entre las suyas y le dijo:

—Tienes razón, Radheya, me has hecho ver que iba a cometer una tontería suicidándome; no lo haré. Viviré para luchar contra los pandavas que son mis enemigos, no mis hermanos.

Les mataré y gobernaré este mundo, o moriré y alcanzaré el cielo, estoy decidido a hacerlo. —Luego volvieron todos a Hastinapura con alegría en sus corazones.

El ejército de los kurus volvió a la ciudad, las noticias precedieron su llegada y todo el mundo sabía lo que había ocurrido en el bosque. En la reunión de la asamblea, Bishma trató de hablar sobre ello con el terco Duryodhana, diciéndole:

—Mira lo que ocurrió en el bosque, no pudiste luchar con el gandharva, ni tampoco tu querido Radheya en el que descansan tus esperanzas. Los pandavas son buenos y nobles y, además, son mucho mejores guerreros que tú y tus amigos, ¿por qué no hablas con ellos y establecéis la paz? Eso sería el final más apropiado para este vergonzoso episodio.

Duryodhana comenzó a reírse a carcajadas y salió de la asamblea. Bishma se disgustó con todo el grupo y se fue a su palacio. Después Duryodhana le dijo a Radheya:

—Desde que vi el Rajasuya de Yudishthira también yo he querido realizar otro, con tu ayuda, estoy seguro que podré hacerlo.

Radheya le contestó:

—Por supuesto, vete haciendo los preparativos y, mientras tanto, yo iré a conquistar a los reyes que se atrevan a desafiarte.

Duryodhana mandó llamar a los sacerdotes y les dijo: —Quiero realizar el Rajasuya, por favor, haced los preparativos.

Estos le dijeron:

—No es propio que lo hagas mientras estén vivos Yudishthira y tu padre, pero si insistes, entonces se hará. Debes fijar el lugar, debes ararlo con tus propias manos y hacer los arreglos para la construcción de la sala. También debes conquistar a los reyes que quieran desafiarte antes de realizar el Rajasuya.

Duryodhana accedió a todas. las condiciones que se le impusieron.

Radheya partió a sus conquistas y el resto de los preparativos marchaban a una gran velocidad para tener todo listo antes de que volviera. Todo estaba a punto cuando se manda ron mensajeros a todos los reyes invitándoles al Rajasuya que iba a realizar Duryodhana, el rey de los kurus. Dussasana mandó un mensajero a Dwaitavana con el siguiente mensaje: —Ve a los pandavas e invítales a todos a la función.

El sirviente se dirigió a los pandavas y les dijo: —Duryodhana, el rey de los kurus, va a realizar el Rajasuya y todo el mundo ha sido invitado para que asista. Dhritarashtra y su hijo me han enviado para que os invite a todos a Hastinapura.

Yudishthira le escuchó y le dijo:

—Me siento muy feliz de que Duryodhana pueda realizar el Rajasuya y hubiéramos aceptado la invitación si estuviéramos libres de hacerlo, pero no podemos entrar en la ciudad de Hastinapura hasta que hayan pasado los trece años.

Bhima dijo:

—Cuando acaben los trece años, entraremos en la ciudad y entonces haremos un yajna, en el que tu rey y sus malvados secuaces serán las víctimas del sacrificio. Puedes llevarle este mensaje al rey.

El mensajero regresó y les contó lo sucedido en Dwaitavana.

Duryodhana realizó el Rajasuya con gran pompa y esplendor, contando con la asistencia de muchos reyes. Muchos de ellos eran los amigos de los kurus y los otros habían sido conquistados en la campaña por Radheya. Había mucha alegría en el corazón de todos y Dhritarashtra se sentía feliz de que su hijo hubiera realizado el

Rajasuya. Algunos lo compararon con el Rajasuya de Yudishthira y dijeron: "Este no es tan maravilloso como el Rajasuya de Indraprastha, su grandeza no es ni una fracción de aquel. El Rajasuya de Yudishthira fue más impresionante." Pero, en general, los comentarios fueron de que era un gran acto y eso era lo que le decían al rey Dhritarashtra y a Duryodhana.

Cuando todo había acabado, Duryodhana, saludando con todo respeto a sus mayores, se retiró y volvió a la sala del consejo. Abrazó a Radheya y le dijo:

—Radheya, gracias a ti he podido realizar el Rajasuya, también con tu ayuda podré liberar al mundo de los pandavas y gobernar este mundo sin ningún rival.

Radheya le dijo:

—Ya te lo he dicho muchas veces, mi señor, pero lo repetiré una vez más para complacerte. Te juro que mataré a Arjuna en la guerra: que pierda el afecto de tu corazón si no cumplo lo que te he dicho. Juro que no me lavaré los pies, que no comeré carne ni beberé vino, hasta que se cumpla mi juramento. ' Duryodhana estaba inmensamente complacido con la devoción de Radheya y le dijo:

—Siendo el gran Radheya mi refugio, ¿por qué debería preocuparme del futuro? Es como si los pandavas estuvieran ya muertos.

XIX

JAYADRATHA RAPTA A DRAYPADI

Era el último año del exilio de los pandavas. Ahora acababan de cumplirse once años y éste era el año más difícil para ellos. Yudishthira era el más infeliz de todos, se lamentaba por sus hermanos y por Draypadi, quienes tuvieron que sufrir todo esto por su necedad. Pasaba las noches sin dormir pensando en todas estas cosas. Parecía como si tuviera alojada una flecha en su corazón, hiriéndole sin matarle. Recordó cada palabra que se dijo en Hastinapura en aquel día inolvidable.

Los demás, viendo el sufrimiento de su hermano, no decían palabra alguna. Les conmovía verle tan infeliz. Desde Hastinapura vinieron espías y le contaron el juramento de Radheya. Yudishthira estaba muy perturbado por las noticias. Desde el día del torneo en que Radheya apareció como un cometa en el cielo, Yudishthira no supo lo que era la paz. Conocía la grandeza de Radheya y su mente agonizaba pensando que había muchas probabilidades de que cumpliera su juramento. Conocía a Arjuna y su grandeza, pero aún así, Radheya era muy superior a Arjuna, y Yudishthira era muy conciente de ello. Su intranquilidad crecía día a día, les dijo a sus hermanos que estaba cansado de Dwaitavana y que debían pasar el año que les quedaba en el bosque de Kamyaka. A todos les pareció bien, dejaron Dwaitavana y con todos sus acompañantes, se dirigieron al Kamyaka.

Un día, los cinco hermanos se habían ido de caza y habían dejado en el ashram a Draypadi con Dhaumya. Cuando estaban lejos, Jayadratha, el rey de Sindhu, pasó por el ashram. Iba de camino hacia el reino de Salva y por casualidad vio a Draypadi de pie en la puerta. No sabía quién era, sólo sabía que era una mujer hermosa que hacía brillar el. oscuro bosque con su belleza, como la luz que ilumina el cielo azul cuando acaba la noche. Y le dijo a su amigo:

—Quiero esa mujer, ve y averigua quién es.

El amigo hizo como se le indicó y volvió hacia Jayadratha sonriéndole compasivamente y le dijo:

—Lo siento mucho, amigo mío, es peligroso tocarla. Es la esposa de los terribles pandavas. Lo más inteligente sería abandonar toda esperanza y seguir hacia el reino de Salva.

Vayámonos inmediatamente.

Pero Jayadratha no hizo caso del consejo de su amigo. Fue al ashram y se anunció a sí mismo como Jayadratha y preguntó cómo estaban los pandavas. Draypadi le dijo:

—Me alegra verte. Si tomas asiento y esperas unos minutos te encontrarás con ellos. Se han ido de caza, por favor espera.

Jayadratha comenzó a declararle su amor. Le dijo que se había enamorado de ella y le pidió que se fuera con él, dejando a aquellos maridos inútiles que no podían darle la comodidad que le correspondía. Draypadi se horrorizó de oírle hablar así. Era terrible que su hermano político, el marido de la pequeña Dussala, le hablara así. Esto era algo que ella no podía comprender, por lo que enfurecida comenzó a reprocharle su actitud. Pero esto sólo logró avivar más su deseo. Finalmente, la levantó y se la llevó a su carro por la fuerza.

Dhaumya no pudo hacer nada en contra del formidable ejército de Jayadratha. Oyendo resonar en sus oídos los gritos de la pobre Draypadi, el brahmán tuvo que quedarse quieto y esperar la vuelta de los pandavas..

Los malos augurios previnieron a Yudishthira de que les esperaba algo desagradable.

Los pandavas volvieron al ashram a toda prisa. Su guru Dhaumya les dijo que Jayadratha se había llevado a Draypadi y los cinco salieron en su persecución y le desafiaron. El no pensó que volverían tan pronto de la caza. Hubo una lucha con el ejército de Jayadratha. El ejército se deshizo frente a la furia de los pandavas. El rey de los Sindhus fue fácilmente vencido. De hecho, Jayadratha, dejando a Draypadi en el carro, saltó a tierra y corrió huyendo de la presencia de los pandavas. Sahadeva fue hacia el carro, soltó las cuerdas que ataban a Draypadi y la bajó de él. Bhima seguía lanzando flecha tras flecha a todos los soldados.

Arjuna le previno diciéndole:

—Bhima, no prosigas esta matanza, el causante de todo esto ha huido de la lucha. ¿Qué sentido tiene matar a los soldados, que después de todo sólo están haciendo lo que les ha ordenado su jefe? Detente, hacer esto no es correcto.

Bhima le dijo a Yudishthira:

—Mi querido hermano, por favor, llévate a nuestra reina al ashram, llévate también a Dhaumya, Nakula y Sahadeva, yo no me moveré de aquí hasta que mate a ese estúpido que se atrevió a poner sus manos sobre Draypadi. Mataré a todo el que se atreva a hacer algo así.

Yudishthira le dijo:

—Escúchame, Bhima, no te dejaré que le mates, te lo prohíbo. Jayadratha es hijo político de nuestra familia. Debe perdonársele al menos por el bien de nuestra madre Gandhari y de nuestra hermana pequeña Dussala.

Bhima y Arjuna siguieron al rey que huía, insultándole con palabras crueles. No pudiendo soportarlo, el pobre fugitivo tuvo que volver y luchar. Los hermanos le vencieron fácilmente. Bhima, no satisfecho con eso, corrió hacia él y le agarró del pelo, le arrojó al suelo y le pateó la cabeza. Jayadratha perdió la conciencia. Arjuna con gran dificultad separó a Bhima del cuerpo inconciente del rey. Bhima le desfiguró, cortándole el peló de una forma grotesca y luego, observando que había vuelto en sí, le dijo:

—Tú, miserable gusano, ¿te sorprende estar todavía vivo? Si se te ha dejado vivir no ha sido por mí, yo te hubiera matado. Se lo debes a mi hermano Yudishthira, que quiere mucho a tu madre Gandhari, y a Arjuna, que no le gusta rematar a un enemigo caído. Yo no hubiera dudado en matarte. Te llevaré ante mi hermano y que él haga lo que quiera contigo.

Los dos hermanos llevaron al prisionero al ashram. Yudishthira sintió pena de Jayadratha y pidió a Bhima que le soltara. Jayadratha se fue con la cabeza baja, pues había sido amargamente insultado por los pandavas, lo cual se convirtió en una obsesión para él. No quería volver a su reino. Allí, en las orillas del río Ganges, Jayadratha practicó tapas. Quería agradar a Sankara. Y allí permaneció durante muchos días.

Sankara, complacido con sus penitencias, se le apareció y le preguntó qué quería.

Jayadratha le dijo:

—Quiero derrotar a los pandavas en la guerra. Sankara le contestó:

—Eso no puede ser. Me es imposible concederte ese don. Los pandavas no pueden ser vencidos, ni pueden morir, ni siquiera aunque yo luchara contra ellos. Son invencibles, porque están protegidos por Krishna, la encarnación del mismo Señor Vishnu. Sin embargo, si te encuentras con los pandavas sin Arjuna y Krishna, por esa vez, te doy el poder de vencerlos.

No te puedo garantizar más que eso.

Jayadratha estaba feliz por esta oportunidad.

Pocos días después del incidente de Jayadratha, el sabio Markandeya fue al bosque de Kamyaka para encontrarse con los pandavas, fue un gran alivio para el lastimado corazón de Yudishthira, consolándolo con sus historias y consejos. Una vez le dijo que no era el único rey desafortunado. Ya le había contado la historia de Nala, el rey de Nishadha y ahora le contó la historia del Ramayana y la historia de Savitri que

pudo burlar a Yama, el dios de la muerte, por su inteligencia y por la devoción de su esposo. Markandeya estaba lleno de sabiduría y sabía cuán infeliz era Yudishthira; ayudó a soportar el último año de su exilio al pobre y desafortunado Yudishthira, el cual padecía continuamente consumiéndose en el fuego de su autoreproche.

Para los pandavas el último año del exilio les pareció más largo que todos los otros once juntos. Este tiempo de espera fue insoportable. Un año y unos meses más y luego podrían matar a los hijos de Dhritarashtra y al odioso Radheya. La preocupación de Yudishthira por Radheya crecía día a día. Pasaba las noches sin dormir, pensando en Radheya, el cual le habló tan cruelmente a Draypadi el día del juego de dados. Yudishthira estaba incluso más impaciente que los otros, su cuerpo ardía día y noche como si tuviera fiebre. Les había estado pidiendo a Bhima y Draypadi que tuvieran paciencia durante todos estos años, mientras ellos le acusaban de no tener reparos por su infelicidad, y que era un extraño kshatrya; demasiado compasivo y paciente. Pero no sabían, ni nunca pudieron suponer lo difícil que le era controlar sus sentimientos y seguir el rígido código que se había impuesto a sí mismo; el camino del Dharma. Este camino no era fácil en absoluto, era la cosa más difícil de seguir. La severa restricción que Yudishthira se impuso a sí mismo estaba tratando de romper sus ataduras; sufría y además en silencio. No permitía que nadie viera su dolor y su infelicidad.

Así pasaron los últimos meses de su exilio. Su agitación creció tanto que de nuevo quiso un cambio, así que de nuevo volvió con los otros al agradable bosque de Dwaitavana.

XX

EL LAGO DE LA MUERTE

Una vez, mientras los pandavas vivían en Dwaitavana, cuando sólo les quedaban unos pocos meses de estancia, llegó un brahmán, apelando a Yudishthira. Le dijo que había entrado un ciervo en su choza y se había llevado el Aran, que eran los palos que usaba ara encender fue o. El ritual diario era frotarlos y de esta forma hacer que ef fuego prendiera; ninguna casa debía quedarse sin él, ya que el fuego que brotaba de esos palos tenía que ser adorado cada día. El brahmán estaba frenético y preocupado por esta calamidad y pidió a los cinco hermanos que siguieran al ciervo y rescataran los palos de los cuernos del ciervo, en los que se habían atascado. Los pandavas, salieron inmediatamente en persecución del ciervo, lo siguieron hasta muy lejos, pero, de pronto, desapareció de su vista. No sabían qué hacer y Yudishthira se sentía contrariado porque no podía complacer al brahmán. Deprimidos y fatigados, con hambre y sed, se sentaron bajo la sombra de un gran árbol. Todos se sentían muy tristes. Sentados bajo la

sombra de una higuera trataron de encontrar la razón de aquella calamidad; ya que para ellos era una calamidad no poder satisfacer a un brahmán. Nakula dijo:

—Mi señor, en nuestra raza nunca nos hemos apartado del camino del Dharma, entonces ¿por qué nos ha sucedido esto? Yudishthira dijo:

—Mi querido hijo, ¿no sabes que cuando las calamidades caen sobre alguien siempre vienen en tropel y nunca una a una? Lo único que se puede hacer es soportarlas. No nos corresponde a nosotros buscar los motivos que hay detrás de estos acontecimientos. Nos vienen y tenemos que soportarlos.

Bhima dijo:

—Mi señor, yo sé por qué nos ha ocurrido esto. Si hubiera matado al pecador Dussasana cuando arrastró a Draypadi a la corte, esto no hubiera ocurrido. Fue un pecado dejarle vivir.

Esta es la causa por la cual tenemos que enfrentarnos. a esta desgracia. Arjuna dijo:

—No debería haber tenido paciencia ese día, cuando Radheya insultó a Draypadi, ése es el pecado que he cometido. Sus palabras me penetraron hasta la médula de los huesos y, sin embargo, no le maté. Eso es por lo. que nos ha sobrevenido esta calamidad.

Y Sahadeva dijo:

—Si hubiera matado a Sakuni el día que jugó contigo a los dados, esto no nos hubiera ocurrido nunca.

Yudishthira les sonrió a todos y les dijo:

—Este no es el momento de volver atrás y pensar en los "si hubiera hecho... ". Nuestra preocupación inmediata es cómo saciar esta horrible sed que nos ha estado asediando desde hace un rato. Nakula, trepa a un árbol y mira alrededor. Mira si puedes encontrar un lugar con agua en los alrededores, estamos casi muriéndonos de sed.

Nakula hizo lo que se le había dicho y dijo: —Puedo ver un lago cerca de aquí.

Todos se pusieron contentos de oírle decir eso y Yudishthira le dijo:

—Hijo mío, ve rápidamente y tráenos agua para todos. Nakula se apresuró por llegar al lago y cuando llegó, las aguas parecían tan frescas y tentadoras, que se acercó para beberlas.

De pronto, oyó una voz que le dijo: "No debes beber las aguas de este lago sin antes haberme contestado algunas preguntas. No puedes beber ni llevártela si no respondes a mis preguntas."

Nakula no prestó atención a aquella voz que no sabía de dónde venía, pues estaba muy sediento. Se abalanzó hacia la orilla del lago y bebió el agua fresca con ansiedad, pero inmediatamente cayó muerto.

Los otros le esperaron durante mucho tiempo, pero como Nakula no volvía Yudishthira mandó a Sahadeva en su busca.

Sahadeva llegó al lago y vio el cuerpo de su hermano muerto en el suelo. Se quedó atónito al verle. Pero su sed era tan grande que corrió hacia el agua como lo había hecho Nakula. Oyó la misma voz dándole la misma advertencia, pero hizo lo mismo que su hermano; no prestó atención a lo que se le decía y bebió el agua sufriendo el mismo destino que Nakula: Luego Yudishthira mandó a Arjuna y tras él a Bhima, pero ninguno de ellos volvió.

Intrigado y receloso, Yudishthira se dirigió hacia el lago. Llegó enseguida y se detuvo horrorizado ante lo que vieron sus ojos. Allí estaban todos sus hermanos muertos. Yudishthira se quedó estupefacto y se decía para sí: "¿Cómo ha ocurrido esto? Aquí no hay señales de lucha, no me puedo creer que hayan muerto sin defender sus vidas. Aquí hay algo raro, ¿qué puede haber causado esto?" Sobrecogido por el dolor, Yudishthira permaneció mirando los cuerpos muertos de sus queridos hermanos. Sus rodillas no pudieron sostenerle y se desplomó. No estaba llorando, la calamidad era demasiado grande para llorar como comúnmente se llora. Sosteniendo su cabeza entre las dos manos se sentó como una figura esculpida en piedra y, hablándose a sí mismo, dijo: "Ahora nuestros queridos primos estarán felices, el sueño de Duryodhana se ha realizado y Sakuni ha logrado lo que quería. Quizás han mandado algunos espías para matar a mis hermanos sin avisarles. ¿Cómo podré explicarles esto a mi madre y a Draypadi? Los cuatro han sufrido todos estos años por mi culpa y ahora, cuando se acercaba la libertad, mis hermanos han sido asesinados. ¿Cómo podré vivir solo sin ellos en este mundo? ¿Cómo es que me han perdonado a mí y no a ellos? ¿Qué clase de muerte rápida les ha abatido? ¿Por qué no me ha llegado a mí todavía?" Un flujo incesante de pensamientos acosaba la mente del pobre Yudishthira, que casi enloquecía de dolor. Sus ojos errantes se posaron sobre las frescas aguas del lago y su sed regresó, tenía la garganta abrasada y seca. Caminó hacia la orilla del lago dispuesto a beber las aguas, cuando fue detenido por una extraña voz. Se le dijo que no debería beber antes de contestar algunas preguntas.

Yudishthira se detuvo antes de beber y miró alrededor para localizar el origen de la voz.

La voz dijo:

—Vi a tus hermanos venir aquí uno a uno y les dije que no bebieran, pero no me escucharon, bebieron y murieron. Yo soy el yaksha, propietario de este lago.

La voz de Yudishthira sonaba de forma diferente ahogada por las lágrimas contenidas cuando le dijo: —¿Qué yaksha eres tú? ¿Eres uno de los Rudras? ¿Eres un jefe de los Maruts? ¿Quién eres que pudiste derribar de un solo golpe estas masas de fuerza? Mis hermanos son invencibles. Nadie, ni siquiera un dios, puede matar a ninguno de ellos, pero tú has matado a los cuatro, sin que ni siquiera se les permitiera defender sus vidas. Mi señor, estoy aterrorizado y admirado de ti. Tengo curiosidad por conocer la identidad del que pudo hacerles esto a mis hermanos, me asombra tu poder. Por favor, revélate ante mí, quiero verte.

El yaksha apareció ante Yudishthira, su apariencia era verdaderamente horrenda.

Yudishthira se inclinó ante el yaksha por su poder y le dijo:

—Me honra que te presentes ante mí, es una gracia por tu parte que me hayas concedido mi petición. Te lo agradezco mucho.

El yaksha le dijo:

—Tus hermanos no quisieron escucharme y a tí también te lo digo, este lago me pertenece. No se te permite beber este agua a no ser que me respondas ciertas preguntas.

Yudishthira le dijo:

—Mi señor, no te insultaré desoyendo tus palabras, dices que este lago te pertenece. En ese caso no tengo ningún derecho en absoluto de tocarlo, a no ser que tú me lo permitas.

Aceptaré tus condiciones, puedes hacerme preguntas y yo trataré de encontrar las respuestas. Trataré de complacerte.

XXI

YUDISHTHIRA SE ENCUENTRA CON DHARMA

El yaksha dijo:

—Tu hermano Arjuna trató de luchar por su vida, intentando matarme con sus flechas.

Invocó a todos los divinos astras que tenía a sus órdenes y los dirigió contra mí. Pero no pudo hacerme nada. Le pedí que respondiera a mis preguntas, pero él rehusó, bebió el agua y murió. Me agrada tu humildad, te pediré que contestes algunas preguntas sobre ética.

—Que así sea —dijo Yudishthira,— y comenzaron las preguntas y respuestas. —¿Qué hace que salga el sol?

—Brahma hace que salga el sol. —¿Quiénes son los compañeros del sol? —Sus compañeros son los dioses. —¿Quién hace que el sol se ponga?

—El Dharma hace que el sol se ponga. —¿En quién está establecido el sol?

—El sol está establecido en la Verdad. —¿Qué le hace a alguien sabio?

—El estudio de los Srutis le hace a uno sabio. —¿Cómo alcanza un hombre grandeza?

—Las austeridades ascéticas ayudan al hombre a alcanzar la grandeza. —¿Cómo es posible que un hombre tenga siempre un compañero?

—La firme inteligencia sirve al hombre como un compañero.

—La inteligencia de la que hablas, ¿cómo se obtiene?

—Servir a los ancianos le hace a uno rico en sabiduría. —¿Cómo es que los brahmanes se hallan en el rango de seres divinos? ¿Por qué?

—Se les considera divinos porque estudian los Vedas. —¿Qué es lo que les hace ser virtuosos?

—Su ascetismo les hace comportarse como lo hacen y así se vuelven virtuosos.

—Si los brahmanes tienen el rango de seres divinos, entonces ¿cómo es que son distintos de los seres divinos?

—Los brahmanes son mortales, y los seres divinos no. Esta limitación que les impone la muerte es lo que les hace que no sean tan divinos. —¿Y dónde reside la divinidad de los kshatryas?

—Reside en sus flechas y en sus armas. —¿Qué es lo que les hace virtuosos?

—Los kshatryas realizan sacrificios y eso les hace virtuosos.

—El sometimiento a la muerte hace que los brahmanes sean menos divinos, ¿qué dirías en el caso de los kshatryas? —En su caso es el dejarse dominar por el miedo.

—Háblame de los sacrificios. ¿Qué se entiende por Sama en un sacrificio? ¿y por Yajus?

Hay algo que es el refugio de sacrificio, ¿qué es? ¿Qué es esencial para un sacrificio?

—La vida es el Sama y la mente es el Yajus. Y Rik es el refugio del sacrificio y lo esencial en él.

—Hay una persona que disfruta de los objetos de los sentidos. Es inteligente. El mundo la estima y es muy popular y, sin embargo, aunque este hombre respira, se dice que no vive, ¿por qué?

—Un hombre, aunque respira, no se le considera como vivo si no ofrece nada a los dioses, ni a los huéspedes, ni a los sirvientes, ni a los Pithris. —¿Qué es más pesado que la misma tierra?

—La madre tiene más peso que la tierra. —¿Qué es más alto que los cielos?

—El padre. —¿Qué es más rápido que el viento?

—La mente es más rápida que el viento. —¿Qué es más numeroso que la hierba?

—Los pensamientos que aparecen en la mente de un hombre son más numerosos. —¿Cuál es el más alto refugio de la virtud?

—La liberalidad es el más alto refugio de la virtud. —¿De la fama?

—El regalo es el más alto refugio de la fama. —¿Del cielo?

—La Verdad es el más alto refugio del cielo. —¿De la felicidad?

—La buena conducta es el más alto refugio de la felicidad. —¿Qué es el alma de un hombre?

—Su hijo. —¿Cuál es el amigo que los dioses garantizan al hombre?

—La esposa es el amigo que los dioses otorgan al hombre. —¿Cuál es su principal apoyo?

—Las nubes. —¿Cuál es su principal refugio?

—El regalo. —¿Cuál es la cosa que merece mayor alabanza?

—La habilidad. —¿Cuál es la más valiosa de todas las posesiones?

—El conocimiento. —¿Cuál es la mejor de las ganancias?

—La salud. —¿Cuál es el mejor tipo de felicidad?

—La autosatisfacción. —¿Cuál es el más alto deber de este mundo?

—Abstenerse de injuriar es el más alto de todos los deberes. —¿Qué es aquello que una vez controlado, nunca te lleva a arrepentirte?

—La mente. Si se controla nunca conduce a arrepentimiento. —¿Renunciando a qué se vuelve uno agradable?

—Cuando se renuncia al orgullo se vuelve uno agradable. —¿Renunciando a qué se vuelve uno rico?

—Cuando se renuncia al deseo se vuelve uno rico. —¿Qué es aquello de lo que no te arrepientes renunciando a ello?

—La ira. —¿Renunciando a qué se vuelve el hombre feliz?

—La avaricia. —¿Qué es el camino y quiénes lo hacen?

—Los que son justos hacen el camino. —¿Cuál es el signo del ascetismo?

—Permanecer fiel a tus principios.

—¿Cuál es el verdadero control?

—El control de la mente. —¿Cuál es la característica esencial del perdón?

—El perdón consiste en no guardar enemistad. —¿Qué es la vergüenza?

—La vergüenza consiste en apartarse de los actos deshonestos. —¿Qué se dice que es el conocimiento?

—El verdadero conocimiento es el conocimiento de la divinidad. —¿Qué es la tranquilidad?

—Verdadera tranquilidad es sólo la del corazón. —¿Qué es misericordia?

—Misericordia significa desear el bien para todos. —¿Qué es la simplicidad?

—Simplicidad es la ecuanimidad del corazón. —¿Puedes decirme qué enemigo es invencible?

—La ira. —¿Qué enfermedad es incurable?

—La codicia es una enfermedad incurable. —¿A qué hombre se considera honesto?

—Honesto es aquel que desea el bien de todas las criaturas. —¿Qué hombre es deshonesto?

—El que no es misericordioso es deshonesto. —¿Qué es la ignorancia?

—La verdadera ignorancia es no conocer los propios deberes. —¿Qué es el orgullo?

—El orgullo es la conciencia de ser un actor o padecedor en la vida. —¿Qué es la vagancia?

—La vagancia es no ejecutar los propios deberes. —¿Qué es el dolor?

—La ignorancia es el dolor. —¿Qué es la paciencia?

—La paciencia es el sometimiento de los sentidos. —¿Cuál es la verdadera ablución?

—Lavar la mente limpiándola de todas las impurezas. —¿Qué es la caridad?

—La caridad consiste en proteger a todas las criaturas. —¿Qué es la maldad?

—La maldad es hablar mal de otros. —¿Qué hace de alguien un brahmán? ¿su conducta, su nacimiento, el estudio, o la cultura?

—Ni el nacimiento, ni el estudio, ni siquiera la cultura pueden hacer que alguien sea un brahmán. Es la conducta lo que hace al brahmán. Si su conducta no tiene faltas,

él tampoco las tiene. La mala conducta condena a un hombre para siempre. El estudio de los Vedas no es suficiente si el hombre no se porta adecuadamente. —¿Cuál es la recompensa de quien siempre habla palabras agradables?

—Que se vuelve agradable para todos. —¿Y cuando actúa con juicio?

—Que consigue lo que quiere. —¿Cuándo tiene muchos amigos?

—Cuando vive felizmente. —¿Y cuál es la recompensa del que es devoto de la virtud?

—Que consigue un estado feliz en el próximo mundo. —¿Qué es la cosa más asombrosa de este mundo?

—Día tras día entran en el Templo de la Muerte incontables vidas. Viendo este espectáculo, el resto de ellos, los que quedan, creen que estarán aquí para siempre y que son inmortales. ¿Puede haber algo más asombroso que esto? —¿Qué es el camino?

—Las discusiones no conducen a conclusiones seguras. Los Grutis son todos diferentes.

No hay ni un solo rishi cuya opinión pueda aceptarse como infalible. La verdad sobre el deber y la religión está escondida en las cuevas. Por lo tanto el Camino, es sólo el que han andado los Grandes. —¿Qué son las Noticias?

—El mundo, lleno de ignorancia, es como una sartén. El sol es el fuego. Los días y las noches son el combustible. Los meses y las estaciones constituyen el asa de madera. El tiempo es el cocinero que cocina a todas las criaturas en esa sartén, y de ahí salen las noticias. —¿Quién es un verdadero hombre?

—Los informes de las acciones de cada uno llegan al cielo y se extienden sobre la tierra.

Mientras dure el informe de que una persona actúa en armonía se le llama hombre. —¿De qué hombre se dice que posee todo tipo de riquezas? —El hombre para el que lo agradable y lo desagradable, la felicidad y el sufrimiento, el pasado y el futuro son lo mismo, se le considera que posee todo tipo de riqueza.

El yaksha dijo:

—Estoy inmensamente complacido con tus respuestas, eres la persona más sabia y justa de este mundo. Para mostrarte mi complacencia te concedo un don. Te garantizo la vida de uno de tus hermanos, puedes elegir con libertad.

Yudishthira le dijo:

—Por favor, mi señor, entonces deja que este hermoso joven oscuro, Nakula, vuelva a la vida.

El yaksha estaba sorprendido por la elección y dijo:

—Me sorprendes. Yo sé que quieres más a Bhima y que dependes de Arjuna para ganar la guerra, ya que se ha estado preparando para ella en los últimos años. ¿Por qué no elegiste a Bhima, o a Arjuna? Bhima hubiera matado a todos los hijos de Dhritarashtra, Bhima con su poderosa forma y su terrible temperamento habría sido una mejor elección. ¿Por qué no me pediste que le devolviera la vida a él? ¿Por qué no a Arjuna? ¿Por qué recayó tu elección en Nakula?

Yudishthira dijo:

—Dejaría antes mi vida que el Dharma. Quiero que el mundo sepa que nunca abandonaré el Dharma. Mi padre tuvo dos esposas, Kuntidevi y Madridevi. Quiero que vivan los hijos de ambas. Yo soy el hijo de Kunti y Nakula es el hijo de Madri. Amo a mis dos madres por igual. No puedo agradar al corazón de una y herir a la otra. Así que, si debe vivir uno de mis hermanos, que sea Nakula.

El yaksha estaba muy complacido con la nobleza de Yudishthira. Y le dijo:

—Eres grande. Nunca en ningún momento ni en ningún lugar encontré a otra persona como tú. Me siento muy feliz de concederte la vida de todos tus hermanos.

En el momento en que dijo esto, todos los hermanos se levantaron como si salieran de un sueño profundo, dándose cuenta al tiempo de que se había disipado su sed, hambre y o fatiga. Yudishthira les abrazó a todos una y otra vez y de sus ojos fluían lágrimas. Cayó a los pies del yaksha y le dijo:

—Mi señor, quiero saber quién eres. Tú no eres un yaksha. Ningún yaksha puede conocer todos los matices del Dharma tan bien como tú. Debes ser un dios de las alturas, eres alguien muy querido por nosotros. Quizá eres nuestro padre Pandu. Quienquiera que seas debes revelarte ante mí. Estoy ansioso de saber quién eres.

El yaksha dejó su horrible forma y apareció resplandeciente en su forma natural. Sonrió a Yudishthira y le dijo: —Yo soy Dharma, tu padre. Quería verte y hablar contigo. Estoy muy complacido contigo. Conquistarás el mundo con tus hermanos. Pero lo que más me agrada es el hecho de que ya has conquistado mi reino: el reino llamado Rectitud. Las conquistas terrenas son fútiles e insignificantes al lado de tu conquista. Tu nombre será uno de los nombres más venerables que la gente recordará en el futuro. En Kaliyuga, en la cuarta fase del tiempo, con tan sólo pronunciar tu nombre, la gente se ganará mi afecto. Cuatro nombres tendrán esta grandeza. El nombre del rey Nala el Nishadha, tu nombre, el nombre de Sita la esposa de Shri Rama y el cuarto es el nombre de alguien a quien queréis mucho, Krishna. En cuanto a los palos del Aran que le

robaron al brahmán, los robé yo. Quería traeros a este lago. Ahora podéis devolvérselos, también os concederé otro don. Ahora que vuestro exilio de doce años se ha acabado, os espera el último año, que es el más difícil. Todos lleváis puesta la armadura del Dharma. Os aseguro que por mi gracia nadie os podrá reconocer en ningún momento; podéis disfrazaros e ir adonde queráis. Nadie podrá descubrir vuestra verdadera identidad. Yudishthira estaba loco de felicidad por haberse encontrado con su padre, cayó a sus pies y los besó una y otra vez. Reclinó su cabeza sobre los pies de su padre y lloró incontroladamente. Luego, conteniéndose un poco, le dijo:— ¡Mi señor! No quiero nada más en esta vida, he visto tu bendita forma, he visto a mi padre. Recibiré con gratitud todos los dones que quieras otorgarme, pero, mi señor, yo no quiero ningún don más.

—Pídeme —insistió Dharma—. Te daré cualquier cosa que quieras.

Yudishthira le dijo:

—Mi señor, por favor, concédeme la victoria sobre mis seis enemigos mortales: lujuria, ira, avaricia, posesividad, arrogancia y envidia. Por favor, concédeme que mi mente esté siempre dirigida hacia la Verdad. No quiero nada más en este mundo.

Dharma sonrió a Yudishthira y le dijo: —¡Hijo mío, no hay necesidad de concederte algo que ya tienes! ¡Ya has conquistado a esos enemigos hace mucho tiempo! Id hijos míos y sed felices, vuestros sufrimientos acabarán pronto. Estoy de vuestro lado, donde yo estoy, está la Victoria. Donde quiera que Krishna esté, yo siempre estaré con El. Nada puede heriros mientras estéis conmigo. Que os vaya bien.

Los doce años de exilio habían llegado a su fin. Les faltaba un año, el año que tenían que estar ocultos y sabían que Duryodhana haría todo lo posible por descubrir su escondite y mandarles al exilio por otros doce años más. Este año amenazaba ser más difícil que los otros doce juntos. Pero no vacilaron, la afirmación del señor del Dharma dio nueva vida a los corazones de los pandavas, que comenzaron a estudiar los planes de su Ajnatavasa.

4ta. Parte

VIRATA PARVA

I

PLANES PARA EL TRECEAVO AÑO DEL EXILIO

Yudishthira reunió en torno de sí a todos aquellos que aún les acompañaban y les dijo:

—Ya sabéis que tenemos que pasar el treceavo año de nuestro exilio escondidos. Ya hemos pasado juntos doce años en este bosque. Si no hubiera sido por vuestra compañía me hubiera sido muy difícil sobreponerme a esta desgracia. Ahora ya han pasado doce años y os pedimos permiso para dejaros y marcharnos. Tenemos que pasar el próximo año disfrazados y nadie debe saber cuál es nuestro paradero. Espero que para finales del próximo año pueda obtener de nuevo mi reino, para entonces os mandaré llamar para que estemos juntos ya para siempre.

Mientras decía esto su voz le fallaba, pues una profunda tristeza le atravesaba el corazón. Tal era la emoción que sentía al tener que abandonarles, que casi se desvaneció pensando que iba a separarse de ellos rumbo a lo desconocido. Dhaumya trató de calmarle diciéndole que al igual que el sol emerge por encima de una nube oscura, los pandavas brillarían un día después de que ese año pasara. Bhima tuvo que consolar a Yudishthira tratando de animarle. Yudishthira se despidió de los moradores del bosque, les bendijo y luego se marchó. Los pandavas junto con Draypadi y Dhaumya se retiraron a un lugar solitario para decidir sus planes de cara al futuro. Yudishthira dijo:

—Me gustaría saber vuestras opiniones acerca del país que deberíamos escoger para pasar allí escondidos nuestro próximo año. Debemos estar a salvo de los ojos de Duryodhana al igual que de los de sus espías.

Arjuna dijo:

—Conozco muchos lugares hermosos entre los que podríamos escoger, tales como Panchala, Matsya, Salva, Videja, Dwaraka, Kalinga y Magada. He oído decir que la ciudad llamada Virata es un lugar muy agradable. También hay muchas otras ciudades en las que podríamos pasar desapercibidos, pero mejor escoge tú una de ellas y nosotros nos atendremos a tu decisión.

Yudishthira dijo:

—Considerando tu sugerencia, siento que esa ciudad, Virata, de la que hablaste, perteneciente al reino de Matsya es la más apropiada para nuestro propósito. Me hubiera encantado ir a Panchala o a Dwaraka, pero me temo que serían los primeros lugares a los que Duryodhana iría a buscarnos. En cuanto a los otros reinos no conozco a los reyes que los gobiernan, pero sí conozco al rey de Matsya y es un buen hombre. Es bastante famoso por sus nobles cualidades y por su generosidad. No es muy joven, ni muy viejo, estoy seguro que nos gustará. Así que pasaremos nuestros próximos doce meses en la ciudad llamada Virata: queda decidido. Ahora sólo falta decidir cuál será el disfraz que usaremos durante este tiempo.

Más que un motivo de preocupación, este treceavo año de exilio se estaba convirtiendo para ellos en una aventura. No obstante, de repente, a Arjuna le sobrevino un sentimiento de tristeza y le dijo a Yudishthira:

—Mi señor, tú has sido el señor de la tierra. Incluso durante estos doce años que hemos pasado en el bosque, jamás has obedecido las órdenes de nadie¡¿Cómo vas a trabajar ahora para cualquier otro hombre? ¿cómo vamos a soportar verte como un jornalero bajo las órdenes de un rey? No puedo ni imaginármelo.

Yudishthira le sonrió y cogiéndole la mano, enjugó sus lágrimas con dulzura, diciéndole:

—Arjuna, no te apenes, he decidido convertirme en el compañero del rey, no servirle como un cortesano. Escucha, iré vestido con los atuendos que corresponden a alguien que' ha renunciado al mundo, le diré que mi nombre es Kanka y que poseo un profundo conocimiento de los Vedas y de las filosofías. Me pondré guirnaldas de tulasi y de cristales y llevaré un rosario en la mano, pasando continuamente sus cuentas. También le diré que soy muy diestro en el juego de los dados. —La cara de Yudishthira se iluminó con una sonrisa traviesa al decir eso al tiempo que miraba a Bhima, el cual bajó la mirada con una expresión de rubor en su rostro. Yudishthira añadió:— Le haré compañía durante estos doce próximos meses.

A todos les pareció buena su idea, estaban seguros de que el rey de Matsya trataría muy bien a su hermano. Luego Yudishthira le preguntó a Bhima:

—Mi querido hermano Bhima, ¿cómo vas a ocultar tu furia y tu fuerza durante estos doce meses? Si por unas pocas flores que querías llevarle a Draypadi destruiste a un ejército entero de rakshasas, con el mínimo pretexto, a la mínima provocación que alguien te haga, tus ojos se pondrán rojos como el cobre. No se me ocurre cómo podrás disfrazarte durante estos doces meses en Virata, obedeciendo las órdenes de otros. ¿Qué piensas hacer, mi querido Bhima?

Bhima le sonrió y le dijo:

—Por favor, no te preocupes por mí, hermano mío. Ya he decidido el papel que voy a jugar. Seré el cocinero jefe de la cocina del rey, sabes que cocinar ha sido siempre mi pasatiempo preferido, me encanta preparar platos sabrosos. Ahora tengo la oportunidad de sacarle partido a esta habilidad. Me acercaré al rey con la proposición de hacerme cargo de su cocina. Le diré también que soy un gran luchador, entrenaré a todos sus muchachos en el arte de la lucha. Estoy seguro de que al rey le gustará la idea. Y si me pide referencias le diré que antes estaba a cargo de la cocina del rey Yudishthira y que desde que fue enviado al exilio me quedé sin trabajo, por lo que al escuchar que el rey de Matsya tenía cualidades y personalidad muy parecidas a las de Yudishthira, me puse inmediatamente en camino para hacerle mi ofrecimiento. Le diré que mi nombre es Valala. Seguro que me creerá.

Yudishthira entonces le preguntó a Arjuna:

—Mi querido Arjuna, ¿cuáles son tus planes? No sé cómo vas a disfrazar tu bravura y cómo vas a vivir como un ciervo manso. Siento mucho los problemas que estáis teniendo que afrontar por mi culpa.

Arjuna le dijo:

—Mi señor, yo ya tengo mi disfraz, lo he decidido hace mucho tiempo. Seguro que recuerdas la maldición de Urvasi, ¿no? Bien, pues Indra me dijo que tendría que sobrellevarla durante un año y que éste sería el año adecuado, porque me sería muy útil. Y también ocurre que soy muy conocido por las cicatrices que llevo en mis dos hombros, debido a que soy ambidextro en el uso del arco, lo cual me delataría fácilmente. Por eso la única forma que tengo de esconderme es cubrir mi pecho y mis hombros con un jubón como el que usan las mujeres. Me dejaré crecer el pelo hasta que cubra mis amplios hombros. Sé bailar y cantar muy bien y toco todos los instrumentos musicales. Le diré al rey que soy un excelente maestro de música y danza. Me ofreceré para enseñar a sus mujeres hasta convertirlas en excelentes cantantes y bailarinas. Dado que por la maldición seré un eunuco, el rey no tendrá ningún inconveniente en permitirme entrar en las estancias de las mujeres. Le diré que me llamo Brihannala. Yudishthira miró entonces a Nakula y le dijo:

—Mi hermoso Nakula ¿cómo vas a esconder tu belleza y tu orgullo?; eres tan sensible, tan fácil de herir, ¿cómo podrás soportar la vida de servidumbre?

Nakula sonrió y le dijo:

—Mi querido hermano, sabes bien que soy un maestro en el arte de domar y adiestrar caballos. Escuchan mis palabras y las obedecen. Pueden hacer cualquier cosa que les pida.

Le haré una demostración al rey de mi poder para controlar estos animales. Seguro que me pondrá a cargo de sus establos, seré quien se encargue de cuidar los caballos del rey. Le diré que mi nombre es Damagranthi.

Sahadeva era ya el único que quedaba. Yudishthira le dijo: —Sahadeva hijo mío, eres más sabio que Brihaspati, más diplomático que el mismo Sukra, el divino preceptor. Eres el más sabio de los cinco pandavas, no hay nada que tú no sepas. Eres un político como no he visto otro igual. Eres el hijo favorito de nuestra madre. Cuando dejamos Hastinapura ella se sentía infeliz de sólo pensar que se iba a separar de ti. ¿Cómo voy a dejar que tú, un niño, hagas servicio para un hombre ordinario? Dime, Sahadeva, ¿cuáles son tus planes? Sahadeva sonrió dulcemente y le dijo:

—Yo no soy un niño, mi señor, podré ganarme al rey con tanta astucia como mis hermanos. Le demostraré mis conocimientos sobre las vacas. El ganado es la principal riqueza del reino de Virata. Yo soy muy bueno ordeñando vacas y hago que produzcan la mejor leche del mundo. Yo me manejo con los toros y las vacas tan bien como mi hermano lo hace con los caballos. Le diré que mi nombre es Tantripala.

Yudishthira miró entonces a Draypadi, y sintiéndose miserable e incapaz de preguntarle qué planes tenía ella, le dijo:

—Draypadi, tú eres muy querida para nuestra madre, eres tan tierna y delicada. ¿Cómo vas a poder trabajar?, ¿qué podrás hacer? Estoy muy preocupado por ti y por tu sensible naturaleza. Ya has sufrido demasiado como para tener que pasar disfrazada los próximos doce meses. Dime, ¿qué vas a hacer?

Draypadi dibujó en sus labios una sonrisa encantadora y le contestó:

—Mi señor, no tienes que estar preocupado, cuando tú, que has sido el señor del mundo, eres capaz de realizar servicios tan insignificantes; cuando Bhima, que jamás ha obedecido a nadie excepto a ti. ofrece sus servicios como cocinero del rey; cuando mi Arjuna, el más grande de los arqueros del mundo, vencedor incluso del gran Indra, ofrece sus servicios como cantante y bailarín; cuando este hermoso Nakula ofrece sus servicios como cuidador de establos; cuando Sahadeva, el sabio y gentil Sahadeva ofrece sus servicios como pastor. ¿No voy yo a hacer algo para que estos doce meses pasen lo más tranquila y rápidamente posible?

Seré Sairandhri, me dirigiré a la reina y le diré que soy una gran experta en belleza femenina, le diré que sé hacer cien peinados diferentes y le enseñaré a hacer hermosas guirnaldas de flores de diversas formas y tamaños. Le enseñaré a perfumarse como nadie más podría hacerlo. En cuanto se dé cuenta de mis habilidades en el fascinante arte del cuidado personal, no podrá rechazar mis servicios y me pedirá que me quede con ella. No te preocupes por mí, ya tendré cuidado. Vayamos pues a Virata.

Yudishthira estaba muy complacido con los planes de todos, estaba ansioso de emprender esta nueva aventura. Los pandavas dejaron Dwaitavana y se dirigieron a Kamyaka.

De allí continuaron hasta llegar a las orillas del río Yamuna. Cruzaron muchos bosques y hermosos jardines hasta que llegaron a la frontera del reino de Matsya. Allí se despidieron de Dhaumya. Yudisthira le dijo:

—Por favor, vé a Panchala y quédate allí en la corte de Drupada; pero, por favor, no le digas a nadie, ni siquiera a él, dónde estamos. Dile tan sólo que los pandavas han iniciado su Ajnatavasa y que has sido enviado a su corte por orden mía. Dile sólo que nos hemos ido de Dwaitavana.

—Así lo haré —dijo Dhaumya. Y a continuación invocó a los dioses para que bendijeran a los pandavas y se marchó. Los pandavas emprendieron el camino y después de andar durante largo rato, Draypadi dijo:

—Parece que la ciudad está muy lejos. Me encuentro extremadamente cansada, descansemos y mañana por la mañana ya reemprenderemos el camino.

No obstante, Yudishthira quería seguir un trecho más antes de detenerse, así que le pidió a uno de sus hermanos que llevase a Draypadi en brazos. Nakula y Sahadeva estaban ya demasiado cansados y Arjuna tomó a Draypadi hasta llegar a las afueras de la ciudad; era una delicia verle llevar a Draypadi. Cubierto como estaba con aquellas rudas vestiduras de cortezas de árboles, parecía como una oscura nube de lluvia atravesada por el potente fulgor del sol al atardecer.

II

YUDISHTHIRA EN LA CORTE DE VIRATA

Ahora ya sólo les quedaba decidir dónde iban a dejar escondidas sus armas durante el año que tenían que pasar escondidos. Yudishthira dijo:

—Si entramos en la ciudad con nuestras armas, llamará la atención de todos en las calles; tenemos que pasar desapercibidos. El mundo está lleno de espías enviados por Duryodhana. —Todos estaban de acuerdo en ese punto y Yudishthira continuó:— Este arco gandiva es demasiado conocido, nadie debe verlo; nadie debe vernos con nuestras armas, porque la noticia llegaría inmediatamente a Hastinapura. Así que lo mejor que podemos hacer es envolverlas todas cuidadosamente y dejarlas en algún lugar a salvo. Después de que haya pasado este año regresaremos a por ellas.

Arjuna dijo:

—Este es el lugar donde se incineran los cadáveres de la ciudad, estamos en las afueras. ¡Mira, mi señor, allí hay un enorme árbol Sami, su follaje es muy denso y sus ramas son fuertes. Es gigantesco y tiene un aspecto aterrador, no creo que mucha gente se atreva a acercarse a él. Envolvamos nuestras armas en una buena pieza de cuero y hagamos con ellas una forma que parezca un cadáver. La colgaremos de una de las ramas más altas del árbol. No creo que nadie tenga el coraje de trepar para inspeccionarlo; luego, tranquilamente, nos podremos ir a la ciudad. Así que hagámoslo y pasemos aquí la noche, porque Draypadi está muy cansada. Mañana por la mañana entraremos en la ciudad.

Yudishthira aprobó la idea. Reunió todas las armas de sus hermanos, lo cual suponía una penosa separación para todos ellos. sus arcos, sus flechas, sus espadas y todas sus armas habían sido hasta entonces sus únicos compañeros. Muy tiernamente Arjuna envolvió su arco gandiva después de haber aflojado su cuerda, pero justo antes de soltarla Arjuna la hizo sonar una vez más como una dulce despedida diciéndole: "Hasta que volvamos a encontrarnos." Fue amargo para los pandavas tener que desprenderse de sus armas, pero por fin se hizo el lío en el que muy cuidadosamente estaban guardadas todas las armas, envueltas con mucho cariño. Entonces Yudishthira invocó a los dioses de los cielos diciendo:

—Yo os invoco a todos para que estéis presentes aquí, ahora, para oír lo que voy a decir:

Le pido a Brahma, a Indra, a Kubera, a Rudra, a Yama, a Vishnu y a Chandra, al cielo, a la tierra, a Agni y a los Maruts, os pido a todos que guardéis estas armas que son nuestras más queridas posesiones. Os pido que las guardéis como rellenes. Al finalizar el año de nuestro Ajuatavasa, os pido que nos devolváis estas armas, o bien a mí o bien a Arjuna.

Pero jamás se las entreguéis a Bhima, incluso aunque os las reclame. El tiene un temperamento muy alterable y siempre está enfadado con los hijos de Dhritarashtra. En un momento de enajenación quizá pueda pediros estas armas sin mi consentimiento y, en su furia contra sus primos, quizá las use antes de que haya transcurrido este año. Así pues, oh dioses, debéis tenerlas a buen recaudo. También os ruego a todos que nos bendigáis antes de enviarnos hacia lo desconocido, debéis protegernos, impidiendo que seamos descubiertos. No queremos ser exiliados por otros doce años. Queremos luchar contra estos hijos de Dhritarashtra. Ese es el fin hacia el que se encamina nuestro viaje. Por favor, bendecidnos.

Yudishthira trepó por el árbol hasta llegar a la copa, y allí, en una rama fuerte, ató el lío que contenía las armas, dejándolo suspendido como si fuera un cadáver. Cuando descendió del árbol se dio cuenta de que Bhima tenía lágrimas en sus ojos y, abrazándole, procuró consolarle mientras su hermano sollozaba sin control. Yudishthira trató de calmarle con dulces palabras, palmeándole a la vez con cariño.

Los pandavas estaban va preparados para emprender el camino, cuando comprobaron que algunos campesinos les habían estado observando mientras realizaban el ritual de subir al árbol y dejar atado allí el lío, y también les habían oído recitar algunos mantras mágicos. Los campesinos se les acercaron tratando de consolarles. Aprovechando la escena, los pandavas les dijeron que se trataba del cuerpo de su madre y que de acuerdo a su tradición no debían realizarse los ritos funerarios de incineración sino que el cuerpo tenía que ser colgado de un árbol dejándolo allí durante años y que si alguien se atrevía a tocar el cuerpo, la muerte le sobrevendría inmediatamente. Los campesinos se creyeron la historia sin dudarlo ni un solo momento y ya ni se atrevían a acercarse a los pandavas, y en cuanto encontraron el momento oportuno, salieron corriendo de aquel lugar. Yudishthira se reía al ver la credulidad de aquellos campesinos. Luego vio que por allí había una vaca muerta y acercándose le dijo a Sahadeva:

—Mira, allí hay una vaca muerta. Apartemos los huesos resecos y aprovechemos su piel para cubrir el fardo que contiene nuestras armas. Así evitaremos que el sol y la lluvia puedan dañarlas.

Los pandavas abandonaron aquel lugar volviendo una y otra vez la cabeza para contemplar aquel cadáver que dejaban colgado en el árbol como algo muy querido para ellos.

Pero ahora ya tenían que pensar en los tiempos que se les acercaban, porque quizá no habría posibilidad de que pudieran encontrarse entre ellos. Hasta entonces, aunque estaban en el exilio, siempre habían estado juntos, pero estos doce próximos meses tenían que estar separados, más aún: tendrían que comportarse como extraños unos con otros, eso era para ellos la parte más dolorosa de aquel asunto. Así que se asignaron nombres entre ellos para usarlos como códigos en caso de que surgiese alguna emergencia. Los nombres eran: Jaya, Jayesa, Vijaya, Jayatsena y Jayatbala. Luego, los pandavas entraron en la ciudad de Vrrata.

Amaneció el nuevo día y todos fueron a bañarse al río. Yudishthira se puso su disfraz y se despidió de sus hermanos y también de Draypadi, y comenzó a andar en dirección al palacio del rey.

Enseguida llegó al palacio, el rey tenía un aspecto muy noble. Yudishthira permaneció de pie delante suyo, parecía como si fuese un rey visitando a otro rey. El rey de los Matsyas lo miraba diciéndose a sí mismo: "¿Quién será esta persona? No se ha acercado a saludarme, pero, sin embargo, no me siento ofendido por ello, de hecho, casi siento que debería ser yo quien debiera rendirle honores a él: quizá se ofenda si no le saludo. Viene vestido como un brahmán pero camina con el estilo de un kshatrya. Parece un tigre andando. Parece que hubiera nacido para gobernar el mundo. No sé quién es, pero me encanta su noble aspecto. Debo tratar de complacerle en todo lo que pueda."

Mientras estos pensamientos nacían en la mente del rey, Yudishthira se había acercado al trono. El rey se puso en pie, se dirigió hacia el lugar donde se había detenido Yudishthira, le tomó de la mano y le dijo:

—Es un honor para mí gozar de la presencia de un brahmán como tú. Me complacería mucho hacer cualquier cosa que me pidas que haga.

Yudishthira se expresó en términos muy simples y escuetos. No podía decir ninguna mentira, pero tenía que ocultar la verdad, así que le dijo:

—Yo era un gran amigo del rey Yudishthira, el señor de Indraprastha. Tú debes haber oído hablar de él, seguro que sabes que tuvo que irse a vivir al bosque, junto con sus herma nos y su reina como consecuencia de un juego de dados. Puedes considerarme como el alma de Yudishthira, así de queridos éramos el uno para el otro. Mi nombre es Kanka, y solía pasar todo el tiempo junto a Yudishthira. Soy muy aficionado al juego de los dados, igual que lo era él, pero ahora aún soy más experto que en aquel tiempo en el que jugó y perdió todo lo que tenía. Mientras vivía con él era su consejero y él nunca tomaba ninguna decisión sin consultarme. Pero Yudishthira ahora está en el exilio y me apena la fatalidad que le ha sobrevenido a él y a sus hermanos. Así pues, he venido a ti en busca de ayuda, porque me han dicho que eres como rey tan noble como Yudishthira, es por eso que he venido a ti. Ahora no tengo a nadie: no tengo padre, ni madre, ni nadie que dependa de mí, ni tampoco tengo

pertenencias. Hoy por hoy, la felicidad y la tristeza tienen para mí el mismo valor. El placer y el sufrimiento, son para mí lo mismo. Yo estoy libre de todo deseo, y he venido a ti en busca de paz. ¿Puedo obtenerla?

Virata quedó impresionado por la forma tan digna en la que se expresaba Yudishthira. Sus ojos expresaban reverencia hacia él y le dijo:

—Has honrado nuestra ciudad con tu presencia. Me complace tenerte conmigo. Yo también soy muy aficionado a los dados y me complace poder contar con un jugador que pueda enseñarme a jugar tal y como se debe. Puedes usar mi reino y mis riquezas como si fueran tuyas.

Yudishthira dijo:

—Oh rey, yo no tengo necesidad de riquezas, tan sólo hay un don que quiero pedirte. No comeré alimentos que hayan sido tocados por alguien, y sólo comeré una vez por la noche.

He hecho el voto de respetar esta regla durante un año. Espero que no te sientas ofendido por mi extraño comportamiento.

El rey aceptó la condición y de este modo concluyó el primer encuentro entre los dos reyes.

III

LOS PANDAVAS EN VIRATA

Unos días más tarde, Bhima entró en la ciudad de Virata llevando un cucharón en la mano. Anduvo por las calles de la ciudad hasta que llegó al palacio del rey. Todos estaban sorprendidos por su físico; era fuerte y corpulento. Con mucha calma entró al palacio y llegó a la corte del rey. Nadie se atrevió a impedirle el paso. El rey lo vio y le gustó su apariencia.

Bhima se acercó al trono y dijo:

—Que Dios bendiga al rey de los Matsyas. Mi señor, he venido a tu corte porque he oído de tu noble naturaleza y tu simpatía hacia aquellos que están en dificultades. Yo

soy un excelente cocinero; ya sé que no está bien hablar de uno mismo, pero lo tengo que hacer dado que no tengo a nadie para recomendarme. Sé cocinar mil diferentes platos deliciosos.

Quedaría muy complacido si me permitieras quedarme contigo para deleitarte con mis exquisiteces.

El rey se quedó mirándole y le dijo:

—Joven, pareces ser demasiado bueno para el trabajo que me propones. Casi me pareces un príncipe disfrazado. Me pareces más apropiado para dirigir un ejército sentado sobre un elefante o en una carro. Tu cuerpo parece estar bien entrenado por el ejercicio. No tienes aspecto de cocinero.

Bhima se echó a reír y luego le dijo:

—Tienes razón, mi señor. Yo no soy cocinero de profesión, soy un luchador. Puedo derrotar a todos los luchadores del mundo. Cocinar es tan sólo mi ocupación favorita; me proporciona un enorme placer. Me ocuparé de tu gimnasio; Puedo entrenar a tus soldados haciéndoles desarrollar sus cuerpos armoniosamente. Y también te serviré como cocinero. El rey le dijo:

—Me pareces una persona encantadora. Estoy feliz de tenerte conmigo, no tan sólo serás mi cocinero, quiero poner a tu cargo la cocina, que supervisarás, y, además, enseñarás a los cocineros todo lo que sabes. También tendrás a tu cargo el gimnasio. Estoy muy complacido de tenerte conmigo. Bhima le dijo:

—Te estoy agradecido, mi señor, por estas amables palabras. Mi nombre es Valala.

Tomaré cargo inmediatamente. Dos de los pandavas ya habían tenido éxito en su intento de encontrar un lugar donde pasar disfrazados el año que les esperaba. La corte de Virata cobró un nuevo esplendor desde que Yudishthira estaba allí y Bhima estaba muy feliz de realizar las tareas que le habían sido encomendadas.

Arjuna entró a la corte de Virata. Llevaba su pelo suelto y largo cubriéndole sus hombros, también llevaba collares hechos de coral y perlas. Su forma estaba cubierta de seda roja; tenía un aspecto encantador. Su atuendo femenino escondía su gloria pero realzaba su belleza. Parecía la luna durante un eclipse. Arjuna fue directo al trono del rey y le dijo:

—Soy Brihannala, el bailarín. Soy muy diestro en todas las artes que una mujer debería conocer. Nadie puede hacer guirnaldas de flores para el pelo como las que yo hago. En cuanto a mi gracilidad en la danza y la música, la he aprendido de un gandharva. No hay nadie que pueda igualarme en estas artes. Quiero quedarme en tu

corte y enseñar a tus hijas las bellas artes de la danza y la música. Espero que me aceptes.

El rey estaba complacido con sus modales y su forma de hablar, y le dijo: —Dices que eres un bailarín. Pero para mí tienes el aspecto de un guerrero, especialmente de un arquero.

Tus brazos y tu pecho me hacen pensar que si hubieras aprendido a usar el arco habrías sido un excelente arquero. Me gustas mucho. Dime, ¿eres medio mujer, como dices?, yo más bien creo que debes ser un arquero. Te confiaré mi reino, yo soy ya un hombre viejo. Quédate conmigo, serás como un hijo para mí. Te daré mi reino y todo cuanto poseo. Puedes gobernarlo, pareces estar preparado para ser un rey más que un bailarín.

Arjuna dibujó en sus labios una sonrisa tímida y encantadora y le dijo: -Mi señor, la única cuerda que puedo hacer sonar es la cuerda de la vina, el único arte que conozco es el arte de la danza. Seré el tutor de Uttaraa, la princesa. Haré de ella la mejor bailarina del mundo.

El rey le dijo:

—Como tú quieras; puedes quedarte conmigo.

Mandó a buscar a su hermosa hija Uttaraa y le dijo que el recién llegado sería su compañero a partir de entonces y que él le enseñaría a bailar y a cantar. Luego, añadió:

—El parece ser una persona de alta casta, no parece ser un bailarín ordinario, trátalo con el respeto que se le debe a una reina y llévatelo a tus aposentos.

Arjuna estaba contento de ser el maestro de la dulce y encantadora hija de Virata. Las compañeras de Uttaraa también empezaron a aprender a bailar. Arjuna estaba disfrutando del Ajnatavasa más de lo que había pensado.

En una ocasión, el rey estaba inspeccionando sus caballos y, mientras paseaba en medio de ellos, vio a un hermoso hombre de tez morena observándolos con la expresión de alguien que los amaba. Virata pensó para sí: "Este es el hombre más hermoso que he visto, me atrae.

Parece que ama a los caballos, los contempla como si los conociera a fondo, puedo verlo por el modo en que los mira, debo atraerle a mi presencia y averiguar quién es." Cuando estaba pensando en llamarle ante él, Nakula se acercó al rey. Después de saludarle le dijo:

—He venido a tu ciudad con la intención de ganarme la vida, soy un experto en el cuidado de caballos. Si me haces tu sirviente, te estaré agradecido.

Virata le dijo:

—Puedes encargarte de mis amados caballos, estoy contento de tener un experto que los trate con amor y cuidado. Estoy seguro que los dejaré en buenas manos, pero me parece que perteneces a una alta casta y no a la de un mozo de establo. ¿Cómo es que pides trabajo aquí?

No creo que estés acostumbrado a trabajar, pareces más preparado para dirigir a otros.

Nakula sonrió pero no dijo nada. Virata le dijo:

—Puedes quedarte a cargo de los establos.

Nakula estaba contento de que no le hiciera muchas más preguntas y le dijo:

—Mi nombre es Damagranthi, me esforzaré por complacerte en todo lo posible. —Nakula estaba inmensamente complacido de estar con los caballos a los que tanto quería. Era casi tan feliz como en Indraprastha.

Sahadeva fue el último en entrar al sabha de Virata, se había puesto el vestido de pastor.

Con un cayado en su mano tenía un aspecto tan encantador como su primo Krishna cuando estaba en Gokula. Sahadeva se dirigió al rey y le dijo: —Por favor, hazme el jefe de los pastores de tu reino. Guardaré tu ganado, puedo curar todas las enfermedades que afectan a las vacas y a los toros, soy un especialista en el cuidado de las vacas. Producirán más leche si yo las ordeño. Estarán saludables y hermosas. Mi nombre es Tantripala y he venido a tu reino porque tu principal riqueza es el ganado y espero que me des un puesto entre los cuidadores de tu ganadería.

Virata miró a Sahadeva y le dijo:

—Quienquiera que seas, parece que has conocido días mejores, no tienes apariencia de merecer pequeñas labores. Pero eres bienvenido a Virata, nunca he dicho no a alguien qué me pide favores. En cuanto a ti, me haces un favor encargándote de preservar mis riquezas: mi ganado. Me alegro de mi buena fortuna.

De este modo los cinco pandavas entraron en la ciudad de un rey que era bondadoso y noble. Los pandavas fueron felices por primera vez en su exilio, se las habían arreglado para resolver su mayor problema. Ahora era sólo una cuestión de tiempo, hasta que legara la hora de salir de su escondite y reclamar el reino que les pertenecía.

IV

DRAYPADI AL SERVICIO DE SUDESHNA

Draypadi entró en la ciudad disfrazada de Sairandhri. Los viandantes se quedaban atónitos ante la belleza de aquella mujer que iba vestida con unos ropajes tan viejos y sucios. Sostenía los extremos de su larga y brillante cabellera con su mano derecha, y una sonrisa iluminaba su rostro. Caminaba rápido hacia el palacio de la reina; la reina de Virata estaba asomada al balcón de su palacio.

Su nombre era Sudeshna, una princesa de Kekaya. Ella también quedó absorta ante el encanto y la personalidad de aquella mujer. Vio cómo la sonrisa desaparecía del rostro de la extranjera porque la gente de la calle la seguía y se reía de ella. La mujer estaba aterrada ante tal acoso y caminaba más deprisa, mientras que las risas se hacían más estridentes. La reina sintió compasión por aquella pobre mujer solitaria que no parecía tener acompañante y ordenó a sus doncellas que fueran a buscarla a toda prisa. Fueron hacia la mujer que estaba en medio de la multitud y le dijeron: —Nuestra reina quiere que entres.

Draypadi entró al palacio deteniéndose ante la reina, aún sostenía su pelo con su mano derecha, lo entrelazó en una trenza y lo puso a su espalda. Vio cómo la reina se levantaba de su asiento, mientras su cuerpo aún temblaba por la experiencia que había tenido en la calle. Que la multitud se burlara de ella fue un insulto que tuvo que soportar.

Sudeshna estaba muy conmovida por la mirada tímida de los ojos de Draypadi. La cogió de la mano y la hizo sentarse a su lado, preguntándole:

—Eres muy hermosa, ¿cómo es que estás sola? ¿cómo es que no estás casada? ¿cómo puede resistírsete algún hombre? ¿Por qué has venido a nuestra ciudad? ¿De dónde vienes? Draypadi dijo:

—Mi reina, he venido hasta ti para ganarme la vida, soy una artista en el arte de la decoración. Era la doncella personal de Draypadi, la reina de los pandavas. No tenía dónde ir desde que se fueron al bosque. Mi exquisita sensibilidad ya no le es necesaria a esa pobre y desafortunada reina. Habiendo oído hablar de tus buenas cualidades, he venido a ti con la esperanza de que mis facultades sean de tu agrado, espero que mis esperanzas no sean vanas.

La reina Sudeshna le aseguró que la mantendría en el palacio con ella y que esperaba que fuera feliz. Le dijo: —Puedes usar este palacio como si fuera tuyo, si dices que has vivido con la reina de los pandavas, debes haber gozado de muchos privilegios; puedes usar mi hermoso jardín siempre que quieras estar a solas con tus pensamientos, veo que has sufrido mucho. ¿Puedo preguntarte cuáles son tus problemas?

Las lágrimas de Draypadi comenzaron a fluir sin poder disimularlas, la reina la tomó en su regazo y la confortó como si fuera una niña pequeña. Draypadi le dijo:

—Soy Sairandhri, tengo a cinco gandharvas como maridos, tuvieron que dejarme y alejarse de mí por culpa de una maldición, la maldición acabará dentro de un año, me siento infeliz porque hasta ahora nunca he estado separada de ellos. La reina pandava solía decir que nos parecíamos incluso en esa cosa extraña de tener cinco maridos. Estoy segura de que después de un año mis días oscuros se acabarán, me siento feliz de haber hallado en ti a una hermana y a una madre.

Sudeshna permaneció en silencio por unos momentos, luego dijo:

—Tengo algo más que decirte, hay algo que me preocupa. Eres demasiado hermosa y mi esposo el rey es muy susceptible al encanto femenino, ¿qué pasará si se enamora de ti?

Draypadi le contestó:

—Por favor, no te preocupes por eso, no abusaré de tu bondad dejando que el rey me vea, siempre me quedaré en los aposentos interiores, nadie me verá, si soy insultada mis maridos matarán al ofensor, seré particularmente cuidadosa de que nada ocurra que pueda herirte, puedes confiar en mí. Sudeshna se sintió tocada por las palabras amables y cariñosas de Draypadi. Draypadi le dijo:

—Tengo sólo dos peticiones más, no comeré comida de las sobras, ni daré masajes a los pies de nadie; estas tareas desagradarían a mis maridos si las realizara.

La reina dijo que nunca tendría que hacer ninguna de esas cosas.

V

EL COMBATE DE LOS LUCHADORES

La reina de los pandavas era la que cuidaba de las flores, Yudishthira era el acompañante de Virata, Bhima era un cocinero, Arjuna un maestro de baile, Nakula un mozo de establo y Sahadeva un pastor. Las ironías del destino son inescrutables, realiza sus juegos de las maneras más inimaginablemente perversas. Pero aunque parezca extraño decirlo, los pandavas se sentían felices. El rey de Virata era un hombre muy noble y su esposa era su perfecta compañera. La princesa era una niña deliciosa. Para ellos el tiempo transcurría felizmente en la hermosa ciudad de Virata. Habían pasado tres meses, sólo les quedaban nueve meses más.

Durante el cuarto mes de su estancia en Virata, se celebró en la ciudad un gran festival en honor a Sankara, la celebración incluía una exhibición de lucha. Llegaron luchadores de todas partes del mundo para mostrar su valor, se esperaba que la función iba a ser impresionante. El rey y toda su corte se sentaron para ver la lucha.

Había un luchador que había venido de otras tierras del que decían que era invencible.

Todos los luchadores de Virata fueron vencidos por él. De pie en medio de la arena gritó en voz alta:

—Soy el mejor luchador del mundo, no hay nadie que pueda desafiarme, soy más poderoso que los leones y los tigres.

Su desafío era demasiado grande y el rey se sentía decepcionado de sus hombres. Y preguntó: —¿No hay nadie aquí que pueda aceptar el desafío de este hombre y enseñarle una lección?

Yudishthira se sentó a su lado y le dijo:

—En Indraprastha, cuando yo estaba con el rey Yudishthira vi a un luchador, observé su técnica y estoy seguro que él vencerá a este hombre.

Afortunadamente para nosotros este hombre está ahora en tu palacio, es el encargado de tu gimnasio, puedes mandarle a llamar, te aseguro que vencerá a este hombre.

Virata estaba complacido con la sugerencia de Yudishthira, se sentía feliz de que hubiera en su corte alguien que pudiera mantener la reputación de Virata, y mandó buscar a Bhima.

Virata dijo:

—Valala, Kanka me ha dicho que te ha visto luchar en la ciudad de los pandavas, dice que puedes vencer a este hombre que está desafiando a todo el mundo, por favor, dime si puedes luchar con este fanfarrón y vencerle.

Bhima observó al hombre que estaba en medio de la arena, y sabía que podía aceptar el desafío fácilmente, pero no quería; tenía miedo de que se reconociera su técnica. Esa era la razón por la que no había intentado intervenir. Pero ahora le había llamado el rey y además por sugerencia de su hermano Yudishthira, así que dado que a su hermano le parecía bien, Bhima decidió luchar. Dijo:

—Mi señor, ciertamente puedo luchar contra este hombre y vencerle fácilmente, el rey Yudishthira continuamente alababa mis métodos de lucha, ahora llevo mucho tiempo contigo y tú me has tratado con mucho cariño. Trataré de pagarte una pequeña parte de tu amor y tu bondad. Por la gracia del señor Sankara venceré a este hombre y ganaré un nombre y fama para los Matsyas.

Bhima se preparó para la lucha. Vestido con los típicos atuendos de un luchador entró en la arena como una pantera furiosa; en el estadio había una excitación salvaje.

Los vítores resonaban por todas partes. La lucha empezó. Bhima rugiendo como un león comenzó su ataque. Fue una lucha terrible, Bhima luchaba con todo su poder, estaba ansioso por complacer al rey y no quería dejar mal a su querido hermano, el cual le había recomendado elogiosamente. El espíritu deportivo y competitivo de Yudishthira no podía permitir que aquel hombre se fuera sin respuesta a su desafío. Fue por eso que sugirió a Bhima que afrontara la lucha, ahora dependía de él mantener su nombre y su reputación.

Los dos luchadores parecían como dos grandes nubes de lluvia cargando una contra la otra. Los espectadores no se movían ni una pulgada, habían cesado los vítores y estaban totalmente absortos contemplando aquel espectáculo único. Jamás habían visto nada parecido.

Al final, Bhima levantó a su oponente en el aire y le hizo girar dando vueltas sobre sí mismo como una rueda, hasta que quedó completamente mareado y finalmente inconciente. Luego, Bhima lo estrelló contra el suelo y lo mató. El rey estaba inmensamente complacido con el valor de Bhima. Virata podría jactarse ahora de tener un luchador que había matado al hombre que hasta entonces había sido el mayor luchador del mundo.

Aquel incidente de Virata hizo que Bhima se convirtiese en el favorito del rey incluso más de lo que lo había sido hasta entonces. Los pandavas estaban disfrutando del treceavo año de su exilio; les iba todo bien.

En Virata hallaron la paz de la que no habían podido disfrutar desde hacía mucho tiempo, todos les trataban con afecto. Estaban tan acostumbrados a la injusticia y al mal trato que habían soportado en los últimos años, que el afecto del rey fue como un bálsamo para sus corazones lacerados; eran felices.

Los meses pasaron muy rápidamente. Habían pasado diez meses como si fueran diez días. El tiempo pasa demasiado rápido cuando uno es feliz y se alarga infinitamente si se es infeliz. Los doce años les habían parecido enormemente largos y, al final de ese período, los pandavas estaban pasando sin darse cuenta aquel treceavo año que ya estaba tocando a su fin.

Pensaron que sería el año más difícil, pero, por el contrario, resultó ser el año más feliz.

VI

EL SUEÑO DE RADHEYA

Cuando Lomasa vino a la tierra para encontrarse con Yudishthira le trajo un mensaje de Indra dirigido a él. Indra le decía: "Sé que en tu mente siempre tienes presente un temor:

Radheya. Tienes miedo de que pueda matar a Arjuna. Radheya es un discípulo de Bhargava y es mejor arquero que Arjuna. Yo me encargaré de eso después de que Arjuna vuelva a la tierra." Yudishthira no le había contado esto a nadie. Indra recordó la promesa que le había hecho a Yudishthira y decidió hacer algo que privara a Radheya de su poder.

Era el treceavo año del exilio de los pandavas. Cierta noche, Radheya estaba durmiendo en su cama que era blanca como la nieve. Ya había llegado la medianoche, cuando el sol, lleno de amor por su desafortunado hijo, le visitó en su sueño. Apareció con el disfraz de un brahmán y se dirigió a su hijo con un tono de voz dulce y compasivo y le dijo:

—Escúchame, Radheya, te diré algo que será para tu bien. Eres un hombre bueno y sincero y has tomado el voto de que quienquiera que se dirija a tí durante el mediodía, mientras haces tus adoraciones al sol, le concederás todos sus deseos, no le permitirás volver con las manos vacías; sea lo que sea que te pida se lo darás. Nunca dices "no" a ninguna petición. Indra, el benefactor de los pandavas, aprovechándose de tu voto ha decidido dirigirse a ti mañana con una petición. Se presentará con el disfraz de un brahmán y te pedirá tu kavacha y tus kundalas; ¡no se los des! Tus kundalas te fueron entregados por alguien que los consiguió de Aditi y se te dieron como una protección especial, no te puedo decir quién te los dio porque no se me permite hablar de ello.

Cuando Indra te pida que se los entregues trata de ofrecerle otras cosas en. su lugar, ofrécele tu reino entero, dile que darías todo excepto esas dos cosas. Si los kundalas son arrancados de tus oídos, tu vida se acortará y morirás pronto. El kavacha es una armadura contra el mismo destino. Con el kavacha eres invulnerable, nadie puede vencerte mientras lleves esas dos cosas, pero una vez que sean separadas de tu cuerpo serás vencido y morirás.

Han sido sumergidos en el néctar de la inmortalidad, el divino Amrita, el alimento de los dioses. Si estimas tu vida, debes cuidar esas dos cosas.

Radheya estaba conmovido por la preocupación que se reflejaba en la voz del brahmán y le dijo:

—Me tienes mucho afecto, pero no puedes ser un brahmán ordinario, dado que puedes decirme lo que ocurrirá en el futuro. Por favor, dime quién eres. Pareces estar muy preocupado por mi bienestar. En este ancho y amplio mundo nadie me ha mostrado tanto afecto excepto mi querida madre Radha. Por ella vivo en este mundo de dolor. También Duryodhana me ama; sigo viviendo sólo porque quiero agradarle. Por mi parte, la vida no tiene ningún atractivo, soy inmune a las alegrías y dolores que me han ocurrido hasta ahora. Pero este amor que me tienes me hace sentir curiosidad por saber quién es la tercera persona que se preocupa de mí.

El sol dijo:

—Soy Surya, el de los mil rayos de luz, te tengo un inmenso afecto y no quiero que seas engañado por tus enemigos. Es por eso que he venido a ti mientras el mundo está durmiendo, haz lo que te digo te digo esto para que puedas tener larga vida.

Radheya cayó a sus pies y dijo:

—Mi señor, te he elegido como mi dios. No adoro a ningún otro dios, tú eres mi Ishtadaiva, me siento afortunado de haberte visto en persona. Eres mi benefactor y quieres que rehúse otorgar estas dos gracias, el kavacha y los kundalas, porque dices que significan para mí mi propia vida. "Pero te diré algo. Tú eres el testigo diario del voto que he tomado.

Cada día, cuando llegas al cenit, te adoro y cuando acaba mi adoración, espero que alguien me pida limosnas y otorgo todo lo que me piden. Mi señor, tú has estado observando este ritual durante años, tomé este voto cuando se adhirió a mi nombre el estigma de Sutaputra. Dije que ganaría conocimiento, fama y punya por el continuo intento. Aprendí el arte de usar el arco del más grande de los arqueros, lo cual fue inútil por el hecho de ser un sutaputra. Pero este voto que he tomado, me ha proporcionado mucho punya, este voto me ha dado una paz que no había experimentado durante mucho tiempo. Me siento feliz cuando entrego algo, cuanto más aprecio algo, mayor es la felicidad cuando lo doy.

"Estoy listo incluso para dar mi vida, si se me pide. Así pues, si mañana Indra viene a pedirme limosnas; limosnas que incluso reportarán ventajas a los pandavas; limosnas que me costarán la vida, ¿crees que se las negaré? Nunca he amado mi vida, no me importa entregarla.

"Un buen nombre, mi señor, es la única cosa que he querido, no quiero cambiarlo por una larga vida. Si rechazo dar a Indra lo que quiere, mi fama morirá inmediatamente. El nombre que he ganado como 'Radheya el dador', morirá en un momento. Yo viviré por mucho tiempo pero mi ignominia vivirá por mucho más. La

muerte con fama es mucho más deseable que una larga vida ignominiosa. Si el que dio muerte a Vritra, el señor de todos los dioses en los cielos, viene a mí como un mendigo, consideraré como un privilegio concederle lo que él quiera. El puede estar del lado de los pandavas y ser parcial con ellos, movido por lo cual será tentado a sacar provecho de mi voto y privarme de mi fuerza. Pero no me preocupa lo que le incita a hacerlo, sólo sé que he sido el blanco elegido por el destino. Ya me han sucedido varias cosas parecidas, lo cual me lleva a una conclusión: la derrota de Radheya y el éxito de Arjuna. Conozco todas las conspiraciones del destino. Sé que no voy a ganar, pero no me apartaré del camino del deber que me he impuesto a mí mismo. Si Indra me pide un don, entonces será para mí una gloria concederle ese don al más grande de los dadores, el dador que hace vivir al mundo por su magnificencia.

"La fama es la mujer que he elegido por esposa, amo la fama más que a mi propia vida.

Un hombre que ha ganado fama vive en los cielos, la infamia significa aniquilación, la fama da a un hombre nueva vida y le hace sentirse joven, le protege y le guarda como una madre cariñosa. Si rechazo darle a Indra lo que quiere, viviré largo tiempo sin duda, pero la infamia me robará mi vida futura. La fama acompaña a un hombre durante toda su vida y es la única cosa permanente en este mundo donde todo lo demás es transitorio. Hace pura la vida en esta tierra y dura más que la misma vida. Perderé este cuerpo, pero alcanzaré vida eterna. ¿Crees que dejaré ir esta oportunidad? Lucharé en la guerra con toda mi habilidad y mataré a mis enemigos para complacer a mi amigo más querido, consiguiendo fama. Moriré luchando y alcanzaré los cielos destinados a los que mueren en el campo de batalla. Protegeré mi buen nombre incluso a costa de mi vida. Te prometo que le concederé a Indra lo que quiere.

El sol dijo:

—Te quiero mucho, Radheya, y es por eso que te pido de nuevo que no cometas esa tontería. Estás tirando la felicidad de tu esposa y de tus hijos y la del amigo que depende de ti para ganar esta guerra.

"Obtendrás fama, no hay duda, ¿pero cuál es la utilidad de una fama que no puedes disfrutar? Estarás muerto. La fama que cortejas con tu vida te conducirá a la morada de la muerte. Cuando tu cuerpo esté reducido a cenizas, cuando sólo seas un nombre en este mundo, ¿cuál es la utilidad de la fama que hayas ganado? No estarás aquí para oír las alabanzas que lloverán sobre ti. Me has querido siempre y yo también te he amado, y en nombre de nuestro amor te pido este favor; no les des tu querida vida a los pandavas. Me gustaría decirte porqué estoy tan turbado pensando en tu muerte inminente, pero no puedo, no puedo decírtelo. Sólo puedo pedirte que no entregues tu kavacha y tus kundalas que te fueron concedidos por un dios que te ama como a su misma vida. Radheya: el único deseo de tu vida ha sido matar a Arjuna, sólo puedes hacerlo si conservas esas dos cosas, si las pierdes te vuelves vulnerable. Si no te separas del kavacha y los kundalas, nadie, ni siquiera Indra, ni Rudra, ni Vishnu, pueden

hacerte ningún daño. Si quieres realizar tu ambición de matar a Arjuna, si quieres complacer a tu querido amigo Duryodhana, no debes concederle ese don mañana a Indra.

Radheya estaba sobrecogido por el amor que le tenía el sol y le dijo:

—Mi señor, tú eres el único dios que he adorado. No tengo a nadie que me pertenezca, no tengo padre, no sé quién es él, ni tampoco conozco a mi madre. Ella me abandonó tan pronto como nací. No tengo a nadie que me ame; tú, tú, mi señor, eres la única persona que quiero y por el afecto que me tienes has venido a prevenirme. Pensaste para ti: "Radheya, mi devoto, está en peligro de perder su vida, debo protegerle." Mi señor, no sé cómo pagarte tu bondad, sabes que haría cualquier cosa por complacerte y, sin embargo, no puedo obedecerte. Te ruego que me perdones, nunca he conocido el miedo, ni jamás he temido a la muerte, pero hay una cosa que en verdad temo: la falsedad. No puedo engañarme a mí mismo. Tengo que ser fiel al voto que he tomado: no negarle a nadie nada. No me importa si se me pide incluso mi vida. Tengo que otorgar el don que mañana me pedirá Indra. Por favor, bendíceme con tus manos amorosas y otórgame eterna fama.

El sol dijo:

—Nada puede apartarte del camino de la rectitud. Eres incluso más grande que Yudishthira que es la única otra persona que moriría antes que abandonar el Dharma. Estoy orgulloso de ti, cuando des tu kavacha y tus kundalas, si Indra quiere que le pidas un don, pídele que te dé su Sakti. Eso te recuperará hasta cierto punto de la pérdida de tu armadura.

El sol desapareció del sueño de Radheya, el cual se levantó de la cama y pasó el resto de la noche recordando su sueño. Ya no pudo dormir más, estaba esperando que amaneciera el día siguiente.

VII

RADHEYA ENTREGA A INDRA SU KAVACHA Y SUS KUNDALAS

El sol apareció por el este, lentamente, como si no quisiera anunciar el día que condenaría a muerte a su hijo. Radheya estaba esperando pacientemente a que el sol alcanzara su cenit. Su cuerpo ardía con una fiebre extraña. Sus ojos brillaban como carbones al rojo vivo.

Era mediodía. Radheya había acabado su adoración al sol y estaba esperando la venida de Indra.

El brahmán llegó y la emoción hacía que el corazón de Radheya latiera rápidamente. El brahmán se quedó ante él con las manos extendidas.

—Por favor, da —dijo el brahmán.

Radheya cayó al instante a sus pies, como tenía por costumbre. Honró al brahmán con las manos juntas y le dijo: —Te daré todo lo que pidas, por favor pide.

El brahmán le dijo:

—No quiero riquezas, ni vacas, ni oro como otros brahmanes, quiero tu kavacha y tus kundalas.

Radheya sonrió para sí y le dijo:

—Tu petición es extraña; estas dos cosas, mi señor, no puedo separarlas de mi cuerpo. Te daré otras armaduras y pendientes que sean más costosos que éstos. Te daré incluso mi reino, pero estas dos cosas no puedo quitármelas.

El brahmán le dijo:

—He oído que eres el más grande de los dadores, no quiero nada más, sólo quiero esas dos cosas. Si eres tan sincero y recto como proclama tu reputación, haz cierta esa tradición.

Sácalas de tu cuerpo y dámelas. Este será el regalo más grande que hayas dado nunca o que puedas dar en el futuro. Radheya volvió a sonreír y le dijo:

—Mi señor, obviamente te sientes muy atraído por el brillo de estas cosas, pero no son ornamentos ordinarios, han sido sumergidos en el néctar que es la comida de los dioses. Me los pusieron para garantizarme larga vida y para protegerme de la muerte. He jurado a mi amigo Duryodhana que mataría a Arjuna en la guerra que sobrevendrá, por eso debo conservar este kavacha y estos kundalas, que es la única razón por la que te pido que me permitas conservarlos.

El brahmán se mostraba inflexible, quería esas dos cosas y sólo esas dos cosas.

Radheya se rió y dijo:

—Mi señor, sé quién eres, tú eres Indra, el más grande de todos los dadores. La tierra debe su vida y sus riquezas a tu magnificencia, de hecho el proverbio dice: "Sé como Parjanya en el dar." Me siento turbado viéndote a ti pedirme, tú tienes el privilegio de concedernos dones a los mortales, ya que eres el señor de los dioses. Tú sabes mejor que yo que si te doy estas cosas que me protegen de todo mal, te estoy dando mi misma vida, pero eso no me afecta. Me siento complacido y honrado de que el gran Indra me acepte un regalo, me siento orgulloso de darte mi vida.

Radheya separó la armadura de su cuerpo y se quitó los pendientes de sus orejas. El kavacha y los kundalas fueron colocados a los pies del brahmán, el rostro de Radheya había adquirido un brillo inusual. Se sentía extremadamente feliz de hacer este sacrificio por causa de su voto. Se dice que el valor de un sentimiento equivale a la cantidad de sacrificios que se esté dispuesto a hacer por él. Radheya era feliz porque había sacrificado su propia vida por causa de su Dharma, su felicidad era tan grande que de sus ojos resbalaban lágrimas. Los ojos de Indra también estaban húmedos y desde el cielo cayeron flores sobre Radheya. Indra le dijo:

—Nunca he visto a una persona como tú, eres la persona más noble que me he encontrado jamás. Surya te previno de mi venida y sabías lo que ocurriría si me dabas esas cosas, sin embargo, has entregado tu propia vida movido por los nobles sentimientos que han morado en tu alma desde siempre.

Pídeme lo que quieras, excepto mi arma personal, el Vajra, te daré cualquier cosa.

Radheya sonrió y le dijo:

—Mi señor, no es propio recibir nada a cambio de un regalo, esto no te permite ser un verdadero dador, el gesto de dar pierde su valor. Pero en este caso, he decidido pedirte un don y te diré el motivo. Por tu afecto hacia Arjuna y debido a tu parcialidad en beneficio de los pandavas, has realizado un acto que no será aprobado por nadie. Me has pedido que sacrifique mi propia vida; tú, que eres el más grande dador de la tierra y de los cielos, has apelado a mi voto de que jamás le negaría algo a alguien que me lo pidiera. Mas para salvarte de la censura del mundo, te pediré un don. Mi señor, te tengo demasiado respeto como para dejar que el mundo hable mal de ti, por culpa de este

incidente. Así que te pediré que me des tu Sakti, el arma con la que destruiste a tus enemigos. Eso me compensará hasta cierto punto de la pérdida del kavacha y los kundalas. Entonces, el mundo dirá: "Indra le pidió estas dos cosas a Radheya pero a cambio le dio su poderoso Sakti." De este modo escaparás de la censura de los amantes de la rectitud. Por favor, dame tu Sakti.

Indra estaba sorprendido de la grandeza de este mortal que en un momento había ascendido a una altura desde la que podía mirar desde arriba al que era el rey de los cielos.

Indra le dijo:

—Hoy has conquistado al rey de los cielos, te concederé tu don, y también te concederé que no quede ninguna cicatriz en tu cuerpo por las heridas que te has causado al separarde él estos objetos. Serás más glorioso de lo que has sido hasta ahora. En cuanto al Sakti, te lo daré, pero sólo podrás usarlo contra un enemigo. Sólo lo podías usar una vez y matarás con seguridad a la persona contra la que lo dirijas, pero no podrás volverlo a usar, porque luego volverá a mí. Radheya le dijo:

—Sólo lo necesito una vez, contra una persona, sólo tengo un enemigo.

Indra le dijo:

—Sé que te refieres a Arjuna. Pero mientras esté protegido por Krishna, nadie puede dañar a Arjuna, ni siquiera mi Sakti. Krishna, la encarnación del Señor, se ha responsabilizado de proteger a los pandavas. Radheya, tu poder se disipará ante el suyo.

Radheya no prestó atención a sus palabras, estaba muy feliz de poseer el Sakti. Luego le dijo:

—Aún tengo esperanzas de ganar la guerra y matar a Arjuna, mis esperanzas pueden ser vanas, pero no me importa. Tengo tu Sakti y puedo intentarlo al máximo. A pesar de la pérdida de mi kavacha y mis kundalas podré ayudar a mi amigo, quien ha centrado en mí todas sus esperanzas. Me siento feliz.

Indra le dijo:

—Tanto si ganas la guerra como si la pierdes no tiene importancia. Has ganado fama eterna, serás recordado en la posteridad como el mayor dador. Desde hoy se te llamará Karna porque has dado tus kundalas y se te llamará Vaikartana por cortarte tu kavacha sin titubear.

Serás conocido en el mundo de los hombres como el hombre que pudo vencer al destino y labró un nombre para sí mismo en los pergaminos del tiempo. No cualquiera

puede ser una persona como tú, se te recordará por siempre jamás. Dices que el proverbio es: "Sé como Parjanya en el dar." Y así ha sido hasta ahora, pero desde hoy, el proverbio será: "Sé como Karna en el dar." Mientras viva el mundo, se recordará tu nombre. Ahora tengo que irme.

Radheya cayó a sus pies y le dijo:

—Mi señor, tengo una petición más, hoy he encontrado en ti a un amigo, y parece que me aprecias. Si de verdad me aprecias, ¿me harías un favor? Durante los últimos años he sufrido mucho por causa de mi nacimiento, que ha sido cubierto con tanto misterio que casi he perdido la razón tratando de develarlo. ¿Podrías revelarme el secreto de mi nacimiento? ¿Puedes decirme quién soy, quién es mi padre y quién es mi madre? ¿No podrías poner fin a mi sufrimiento? Indra le miró con compasión y le dijo:

—Me gustaría decírtelo, pero es un secreto que se guarda muy celosamente, no debes conocerlo todavía.

Radheya aceptó sus palabras encogiendo sus hombros con resignación, sabía que estaba indefenso en contra del destino. Se secó las lágrimas de sus ojos como diciendo "no importa", y se inclinó ante Indra. Indra elevó su mano derecha y bendijo a Radheya con estas palabras:

—Que tu nombre perfume la posteridad, aquellos que oigan pronunciar tu nombre, aquellos que oigan la historia de tu sacrificio, nunca más se apartarán del camino de la verdad.

Desde los cielos llovieron flores sobre Radheya e Indra, y una brisa fresca inundó el ambiente. La tierra se humedeció con unas cuantas gotas de lluvia que aceptó complacida como un regalo del señor de los dioses. Indra desapareció. Por un lado le había robado la vida a Radheya, mientras que por otro, le había otorgado la vida eterna.

VIII

KICHALA SE ENAMORA DE DRAYPADI

La reina amaba a Draypadi, que era tratada casi como una reina por haber sido en su tiempo una dama de compañía de la reina de los pandavas. Tenía modales dulces y encantadores, lo cual le granjeaba el afecto de todo el mundo. Draypadi había pasado diez meses del Ajnatavasa en el palacio de la reina de los viratas.

La reina tenía un hermano, su nombre era Kichaka y era el jefe del ejército del rey, que había salido en una campaña de conquistas en la época en que los cinco pandavas entraron en Virata. Kichaka entró triunfante en la capital. Hubo una gran recepción en su honor y después de que todo hubo acabado, Kichaka se dirigió a los aposentos de su hermana a hacerle una visita. El era el gran favorito de su hermana, pasó un tiempo con ella y volvió a su palacio. En el camino de regreso, vio los jardines de Sudeshna.

El jardín estaba lleno de flores, pues ya había llegado la primavera, era un lugar encantador.

Kichaka se quedó por un momento mirando el hermoso jardín y de repente entró en él. ¿Por qué entró? ¿Qué le hizo entrar? Quizás el aroma de un perfume, quizás una rama cargada de flores señalándole, pero fue el destino y nada más lo que le hizo entrar al jardín y pasearse entre las flores. De repente vio a Sairandhri, la miró y todo se hizo luz. Sairandhri era hermosa, pero Kichaka había conocido muchas mujeres hermosas. Quizás fue su encanto, su dignidad, su gracia; otras mujeres tenían todas esas cualidades, pero Sairandhri le hizo su esclavo.

Draypadi había ido allí buscando un momento de paz.

Paseaba frecuentemente desde que la reina le había permitido usar su jardín cuando quisiera estar sola con sus pensamientos. La entrada triunfal de Kichaka en la ciudad recordó a Draypadi las entradas de Bhima, Nakula, Sahadeva y Arjuna durante los días del Rajasuya.

Draypadi había buscado refugio en aquel florido jardín para derramar sus lágrimas en secreto, pero, de pronto, advirtió que no estaba sola. Se volvió y vio que Kichaka la estaba mirando.

Viendo sus ojos encendidos de amor, se alejó del lugar. El fue detrás de ella, la alcanzó y le dijo: —¿Quién eres?, he estado en el palacio de mi hermana muy a menudo

y nunca te he visto, me quedé sorprendido al verte. Nunca pude imaginar que una mujer pudiera ser tan hermosa, ¿dónde te has estado escondiendo durante todos estos días?, ¿cómo es que no te he visto antes? ¿Quién eres? ¿por qué estás sola? Estás perdiendo el tiempo sirviendo en este palacio.

Draypadi no le miraba, miraba al suelo. Y le dijo:

—Soy Sairandhri, la florista de tu hermana, soy su sirvienta. Estoy aquí desde hace unos meses. Por favor, déjame ir.

Kichaka dijo: —¡La florista de mi hermana! Tú eres una mujer hermosa. En el momento en que te vi, me convertí en tu esclavo; te estás consumiendo aquí, eres demasiado valiosa para ser la florista de mi orgullosa hermana. Tu belleza se está malgastando aquí en los aposentos de una mujer. Tu belleza me ha cautivado, me siento como un pájaro aturdido por el perfume de la primavera, no puedo pensar en nada más que en ti. No creo que debas peinar el pelo de mi hermana, no creo que yo pueda soportarlo, ella debiera hacerte a ti ese servicio. ¿Por qué llevas las ropas que ella desecha? ¿Por qué aguantas tantos insultos? Has nacido para ser una reina, ven conmigo y sé mi reina, te quiero, abandonaré a todas mis mujeres. Haré que todas ellas sean tus esclavas. Yo también seré tu esclavo, obedeceré tu deseo más pequeño como una orden.

"Trata de ser buena conmigo, ven conmigo. Has hallado un lugar en mi corazón. No debes quedarte aquí por más tiempo. Te tendré en mi palacio y te haré la reina de Virata, yo soy aquí la persona más poderosa. El rey, mi hermano político, es sólo un rey de nombre, él no se atrevería a decir nada, ven a mis brazos.

Compláceme y no te arrepentirás, no te puedes imaginar cuánto te amo. Daré cualquier cosa por ti. Mi buen nombre, la reputación que me he ganado hasta ahora, todo eso será el incienso para este nuevo atar de amor. No puedo vivir sin ti; concédeme la vida. —Kichala cayó a sus pies derramando lágrimas, se había vuelto como una mujer debido a la emoción.

Draypadi le miró y le dijo:

—No es correcto que tú, un príncipe, me hables así a mí, una doncella del palacio de tu hermana. Estoy por debajo de ti, tú puedes conseguir a muchas mujeres que serán iguales a ti en rango, nacimiento y casta. No debes hablarme así, está mal y no apruebo tus palabras. Un hombre sólo debería decirle esas palabras a una mujer con la que está casado y a ninguna otra.

Yo además no estoy soltera, estoy aquí en el palacio de tu hermana porque mis maridos me han pedido que me quede en un lugar en el que no peligre mi honor. Soy la esposa de cinco gandharvas, no puedo aceptar tu proposición, si mis esposos llegaran a enterarse de esto te matarían, no podrías escapar a su ira. Lo siento por ti, pero esa es la

razón por la que te digo que te detengas antes de que sea demasiado tarde. Por favor, deja esos deseos y márchate, no se lo contaré a nadie, te excusaré. —Draypadi se dio la vuelta como para irse y le habló de nuevo:— Te lo repito, si aprecias tu vida déjame y vete. Llevas el lazo de la muerte en tu cuello pensando que es una guirnalda de flores. Estás tratando de abrazar una llama como lo hace una polilla, pensando que es una fruta. Estás tratando de matarte a ti mismo y contigo a todos los que te aman. Eres un gran soldado, has ganado un gran nombre y mayor fama. Por favor, no eches a perder todo eso por tu locura; te prevengo. —Sairandhri se marchó después de haber hablado.

Kichaka permaneció por largo tiempo de pie en aquel lugar como si hubiera echado raíces, no podía hacer nada. El amor por aquella mujer le consumía como el fuego, sus ojos ardían y su respiración era entrecortada. Tenía que poseerla, sí, tenía que hacerla suya.

Se dirigió hacia el palacio de su hermana, que quedó muy sorprendida al verle de nuevo, ya que acababa de dejarla hacía un rato. Kichaka se desplomó en su cama; Sudeshna estaba preocupada por él. Se dirigió a él y le dijo: —¿Qué es lo que te ha ocurrido, Kichaka? Estabas bien cuando me dejaste, ¿te ha ocurrido algo? ¿no te encuentras bien?

A Kichaka le costó un tiempo responder, luego le dijo: —Hermana, dime quién es ella, esa mujer que dice que hace guirnaldas de flores para ti; esa hermosa mujer. ¿Cuánto hace que está contigo? ¿de dónde viene? Acabo de verla y la quiero para mí. Le pedí que fuera mía y se negó, moriré si no la consigo, nunca supe que el amor pudiera ser tan doloroso. Me hiere, me siento como si me estuviera quemando en una lluvia de fuego. Mi cuerpo tiembla cuando pienso en ella. Hermana, dime cómo puedo hacerla mía, debes ayudarme.

Sudeshna estaba apenada viendo sufrir así a su hermano. Estaba muy orgullosa de él. Se sentó a su lado, tratando de tranquilizarle, y le dijo:

—Kichaka, está conmigo desde hace once meses, vino pidiéndome un lugar en mi palacio y le prometí tratarla con mucho cariño. Su conducta ha sido muy buena, se ha hecho querer por todas nosotras, ella me contó en nuestro primer encuentro que tiene por maridos a cinco gandharvas y que si alguien la insultara vendrían y matarían al malhechor. Una vez, el rey, mi marido, la vio y pensó acercarse a ella con las mismas intenciones, y yo le dije con tiernas palabras que lo que pensaba no sería posible, dado que la protegían sus cinco maridos. Desde entonces sus pensamientos han cambiado porque tiene miedo de ellos. Ella me ha dicho que su ira sería más terrible que el fuego en un bosque. Kichaka, mi querido hermano, no pienses más en ella, tengo otras muchas doncellas conmigo, elige cualquiera de ellas, te daré lo que quiera que pidas, pero no pienses en Sairandhri; si quieres vivir, no pienses en ella, o te causará la muerte. Yo te quiero, no me hagas infeliz, quiero que olvides a Sairandhri.

Kichaka la miró y se rió diciendo:

—Mi querida hermana, después de mirar a Sairandhri, ¿cómo puedo pensar en alguien más? Ella es la única mujer para mí, es tan radiante como el fuego; su forma es una gran llama y sus ojos las chispas que salen de él. Su pelo es una nube de humo, tratando en vano de desvanecer su brillantez.

Su belleza es tan única que empobrece el lenguaje que trata de describirla. Separar de ella su belleza y luego describirla es como separar el perfume de la flor del champaka. Sería tan difícil como capturar el brillante rojo sangre del rubí, o el frío y fogoso verde de la esmeralda. Hermana mía, tengo que conseguirla, hablas de sus cinco maridos los gandharvas, ¿a mí qué me importan? ¿no soy yo un guerrero? Puedo matar a mil gandharvas con las manos desnudas. ¿Por qué preocuparse de cinco? Tú no sabes nada sobre mujeres, si una mujer ve a un hombre que es hermoso y que sabe hablar cosas bellas, no puede resistírsele.

Cualquier mujer, incluso la que es fiel a su marido. Esta mujer parece ser una mujer apasionada, seguro que es del tipo de las que les gusta tener siempre a su marido con ella, debe sentirse miserable sin los abrazos de un hombre, dices que tiene cinco maridos y que ha estado separada de ellos los últimos once meses, seguramente será fácil coaccionarla. Se someterá fácilmente a mi amor. Una mujer como ella, que está hecha para el acto del amor, no le será fácil resistirse a un hombre después de meses de soledad. Su respuesta será maravillosa. Ella me complacerá y yo sé que podré complacerla, sólo tengo que estar a solas con ella. Debes arreglártelas de algún modo para mandarla a mi palacio, yo me cuidaré del resto, la haré mía.

A Sudeshna no le gustaba que le ocurriera esto a su hermano, tenía un miedo instintivo y sabía que las amenazas de Sairandhri no eran vanas palabras, sabía que su hermano estaba cortejando a la muerte al tratar de hacer el amor con esta mujer, pero sentía lástima por él y quería que fuera feliz. Le dijo:

—Mi querido Kichaka, ¿por qué te has vuelto tan tonto? Sé que te matarán por el insulto que piensas inferir a Sairandbri y no quiero que muera mi querido hermano, eso es por lo que estoy tratando de decirte esto, pero veo que eres testarudo. Haré lo que pueda, pero ahora debes irte, muy pronto te la mandaré, le pediré que me traiga vino de tu palacio, si puedes ganártela, estupendo, pero si no, temo el futuro, tengo miedo por ti.

Kichaka abrazó a su hermana contra su pecho y le dijo: —No hay nadie como tú, mi querida hermana, nunca olvidaré tu bondad. —Kichaka se alejó apresuradamente del palacio, empujado por el destino.

IX

KICHAKA ULTRAJA A SAIRANDHRI

Sudeshna esperó durante un día o dos; para entonces, oyó que su hermano estaba casi enfermo y que se hallaba en la cama. Estaba sufriendo por su amor no correspondido. La reina mandó a buscar a Sairandhri y le dijo:

—He oído que mi hermano Kichaka ha traído algunos vinos especiales, me siento sedienta, por favor, ve a su palacio inmediatamente y tráeme algún vino de mi hermano.

Draypadi estaba atónita, ella no hubiera soñado que también la reina se volviera partidaria de los planes de Kichaka. Se le escapó un cálido suspiro, y le dijo:

—Mi reina, por favor, no me mandes allí. Tu hermano tiene malas intenciones hacia mí, ya me ha molestado con sus acosos, no quiero ir a su casa. Vine a ti pidiéndote ayuda y tú me has protegido durante los últimos meses, no es correcto que lo eches todo a perder haciéndome ir al palacio de tu hermano. El me forzará a que le obedezca, no iré allí, no tengo a nadie que me ayude excepto tú; por favor, sé buena conmigo, tú eres una mujer. Sé amable conmigo, soy una doncella desamparada. Por favor, envía a otra persona al palacio de tu hermano, pídeme que haga cualquier otra cosa, lo haré con agrado, pero no me hagas ir a las estancias de Kichaka; me insultará.

Sudeshna se puso furiosa con ella y le dijo:

—Quiero que vayas tú, no me gusta la forma en la que hablas de mi hermano, él no es el tipo de persona que molesta a las mujeres, sólo estás poniendo excusas para evitar hacer lo que te estoy pidiendo. El no te molestará, él sabe que se debe tratar bien a mis doncellas, ve rápidamente y tráeme algo de vino, estoy sedienta.

Sairandhri tuvo que obedecer, cogió la vasija de oro que le dio la reina en la mano y caminó hacia el palacio de Kichaka. El había estado esperando su llegada y viéndola acercarse a sus aposentos salió para recibirla. Le habló en un tono de voz lleno de amor y le dijo:

—Así que al fin has venido. Te he estado esperando desde hace mucho tiempo. Ven, amada mía, no es correcto que estés de pie; mira, he preparado una cama para ti, ven conmigo y descansa ahí, tómame por tu amante, bebamos y disfrutemos nuestro encuentro.

Draypadi le dijo:

—Mi señor, no vine aquí para quedarme contigo, fui enviada por mi reina para llevarle algo de vino de tu palacio, por favor, apresúrate y llena esta vasija de oro.

Kichaka se rió a carcajadas y le dijo: —¿Cómo piensas que ahora, que has venido a mí, mi querida dama, voy a dejarte ir tan pronto? Mandaré el vino con alguna otra persona; tú quédate, compláceme y luego te podrás ir.

Kichaka se le acercó y trató de agarrarla de la mano. Draypadi le empujó y le tiró al suelo impulsada por el frenesí nacido del miedo, tras lo cual trató de alejarse corriendo de allí; corrió en dirección a la corte de Virata.

Allí estaba Yudishthira y quería su protección. Arrojando el cuenco de oro al suelo, corrió tan deprisa como pudo. Kichaka corrió tras ella, la agarró por el pelo y la tiró al suelo pisándola con su pie. Draypadi estaba desesperada, con el pelo flotando tras ella como una nube, corrió hacia la corte de Virata.

El rey la miró y Yudishthira también, pero nadie dijo una palabra. Bhima acababa de llegar allí por casualidad; presenció la escena y sus ojos ardieron en llamas. Respiraba fuego y hubiera matado a Kichaka en aquel mismo lugar. Comenzó a arrancar un árbol que estaba a mano, pero Yudishthira le detuvo con una mirada y le dijo:

—Si deseas fuego para tu horno, no rompas las ramas de este árbol, la madera estará demasiado verde, no arderá; no tiene sentido que gastes tus energías en el árbol. Cuando el árbol esté lo suficientemente seco, puedes destruir al árbol ofensor; no es el momento adecuado.

Bhima entendió lo que quería decir, no debían estropear su futuro actuando precipitadamente, debía esperar.

Bhima miraba al suelo y permanecía callado. Draypadi vio todo aquello y estaba furiosa con Yudishthira.

Miró al rey y le dijo:

—Mi señor, ¿cómo puedes permitir que ocurra esto en tu reino? He venido a ti pidiéndote protección, debes protegerme de este hombre que me está maltratando, tengo cinco maridos pero no pueden castigar a este hombre, permanecen callados; tú eres el rey, no tengo otro refugio que tú, debes salvarme de la ruina, apelo a ti.

El rey estaba callado, no podía hacer nada. El poderoso Kichaka era el jefe de su ejército y no podía atreverse a enfrentarse con él. No se atrevía a dirigirle palabras de

reproche. Nadie podía hacer nada excepto observar el proceso de aquel incidente. El rey le dijo a Draypadi:

—No puedo juzgar algo que no ocurrió en mi presencia, sólo vi el final, hasta que no sepa que toda la culpa es de Kichaka no puedo hacer nada. ¿Cómo sé qué provocó el que te golpeara? Quizás estaba justificado, no lo sé; por favor, vete de aquí.

Yudishthira estaba furioso con el rey por la forma tan indecorosa en que trató de evitar el asunto. Su frente estaba húmeda de sudor, pero tuvo que controlar su ira, se dirigió a su querida esposa y le dijo:

—Creo que sería mejor que te fueras a los aposentos de la reina, tus maridos saben todo lo que ha ocurrido hasta ahora y sin duda estarán enfadados. No han salido a tu rescate porque quizá piensen que el momento no es oportuno. No está bien que te enfades con ellos, porque no se apresuraron a ayudarte. Tus maridos creen que no es el momento de enfadarse, por favor, sé paciente. Llegará el momento en que se acaben todas tus preocupaciones. No han intervenido porque no quieren interrumpir las largas penitencias que han estado realizando en los últimos años, en cuyo caso resultarían inútiles; no quieren hacerlas de nuevo. Esperan que cooperes con ellos y soportes esta situación durante quince días más. Luego, podrás abandonar está ciudad y dirigirte a tus maridos, para entonces ellos estarán libres de hacer lo que te plazca. Tú sabes que están sometidos por una maldición. La maldición acabará dentro de una quincena.

Draypadi no pudo moverse de allí. Yudishthira, de nuevo, le dijo:

—El rey Virata es un hombre justo, no es correcto que le consideres injusto, lloras demasiado en la presencia de los hombres, eso no es modestia; ve a los aposentos del palacio.

Tu comportamiento es tan exagerado como el de una actriz, no deberías quedarte aquí demasiado tiempo.

Draypadi se sintió profundamente herida por la palabra "actriz". Miró a Yudishthira con los ojos ardiendo y le dijo: —Tienes razón, hombre sabio, me llamas actriz y tienes toda la razón para decirlo; pero deja que te diga algo: por ser mi primer marido un adicto al juego de dados, mis otros maridos tienen que ser unos cobardes por su culpa.

Draypadi echó su pelo hacia atrás quitándoselo de su rostro y se puso bien sus vestiduras. Luego, se alejó de la corte con una expresión enfurecida, después de lanzar una mirada de fuego a todos en general y en particular a Yudishthira. Los pandavas, que estaban listos a entregar su vida por su causa, tuvieron que permanecer en silencio y mantener ocultas su bravura y su ira, ya que tenían que evitar que fueran descubiertas sus identidades.

X

BHIMA Y SAIRANDHRI

Draypadi volvió a sus aposentos y se bañó, dando rienda suelta a su llanto. Sollozaba como si su corazón se fuera a romper. Sudeshna fue hacia ella y se sentó a su lado. Le dijo: —¿Por qué lloras así? ¿Qué te hace tan infeliz?

Draypadi estaba enfadada con ella y le contestó:

—Me mandaste al palacio de tu querido hermano sabiendo lo que iba a ocurrir, y ahora me preguntas por qué estoy llorando. —Draypadi no habló durante largo tiempo y luego le contó a la reina todo lo que había ocurrido. Le dijo:— No me preocupa, ahora mis maridos lo saben todo y muy pronto matarán a tu hermano.

Sudeshna la dejó y se fue con su corazón lleno de temor por la vida de su hermano.

Draypadi se sentó allí sola sin saber por cuánto tiempo. Sólo sentía una cosa: odio.

Odiaba a Kichaka y decidió que tenía que morir. Que se hubiera atrevido a mirarla era ya suficiente insulto: tenía que morir. Draypadi se convirtió en una llama que consumiría a Kichaka. No comía ni dormía y se pasó las horas pensando en ello, hasta que por fin, decidió lo que debía hacer.

Esa noche, cuando todos se habían ido a dormir, Draypadi se levantó de su cama y caminó con pasos firmes hacia el lugar donde dormía Bhima, entrando en su dormitorio.

Bhima estaba dormido y Draypadi se dirigió hacia él y se sentó a su lado contemplándole durante mucho tiempo. Por fin, despertó a Bhima de sus sueños y él se incorporó. Draypadi le habló con una voz tan dulce como las notas de la vina, y mirándole amorosamente le dijo:

—Bhima, mi querido Bhima, ¿cómo puedes dormir mientras yo paso los días y las noches sufriendo? ¿Tienes tú también un corazón tan duro como el de tu hermano? ¿Cómo puedes dormir mientras Kichaka está vivo? ¿Cómo puedes dejarme sufrir y dormir como si no hubiera pasado nada? Tú eres la única persona a la que puedo apelar; Bhima, por favor, hazme feliz.

Bhima le dijo:

—Es una imprudencia que vengas aquí, si alguien te viera sentada en mi cama, sería la ruina de tu reputación y la mía. No deberías haber venido aquí, dime rápido para qué has venido y márchate antes de que nadie descubra nuestras relaciones.

Draypadi permaneció en silencio durante un rato y luego de repente comenzó a hablar, diciéndole a Bhima cómo la había estado acosando Kichaka. Le contó todo.

El escuchó toda la historia, mientras ella continuaba diciendo:

—Tú estabas allí, en la corte, y oíste cómo habló Yudishthira, ¿cómo puedo ir a pedirle ayuda a él? No le tengo respeto porque él no se respeta a sí mismo, ni tiene sentimientos, sólo sabe jugar a los dados, no sabe hacer nada más. Tú siempre has hecho todo lo que he querido que hicieras porque me amas, sólo puedo apelar a ti, no puedo dirigirme a nadie más. No podré comer ni dormir hasta que Kichaka muera, no puedo pedírselo a Yudishthira, ni tampoco a nuestro Arjuna y Nakula y Sahadeva obedecen ciegamente a su hermano. Nunca harán nada que contraríe a Yudishthira. Sólo tú te atreves a desafiarle para complacerme. Me he dirigido a tí para pedirte ayuda; he sufrido mucho durante los últimos meses, nunca hasta ahora le he hecho servicios domésticos a nadie, pero ahora tengo que hacer pasta de perfumes para el rey y la reina. Mira mis manos, acuérdate cómo eran y ahora míralas, mira las durezas que me han salido en las palmas por estar constantemente moliendo la pasta.

Draypadi le mostró sus manos ásperas y toscas por las durezas; al verlas, Bhima, llevándose sus dos manos al rostro, derramó lágrimas de dolor. Luego se repuso y le dijo:

—Escúchame, mi querida Draypadi, tú sabes cuánto te amo, ¿te he negado algo alguna vez? Pero esta vez debemos tener paciencia. Hubiera matado hoy a Kichaka en el sabha si no hubiera sido por el aviso oportuno de Yudishthira, pues comprendí lo que quería decir. Yo tampoco soy tan feliz como me parece que piensas. ¿Crees que he olvidado lo que ha ocurrido durante estos últimos años? ¿Crees que he olvidado la corte de Hastinapura? ¡No! Yo también estoy contando los días que faltan para el amanecer de nuestra libertad. Tenemos que ser cuidadosos, mi reina. El tiempo de nuestro cautiverio está llegando a su fin, dentro de medio mes mataré a Kichaka. Ahora no debemos cometer imprudencias; si lo mato ahora me reconocerán y si eso ocurre tendremos que volver de nuevo al bosque. Para evitarlo, te pido que seas paciente durante unos cuantos días más. ¿No soportó Sita, la esposa de Rama, sus dificultades con gran paciencia? Piensa en Damayanti, piensa en las muchas reinas que soportaron penas con paciencia. Te prometo que mataré a Kichaka, no será una tarea difícil para quien ha matado a Baka y a Hidimba.

"Sólo te estoy diciendo que no es el momento oportuno. Por favor, abandona esos sentimientos durante una quincena más, sólo una quincena. Luego te concederé lo que deseas.

Cuando acabe nuestro exilio, podremos salir a campo abierto, desafiaré a Kichaka a un combate singular y le mataré, pero no ahora, Yudishthira me ha pedido que tenga paciencia.

Draypadi no se dejó convencer y le dijo:

—No sabía que fueras tan despiadado, ahora no me queda nadie, la única salida es la muerte: si no matas a Kichaka te prometo que beberé veneno y me mataré.

Bhima sentía mucha lástima de ella y se decidió a hacer lo que le pedía.

La tomó entre sus brazos, y secándole sus lágrimas dulcemente con los dedos, le dijo:

—No llores, Draypadi, no llores, mi reina, no puedo soportar verte llorar: mataré a Kichaka mañana. Debes encontrarte mañana con él y citarle en la sala de bailes, que recientemente ha construido el rey. —Dile que allí hay una cama y que le verás allí por la noche, haz que vaya. Yo me encontraré con él y le mataré. ¿Estás contenta? Por favor, alégrate.

Draypadi sonrió por primera vez en toda la noche y le dijo:

—Lo haré, Bhima, ahora ya me siento feliz. Tú eres el único marido valiente y amoroso que tengo, le estoy agradecida a Dios por tenerte. —Draypadi le dejó y cautelosamente emprendió el camino de regreso a sus aposentos.

A la mañana siguiente Kichaka se acercó a Draypadi y le dijo: —¿Viste lo que ocurrió ayer en la corte? El rey me tiene miedo y no puede controlarme, no hay nadie aquí que escuche tu apelación, debes decidirte pronto a ser mi mujer.

Draypadi le sonrió dulcemente; Kichaka no podía creer lo que veían sus ojos. Ella le dijo:

—Te he rechazado todo este tiempo porque tengo miedo de mis maridos, tenía miedo de que nos mataran a los dos si se llegasen a enterar de esto, pero creo que ya he vencido ese recelo. Ahora me siento segura de irme contigo, he encontrado la solución. Si prometes no decírselo a nadie te sugeriré un lugar de reunión que nadie conoce. Tú conoces la nueva sala de bailes que ha construido el rey, las chicas están allí durante el día y por la noche se van a casa y se queda vacía. Sé que allí hay una cama, si esta noche vienes allí solo, te estaré esperando. Pero recuerda, nadie debe saber nada sobre nuestra cita. Allí, en la sala, esta noche, te daré lo que mereces.

Kichaka estaba loco de amor por ella, se sentía tan feliz pensando poseer a esta mujer que accedió a todo lo que ella le pedía. Le dijo:

—Seguro, iré solo. Ningún amante le confiará a nadie la cita con su amada. Te estoy agradecido por ser tan amable conmigo. Estaré en la sala de bafle a la hora que me sugieres.

Kichaka se marchó y Draypadi se las compuso para encontrarse con Bhima y decirle que esa noche iba a ser "la noche". Luego se sentó y esperó impacientemente a que llegara el momento. Tres pares de ojos esperaban que acabara el día. Cada momento parecía como un año para cada uno de ellos.

XI

BHIMA MATA A KICHAKA

Era cerca de medianoche. Bhima, cubriéndose con un retal de seda fina, como una mujer, salió a hurtadillas de la cocina. Draypadi le estaba esperando y se fueron sigilosamente a la sala de bailes, encontrando a tientas el camino hacia el lecho, en medio de la oscuridad.

Bhima se echó y Draypadi se escondió detrás de una columna permaneciendo ambos a la espera. Kichaka también había estado esperando impacientemente que llegara la noche.

Durante todo el día había estado embelleciéndose. El día le pareció muy largo a esta víctima del destino. Kichaka era hermoso, pero ese día aparentaba ser mas hermoso que nunca, su belleza era como la gloria final de una llama a punto de extinguirse. Kichaka entró en el salón y caminó hacia el lecho en la oscuridad que sólo desvelaba la luz de las estrellas que se filtraba a través de las inmensas ventanas. Vio sobre el lecho una forma que allí yacía y se apresuró a su encuentro. Se acercó y dijo:

—Después de todo te has decidido a ser mía, me siento feliz, mi querida mujer, si sólo supieras la tortura que ha sido para mí esperar a que llegara esta noche. Hoy he odiado al sol más que nunca he odiado a nadie. ¡Mírame!, todas las mujeres que he visto hoy, no saben que es mi alegría lo que me ha dado esta belleza. Me muero de amor por ti, por favor, no tardes más, tómame en tus brazos.

Kichaka se acercó al lecho y tomó la mano que se extendía hacia él mientras ardía presa del deseo. Kichaka se dio cuenta de que sus manos habían sido agarradas firmemente.

Percibió con la rapidez de un relámpago que ésas no eran las manos de una mujer, sino el fuerte apretón de las manos de un hombre. Contemplando la forma en que aquel cuerpo se levantaba lentamente del lecho, vio que no era una mujer.

Antes de que pudiera pensar, oyó la voz de Bhima que le decía:

—Así que piensas que hoy estás más hermoso que nunca. Debes estarlo, porque te vas a encontrar con la mujer que se ha enamorado de ti: la muerte. Te ha estado cortejando durante los últimos días y has rehusado tomarla en tus brazos. Ella vino hacia mí y me pidió que la ayudara a conseguirle su hombre. Aquí estoy, no pienses que Sairandhri habló palabras fútiles y vacías cuando dijo que sus gandharvas son tan

terribles como el rayo de Indra. Yo soy uno de sus maridos. Ven a —luchar conmigo y ve a la morada de la muerte.

Bhima saltó del lecho, agarró el pelo perfumado de Kichaka entre sus poderosos brazos y trató de estrangularlo. Luchaban jugándose sus vidas. El uno quería matar al otro. Se rugían mutuamente como dos tigres en el bosque. Kichaka cogió a Bhima con sus poderosas manos y le arrojó al suelo, pero Bhima se repuso sin daño alguno, se levantó y reanudó la lucha. Bhima era más fuerte que Kichaka y su ira y su furia doblaban su fuerza. Kichaka no estaba preparado para este ataque por sorpresa en el salón de baile y además estaba debilitado por el deseo. Sus rodillas se habían vuelto débiles debido a aquella sorpresa repentina. Había sido engañado por una mujer que había simulado amarle. Había pasado noches sin dormir y su mente no había estado funcionando adecuadamente desde el día en que vio a Sairandhri en los jardines del palacio. El pobre Kichaka no pudo luchar tan bien como lo hubiera hecho si las circunstancias hubieran sido distintas.

Bhima atrapó al pobre y desafortunado Kichaka entre sus brazos y le arrojó al suelo, puso sus rodillas sobre su pecho y con sus manos fuertes y poderosas, que tenían la fuerza de los elefantes, le agarró del cuello y le estranguló lentamente. Kichaka no pudo escapar de la muerte. Estaba siendo aniquilado lentamente, la vida se le escapaba del cuerpo poco a poco.

Jadeaba por la falta de aliento y golpeaba el poderoso cuerpo de Bhima, pero Bhima era implacable. Toda la ira y la furia de Bhima estaban concentradas en el apretón con el que estaba estrangulando a Kichaka. Unos momentos más de esfuerzo inútil y Kichaka murió.

La ira de Bhima no se había apaciguado todavía y como una bestia, pateó el cuerpo muerto de Kichaka. Golpeó su cuerpo hasta que sus brazos y piernas quedaron aplastados y deformes, luego los apretó contra el cuerpo haciendo lo mismo con su hermosa cabeza.

Kichaka había quedado reducido a un montón de carne y huesos. Bhima trajo una antorcha y le enseñó a Draypadi el cuerpo de Kichaka. Le dijo:

—Mira, mi reina, le he matado, ¿estás feliz ahora?

Los ojos de Draypadi estaban llenos de alegría, parecía la misma muerte en forma de mujer. Bhima retiró la antorcha y le dijo a Draypadi que se iba a sus aposentos y muy sigilosamente abandonó el salón de bailes.

Draypadi se quedó allí sola, llena de felicidad. Llamó a los guardias del salón y les dijo:

—Mirad el destino de este hombre que trató de molestarme. Yo le avisé de la furia de mis maridos gandharvas, pero no me hizo caso, ahora mi marido ha matado a Kichaka, venid y ved.

Los guardias trajeron muchas antorchas, entrando con ellas en el salón y lo que vieron causó terror a sus corazones. Apresuradamente fueron a anunciar a todo el mundo que el poderoso Kichaka había sido brutalmente destrozado por el marido gandharva de Sairandhri. La sala se llenó en un momento, sus parientes y los ciento cinco medio-hermanos de Kichaka se apresuraron yendo hacia el lugar.

La reina y el rey fueron allí y derramaron lágrimas al contemplar los restos de Kichaka.

Los ritos funerarios comenzaron por la mañana. Colocaron el cuerpo de Kichaka bajo un palio y los hermanos de Kichaka de nombre upakichakas llevaban el cuerpo al lugar donde lo harían arder. Cuando vieron a Draypadi allí, de pie, apoyada a una columna mientras observaba las ceremonias, su ira contra ella fue terrible y se dijeron: "Nuestro querido hermano está muerto por culpa de esta mujer, él la quería; hagamos que la tenga, pongámosla también en la pira funeraria y quemémosla junto con nuestro hermano, eso complacerá a su alma." Se acercaron a Virata con la petición de que debería darles permiso para quemar a Sairandhri con Kichaka. El rey no se atrevió a decir que no a los poderosos hermanos de Kichaka, permitiendo este acto. Los upakichakas atraparon a Draypadi y la ataron, colocándola en el féretro y diciéndole: "Lo justo es que te vayas con tu amante, no está bien que le abandones porque haya muerto. Debes seguirle a la morada de Yama a donde tú le has enviado."

Draypadi lanzó un gemido que podía oírse por todo el palacio, dijo:

—Oh, mis esposos, Jaya, Jayesha, Vijaya, Jayatsena, Jayatbala, por favor venid a ayudarme, los hermanos de Kichaka me llevan a la pira funeraria en los campos crematorios.

Quieren quemarme con Kichaka, ¿dónde estáis mis queridos esposos? Por favor, rescatadme de este destino.

Sus voces llegaron a los oídos de Bhima, quien gritando dijo:

—Estoy aquí y te he oído, yo cuidaré de ti.

Bhima se encontraba en una situación terrible. Cuando mató a Kichaka era de noche, entonces pudo actuar en la oscuridad sin ser observado por nadie, pero ahora era pleno día.

Sin embargo, tenía que ir, saltó la valla del palacio y corrió hacia la pira funeraria por el camino más corto. Llegó al lugar antes de que la procesión funeraria llegara allí.

Arrancó un árbol de cuajo y atacó a los upakichakas, tenía que acabar su trabajo antes de que nadie le reconociera. Bhima luchaba desesperadamente y su furia le dio nuevas fuerzas, golpeándoles a todos. Los upakichakas no esperaban algo así, no sabían que iban a ser atacados. Este ataque sorpresa fue demasiado para ellos y además, tenían el sentimiento de que no estaban luchando con un mortal, tenían miedo, así que Bhima los mató a todos. El lugar quedó sembrado con los cuerpos de los hermanos dé Kichaka. Bhima desató las cuerdas que ataban a Draypadi y le pidió que volviera al palacio. El regresó a sus aposentos, se bañó y se dirigió a su trabajo como si no hubiera pasado nada.

La ciudad estaba horrorizada por los acontecimientos que habían ocurrido. Todo el mundo miraba a Sairandhri como si fuera algo horrible. El rey le dijo a su esposa:

—Esta mujer es demasiado hermosa, todos los hombres se enamoran de ella en cuanto la ven y luego vienen sus maridos y matan a esos desdichados.

"Tengo miedo, es demasiado peligroso tenerla en nuestro reino. Debes decirle que no puedes tenerla aquí durante más tiempo y que tiene que buscar otro lugar donde alojarse.

Sudeshna fue al palacio y llamó a Draypadi. Le dijo: —Sairandhri, puedes irte a donde quieras, eres demasiado encantadora y tenemos miedo de tenerte con nosotros. Hechizas con la muerte a todo el mundo. Por tu culpa he perdido a mi hermano y a mis ciento cinco hermanastros. Eres una mujer cruel y has abusado del amor que te di; te has portado ingratamente conmigo. Te di una casa cuando la necesitabas, ahora puedes volver con los gandharvas de los que hablas, no puedo tenerte conmigo durante más tiempo. Draypadi le dijo:

—Mi reina, siento haberte causado tanta infelicidad, traté de evitar esta tragedia en todo lo que pude. Te dije muchas veces cuáles serían las consecuencias, pero ni tú ni tu hermano escuchasteis. Por favor, sopórtame otros trece días: sólo trece días. La maldición por la que están sufriendo mis maridos se acabará dentro de trece días. Entonces te dejaré y me marcharé. Te lo digo por tu bien y el del rey. Los gandharvas estarán agradecidos al rey por su bondad y por la tuya. Sé que te es odioso verme porque querías mucho a tu hermano y sé que nadie me quiere aquí; pero, por favor, soporta mi presencia trece días más. Más adelante te alegrarás de haber hecho esto.

Sudeshna tuvo que acceder a la apelación de aquella mujer y le dijo:

—Eres demasiado poderosa, estamos indefensos en tus ruanos. Apelo a tu ayuda, por favor no permitas que tus maridos nos destruyan. Yo amo a mi marido y mi felicidad está ahora en tus manos; debes protegernos. —Sudeshna enjugó sus lágrimas con su manto y se fue de la habitación.

XII

LA ASAMBLEA DE HASTINAPURA

Duryodhana había enviado espías a todos los países para que encontraran el escondrijo de los pandavas, mas su búsqueda resultó infructuosa. Uno tras otro fueron regresando a Hastinapura, donde se encontraba Duryodhana rodeado de sus hermanos, Radheya, Drona, Bishma y los hermanos Trigarta. —¡Mi señor! —dijeron los espías—, hemos buscado a los pandavas por todo el mundo y no hemos podido dar con ellos. Los buscamos en todos los bosques y tampoco les pudimos encontrar. También fuimos a Dwaraka y no pudimos localizarlos allí. Además hablamos con las gentes del lugar y nadie parecía saber nada de ellos. Tampoco se encuentran en Panchala.

Tenemos el sentimiento de que han muerto. Puedes disfrutar de este mundo sin que nadie se te oponga como rival. Durante nuestra vuelta por el mundo, llegó a nuestros oídos una noticia que se ha convertido en tema de conversación en todos los lugares; te interesará. Seguro que recuerdas a Kichaka, el jefe del ejército de los matsyas. Como sabes Kichaka había derrotado a los trigartas. Pues bien, Kichaka fue asesinado en mitad de la noche por un desconocido. Se dice que le mataron a causa de una mujer. Sus hermanos los upakichakas también fueron aniquilados por el mismo gandharva quien, según dicen, es el marido de esa mujer. Estas son las únicas noticias que hemos podido obtener. En cuanto a los pandavas, no hay rastro de ellos. No hay ningún signo que evidencie su existencia. Parecen haberse esfumado de la faz de la tierra.

Duryodhana, después de recompensarles por sus esfuerzos, hizo que se retiraran de su presencia y después de recapacitar unos instantes, dijo:

—Debemos intentar otra vez averiguar dónde han ido. Tenemos poco tiempo, pues en unos días finalizará su período de exilio y saldrán a la luz. Tenemos que encontrar su escondrijo. Si no lo logramos vendrán y reclamarán su reino. Enviaremos espías que sean más eficientes. Quizá como nos han dicho éstos, los pandavas hayan muerto. En cuyo caso sería magnífico.

Drona se levantó y dijo:

—Duryodhana, no albergues vanas esperanzas. Gente como Yudishthira y sus hermanos no pueden sucumbir a una muerte temprana, vivirán muchos años. ¿Por qué estás tan empeñado en localizar su escondrijo? Tú les hiciste ir de exilio al bosque con métodos nada limpios. Durante trece años has disfrutado de una riqueza que les pertenece. ¿Por qué no esperas a que acabe el año? Cuando ellos regresen y reclamen su reino, ¿por qué no se lo devuelves? Si lo haces, tu fama no tendrá fin.

Las palabras de Drona fueron seguidas por las de Bishma quien dijo:

—Lo que ha dicho este acharya es cierto. Los pandavas no pueden ser destruidos. No se les puede matar. Sé que mi consejo no os va a complacer ni a ti, ni a tu padre, pero aún así, hablaré. ¿Qué sentido tiene desperdiciar el aliento diciendo mil cosas? Lo resumiré todo en una sola frase: "Donde hay Dharma, hay victoria." Estás quemando tu energía intentando averiguar su paradero. Te daré una pista: dondequiera que viva Yudishthira, ese lugar será más próspero; no habrá lugar para que habite la envidia, ni rudas palabras de ira. La gente será temerosa de Dios, todos serán como Yudishthira y dondequiera que él more serán frecuentes las lluvias y las tierras tendrán excelentes cosechas. En su presencia las flores olerán más dulces y las frutas serán más jugosas y sabrosas. Allí las vacas darán leche más dulce y en esa tierra habrá siempre aires de fiesta. Así que si quieres averiguar donde se esconden los pandavas, envía a tus espías a buscar un país que reúna las glorias que te he mencionado.

Solamente me queda ahora una cosa por decir. Hasta ahora he hablado como un cortesano en presencia de su rey, mas ahora hablaré como abuelo del joven rey: Duryodhana, siempre has sido querido para mí. He estado de tu lado incluso cuando sabía que estabas equivocado. Pero ahora escúchame. Los pandavas ya han sufrido suficiente. Tú eres un príncipe y tienes naturaleza real. Si lo deseas puedes ser magnánimo con ellos. ¿Por qué no decides devolverles su reino? Al igual que ellos, tú ya no eres un joven. Ya pasaron los días de tu vigorosa juventud. ¿Por qué no dejas que transcurran en paz los últimos años que queden? Dicen que la edad suaviza las mentes de la gente. ¿No puedes acaso hacer que al finalizar estos trece años, finalice también esta disputa? ¿por qué te destruyes a ti mismo?

A Duryodhana no le agradaron sus palabras y frunciendo el ceño dijo:

—No, abuelo, ¡eso jamás! No puedo desistir en mi lucha contra los pandavas. Ellos son mis enemigos. No les devolveré su reino. Removeré cielos y tierra para averiguar dónde se esconden y los enviaré de nuevo al bosque por otros doce años.

Tras esto Kripa dijo:

—Duryodhana, resulta evidente para todos nosotros que has decidido suicidarte. Se acerca el tiempo en que los pandavas saldrán de su eclipse y dices que has decidido no devolverles su reino. Evidentemente, esto implica haber decidido la guerra, en cuyo caso, lo único que hay que hacer es empezar a reunir tu ejército desde este momento. Averiguar quiénes son tus amigos y quién te apoyaría en esta guerra que es inminente. Los iracundos pandavas serán como terribles serpientes venenosas. No tendrán miramientos contigo. Así que debes comenzar tus preparativos desde ahora mismo. Queda poco tiempo; debes reunirte personalmente con los reyes y pedirles que se pongan de tu lado. Debes conseguir que cada uno de tus amigos prometa estar junto a ti cuando lo necesites. Necesitarás toda su ayuda y más, pues ya conoces a los pandavas.

Duryodhana vio que eran muy sensatos los argumentos de Kripa y se sentó en silencio durante largo tiempo; luego, de repente, se levantó y mandó llamar a los espías que habían venido antes. Les hizo que volvieran a relatar con todo detalle la muerte de Kichaka. Duryodhana, cuando acabaron de contar toda la historia, les dijo que se retiraran y después de pensar durante unos momentos, dijo:

—Sí, debe ser eso. En todo el mundo se sabe que únicamente hay cuatro personas que son más grandes que el mismo Indra, en fuerza, bravura, valentía y poder físico. Os diré quiénes son: Balarama, Bhima, Salya y Kichaka. No hay nadie más. Estos cuatro son competidores que ostentan estas cualidades, están igualados en todo. De aquí se deduce que los pandavas están vivos, porque Bhima está vivo. Y sabemos que Bhima está vivo, porque es fácil deducir que Kichaka fue aniquilado por Bhima. Ninguna otra persona podría haber matado a Kichaka.

Considerar los hechos. Apenas hace un año llega al palacio de la reina de los matsyas una extraña mujer que habla de sus cinco maridos gandharvas. Cualquiera que tenga dos dedos de frente habría adivinado que esta mujer, esta Sairandhri, era Draypadi y ninguna otra. Ciertamente Draypadi es una bella mujer, eso no se puede negar. Y todos conocemos a Kichaka: nunca pudo resistirse a una mujer hermosa. Debió intentar hacer el amor con esta serpiente en forma humana que es Draypadi, y ella instigó a Bhima para que, disfrazándose de gandharva, asesinara a Kichaka. Nada puede explicar si no, la muerte del gran Kichaka. ¿Quién podría matarle en combate cuerpo a cuerpo sin ni siquiera utilizar armas? Solo puede haber sido Bhima. Además, fijaos en la forma en que le mataron; le aplastaron los brazos, las piernas y la barbilla contra el pecho. ¿No reconocéis en esto la técnica de nuestro amado primo? Es la forma de Bhima, es muy dado a esta técnica. El encuentro a medianoche en el salón de baile y el sigiloso asesinato demuestran que el secreto era su consigna, era esencial. La mujer y Bhima tenían mucho miedo de ser reconocidos. He aquí la descripción del cobarde asesinato de un hombre ingenuo enamorado de un monstruo. ¡Pobre desgraciado Kichaka! —Duryodhana continuó diciendo:— Ahora que lo pienso, todas esas descripciones que hacía nuestro amado abuelo cuando hablaba de cómo sería el país donde habitara Yudishthira, encajan con este reino de Matsya. Lo he podido deducir de lo que contaban estos ineptos espías. Ya hemos encontrado el escondrijo de nuestros queridos primos: Virata. Los pandavas están viviendo allí disfrazados. Vayamos inmediatamente al país de los matsyas e invadámoslo. Cogeremos todos sus rebaños, cuando el rey se encuentre en peligro seguro que los pandavas lucharán para ayudarle. Haremos salir a los pandavas como si fueran ratas; echando humo en sus ratoneras. Una vez hayan sido descubiertos antes de acabar su exilio de trece años, podremos enviarles al bosque por doce años más. Nuestro plan ya está elaborado. Por favor, haced todos los preparativos para atacar Matsya. Esta es nuestra sugerencia. Si hay alguna proposición mejor que ésta, nuestros oídos están ansiosos de escucharla.

Susarma, el rey de los trigartas, que había estado haciendo comentarios con Radheya y Dussasana, tomó la palabra y dijo:

—Mi señor, siempre he sentido animadversión hacia este reino de Matsya, pero con la ayuda de Kichaka, el rey de los matsyas me ha derrotado una y otra vez. Ahora que Kichaka ha muerto me será fácil invadir el reino y capturar todos los ganados del rey. Su reino es ciertamente rico. Ahora el rey de Virata está completamente indefenso, ya que Kichaka, el jefe de su ejército, ha muerto. Quiero unirme a ti en tu expedición contra el reino de los matsyas. Te seré de una ayuda inmensa en este ataque contra Virata.

Radheya dijo:

—Susarma tiene razón. Si se me permite hacer una sugerencia, dividamos en dos nuestro ejército combinado e invadamos el país de nuestros enemigos desde dos direcciones diferentes. Así podremos estar seguros de nuestra victoria. Duryodhana escuchó a ambos y dijo:

—Dussasana, reúne nuestro ejército, queda muy poco tiempo. Deja que nuestro honorable abuelo, Kripa, Drona y Aswatthama dirijan nuestro ejército. Yo mismo y Radheya, junto con Sakuni, estaremos allí sin falta y también tú con tus hermanos. Dejad que Susarma vaya allí mañana con su ejército y les ataque llevándose todos sus rebaños. El atacará el lado sur de Virata. El rey, por supuesto, defenderá sus rebaños y los pandavas vendrán en su ayuda.

Nosotros, los kurus, llegaremos a las afueras de la ciudad y al día siguiente del ataque de los trigartas, iremos y nos apoderaremos de los rebaños de la parte norte de la ciudad. Así podremos tener éxito en todas nuestras empresas: la conquista del reino de los matsyas, la obtención de todos sus ganados y el desenmascaramiento de los pandavas. Así pues, queda decidido que Susarma ataque Virata el octavo día después de la luna nueva y nosotros lo haremos el noveno día. Disolvamos ahora la asamblea.

La sala de consejo quedó vacía y con una celeridad febril comenzaron los preparativos para la invasión de Virata. Susarma se dirigió a su ciudad a reunir a su ejército. El corazón de todos estaba lleno de emoción.

XIII

LOS TRIGARTAS ATACAN VIRATA

Las vacas de Virata estaban siendo robadas, y los pastores no podían hacer nada para protegerlas, pues el asalto había sido repentino. Se estaban llevando las vacas delante de sus propios ojos sin que pudieran hacer nada. Estaban indefensos contra la lluvia de flechas y lanzas que les arrojaban, así que dejaron los establos y corrieron a la corte del rey ante quien se lamentaron diciendo:

—Mi señor, ven a ayudarnos. Han entrado enemigos en la ciudad y se han llevado todas las vacas de los establos. Inmediatamente después de oír esto, el rey reunió un gran ejército y fue en busca de los ofensores. Era un ejército compuesto de elefantes, caballos, carros y soldados de a pie. El rey también tenía a sus hermanos Satanika, Madirasma y Suryadatta para ayudarle. Viresanka, el hijo mayor de Virata, también se preparó para ayudar a su padre.

Todos ellos, vestidos con espléndidas cotas de malla, se dirigieron a luchar contra el enemigo.

Cuando trajeron los caballos para el carro real, Yudishthira se acercó al rey y le dijo:

—Entre mis diversas habilidades, luchar es una de ellas. Conozco el arte de la lucha, ya sea en un carro o a la grupa de un caballo. Valala, este cocinero tuyo, es también un gran luchador, al igual que estos dos hombres que guardan tus caballos y tus vacas. Si lo permites, nos prepararemos para luchar contra tu enemigo y así ayudarte.

El rey, contento de contar con la ayuda de estos hombres, llamó a Satanika y le dijo:

—Consigue armas y carros para estos cuatro hombres.

Kanka dice que son buenos luchadores. Apresúrate equípales para la lucha.

Todos estaban preparados y Yudishthira sintió que estaba haciendo lo correcto, pues era lo justo que correspondieran a la bondad del rey que les había dado un techo durante los últimos meses; además, también sabía que el rey iba a necesitar de su ayuda pues el enemigo era Susarma, el trigarta, cuya fama era grande. Yudishthira ya había oído habla de él por boca de Arjuna.

El ejército dejó la ciudad y se dirigió hacia el campo de batalla. Comenzó la lucha. Los hermanos trigarta eran unos luchadores muy poderosos. Si Kichaka hubiera estado vivo habría derrotado a su ejército fácilmente, pero sin él el rey se encontró con un formidable enemigo. El campo y estaba sembrado de soldados muertos. Fue una gran fortuna que los cuatro pandavas se hubieran ofrecido para ay dar a Virata, pues combatían como el fuego devorando un bosque, por dondequiera que pasaban les seguía la destrucción. A Susarma le sorprendió que Virata estuviera ofreciendo tanta resistencia a su asalto y estaba asombrado de la manera tan excelente en que estaba luchando el ejército de los atsyas. Yudishthira se había hecho cargo de todo el ejército. Lo había dispuesto en una falange en forma de águila. El ocupaba la cabeza; Nakula y Sahadeva guardaban las alas y Bhima estaba en la cola. De esta forma podían atacar al enemigo muy eficazmente. Yudishthira aniquiló a miles de soldados.

Bhima mató el doble mientras que los gemelos eran todavía más terribles, pues el número de las víctimas de Nakula eran tres veces más que las de Yudishthira, y las de Sahadeva eran cuatro veces más. Satanika estaba emocionado de ver la excelente ayuda que le proporcionaban los pandavas y él también combatió bien. Virata se movía con rapidez cortando el camino al ejército enemigo, cual hoz que siga un campo de maíz. Se encontró con Susarma y se produjo un duelo singular entre ambos. El polvo que se levantaba de la tierra cubría el campo de batalla y casi ocultaba la luz del sol, por lo que todo el campo quedó oscurecido. Susarna el trigarta, aprovechando la repentina oscuridad que cayó sobre el campo, capturó al rey de los matsyas. El arco de Virata quedó partido en dos y Virata estaba indefenso. Una vez capturado, le sacaron de su carro y le llevaron al de Susarna. La oscuridad fue desapareciendo y los soldados vieron que su rey había sido capturado. Cundió el pánico entre ellos y todos empezaron a huir del campo de batalla.

Yudishthira, viendo lo que ocurría, dijo a Bhima:

—El rey ha sido capturado por Susarma, el cual cree que el rey está indefenso. Quiero que vayas a rescatar a Virata. A lo que Bhima dijo:

—Seguro, ese tonto no se imagina quiénes protegen al rey. Por supuesto, iré a rescatar al rey.

Dicho esto, Bhima, viendo un árbol cercano intentó arrancarlo de raíz, pero Yudishthira sonriendo le dijo:

—Por favor, Bhima, no hagas eso. No hagamos nada por lo que podamos ser reconocidos. Si usas tu técnica, estoy seguro de que Susarma adivinará quién eres. Lucha como los demás y lleva a cabo tu tarea. ¡Deja ese árbol en paz!

Bhima, riéndose a carcajadas, dijo:

—Tienes razón, mi señor, allá voy.

Bhima y sus hermanos Nakula y Sahadeva subieron a sus carros y se dirigieron apresuradamente en busca de Susarma. Yudishthira les siguió y los cuatro desafiaron al trigarta. Virata, al ver a los cuatro guerreros combatió con vigor renovado y levantando su maza luchaba con Susarma dentro del mismo carro. Antes de que se quisieran dar cuenta Bhima ya había saltado al carro de Susarma el trigarta y le acosaba diciendo:

—Has estado atacando a nuestro rey y a nuestros rebaños, has herido a los pobres inocentes que guardaban el ganado y sin ningún motivo ni provocación por nuestra parte has provocado la guerra contra los matsyas. ¿No debería acaso matarte por esto?

Bhima le derrotó fácilmente dejándole inconsciente y le ató de pies y manos. Luego liberó a Virata y llevando a Susarma a su propio carro le trajo ante Yudishthira, quien riéndose de su víctima dijo a Bhima:

—Suelta al pecador.

Pero Bhima no lo hizo y dijo:

—Susarma, si tienes deseo de vivir, debes admitir delante de toda esta gente, de tus soldados y de los nuestros, que eres un esclavo de nuestro rey. Esas son las normas de la guerra y debes seguir las reglas.

Yudishthira sonriendo a su hermano le dijo:

—Déjalo, no continúes insultándole. Desde que ha sido derrotado, él ya es un esclavo. No le humilles pidiéndole que lo admita, suéltale.

Susarma, con el rostro encendido de vergüenza, se retiró de su presencia. Habían recuperado el ganado y habían derrotado al enemigo. Virata estaba muy complacido con los cuatro pandavas y pasaron la noche en las tiendas de campaña que levantaron en el campo de batalla.

Virata no encontraba palabras para alabar a Yudishthira y dijo:

—No sé cómo voy a recompensaron por vuestra ayuda. Fuisteis vosotros cuatro quienes ganásteis hoy esta guerra para mí. De no ser por vuestra oportuna intervención, hubiera sido yo la víctima de Susarma. Os daré todo lo que poseo. Decidme cómo puedo pagaros.

Yudishthira dijo:

—Estoy contento de que te hayamos sido de ayuda. Lo que hicimos era nuestro deber. Tú nos has ayudado durante todos estos meses y esto fue solamente nuestra

forma de demostrar nuestra gratitud. No tienes que pagar nuestra "bondad", como tú te complaces en llamarla, pues no hemos hecho nada extraordinario.

Virata, sin embargo, no estaba satisfecho y quería darles todo lo que poseía y dijo:

—Cuando pienso en el valor de Valala, no tengo palabras para expresarme. Debo recompensarle.

Yudishthira le dirigió dulces palabras y le pidió al rey que enviara mensajeros a la ciudad anunciando su victoria y también encargó que se hicieran los preparativos para la entrada triunfal del rey en la ciudad. Pasaron una noche muy feliz en el campo de batalla. Y después de haber salido el sol, decidieron encaminarse a la ciudad.

XIV

UTTARA KUMARA, EL JOVEN PRINCIPE

Según habían programado, los kurus atacaron la ciudad por el lado norte al día siguiente del ataque de los trigartas. Los pastores, que habían sido tomados por sorpresa sin poder defender las vacas, se apresuraron a ir al palacio a contar lo sucedido. Entraron al palacio mas no encontraron a nadie, más que al joven hijo de Virata, llamado Bhuminjaya y más conocido por el nombre de Uttarakumara. Los pastores fueron a él y le contaron el estrago que había causado el asalto de los kurus y le dijeron:

—Tu padre ha salido a combatir contra el ejército de los trigarta. Ahora tú debes venir a socorrernos y ayudarnos a recuperar nuestras vacas. Por favor, prepárate para luchar; no te demores pues los enemigos ya se han alejado bastante. Tendrás que darles alcance y traer las vacas de vuelta. El rey cree que tú eres merecedor de un padre como él, así que, por favor, ven inmediatamente. A ti te gusta tocar la vina, pero ahora déjala a un lado y empuña la vina llamada arco y toca dulces notas en la cuerda de este arco para sembrar con tu música el miedo en los corazones del enemigo. Por favor, ¡apresúrate!

El príncipe, que estaba sentado en medio de las mujeres del palacio, dijo:

—Ciertamente, iré ahora mismo y atacaré a los enemigos. Cogeré mi poderoso arco y destruiré enteramente las huestes de los kurus, pero ahora me encuentro en una situación terrible, pues no dispongo de ningún conductor para mi carro que esté lo suficientemente preparado como para introducir mis caballos en medio de las filas enemigas. Todos sabéis que tener un buen auriga supone tener ganada media batalla. Sin él, pocas posibilidades tengo de ganar la batalla. Debe ser una persona capacitada y estar acostumbrado a conducir el carro de un héroe como yo. Mi propio auriga fue recientemente aniquilado en la gran guerra en la que combatí durante veintiocho días y veintiocho noches. Os pido a todos que me consigáis inmediatamente un buen conductor. Por lo demás, no me preocupan los enemigos. Si tengo un buen auriga, podría batirme mano a mano con Bishma, Drona, Kripa, Aswatthama y Radheya.

Eso no me preocupa lo más mínimo. Puedo aniquilarlos a todos y rescatarlas vacas en apenas un instante. La gente que me vea luchando dirá: "¿Es éste Arjuna? Pues nadie sino él podría luchar así." Estoy seguro de eso. Por favor, conseguidme inmediatamente u buen carro.

Draypadi, que estaba allí junto con las otras mujeres, no podía soportar oír la fanfarronería de este príncipe que pretendía igualarse a Arjuna. Arjuna contempló s ira y sonrió para sí mismo. Se las apañó para estar unos momentos a solas con ella y le dijo:

—He visto cómo te enfurecías y te agradezco mi precio por mí, mi dulce reina. Ahora debes ir a ver a Uttaraa, la princesa, y decirle que Brihannala fue el conductor del carro de Arjuna cuando éste luchó con Indra en el incendio del bosque Khandava. Dile que puede ir y decirle esto a u hermano. Háblale de la grandeza de Brihannala. Pídele cine me proponga a mí como el conductor del carro del príncipe. Veremos que es lo que él hace después.

Draypadi hizo lo que Arjuna le dijo y dirigiéndose a la princesa Uttaraa le dijo:

—Dice tu hermano que no puede luchar ya que cree que no hay nadie suficientemente capacitado para conducir sus caballos. —Pues bien, yo sé de alguien que puede hacerlo:

Brihannala es un buen conductor. Sé que fue él quien condujo el carro del mismísimo Arjuna cuando éste luchó contra Indra durante el incendio del bosque Khandava. Por eso pudo Arjuna derrotar a Indra. Conozco la bravura de Brihannala y si él toma las riendas de los caballos de tu hermano nadie podrá derrotarle. Todos los enemigos serán abatidos. Todos los kurus, devas y gandharvas serán aniquilado fácilmente.

De eso puedes estar segura. Por favor, dile a tu hermano que tome a Brihannala como su auriga.

La princesa se puso muy feliz y se apresuró a ir ante su hermano a quien dijo:

—Mi querido hermano, ya puedes prepararte para la lucha, pues he encontrado un conductor seguro para tu carro. Sairandhri me ha dicho que nuestro maestro de danza, Brihannala, es la persona que buscamos. Sairandhri dice que Arjuna ganó la batalla contra Indra teniendo a Brihannala como el conductor de su carro. Apresúrate, hermano; prepárate.

Después de oír esto, Uttarakumara llamó a Sairandhri ante su presencia, la cual le habló de Brihannala, de quien ella prodigó mil alabanzas. El príncipe respondió:

—Brihaunala no es hombre ni mujer. ¿Cómo yo, que soy un puro kshatrya, puedo tener a una mujer como conductor de mi carro? No creo que sea lo correcto. Estaría por debajo de mi dignidad tener a una mujer al mando de las riendas de mis caballos. Tendré que abandonar la idea de luchar. Sairandhri dijo:

—Quizá tengas razón, pero en una emergencia como ésta, no debes quedarte en pequeños detalles. Tu padre ha salido a luchar y durante su ausencia ha surgido esta emergencia.

Depende de ti, que eres un verdadero kshatrya, el comportarte como un hijo digno del padre que tienes. Estos pequeños detalles no se deben considerar en ocasiones como ésta. Por favor, llama al auriga Brihannala para que se persone ante ti.

Uttarakumara tuvo que acceder. Su hermana permanecía de pie a su lado orgullosa de él y de su inminente combate con el ejército kuru. El se dio cuenta que estaba siendo considerado como un héroe por todas las mujeres y tuvo que mantener esa imagen, así que pidió a la princesa que llamara a Brihannala. Al rato entró Arjuna en el salón con pasos temblorosos.

Parecía como si fuera a desmayarse de timidez. Uttarakumara le dijo:

—Sé por Sairandhri que tú fuiste el conductor del carro de Arjuna y ella dice que tú eres el mejor de todos los aurigas. Matali el auriga de Indra. Daruka el de Krishna y Sumantra el de Dasaratha son insignificantes si se los compara contigo.

Eso es lo que dice Sairandhri. Quiero que tú seas el conductor de mi carro pues debo ir ahora a combatir contra las huestes del ejército kuru. Por favor, prepárate.

Arjuna sonrió tímidamente y dijo:

—Mi señor ¿qué puedo saber yo de lucha? Únicamente sé cantar y bailar. Temo que no pueda hacer nada para ayudarte.

Uttarakumara le respondió:

—Sairandhri me ha dado una versión diferente de tus habilidades. No queda tiempo para modestias. Prepárate; debo partir inmediatamente hacia el campo de batalla.

La princesa trajo para Arjuna un vestido brillante como el sol. El simulaba no saber cómo ponérselo e hizo tantas burlas de sí mismo en sus intentonas de ponerse el traje, que todas las muchachas del salón se reían de él. Las carcajadas retumbaban en los oídos de todos.

Por fin, exasperado, el mismo príncipe vino y con sus propias manos puso la armadura a Brihannala. Esto era lo que quería Arjuna. No vestirse por sí solo, por lo menos cuando tuviera que salir a luchar. Luego dijo a Uttarakumara:

—Estoy listo, mi señor, te llevaré donde tú quieras ir. Puedes combatir contra los kurus cuerpo a cuerpo. Estoy esperando contemplar el glorioso espectáculo. Partamos, mi señor.

Se despidieron afectuosamente de todos los presentes. El carro iba a traspasar las puertas de palacio cuando la princesa Uttaraa corrió y dijo:

—Brihannala, cuando regreses, no olvides traerme bellas sedas y prendas de los enemigos, una vez los haya derrotado mi hermano.

Arjuna sonrió y le dijo:

—No lo olvidaré, mi pequeña princesa. Prometo que te traeré las bellas sedas que visten los héroes kurus.

Tras esto se pusieron en marcha hacia la dirección en que se habían ido los kurus llevándose los rebaños.

XV

ARJUNA Y EL JOVEN PRINCIPE

Uttarakumara dijo: —¡Apresúrate! Estoy impaciente por encontrarme con los enemigos que han osado invadir nuestra ciudad mientras mi padre estaba fuera. Sin duda alguna pensaron que ya no quedaban héroes en Virata; ahora verán.

Dicho esto, se dirigieron hacia el área enemiga. Arjuna conducía el carro velozmente en dirección a las afueras de la ciudad donde se levantaban las piras funerarias y no cesaba de sonreír para sí mismo. Cuando ya habían recorrido una distancia considerable, llegó a sus oídos un gran estruendo que se asemejaba al rugido del océano en las noches de luna llena. Uttara, al oírlo, preguntó:

—Brihannala, ¿qué es ese ruido? A lo cual respondió Arjuna:

—Mi señor, este es el clamor del ejército de los kurus, con el que hace apenas unos instantes querías encontrarte y aniquilarlo. —El carro se acercó más y Uttarakumara pudo ver al ejército con más detalle. Se quedó mirándolo boquiabierto, con los ojos desorbitados y mudo de terror. Se le había secado la lengua y se sentía como ahogado. Arjuna, como si no ocurriera nada, continuó diciendo:— Te he traído al lugar en donde puedes ver al ejército de los kurus, formado delante de ti. Mira, mi señor, allí en aquel caballo blanco está Duryodhana, el monarca de los kurus. Contempla su espléndida figura. A su lado, montando un caballo gris, verás a su querido hermano Dussasana. ¿Ves ése que se acerca a ellos en ese bello corcel marrón? observa la hermosura de su rostro, contempla su ancho, hermoso pecho. Su nombre es Radheya, el amigo más amado de Duryodhana. Es el más grande de los arqueros del ejército de los kurus. Duryodhana cree que en lo que respecta a Arjuna, es como si estuviera muerto, pues Radheya ha jurado matarle en la guerra que muy pronto tendrá lugar. Mira en la otra dirección. ¿Ves el sol de la mañana atrapado en el círculo de joyas de una corona? Es Bishma, el gran veterano, quien la lleva. El es el rey sin corona de todo el país de los kurus, es más, renunció a su derecho al trono. De no haber sido por esto, la historia de los kurus hubiera sido otra. A su lado se encuentra Drona, el preceptor de los kurus y de los pandavas. Cerca de él está su hijo Aswatthama. Incluso desde aquí se puede ver resplandeciente la joya que brilla sobre su frente. El es más grande que el mismo Arjuna. Ahora puedes ya combatir contra todos ellos cuerpo a cuerpo. Ven, vayamos rápidamente hacia el campo de batalla.

Uttarakumara miró al ejército. Sus nervios empezaron a fallarle y sus rodillas temblaban. Sus cejas estaban empapadas de espesas gotas de sudor. Miró a Arjuna y, con lágrimas en los ojos, le dijo:

—Estoy aterrorizado con sólo ver este ejército: es inmenso. El ver a los héroes kurus ha apagado mi ánimo. Todos ellos son invencibles. puedo verlo. ¿Cómo podría yo luchar contra estos grandes guerreros cuerpo a cuerpo? El mismísimo Indra se llenaría de terror al ver este espantoso ejército. Todos ellos son maestros consumados en el arte de combatir. ¿Cómo puedo luchar yo contra ellos? Todo mi cuerpo arde y me siento desfallecer. Mi padre se ha llevado todo su ejército para luchar contra los trigartas. Me ha dejado solo y apenas soy un muchacho. ¿Cómo puedo yo luchar contra los kurus? Por favor, demos la vuelta. Si continúo contemplando este ejército por más tiempo, creo que me desmayaré. Por favor, llévame de vuelta a la ciudad. He decidido que no voy a luchar.

Arjuna se rió de él y le dijo:

—Me pides que regresemos porque te aterroriza ver a los enemigos, pero apenas hace anos instantes me dijiste: "Llévame rápidamente al campo de batalla." Mi querido príncipe, hazme caso, no temas a los kurus: no son tan poderosos como aparentan. Tú podrías derrotarlos fácilmente. Conduciré tu carro sin dificultad a través de sus filas. Tú eres el hijo de un guerrero, eres el sobrino de Kichaka, el cual era un gran hombre, era el jefe de tu ejército.

Algo de su bravura tiene que haber en tus venas. No debes desanimarte tan fácilmente. Se te pueden presentar infinidad de dificultades, pero si te enfrentas a ellas una a una, verás que después de todo, no son insuperables. Anímate, te conduciré a las filas enemigas. Esta acción te acarreará fama duradera. Recuerda lo que dijiste en presencia de tu hermana y de las demás mujeres cuando estabas en el palacio de tu padre. Te fuiste de la ciudad con una pomposidad tal, que si ahora regresas así del campo de batalla, se avergonzarán de ti. No debes retroceder, debes luchar; no voy a dejarte marchar. Si vuelves sin haber luchado, todos se burlarán de ti y de tu cobardía. Veo que me he equivocado contigo; salí a conducir tu carro porque Sairandhri me lo pedía y porque me cautivaron tus valientes palabras. ¿Por qué tienes miedo de este ejército? Ni siquiera yo, siendo mujer, siento miedo alguno. ¿Por qué tú sí? Te ruego que no cubras de vergüenza el nombres de los matsyas negándote a lucha. Vamos, sé valiente y sin duda alguna derrotarás a los kurus.

Uttarakumara no escuchaba. Le dijo:

—Nada me importa; Brihannala, tú no puedes comprender mis sentimientos. Dejémosles que se lleven todas nuestras pertenencias, rebaños y riquezas. Que el mundo se ría de mí, no me importa. Deja que los kurus se adueñen de todas nuestras vacas, ¡qué se las lleven! En lo que a mí respecta, no pienso volver. No voy a escucharte; voy a regresar a la ciudad.

Uttarakumara saltó del carro y comenzó a correr en dirección a la ciudad. Arjuna se enojó mucho al ver esto y le dijo: —Esto no es digno de un príncipe. Tú eres un

kshatrya. No cubras de deshonor a los tuyos. En el campo de batalla es mejor la muerte que la huida.

Las palabras de Arjuna se perdieron en el vacío, pues Uttarakumara corría tan deprisa como podía.

Arjuna saltó del carro y con su capa roja y sus largos cabellos' flotando en la brisa, corrió tras el huidizo muchacho. La tierra resonaba bajo sus firmes y rápidos pasos.

Mientras sucedía todo esto, ya se habían acercado demasiado al campo de batalla, de forma que podían ser vistos por los enemigos. Los soldados contemplaban todo lo que ocurría.

Vieron primero un carro solitario que venía de la ciudad. Luego vieron a un joven huyendo de la lucha y una persona extrañamente ataviada que corría tras él. En total asombro, contemplaban aquella escena y su interés iba en aumento. Los soldados hablaban entre ellos y se preguntaban: "¿Quién será ese muchacho que ha saltado del carro y huye despavorido? ¿Y quién será esa otra persona que va ataviada de forma tan extravagante?" Todos seguían mirando cuando Drona, fijándose bien en lo que ocurría, dijo:

—Va vestido como una mujer, pero es un hombre, y el muchacho huye porque tiene miedo, eso es evidente. La persona que le persigue parece que intenta obligarle a que regrese a —la lucha. Va vestido igual que una mujer, pero, ¡esperad un momento!, su figura me resulta familiar... se parece mucho a Arjuna. Tiene la misma cabeza y el mismo cuello. Incluso desde una distancia como ésta, puedo reconocerle. Nadie más que él podría tener unos brazos tan bellos. Los conozco. Mirad esos anchos hombros y ese amplio pecho. Es Arjuna, no puede ser otro. Nadie sino él tendría valor suficiente para enfrentarse solo a todo un ejército.

Radheya, que estaba escuchando las palabras de Drona, dijo:

—En la ciudad de Virata, tuvieron que irse todos los soldados con su rey a luchar contra Susarma. Únicamente se quedó atrás el hijo del rey. Debía estar desesperado y tuvo que valerse de un eunuco para que condujese su carro al campo de batalla, ciertamente admirable. Llegaron hasta donde empiezan las filas enemigas, y, viéndolas, es evidente que el pobre chico perdió los nervios, no le culpo. Así que saltó del carro y ahora huye tan rápido como puede. El conductor del carro está todavía más nervioso que él. Corre tras el muchacho, e incluso más rápido, porque no quiere quedarse solo. Eso es lo único que ocurre. No veo ninguna razón por la que deba mencionarse el nombre de Arjuna.

Kripa dijo:

—Drona está en lo cierto. Es Arjuna. Es él quien persigue al muchacho. Le va a traer de vuelta a la lucha. Por lo que hacen deduzco que está planeando que el muchacho sea el conductor del carro y ser él mismo quien luche.

Duryodhana, irritado por esta charla, dijo: —¿Qué importancia tiene que sea Arjuna o Krishna, o que sea el mismo Bhargava? Nadie podría enfrentarse con nosotros. Incluso aunque sea alguien que tenga forma de mujer, le atravesaré con mis flechas afiladas si osa enfrentarse conmigo.

Mientras se desarrollaba esta conversación, Arjuna corría tras Uttarakumara y por fin le dio alcance, agarrándole de los cabellos. De nada valían las súplicas del príncipe. Arjuna no iba a dejarle marchar y llevándole a rastras le dijo:

—No debes huir, además yo no te dejaré marchar. Si tienes miedo de luchar sé entonces el conductor de mi carro; ponte en mi lugar y toma las riendas, yo seré quien luche.

Puedes confiar en mí, yo te cuidaré. Nadie podrá hacerte daño estando yo aquí. Eres un kshatrya. Recuérdalo; nunca debes huir del campo de batalla.

Arjuna logró que el joven príncipe saliese un poco de su temor, logró que tomara las riendas y él mismo se sentó dentro del carro. Arjuna, que quería disponer de su gandiva y de sus flechas, hizo que Uttarakumara guiara la carroza en dirección al árbol Sami, donde había dejado escondidas sus armas.

Augurios maléficos reinaban en las filas del ejército kuru. Augurios que aseguraban su derrota. Drona, acercándose a Bishma, le dijo:

—Mi señor, estoy seguro de que es Arjuna quien está en esa carroza.

Le habló usando un lenguaje de claves, pues se arrepintió de haber hecho antes aquella impulsiva declaración afirmando que era Arjuna; no quería que Arjuna fuera reconocido por los otros. No quería que le descubriesen. Por eso le habló a Bishma en claves, y éste le respondió de la misma manera, diciéndole:

—Ya sé a qué te refieres. Puedo asegurarte que no tienes por qué preocuparte. Ya ha pasado el tiempo límite del que hablábamos el otro día en la corte. Ya no tienes por qué estar nervioso. Los pandavas están ya a salvo. Lo sabía incluso cuando estábamos discutiéndolo en la corte, pero no quise decirlo. Quiero que Duryodhana aprenda una lección y que se dé cuenta de que los pandavas no son un oponente tan fácil. Esta lección le será beneficiosa y le prevendrá de la inmensa tragedia que amenaza con materializarse sobre él. Drona, sintiendo un gran alivio en su corazón, dijo: —Duryodhana, estoy seguro de que es a Arjuna a quien veo, seguro que es él. Aunque se ha disfrazado, puedo reconocerle. Es Arjuna, el arquero que no tiene quien le iguale en todo el mundo, conozco a mi Arjuna desde que tenía trece años.

Mientras contemplaba a su amado discípulo, las lágrimas cegaban los ojos del anciano Drona, que continuaba elogiando a Arjuna y sus rápidos progresos. Aquello llegó a excitar la ira de Radheya, quien dijo:

—Siempre estás alabando y cantando las glorias de Arjuna. El no es ni la dieciseisava parte de lo maravilloso que puede ser nuestro rey o yo mismo.

Duryodhana dijo:

—Si este es Arjuna, nuestro propósito ya se ha cumplido. Ya podemos enviar a los pandavas de vuelta al bosque por un período de otros doce años. Y si es un eunuco con forma de mujer, le atravesaré con mis flechas.

Bishma, Drona, Kripa y Aswatthama apreciaron aquellas valerosas y encendidas palabras del rey.

XVI

EL ARBOL SAMI

Mientras tanto Arjuna había llegado al árbol Sami. Ya se había dado cuenta que el pobre príncipe era demasiado delicado y estaba demasiado nervioso para luchar. Le miró amablemente y le dijo:

—Quiero que subas a este árbol. Sobre el árbol hay un arco poderoso llamado el gandiva.

El arco que tengo ahora no es suficientemente poderoso. Las armas que has traído son demasiado débiles para la lucha que tengo que emprender. Por lo tanto debes subirte a este árbol y conseguirme las armas de los grandes pandavas que las han guardado ahí. Apresúrate y sube al árbol.

El príncipe miró a la copa del árbol y dijo:

—Sólo puedo ver un cadáver colgando de la rama más alta. Tú sabes que soy un kshatrya, ¿cómo puedo tocar un cadáver? Brihannala, por favor, no me hagas hacer estas cosas. No debo tocar un cadáver. No es bueno para mí.

Arjuna se rió de él y le dijo:

—Ya sé que eres un kshatrya. Perteneces a una gran casa. No insultaré a tu alto nacimiento, no tengas miedo, no es un cadáver. Las armas de los pandavas están escondidas dentro de ese envoltorio que parece un cadáver. Por favor bájalo del árbol.

Uttarakumara trepó al árbol y cortó la soga que ataba el envoltorio a la rama del árbol y luego bajó. Siguiendo las órdenes de Arjuna abrió el envoltorio. Su reacción fue de total asombro cuando vio las armas de los pandavas, parecía que habían mil arcoiris ante sus ojos, así de maravilloso era el brillo que desprendían.

Uttarakumara miró a Arjuna y vio que salían lágrimas de sus ojos. El, sin embargo, no podía compartir los sentimientos que ahogaban a Arjuna. Contemplando aquellas portentosas armas, Uttarakumara se sintió sobrecogido por un temblor y un miedo terrible, incluso le daba miedo mirarlas. Finalmente reunió suficiente coraje como para mirar a Arjuna y poder hablarle. Le dijo:

—Brihannala, ¿es eso un arco o una serpiente viva? Estos arcos brillan como el sol y el fuego. Nunca antes he visto armas como éstas. Son preciosas. ¿Puedes decirme de quién son?

Por favor, cuéntamelo.

Arjuna se había repuesto y le dijo:

—El arco que has tocado primero pertenece a Arjuna y es famoso en todo el mundo con el nombre de gandiva. Es el único arco de este tipo en el mundo. Da fama eterna a la persona que lo posee. Primero perteneció a Brahma durante mil años. Luego lo tuvo Indra durante cinco mil años. Después lo tuvo Varuna, señor de los océanos. Agni, el señor del fuego, se lo pidió a Varuna y se lo dio a Arjuna cuando quemó el bosque de Khandava. Desde entonces ha sido de Arjuna durante todos estos años. Este otro arco decorado con oro y piedras azules pertenece a Bhima. Este es el arco que conquistó a todos sus enemigos en el gran Rajasuya.

Este otro arco de resplandor rojizo por el brillo del oro y los muchos rubíes incrustados en él, pertenece a Nakula, el hijo de Madri. Este arco incrustado de oro y esmeraldas pertenece a Sahadeva. Ese arco tan bello, con pequeñas campanillas que resuenan con la brisa, pertenece a Yudishthira, el mayor de los pandavas. Mira, estas flechas pertenecen a los pandavas. Puedes ver que todas llevan monogramas. Esta aliaba y aquella otra son de Arjuna, se las dieron junto con el gandiva y tienen la cualidad de que nunca se quedan vacías. Estas son las armas de los pandavas. Las

dejaron aquí cuando se fueron al treceavo año de su exilio, el año que tenían que pasar escondidos.

Uttarakumara se quedó mirando las armas durante largo rato con los ojos desmesuradamente abiertos y sin poder decir nada, después de cierto tiempo dijo: —¿A dónde han ido los pandavas dejando sus queridas armas? Oímos que abandonaron el Kamyaka y Dwaitavana después de haber pasado allí doce años. Desde entonces no se les ha visto en ninguna parte. Después de eso no se ha sabido nada de ellos. ¿Dónde están? ¿Puedes decirme dónde están ahora?

Arjuna sonrió dulcemente y le dijo:

—Escúchame, Uttarakumara, todos los pandavas están en Virara. —Arjuna sonrió de nuevo provocando que el completo asombro volviese a reflejarse en la expresión de la cara de Uttarakumara. Le dijo:— Yo soy Arjuna. Kanka, el compañero de tu padre, es Yudishthira. Tu cocinero Valala, es Bhima. Damagranthi, el que está a cargo de tus caballos, es Nakula; y Tantripala, el jefe de los vaqueros, es Sahadeva. Sairandhri, quien fue la causa de la muerte de Kichaka, es Draypadi.

A Uttarakumara le llevó algún tiempo salir de su asombro, luego dijo:

—Dime tus diez nombres y cómo los conseguiste. Arjuna le dijo:

—Mis diez nombres son: Arjuna, Phalguna, Jishnu, Kiriti, Swetavahana, Bhibhatsu, Vijaya, Partha, Savyasachi y Dhananjaya. Me pusieron el nombre de Dhananjaya cuando conquisté a todos los reyes durante el Rajasuya, recolectando riquezas de todos ellos.

Siempre lucho hasta el final y nunca vuelvo sin haber logrado la victoria, por eso me llaman Vijaya. Los caballos que me regaló Agni son blancos y por eso me llaman Swetavahana.

Indra, mi padre, me dio una hermosa corona cuando estuve con él, es por eso por lo que me llaman Kiriti. Nunca asusto a mis enemigos por maldad, nunca he luchado valiéndome de medios deshonestos para ganar ninguna batalla, por eso me llaman Bhibhatsu. Puedo usar igualmente las dos manos para lanzar mis flechas, y por eso me llaman Savyasachi. Mi complexión es fuerte y esbelta como la del árbol Arjuna y soy un hombre sin tacha, por eso se me llama Arjuna. Nací en una pradera a los pies de las colinas de los Himalayas, en un lugar llamado Satasringa y aquel día la estrella Uttara Phalguna estaba en evolución ascendente, por eso me dieron el nombre de Phalguna. Se me llama Jishnu porque no tengo miedo y soy terrible cuando me enfado. He hecho el juramento de que destruiré a la persona que hiera a mi hermano Yudishthira y derrame su sangre. Le destruiré a él y también a sus hombres. Nadie me puede vencer. Mi madre se llama Pritha, y, como hijo suyo, soy Partha. Ya has oído mis nombres. Estoy aquí

para lugar por ti y rescatar las vacas. Ven y contempla cómo lucho. No tienes porqué tener miedo a los kurus ahora que yo me he unido a tu causa.

El joven príncipe casi se desmayó a causa del miedo que se había apoderado de su corazón. Pensó en los muchos menosprecios que habían sufrido los pandavas en Virata y se sintió terriblemente dolido y avergonzado de sí mismo y de su padre. Se arrojó a los pies de Arjuna y le dijo:

—Me presento ante ti; soy Bhuminjaya o Uttarakumara. Soy el hijo del rey de Virata y me siento afortunado de ser la primera persona en reconocer al gran Arjuna después del ajnatavasa de los pandavas. Siento mucho que vosotros, siendo héroes, tuviérais que hacer servicios menores en nuestra ciudad. Os hemos debido ofender en muchísimos detalles. En nombre de mi padre y de toda la gente de la corte, te pido que nos perdones por todos los insultos que habéis tenido que sufrir. Sois nobles; debéis ser buenos con nosotros y protegernos. Por favor, portaos bien con nosotros.

De sus ojos fluían lágrimas incesantemente. Arjuna le levantó del suelo y le abrazo.

Secó las lágrimas del joven muchacho y le confortó diciéndole:

—Ven, se está haciendo tarde. No te sientas mal; hemos sido muy felices en Virata y no estamos enfadados en lo más mínimo contigo, ni con tu padre. Pero ahora no hay tiempo para hablar. Apresurémonos a ir al encuentro del ejército enemigo. Sé mi conductor, Uttarakumara. Yo lucharé contra ellos. Mis manos me hormiguean de tan sólo tocar este arco, el gandiva. Vas a ver algo que te gustará. Ya no has de tener miedo nunca más.

Uttarakumara sonrió con bravura y dijo:

—Desde hoy, nunca, nunca más me amedrentaré. Mi miedo se ha desvanecido como la nieve se derrite bajo el sol. Uttarakumara se sentó en el carro después de ayudar a Arjuna a entrar en él. Arjuna saludó al arco gandiva y lo levantó con sus poderosas manos. El carro giró de nuevo hacia el campo enemigo, listo para adentrarse en él.

XVII

LOS KURUS DESCUBREN A ARJUNA

Arjuna había quitado del carro la insignia del león de los matsyas, y en su lugar había puesto su propia insignia: el mono. El carro iba avanzando hacia el campo de batalla mientras Arjuna soplaba su famosa caracola, la devadatta; era su sonido característico. Y, acercándose hacia el frente con el gandiva en su mano, hacía sonar la cuerda de su arco. Aquel sonido causó terror en los corazones de sus enemigos. Arjuna se había situado en el campo de batalla.

Drona estaba emocionado de oír el resonar del gandiva y el sonido de la devadatta.

Tenía un aspecto extremadamente feliz. Dijo:

—Aquí viene Arjuna. Tendremos que devolver las vacas y volver a Hastinapura. Sé que a Arjuna no le costará mucho destruir todo nuestro ejército; volvámonos todos. No vale la pena luchar.

Duryodhana fue corriendo a la presencia del acharya y le dijo:

—Mi señor, por favor, no hables así, estás desalentando a las tropas. Tú conoces el propósito de esta expedición, lo decidimos en Hastinapura antes de partir. La captura de las vacas era sólo un pretexto. El verdadero y auténtico propósito era provocar que los pandavas salieran al descubierto. Yo dije: "Si los pandavas aparecen antes de que hayan concluido los trece años de exilio, podemos mandarles de nuevo al bosque por otro período de doce años. Y ahí tenemos a Arjuna. O es un temerario al revelarse de esta manera, o quizá piensa que los días del exilio ya han acabado. Ahora depende de nuestro honorable abuelo el aclararnos si los trece años han concluido o no. dado que Arjuna ha salido al descubierto para proteger las vacas de Virata. Habíamos decidido que Susarma atacara Virata por el lado sur, el octavo día después de la luna nueva y que nosotros debíamos comenzar nuestro ataque el noveno día. Hasta ahora, hemos hecho todo de acuerdo al plan preestablecido. No sabemos lo que ha hecho Susarma; si ha capturado las vacas y se ha ido o si ha sido vencido por Virata.

Si es lo último, oficialmente estamos aquí para ayudarle, ya que es nuestro querido amigo. Si ha sido vencido y el rey de los matsyas viene para luchar contra nosotros, debemos luchar.

Suponiendo que Susarma haya vencido a Virata y que Arjuna haya venido a luchar por su cuenta, también en ese caso tenemos que luchar. No entiendo el motivo de todo esto: grandes guerreros como Bishma, Drona y Kripa, sentados en sus carros sin deseos de afrontar la lucha sólo porque Arjuna haya aparecido en escena. ¿Qué importa si viene? ¿Puede Arjuna sembrar tanto miedo en vuestros corazones? ¿Quién tendría el atrevimiento de volver a la ciudad de Hastinapura sin luchar, incluso si viniese Yama o el mismo Indra para luchar contra nosotros? Si tú, nuestro preceptor, infundes miedo en los corazones de nuestros soldados, ¿qué puedo hacer yo? ¿No crees más bien que deberías preparar el ejército haciendo lo que sea necesario? Por favor, no sigas alabando a ese Arjuna. Por favor, haz algo que ponga orden entre las tropas, los soldados están alterados debido a tus inoportunos comentarios; no es el momento de hacer halagos al enemigo. En vez de hacer comentarios sobre el valor de Arjuna, deberías pensar en nosotros.

Entonces Radheya se acercó y dijo:

—Parece que todo el ejército está nervioso, debido a las palabras de nuestro acharya.

Nadie parece estar dispuesto a luchar, pero a mí no me importa. Aunque se tratase del mismo Bhargava o Indra, o de Krishna y Arjuna; no me preocupa. Lucharé contra ellos yo solo. Que todo el mundo me vea disparándoles mis afiladas flechas, que volarán agudas como serpientes venenosas y matarán a mi enemigo. Haré que su insignia caiga al suelo como un árbol arrancado de raíz por una tempestad. Desde hace trece años he estado anhelando este encuentro con Arjuna. Me siento feliz de que mi sueño se vuelva realidad. Mis flechas volarán tan rápidas y tan continuamente, que la cuerda de mi arco no cesará de sonar, igual que el sórdido murmullo de las abejas en verano. Cubriré el cuerpo de Arjuna con mil flechas.

Su forma sangrante parecerá urca montaña cubierta de flores rojas. Capturaré a Arjuna sacándole de su carro como el sagrado Garuda capturando a la serpiente, complaceré a mi señor y amigo Duryodhana sacando así una espina de su corazón: la espina que le ha estado hiriendo durante tantos años. Estoy seguro de ello. En cuanto a vosotros, que parecéis tener miedo de Arjuna, os podéis ir todos de aquí o quedaros bordeando el campo de batalla para verme luchar contra mi enemigo.

Kripa le dijo:

—Radheya, tú siempre estás pensando en la guerra y en matar. Sólo se debe luchar cuando es absolutamente necesario. Cuando puede alcanzarse el bien común sin lucha, o debe evitarse la lucha. No te gusta admitir que tu oponente es más poderoso que tú. Arjuna sí que puede luchar contra cualquiera él solo, pero tú no puedes. El permitió que Agni quemara el bosque de Khandava venciendo a Indra, el cual trataba de defender el bosque. Le venció él solo. Recientemente también rescató a Duryodhana cuando fue raptado por los gandharvas contando con sus hermanos como su única

ayuda, no le acompañaba ningún ejército. Y si recuerdo bien, entre los que se enfrentaron a los gandharvas disponiendo de un ejército, había un gran héroe que, saltando de su carro, salió corriendo de la lucha. No tengo que contar todas las hazañas de Arjuna, las conocéis todos muy bien. Habéis oído hablar de la muerte de los kalakeyas y de los nivatakavachas. El solo lo hizo todo. No tendría porqué hablarte de la grandeza de tu enemigo, pero aún así lo he de hacer porque no quiero que seas un necio. Estás tratando de arrancarle los colmillos a una serpiente venenosa poniendo tu mano derecha dentro de su boca. Arjuna es como un león que acaba de salir de su cautiverio, nada podrá igualar su furia. Será como una antorcha encendida arrojada sobre una bala de algodón. Si comienza esta lucha, tú y yo, y todos nosotros, seremos abrasados en un instante. Sin embargo, si estás decidido a luchar, no trates de enfrentar este fuego por ti solo. Prepararemos nuestras tropas y estaremos listos. Nos enfrentaremos todos nosotros contra él como una sola unidad: nosotros seis: Drona, Duryodhana, Bishma, tú mismo, Aswatthama y yo. Nos enfrentaremos contra él combinando nuestros esfuerzos. Lo que dijiste acerca de luchar contra él tú solo, me temo que es demasiado optimista. No sabes lo que dices. Te sobreestimas demasiado y eso te lleva al error de menospreciar a Arjuna.

Radheya estaba furioso por el tono de desdén con que habló Kripa. Y le dijo:

—Veo que el gran Kripacharya ha perdido la razón viendo a Arjuna. Los que tienen miedo no tienen porqué luchar. Yo solo puedo pagar la deuda que le debo a mi amigo Duryodhana, matando a Arjuna. —Radheya se volvió hacia Duryodhana y le dijo:— Los consejos de los brahmanes, mi señor, son convenientes, pero sólo en ciertas ocasiones. Son útiles para consultarles cuándo han de distribuirse las limosnas o cuándo ha de celebrarse una determinada festividad, pero no deberían ser consultados acerca de cuándo se ha de luchar en la guerra. Deja que este gran acharya Kripa se vaya a casa, le tiene miedo a Arjuna; yo lucharé.

Aswatthama había estado escuchando aquella conversación durante algún tiempo, pero ya su ira se había vuelto incontrolable. Miró a Duryodhana y a Radheya y dijo:

—Hasta ahora no habéis hecho nada para defender las vacas; no estáis haciendo nada.

Duryodhana, sólo estás escuchando a tu querido amigo y sus planes sobre lo que va a hacer, pero las vacas no han traspasado aún la frontera del reino de los matsyas, y mucho queda hasta que lleguen a Hastinapura. Por favor, hablad después de haber hecho algo de lo que hablar, Radheya, escúchame, todos los brahmanes son justos, no alardean; los sabios no alardean. En cuanto a ti, sólo eres un pomposo fanfarrón. No creo que puedas hacer nada. Los que actúan no hablan de ello. Fíjate en el fuego; cocina comida para el mundo entero ¿habla acaso de ello? Fíjate en el sol; en pocos instantes trabaja más que todos los demás dioses juntos, ¿canta él una canción al respecto? Acaso dice: "Miradme, estoy haciendo tanto trabajo, venid y sorprendeos." Fíjate en esta

poderosa tierra. Soporta la carga de los seres animados e inanimados. Ha tenido paciencia durante miles de años, ¿habla la tierra de ello? ¿acaso dice:

"Miradme y admiraos de mi paciencia. Estoy haciendo tanto, ved qué maravillosa soy"? Ella no lo hace. Todos ellos hacen su trabajo en silencio, sin hablar de ello. Pero tú pareces ser de una categoría diferente; sólo sabes hablar. —Aswatthama se volvió hacia Duryodhana y le dijo:— Los brahmanes no ganan reinos jugando a los dados. Los verdaderos héroes no hacen trampas con juegos y luego hablan de sí mismos como si hubieran ganado un reino en una batalla. De hecho eres un gran rey, Duryodhana, pero eres peor que un vaysa. Los vaysas son buenos vendiendo y haciendo trampas. Tú alardeas de ser un kshatrya. ¿Qué kshatrya ha ganado un reino engañando a su oponente, haciéndole trampas para hacerle perder todo? Eres peor que un vaysa. El engaña porque es su profesión, pero tú has adoptado una profesión que es muy inferior a tu clase y te enorgulleces de tu deshonestidad. ¿Acaso es tan maravilloso disfrutar de un reino ganado con engaños? ¿Ganaste la hermosa ciudad de Indraprastha luchando por ella? ¿Hiciste a Yudishthira y a sus poderosos hermanos tus esclavos capturándolos en la guerra? ¿Ganaste a la fiera Draypadi como esclava en una lucha contra los pandavas? ¡No! ¡el gran kuru Duryodhana les ganó a todos en un juego de dados! Incluso en ese juego no jugaste tú mismo. Para eso tuviste que recurrir a la ayuda de tu malvado tío. Hiciste caer de un solo golpe a ese árbol de madera de sándalo llamado Yudishthira. ¿Recuerdas lo que dijo Vidura? Los sabios dicen que: "Las criaturas de la tierra heredan, hasta cierto punto, la paciencia y la naturaleza misericordiosa de la madre tierra. Incluso los insectos y las hormigas perdonan si tienen que hacerlo."

"Pero en el caso de los pandavas, tú has transgredido tanto las reglas de conducta que no creo que te perdonen. Abusaste demasiado al insultar a su reina Draypadi. Su ira es terrible, pero Arjuna ha aparecido ahora como tu Némesis. Ha venido para vengar sus males. Por favor, no insultes a mi padre y a mi tío llamándoles cobardes. Ellos se pueden enfrentar a Indra y a todas las huestes celestiales. No tienen miedo como parece sugerir tu querido amigo.

Ellos pueden reconocer la grandeza, dondequiera que la vean. Admiran a Arjuna porque merece su admiración y hablan con menosprecio de Radheya porque saben que no es nada frente a Arjuna. Incluso yo diría lo mismo. ¿Quién puede igualar la grandeza de Arjuna? El es el más grande de todos los héroes.

Por su habilidad, su noble naturaleza y su caballerosidad, mi padre le guarda profundo aprecio en su corazón. No veo nada malo en alabar como es debido a quien lo merece. Tu querido Radheya siempre ha tenido celos de Arjuna, en cuanto a ti, has arruinado todas tus nobles cualidades por esta única falta: tu envidia por los cinco pandavas. Que luche quienquiera. Yo he decidido no combatir. Si Virata viene a luchar, entonces te ayudaré, pero no ayudaré a Radheya en su lucha contra Arjuna. Aprecio a Arjuna tanto como a mi padre. —Aswatthama arrojó su arco y sus flechas y se sentó en su carro en silencio.

XVIII

LA EXPIRACION DEL EXILIO DE LOS PANDAVAS

Bishma intervino y dijo:

—Lo que dice Drona es verdad y creo que las palabras de Kripa son también correctas. El gran Aswatthama dijo la verdad cuando explicó los sentimientos que movieron a los brahmanes a hablar así. No deben ser insultados, como lo han sido por Radheya.

Duryodhana, considera las circunstancias. No las estás teniendo en cuenta en lo más mínimo.

Por tu amor a tu amigo, permites que esto ocurra. No debes permitir que ocurran estas disensiones. No debe haber ninguna disensión en el ejército. Debes apaciguar a estos grandes hombres. No debes permitir que nuestros héroes peleen entre ellos. —Bishma miró a Aswatthama y le dijo:— No debes ofenderte por las palabras de Radheya. Habló así porque quería enardecer a las tropas. No es el momento de que muestres tu ira. Debes olvidar sus duras palabras. Los tres debéis perdonar a estos jóvenes. Ellos pensaron que las palabras de admiración hacia Arjuna de tu padre y de tu tío estaban arruinando la moral del ejército. Esa es la razón por la que Radheya hablara tan vehementemente. Por favor, sed lo suficientemente sensatos como para olvidar estas cosas y concentraron en el peligro inmediato. Debemos combinar nuestras fuerzas y atacar a Arjuna. La gente sabia no guarda rencores.

Aswatthama se calmó al oír las palabras de Bishma, y dijo: —Que mi padre y mi tío les perdonen: yo no seguiré enfadado si ellos olvidan su ira. Yo pienso que los méritos del enemigo no tienen porqué hacer que este hombre tenga celos.

Duryodhana comprendió la gravedad de la situación y pidió a Drona y a Kripa que les perdonaran. Drona dijo:

—Mi ira desapareció al escuchar las palabras de Bishma, olvidémonos ahora de esta charla. Hagamos las cosas de forma que Arjuna no se encuentre en la lucha con Duryodhana.

Sé que Arjuna ya puede aparecer a campo abierto pues los trece años del exilio de los pandavas han acabado ya. La ira de Arjuna contra Duryodhana será terrible. Evitemos este encuentro. No me cabe duda de que ha acabado el período de su exilio. Pido a nuestro venerable Bishma que aclare las dudas de Duryodhana.

Bishma miró con compasión a Duryodhana y le dijo: —Hijo mío, Drona tiene razón, su tiempo se ha acabado. La revolución de la rueda del tiempo es constante. Las estrellas y planetas, sin embargo, tienen su efecto durante su evolución. Los astrólogos han calculado sus influencias en cada momento, las cuales pasan desapercibidas para nosotros. De acuerdo a ellos, cada cinco años hay un aumento de dos meses en la extensión del tiempo. Durante estos trece años ha habido un aumento de cinco meses y doce días. Los pandavas han pasado doce años en el bosque y un año escondidos. Pero han pasado cinco meses de exilio innecesario.

Yudishthira debe haberlo sabido y también los cuatro hermanos de esa alma tan gentil.

Yudishthira es muy justo y muy noble, y no ha querido disminuir el último año restándole estos cinco meses. Junto con sus hermanos también ha permitido que transcurriera todo este tiempo en silencio. No quiso acortar este año. No quiere dar lugar a discusiones sobre la duración del exilio. No quiere que haya ni un pelo de duda en sus argumentos sobre los hechos, por eso ha permanecido en silencio. Arjuna sabe que los trece años han pasado y es por eso por lo que ha salido al descubierto. incluso esto lo ha hecho porque quiere ayudar a su rey. Los pandavas están atados por los grilletes del Dharma y jamás los romperán, nunca dirán una mentira. Si Yudishthira dice que el tiempo del exilio se ha acabado, es que se ha acabado; eso es todo. —Esperó durante un momento y luego continuó diciendo:— Fíjate en Arjuna, es invencible. Si él y sus hermanos deciden luchar contra nosotros no tenemos posibilidad alguna de vencerles. Yo te tengo mucho aprecio y no quiero verte destruido. Esta es tu única oportunidad. ¿Por qué los consideras todavía como tus enemigos? Devuélveles su reino, haz la paz con ellos y serás feliz. El mundo entero se librará de la gran masacre. Acepta mi consejo, llama a los pandavas a tu presencia y devuélveles su reino.

El rostro de Duryodhana palideció de disgusto. Todos sus sueños de mandarles de nuevo al bosque se habían ido para siempre. Sus ojos se enrojecieron por la ira y dijo:

—No les devolveré su reino a los pandavas; hablemos de la guerra y de nada más. Voy a luchar: ahora y luego también. Por favor, haced los preparativos para la guerra ahora.

Drona dijo:

—Por favor, acepta mi consejo. Dividamos el ejército en cuatro partes. Duryodhana, llévate contigo un cuarto del ejército y dirígete hacia Hastinapura. —Miró a los otros y dijo:Debe protegerse al rey por encima de todo. No debemos permitir un encuentro entre Duryodhana y Arjuna. Que otro cuarto del ejército coja el ganado y se vaya hacia Hastinapura. La otra mitad se quedará aquí y luchará contra Arjuna. Bishma, Kripa, Aswatthama, Radheya y yo lucharemos contra él. Incluso si el mismo Indra viene en su ayuda no nos importará. —Ya se oía el ruido del carro de Arjuna

viniendo hacia ellos. Drona dijo:— Se acerca rápidamente, apresurémonos y mandemos al rey a la capital.

Bishma se hizo cargo de toda la situación e hizo que el ejército se colocara adecuadamente. Dijo:

—Que Drona esté en el medio de la falange, que Aswatthama se ponga a su izquierda y guarde el ala izquierda y que Kripa guarde el ala derecha. Radheya estará al frente en la vanguardia del ejército. Yo me quedaré atrás, defendiendo la retaguardia. Espero que entre los cinco podremos arreglárnoslas para vencerle.

Ya estaban listos. El carro de Arjuna iba lanzado en dirección a ellos. Arjuna vio al ejército dispuesto en forma de luna menguante. A esa formación de guerra se le llamaba Vajra Vyuha, lo cual quería decir que era tan difícil de penetrar como un diamante. Arjuna sonrió para sí y se dijo: "Debe ser una idea de mi abuelo. El es muy hábil en la organización del ejército en diversas falanges." Miró de nuevo y vio la insignia de su abuelo, que era una palmera dorada. Su vista causaba siempre terror en los corazones de sus enemigos.

XIX

ARJUNA SE ENFRENTA Y VENCE AL EJERCITO KURU

Dos flechas volaron por el aire y fueron a caer a los pies de Drona. Bishma y Kripa también fueron saludados con dos flechas cada uno, que cayeron a sus pies. Dos flechas más llegaron, rozando los oídos de Drona. Bishma y Kripa oyeron también otras tantas flechas susurrando a sus oídos. Aquello les agradó mucho, era un gesto muy hermoso por parte de Arjuna. Las dos primeras fueron sus saludos: se había encontrado con ellos después de trece años y se estaba anunciando. Y las dos siguientes se las lanzó pidiéndoles permiso para luchar contra ellos. La batalla comenzó.

Arjuna avanzó a la velocidad del viento, mirando de frente a sus oponentes y le dijo a Uttarakumara:

—Veo que esta falange está ordenada así para entorpecer mi camino. Puedo ver a los veteranos kurus y también a Radheya, pero no encuentro a Duryodhana. Allí hay una porción que se dirige hacia Hastinapura. Ya veo su plan, no quieren que me encuentre con Duryodhana. El se está yendo con las vacas y una porción del ejército. Vamos, persigámosle, primero debemos liberar las vacas.

Uttarakumara dirigió el carro en la dirección que indicaba Arjuna. Pasaron por el ala oeste y Arjuna luchó mientras pasaba. Varios de los hermanos de Duryodhana le hicieronfrente, pero no pudieron pararle. Estaba decidido a perseguir la insignia de Duryodhana: la serpiente bordada sobre un paño de oro. Arjuna dijo:

—No quiero luchar contra nadie más, quiero rescatar las vacas y quiero encontrarme con este hombre que nos ha causado innumerables daños. Quiero enfrentarme con este monarca orgulloso y altivo que le ha causado tanto dolor a nuestra reina y luego, quiero matar a todos los que se rieron de nosotros. Pero he perdido de vista al rey, esto debe ser cosa de Drona.

Estoy seguro que quiere salvar la vida del rey, si no el rey Duryodhana nunca escaparía del campo de batalla; debo perseguirle. No prestes atención a este ejército, ve en la dirección en que veas la insignia de la serpiente.

El carro pasó rugiendo junto a Bishma, que miró a Arjuna y adivinó sus intenciones, diciéndoles a los otros:

—Arjuna está persiguiendo al rey como un león a su presa. No podemos dejarle que descargue su ira contra el rey, le matará al instante. No nos preocupemos ahora de las vacas, debemos enfrentarnos con Arjuna.

Bishma se apresuró yendo en ayuda del rey. Arjuna había llegado a la porción del ejército que se llevaba el ganado y le pidió a Uttarakumara que avanzara lentamente. Le dijo:

—Primero liberemos las vacas.

Luchó contra los soldados que guardaban las vacas, quienes fueron desbordados por las terribles flechas que salían de su arco como un arroyo sin fin. Los soldados salie ron corriendo. Las vacas de Virata, con las colas levantadas y con sus terneros corriendo con ellas, se dieron la vuelta llenas de miedo y comenzaron a huir en dirección sur. Iban corriendo hacia la ciudad. Los vaqueros estaban muy felices de ver que sus vacas habían sido rescatadas.

El carro de Arjuna se dirigía hacia el rey que tenía un cuarto del ejército para protegerle.

Los veteranos observaron las maniobras de Arjuna y se prepararon para enfrentarse a él e impedirle avanzar. La falange se había roto y desorganizado. Radheya, Bishma y los otros se dirigieron hacia Arjuna. Arjuna hizo todo lo que pudo para evitar herir a su guru Drona. Se enfrentó con los hermanos de Duryodhana y luchando con todos ellos hasta pasarles de largo, se encontró con que Radheya estaba avanzando hacia él. Arjuna dijo:

—Uttarakumara, mira, ese hombre es Radheya. Siempre ha sido mi rival. Es un gran arquero y es un discípulo de Bhargava. Es un maestro en todos los divinos astras. No tiene quien le iguale en habilidad y valor. Es un gran héroe. Llévame hacia el. Mira, el rey ha vuelto, mira la insignia de la serpiente avanzando hacia nosotros. Me alegro de que venga.

Sabía que Duryodhana jamás se comportaría como un cobarde huyendo del campo de batalla, también viene hacia aquí. Bishma, mi querido abuelo, también viene hacia nosotros, está decidido a proteger al rey. Bishma es el más grande de los héroes kurus y ahora lucha en las filas del ejército de Duryodhana. Sí, todos; todos y cada uno de ellos están bajo el magnetismo de Duryodhana. Quiero luchar contra todos ellos. Lleva mi carro al centro del campo, desde donde pueda luchar.

El carro avanzó rápidamente.

Aswatthama le sonrió a Radheya como diciendo: "Veamos lo que vas a hacer ahora. Ahí tienes tu oportunidad." Le dijo:

—Radheya, mira, Arjuna viene ansioso por luchar contigo. Durante años has hecho resonar la sala del consejo con tus habladurías sobre cómo ibas a matar a Arjuna. Ahora le tienes aquí, rugiendo como un león en la arena, veamos cómo luchas. Si te derrota, puedes volver al salón del consejo en Hastinapura y planear artimañas con ese malvado Sakuni; podrás elaborar otro malvado truco para desterrar a los pandavas sin tenerte que enfrentar con ellos.

Los ojos de Radheya despedían fuego y dijo:

—Por favor, no sigas insultándome. No le tengo miedo a Arjuna. Nunca he tenido miedo, no le tengo miedo ni siquiera a Krishna. Ahora verás cómo lucho, te lo demostraré.

Arjuna avanzó con una sonrisa en su rostro. Duryodhana había llegado al centro del campo y estaba listo para luchar. Arjuna estaba rodeado por todas partes por los más grandeshéroes del ejército de los kurus: Bishma, Drona, Kripa, Aswatthama, Duryodhana, Radheya, Sakuni y Vikarna. Fue una lucha terrible. Todos ellos lucharon contra él: todos juntos y uno a uno. Arjuna permanecía indemne y estaba determinado a enfrentarse a Radheya, y así lo hizo.

Arjuna luchó solo contra Radheya. La lucha fue indescriptible. Todos se quedaron como paralizados por un hechizo observando el duelo. Ambos eran grandes arqueros y rivalizaban el uno con el otro en valor y en habilidad. Arjuna estaba tan enfadado como los cielos cuando diluviaron destruyendo la tierra. Le dijo:

—Ven, Radheya, arreglemos ahora viejas cuentas. Tú has hecho un juramento de que me matarías y yo he jurado que te mataría a ti, veamos quién vence y mantiene su palabra. Tehe oído hablar, te he oído decir que no hay quien te gane en habilidad y bravura. Ha llegado el momento en que tendrás que probar tus palabras, veremos cómo te escapas vivo de ésta.

Radheya se rió y dijo:

—Me siento igualmente encantado de luchar contigo en un duelo a muerte, mi querido Arjuna. No quiero perder el tiempo en palabras vacías; vamos, luchemos.

Lucharon durante largo tiempo. Las agudas flechas de Radheya, que eran tan veloces que su recorrido no podía ser seguido por la vista, hirieron a Arjuna, a sus caballos y a su conductor. Uttarakumara permanecía en su sitio. El joven príncipe se había convertido repentinamente en un héroe. Así de poderosa era la influencia de Arjuna. Su bravura era contagiosa. Radheya resistió durante largo tiempo la acometida de Arjuna. Pero al final tuvo que aceptar la derrota. Su frente, su cuello, sus hombros, sus brazos y su pecho estaban todos cubiertos de sangre por las flechas de Arjuna. Radheya tuvo que dejar de luchar, tuvo que abandonar la lucha y salir corriendo del campo de batalla.

Arjuna se encontró con Drona, y Aswatthama fue en. ayuda de su padre cuando vio que Arjuna iba ganando. Arjuna era como el fuego de un bosque, quemando todo lo que encontraba en su camino. Drona, Aswatthama y Kripa fueron vencidos por Arjuna. Luchando parecía un ser divino, no parecía un mortal ordinario. Bishma también vino a su encuentro, pero Arjuna les venció a todos. Quería encontrarse con Duryodhana y fue en dirección hacia donde él estaba. Los dos se encontraron frente a frente. El rey ya estaba muy disgustado por el cariz que estaban tomando las cosas, veía que su ejército estaba siendo dispersado por Arjuna en las cuatro direcciones. Se opuso a Arjuna valientemente, pero no pudo luchar por mucho tiempo. Arjuna mató a sus caballos y a sus elefantes. Duryodhana no pudo resistir el acoso de su poderoso primo y tuvo que salir corriendo del campo. Arjuna le siguió con palabras más afiladas que sus flechas. Le dijo:

—Hoy has perdido tu fama y tu reputación en el campo de batalla. ¿Es acaso correcto que un kshatrya se comporte de forma tan cobarde? ¿Acaso amas tanto tu vida que estás dispuesto a perder tu nombre a cambio de ella? ¿Qué es la vida después de todo? Tan sólo unos momentos. Te estás comportando como un cobarde, la muerte en el campo de batalla es preferible a una vida así. Te han puesto de nombre Durvodhana, lo cual significa que es muy difícil oponérsete y luchar contra tí. También te llaman Suyodhana; eso quiere decir que eres un buen luchador, pero hoy has hecho que tus dos nombres pierdan todo significado debido a tu conducta, deberías avergonzarte de ti mismo. Ven, sé un hombre y combate.

Aguijoneado por estas crueles palabras de Arjuna, Duryodhana volvió a la lucha. Luchó como una serpiente herida, su orgullo había sido herido. El siempre había sido extremadamente sensible y no pudo soportar los insultos que habían llovido sobre él. Radheya vino en su ayuda por el lado derecho, pero no fue posible vencer a Arjuna. Drona y el resto de ellos vinieron y rodearon a Arjuna de nuevo. Arjuna decidió que ya había causado suficientes estragos en el ejército e invocó el astra llamado Sammohana, que tenía el poder de ponerles a todos en trance. El príncipe Uttarakumara vio a todo el ejército caer como desmayado.

Arjuna recordó la petición de la princesa Uttaraa y le dijo a Uttarakumara:

—Todos están bajo trance, baja del carro, acércate a ellos y quítales las capas y los paños con que cubren sus torsos. A Kripa quítale de sus hombros la seda blanca con la que los cubre. Fíjate en la hermosa seda amarilla que cubre el pecho de Radheya, tráela. Ve a donde está Aswatthama y trae también sus adornos. El rey lleva una seda azul de encantador aspecto, a tu hermana le gustará, estoy seguro. No te acerques mucho a mi abuelo, él conoce los encantamientos que contrarrestan este astra. Quizá no esté bajo trance. No nos arriesguemos acercándonos a él.

Uttarakumara bajó del carro y recogió sedas y joyas de los héroes dormidos, tras lo cual volvió al carro. Estaban ya dispuestos a partir, cuando Bishma trató de

detenerlos, pero Arjuna había matado a sus caballos. Después de saludar a Bishma desde cierta distancia, Arjuna regresó a la ciudad.

Después de que salieran del trance, todos querían perseguir a Arjuna, pero Bishma se rió de ellos y les dijo:

—No seáis tontos. Admitid que hemos sido vencidos, volvamos a Hastinapura. Vi cómo os quitaban vuestros vestidos y vuestras joyas, eso significa que habéis sido despojados de vuestro honor: una venganza adecuada por lo que les hicisteis años atrás. Traté de detenerle pero no pude. Podía haberos matado a todos mientras dormíais, pero él es demasiado justo para hacer eso, volvamos a Hastinapura.

Duryodhana permaneció en silencio. Todos sus planes se habían roto. Vio cómo el carro de Arjuna se perdía en la distancia. Desde allí Arjuna disparó flechas que cayeron a los pies de los ancianos; era su despedida. Y del rey se despidió disparándole una flecha que hizo que su corona cayera al suelo, tras lo cual su carro se perdió de vista. Tras exhalar un suspiro de desaliento, Duryodhana decidió volver a Hastinapura.

Arjuna descendió del carro y le dijo al príncipe:

—Por la gracia de Dios se han salvado las vacas y los enemigos han sido vencidos, manda un mensaje a la ciudad anunciando tu victoria, pero quiero advertirte algo, no le digas aún a tu padre que los pandavas están en su corte. Si se entera, quizás no pueda resistir semejante sorpresa. Dile que luchaste con el ejército de los kurus y que rescataste las vacas que habían sido capturadas por ellos.

Uttarakumara dijo:

—Pero eso es imposible, mis días de fanfarronería se han acabado, no puedo atribuirme el mérito de algo que no hice. Arjuna le dijo:

—Sólo será por poco tiempo, cuando llegue el momento oportuno, puedes contarle la verdad.

Se dirigieron al árbol Sami, quitaron la insignia del mono y pusieron de nuevo la del león. El gran gandiva fue envuelto cariñosamente y colocado con las otras armas y los dos se dirigieron hacia la ciudad. Ahora Uttarakumara iba sentado en el carro y Arjuna lo conducía. Su pelo, que había atado con un paño durante la lucha, una vez más colgaba en forma de trenza por su espalda.

XX

VIRATA HIERE A YUDISHTHIRA

El rey Virata entró triunfante en la ciudad después de haber vencido a los trigartas.

Había rescatado las vacas y fue recibido por los ciudadanos con gran pompa y esplendor.

Entró en la ciudad rodeado por los pandavas y fue recibido en el palacio por la reina y su hija.

La princesa Uttaraa le contó la invasión del ejército kuru y cómo el príncipe Uttarakumara, él solo, se había ido a luchar contra ellos. El rey se sintió infeliz por aquella calamidad. Se le dijo que Brihannala era el conductor del príncipe y el rey se hundió en las profundidades de la desesperación. Dijo: —¿Qué puede hacer mi hijo contra ellos? Todos los héroes kurus están allí: Bishma, Drona, Kripa y el invencible Radheya han venido a atacarnos. Reunamos rápidamente el ejército y vayamos a ayudar a mi hijo. Pensé que había pasado todo el peligro cuando vencimos a Susarma, no esperaba esta nueva amenaza. Debo reunir mi ejército al instante.

Virata estaba dando instrucciones a sus ministros y a sus hermanos para hacer los arreglos para la segunda campaña. Entonces dijo Yudishthira:

—No te desesperes, sabiendo que Brihannala es el conductor de tu hijo, ya no me preocupa en absoluto. Tu hijo podrá derrotar incluso a Indra o a Yama si Brihannala es su conductor. Conozco a Brihannala y su grandeza, por favor reponte, mi rey, y espera noticias del frente de batalla. Te aseguro que pronto oirás hablar del éxito de tu hijo.

Oyendo las palabras de Yudishthira, por quien tenía un gran respeto, el rey decidió permanecer en silencio. Tenía que tener paciencia. Su corazón estaba lleno de dolor, pero consintió en esperar noticias de Uttarakumara.

Después de unas horas de agonía, llegaron algunos vaqueros ante la presencia del rey diciéndole:

—Mi señor, venimos de las inmediaciones del campo de batalla, vimos el carro del príncipe, conducido por Brihannala, y al vernos, el carro se paró. Brihannala nos dijo: "Id inmediatamente a la ciudad y anunciad que el príncipe ha derrotado a sus enemigos, que ha rescatado las vacas y que la ciudad debe prepararse para recibirle con

honor. El príncipe viene en camino a la ciudad después de haber rescatado el ganado de los kurus. Les ha vencido luchando él solo."

Los vaqueros estaban tan emocionados que se repetían una y otra vez. Yudishthira sonrió al escuchar el mensaje y dijo:

—Es una fortuna que el éxito haya cortejado al rey y a su hijo. —Luego añadió:— Pero no me sorprende, sabía que el príncipe estaba seguro de ganar con Brihannala de conductor.

El conductor de Indra llamado Matali e incluso el de Krishna, el mejor de todos los conductores, palidecerían hasta eclipsarse si se los comparase con Brihannala.

El rey deliraba de alegría y dio órdenes de que se decorara la ciudad. Quería que la ciudad recibiera a su hijo dándole la bienvenida de una manera gloriosa. Todas sus órdenes fueron realizadas. El rey estaba feliz, el palacio era un jardín de dicha.

El rey y Yudishthira estaban sentados juntos, los ojos del rey se posaron sobre Sairandhri, la cual estaba de pie a cierta distancia ayudando a decorar la sala, la llamó y le dijo:

—Sairandhri, ve y trae los dados. Estoy muy feliz, quiero jugar.

Yudishthira dijo:

—Si puedo darte un consejo, te recomiendo que no juegues; por favor no juguemos ahora. Los sabios prohíben el juego cuando la mente está exaltada.

El rey le dijo:

—Pero eso es absurdo, no vamos a jugar haciendo apuestas, sólo vamos a pasar el rato mientras llega mi hijo. No hay nada malo en que juguemos. Ven y juega.

Yudishthira le dijo:

—No, mi señor, este juego es una cosa terrible. Sé que Yudishthira perdió su reino, a sus hermanos y también a su esposa como apuestas en este juego de dados. El juego dedados priva al hombre de su sano juicio. Si Yudishthira hubiera jugado en un estado mental normal nunca hubiera sido tan estúpido. El juego se sube a la cabeza como el vino y hace que el hombre haga las cosas más inimaginables, tú estás exaltado y tengo miedo por ti. Por favor, no juguemos.

Pero el rey estaba muy empeñado en jugar, así que Yudishthira tuvo que acceder.

El juego comenzó. La mente de Virata estaba enardecida por la victoria de su hijo.

Yudishthira también estaba tan excitado como el rey. El éxito de Arjuna le había emocionado.

El rey dijo:

—Estoy orgulloso de la hazaña que ha realizado mi hijo, sólo pensar que ha luchado contra todos los héroes kurus me pone muy feliz y emocionado. Estoy orgulloso de mi hijo; ha hecho algo grande, ha realizado lo imposible.

—Yudishthira le dijo:

—Sí, es tu buena fortuna que Brihannala estuviera allí para sostener las riendas de los caballos de tu hijo. Es por eso por lo que el príncipe pudo ganar.

Al rey no le gustaron las palabras de Yudishthira y le dijo: —Dices que no te sorprendes, ¿es que es tan fácil vencer a los héroes del ejército de los kurus? Es una gran hazaña. No haces más que hablar de ese eunuco como si fuera alguien grande. Te lo digo, mi hijo es un gran héroe y le estás insultando a él y a mí, elogiando a ese bailarín más que a él. Esta vez te perdonaré, pero, por favor, cuídate de no desagradarme de nuevo.

Yudishthira sonrió dulcemente y le dijo:

—La verdad, mi señor, nunca es agradable de oír. Te diré lo que debe haber ocurrido: tu hijo ha debido ser el conductor de Brihannala. Seguro que ha sido él, el que ha vencido al ejército de los kurus. Piensa en ese ejército, no pueden enfrentársele ni los devas. ¿Cómo. puede un niño como tu hijo haberles vencido? Sólo Brihannala puede haber logrado esta victoria.

El rey estaba fuera de sí por la ira, cogió los dados en su mano derecha y los arrojó con fuerza contra la cabeza de Yudishthira. Yudishthira trató de evitar que los dados le hirieran, pero le golpearon. Un dado le golpeó en la frente y la sangre comenzó a fluir de su herida.

Lanzó una mirada de dolor a Draypadi y ella vino corriendo a su lado con un cuenco de oro lleno de agua. Yudishthira lavó en él sus manos y Draypadi secó la ceja de Yudishthira con su vestido, tratando de detener la hemorragia.

Fue sólo entonces cuando Virata vio lo que estaba ocurriendo. Le dijo a Draypadi:

—Sairandhri, ¿qué estás haciendo? ¿Por qué estás secando con tu vestido de seda la sangre de la herida de este estúpido brahmán?

Draypadi dijo:

—Si una gota de sangre del cuerpo de este buen hombre toca el suelo, tu reino no tendrá lluvias durante un año. Cada gota significa un año de hambre. Si esta sangre cae al suelo te matará alguien que ha jurado hacerlo. Para salvarte a ti y a tu reino, estoy evitando que fluya esta sangre preciosa. Virata no le dio ninguna importancia a las palabras de Draypadi, pues aún estaba enfadado con Yudishthira por sus palabras.

Un mensajero entró en la sala y dijo:

—El príncipe ya ha llegado a la ciudad y ha venido hasta las puertas del palacio. Ahora mismo está entrando a la casa del rey con su compañero Brihannala.

Yudishthira le habló en secreto al mensajero y le dijo: —Por favor, haz que no entren juntos en la sala. Haz que el príncipe entre primero y deje atrás a Brihannala, que éste entre dentro de un rato, te digo esto por el bien de tu rey. Su propia vida depende de que hagas lo que te estoy pidiendo. Por favor, haz que Brihannala no entre con el príncipe.

El príncipe Uttarakumara entró en la sala y fue abrazado calurosamente por su padre.

Uttarakumara miró detrás de él y vio el rostro de Yudishthira cubierto de sangre. Su corazón dejó de latir. Estaba horrorizado por lo que estaba viendo y dijo: —¿Quién ha hecho esta cobardía con el más noble de los hombres? ¿Quién ha sido tan desaprensivo e imprudente como para pisar la cola de una cobra? ¿Quién ha cometido este cobarde crimen?

El rey sonrió y le dijo:

—Yo le golpeé con un dado, me disgustó alabando a tu conductor y menospreciando tu valor, por eso le golpeé.

El príncipe le dijo:

—Padre, no sabes lo que has hecho. Por favor, pídele perdón inmediatamente. Por favor, no atraigas la maldición de Dios sobre ti.

El rey estaba confundido por las palabras del joven príncipe. Su ira contra Yudishthira se había desvanecido de algún modo en cuanto se encontró con su hijo. Se dirigió hacia Yudishthira y le pidió que le perdonara. Su sangre ya había cesado de fluir gracias a los esfuerzos de Draypadi. Yudishthira le dijo:

—No estaba enfadado contigo en absoluto, sólo estaba preocupado por tu bienestar. No quería que mi sangre cayera al suelo. Si hubiera ocurrido, hubieras muerto en el acto, pero he evitado la calamidad. Ahora nada puede ocurrir.

El rey no podía comprender las palabras de ninguno de ellos.

Brihannala entró en la sala cuando el rey estaba alabando la bravura de su hijo. El pobre príncipe no se atrevía a levantar la vista y encontrarse con los ojos de Arjuna. Dijo:

—Padre, fui ayudado por una persona divina, no hubiera podido ganar sin su ayuda. El les venció a todos. Uttarakumara le narró todo lo que había ocurrido en el campo de batalla y, sin mencionar el nombre de Arjuna, habló de su valor. El rey estaba emocionado al oír hablar de este ser divino y dijo:

—Quiero encontrarme con esta persona, debo darle las gracias, le daré todo lo que tengo.

Le daré a mi hija, tráemelo. Uttarakumara dijo:

—Le he perdido de vista, tal vez aparezca mañana.

El rey le agradeció formalmente a Brihannala que hubiera conducido el carro de su hijo.

Arjuna dejó su presencia y se fue a los aposentos de la princesa y le entregó las sedas y joyas que había traído para ella. No obstante, Arjuna se había quedado muy intrigado por la conducta de Yudishthira. Cuando Uttarakumara le estaba narrando a Virata los acontecimientos que ocurrieron en el campo de batalla, Arjuna había tratado de ver cómo se lo tomaba Yudishthira. Trató de captar su mirada, pero el mayor de los pandavas había mantenido su rostro oculto, sin girarlo en dirección de Arjuna. Esto le estaba causando mucha infelicidad. Arjuna pensaba ganarse una sonrisa de maliciosa picardía de su hermano y no podía descansar hasta que supiera la verdadera razón de su conducta.

Arjuna fue a reunirse con Bhima y le dijo: —¿Por qué está tan cambiado Yudishthira? No me mira con el afecto que solía hacerlo. ¿Está enfadado conmigo porque luché contra los kurus? Tuve que hacerlo.

Bhima le dijo:

—No puedo explicármelo, ven, iremos a donde está nuestro hermano y le preguntaremos.

Y juntos fueron al encuentro de Yudishthira. El les vio y abrazó calurosamente a Arjuna. Ambos vieron la herida de su frente y le miraron inquisitivamente.

Yudishthira les dijo:

—No penséis en ello ahora, el rey me golpeó con un dado. —Les contó todo y luego, dirigiéndose a Arjuna, continuó: Fui malherido y no quería que lo vieras cuando entraste a la sala, fue por eso que mantuve oculto mi rostro.

Bhima estaba muy enfadado y dijo:

—Si hubieras mostrado tu ira contra ese Virata, hubiera muerto hace mucho. Sin saber quién eres, te ha insultado, no puedo soportarlo. Debemos castigarlo.

Arjuna dijo:

—Mi señor, tu paciencia ha sido tu desgracia durante todos estos años. Mataré a este hombre y a todos sus parientes. Luego mataremos a todos los kurus. No estoy complacido con tu paciencia. Voy a matar a Virata.

Bhima dijo:

—Arjuna tiene razón. Destruiremos a los matsyas y a todos sus parientes y amigos. Por la mala conducta de Virata, Draypadi fue maltratada por Kichaka. Convirtámonos primero en señores de matsya, luego podemos hacernos señores del mundo.

Yudishthira dijo:

—Controlaos, no hay necesidad de matarle, él me insultó sin saber quién era, le daremos una oportunidad. Le mostraremos quiénes somos mañana por la mañana. Ocuparemos el trono, si se atreve a desafiarnos, entonces le mataremos, pero no hasta entonces.

Dejémosle darse cuenta de lo que ha hecho. Si se comporta de forma impertinente conmigo, le mataremos y luego a toda su gente, pero no ahora.

XXI

LOS PANDAVAS SE DAN A CONOCER ANTE VIRATA

Era una mañana hermosa. Los cinco hermanos se levantaron temprano y se bañaron en aguas perfumadas. Se vistieron con prendas lujosísimas hechas de suave seda y se pusieron joyas relucientes. Fueron a la corte de Virata, y Yudishthira se sentó en el trono. Draypadi se sentó a su lado. Los cuatro hermanos se sentaron alrededor de él y esperaron a que llegara el rey. Después de un rato, el rey entró en la sala con todos sus asistentes seguido de sus ministros y sus muchos cortesanos. De repente, se encontró con los pandavas brillando como el fuego, quedándose sorprendido de su magnífico aspecto. Miró a Yudishthira y le dijo:

—Kanka, eres un jugador de dados en mi corte y te he otorgado varios privilegios porque pensaba que eras un hombre honorable, pero eso no significa que te puedas vestir con mis sedas y sentarte en mi trono. No me gusta tu conducta. Explícate, si aprecias tu vida.

Yudishthira sonrió al enfadado rey y no dijo nada. Arjuna dijo:

—Virata, ten cuidado por favor. No sabes lo que estás diciendo. Este hombre merece sentarse junto al mismo Indra en su trono. Es el alma más grande que ha nacido en esta tierra.

Es un león entre los reyes: es Yudishthira, el pandava. Su fama vivirá en el mundo mientras el sol salga y se ponga. Este es el rey que estaba rodeado de mil reyes. Los monarcas del mundo se consideraban como sus Sirvientes. Era el señor de Indraprastha y era el monarca absoluto del mundo. El es la morada de la verdad y la justicia. El gran Yudishthira, el señor del mundo, está honrando ahora tu trono sentándose en él. ¿Tienes algo que objetar? ¿Piensas que no tiene derecho a sentarse en tu trono? ¿aún piensas así? ¡Dínoslo! Virata estaba mudo de sorpresa. Permaneció en silencio durante unos momentos y luego dijo:

—Si este es Yudishthira, ¿dónde están sus hermanos?, o mejor, ¿quiénes son sus hermanos? ¿Quién es Arjuna? ¿Quién es Bhima? ¿Quién es Nakula y quién es Sahadeva? ¿Es esta Draypadi, la nacida del fuego? Por favor, dímelo y satisface mi curiosidad.

Arjuna le dijo quién era quién y les presentó a todos. Cantó las alabanzas de los mellizos y las de Bhima y también le presentó a Draypadi. Después Bhima presentó a Arjuna.

Uttarakumara llegó justo en ese momento y dijo: —Gracias a Dios ahora puedo hablar libremente. Ya puedo decirle a todo el mundo lo que ocurrió en el campo de batalla. Fue Arjuna quien luchó en esta batalla por nosotros, padre. Yo fui el conductor del gran Arjuna.

Virata se postró a los pies de los pandavas y lloró lágrimas de gozo. El rey abrazó a Arjuna y le dijo:

—Dios ha sido bueno conmigo. El te hizo salvar la vida de mi hijo. —Luego se postró a los pies de Yudishthira, mientras lloraba a lágrima viva, cogió un abanico de uno de los sirvientes y comenzó a abanicar a Yudishthira. Luego lavó sus pies y le dijo: — Soy el hombre más afortunado de esta tierra. Tu presencia ha agraciado a nuestra ciudad durante todos estos meses. Mi corte tomó un nuevo esplendor debido a tu agraciada presencia. Por favor, sé bueno conmigo, aceptando mi reino. Yo soy tu sirviente, soy tu esclavo. En tu infinita bondad y nobleza, debes perdonarme por las muchas indignidades que tuviste que sufrir en mi casa.

Eres famoso por tu naturaleza compasiva. Debes tener misericordia de mí y perdonarme.

Yudishthira cogió su mano derecha con la suya y le dijo: —No estoy enfadado contigo; por el contrario, estoy complacido. Hemos podido pasar el año más difícil de nuestro exilio felizmente en tu ciudad. Nunca he disfrutado tanto como durante estos meses. He disfrutado este año como nunca pensé que lo haría. Nos has tratado a todos con afecto. Vinimos a ti como extraños, pero tu gentileza y tus nobles cualidades te han ganado mi corazón. Me siento muy feliz de tenerte como mi querido amigo.

Virata le estaba agradecido a Yudishthira por sus amables palabras.

Uttarakumara fue hacia el trono y le dijo a su padre: —Hemos sido muy afortunados en tener a los hijos de Kunti entre nosotros durante todos estos meses. Padre, recuerda que dijiste que complacerías a la persona que me ayudó durante la lucha de los kurus. Dijiste que querías darle tu hija. Es el momento de que cumplas tu promesa. Por favor, dásela a Arjuna, el más grande de los héroes del mundo. El joven príncipe salió y volvió con la princesa Uttaraa.

Virata le sonrió a Arjuna y le dijo:

—Arjuna, esta hija mía Ira sido tu querida alumna durante los últimos meses. Me sentiré muy honrado si la aceptas por esposa. —Se postró ante los pies de Yudishthira y le dijo:

Por favor, perdónanos nuestras faltas, y muéstranos que nos has perdonado, aceptando a mi hija como la consorte de tu hermano.

Yudishthira miró a Arjuna como para preguntarle qué debería responder a las palabras de Virata.

Arjuna se levantó de su asiento y dijo:

—Mi señor, no queremos el reino de los matsyas, sólo queremos que nos asegures que nos prestarás tu apoyo cuando comience la guerra. Me has ofrecido a esta niña, a esta Uttaraa.

Te agradezco los amorosos pensamientos que te motivaron a hacerlo. Los aprecio, pero no puedo aceptarla como mi consorte. Mi señor, esta niña ha sido mi discípula, ha sido como una hija para mí. Ahora no puedo tomarla por esposa, no sería correcto. —Arjuna vio cómo la desilusión se dibujaba en los rostros de Virata y Uttarakumara. Les sonrió y les dijo:— Por favor, no permitáis que eso os desilusione. Aún la aceptaré, ella ha sido mi hija todos estos días y aún lo seguirá siendo. Seré su padre. Ella será mi hija política. La aceptaré como esposa de mi hijo Abhimanyu, que es el hijo de Subhadra y el sobrino de Krishna. Será un marido adecuado para mi discípula favorita. —Arjuna sonrió a Uttaraa y la tomó en su regazo. Le dijo:Uttaraa, desde hoy serás mi hija.

Yudishthira estaba complacido con las palabras de Arjuna. A la corte de Virata llegó un mensajero de Hastinapura.

Llegó a la corte de Virata cuando yudishthira estaba allí con sus hermanos. Le dijo:

—Estas son las palabras de mi rey Duryodhana: "Debéis prepararon para volver al bosque por otros doce años. Arjuna, uno de los pandavas, fue visto por nosotros antes de que expirara el treceavo año." Este es el mensaje que se te ha enviado. Yudishthira se rió a carcajadas durante largo tiempo. Luego le dijo:

—Vuelve pronto junto a tu señor, maestro y rey y dale mi mensaje: "Que nuestro venerable abuelo Bishma diga si se ha completado el treceavo año o no." Dentro de unos días tendrá un mensaje mío. Dile que esté preparado para responder a esa pregunta. Y hasta entonces, dile que nos deje en paz.

XXII

LA BODA DE ABHIMANYU

Las noticias de que los pandavas habían salido de su ajnatavasa y que habían acabado su exilio volaron de un extremo a otro del mundo. No había otro tema de conversación. Por todas partes la gente discutía acerca de la actitud que debía tomar Duryodhana. Los pandavas se quedaron con la ciudad llamada Upaplavya, la cual pertenecía a Virata. Yudishthira mandó mensajeros a todos sus amigos y aliados: los primeros en recibir el mensaje fueron por supuesto Krishna y Drupada, los cuales se apresuraron a ir a Upaplavya. Balarama iba delante, y le seguía Krishna, que iba acompañado de Subhadra y su hijo, Abhimanyu. La hueste de los vrishnis ya había llegado y los pandavas y Virata salieron a las afueras de la ciudad para recibir a Krishna y a Balarama. Se postraron a sus pies, el encuentro entre los pandavas y Krishna fue muy cariñoso, sus ojos estaban inundados de lágrimas y dijeron:

—Por tu gracia, Krishna, hemos acabado los trece años. Eres nuestro señor y amigo, estamos en tus manos. Tú eres nuestro refugio. Haremos lo que nos pidas que hagamos, nosotros no tenemos ideas propias. Somos tuyos y tú eres nuestro. Tú significas todo para nosotros.

Krishna estaba sobrecogido de emoción cuando miraba a sus queridísimos primos. Sus lágrimas fluían como un río. Draypadi estaba tan emocionada como él. Durante largo rato no pudieron hablar. Las lágrimas ahogaban sus voces. Permanecieron en silencio. Krishna cogió las manos de Draypadi y las levantó, secándole las lágrimas con sus dedos. Le dijo:

—No, Draypadi, no llores, el tiempo de las lágrimas se ha acabado, ahora sonríe. Está cerca el día en que volverá la sonrisa a tu rostro. Seca tus ojos amorosos. Yo me las arreglaré para cumplir la promesa que te hice en el bosque de Kamyaka hace trece años. La enfermedad de tu corazón se curará pronto.

Luego, entraron a Upaplavya. Todos los reyes que querían a Yudishthira habían llegado ya. Estaban contentos de encontrarse con Yudishthira y sus hermanos después de los trece años de exilio. Estaban contentos de que Virata hubiera sido su anfitrión durante un año. El matrimonio de Abhimanyu se iba a celebrar pronto y todos los reyes se quedaron para asistir a la boda.

La boda se celebró con gran alegría. El joven Abhimanyu se parecía a su padre y a su tío Krishna. Fue el novio más hermoso que se sentara nunca ante el fuego sagrado. La novia era una perfecta compañera para este joven león. Hacían una hermosa pareja

sentados ante el fuego sagrado. Dhaumya era el sacerdote que realizaba la ceremonia para los pandavas.

Krishna y Arjuna se sentaron uno al lado del otro sonriéndose a menudo entre ellos.

La ciudad de Virata era como el cielo en la tierra. El matrimonio fue un final adecuado para sus años de sufrimiento. Les hizo olvidar los últimos años. Les hizo olvidar todo. No se acordaban del dolor de los años pasados por la alegría de ver a su hijo feliz. Fue un momento delicioso que disfrutaron cuanto pudieron, ya que sabían que sólo era una pausa, había que discutir grandes cosas, el futuro de Bharatavarsha pesaba en la balanza. Pero eso quedaba todo para el mañana, hoy era el día del matrimonio de su querido hijo Abhimanyu y rehusaban pensar en cualquier cosa que no fuera la luz de amor que brillaba en los ojos de Abhimanyu y la tímida respuesta en los ojos de Uttaraa.

Los huéspedes que habían llegado para asistir a la boda estaban allí con sus ejércitos.

Todos habían venido para asegurarle a Yudishthira que su ejército estaba a su disposición.

Drupada, Dhrishtadyumna y Sikhandi, los hijos de Draypadi, estaban todos allí. Kritavarma y Satyaki, los dos primos de Krishna, también estaban allí.

Draypadi y Subhadra eran las reinas del palacio. Sudeshna era ahora la doncella de asistencia. El palacio del rey parecía la casa de Indra. Los pandavas estaban muy felices.

Krishna y Balarama brillaban en medio del salón como el sol y la luna. Todos los demás no eran sino estrellas acompañantes. Grande fue la felicidad en los corazones de todos durante los días de la boda de Abhimanyu.

5ta. Parte

UDYOGA PARVA

I

LOS PANDAVAS SE REUNEN EN CONSEJO CON SUS ALIADOS

Todos los festejos de la boda habían concluido. Los pandavas sabían que no habría tiempo que perder confiándose en aquel falso sentimiento de seguridad. Sabían que tenían que hablar sobre sus planes futuros con los amigos, que habían venido a desearles fortuna. El salón de las asambleas estaba ahora lleno con los leones de Bharatavarsha, era por la mañana y todo el mundo había acudido temprano al gran salón del rey de la ciudad de Virata. Drupada y Virata fueron los primeros en entrar, eran los veteranos del grupo. Junto a Drupada se sentaron Balarama y Satyaki. Muy cerca del rey de Virata se sentaron Yudishthira y Krishna., y cerca de ellos se sentaron los hijos de Draypadi, Bhima, Nakula, Sahadeva, Arjuna y los hijos de Krishna, Pradyumna y Samba.

El recién casado Abhimanyu se sentó junto a su tío y su padre. El salón era un espléndido marco para esta galaxia de príncipes. Pasaron cierto tiempo hablando de temas sin importancia y por fin la conversación se encaminó hacia el tema que más importaba en sus corazones: el futuro de los pandavas y la suerte del mundo entero. Krishna se levantó del asiento con una expresión sonriente. Una cierta quietud se apoderó de la audiencia mientras esperaban en silencio a que hablara.

Krishna comenzó diciendo:

—Todos conocéis los acontecimientos que llevaron al exilio al noble príncipe Yudishthira, acompañado de sus ilustres hermanos y de Draypadi, su querida reina. Pero una vez más, sólo para refrescarnos la memoria, os recordaré las circunstancias. El tramposo Sakuni derrotó a Yudishthira jugando a los dados, y le quitó su reino y todas sus pertenencias.

Los pandavas tuvieron que pasar doce años en el bosque y otro más ocultos, pero ahora el tiempo de su exilio ha concluido.

Aunque les hubiera sido fácil derrotar a Duryodhana en una lucha, los justos pandavas no siguieron ese otro rumbo; sólo creen en la verdad. Nunca se desviaron del camino del Dharma y prefirieron pasar doce años en el bosque y uno en Virata como se detalló en las condiciones del juego. Han pasado por momentos terribles, y han padecido sufrimientos sin fin; de esto también tenéis noticia. Ahora que ha llegado el

momento de ajustar cuentas, depende de todos vosotros el decidir cuál será el futuro curso de acción a seguir por los pandavas. Debe ser para el bien de la humanidad y no para hacer daño a nadie. Busquemos entre todos el camino que pueda ser beneficioso para los pandavas al igual que para Duryodhana. Deberá estar en consonancia con el Dharma, deberá traer buen nombre a todos y no dañar la reputación de los pandavas ni su honor.

"El noble Yudishthira renunciaría al reino antes que actuar en forma injusta. Antes preferiría vivir como un mendigo en una choza que en un reino ganado por medios injustos.

Este reino de los kurus le pertenece, lo heredó por derecho de nacimiento y el rey Dhritarashtra lo sabía, por eso le dio la mitad de su reino. Le dieron Khandavaprastha que en extensión era la mitad del reino. Más tarde los pandavas cambiaron su nombre por Indraprastha. Este reino fue ensanchado por el valor de los hermanos de Yudishthira, quien realizó el gran Rajasuya y fue aclamado como monarca absoluto del mundo entero. Esta hermosa tierra, como digo, le fue arrebatada por los hijos de Dhritarashtra. Arjuna no fue vencido en una guerra justa; ninguno de los hijos de Dhritarashtra usó la fuerza de sus brazos para conquistar el reino de Yudishthira. A los pandavas no se les dio en absoluto una oportunidad justa. Pero este santo entre los hombres no se quejó, nunca se ha quejado. Incluso cuando eran niños pequeños en la corte de Hastinapura, fueron maltratados por los kurus. No necesito hablaros de la infame conspiración que se tramó en Varanavata, todos la conocéis; pero tampoco entonces se quejó Yudishthira. Va en contra de su naturaleza hablar mal de otros.

"Considerando todas estas cosas, considerando la injusticia que se ha hecho con estos héroes, considerando la maldad y la perversidad de sus primos en Hastinapura, considerando su avaricia en contra de la bondad de este príncipe entre los hombres, considerando que todos somos los benefactores y amigos de los príncipes pandavas, ahora es necesario hacer algo definitivo acerca de esta injusticia. Debemos dar los pasos necesarios para enderezar el mal que se le ha hecho a Yudishthira. Invito a que opinen todos los grandes personajes que se han reunido en esta asamblea. Los kurus merecen ser aniquilados. Los pandavas podían haberlos matado hace mucho tiempo, pero Yudishthira y sus hermanos son personas justas. A Yudishthira no le gusta la guerra. Pero si no se les devuelve su reino incluso después de haber cumplido las condiciones que se le impusieron después del segundo juego de dados, los pandavas tendrán que emprender la guerra contra la hueste de los kurus. Yudishthira tiene muchos amigos que se reunirán alrededor de su insignia y darán su vida por él si se entabla una guerra contra los kurus.

"No obstante, no conocemos las intenciones de Duryodhana. Sin conocer sus ideas, no es posible decidirnos sobre el curso futuro a seguir. Tengo una sugerencia: Que una persona de alta cuna vaya a Hastinapura y hable con el rey Duryodhana en nombre de Yudishthira y que con palabras amables le pida la mitad del reino que le

pertenece a Yudishthira. Si hay alguna otra sugerencia estamos ansiosos por oírla. — Krishna se sentó después de hablar de esta manera tan gentil, poderosa e imparcial.

Balarama se levantó. Todo el mundo miró al hermoso hermano mayor de Krishna, quien tenía un aspecto encantador con la seda azul que vestía. Les miró a todos y dijo:

—Todos habéis oído a mi hermano Krishna, que ha pronunciado palabras llenas de Dharma y sensatez. Su discurso fue imparcial. Habló bien de nuestro Yudishthira y me agradó observar que no desacreditó de ningún modo a Duryodhana. Los pandavas quieren solamente su parte del reino, sólo quieren la mitad de la tierra de los kurus. No quieren todo el reino.

Creo que los hijos de Dhritarashtra deben estarle agradecidos a Yudishthira por este noble gesto de su parte. La guerra puede evitarse si pueden aprovechar esta oportunidad para comportarse magnánimamente. Como sugirió mi hermano, debería mandarse una persona responsable a Hastinapura. Debe ir con la intención de apaciguar a Duryodhana y debe abogar por la causa de Yudishthira. Primero debe saludar a los ancianos de la corte de los kurus: al gran Bishma, a Dhritarashtra, el famoso hijo de la casa de los kurus, a Drona y a su hijo Aswatthama, a Vidura y Kripa. Debe hablar con respeto a Sakuni y Radheya, y debe ser muy político con Duryodhana y sus poderosos hermanos. Este mensaje debe ser muy humilde y explicar con mucha amabilidad los puntos de vista de Yudishthira. No tiene que disentir con Duryodhana, el rey no debe ser provocado.

"Yudishthira reinaba en su trono, pero se dejó llevar por la excitación del juego y perdió su trono ante Duryodhana. Hizo algo absurdo. Los kurus intentaron disuadirle insistentemente de que no jugara, pero no hizo caso. Es un mal jugador y no tiene habilidad en el juego, pero desafió a Sakuni que es un adepto al juego. Había allí miles de jugadores a quienes podía haber vencido fácilmente. Pero no eligió como oponente a ninguno de ellos. Yudishthira desafió sólo a Sakuni y fue vencido una y otra vez. Incluso así siguió jugando. Por esta tontería del rey de Indraprastha no tiene sentido culpar a Sakuni o a Duryodhana. Siendo éste el estado de cosas, que el mensajero use palabras humildes para disuadir a Dhritarashtra y a Duryodhana para que se desprendan de la mitad del reino. No sería sabio ni sensato discutir con Duryodhana. Debe evitarse la guerra. Esto sólo puede hacerse de forma diplomática y se necesita un enviado muy inteligente y diplomático.

Este discurso de Balarama estaba provocando a todos los amigos de Yudishthira.

Cuando los pandavas habían estado en Prabhasa en los días de su Tirthayatra, las palabras de Balarama no eran así. Entonces él quería luchar contra los hijos pecadores de Dhritarashtra, incluso antes de que acabaran los trece años. Para Yudishthira era obvio que había hablado con Duryodhana después de eso. Duryodhana debía haberle dado su propia versión del juego de dados a Balarama y debía haberle

trastocado los hechos. Balarama estaba muy orgulloso de Duryodhana y debió creerse con mucha facilidad lo que se le dijo. Todo el mundo sabía que Sakuni provocó a Yudishthira para que jugara y que fue Sakuni quien no le dejó irse sin jugar. Por supuesto, una vez que comenzó el juego, Yudishthira perdió la cabeza.

Pero esta alteración de los hechos eran lo menos que se podía esperar por parte de los kurus.

Duryodhana sabía que Balarama tenía un punto débil por su afecto hacia él y le fue fácil convencerle de q e no se debía culpar a los kurus en cuanto a la pérdida de reino. El crédulo de Balarama pensó que Duryodhana no era por ello responsable en lo más mínimo. Yudishthira no dijo una sola palabra. Mientras Balarama estaba hablando antes de que acabara su discurso, Satyaki saltó de su asiento y con voz enfadada dijo:

—El alma de un hombre se refleja en sus palabras. Por tus palabras podemos ver lo que hay en tu corazón. En este mundo ha hombres valientes y también cobardes. A los hombres s les puede clasificar como pertenecientes a una u otra de las dos clases. De la misma familia pueden nacer dos tipos de hombres. Del mismo árbol crecen ramas con frutos y sin ellos. No estoy tan enojado por tus palabras como por el silencio e esta gente que te está escuchando sin protestar.

"No puedo entender cómo alguien puede pensar que se le pueda culpar a Yudishthira y cómo se le permite hablar a este tipo de personas en esta asamblea. ¿Osas atribuir la culpa a este santo entre los hombres y crees que tus declaraciones no serán rebatidas?

"¿Cómo puede decirse que los kurus ganaron el juego limpiamente cuando se sabe que Yudishthira no es un jugador hábil y sabiéndolo le retaron a jugar?

"Si el juego se hubiera hecho en la casa del rey en Indraprastha, si los kurus hubieran sido invitados por Yudishthira y sus hermanos a Indraprastha para un juego de dados, y ellos hubieran jugado y ganado, su victoria podría haber sido considerada limpia. Pero los hechos fueron diferentes. Los kurus hicieron que Yudishthira viniera a Hastinapura. Allí ellos le retaron a él, que es un kshatrya, a jugar; así que tenía que hacerlo. Y en ese juego lo perdió todo. Ellos se lo quitaron todo. ¿Crees que ese comportamiento por parte de Duryodhana es digno de príncipes? Yudishthira ha cumplido todas las condiciones del exilio. Ha vivido estos trece años como lo prometió. El reino de su padre le pertenece. ¿Por qué no debe exigirlo? ¿Por qué ha de pedirlo humildemente? ¿Por qué ha de rebajarse y usar palabras suaves para que Duryodhana no se enfade? Aunque esté equivocado, Yudishthira no necesita ir y suplicarle un favor a Duryodhana. Pero sabemos que él no está equivocado en lo más mínimo.

El ha sido ofendido de la forma más cruel por sus primos. Piensa en la justicia de tu querido Duryodhana. El sabía muy bien que el período de su exilio había concluido y aún así envió un mensajero con estas palabras: "Hemos visto a Arjuna, así pues debéis

volver al bosque por otros doce años." ¿A eso le llamas justicia? En tiempos del comienzo del exilio de los pandavas, Vidura le pidió que no fuera tan cruel. Le pidió que les devolviera su reino, pero tu querido discípulo se mantuvo inflexible. Es la persona más avariciosa que existe sobre la faz de la tierra.

"Tengo el presentimiento de que esos mensajes y mensajeros no podrán conseguir nada.

Es una pérdida de tiempo. Conozco a Duryodhana. Déjame ser el mensajero en Hastinapura.

Lucharé contra ese hombre, le heriré con mis flechas afiladas, le arrastraré a la fuerza hasta la presencia de Yudishthira y lo arrojaré a sus pies. Si rehusan no postrarse ante Yudishthira, los mandaré a todos a la morada de la muerte. No podrán enfrentarse con el enfurecido Satyaki, cuando se decida a destruirlos.

"Realmente, ¿hay alguien que pueda enfrentarse al gran Arjuna o a Krishna o a mí? ¿Quién puede enfrentarse a Bhima? ¿Quién es el que puede luchar contra Nakula y Sahadeva que parecerán como mensajeros de la muerte? ¿Quién es suficientemente fuerte como para combatir a los hijos de Drupada, Sidhandi y el nacido del fuego, Dhrishtadyumna? Piensa en los cinco pandavas y en su hijo Abhimanyu. Ellos tendrán de su lado a Gada, a Pradyumna, a Samba y a mí. ¿Quién puede pelear contra este equipo de truenos? Nosotros mataremos a los hijos de Dhritarashtra, a Radheya, a Sakuni y a toda la multitud de pecadores. Nosotros realizaremos la coronación de Yudishthira. Los kurus son unos terribles pecadores que se han propuesto destruir a los pandavas. Nosotros no pecaremos matándoles. Sé lo que piensa Yudishthira. El sabe que Duryodhana no le devolverá el reino: o los hijos de Dhritarashtra le devuelven su reino inmediatamente a Yudishthira, o morirán en la guerra y dormirán en el campo de batalla. Tu sugerencia de que Yudishthira debe suplicar a Duryodhana lo que le pertenece, es un insulto a la grandeza de nuestro rey y al valor de todos nosotros que estamos dispuestos para luchar por él.

Este apasionado discurso de Satyaki ganó la aprobación de todos. Yudishthira miró con afecto a Satyaki, cuya sangre hervía tan fácilmente al oír los insultos dirigidos directamente a él. Krishna sonrió a Satyaki y a Arjuna. El pecho de Satyaki estaba todavía agitado. Sus ojos todavía estaban rojos como el cobre. Lanzó una mirada fulgurante a Balarama y se mordió los labios, que aún se estremecían de furia.

Drupada se levantó y dijo:

—Lo que ha dicho Satyaki es la verdad. Duryodhana nunca devolverá el reino sin que haya guerra. Eso es cierto. El viejo rey Dhritarashtra no tiene voluntad contra su hijo.

Bishma y Drona seguramente serán tan necios como para unirse a Duryodhana.

Radheya y Sakuni están, por supuesto, de su parte. Las palabras de Balarama no me agradan.

No debemos usar palabras suaves con Duryodhana, pues ha echado raíces en el pecado.

Siento que no se debe emplear la amabilidad'. Cuando manejamos vacas y bueyes debemos ser duros. Si le hablamos con suavidad, Duryodhana pensará que estamos asustados. El nunca podrá entender las razones que nos mueven a ser amables. Pensaría que los pandavas son débiles y por tanto incapaces de pelear contra él. Mandaremos un embajador a la corte de Duryodhana, eso por supuesto, pero no es esto lo más importante. Lo más importante es enviar mensajeros a los reyes amigos. Un gran acontecimiento está aguardando en el vientre del tiempo y puede nacer en cualquier momento. Debemos prepararnos para ello. Que Yudishthira mande llamar a todos sus amigos. Salya, Dhrishtaketu y Jayatsena. Que los hermanos Kekaya vengan en nuestra ayuda. Debemos apresurarnos. Duryodhana puede estar también mandándoles mensajeros. La buena gente siempre está de acuerdo en ayudar a quien recurre primero a ella. Debemos anticiparnos a Duryodhana. Debemos recurrir a Bhagadatta, y a todos los otros grandes guerreros. Debemos asegurarnos su ayuda. En cuanto al enviado a Hastinapura, mandaré al sacerdote de mi familia. Es un buen hombre, nacido en una familia noble. Aconsejémosle a él lo que ha de decir a los kurus, Duryodhana, Bishma, Dhritarashtra y Drona. Tengo el presentimiento de que es lo más sensato que podemos hacer.

Krishna aprobó la sabiduría de Drupada, diciendo:

—Las palabras de Drupada son sabias y sensatas. Están llenas de sentimiento hacia la causa de los pandavas. Tiene una gran visión y un gran genio militar. Está bien que haya dado una opinión franca sobre la posible conducta de Duryodhana. En cuanto a nosotros estamos igualmente emparentados con los pandavas y los kurus. Hemos sido invitados a asistir a la boda de nuestro querido sobrino Abhimanyu. Ahora que las celebraciones de la boda han concluido deseamos volver a nuestra Dwaraka. El buen rey Virata nos ha honrado y nos sentimos muy felices. Todos somos sus discípulos y él es nuestro preceptor. Eso es lo que siento cuando le miro. El viejo y experimentado en el arte de la guerra, Drupada, se ha hecho cargo de toda la situación. Siento que se ha ido una gran carga de mi mente. Las palabras de Drupada, con seguridad serán respetadas por Bishma, Drona, Kripa y Dhritarashtra. El mandará al sacerdote de su familia a Hastinapura con las debidas instrucciones. Estoy seguro de ello. Esperamos todos que esta enemistad entre los kurus y los pandavas sea llevada a buen fin, con la intervención de Drupada. Si esto sucede, una gran calamidad, una gran destrucción puede ser evitada. Si, por el contrario, ciego de poder, el orgulloso y obstinado Duryodhana rehúsa entrar en razones, entonces, Yudishthira, mándanos llamar a todos nosotros. Veremos a ese necio de Duryodhana y a todos sus aliados encontrarse con su destino a manos de Arjuna y del bravo Bhima.

Virata rindió honores a los invitados de Dwaraka y se despidió de ellos.

Entonces comenzaron los preparativos para la guerra. Yudishthira y Virata enviaron mensajeros a diferentes partes de Bharatavarsha, pidiendo ayuda y apoyo en la guerra que estaba amenazando estallar en cualquier momento. Muchos de los reyes vinieron enseguida hacia las ciudades de Virata y Upaplavya con sus ejércitos. Duryodhana se enteró por sus espías de la llegada de varios reyes a Matsya para ayudar a Yudishthira y él también comenzó sus preparativos. Sus amigos eran muchos. La tierra estaba cubierta de tropas en rnarcha, algunas en dirección a Matsya y otras hacia Hastinapura.

II

ARJUNA Y DURYODHANA ANTE KRISHNA

Drupada mandó a su propio sacerdote a la corte de Hastinapura. Este brahmán era una persona de alta cuna. El no tenía que humillarse en presencia de la realeza. Estaba acostumbrado a vivir entre reyes y sabía cómo mantener una conducta digna. Drupada le dio las instrucciones necesarias. Le dijo:

—Eres un hombre sabio. Tengo completa confianza en ti. Conoces todos los detalles sobre las injusticias que se le han hecho a nuestro Yudishthira. También lo sabes todo sobre los Kurus. Dritarashtra sabe lo injusto que ha sido el trato que se les ha dado a los cinco pandavas. Aún así, y aunque ha sido aconsejado una y otra vez por Vidura, sólo escuchó las palabras de su hijo. Sakuni, por supuesto, es el genio maléfico del joven Duryodhana.

Habiendo ido tan lejos en su viaje hacia la muerte, los kurus no consentirán en darle su reino a Yudishthira. Por lo tanto, debes dirigir tus palabras a Dhritarashtra.

"El quizá pueda dejarse llevar al camino recto. Vidura añadirá también sus consejos a los tuyos. Tus palabras no harán mella en Dhritarashtra, pero pueden hasta cierto punto hacer reaccionar las mentes de los justos Bishma, Drona y Kripa.

"Ahora debo decirte mi propósito al mandarte a Hastinapura. Cuando tus palabras les hagan reaccionar, les harás sentirse incómodos. Se sentirán avergonzados de apoyar a Duryodhana. Cuando sus guerreros se sientan molestos por las malas acciones que se ven forzados a cometer, Duryodhana tendrá que emplear algún tiempo para ganarse de nuevo sus corazones y su alianza. Este receso es esencial para los pandavas. Ellos podrán concentrarse fácilmente en agrupar las tropas que les ayudarán

y así podremos ganarnos para nuestra causa a los poderosos príncipes que se unirían a Duryodhana si fuese el primero en solicitar su ayuda.

"Dhritarashtra puede convencerse con tus argumentos, aunque tengo mis dudas. Pero aun así el milagro puede suceder y puede que se deje llevar por la compasión hacia los hijos de su difunto hermano, si se le describen sus sufrimientos vívidamente. Debes ser discreto.

No dejes que tus palabras le pongan en sobreaviso. Limítate a exponer los hechos. Los ancianos se sentirán avergonzados de lo que están haciendo si insistes en resaltar el contraste entre sus acciones y las de sus antepasados. Sus mentes pueden estar confusas, pero deben reconsiderar su conducta. Ese es mi propósito. El tiempo que Duryodhana deba gastar en convencerles y atraerles de nuevo hacia su modo de pensar, será precioso para nosotros. Podemos lograr mucho durante este receso que se nos concede. Pienso que es lo mejor que se puede hacer en estas circunstancias. Dependo de ti para hacerlo todo de acuerdo con las reglas del Dharma y el buen obrar.

El embajador fue enviado a Hastinapura. Al mismo tiempo, los pandavas al igual que Drupada y Virata estaban enviando mensajeros a todos los reyes poderosos pidiéndoles que se pusieran del lado de los pandavas en la guerra, si la hubiera. Arjuna fue a Dwaraka para pedir ayuda a Krishna. Los espías de Duryodhana le hablaron del viaje de Arjuna a Dwaraka y Duryodhana fue aconsejado por Sakuni para anticiparse a Arjuna. Por eso, Duryodhana se hizo con los más rápidos corceles que pudo reunir y llegó a Dwaraka antes que Arjuna.

Arjuna llegó poco después. Ambos se encontraron en el vestíbulo junto a los aposentos de Krishna. Duryodhana estaba contento de haber llegado primero. Sonrió a Arjuna y le dijo:

—Parece que ambos tenemos en mente la misma esperanza, dado que hemos intentado llegar a Dwaraka rápidamente; pero, evidentemente, he sido más afortunado que tú. Llegué antes y es justo que Krishna me ayude a mí por llegar primero.

Arjuna dijo:

—No importa quién llegó antes o después. Debemos esperar y ver a quién desea prestar su ayuda Krishna. Hemos llegado los dos. Depende de quien conoce nuestros méritos el decidirlo todo. No estoy preocupado.

Satyaki llegó allí y dijo:

—Krishna está durmiendo. Si esperáis hasta que se levante, le podréis ver. —Clavó sus ojos como dagas en Arjuna como diciendo: "Mira lo que has hecho. ¿No podías haber llegado antes? Vas y lo echas todo a perder permitiendo que esta odiosa persona venga a pedirle a Krishna primero." Arjuna le sonrió y pasó a los aposentos de

Krishna. Duryodhana entró precediendo a Arjuna. Krishna estaba durmiendo. Duryodhana se acercó orgullosamente al lecho y se sentó en un hermoso asiento que había junto a la cabecera. Arjuna, que venía detrás de Duryodhana, se quedó a los pies de la cama y permaneció a los pies de Krishna con las manos juntas y los ojos cerrados. Su mente estaba serena. Estaba en presencia de Krishna. ¿Cómo podían venir a su mente pensamientos perturbadores?

Krishna despertó de su sueño y sus ojos se posaron sobre Arjuna. Se levantó después de sonreírle y se dio cuenta entonces de la presencia de alguien más. Se dio la vuelta y miró en dirección de la cabecera del lecho y vio a Duryodhana. A ambos los recibió con palabras llenas de afecto. Quería saber las razones de su venida. Duryodhana habló con voz amable y segura Le dijo:

—Krishna, sabes lo que pasa entre nosotros, como primos. Probablemente lucharemos por el antiguo trono de los pauravas. Estamos tratando de reunir aliados y ejércitos, y por eso he venido a pedir que nos ayudes en la guerra poniéndote de nuestro lado. —Hizo una pausa y Krishna dirigió sus ojos interrogantes hacia Arjuna. El asintió con la cabeza como diciendo:

"Sí, mi señor, yo también he venido para pedirte que nos ayudes." Duryodhana prosiguió diciendo:— Krishna, tú eres tan amigo nuestro como de los pandavas. Tu parentesco con los pandavas y con los kurus es el mismo, pero yo he venido a ti primero, así que es justo que des preferencia al primero en llegar. Tú eres el más grande entre los grandes. No estaría bien si no siguieras el camino del Dharma. Debes concederme este privilegio, ya que he llegado antes a ti.

Con una mirada triunfal, Duryodhana se sentó sonriendo como si su deseo ya le hubiera sido concedido. Si Krishna se unía a él convirtiéndose en la estrella de su ejército, los pandavas no podrían hacer nada. Estaban indefensos sin Krishna. No se sorprendería si los pandavas decidían volver al bosque antes que pelear contra Krishna. Pensamientos como estos se sucedían en su mente. Mas Krishna, como si adivinara sus pensamientos, dijo dulcemente:

—Duryodhana, te creo cuando dices que llegaste a mí el primero. No es necesario que me lo repitas para hacérmelo creer, te creo. Por supuesto, llegaste el primero, pero me encuentro en un terrible dilema. Estaba durmiendo cuando ambos vinisteis y no sabía nada de la llegada de ninguno de vosotros. Cuando me levanté, mis ojos casualmente cayeron sobre Arjuna primero. Tú llegaste a mí primero, pero yo vi a Arjuna antes. Por lo tanto, pienso que por derecho debería ayudaros a ambos. Tendréis que elegir. Ya que en cualquier decisión el más joven de los dos escoge primero, pediré a Arjuna que elija primero. Pienso que estoy haciendo lo correcto. —Ambos estuvieron de acuerdo con esta sugerencia y Krishna continuó:— Tengo un ejército compuesto de terribles guerreros que son iguales a mí en valor. Se les llama los narayanas y componen un akshauhini. Esa será una de las alternativas. Por otro lado, me tenéis a mí, sólo a mí, y yo no lucharé, he decidido no llevar armas. Ahora tenéis ambas alternativas ante

vosotros. Arjuna, debes pensártelo muy bien antes de hacer tu elección. Por un lado tienes un ejército de un akshauhini y por el otro, un Krishna desarmado, que no luchará. —Les sonrió a ambos y esperó a que Arjuna hablara.

Arjuna se postró a los pies de Krishna. Sus ojos estaban cegados por las lágrimas. Cogió la mano derecha de Krishna entre las suyas y dijo:

—Tú, mi señor, te quiero a ti. No quiero nada más en este mundo, te quiero a ti.

Duryodhana, por su parte, se puso muy contento de haber conseguido el gran ejército de Krishna. Sintió que, sin su ejército y sin armas, Krishna no les serviría de mucha ayuda a los pandavas. Se podían dar por vencidos. Dio las gracias a Krishna profusamente y abandonó su presencia después de despedirse de él. Una extraña sonrisa iluminó los labios de Krishna mientras observaba a Duryodhana lleno de felicidad.

Duryodhana se dirigió a la presencia de Balarama y le contó lo ocurrido. Balarama dijo:

—Mi querido Duryodhana, habrás oído por tus espías que hablé en tu favor en la asamblea de la ciudad de Virata. Después, reprendí a mi hermano por ponerse del lado de los pandavas. Intenté hacerle comprender de que estábamos igualmente emparentados con ambas partes. Pero Satyaki y Krishna no son imparciales. Ellos van en mi contra. Ahora me dices que Krishna se ha puesto del lado de los pandavas. Siento oír eso, no puedo vivir sin Krishna ni un momento. No puedo ponerme de tu parte y pelear contra mi hermano que es parte de mí.

Ya le he dicho a Krishna que no tomaré parte en esta guerra. Lo siento, no puedo luchar. En cuanto a ti, has nacido en el seno de la ilustre familia de los grandes kurus. Tú has sido mi gran favorito. Eres bravo, valiente y orgulloso. Ve y pelea de la forma que corresponde a tu rango y raza, y compórtate como un verdadero kshatrya. No traigas la vergüenza a la casa que te honra.

Duryodhana abrazó a su guru y dejó la presencia de Balarama con lágrimas en los ojos.

Balarama estaba muy apenado por aquel desafortunado juguete del destino. El sabía muy bien cuál sería el destino de este príncipe. Cuando Krishna decidió ponerse del lado de los pandavas el destino de Duryodhana quedó sellado. Pero la rueda del tiempo se mueve sin cesar, nadie puede detener su curso. La tierra estaba condenada. Desde el momento que Arjuna le eligió, Krishna se convirtió en el maestro de ceremonias: Balarama vio todo esto con su ojo interior, sabía que no serviría de nada pensar sobre ello y con un gesto de impaciencia, pidió un cuenco de vino.

III

ARJUNA LE PIDE A KRISHNA QUE SEA SU AURIGA

Después de que Duryodhana se fuera, Krishna le dijo a Arjuna: —¡Es una tontería lo que has hecho, amigo mío! ¿Por qué me has escogido a mí, desarmado como estoy, en lugar de a mi poderoso ejército? Tu mente se ha nublado con los últimos acontecimientos. Pienso que lo que has hecho no tiene sentido.

Arjuna se rió a carcajadas por largo rato. Le dijo:

—Mi señor, ¿qué me importa lo que suceda en la guerra? ¿Qué me importa quién pelee en cada lado? Te queremos a ti. "Tú has sido nuestro guía y nuestro amigo. ¿Crees que no te conozco? Estás intentando probarme. Quiero que cojas las riendas de mis caballos blancos.

"Si entro en el campo de batalla contigo como auriga, el mundo entero sabrá y verá cómo el Dharma se establece en este mundo lleno de pecado. Mi señor, no será un látigo lo que sostengas en tus benditas manos, será el cetro del Dharma. Mi señor, tú eres el mismo Dharma, que ha tomado forma humana, para mayor gloria de los pandavas. Seré conocido en el futuro como el hombre al cual el Señor dirigió a través del campo de batalla. Mi nombre será inmortal porque serás llamado Parthasarathi.

"Cuando las riendas de mis caballos estén en tus manos ¿de qué debería preocuparme?

Estando las riendas del carro de la vida en tus manos, ¿por qué habría de preocuparme la muerte? En esta vida tormentosa que vivimos, somos como una barca atrapada por un temporal. Tú serás el único que puede llevarla a la playa. Te tenemos a ti; donde está el Dharma, está la victoria y donde está Krishna está el Dharma, lo sabemos bien. Por favor, no te burles de mí. Te conozco, te quiero y te tengo. No hay nada más que yo desee en este mundo. Tú labrarás esta tierra llamada Bharatavarsha. La empaparás profundamente con la sangre de los lujuriosos kshatryas. En esta tierra vas a sembrar las semillas del Dharma, la verdad y la bondad. Tú curarás esta tierra de los venenos que intentan arrancarle la vida. La primavera será más verde gracias a ti. Las nubes de lluvia serán más oscuras gracias a ti. El invierno será más puro gracias a ti. Estoy contento porque tú estarás con nosotros para siempre jamás.

"Nuestros enemigos serán aniquilados por ti o incluso por mí, esa no es la cuestión. El mundo sabrá que Krishna se puso del lado de los pandavas, eso es todo lo que quiero.

Krishna estaba muy complacido con las palabras de Arjuna, le tomó de la mano derecha y le condujo dentro del palacio. Satyaki les estaba esperando ansiosamente. Krishna le sonrió y le contó todos los acontecimientos sucedidos en la última hora. Le dijo:

—Mira, Satyaki, Arjuna tomó mi mano derecha en la suya ganándose su propia derrota.

Con un suspiro de alivio, Satyaki dijo:

—Gracias a Dios, todo ha salido según nuestros deseos. ¡Si supieras lo enfadado que estaba con Arjuna por haber llegado después de Duryodhana! —Hubo un momento de silencio y luego Satyaki dijo:— Duryodhana ha ido a visitar a Balarama. Krishna, ¿qué pasará si Balarama accede a ponerse de su lado? Kritavarma me ha dicho que se va a poner del lado de Duryodhana.

Krishna le contestó:

—Satyaki, no te preocupes, Balarama ha decidido permanecer fuera del campo de batalla, no va a pelear. Intentó disuadirme de que no me uniera a los pandavas, pero no accedí. Está disgustado conmigo, pero lo más importante es que no va a luchar.

Después de unos momentos, Krishna dijo:

—Puedo ver el astuto cerebro de Sakuni detrás de esta prisa de nuestro amigo Duryodhana. Sakuni sabe que mi amistad le es muy necesaria a los kurus, por eso me ha enviado a Duryodhana, pero este hombre ignorante no sabe que a él le ha sido otorgada la cáscara de la fruta y que Arjuna se ha quedado con la pulpa. Es todo obra del destino. Estoy contento de haberme evitado la incomodidad de decir "no" a Duryodhana, por el retraso de la llegada de Arjuna. Si no hubiera visto a Arjuna primero no sé qué hubiera hecho.

Satyaki dijo:

—Sé lo que hubieras hecho. Le habrías dicho que ya habías decidido ayudar a los pandavas y que no aprobabas las acciones de los hijos del rey ciego. Se te ahorró el tener que pronunciar estas francas palabras, eso es todo; te conozco, Krishna.

Krishna sonrió y dijo:

—Hoy todo el mundo parece conocerme, excepto yo. Arjuna dijo "Te conozco" y ahora tú también dices "Te conozco". Y esta mañana temprano, cuando mi señor Balarama y yo estuvimos discutiendo sobre la guerra, me dijo: "Te conozco, Krishna. Eres partidario de que esta guerra tenga lugar. Has decidido la muerte de Duryodhana y Radheya. No quiero pelear contra ti. No puedo permitírmelo. En lo que a mí respecta,

no me importa lo que les suceda a los pandavas o a los kurus. Sólo lo siento por Duryodhana, es un buen chico, es su horrible padre quien le ha llevado a este estado. El tiene muchas nobles cualidades. Pero eso no perdurará en la memoria del mundo de los hombres. Ellos sólo recordarán el juego de dados y el exilio de los pandavas. Me hubiera gustado que alguien como yo hubiera ido a Hastinapura.

Se envió a la persona incorrecta. De cualquier forma los dados han sido arrojados de nuevo.

Esta vez han sido desfavorables a los kurus. Sakuni manejó una vez los dados trucados, pero esta vez los dados los has manejado tú, Krishna, y están tan trucados como los de Sakuni.

Conozco bien los destinos que aguardan a los pobres Duryodhana y Radheya. Vas a jugar con esos kshatryas como títeres. Sé lo que va a suceder. Te conozco, Krishna, no lo discutamos más. Voy a permanecer alejado de esta guerra." Satyaki, Balarama no está nada contento, pero no estoy de acuerdo con él. No es justo quedarse a un lado y ver cómo se comete una injusticia. Hay veces en que una intervención activa es necesaria. A los hijos del pecador Dhritarashtra no se les podrá permitir seguir así. La hora del ajuste de cuentas ha llegado.

Deben sufrir por sus pecados y no lo siento por ellos. Es cierto lo que dijo Balarama, es verdad que esta falta de Duryodhana ha eclipsado todas sus buenas cualidades. Pero eso no significa que Yudishthira, el más noble entre los hombres, deba sufrir y sufrir para siempre.

Lo que Duryodhana les ha hecho a los pandavas y a la orgullosa Draypadi, no puede quedar sin castigo. El juramento de Bhima no puede dejar de cumplirse. Estas cosas han sido predestinadas. Depende de nosotros cerciorarnos de que los pandavas ganen esta guerra. La idea de la guerra me es tan odiosa a mí como a Yudishthira. Trataré de evitarla por todos los medios, pero sé que todos mis intentos fracasarán. Aun así, voy a intentarlo. Pero ahora, vayámonos a Upaplavya. Yudishthira debe de estar esperando muy ansiosamente nuestra llegada.

IV

EL EJERCITO DE LOS KURUS Y EL DE LOS PANDAVAS

Salya supo que los pandavas habían terminado su exilio y estaba planeando ir a verles.

Justo cuando lo estaba considerando, los mensajeros de Yudishthira llegaron a su reino.

Yudishthira le había pedido que se pusiera de su lado durante la guerra que parecía inevitable.

Salya estaba muy contento de poder ayudar a su sobrino y partió de la ciudad con un ejército de un akshauhini, dirigiéndose hacia Upaplavya. Le acompañaban sus poderosos hijos.

Duryodhana oyó que Salya había iniciado su marcha hacia Upaplavya y decidió granjearse la amistad de aquel gran guerrero. Organizó los preparativos, planeando que el ejército de Salya descansara por el camino en varios sitios. Erigió campamentos dotándoles de toda la comodidad necesaria para suministrarles avituallamientos y entretenimientos que con toda seguridad agradarían al rey de Madra. Duryodhana tomó especial cuidado de las comodidades de Salya a quien se le atendió como si fuera Indra. Salya estaba muy complacido y halagado. Pensaba que todos estos preparativos habían sido organizados por Yudishthira.

Mandó buscar a los sirvientes que habían hecho los arreglos y les preguntó: —¿Dónde están los agentes de mi sobrino Yudishthira que se han tomado tantas molestias? Me gustaría reunirme con ellos y recompensarles por esto. Por favor, pedidles que vengan ante mí para poder mostrarles mi gran aprecio.

Los sirvientes no sabían qué decir a esto. Así que fueron a Duryodhana y le contaron todo. El monarca kuru se dio cuenta que Salya estaba tan agradecido que incluso daría su vida como muestra de su aprecio. Duryodhana pensó que había llegado el momento de presentarse ante Salya.

Duryodhana fue al campamento de Salya y se hizo anunciar. Fue una gran sorpresa para Salya cuando vio que era Duryodhana el responsable de todo aquello. Estaba muy complacido con él. Le abrazó y le dijo:

—Dije que recompensaría a la persona que ha tomado tantos cuidados conmigo. Mi palabra queda en pie. ¿Qué puedo hacer para mostrarte mi agradecimiento?

Duryodhana le dijo:

—Sólo una cosa puede agradarme, mi señor. Estoy a tus pies rogándote un don: por favor, ponte de mi lado y ayúdame en esta guerra.

El pobre Salya no sabía qué decir. Había dado su palabra y tenía que mantenerla. Le dijo:

—Mis sobrinos Nakula y Sahadeva junto con el noble Yudishthira, me han mandado llamar, voy con mi ejército a ayudarles. Pero tú te has ganado mi corazón con el amor que me has mostrado. Te complaceré. Me pondré de tu lado y pelearé contra mis sobrinos. Pero primero debo ir ante Yudishthira y explicarle todo. Quiero verle y darle mis bendiciones. Ha pasado por muchas dificultades. Debo ir y saludarle.

Al rey Duryodhana no le era posible evitar aquello, y le dijo:

—Ciertamente es justo que vayas; pero, por favor, vuelve pronto y no olvides tu promesa.

Salya dijo:

—No la olvidaré. Puedes volver a tu ciudad. Veré a mis queridos sobrinos y volveré junto a ti.

Salya se puso en marcha hacia Upaplavya, donde se encontró con los pandavas.

Yudishthira se le acercó y se postró ante él, luego vinieron los otros hermanos. Salya les abrazó a todos y les dijo:

—Me alegra encontraron a todos sanos y salvos después de estos terribles trece años.

Estoy contento de ver a la orgullosa Draypadi sana y salva.

Se sentaron juntos y hablaron sobre los recientes acontecimientos. Salya con mucha delicadeza les hizo saber la promesa que le había hecho a Duryodhana. Yudishthira estaba muy disgustado. Pero él era muy justo. Le dijo:

—Comprendo que le concedieras ese don a Duryodhana por la grandeza de tu corazón.

Eso honra a un hombre noble como tú; puedes volver al campamento de los kurus. Es una desgracia que tengamos que combatir contra nuestro tío por culpa de esta guerra.

Los ojos de Yudishthira se llenaron de lágrimas. Salya se sentía muy infeliz por aquella precipitada promesa que ahora le obligaría a luchar contra los hijos de su difunta hermana. Su corazón estaba apesadumbrado. Le dijo:

—Me gustaría que esto no hubiera sucedido. Sabéis cuánto os quiero a todos, pero ahora me siento obligado a hacer algo que va en contra de mis sentimientos.

Yudishthira le dijo:

—Hay algo que puedes hacer para ayudarnos. No tienes que dejar a Duryodhana y venirte con nosotros, no es eso lo que tengo en mente. Yo también voy a pedirte un favor y como tío mío debes concedérmelo.

Salya le dijo:

—Ciertamente intentaré compensarte por este desafortunado incidente.

Yudishthira le dijo:

—Cuando pienso en la guerra, no me preocupa nadie excepto Radheya. El ha sido siempre el rival de Arjuna. Cuando la pelea entre Arjuna y Radheya tenga lugar, se te pedirá que seas su conductor. Tu habilidad es equiparable a la de Krishna en el arte de conducir un carro en el campo de batalla. Cuando tenga lugar este duelo predestinado entre Radheya y Arjuna, debes proteger la vida de mi Arjuna. Si realmente nos aprecias debes desalentar a Radheya. Eso condicionará mucho su estado de ánimo. Debes compararle con Arjuna convenciéndole de que Arjuna es mejor guerrero que él. Sé que es impropio pedirte esto, pero debes hacerlo, tengo miedo de Radheya.

Salya le dijo:

—Yudishthira, te prometo hacer lo que pueda para ayudar a Arjuna en el duelo entre los dos rivales. Ridiculizaré a Radheya y le haré perder su confianza. Puedes estar seguro que te prestaré esa ayuda. Los sufrimientos de Draypadi y de los hijos de Pandu no quedarán sin venganza. Tus días de sufrimiento pronto acabarán. Gobernarás la tierra, yo te bendigo de todo corazón. Ganarás esta guerra. —Salya dejó a los pandavas y fue a Hastinapura. Su corazón estaba apesadumbrado. Apreciaba a los pandavas y no le agradaba pelear contra ellos.

Los aliados habían comenzado a llegar a ambas partes. Muchos fueron a Upaplavya. El primero en llegar fue Satyaki con un akshauhini. El siguiente fue

Dhrishtaketu, el rey de los chedis, con un akshauhini. La siguiente llegada fue la de Jayatsena, el hijo de Jarasandha, con otro akshauhini. Los siguientes fueron los cinco hermanos Kekaya con un akshauhini.

Drupada vino después trayendo también un akshauhini, le acompañaban sus hijos, Sikhandi, Dhrishtadyumna y los hijos de Draypadi. Virata vino con otro akshauhini, con él venían sus hijos y hermanos. El rey de Pandya y Nila, y el rey de Mahishmati, vinieron con sus ejércitos, que sumándolos todos formaban otro akshauhini. Así pues, sumando todos los ejércitos sumaban siete akshauhinis. Su ejército cubría la tierra. Parecía como si el mar hubiera olvidado los límites que le fueron impuestos y hubiera penetrado en la tierra.

Hastinapura, por otra parte, se estaba llenando también con los ejércitos de los aliados de Duryodhana. Bhagadatta, con un akshauhini, fue el primero en llegar. Luego llegó Salya con otro akshauhini. Bhurisravas, Kritavarma, Jayadratha, Sudakshina el rey de Kambhoja, Vinda y Anuvinda y los hermanos Avanti, trajeron cada uno de ellos un akshauhini. También habían llegado muchos otros, cuyos ejércitos totalizaban juntos tres akshauhinis.

Contando todas las tropas que habían llegado a Hastinapura, Duryodhana disponía de once akshauhinis para hacerle frente a los siete de los pandavas.

Las ciudades de Hastinapura y Virata habían sido invadidas por aquellos poderosos ejércitos. El ejército de los kurus había acampado a lo largo de las orillas del río Ganges.

V

LOS PANDAVAS Y LOS KURUS SE INTERCAMBIAN MENSAJES

El brahmán que había sido enviado a la corte de Hastinapura llegó a aquella ciudad y se dirigió a la corte de Dhritarashtra. Oyendo que había sido enviado de parte de los pandavas, Bishma, Vidura y Dhritarashtra le recibieron con todos los honores. Se mostraron solícitos con él, rodeándole de todo tipo de comodidades. Se mostraron muy hospitalarios. Luego se reunieron con él en la gran sala del consejo, donde se habían citado para oírle hablar.

El les dijo:

—Esta es una gran asamblea y sabréis que entre los hombres es popular aquél que conoce el significado de la rectitud. Todos conocéis las normas que ha de seguir un kshatrya y un rey.

También conocéis los derechos de los reyes. Todo el mundo sabe que los reyes Dhritarashtra y Pandu son ambos hijos del mismo padre. Este reino pertenece a ambos por derecho natalicio, no hay duda sobre ello. Siendo así que los hijos de Dhritarashtra tienen su reino, ¿cómo es que a los hijos de Pandu no se les concede tener el suyo? Los hijos de Dhritarashtra se lo han quedado todo y han tratado una y otra vez de matar a los hijos de Pandu. Sin embargo, no pudieron conseguirlo, sus intentos no tuvieron éxito.

Los pandavas se las arreglaron para tener un reino propio y lo engrandecieron por sus propios esfuerzos. Mas ese reino les fue arrebatado mediante el engaño, por Duryodhana y Sakuni. Bien saben los ancianos de esta corte que así ha sucedido, e incluso consintieron que así fuera.

Ellos y su querida reina Draypadi tuvieron que sufrir las más grandes indignidades en esta misma corte. Los pandavas tuvieron que pasar doce años en el bosque y un año escondidos. Fueron doce años de grandes dificultades y el treceavo año lo pasaron haciendo servicios menores. Pero los pandavas no quieren recordar todo esto, sólo quieren su mitad del reino.

Depende del amor por la justicia que tengan los ancianos de esta corte el que decidan coaccionar a Duryodhana a entregarle a Yudishthira lo que es suyo. El noble Yudishthira quiere sólo su mitad del reino, no quiere la guerra. No desea la destrucción de toda la raza de los kshatryas.

"Sin embargo, si ha de haber una guerra, por la avaricia de Duryodhana, los pandavas quieren que se sepa que no están indefensos. Yudishthira tiene siete akshauhinis a su disposición. Varios reyes están dispuestos a entregar sus vidas por su causa. Tienen a Satyaki, Bhima, Nakula, Sahadeva y a Arjuna, que es más grande que el propio Indra y que tiene a Krishna como conductor y amigo. Por favor, haced que Duryodhana les devuelva su reino, o si no, decidle qué se prepare a enfrentarse a la ira de los pandavas.

Bishma escuchó las palabras del embajador y le dijo: —Estoy muy contento de oír que los pandavas están bien, que tienen a Krishna como amigo, que tienen numerosos reyes dispuestos a ayudarles y que a pesar de su poder, se inclinan a seguir el Dharma, para bien general del mundo. Estoy contento dé saber que Yudishthira se inclina por la paz. Lo que vuestra excelencia ha dicho hasta ahora es verdad, no hay duda de ello.

Eres un brahmán y por eso tus palabras son muy directas y punzantes, aunque tu diplomacia deja mucho que desear. No obstante, todo lo que has dicho es cierto, los

pandavas han sido maltratados por culpa de sus primos, y sus sufrimientos han sido innumerables.

Además, tienen derecho a la tierra de sus antepasados. Tus afirmaciones sobre Arjuna son también ciertas, no hay nadie que le iguale, todos nosotros lo sabemos.

Mientras Bishma hablaba, Radheya se levantó y dijo: —Esta no tiene fin. —Miró a Duryodhana y se dirigió al brahmán, diciéndole:— Es una estupidez y una tontería repetir lo mismo una y otra vez. Tu Yudishthira fue derrotado en un juego de dados por Sakuni quien jugaba en representación de Duryodhana.

"Yudishthira se fue al bosque prometiendo obedecer ciertas condiciones que le fueron impuestas. Ahora, sin haber hecho caso de las condiciones, quiere que se le devuelva su reino y mientras viven del apoyo que han conseguido de los matsyas y de Drupada, su suegro.

Escúchame, hombre sabio, conozco a nuestro rey Duryodhana. No puedes asustarle, no entregará ni un pequeño trozo de tierra por miedo. Si fuera correcto el hacerlo, daría el reino entero, todo lo que él quiere es que se respete la justicia. La demanda de los pandavas no es justa, no han cumplido las condiciones. Diles que se vayan al bosque por otros doce años de acuerdo con las condiciones y que luego vuelvan y vivan como súbditos de Duryodhana y como sus vasallos. Pídele a Yudishthira que sea inteligente y que renuncie a esta injusta demanda de un reino que no les pertenece. Si los pandavas insisten en la guerra, un día se acordarán de mis palabras.

A Bishma no le gustaron estas palabras de Radheya y se enfadó mucho. Dijo:

—Radheya, estoy harto de tus palabras. Recuerda lo que hiciste recientemente cuando Arjuna peleó con seis grandes guerreros todos a la vez. No creo que te guste que se te recuerde lo que hiciste en esa ocasión. En el reino de Virata viste cómo nos derrotó a todos. ¿Le venciste? ¡De ningún modo! ¡tuviste que salir corriendo para salvar tu vida! Si nosotros no hubiéramos hecho lo que nuestros brahmanes dijeron, todos hubiéramos muerto en la batalla. Sé que Duryodhana y su grupo de malvados consejeros serán destruidos.

Dhritarashtra intervino apaciguando a Bishma y le habló a Radheya muy severamente.

Le hizo saber que desaprobaba sus palabras y le dijo:

—Radheya, estoy seguro de que el gran Bishma está diciendo lo mejor para todos, tanto para los kurus como para los pandavas. No es justo que le hables así a un buen consejero. —Dhritarashtra se volvió hacia el mensajero de Drupada y le dijo:— Te pido que vuelvas con los pandavas y les digas que mandaré a Sanjaya con mi mensaje.

Tengo que consultarlo con mi corte antes de llegar a una decisión; por favor, di a mi hijo Yudishthira que Sanjaya se reunirá con él pronto.

El brahmán volvió a Upaplavya y les contó a los pandavas todo lo que había ocurrido en la corte de Hastinapura, les dio una detallada relación de los acontecimientos y les habló con toda precisión del ejército que se había reunido para ayudar a Duryodhana, describiéndoles su dimensión y poder. Todos escucharon su informe, tras lo cual quedaron a la espera de la llegada de Sanjaya, que les traería el mensaje del rey.

A los pocos días vino Sanjaya, quien fue recibido con gran amor y respeto por Yudishthira, intercambiándose entre ellos saludos de mutuo afecto. Después de hacerse las preguntas y respuestas convencionales, Yudishthira le dijo:

—Sanjaya, espero que los ancianos de la corte no hayan hablado mal de nosotros y que traigas noticias agradables de Hastinapura. No sé lo que vas a decir, pero espero que Duryodhana y sus amigos nos recuerden como es debido. Estoy seguro de que no han olvidado a Arjuna y su valor y que saben que es un poderoso oponente en la guerra. También deben recordar a Bhima y la habilidad con la que maneja la maza. Supongo que recordarán las conquistas que Bhima realizó durante los días del Rajasuya. También deben acordarse de mis hermanos Nakula y Sahadeva. Espero que Duryodhana recuerde la lucha que sostuvo con el gandharva llamado Chitrasena durante nuestro exilio. Duryodhana no puede haberse olvidado tan rápidamente de lo que ocurrió en Dwaitavana.

"Debe recordar que debe su vida a mis buenos hermanos que pelearon con el gandharva y rescataron a sus primos. —Yudishthira se detuvo por un momento y mientras brotaban lágrimas de sus ojos, le dijo:— Sanjaya, una buena acción no es suficiente para alcanzar la felicidad. Eso es evidente, pues puedo ver que todos mis intentos de ganarme el amor de Duryodhana han sido inútiles.

Sanjaya comenzó a hablar y dijo:

—En la corte de Dhritarashtra, rodeando a Duryodhana hay gente buena y gente mala.

Sería un pecado por parte de Dhritarashtra si se comportara mal contigo. Tú eres muy justo y, ciertamente, no aprueba que se te haga ninguna injusticia. Se duele por lo que te ha hecho, día y noche. Tampoco ha olvidado el valor de sus sobrinos en el arte de la lucha.

Recuerda a Bhima y a su maza y tiene varias pruebas de la grandeza de Arjuna. Se ha tomado la molestia de hacer indagaciones sobre tu destino durante los doce años de tu exilio.

"Lo que nos guarda el futuro nadie puede preveerlo, ¿quién hubiera pensado que tú, el monarca del mundo, tendrías que pasar trece años en el exilio?

"El rey depende enteramente de tu inteligencia para encontrar la forma de evitar este peligro inminente. Sabe que los hijos de Pandu jamás se apartarán del camino del Dharma, por razones de su propio bienestar. Así pues, espera que tú con tu inteligencia te las arregles para evitar que los hijos de Dhritarashtra y Pandu luchen unos contra otros. El rey se ha reunido en asamblea con su corte y te envía este mensaje. Por favor, escucha atentamente.

Yudishthira pidió a todos los héroes que se reunieran. Allí estaban: Krishna, Satyaki, Virata, Drupada, Dhristadyumna y los cuatro hermanos de Yudishthira. Sanjaya repitió textualmente las palabras de Dhritarashtra: "Mando mis mejores deseos a mis hijos Yudishthira, Bhima, Arjuna, Nakula, y Sahadeva. También a mis queridos Krishna, Satyaki, Chekitana, Virata y Drupada. Estoy seguro que Dhrishtadyumna y Draypadi estarán también presentes cuando estas palabras sean pronunciadas. Mi querido Yudishthira, te pido que seas partidario de la paz. Tú posees todas las buenas cualidades. Eres famoso por tu amor a la justicia, por tu odio hacia cualquier forma de perversidad y por tu nobleza.

"Has nacido en el seno de una gran familia y jamás harás algo que acaree la vergüenza al nombre de la familia. Tú que amas la virtud, jamás concebirás la posibilidad de cometer una bajeza. Después de vivir todos estos años actuando con rectitud, si cometes un acto vergonzoso, mancharías tu buen nombre, como una gota de tinta negra que cae sobre un paño blanco. Espero que no estés dispuesto a hacer algo que causaría la destrucción del mundo entero. Es un pecado que te conduciría al infierno. ¡Estás dispuesto a destruir el mundo! ¿No es eso un pecado? Que ganes o pierdas no tiene la menor importancia.

"No hay nada como el sacrificio de uno por el bien de la familia. De hecho, sólo serán benditos aquellos que junto con sus amigos y consejeros, en vez de destruir a sus primos, por el contrario renuncien a su bienestar por el bien de la familia. "Si insistes en luchar contra los kurus, puede que les destruyas, pero ¿qué conseguirías con eso? Serás infeliz toda tu vida, ya que la muerte de los parientes no trae felicidad. Si vives después de la muerte de tus primos serás como un muerto en vida. Tu ejército es poderoso y cuentas con muchos grandes héroes que lucharán a tu lado. Cuentas con la ayuda de Krishna y puedes conseguir la victoria, pero también el ejército kuru es poderoso, es invencible. Bishma, Drona, Kripa, Aswatthama, Radheya y una gran hueste de héroes componen el ejército de los kurus. El ejército del hijo de Dhritarashtra es muy poderoso. Debes pensártelo dos veces antes de decidirte por la guerra.

No obstante, Yudishthira, siento que nada bueno puede surgir de la victoria o de la derrota.

Los hijos de Kunti que han sido justos durante todos estos años no deben manchar ahora su nombre y su reputación con este acto. Por lo tanto, junto mis manos y permanezco ante Krishna y Drupada para suplicar que esta calamidad pueda evitarse. Tengo la esperanza de que Krishna y Arjuna no despreciarán mis palabras. Digo esto por el bien del mundo. Krishna y Arjuna preferirían morir antes que desobedecerme. Me sumo a mi tío Bishma en la petición de que abandonéis la idea de hacer la guerra. Por favor, pensad en la forma de consolidar la paz entre los hijos de Pandu y Dhritarashtra."

Yudishthira estaba sorprendido y contrariado por las palabras de su tío. Lleno de enojo, dijo: —¡Pero esto es injusto! Mi honorable tío está tratando de acusarme de crueldad deliberada. Por supuesto que quiero la paz, yo no he declarado la guerra; estoy muy en contra de este enfrentamiento con mis primos. Mediante mi sacerdote les hice saber que no quería la guerra, que quiero la paz. ¿Quién querría la guerra cuando es posible evitarla con un pacto?

"Habiendo vivido en este mundo durante tantos años. ¿crees que no he obtenido suficiente sabiduría como para comprender la grandeza de la paz? ¿Qué maldito idiota querría luchar si puede conseguir lo que quiere sin tener que luchar por ello?

"Los hijos de Kunti tienen fama de ser fieles seguidores del camino del Dharma. Este es un hecho que todo el mundo conoce.

"He comprendido una cosa. Por mucha leña que se le eche al fuego éste jamás se satisface. Su apetito crece al tiempo que aumenta la leña. La ambición de Dhritarashtra es como el fuego, cuanto más tiene más quiere. Si no hubiera sido por eso, nunca hubiéramos tenido que vagar por el bosque como mendigos. Aun así, hemos sido lo suficientemente magnánimos como para no tener en cuenta todo eso. Veo que el rey tiene problemas consigo mismo; busca protección en la nobleza de otros mientras que él carece por completo de esa cualidad. Creo que está cometiendo un gran error y además es el culpable de algunas de las cosas que nos han sucedido: dile ahora que se prepare para las represalias. El rey está en plena prosperidad, ¿por qué llora y se lamenta? Es él quien ha incitado a su hijo hacia el pecado y el juego sucio. El ha aumentado y avivado su ruindad pensando sólo en una c s a: complacer a su hijo. Duryodhana no hace caso a las pala ras de su tío Vidura, que es su mejor amigo y consejero. Peo Duryodhana y su padre también le han tratado como si fuera un enemigo declarado. Dhritarashtra, preocupado solamente en complacer a su hijo, permitió a sabiendas todas las injusticias que cometió en su corte. Quiere tanto a Duryodhana que no hace ningún caso a las advertencias de Vidura, q e de entre los kurus es el más sabio y el que ve las cosas con más amplia visión.

"El único deseo del rey en este mundo es satisfacer a su hijo. Su hijo está enfangado en el pecado. Es orgulloso, arrogante y altivo y no siente respeto por los ancianos. Su lengua es falaz y su lenguaje no es digno de un hijo de la familia más antigua d la tierra: es vil.

Por un hijo así, ese rey tuyo, ese Dhritarashtra, de forma conciente y muy gustosamente le volvió la espalda al Dharma.

"El d a que se jugó el juego de dados, Vidura le pidió al rey que detuviera el juego, pero el rey no prestó atención a sus palabras. Lo único que decía era: "¿Quién ha ganado?"

Eso era lo único que el anciano decía cada vez que se arrojaban los dados. Estaba tan contento como sus hijos de que yo perdiera mi reino. Duryodhana al menos es claro y franco manifestando su odio por los pandavas. Con él sabemos a qué atenernos, pero mi tío es diferente. Tiene el corazón de su hijo pero no su coraje. Duryodhana al menos dice que no me devolverá el reino y que tendremos que luchar por él. Pero este rey es más malvado que Sakuni. Trata de hacer ver que yo quiero la guerra y que él quiere la paz. El día que se jugó el juego de dados vi que el rey no prestó atención a las palabras de Vidura y supe que la destrucción de los hijos del rey estaba muy cerca.

"Sanjaya, considera la corte de los kurus. Piensa en sus gobernantes. La corte está presidida por el pecador y egoísta Duryodhana. Sakuni, Dussasana y Radheya, el sutaputra, son los legisladores. No veo posibilidad alguna de que florezca el reino mientras siga siendo descarriado por esta gente. Dhritarashtra quiere la tierra entera, quiere que su soberanía sea indiscutible. ¿Cómo va a ser eso posible, cuando me ha quitado el reino valiéndose de trampas y se agarra a él como un niño se agarra a un juguete que le ha arrebatado a otro de las manos? ¿Cómo pretende quedarse con él por largo tiempo sin que se lo pide su verdadero dueño? Nosotros somos buena gente, pero recuerda que Yudishthira no es tonto. Dile a tu rey que piense en todo lo que nos ha ocurrido durante todos estos años por causa suya y de sus hijos. Dile que sólo estoy pidiendo que sea justo. Dile que debe devolverme mi reino, mi Indraprastha. Si Duryodhana me lo devuelve no habrá guerra.

Sanjaya dijo:

—No has oído el mensaje entero. Aún tengo que decirte algo más. El rey dice: "Considera que la vida del hombre en esta tierra es corta. ¿Por qué dejar que acabe en infamia? Una vida vergonzosa es lo mismo que la muerte en vida. Quizá los kurus no renunciarán a su reino, a menos que haya una guerra se aferrarán a él; pero más te valdría que pasaras el resto de tu vida pidiendo limosnas en el reino de los vrishris y de los andhakas. Para ti eso sería incluso mejor que alcanzar la soberanía sobre el mundo entero. La vida en esta tierra es muy corta.

Está llena de sufrimientos, pecado e infelicidad. Por esto es muy necesario mantener nuestra vida sin mancha de pecado. La inestabilidad de la vida contrasta con la permanencia de la fama. El deseo por las cosas terrenas hace que el hombre pierda todo su aprecio por la justicia, le induce a cometer pecados y le impide conseguir un buen nombre. Un hombre que desea la inmortalidad debe abolir todos los deseos de su corazón. El ansia de riquezas son grilletes y un obstáculo en el camino del hombre hacia

la inmortalidad. Yudishthira, has pasado muchos años en la compañía de hombres que han renunciado al mundo. ¿Cómo es que no has aprendido nada de ellos? ¿cómo es que aún deseas las cosas de este mundo? Renuncia a ellas, tu deseo de hacer la guerra es un error. Todos estos años de justicia no valdrán para nada si persistes en este pecado. Concéntrate en acumular riquezas para el mundo venidero y abandona las de este mundo, incluso si ganas la guerra, enviando a los kurus a la mansión de la muerte, ¿qué consigues con ello?: arrepentimiento. Te lo digo una vez más. La vida de un hombre es muy corta. Está llena de enfermedades y acaba en la muerte. Envejecerás y morirás pronto. Puede que realices el Rajasuya y el Aswameda, pero toda esa gloria quedará eclipsada por esta acción. Desiste de ello.

"También te he de decir esto. Hace trece años cuando se os hizo esta injusticia, por así decirlo, debíais haber luchado con mis hijos. Tenías a Krishna, Balarama, Drupada, Satyaki y muchos otros dispuestos a ayudarte, pero no luchaste. De hecho, no quisiste luchar incluso aunque ellos querían provocar la lucha. Ahora, después de trece años, te estás dejando llevar por la furia. Habiendo sido paciente durante tanto tiempo, estoy seguro que no te será difícil continuar con esa paciencia hasta la muerte. Nos infundiste un falso sentimiento de seguridad haciéndonos pensar que no te importaba el trato del que fuiste objeto. Después de tantos años, ¿por qué tratas de renovar viejas heridas? Un hombre sabio trata de impedir que otros luchen, pero parece que te has dejado llevar por los sentidos. Se dice que los sabios no se dejan llevar por la ira, dado que es el peor de los venenos y el que más daño causa en la mente. Se ha dicho que el hombre verdaderamente sabio controla su ira, se la traga como si fuera una medicina y consigue la paz. Puede que podáis matar a Bishma, Drona, Kripa, Salya, los hermanos de Duryodhana y al mismo Duryodhana junto con su amigo Radheya. Pero, ¿qué placer obtendréis con su muerte? ¡decídmelo! Este mundo rodeado por el mar será vuestro, estoy de acuerdo con eso. Pero, Yudishthira, no podrás escapar a la vejez y a la muerte. Te conozco a ti y tu tierno corazón. Te arrepentirás de la muerte de tus primos después de que mueran. Te pido que abandones tu ira contra mí y contra mis hijos. Te pido que vuelvas al bosque y que pases el resto de tu vida allí. O si no vive con tu primo y amigo Krishna. Puedes vivir de las limosnas que consigas en el reino de los vrishnis. Te pido que no abandones el camino del bien que has estado siguiendo durante tanto tiempo para descarriarte siguiendo los caminos del pecado.

VI

SANJAYA VUELVE DE NUEVO A HASTINAPURA

Sanjaya se sentó en silencio después de transmitir el mensaje de Dhritarashtra. Durante un momento reinó el silencio. Los pandavas estaban desconcertados por la impertinencia del anciano rey ciego. Bhima se levantó de su asiento y comenzó a andar

de un lado para otro, no podía seguir sentado después de haber escuchado aquello. Sahadeva parecía una nube de tormenta. Su pecho jadeaba agitadamente. Arjuna miró a Krishna. El hubiera cogido su gandiva en su mano y se hubiera puesto en marcha hacia Hastinapura en ese mismo momento.

El anciano Drupada estaba sentado con aspecto de consternación. Sanjaya les miró a todos ellos y luego de nuevo a Yudishthira como pidiéndole una respuesta. Yudishthira estaba demasiado enfadado como para poder hablar. Después de todos estos años de sufrimiento por querer ser justo, después de tantas tentaciones que había resistido por hacer prevalecer la justicia, ahora tenía que escuchar todas aquellas acusaciones de Dhritarashtra apiladas frente a él como copos de nieve amontonándose para formar una avalancha. Estaba sorprendido y herido porque le habían tratado como a un pecador 'frente a todos sus seres queridos. Con los ojos húmedos miró a Sanjaya y le dijo —Supongo que el rey piensa que todas estas acusaciones son ciertas. No puedo expresar mi opinión. No está bien que los jóvenes encuentren faltas en sus mayores. Es un privilegio que se le otorga a la edad y mi tío está aprovechándose de ese privilegio. Después de todo, tú eres un mensajero. No debo enfadarme contigo, sólo me has transmitido las palabras de mi tío. En cuanto a mi respuesta, se la dejo a Krishna, él ha oído el mensaje y tanto si he de luchar después de este mensaje de mi tío, como si no debo luchar, ha de decidirlo él. Hasta ahora él ha supervisado todas mis acciones. Nunca he hecho nada que no haya tenido su aprobación. Su aprobación significa demasiado para mí. Ahora es él quien ha de decidir mi futuro. Lo abandono todo al Dharma y me postro a sus pies, él es mi refugio. El guiará el barco de mi vida hasta la orilla. Nada me preocupa en absoluto mientras Krishna esté conmigo.

A Krishna le llegaron profundamente las palabras de Yudishthira. Estaba tan enfadado como el trueno, después de oír las palabras de Sanjaya. Y con palabras llenas de sabiduría y sensatez dijo:

—Sanjaya, mi primer deseo es el bienestar de los pandavas. Si fuera posible, me gustaría que los hijos de Dhritarashtra tuvieran larga vida. No comprendo en absoluto el mensaje del rey. ¿Por qué atribuye todos los pecados a su pobre sobrino, sabiendo muy bien a quién corresponde la culpa? Tú has seguido la trayectoria de los pandavas y lo has visto todo, lo sabes todo. Sabes cuánta paciencia ha tenido Yudishthira durante todos estos años. Lo hizo porque es justo. Y ahora, de repente, nos llega este mensaje de tu rey. Yudishthira pudo haber matado hace mucho tiempo a los príncipes kurus, nosotros se lo sugerimos, pero él pensó que no era justo y el rey le culpa por eso. ¿Ha perdido tu rey la razón debido a su extrema preocupación por sus hijos? Tú conoces el Dharma de un kshatrya. Un kshatrya debe castigar a quien rompe la ley. Los kshatryas deben castigar a los ladrones y a quienes se aprovechan de las riquezas de otros. Ese es el deber de un kshatrya. De acuerdo a esto, Yudishthira debería castigar a los hijos de Dhritarashtra.

"Tu rey no tiene derecho de hablarle del Dharma a Yudishthira, que es la imagen del Dharma. Es una impertinencia; es un insulto a nuestro rey. Tu rey es tan ladrón

como sus hijos, ya que les incitó al robo y ha disfrutado de sus frutos durante todos estos años. Incluso ahora no nos entusiasma la idea de la lucha. No queremos destruir el inmenso ejército de Duryodhana, queremos la paz. Si se le devuelve el reino a nuestro rey Yudishthira, todos nuestros preparativos para la guerra se cancelarán de inmediato. Debes volver y contarle a tu rey todo lo que ha ocurrido aquí. Dile a la gente de su corte que el insulto que le hicieron a Draypadi es motivo suficiente como para matarles a todos sin titubear. Dile a Radheya que las palabras que le dirigió a Draypadi cuando estaba ante la corte de los kurus no las ha olvidado Arjuna y que recordándolas no reconcilia el sueño. Dile a tu joven príncipe, el arrogante Dussasana, que los pandavas recuerdan lo que les dijo cuando abandonaban Hastinapura vestidos con cortezas de árboles y pieles de ciervo. Llamó "vaca" a Bhima y él lo recuerda.

Está sediento por la sangre de ese hombre. Dile esto a Duryodhana: despierto o dormido, Bhima sólo puede ver una cosa, el robusto muslo de Duryodhana. El no lo ha olvidado ni siquiera por un momento. Sanjaya, tú sabes todo lo que ha ocurrido y, sin embargo, nos traes este mensaje de tu rey. Nakula no ha olvidado a Uluka, ni tampoco nuestro Sahadeva ha olvidado al astuto Sakuni y su malvada sonrisa cuando le dijo a Yudishthira: "Todavía te queda Draypadi." Esto es lo que sabe todo el mundo, si no fuera porque. todo el mundo conoce estos hechos comenzaría por el principio haciendo un recuento de todas las atrocidades perpetradas por tu rey y sus hijos.

"Aun así, queremos la paz. Tu rey está pidiendo a gritos la paz, porque tiene miedo por sus hijos. Nosotros queremos la paz, no sólo por nuestro bien, sino también por el de los hijos de Dhritarashtra. No queremos que todo el mundo muera por el obstinado orgullo de un hombre. No queremos ver morir a tanta gente porque un hombre sea tan obstinado y su padre tan avaricioso. Queremos que el mundo viva. Queremos que las esposas de todos los reyes vivan felizmente, no queremos verlas llorar. Es por eso por lo que queremos la paz.

"Por favor, ve, y dile a tu rey que iré a Hastinapura. Trataré de convencer a ese estúpido de Duryodhana que ha de portarse con los pandavas tal y como lo merecen. Tengo mis propias dudas sobre el éxito de mi misión, pero lo intentaré. No me ha gustado el mensaje de tu rey. Quiero hacerle ver que está en un error. Iré y les hablaré a todos. Si puedo conseguirlo me sentiré orgulloso de haber podido salvar al mundo de la muerte. Habré salvado al mundo del lazo de la muerte que ahora mismo tiene alrededor de su cuello, gracias a los esfuerzos de Duryodhana. Tu rey se equivoca al hablar así de nuestro rey. Por favor, dile que si ese estúpido jovenzuelo de Duryodhana no se decide a devolverle a Yudishthira el reino que le pertenece, Yudishthira y sus hermanos responderán a las palabras del rey con sus flechas.

"Hay un árbol que crece en Hastinapura. Y ese árbol se llama Duryodhana, su tronco es Radheya, sus ramas son Sakuni y Dussasana son sus flores y frutos. La raíz de este árbol es un hombre llamado Dhritarashtra. Una vez visto ese árbol maldito, fíjate en este otro árbol. Este árbol se llama Yudishthira, su tronco es Arjuna, sus ramas son Bhima; Nakula y Sahadeva son sus flores y frutos. La raíz de este árbol de bondad, soy

yo mismo. Considera esto que te digo, Sanjaya, piensa razonablemente y decide qué árbol seguirá con vida a través de esa tormenta llamada guerra y cuál será derribado al suelo. Ya puedes ir a reunirte con tu rey y darle nuestra respuesta a su mensaje de paz. Los pandavas están listos para abandonar las armas, yo me tomaré esa responsabilidad, pero sólo si se le devuelve Indraprastha a Yudishthira.

Sanjaya se despidió de los pandavas, diciendo: —Yudishthira, debes comprender la embarazosa situación en la que me ha puesto mi rey, tú y tus hermanos y tu querido Krishna debéis considerarme con afecto. Yo solamente soy el vehículo de los pensamientos del rey, yo no comparto sus sentimientos ni tampoco los apruebo. 'Os deseo que os vaya bien, por favor, dejadme saber el mensaje que les he de transmitir de vuestra parte.

Yudishthira dijo:

—Sanjaya, nosotros siempre te hemos apreciado, incluso cuando éramos niños nos apreciabas tanto como nuestro querido tío Vidura. Tú estabas presente durante el juego de dados y conoces todas las indignidades que tuvimos que sufrir. No estoy enfadado en lo más mínimo contigo, el cuenco de oro destinado a contener veneno en él, aún sigue siendo un cuenco de oro, su naturaleza no cambia debido a lo que contiene. Tú has sido un buen amigo de los pandavas, por favor, transmíteles mis mejores deseos a la gente de Hastinapura, saluda a todos de mi parte. Diles a todos individual-' mente que les deseo que les vaya bien. Luego dile a Duryodhana lo que voy a decirte ahora: "Duryodhana, este deseo pertinaz que siempre está haciendo música en tu corazón; tu deseo de ser dueño de todo el reino de los kurus, es un deseo vano. En cuanto a nosotros, no queremos hacer nada desagradable. De hecho queremos que todo sea agradable. Tú eres un gran rey, así que compórtate como un gran rey y devuélveme mi Indraprastha, si no, lucharás conmigo. Quiero volver a gobernar mi reino.

Espero que seas lo suficientemente sensato como para tener en cuenta mis palabras."

A Arjuna no le gustó este mensaje tan suave y dijo: —Pídele a Duryodhana que suelte Indraprastha liberándola de su dominación, Yudishthira es su verdadero dueño. Si de todos modos es lo suficientemente tonto como para negarse, nuestro camino está claro. Tendrá que enfrentarse con Arjuna, Bhima, Nakula y su poderoso hermano Sahadeva. Tenemos de nuestro lado a Krishna, Satyaki, Dhrishtadyumna, Sikhandi y a Yudishthira, cuya paciencia ha llegado al límite. Dile a tu rey que tome buena nota de esto. Por hacer dormir a Yudishthira en el suelo durante doce años, haremos que él y sus amigos duerman en el campo de batalla.

Nuestro rey Yudishthira ha controlado su ira durante los últimos años. Si le da rienda suelta, Duryodhana morirá abrasado por el calor de su furia. Que se ande con mucho cuidado. Del mismo modo que el fuego reduce un bosque a cenizas, Yudishthira destruirá toda la hueste de los kurus con su ira. Duryodhana quiere la guerra,

dejémosle que la tenga. Verá al poderoso Bhima con su maza levantada, caminando por el campo de batalla. Tu Duryodhana le verá matar a todos los hijos de Dhritarashtra. No habrá ninguna diferencia entre él y Yama con su maza.

"Que Duryodhana se acuerde de los hijos de los pandavas, particularmente de Abhimanyu, el hijo de Arjuna y el sobrino de Krishna. Es un niño, pero no cuando lucha.

Aquí tenemos a Virata y Drupada que son invencibles. Quizá Duryodhana no recuerda a sus viejos aliados Sikhandi y Dhrishtadyumna. Sin embargo, ellos le recuerdan a él.

Dhrishtadyumna será nuestro comandante en jefe; que tu rey tome buena nota de esto. Es evidente que Duryodhana no ha considerado al gran Satyaki o si no se lo hubiera pensado dos veces antes de embarcarse en este viaje hacia el reino de Yama. Satyaki es el más grande de nuestros guerreros, con él a nuestro lado, todos podemos dormir sin preocupaciones.

"Dile a Duryodhana que yo estaré allí. Mi carro con sus cuatro caballos blancos será conducido por Krishna, que piense en ello. Krishna será mi conductor. No creo que Duryodhana sea tan optimista, después de saber esto. Dile que los pandavas realizarán un gran Yajna cuyo preceptor será Krishna, el canto de los Vedas será la música incesante del sonido de la cuerda de mi arco. Los sacrificios serán toda la hueste de los kurus, Sakuni y su querido amigo Radheya. Llévale este mensaje a Duryodhana de mi parte.

Yudishthira dijo:

—Mi querido Sanjaya, puedes tratar de convencer al rey de que debe devolverme mi reino, háblale de la injusticia que nos ha hecho durante los últimos años, a partir de nuestra llegada a Hastinapura, diecisiete días después de la muerte de nuestro padre. Por favor, tratad entre todos de evitar la muerte de los kurus. No quiero ser la causa de esta horrible calamidad.

Es más, si todo esto falla, dile a Duryodhana que incluso si me da cinco ciudades o más bien pueblos, me contentaré con ello. —Yudishthira ignoró los irritados ojos de sus hermanos y continuó:— Sanjaya, dile que quiero Indraprastha, Brikaprastha, Jayanta y Varanavata; esas cuatro ciudades debo tenerlas. La quinta la dejo a la elección de Duryodhana, puede darme cualquier otra ciudad. Trata de ver si puedes evitar al menos con esto la horrible guerra. No quiero verles morir, quiero vivir en paz con mis primos.

Sanjaya se despidió de todos, fue conducido al campamento del ejército y contempló el ejército de los pandavas, luego volvió a Hastinapura.

VII

VIDURA Y SANATSUJATA DESVELAN A DHRITARASHTRA LOS MISTERIOS DE LA VIDA YLA MUERTE

Sanjaya fue inmediatamente al palacio de Dhritarashtra y anunció su presencia.

El rey le dio la bienvenida con ansiedad y Sanjaya dijo: —Yudishthira se postra ante ti y se interesa por tu bienestar y el de tus hijos y amigos. Sus hermanos y Krishna están muy bien, pude sentirme muy bien en la agradable atmósfera de paz y justicia que encontré allí.

Era como el aliento dulce y limpio de las montañas. No me gusta tu comportamiento y tus palabras, tuve que hacer un trabajo muy desagradable por tu culpa; eres injusto y tus hijos son unos pecadores. A pesar de lo cual esperas gozar de esta tierra, me sorprende tu optimismo.

Le di tu mensaje a Yudishthira. Su respuesta te la daré mañana en la corte, ahora quiero ir a descansar, estoy cansado física y mentalmente. Por favor, permíteme marcharme.

Sanjaya se fue, dejando a Dhritarashtra terriblemente contrariado por las palabras que pronunció. Ansiaba conocer la respuesta de Yudishthira y el cuerpo del rey ardía como si tuviera fiebre. Trató de dormir pero no pudo, así que, desesperado, llamó a Vidura. Vidura llegó rápidamente y le preguntó por qué se le había mandado llamar. La condición en que se encontraba el rey era realmente lamentable, y dijo:

—Vidura, Sanjaya ha vuelto de Upaplavya, me dirigió palabras muy duras y se fue sin darme siquiera una pequeña indicación de la respuesta de Yudishthira. He tratado de dormir, pero no puedo, tú eres mi único amigo y me has amado a pesar de todas mis faltas. Debes consolarme y hacerme dormir; no puedo dormir.

Vidura dijo:

—Mi señor, hay cinco tipos de personas que no pueden dormir. Un hombre que desea la mujer de otro, no puede dormir. Un ladrón no puede dormir. Un hombre que ha perdido toda su riqueza o uno que piensa que perderá toda su riqueza no puede dormir. Un hombre fracasado no puede dormir, ni tampoco el débil oprimido por otro más fuerte. Espero que ninguna de estas descripciones te encajen. Seguramente la codicia y la avaricia no son cualidades que se pueden hallar en ti.

A Dhritarashtra ya no le resultaba extraño el sarcasmo de las palabras de Vidura.

Comprendió la perspicacia de su hermano y le dijo:

—Por favor, dime cómo puedo dormir.

Vidura le sonrió con compasión matizada de escarnio y le dijo:

—Mi señor, ¡no has podido dormir durante los últimos años! Desde el momento en que los pandavas, conducidos por los rishis de Satasringa vinieron a Hastinapura, no has podido dormir. Incluso tu insomnio viene de más atrás. Recuerdo que el día en que nació tu hijo Duryodhana, me llamaste a tu presencia y me preguntaste: "He oído que mi hermano Pandu ha tenido un hijo. ¿Crees que habrá problemas por la herencia del trono debido a esto?" Desde aquel día, los celos se han hospedado en tu corazón y no te dejan reconciliar el sueño. Desde hace muchos años, he estado tratando de transmitirte sentimientos de justicia, pero eres un pecador y has sido responsable de los sufrimientos de los pandavas, como lo serás de la inminente destrucción de los kurus. ¿Cómo puede dormir un pecador como tú?

"Yudishthira siempre te ha tenido el respeto que se le debe a un padre y te considera como su padre. Pero tú siempre te has portado con él como un ladrón. No me sorprenden tus sufrimientos. Me pides que te diga cómo puedes dormir: Si decides devolverle a Yudishthira su reino, podrás dormir como un niño inocente. Por favor, hazme caso; tú no eres sabio, eres un tonto.

Dhritarashtra dijo:

—Querido hermano, dime cuáles son las cualidades distintivas del sabio y cuáles las del ignorante.

Vidura le dijo:

—Te diré cómo debe ser el sabio. Un hombre debe aspirar a los más altos ideales de la vida. Las aspiraciones de un hombre así son: conocimiento de sí mismo, esfuerzo, paciencia y constancia en la virtud. Un hombre así es un sabio. Ni la ira, ni el gozo, ni el orgullo, ni la falsa modestia, ni la vanidad pueden distraerle de su propósito. Siempre

hace sus acciones pensando servir a los dos mundos. El deseo no tiñe sus acciones. Se deleita con las acciones honestas y ama el bien. Tampoco le afectan los honores ni las ofensas. Es tranquilo, fresco e inagitable como un lago en el curso del río Ganges.

"Por otro lado, también son fáciles de enumerar las cualidades del ignorante. En lo que a él respecta las escrituras son un libro cerrado. Es vano y orgulloso, y cuando quiere obtener algo, nunca duda en emplear medios deshonestos. Tiene maña para desear lo que no tiene derecho a desear y los poderosos le hacen sentir envidia. Déjame que te diga un atributo peculiar del pecado. Un hombre comete un pecado y muchos cosechan los frutos que resultan de su pecado, pero al final, ese pecado se le atribuye sólo a él, mientras que los muchos que disfrutaron de los frutos de su pecado, escapan impunes.

"Un rey sabio debe comprender el dos con la ayuda del uno. Debe controlar el tres a través del cuatro, tiene que conquistar el cinco, conocer el seis, abstenerse del siete y serfeliz.

El uno representa el intelecto, el dos el bien y el mal, el tres son: amigo, extraño y enemigo.

El cuatro son: regalo, conciliación, desunión y serenidad. El cinco son los sentidos, el sexto: pactos, guerras, etcétera, y el séptimo: mujeres, dados, caza, hablar con rudeza, bebida, severidad en el castigo y malgastar la riqueza. Esto significa que uno debería saber discriminar entre lo correcto y lo incorrecto usando el intelecto. El amigo, el enemigo y el extraño pueden ganarse por uno de los cuatro: el regalo, etcétera. Los sentidos deben estar bajo control y un rey debe saber hacer pactos y demás estrategias políticas, lo cual es esencial.

Naturalmente debe evitarse el siete, si el rey aspira a ser sabio.

"El veneno sólo mata a un hombre, del mismo modo que un arma. Pero los malos consejeros destruyen todo un reino junto con el rey y sus consejeros. El bien más alto es la justicia y la paz suprema es el perdón. La alegría suprema es el conocimiento y la felicidad suprema es la benevolencia.

"Un rey puede fácilmente llegar a ser grande con sólo dos cosas: abstenerse de hablar con rudeza y prescindir de aquellos que son malvados. Tres crímenes se consideran horribles: el robo de la propiedad de otros, ultrajar las esposas de otro hombre y engañar a los amigos.

Tres cosas destruyen el alma: la lujuria, la ira y —la codicia. Tres cosas son esenciales: proteger a un seguidor, a alguien que busca protección y a alguien que ha venido a tu morada.

"Un rey aunque sea poderoso, nunca debería consultar con estos cuatro: un hombre insensato, un hombre que se demora, un hombre indolente y un adulador. Hay cinco cosas que se deben adorar: el padre, la madre, el fuego, el preceptor y el alma. Un rey que desea ser grande debe evitar seis faltas: el sueño, la modorra, el miedo, la ira, la indolencia y la tardanza. No deben dejarse estas seis cosas: verdad, caridad, diligencia, benevolencia, perdón y paciencia. Un rey debe renunciar a las siete faltas. Ocho cosas glorifican a un rey: sabiduría, alta cuna, autorestricción, conocimientos, valor, moderación al hablar, hacer regalos con discriminación, y gratitud. Este cuerpo humano es una casa con nueve puertas, tres pilares y cinco testigos, y está presidido por el alma. El rey que conoce esto, es sabio. Estos diez no saben lo que es la virtud: el intoxicado, el distraído, el iracundo, el hastiado, el enfadado, el famélico, el afligido, el codicioso, el amedrentado y el lujurioso.

"Un hombre que no se apena cuando le ocurre una calamidad y hace, mientras tanto, todo lo que puede con sus sentidos bajo perfecto control y que soporta la miseria con paciencia, es el mejor de los hombres. Quien no guarda malicia hacia otros, sino que es amable con todos, quien no habla con arrogancia y quien perdona una desavenencia es alabado en todas partes.

"Un rey que busca prosperidad deberá tomar sólo aquello que puede ser cogido y que sea beneficioso. Al igual que la abeja recolecta el polen sin destruir la flor, así debería el rey pedir las tasas a la gente sin injuriarles. Se deben coger flores, pero sin arrancar las plantas de raíz.

"Un hombre sabio debe aprender buena conducta, buenas palabras y buenos actos de todas clases, al igual que el recolector recoge los granos de cereal del campo que abandonan los segadores. La virtud es preservada por la sinceridad, la erudición por la aplicación, la belleza por la limpieza del cuerpo, el alto linaje por el buen carácter. El linaje, en el caso de quien tiene mala conducta, no impone respeto. Un rey o un hombre que envidia la riqueza de otros, o la belleza, el poder, el alto linaje, la felicidad, la buena fortuna y los honores, sufre una enfermedad incurable. La buena conducta es esencial para el hombre. La intoxicación de riquezas, debe censurarse más severamente que la del vino, a un hombre intoxicado por la prosperidad no puede hacérsele razonar hasta que no tiene un fracaso.

"Igual que la luna en la quincena iluminada, las calamidades aumentan para el que es esclavo de los sentidos. El rey que desea controlar a sus consejeros antes de controlarse a sí mismo, o el rey que desea someter a sus adversarios antes de controlar a sus consejeros, lucha una batalla perdida, desgastando sus fuerzas.

"Un rey debería someter primero su propio ser, considerándolo como su enemigo.

Entonces nunca fracasará en someter a sus consejeros y más tarde a sus enemigos. Gran prosperidad aguarda al que ha sometido sus sentidos, o controlado su

alma, o a quien tiene capacidad dé castigar a los ofensores, o a quien actúa con discernimiento, o a quien es bendecido con la paciencia.

"Nuestro cuerpo es un carro: el alma interior es el conductor y los sentidos son sus corceles. Conducido por estos excelentes corceles, cuando están, bien disciplinados, el sabio pasa por el viaje de la vida placenteramente y en paz. Sin embargo, si los caballos son indomables y no se les puede controlar, llevan al inexperto conductor a la destrucción en el curso del viaje. Muchos reyes malvados, aun teniendo deseo de conquistar sus sentidos, se echan a perder por sus propios actos, el ansia de gobernar y el apego al reino es la causa de su pecado.

"Controlar el habla se dice que es lo más difícil. No es fácil mantener una larga conversación, articular palabras llenas de sentido y deleitar a los oyentes. Una charla bien intencionada puede hacer mucho bien, e igualmente las malas palabras traen el mal. Un bosque atravesado por flechas o cortado por hachas puede crecer de nuevo, pero un corazón herido por palabras malvadas nunca puede recuperarse. Armas como las flechas y los dardos pueden extraerse fácilmente del cuerpo, pero una palabra clavada profundamente en el corazón como una daga, no es posible sacarla. Las palabras que salen por la boca comoflechas son terribles, heridos por ellas, muchos sufren día y noche. Un hombre sabio no debería disparar tales flechas, para no herir el alma de otros.

"La persona a quien los dioses condenan a la derrota tiene sus sentidos fuera de control y por eso se inclina por los actos innobles. Cuando el intelecto se oscurece y se acerca la destrucción, la maldad disfrazada de virtud golpea fuertemente el corazón y el intelecto así nublado conduce al hombre a la derrota.

"La ablución en los lugares sagrados es igual que la bondad hacia todas las criaturas.

Quizá la bondad por todas las criaturas es superior a lo primero. Mientras se hable de las buenas obras de un hombre en este mundo, durante ese tiempo se le glorifica en el cielo.

"Los dioses no protegen a los hombres blandiendo garrotes en sus manos del mismo modo que los pastores protegen su ganado. A aquellos que desean proteger, les otorgan inteligencia. No hay duda de que los deseos de alguien tienen éxito en la misma proporción a la atención que presta a la justicia y a la moral. Los Vedas nunca rescatan a un hombre falso del pecado. Al oro lo prueba el fuego, a una persona de buena cuna sus modales, a un hombre honesto su conducta, a un hombre valiente una situación de pánico, al que tiene autocontrol los tiempos de pobreza, a los amigos y enemigos las épocas de calamidad y peligro. El sacrificio, el estudio, el ascetismo, los donativos, la verdad, el perdón, la misericordia y la alegría constituyen los ocho diferentes caminos de la justicia. Los cuatro primeros, pueden ser practicados por motivo de orgullo, pero los cuatro últimos sólo existen en aquellos que son grandes de verdad.

"Haz esto durante el día y te valdrá para pasar la noche feliz, hazlo durante los primeros ocho meses del año y podrás pasar felizmente la estación de las lluvias. Hazlo durante tu juventud y te asegurará una feliz vejez, hazlo durante toda tu vida aquí y te asegurará la felicidad postrera.

"Deshaciendo todos los nudos del corazón con la ayuda de la tranquilidad, dominando todas las pasiones y observando la verdadera religión, se aprende a considerar lo agradable y lo desagradable como nuestro propio ser. No debemos responder a las difamaciones o reproches de otros. Aunque sea raro decirlo, cuando un hombre sufre estos reproches en silencio, el que se consume es el injuriador y las virtudes del injuriador, si tiene alguna, pasan a ser del otro.

"Nunca pelees con amigos. Evita la compañía de los viles y bajos, nunca te comportes de modo arrogante o innoble y evita hablar con ira. Las palabras duras, queman y destruyen lo más vital del hombre, sus huesos y su corazón. Así pues, el virtuoso debe evitar palabras duras de enfado. Se dice que el silencio es mejor que hablar y si tienes que hablar, es mejor que digas la verdad. Si dices la verdad, es mejor que digas lo que es agradable. Y si has de decir algo agradable es mejor decir aquello que va de acuerdo con la moral.

"El ascetismo, la automoderación, el conocimiento, los sacrificios, los matrimonios puros y los donativos de alimentos, todos son señales de una buena familia.

"Los hombres mueren y vuelven a nacer una y otra vez. Cíclicamente crecen y envejecen. A menudo preguntan y son preguntados. Una y otra vez se compadecen y son compadecidos. Felicidad y miseria, abundancia y escasez, ganancia y pérdida, vida y muerte, son compartidos por todos en su debido orden. Un hombre con autocontrol nunca debería regocijarse ni apenarse.

'.'La ira es como una bebida amarga, ácida y caliente, y tiene penosas consecuencias. Es un tipo de dolor de cabeza que no nace de ninguna enfermedad física. Los sabios pueden tragársela, pero no cualquiera puede hacerlo. El exceso de orgullo, el exceso de charla, el exceso de comida, la ira, el deseo de disfrutes y los desórdenes intestinales, son seis espadas afiladas que acortan el período de vida asignado a las criaturas. Son éstas las que matan y no la muerte.

"Se dice que los reyes tienen cinco tipos de fuerza. De todas ellas, la fuerza de los brazos se considera la inferior. La adquisición de buenos consejeros se considera como el segundo tipo de fuerza. La adquisición de riquezas es la tercera clase y la cuarta es la fuerza del nacimiento que se adquiere naturalmente de los padres y abuelos. Sin embargo, la mas importante y superior a todo tipo de fuerzas es la del intelecto.

"Quien nunca se deja llevar por la ira y quien considera que un trozo de barro, una piedra y el oro, tienen el mismo valor y a quien le da igual lo agradable y lo

desagradable, como quien está totalmente apartado del mundo, es un verdadero yogui. La inteligencia, la tranquilidad mental, el autocontrol, la pureza, la abstinencia de palabras rudas y el no desear hacer nada que desagrade a los amigos, estas son las siete cosas que se consideran como el combustible de la llama de la prosperidad. La virtud es eterna y los placeres y dolores son transitorios. La vida de hecho es eterna, pero sus diferentes fases son transitorias.

Abandonando las cosas pasajeras, entrégate a lo eterno y haz tuya la alegría, que es la más grande de todas las adquisiciones. Reyes ilustres y poderosos han gobernado esta tierra tan llena de riquezas, gloria y gozo, volviéndose todos así víctimas del Destructor Universal. Se fueron, dejando tras ellos sus reinos y sus inmensos placeres. A pesar del lujo y de toda la educación que se recibe con tan ansioso cuidado, cuando uno muere, lo cojen y lo llevan a la pira funeraria con los pelos desgreñados y con llantos piadosos arrojan el cuerpo a la pira como si fuera un trozo de madera. Luego, mientras los pájaros y las bestias salvajes se dan un festín con los restos de su cuerpo, otros disfrutan las riquezas del muerto. Sólo dos cosas se van con él al otro mundo: sus méritos y sus pecados. Después de arrojar su cuerpo, parientes, amigos e hijos retroceden sobre sus pasos igual que los pájaros abandonan un árbol sin flores ni frutos. Al hombre arrojado a la pira funeraria sólo le quedan sus propias acciones. Por eso el hombre debería ganarse el mérito de la justicia, con paciencia y cuidado.

"Se dice que la vida y el alma son como un río. En el río de la vida las aguas son los cinco sentidos, sus cocodrilos y tiburones son el deseo y la ira. Haciendo del autocontrol el barco, debemos cruzar los remolinos que representan los repetidos nacimientos. En el río del alma, los méritos espirituales constituyen sus baños sagrados, la verdad sus aguas, el autocontrol sus orillas y la ternura sus olas. Los justos se purifican mediante un baño en este río, porque el alma es sagrada y el mérito supremo es la ausencia de deseo.

Dhritarashtra le dijo:

—Háblame más del alma, dime cómo podré encontrarme en este cuerpo con el antiguo y Eterno Uno. Dime lo que es la muerte.

Vidura dijo:

—Mi señor, he nacido en la orden de los sudras y por lo tanto no puedo aventurarme a decir más de lo que ya he dicho. El anciano y eterno rishi Sanatsujata, te hablará de estos temas, le llamaré ante ti.

Vidura meditó en el gran rishi y éste viendo que le llamaba la mente de Vidura acudió allí. Vidura le dijo:

—Hay una duda en la mente del rey que sólo puede ser aclarada por ti, reverendo. Por favor, háblale.

Dhritarashtra expuso al rishi sus dudas sobre la muerte y el anhelo de Brahman.

Sanatsujata dijo:

—Te daré mi opinión. Los sabios piensan que la muerte resulta de la ignorancia. La ignorancia es la muerte y por lo tanto el conocimiento, la ausencia de ignorancia, es la inmortalidad. La muerte no devora a las criaturas como un tigre; su forma es inconcebible. Por eso, para salvar este hecho, algunos imaginan que Yama es la muerte, pero esto, sin embargo, es mera elucubración mental. La búsqueda de Brahman o conocimiento de sí mismo es la inmortalidad. El imaginario dios Yama tiene sus dominios en la región de los pritris. A sus órdenes, la muerte, en forma de ira, ignorancia y codicia, aparece entre los hombres.

Dominados por el orgullo, los hombres caminan por los senderos del mal y ninguno de ellos tiene éxito en alcanzar su verdadera naturaleza. Oscurecido su entendimiento y dominados por las pasiones, dejan sus cuerpos y caen repetidamente al infierno, seguidos siempre por sus sentidos y así es como la ignorancia recibe el nombre de muerte.

"Los hombres que desean —los frutos de sus acciones, se dirigen al cielo cuando llega el momento, dejando sus cuerpos; no obstante no pueden evitar la muerte, porque cuando se acaban los méritos de sus acciones, caen y vuelven a nacer inevitablemente. Las criaturas encarnadas, por ser incapaces de obtener el conocimiento de Brahmán y por su conexión con los disfrutes mundanos son obligadas a pasar por una rueda de renacimientos, arriba y abajo y alrededor. La natural inclinación del hombre a perseguir cosas irreales sólo se debe a la seducción de los sentidos. El alma constantemente afectada por la persecución de objetos irreales adora sólo los disfrutes que la rodean. El deseo de disfrute es el que primero sacude al hombre. La lujuria y la ira le siguen pronto. Estas tres cosas conducen a los hombres tontos a la muerte. Sin embargo, aquellos que han conquistado su alma, escapan a la muerte por la autorrestricción. La ignorancia, asumiendo la forma de Yama, no puede devorar al hombre que mata el deseo mediante la autorrestricción. ¿Qué le puede hacer la muerte a una persona cuya alma no ha sido confundida o seducida por el deseo? A éste la muerte no le causa miedo.

Por lo tanto, si se ha de destruir el deseo, que es ignorancia, no debe permitirse ni perseguirse ningún deseo, ni siquiera el más pequeño.

"El alma que está en el cuerpo, cuando se asocia con la ira y la codicia y se llena de ignorancia se dice que encuentra la muerte. Sabiendo que los deseos aparecen en el camino, si un hombre se apoya en el conocimiento, no debe tener ningún miedo a la muerte. Y al igual que el cuerpo se destruye cuando se le pone bajo la influencia de la muerte, la misma muerte se destruye cuando cae bajo la influencia del conocimiento.

Cuando el rishi acabó de hablar, Dhritarashtra le preguntó: —¿Cuál es el objeto del ascetismo o mauna? He oído que hay dos tipos de mauna: restricción del habla y meditación. ¿Cuál es superior? ¿Puede una persona sabia obtener un estado de quietud y alcanzar la emancipación por el mauna? ¿Cómo se puede practicar?

Sanatsujata le contestó:

—El objeto del ascetismo o mauna es alcanzar aquello que está más allá del alcance del lenguaje y de la mente. El verdadero mauna no sólo consiste en la restricción del habla, sino en la absoluta restricción de todos los sentidos y de la mente. El aspecto, forma o naturaleza del mauna debe ser necesariamente la pérdida de toda conciencia de lo objetivo y lo subjetivo, y la concentración de toda la conciencia solamente en Brahmán. Cuando se alcanza tal estado, se alcanza Brahmán. Brahmán es 1 símbolo védico AUM que representa lo grosero, lo sutil y lo causal. El mauna se obtiene por la inmersión gradual de 1 grosero en lo sutil, lo sutil en lo causal y lo causal en Brahman.

"Hay seis clases de renunciación y todas son recomendables. La primera es: no experimentar nunca alegría en ocasiones de prosperidad. La segunda es: no entregarse a los sacrificios, oraciones y actos piadosos con deseo de los méritos que de ellos urjan. La tercera es: abandonar el deseo o apartarse del mundo. La cuarta es: no apenarse ni permitir que el dolor nos aflija cuando fallan nuestras acciones, y si ocurre algo desagradable no se debe sufrir por ello. La quinta clase consiste en n pedir ni siquiera a nuestros propios hijos, esposas y a otros que nos puedan ser queridos. El sexto es dar a una persona que lo merezca.

"Brama no es fácil de alcanzar. Después de que se han restringido los sentidos y que se ha sumergido la voluntad en el intelecto pero, el estado que sigue es el de total ausencia de pensamientos mundanos. El conocimiento que conduce a la obtención de Brahmán sólo es asequible por la práctica del Brahmacharya.

"Brahmmcharya significa búsqueda de la verdad. Aunque reside en la mente y es inherente a ella, el conocimiento de Brahmán todavía está inmanifestado, sólo se manifiesta con la ayuda del intelecto puro y el Brahmacharya. Aquellos que desean obtener el estado de Brahma subyugan todos los deseos y, dotados de justicia, consiguen separar el alma del cuerpo como una pala sale de un montón de tierra. Un hombre así purifica su cuerpo y es verdaderamente sabio. Pues mediante el Brahmacharya se convierte en un niño libre de toda pasión y por fin triunfa sobre la muerte. Mediante el t abajo los hombres obtienen mundos perecederos; sin embargo, a quien se le bendice con el conocimiento, obtiene el esta o de Brahmán que es eterno.

Dhritarashtra le dijo:

—Dices, m señor, que un hombre sabio percibe la existencia de Brahmán en su propia alma. Dime cuál es la verdadera puede y no está bien. Nunca he faltado a los

deberes de un kshatrya. Puede que no sea un kshatrya, pero mis acciones sí lo son, mi nacimiento no es tan importante como la lealtad a mi amigo. Nunca he injuriado al hijo de Dhritarashtra y siempre he considerado que es mi maestro y mi señor. Para agradecerle haré cualquier cosa y mataré a los pandavas en combate singular. Sé que puedo.

Bishma se mofó de él y ni siquiera se dignó dirigirse a Radheya, sin mirarle le dijo a Duryodhana:

—Durante los últimos años este hombre sólo ha estado hablando de cómo va a matar a los pandavas, pero hasta ahora nunca hemos tenido oportunidad de ver su bravura. Arjuna es por lo menos dieciséis veces mejor que él y poniendo tu confianza en este hombre te has atrevido a insultar a los grandes pandavas. Has cometido un grave error. No deberías tener tanta fe en el valor de este hombre que no es tan bueno como piensas. Ya viste cómo se comportó durante la lucha con el gandharva en Dwaitavana. Viste cómo luchó cuando todos atacamos a Virata; Radheya te ha fallado miserablemente. Sin embargo, no quieres oír ni una palabra en su contra. Lo siento por ti.

Duryodhana no se molestó en responder. Detestaba las palabras de su abuelo, pues él amaba a Radheya como Krishna a Arjuna. Era una amistad que nadie podía comprender, pues tenía algo de divino. Duryodhana estaba resentido siempre con su abuelo porque solía manifestarse de una forma demasiado vehemente en contra de su amigo. Estas escenas eran frecuentes en su corte, y su amigo no gozaba de buena reputación entre los ancianos de la corte. Su padre era la única excepción, ya que quería a Radheya. Pero esto era porque Radheya quería a Duryodhana. Nadie, excepto Duryodhana, quería a Radheya. Así que cada vez que alguien le insultaba, el afecto de Duryodhana por Radheya crecía.

En esta ocasión se volvió dándole la espalda a su abuelo. Bishma dejó de hablar y se sentó. Duryodhana tenía la habilidad de insultar a la gente con una mirada, subiendo una ceja o torciendo burlonamente la esquina de su boca. Usaba este arma muy a menudo, silenciando a los ancianos de este modo mejor que de ninguna otra forma.

Drona dijo:

—Lo que dice el noble Bishma es correcto. No está bien ser tan temerario. Las palabras de Krishna y Arjuna no son meras palabras. Dicen la verdad cuando proclaman que destruirán a los kurus, debemos hacer la paz con ellos. Arjuna aprendió de mí a usar el arco, conozco su valor y ahora sabe más que yo y ha conseguido armas de todos los dioses. Tiene el Pasupata del Señor Sankara. De todas las tácticas militares, lo más estúpido es menospreciar al enemigo, y esto es lo que hemos estado haciendo; por favor, tenlo en cuenta.

El rey pidió a Sanjaya que continuara su narración y Sanjaya les transmitió las palabras de despedida de Yudishthira. Luego le describió el ejército que habían reunido, hablándole de su fuerza y poder. Mientras hablaba vio de nuevo con el ojo de su mente el ejército y de repente le sobrevino un desmayo. Sanjaya cayó sin sentido. Hubo mucha preocupación por el desmayo de Sanjaya. Esto mostraba más claro que sus palabras el terrible aspecto del ejército de los pandavas. Se le reanimó y con una mirada asustada y desencajada, el pobre auriga del rey continuó su plática, hablando de la fuerza de los pandavas y sus aliados. Dhritarashtra, que escuchaba con el corazón acongojado y que estaba aterrado, dijo:

—Oyéndote mi corazón tiembla de miedo por las vidas de mis hijos. Tengo miedo de Bhima y de su juramento, no he podido dormir desde hace muchas noches. Sé de cierto que Bhima matará a todos mis hijos. Sé que mi hijo, mi Duryodhana, morirá con sus muslos rotos, sé que Dussasana yacerá sangrando en el campo de batalla. Me puedo imaginar a Bhima abriendo surcos entre nuestras filas, con su maza levantada. Parecerá el caudal del río Ganges en la época de los monzones desbordándose y arrancando de raíz a todos los árboles de sus riberas. Puedo ver todo lo que va a ocurrir. Tengo miedo. No temo tanto a los hermanos de Yudishthira como a él mismo y su mirada furiosa recayendo sobre mis malvados hijos. Este hijo mío no entrará en razones, aunque todo el mundo le esté aconsejando. No prestará ninguna atención a las palabras de Vidura, que tiene reputación de ser el más sabio de los hombres.

Estas palabras del rey irritaron a Sanjaya, quien dijo: —Tus palabras en contra de tu hijo, mi señor, no son correctas. Tú eres el verdadero pecador y no Duryodhana. El sabio y gentil Vidura te ha estado hablando durante muchos años. Pero no has escuchado sus consejos ni una sola vez. Yo estaba allí cuando se estaba celebrando el juego de dados. En aquella ocasión, Vidura te habló a ti y no a tu hijo. Te pidió que pararas el juego. Un padre, mi señor, es el mejor amigo que puede tener un hombre. A tu hijo, el desafortunado Duryodhana, se le ha denegado ese privilegio. Un padre que traiciona el interés de su hijo en su ansiedad de complacerse a sí mismo y a sus propios deseos, no es un padre. Cuando estaban jugando, Vidura apeló a tu bondad, pero fue como si le hablara a un sordo. Tus oídos estaban abiertos para recibir sólo un sonido, el repiqueteo de los dados contra el suelo. Sólo decías una frase:

"¿Quién ha ganado?" Sólo tenías oídos para unas determinadas frases: las cuantías de las pérdidas de Yudishthira. Estabas sentado en el gran salón dibujando en tu rostro una sonrisa de complacencia durante todo el rato. Siempre has actuado con mala voluntad en lo concerniente a los hijos de tu hermano. Incluso cuando se fueron al bosque no estabas preocupado. Luego comenzaste a preocuparte y me mandaste llamar, ¿lo recuerdas, mi señor? Estabas preocupado, no porque se estaba haciendo sufrir a los pandavas, sino porque habían jurado matar a tus hijos. Tus hijos van a morir. No hay ninguna duda al respecto. Pero no será por sus pecados, morirán por tus pecados. No tienes ningún derecho de culpar a tu hijo Duryodhana por tu estupidez. El tiene amigos que le aman. Tiene once akshauhinis para que le ayuden, se ha ganado el afecto de muchos reyes por su agradable naturaleza y están dispuestos a morir por él; tú, sin

embargo, no tienes ni un sólo amigo. Nadie te quiere. Has traído la ruina a la casa de los kurus. Dios te ha dado la terrible aflicción de la ceguera. Pero tú te has ganado para ti mismo una aflicción peor, la ceguera interior. No eres capaz de ver nada como es debido.

"Tus hijos son afortunados. Todos morirán en el campo de batalla y sus pecados serán redimidos. Alcanzarán los cielos que corresponden a aquellos que mueren en el campo de batalla. Sus muertes serán tan nobles que el mundo no recordará sus pecados. El mundo olvidará la ruindad y el egoísmo de Duryodhana debido a la noble muerte que encontrará a manos de Bhima. El valor se aprecia siempre. Radheya es un gran hombre y siempre ha sido justo. El es el mas grande de todos los dadores. No hay nadie como él y está dispuesto a dar su vida por Duryodhana. Los hombres del futuro le recordarán como el hombre más noble que murió en el campo de batalla. Pero a ti, mi señor, se te denegará la muerte, lo cual sería una liberación misericordiosa para ti. Vivirás para ver la muerte de tu querido hijo Duryodhana y la de todos sus hermanos. Lo siento por ti. En los anales del tiempo tu nombre será el más odiado. No escaparás a la censura de la posteridad. Has hecho méritos para merecértela. Te has buscado tu propia ruina. No hay ninguna esperanza para ti.

VIII

SANJAYA EN LA CORTE DE LOS KURUS

Los kurus entraron en la gran sala de asambleas, conducidos por Bishma y Dhritarashtra. Entonces llegó Sanjaya, saludándolos a todos y transmitiéndoles individualmente los respetuosos saludos de Yudishthira. Dhritarashtra le pidió que les contara los acontecimientos de Upaplavya. Sanjaya les dio una narración vívida y detallada de todo, pasándoles los mensajes de Krishna, Yudishthira y Arjuna. No omitió una sola palabra ni les ocultó ni un solo detalle de las variadas expresiones de los rostros de los hombres que habían escuchado allí el mensaje de Dhritarashtra. Nadie habló durante su narración y cuando acabó, Bishma le dijo a Duryodhana:

—Mi querido hijo, estás tratando de hundirte a ti mismo. No te has dado cuenta del poder de esta combinación: Krishna y Arjuna. Los sabios dicen que son Nara y Narayana. No persistas en tu loca determinación de luchar contra los pandavas. Son invencibles. Por un lado tienen el Dharma de su parte y por otro lado tienen a Krishna. Todo el mundo te hará caso, diles que no quieres la guerra, por favor, hazlo. Para conducirte en esta guerra dependes de personas que te llevaron al error: el malvado Sakuni, el pecador e impertinente Dussasana y a Radheya, este hombre de baja casta sobre el que pesa la maldición de Bhargava, además de otra maldición que debilitará su valor; la maldición de un brahmán. También ha entregado su kavacha y sus kundalas. ¿Cómo puedes esperar ganar?

Radheya fue herido terriblemente por estas palabras de Bishma y dijo:

—Duryodhana, tu abuelo tiende a herirme siempre que puede y no está bien. Nunca he faltado a los deberes de un kshatrya. Puede que no sea un kshatrya, pero mis acciones sí lo son, mi nacimiento no es tan importante como la lealtad a mi amigo. Nunca he injuriado al hijo de Dhritarashtra y siempre he considerado que es mi maestro y mi señor. Para agradecerle haré cualquier cosa y mataré a los pandavas en combate singular. Sé que puedo.

Bishma se mofó de él y ni siquiera se dignó dirigirse a Radheya, sin mirarle le dijo a Duryodhana:

—Durante los últimos años este hombre sólo ha estado hablando de cómo va a matar a los pandavas, pero hasta ahora nunca hemos tenido oportunidad de ver su bravura. Arjuna es por lo menos dieciséis veces mejor que él y poniendo tu confianza en este hombre te has atrevido a insultar a los grandes pandavas. Has cometido un grave error. No deberías tener tanta fe en el valor de este hombre que no es tan bueno como

piensas. Ya viste cómo se comportó durante la lucha con el gandharva en Dwaitavana. Viste cómo luchó cuando todos atacamos a Virata; Radheya te ha fallado miserablemente. Sin embargo, no quieres oír ni una palabra en su contra. Lo siento por ti.

Duryodhana no se molestó en responder. Detestaba las palabras de su abuelo, pues él amaba a Radheya como Krishna a Arjuna. Era una amistad que nadie podía comprender, pues tenía algo de divino. Duryodhana estaba resentido siempre con su abuelo porque solía manifestarse de una forma demasiado vehemente en contra de su amigo. Estas escenas eran frecuentes en su corte, y su amigo no gozaba de buena reputación entre los ancianos de la corte. Su padre era la única excepción, ya que quería a Radheya. Pero esto era porque Radheya quería a Duryodhana. Nadie, excepto Duryodhana, quería a Radheya. Así que cada vez que alguien le insultaba, el afecto de Duryodhana por Radheya crecía.

En esta ocasión se volvió dándole la espalda a su abuelo. Bishma dejó de hablar y se sentó. Duryodhana tenía la habilidad de insultar a la gente con una mirada, subiendo una ceja o torciendo burlonamente la esquina de su boca. Usaba este arma muy a menudo, silenciando a los ancianos de este modo mejor que de ninguna otra forma.

Drona dijo:

—Lo que dice el noble Bishma es correcto. No está bien ser tan temerario. Las palabras de Krishna y Arjuna no son meras palabras. Dicen la verdad cuando proclaman que destruirán a los kurus, debemos hacer la paz con ellos. Arjuna aprendió de mí a usar el arco, conozco su valor y ahora sabe más que yo y ha conseguido armas de todos los dioses. Tiene el Pasupata del Señor Sankara. De todas las tácticas militares, lo más estúpido es menospreciar al enemigo, y esto es lo que hemos estado haciendo; por favor, tenlo en cuenta.

El rey pidió a Sanjaya que continuara su narración y Sanjaya les transmitió las palabras de despedida de Yudishthira. Luego le describió el ejército que habían reunido, hablándole de su fuerza y poder. Mientras hablaba vio de nuevo con el ojo de su mente el ejército y de repente le sobrevino un desmayo. Sanjaya cayó sin sentido. Hubo mucha preocupación por el desmayo de Sanjaya. Esto mostraba más claro que sus palabras el terrible aspecto del ejército de los pandavas. Se le reanimó y con una mirada asustada y desencajada, el pobre auriga del rey continuó su plática, hablando de la fuerza de los pandavas y sus aliados. Dhritarashtra, que escuchaba con el corazón acongojado y que estaba aterrado, dijo:

—Oyéndote mi corazón tiembla de miedo por las vidas de mis hijos. Tengo miedo de Bhima y de su juramento, no he podido dormir desde hace muchas noches. Sé de cierto que Bhima matará a todos mis hijos. Sé que mi hijo, mi Duryodhana, morirá con sus muslos rotos, sé que Dussasana yacerá sangrando en el campo de batalla. Me puedo imaginar a Bhima abriendo surcos entre nuestras filas, con su maza levantada.

Parecerá el caudal del río Ganges en la época de los monzones desbordándose y arrancando de raíz a todos los árboles de sus riberas. Puedo ver todo lo que va a ocurrir. Tengo miedo. No temo tanto a los hermanos de Yudishthira como a él mismo y su mirada furiosa recayendo sobre mis malvados hijos. Este hijo mío no entrará en razones, aunque todo el mundo le esté aconsejando. No prestará ninguna atención a las palabras de Vidura, que tiene reputación de ser el más sabio de los hombres.

Estas palabras del rey irritaron a Sanjaya, quien dijo: —Tus palabras en contra de tu hijo, mi señor, no son correctas. Tú eres el verdadero pecador y no Duryodhana. El sabio y gentil Vidura te ha estado hablando durante muchos años. Pero no has escuchado sus consejos ni una sola vez. Yo estaba allí cuando se estaba celebrando el juego de dados. En aquella ocasión, Vidura te habló a ti y no a tu hijo. Te pidió que pararas el juego. Un padre, mi señor, es el mejor amigo que puede tener un hombre. A tu hijo, el desafortunado Duryodhana, se le ha denegado ese privilegio. Un padre que traiciona el interés de su hijo en su ansiedad de complacerse a sí mismo y a sus propios deseos, no es un padre. Cuando estaban jugando, Vidura apeló a tu bondad, pero fue como si le hablara a un sordo. Tus oídos estaban abiertos para recibir sólo un sonido, el repiqueteo de los dados contra el suelo. Sólo decías una frase:

"¿Quién ha ganado?" Sólo temas oídos para unas determinadas frases: las cuantías de las pérdidas de Yudishthira. Estabas sentado en el gran salón dibujando en tu rostro una sonrisa de complacencia durante todo el rato. Siempre has actuado con mala voluntad en lo concerniente a los hijos de tu hermano. Incluso cuando se fueron al bosque no estabas preocupado. Luego comenzaste a preocuparte y me mandaste llamar, ¿lo recuerdas, mi señor? Estabas preocupado, no porque se estaba haciendo sufrir a los pandavas, sino porque habían jurado matar a tus hijos. Tus hijos van a morir. No hay ninguna duda al respecto. Pero no será por sus pecados, morirán por tus pecados. No tienes ningún derecho de culpar a tu hijo Duryodhana por tu estupidez. El tiene amigos que le aman. Tiene once akshauhinis para que le ayuden, se ha ganado el afecto de muchos reyes por su agradable naturaleza y están dispuestos a morir por él; tú, sin embargo, no tienes ni un sólo amigo. Nadie te quiere. Has traído la ruina a la casa de los kurus. Dios te ha dado la terrible aflicción de la ceguera. Pero tú te has ganado para ti mismo una aflicción peor, la ceguera interior. No eres capaz de ver nada como es debido.

"Tus hijos son afortunados. Todos morirán en el campo de batalla y sus pecados serán redimidos. Alcanzarán los cielos que corresponden a aquellos que mueren en el campo de batalla. Sus muertes serán tan nobles que el mundo no recordará sus pecados. El mundo olvidará la ruindad y el egoísmo de Duryodhana debido a la noble muerte que encontrará a manos de Bhima. El valor se aprecia siempre. Radheya es un gran hombre y siempre ha sido justo. El es el más grande de todos los dadores. No hay nadie como él y está dispuesto a dar su vida por Durvodhana. Los hombres del futuro le recordarán como el hombre más noble que murió en el campo de batalla. Pero a ti, mi señor, se te denegará la muerte, lo cual sería una liberación misericordiosa para ti. Vivirás para ver la muerte de tu querido hijo Duryodhana y la de todos sus hermanos.

Lo siento por ti. En los anales del tiempo tu nombre será el más odiado. No escaparás a la censura de la posteridad. Has hecho méritos para merecértela. Te has buscado tu propia ruina. No hay ninguna esperanza para ti.

IX

DANOS CINCO CIUDADES

Durvodhana sentía pena de su padre. Intervino y dijo:

—Mi querido padre, no tengas miedo. Sé muy bien que el ejército de los pandavas es grande y poderoso. He escuchado cada detalle de nuestros espías. Hace trece años, cuando los pandavas estaban en el bosque de Kamyaka, Krishna se dirigió a ellos con un gran ejército.

Con él estaba Satyaki y también Dhrishtaketu, Dhrishtadyumna y Drupada. Todos estaban decididos a matarnos. Se habían reunido muy cerca de Indraprastha y les dijeron que estaban listos para luchar contra nosotros. En esa época no éramos populares. Todos los reyes de Bharatavarsha se pusieron del lado de Yudishthira. Vieron a Yudishthira vestido con cortezas de árboles y pieles de ciervo y hacía poco que había realizado el Rajasuya. Los reyes estaban horrorizados por el destino del monarca. Teníamos muy mala fama en aquel tiempo, y nosotros lo sabíamos. Todos los reyes nos odiaban y estaban dispuestos a luchar por nuestros queridos primos. Tenía verdadero miedo de que hubiera una guerra. Pensé que Yudishthira nos haría la guerra inmediatamente. Sentía que si lo hacía, íbamos a ser derrotados. El mundo entero estaba de su parte. Mi único amigo entonces era Radheya. Me dirigí a los ancianos de la corte y les pregunté qué hacer si la guerra estallaba. Entonces Bishma, Drona y Kripa me tranquilizaron. Drona me dijo: "No temas, no podrán vencernos. Basta con uno solo de nosotros para hacer frente al asalto de todos ellos. Podemos luchar contra ellos con nuestras flechas y arcos, famosos en todo el mundo. Bishma luchó contra una hueste de príncipes cuando se llevó las esposas para tu abuelo Vichitravirya. Mientras el gran Bishma esté de tu lado, ¿a qué has de temer?

"Mi querido padre, en aquel tiempo en que todos los reyes estaban de parte de los pandavas, Drona dijo que sin duda podíamos derrotarlos; pero ahora las circunstancias han cambiado. Ya no son tan poderosos. Ahora tengo más amigos que ellos, tengo muchos aliados. Los pandavas no tienen ahora muchos amigos. Sus guerreros están atados a ellos por lazos de familia y no de afecto. Definitivamente mi ejército es más poderoso. En cuanto a tus miedos sobre Bhima, son también infundados. Yo soy mejor luchador que él. Durante todos estos años he estado practicando constantemente. Cuando éramos discípulos de Balarama, nuestro maestro dijo: "Duryodhana es mi igual. Es el mejor luchador con la maza, es muy superior a todos los demás." Definitivamente soy superior a Bhima. El, Krishna y Arjuna lo saben. De hecho estoy deseando luchar contra Bhima. Será apasionante golpearle con mi maza y abrir su cabeza en dos, podré hacerlo fácilmente, nunca he querido a Bhima. Además, su lucha

es muy bruta, no tiene habilidad. Sus golpes no son tan precisos ni tienen tanto estilo como los míos. Balarama lo ha dicho. Venceré a Bhima fácilmente. Puedo matarle. Una vez que muera Bhima, la espina dorsal del ejército de los pandavas se habrá roto y caerá al suelo.

Incluso puedo matar a ese vano y engreído Arjuna.

"Padre, fíjate en mi ejército. Tengo al gran Bishma, quien tiene el don de que sólo puede morir cuando lo desee. El es un ser divino, no es un mero mortal como los demás. Fíjate en Drona, él no ha nacido como un hombre ordinario. Es el hijo de Bharadwaja Aswattama, ha nacido por la Gracia de Sankara y no puede morir, ni tampoco Kripa. Con estos inmortales de nuestro lado, ¿por qué deberíamos preocuparnos? Cada uno de ellos individualmente, puede vencer a los dioses de los cielos. Arjuna no puede luchar con ninguno de ellos. Tengo a Radheya, de quien Bhargava dice que es igual a Parasurama. Puede que aquí haya gente que esté en desacuerdo conmigo, pero yo mantengo que iguala a Bishma, Drona y Kripa. El abuelo dice que ya no es tan poderoso porque donó su kavacha y sus kundalas, pero no es así.

Indra le pidió sus pendientes, que eran muy hermosos, pero a cambio Radheya consiguió el Sakti de Indra que puede matar al más terrible enemigo. ¿Por qué debo preocuparme cuando tengo tanta ayuda? Mi abuelo es más que suficiente para matarles a todos. Veo nuestra victoria tan clara como la palma de mi mano.

"Déjame que dé ánimos a tu desalentado corazón diciéndote los nombres de los héroes que lucharán para mí: Bishma, Drona, Aswatthama, Kripa, Radheya, Bahlika, Brihadratha, Bhagadatta, Salya, Sala, Vinda, Anuvinda, Jayadratha, Sakuni y mis hermanos conducidos por Dussasana. Tengo once akshauhinis en contra de los siete suyos. El futuro no me preocupa en absoluto. —Duryodhana habló con gran confianza. Había pensado en todo y todos quedaron admirados por su claridad de pensamiento y por la contundencia de sus palabras. Duryodhana continuó:— ¿Qué puede hacer Virata, cuando tenemos con nosotros a los trigartas? Susarma puede derrotarle una y otra vez. La enemistad entre los trigartas y Arjuna es tal que han jurado matarle o morir a sus manos. Son los samsaptakas. He considerado la fuerza de nuestro ejército y la del suyo y creo que somos mejores en todos los sentidos.

Puedes descansar en paz, padre; yo ganaré.

El rey se volvió hacia Sanjaya y le dijo:

—Una pregunta más, Sanjaya. ¿Qué sentimientos tienen sobre la guerra? ¿Tienen tantas esperanzas como mi hijo? ¿Están planeando las cosas como nosotros?

Sanjaya sonrió tenuemente y dijo: —¿Planeando? Por supuesto que están planeando la guerra. Están muy preparados para la guerra aunque, a diferencia de tu hijo, ellos no la quieren, quieren evitarla si pueden.

Yudishthira me pidió que hiciera todo lo que pudiera para evitar que estallara la guerra. ¿Sabéis lo que dijo?, dijo: "Sanjaya, si todos los intentos fallan, dile esto a Duryodhana: 'Hemos soportado muchas cosas de ti. Insultaste a nuestra querida reina Draypadi. Es por esta razón más que por ninguna otra, por lo que estamos enfadados, pero aun así no queremos la guerra, sólo quiero que se me devuelva mi reino. Pero si rehúsas entregármelo, entonces, en mi deseo por el bien general estoy dispuesto a renunciar a mi justa demanda; me conformaré con cinco ciudades. Quiero Indraprastha, Vrikaprastha, Jayanta y Varanavata. La quinta, te la dejo a tu elección. Quiero riquezas, porque siempre he querido dar dinero a los brahmanes.

Sólo quiero cinco ciudades, o mejor dicho pueblos. No quiero ver la muerte de mis queridos parientes. ¿Por qué deberíamos destruirnos los unos a los otros? Que los hermanos vivan. Que los padres y los hijos no se separen los unos de los otros. Que los pandavas y los kurus vivan juntos y felices. Buscando el bien común, estoy dispuesto a abandonar mi reino. Pero debo tener la seguridad de que me darás estas cinco ciudades. Quiero la paz. No quiero ser la causa de la muerte de dieciocho akshauhinis y de todos los héroes de nuestra tierra.' " Duryodhana, Yudishthira es un buen hombre, él me dijo: "No tenemos secretos para nadie, tienes plena libertad para examinar nuestro ejército y hacer todas las preguntas que quieras. No te pondré objeción alguna. Por favor, vuelve y diles a Bishma y a Dhritarashtra que disuadan a Duryodhana advirtiéndole contra la guerra." Paseé entre sus filas, dije ante sus guerreros quién era y les pregunté los planes de los pandavas. Me lo contaron todo. Tienen el sentimiento de que lo más probable es que Dhrishtadyumna será el comandante en jefe del ejército, pero tendrá que decidirse en una asamblea.

"Cada uno ha elegido un oponente con el que luchar en la guerra: Bishma ha sido elegido por el gran Sikhandi. El mayor de los pandavas ha decidido matar a Salya; Duryodhana y sus hermanos serán la tarea de Bhima; Arjuna se ha quedado con Radheya, Aswatthama, Jayadratha y los reyes que vengan en su ayuda. Los poderosos hermanos Kekaya han decidido matar a sus primos que se han unido a Duryodhana. Los malavas y los salvas han decidido luchar contra los trigartas. Puede que no puedan matarles, pero están determinados a castigarles tanto como puedan. El rey Brihadbala de Kosala, los hijos de Duryodhana y nuestro Dussasana han sido elegidos por Abhimanyu como sus víctimas. Los hijos de los pandavas van a apoyar a Dhrishtadyumna en su lucha contra Drona. El va a matar al gran acharya. Chekitana tiene esperanzas de encontrarse con Somadatta en un combate singular. Satyaki ha puesto sus ojos sobre Kritavarma, no puede perdonarle que se una a los kurus. Sahadeva, por supuesto, tiene decidido matar a Sakuni. Por su parte Nakula ha elegido a Uluka, el hijo de Sakuni. Este es el esbozo general de sus planes. Habrá muchas alteraciones cuando ocurra la guerra, pero lo tienen todo listo. Dhritarashtra comenzó a gemir de nuevo y su hijo se sintió muy molesto. Dijo:

—Mi querido padre, por favor, no pierdas confianza, yo soy más poderoso. ¿No puedes ver que incluso ahora ya están empezando a tener miedo?

A Dhritarashtra aquello no le convencía, sabía que lo que había dicho Sanjaya era verdad y dijo:

—La guerra no es algo deseable. Como dice Yudishthira, es un error. No es justo que disfrutemos de su mitad del reino. Por favor, entrégasela. Tú y yo seremos alabados por todos los buenos hombres del mundo. Tratemos de salvar nuestra reputación. Todos los reyes que están aquí reunidos prefieren no luchar. Están aquí porque tú no quieres la paz. Si aceptas hacer la paz con los pandavas y devolverles su reino, cada uno de estos guerreros te bendecirá. Estoy seguro de ello.

Duryodhana comenzó a perder la paciencia y dijo:

—Muy bien, no quiero que nadie luche a desgana. Que todos se vayan de aquí. Tengo a Dussasana y a Radheya. Tres de nosotros se las pueden arreglar para derrotar al ejército de los pandavas. No quiero escuchar hablar más de esta paz con nuestros primos. No les devolveré su reino. No les daré ni la tierra que cubre la punta de una afilada aguja. Eso es cierto, quiero luchar. —Cuando dijo eso, por un momento se produjo un silencio total. Luego, como pensándoselo, dijo:— Ya se están amedrentando. Yudishthira dice que se contentaría con cinco pueblos. Por supuesto, me puedo permitir el lujo de dárselos. Incluso me puedo permitir el lujo de darles su mitad del reino. Pero me muestro tan inflexible porque no quiero dárselos. Si le doy esos cinco pueblos, entonces también tendré que admitir que estoy equivocado.

Durante todos estos años he tenido la impresión de que Yudishthira era sabio y valiente. No puedo comprender esta petición suya de cinco pueblos. Es ridícula.

Vidura se levantó y dijo:

—Yudishthira no es tonto. Te ha pedido cinco ciudades en particular. Te podría haber pedido cinco ciudades cualesquiera, ¿por qué crees que te ha mencionado los nombres?

Te lo diré. El sabe demasiado bien que no va a hacer caso a nadie. Sabe que tendrá que luchar por su reino y mataros a todos por culpa de ese reino. Esta petición suya de cinco pueblos es sólo para recordarte a ti en particular y también a los ancianos de esta corte, los sufrimientos de los pandavas. Cada uno de los nombres es muy significativo.

"Por ejemplo Varanavata, con ella nos recuerda a todos la infame confabulación que allí llevásteis a cabo tú y tu tío cuando instigásteis a Purochana para que construyese el palacio de cera. Fue un complot cobarde para matar a tus primos. Yudishthira quiere recordártelo a ti y a nosotros. Luego viene Indraprastha. Esta es la siguiente injusticia que se les hizo. Debes recordar que tu padre decidió darles la mitad de la tierra de los kurus. Esto fue después de su boda con Draypadi. La mitad que se les dio fue la agreste tierra de Khandavaprastha. Ellos consiguieron la ayuda de Indra para

hacerla fructuosa. Eso es por lo que Yudishthira menciona Indraprastha como uno de los pueblos que quiere. Luego viene Jayanta. Con toda seguridad recordaréis el salón que construísteis después de volver del Rajasuya. Jayanta es un suburbio de Hastinapura y allí se construyó el salón que sirvió de excusa para traer a los pandavas a Hastinapura. Yudishthira quiere que recordemos que no ha olvidado el juego de dados. La cuarta es Vrikaprastha. Fue allí donde le ofreciste a Bhima alimentos envenenados.

Este es un lugar junto al bosquecillo de Pramanavata. Y también fue allí donde los pandavas pasaron la primera noche de los doce años de su exilio. Te ha dejado que elijas tú mismo la quinta ciudad. Eso concluye el resto de las injusticias que les has hecho.

"Ahora, ¿puedes ver lo ingenioso y sarcástico que puede ser Yudishthira si así lo quiere? Ese es su modo de decirte: "¿Después de todo esto, quieres que seamos pacientes? Mi tío dice que deseo hacer la guerra, ¿qué hombre sería paciente después de que le ocurrieran todas estas cosas? Sólo se puede evitar la guerra si se me devuelve mi reino." Este es el mensaje de Yudishthira a todos vosotros.

Dhritarashtra estaba terriblemente enfadado por las palabras de Vidura, viendo la ira de su sobrino. La petición de las cinco ciudades era como una espina venenosa que se introdujoen su corazón y le hirió terriblemente, pero fingiendo una vez más trató de hablar con la grandeza de los pandavas. Dijo:

—Agni, el señor del fuego, fue complacido por Arjuna en la quema el bosque de Khandava. Ahora tratará de devolverle su amabilidad a Arjuna. Es seguro que ayudará a Arjuna en la guerra. Los dioses: Indra, Vayu, Yama y los Aswinis ayudarán ciertamente a sus hijos. Los dioses les ayudarán en su lucha contra Bishma, Drona y todos vosotros. Varuna ha dado su arco y sus aljabas a Arjuna. Los pandavas son tan poderosos que no será posible derrotarles. Cuando Bhima se encontró con el gran Hanuman en la montaña Gandhamadana, Hanuman consintió en sentarse en el mástil de la bandera de Arjuna. Esto muestra que los pandavas recibirán ayuda divina. No les desafiemos. Hagamos las paces.

La paciencia de Duryodhana había llegado al límite y se puso furioso con su padre, y le dijo:

—Mi querido padre, seguramente estás pasando noches sin dormir sin ningún motivo. ¿Por qué estás tan seguro de que los dioses ayudarán a los pandavas? Tú que eres tan sabio, ¿no conoces la definición de un dios? El sabio Vyasa y el gran Narada nos han dicho que los dioses son aquellos que está más allá del deseo, de la envidia y de la codicia. Están m s allá de las emociones de este mundo. No tienen apegos, i enemigos y son indiferentes a los asuntos del mundo e los hombres. Con toda seguridad los dioses no luchan como nosotros, movidos por la avaricia y la codicia. Se ocupan de asuntos más importantes. Este mundo y sus problemas están muy por debajo de ellos como para que lo tengan en cuenta. Yo no creo que tus ideas estén bien fundada. Si

Indra, Yama, los aswinis y Vayu estuvieran de hecho interesados por sus hijos, ya hubieran hecho algo. No se hubieran quedado quietos mientras sus hijos pasaban por tantos sufrimientos, durante los últimos trece años. No hemos e temerlos ya que ellos sólo se preocupan por el Dharma nada más.

"He sido un buen rey y los dioses lo saben. Todos mis súbditos hablan bien de mí y la gente no pasa necesidades en mis tierras. Las lluvias caen a su debido tiempo y todos son felices en mi reino. Estoy hablando de mi bondad, no porque quiera alardear, un verdadero hombre no debe hablar de sí mismo, pero tengo que hablar así, ya que es esencial que te convenzas. He gobernado bien mi reino y no he abusado de los derechos de rey. Pregunta a mis súbditos y a mis amigos. Ellos te dirán lo mismo. Los dioses no me pueden acusar de maldad ya que he sido un rey justo. Por favor, descansa con la seguridad de que ganaremos la guerra. Ningún dios puede venir a molestarnos a nosotros ni a alterar nuestra paz mental.

Tras esto, Duryodhana se levantó bruscamente y salió de la corte, estaba disgustado por las palabras de los ancianos. Radheya se fue con él, y todos los demás dejaron la corte uno a uno tan pronto como se fue el príncipe. En el salón no quedó nadie más que Dhritarashtra y su conductor Sanjaya. Era patético ver al anciano rey solo y sin ninguna esperanza de que sus hijos sobrevivieran a la guerra. Le era duro enfrentarse con las consecuencias de sus pecados.

X

LOS PANDAVAS LE EXPRESAN SUS SENTIMIENTOS A KRISHNA

Después de la partida de Sanjaya, Yudishthira recordó el ofrecimiento de Krishna de ir a Hastinapura en una misión de paz y convocó una asamblea con todos sus hermanos y amigos.

Se dirigió a Krishna y le dijo:

—Krishna, ha llegado el momento en que se nos forzará a tomar una decisión. Tú eres la única persona a quien podemos recurrir en épocas de apuro. Tú eres el que debe tomar nuestras decisiones. Eres nuestra mismísima vida. Depende de ti hacer lo que sea mejor para nosotros. Por nuestro bien, debes ir a Hastinapura y hablar con nuestro tío y su hijo. Ya oíste el mensaje de nuestro tío. Estaba aderezado con palabras que sonaban muy dulces al principio, pero que se volvieron insoportables más tarde. El rey no distingue entre el bien y el mal. Con su inteligencia nublada por su amor hacia Duryodhana, el anciano rey rehúsa enfrentarse a la verdad. Sabiendo cómo ha sucedido todo, tiene la audacia de achacarme el pecado a mí, dirigiéndome palabras crueles; y su avaricia es incurable. Después del juego de dados fuimos al bosque pensando que el rey mantendría su parte del pacto. Pero ahora rehúsa devolverme mi reino persistiendo en esta injusticia. Debería haberse comportado como un padre con nosotros y en cambio se está portando como un ladrón. ¿Puede haber algo más terrible que eso?

"Yo no quiero la guerra. Siento haber nacido como un kshatrya. Si hubiera sido un sudra hubiera trabajado para vivir; si hubiera sido un vaysa hubiera sido un comprador y vendedor de mercancías; si hubiera sido un brahmán, hubiera pedido limosnas, pero un kshatrya sólo puede dar, nunca debe recibir limosnas. Tengo que luchar y destruir al mundo entero por la avaricia de mi tío. Tendré que presenciar la muerte de todos aquellos que me son cercanos o queridos por culpa de mi tío. Si me niego a luchar, seré marcado con el estigma de la infamia.

Entre dos kshatryas que se odian mutuamente, no es posible la paz. El odio es la única réplica al odio y, sin embargo, Krishna, estoy intentando lo imposible. Espero que tu viaje realice mi sueño imposible: la amistad entre yo y Duryodhana. Debes ir y hacer todo lo que puedas para que acepten mi proposición de paz. Espero que puedas conseguirlo.

Krishna dijo:

—Yudishthira, ciertamente trataré de hacer lo que sea mejor para ambos bandos. Si puedo evitar la guerra, obtendré gloria. Tendré el gozo de haber salvado al mundo de la destrucción.

Trataré de salvar a todos los reyes del mundo del lazo mortal que llevan como guirnaldas alrededor de su cuello. Haré todo lo que pueda.

Yudishthira le dijo:

—Tengo miedo de enviarte a ellos. Tú eres nuestra más preciosa posesión. Sé que el malvado Duryodhana tratará de herirte. Le conozco y si te pierdo, no podré vivir ni un momento más.

Krishna sonrió y le dijo:

—Tienes razón, sé que Duryodhana tratará de herirme. También conozco la malvada naturaleza del tío de Duryodhana. Si me hacen algún agravio, no esperaré a la guerra para destruirles. Les mataré a todos y te quitaré esa molestia. No te preocupes por mí. Pero tengo el sentimiento de que mi embajada no tendrá éxito. Escuchaste las palabras de Sanjaya, e incluso después de haberlas oído estás tratando de ser amistoso con ellos. No creo que beneficie a un kshatrya ser tan gentil y compasivo. Eres un kshatrya. Un kshatrya debe dar la bienvenida a la victoria o a la muerte en el campo de batalla, no te dejes llevar por esta debilidad, Yudishthira. No está bien que pienses en ellos como parientes, no debes sentirte culpable por eso. Un kshatrya no tiene parientes. Tiene amigos o enemigos. No hay una tercera categoría en el léxico de un rey. Ellos ni por un momento han pensado en ti como pariente, primo o hermano, ni tampoco los ancianos de la corte. Se han mostrado totalmente indiferentes ante el destino de una persona tan buena y gentil como tú. Todos ellos merecerían morir por esto.

"Cuando se jugó a los dados, cuando Draypadi fue arrastrada a la corte por Dussasana, cuando Radheya y su amigo la insultaron a ella y a ti con las palabras más duras y crueles, cuando los cinco con Draypadi caminabais por las calles de Hastinapura dejando la ciudad, cuando ocurrieron todas estas cosas, los ancianos de la corte de los kurus no hicieron nada para detener las acciones de esos pecadores. No puedo comprender que les ames y que les consideres dignos. Les consideras como tus parientes, tus mayores, y como gente a la que debes respeto, tú, que eres el más digno de respeto. Cuando Draypadi dijo: "No hay sabha donde no hay ancianos. No son ancianos quienes no hablan con justicia. Donde no hay verdad, no hay justicia. Donde se consiente la obstinación no hay verdad." Cuando dijo eso, dijo la verdad. La corte de Hastinapura es la morada del pecado. Es un buen momento para destruirla. Tu abuelo no recuerda que es tu abuelo. El va a ser el primero en luchar contra ti. ¿Por qué sufres aún por este afecto inadecuado? Excepto por el nombre de la casa a la que ambos pertenecéis, no hay nada, absolutamente nada en común entre tú y Duryodhana. ¿Por qué te apenas? Todos ellos tienen que ser aniquilados como un árbol venenoso junto con todas sus raíces y ramas. Es un nido de víboras; destrúyelo. Me voy a Hastinapura.

Sé que no habrá paz entre tú y tu primo. Mi propósito de ir a Hastinapura es explicarles a todos los ciudadanos y a los reyes y demás gente que estén allí para ayudar a Duryodhana, la verdad acerca de todos ellos. Les voy a mostrar tu actitud, en contraste con la del rey kuru y la de su padre; que el mundo sepa la verdad, que conozcan la nobleza y la bondad del hombre con el que van a luchar. Haré todo lo que pueda por defender tu causa ante la gente en general y volveré después de hacer lo que pueda por ti. Sé que Duryodhana no se desprenderá del reino.

Durante mi ausencia, por favor, hace los preparativos para la guerra. La guerra comenzará a mi regreso. Bhima habló y dijo:

—Krishna, si puedes conseguir la paz entre el orgulloso Duryodhana y los pandavas, seré muy feliz. No trates de amedrentar a Duryodhana con el poder del ejército de los pandavas, es muy orgulloso y arrogante. Trata de usar dulces palabras mientras hablas con él. Es obstinado y nunca da su brazo a torcer, en un tiempo fuimos compañeros de juego y le conozco. Por favor, no le irrites o causará la muerte de los reyes del mundo. Estoy de acuerdo con mi hermano, de que no hay nada como la paz. Por favor, haz posible que podamos vivir en paz con ellos. Convence a nuestro abuelo de que deben abandonar la idea de la guerra. Lo mejor es evitar la guerra. Estoy seguro de que mi querido Arjuna coincidirá conmigo y entenderá mis sentimientos.

Hubo un momento de silencio y luego Krishna rompió en carcajadas. Se rió durante largo rato al oír las palabras de Bhima, era lo último que esperaba. Este alegato de Bhima por la paz era algo que no podía asimilar, era imposible creérselo. Hubiera creído antes que el fuego había perdido su calor y se había vuelto frío como la nieve. Krishna, queriendo elevar el espíritu de Bhima y avivar la chispa en él, le dijo: —¿Qué es lo que oigo, Bhima? Hasta ayer sólo hacías alabanzas a la guerra. Estabas esperando matar a los hijos de Dhritarashtra. Durante los últimos trece años no has tenido ni una noche de reposo, tu mente no estaba en paz, estabas siempre enfurecido. Parecías una serpiente furiosa y apretabas los puños con furia desesperada contra tu hermano, que te pedía paciencia. Tu mente echaba humo como lo hace el fuego cubierto de cenizas. Te sentabas aparte de todo el mundo como un hombre débil, oprimido por un gran peso. La gente pensaba que estabas loco, cuando te oían hablar en voz alta con las cejas fruncidas y con la frente empapada en sudor. Impulsado por brotes de furia repentina arrancabas árboles de raíz y derramabas lágrimas de ira estando a solas. Te reías como un poseído y gritabas de repente:

"El loto puede florecer en lo alto de las montañas y el sol puede alterar su curso y salir por el oeste, pero yo no faltaré a mi juramento: ¡romperé el muslo de ese pecador!" Diciendo esto, levantabas tu maza y la arrojabas al aire. ¿Cómo puedo creer que— es el mismo Bhima el que ahora quiere la paz? Estabas ansioso por la guerra, pero ahora que la guerra está cerca, tu corazón desfallece pensando en ella. Estás perdiendo coraje. Veo que la mente de un hombre es susceptible al más ligero cambio. Tu mente se ha nublado, Bhima. La balsa de los pandavas amenaza hundirse y contigo se hundirán todos ellos. Siento ver esta cobardía que te ha sobrevenido.

Las palabras de Krishna tuvieron el efecto deseado. Vio cómo los ojos de Bhima se ponían rojos. Le contuvo diciendo: —Bhima, recuerda tu bravura en el pasado. Recuerda que eres un kshatrya. Recuerda los pecados de tus primos a quienes has jurado matar. Pon tu mente firme, haz frente a esos sentimientos de afecto que tratan de poseerte. Reafirma tu voluntad haciéndola tan dura como el acero. La paz no te encaja, tú no puedes vivir en paz, hasta que los mates a todos. ¡Vamos, haz resurgir tu ser dormido!

Bhima le miró con ojos de enfado y le dijo:

—Krishna, has malinterpretado mis palabras. Sabes demasiado bien la agonía que he estado sufriendo durante los últimos años y aun así me hieres con esas palabras crueles.

Habiéndome conocido durante tantos años, te atreves a llamarme cobarde. No hay nadie que me iguale en valor. Cuando estalle la guerra verás si estoy diciendo la verdad o sólo estoy fanfarroneando. Nadie podrá resistir mi ira. Mataré a todos los enemigos de los pandavas.

Parece que no me conoces. Una vez que los kurus sean atrapados en mis brazos, nadie podrá rescatarlos. Sólo me verás tal cual soy cuando comience la guerra. Pareceré el dios de la muerte cuando irrumpa en las filas enemigas con la maza en alto. No tengo miedo. Mis cejas no están húmedas de sudor por el miedo. Mi cuerpo arde pero no por miedo. Me. sentí lleno de compasión por la humanidad y pensé que el mundo se beneficiaría si se evitaba la guerra.

Esta fue la única razón por la que te hablé de la paz. Por favor, no me llames cobarde, no lo soy.

Krishna cogió su mano con la suya y le sonrió. Le dijo: —No, Bhima, yo sé que eres cualquier cosa menos un cobarde. Sólo quería animaros. Sé que tú eres la persona más fuerte de nuestro lado. Dependemos de ti para ganar esta guerra. Quería saber tus verdaderos sentimientos, por eso te he insultado. Yo conozco el futuro; los kurus no van a aceptar esta proposición de paz. Va a haber una guerra, quería preparar tu mente y alegrar tu corazón, por eso te hablé así. Ahora puedo irme sin miedo.

Bhima se apaciguó. Arjuna dijo:

—Krishna, Yudishthira te lo ha dicho todo; estoy de acuerdo contigo. Tengo el mismo sentimiento que tú. No habrá paz. Debes hablar de tal modo que no se ofenda la dignidad de nuestro rey Yudishthira. Aunque también sé otra cosa; ocurrirá lo que tú quieras que suceda.

No hay nada imposible para ti. Puedes hacer que la gente haga lo que tú quieras que hagan. Se hará tu voluntad, no me preocupa el futuro. Si crees que debe evitarse la

guerra con toda seguridad puedes hacerles pensar lo mismo a ellos, incluso a Duryodhana. Si crees que merecen morir para limpiar así la tierra, también lo lograrás. Tú sabes lo que es mejor para el mundo y para los pandavas. El futuro de los pandavas está en tus benditas manos. Haz lo que quieras con nosotros. Nos sentimos felices de sólo pensar que estás con nosotros. Krishna le contestó:

—Arjuna, no tienes razón. Sé que el destino es más poderoso que todo el trabajo de un hombre. Sólo puedo tratar de convencerles de que sean justos. Estás equivocado al pensar que puedo hacer que hagan cualquier cosa; ellos no son como barro en mis manos. ¿Cómo puedes esperar algo bueno de esa gente? Duryodhana ha elegido deliberadamente el camino del mal que conduce a la condenación. No puedo hacerle entrar en razón, Duryodhana y sus aliados están condenados. No puedo hacer un milagro para salvarles, está más allá de mi poder. Voy porque no quiero que el mundo culpe a Yudishthira que es el más justo de todos los hombres.

—Los ojos de Krishna estaban rojos y húmedos por la emoción de su corazón.

Nakula dio su opinión, diciendo:

—Ya has oído las palabras de mis hermanos. Te diré lo que siento. Te pido que hagas lo que creas adecuado. Los pensamientos del hombre cambian de acuerdo a las circunstancias.

Teníamos ciertas ideas y pensamientos cuando estábamos en el bosque. Allí vivíamos como rishis y no pensábamos mucho en el reino que habíamos perdido. Entonces no significaba mucho para nosotros. Cuando estábamos en Virata, nuestros pensamientos sólo cambiaron al final del exilio, al final del año, y al final de nuestras penurias. Pero ahora que ha acabado todo, los pensamientos del reino que perdimos predominan en nuestras mentes. Hemos decidido que debería devolvérsenos nuestro reino y con tu ayuda hemos reunido siete akshauhinis. Ahora estamos preparados para luchar por nuestros derechos. Dile a Duryodhana, primero gentilmente y luego con términos duros, cuáles son nuestras condiciones. Amedréntalo con el tamaño y poder del ejército que hemos reunidos. Hazle oír los nombres de los héroes que se han reunido para ayudarnos. Seguramente se amedrentará. ¿Quién se atrevería a enfrentarse a todos ellos en la guerra? Yendo tú, estoy seguro que conseguirás lo que es mejor para nosotros y para nuestro querido hermano y rey Yudishthira.

Sahadeva les había estado escuchando a todos y se levantó de su asiento diciendo:

—Krishna, quiero que vayas y les hables de modo que la guerra y sólo la guerra sea el resultado. Incluso si los kurus piden la paz, ¡que haya guerra! Habiendo visto a nuestra querida reina en Hastinapura en la corte de esos pecadores, ¿cómo puede alguien desear la paz con los hijos de Dhritarashtra? Sólo la muerte puede ser la respuesta para Duryodhana. Si mis hermanos Yudishthira, Bhima, Nakula y Arjuna

quieren la paz, que se queden con la paz. Yo mismo lucharé contra Duryodhana y le mataré. Dile las palabras que he dicho aquí. Dile que no puede escapar a la muerte.

Satyaki dijo:

—Sahadeva dice la verdad. La muerte es lo único que merece Duryodhana. Krishna, tú viste a los pandavas en el bosque de Kamyaka vestidos con cortezas de árboles y pieles de ciervo. Habiéndoles visto así, ¿cómo puedes descansar en paz a menos que se vengue esta injusticia? Todos los kurus tienen que ser aniquilados. —Satyaki aún permanecía de pie, cuando todos lanzaron vítores de alegría al escuchar sus palabras llenas de afecto por los pandavas. Le gritaban " ¡Bien dicho!", "¡Excelente!", produciendo un estruendo ensordecedor en la tienda de los pandavas.

Krishna miró a Draypadi que había estado escuchando todo lo que se decía, ella levantándose con los ojos llenos de lágrimas dijo:

—Gloria a Sahadeva y Satyaki que son los dos únicos kshatryas que veo aquí. —Se volvió a Krishna y le dijo:—Tú lo sabes todo, mi señor, no tengo que refrescarte la memoria.

Te daré mi mensaje. No debes usar dulces palabras, ni ruegos para hablarle a Duryodhana. Con gentileza sólo podemos ganarnos el corazón de la buena gente. A él debes castigarle. Arroja el báculo de la destrucción en la dirección de esa multitud de pecadores.

Arréglatelas para que haya guerra. No soy partidaria de estos inútiles discursos de paz; quiero la guerra. Quiero que toda la familia de los kurus sea destruida.

"Los ancianos que observaron indiferentes cómo estaba siendo insultada deben morir todos y cada uno de ellos. No quiero que hagas entrar en razón a Duryodhana. No me sorprende la petición de paz de Yudishthira, lo que daña mi corazón son los discursos de Bhima, Arjuna y Nakula. Tú eres mi único refugio, mi Krishna, por favor sálvame de la indignidad de ser amiga de los kurus. Tengo que verles muertos. Si alguna vez me has apreciado en tu corazón, si alguna vez te has sentido apenado por mí y por mi dolor, te encargo por ese amor que me tienes que hagas que esta guerra sea inevitable. Debes insultar a Duryodhana, mofarte de él e irritarle. Haz lo que sea para conseguir mi propósito. Debe haber guerra. —Draypadi dejó de hablar. Las lágrimas la ahogaban. Sus cálidas lágrimas humedecían sus vestidos.

Levantó su trenza larga y perfumada, que parecía una enorme serpiente y sosteniéndola con su mano izquierda dijo:

—Mira este pelo, Krishna, no lo he adornado desde el día en que fue mancillado por la mano de Dussasana. Que todos aquellos que quieren la paz miren a este eterno recuerdo de mi vergüenza. En el bosque, mi señor Yudishthira dijo que deberíamos ser

pacientes durante trece años y que al final de los trece años se enfadaría tanto como yo quisiera. Ya veo cuál es su ira, he estado viviendo de esperanzas. Creí que se comportarían como hombres, al menos al final de los trece años; pero no, son los mismos. Creo que debo estar de acuerdo con Duryodhana, cuando les llamó cobardes. Lo son, incluso Bhima.

"Krishna, este insulto ha estado quemándome el corazón durante demasiado tiempo.

Sólo he tenido un deseo durante todos estos años. Quiero ver la mano ensortijada de Dussasana yaciendo en el suelo, separada de su cuerpo. Hasta que no vea esa mano que agarró mi pelo tirada en el suelo, mi mente no podrá descansar. Este es el deseo que ha morado en mi corazón durante todos estos años y me está quemando como el fuego. Sólo tú puedes ayudarme a realizar mi venganza. No quiero verte volver de Hastinapura sin declarar la guerra.

Krishna miró su rostro desfigurado por las lágrimas y dijo:

—No llores, Draypadi, no llores. Pronto, muy pronto, verás a las reinas de todos los reyes de este mundo llorar, porque habrán perdido su todo. Todos los reyes morirán, lo sé. ¿Recuerdas la promesa que te hice en el bosque de Kamyaka? De nuevo en Upaplavya, cuando nos encontramos después de que acabara tu exilio, me adoraste con leche y miel silvestre. ¿No recuerdas mis palabras de entonces? No he olvidado la promesa que te hice. Ha llegado el momento en que el pecador Duryodhana y sus aliados tienen que morir. Con la ayuda de Nakula, Sahadeva, Bhima y Arjuna destruiré el mundo. Mis palabras no son en vano. Me encargaré de que todos mueran. Vamos, Draypadi, limpia tus ojos y sonríe; comienza a sonreír. Los días de llanto se han acabado.

Al día siguiente, poco después de que el sol se hubiera elevado por el este, comenzaron los preparativos para el viaje de Krishna a Hastinapura. Su carro fue equipado con todas sus armas. Yudishthira le ayudó a entrar en su carro e hizo que Satyaki le acompañara. Los pandavas, como era costumbre en ellos, llevaron el carro hasta cierta distancia acompañándole y luego se despidieron de Krishna y Satyaki.

XI

KRISHNA VA A HASTINAPURA EN REPRESENTACION DE LOS PANDAVAS

Dhritarashtra oyó por sus espías que Krishna estaba en camino hacia su corte y mandó llamar a Bishma y Vidura, y también quiso que viniera Sanjaya. Drona y Duryodhana estaban también allí. Dhritarashtra dijo:

—El gran Krishna está en camino, viene a Hastinapura a hablar de la guerra. Es un gran hombre y debemos honrarle como se debe, debemos complacerle en todo lo que podamos. Su complacencia nos es ahora muy necesaria. Por favor, haced todos los preparativos para recibirle adecuadamente. Haced que su viaje hasta aquí sea agradable. Hijo mío, si le agradas, te será favorable. ¿Qué dice Bishma?

Bishma y los demás aprobaron sus sugerencias. Duryodhana hizo todos los arreglos y le comunicó al rey que se habían hecho todos los preparativos según sus deseos.

El rey le dijo a Vidura:

—Krishna se detendrá esta noche en un lugar llamado Kusasthala y mañana llegará a Hastinapura. Tú personalmente debes supervisar la recepción que ha de dársele al más grande de todos los hombres. Quiero darle muchas joyas y regalos valiosos. Quiero darle un carro, caballos y mil cosas más. El merece todo esto y mucho más, estoy ansioso por complacerle. ¿No apruebas mi idea?

Vidura sonrió para sí y dijo:

—Krishna es la persona más grande que haya nacido en la tierra. Me sorprende ver la forma pueril en la que hablas. Me preguntas: "¿Crees que estaría bien darle regalos a Krishna?" Mi querido hermano, él merece el mundo entero, pero ese no es el punto. He estado contigo desde que éramos niños y te conozco de pies a cabeza, no puedes ocultarme nada. Estás pensando en métodos para sobornar a ese gran hombre. ¿Cómo es que de repente te has vuelto tan generoso? ¿cómo estás dispuesto a darle tanto a este hombre que te viene a hablar a ti y a tu hijo de los pandavas? No tienes corazón ni para desprenderte de cinco pueblos en lo que se refiere a los pandavas y de repente vienes con la sugerencia de que deberíamos darle piedras preciosas, caballos, carros y muchas cosas más a este mensajero de tus sobrinos.

"No puedes hacer que Krishna se ponga de tu lado tan fácilmente. Su vida está atada a la de Arjuna. ¿Crees que puedes comprar a ese gran hombre con tu riqueza barata? Por favor, no le insultes, puedo decirte que por nada, ni por más que le coacciones o supliques, podrás separarle de Arjuna y de los pandavas. Si estás sinceramente interesado en complacer a Krishna, haz lo que te pide que hagas. Hónrale otorgándole su deseo. Viene aquí con la esperanza de hacer que tú y tu hijo os déis cuenta de los horrores de la guerra y de la injusticia que se le ha hecho a los pandavas, al igual que de tu avaricia y de tu crueldad al hacer que los reyes de todo este mundo derramen su sangre por culpa de tu egoísmo. Krishna viene a traer el bien a la casa de los kurus y quiere la paz. Si aceptas sus proposiciones de paz y detienes los preparativos para la guerra, tu bienvenida será una verdadera bienvenida para Krishna. Me pregunto si lo harás. Sólo puedo confiar, tú eres el padre de estos hijos sin padre. ¿Es tan difícil acaso mostrar algo de afecto por estos pobres huérfanos?

Duryodhana estaba escuchando y dijo:

—Lo que dice Vidura es verdad. Sin duda Krishna aprecia mucho a los pandavas. Los regalos hay que dárselos con discreción. Hay un momento para todo. Padre, esta idea tuya es estúpida. Krishna no es tonto y se reirá de ti. También pensará que estamos amedrentados, que tenemos miedo y que estamos tratando de ganar sus favores. No es digno por nuestra parte lisonjearle así. Además será un insulto para Krishna. El es el más grande de los grandes.

No debemos insultarle con estos mezquinos regalos, además tampoco él va a servir a nuestra causa. Honrémosle, pero, por favor, abandona este absurdo plan, el mundo se reirá de ti.

Bishma dijo:

—Tanto si se le honra como si no, a Krishna no le importa. Incluso si alguien es lo suficientemente tonto como para insultarle, él no se lo tomará como un insulto. Es demasiado noble para quedarse en esas cosas. Es un hombre verdadero, nada puede ocultársele. El lucha por la verdad y quiere enmendar las equivocaciones que se han cometido con los pandavas. Quedará realmente complacido si escucha palabras que sean de su agrado. Eso es lo que debes hacer.

Duryodhana dijo:

—Mi abuelo no para de hablar de los pandavas. He ideado un plan para hacer que los pandavas sean mis esclavos: aprisionaré a este amigo de los pandavas. Si lo apreso, ya no podrán hacer nada, quedarán indefensos. Creo que este plan es excelente. ¡Ojalá pueda llevarlo a cabo!

Dhritarashtra estaba horrorizado por aquella sugerencia y dijo:

—No, no, por favor, no pienses en eso. Es algo terrible lo que estás planeando hacer.

Krishna es un embajador, es un pariente y todos le queremos. Es un pecado, tan sólo pensar en aprisionarle.

Bishma estaba disgustado con Duryodhana y le dijo a Dhritarashtra:

—Este hijo tuyo está perdiendo la razón. Está ganándose la desgracia. Es un malvado al igual que sus amigos. Jamás hará caso de lo que se le diga por su bien. Ahora trata de aprisionar a Krishna. Este hombre no me agrada, no quiero oírle decir nada más. —Bishma se levantó de su asiento y se fue sin decir más.

Krishna llegó por la mañana a Hastinapura. Dhritarashtra acompañado de Bishma, Drona y Kripa, salió a recibirle, con ellos también fueron Duryodhana, sus hermanos y Radheya.

Las calles estaban decoradas y todos los ciudadanos dieron la bienvenida a Krishna con ojos sonrientes y palabras amorosas. Krishna entró en el palacio del rey. Dhritarashtra había ordenado que se colocara para él un lujoso asiento con incrustaciones de joyas. Después de saludar a los ancianos y a los jóvenes, Krishna se sentó en el lujoso asiento, con una sonrisa que iluminaba su hermosa faz. Después de que acabara la recepción formal, Krishna dejó el palacio y se dirigió a la casa de Vidura. Vidura estaba inmensamente orgulloso del honor que se le había conferido. Recibió a Krishna con lágrimas de alegría y le preguntó por la suerte de los hijos de Kunti. Krishna le ofreció una narración vívida de los acontecimientos de los últimos días pasados, la cual escuchó con toda su atención.

Kunti estaba de pie junto a Vidura. Krishna entró a los aposentos de Kunti y se encontró con ella. Ella le saludó con la voz entrecortada por la emoción. Krishna se conmovió por sus lágrimas. Kunti le preguntó por sus hijos diciéndole: —¿Cómo está mi hijo Yudishthira? ¿Cómo está mi querido Bhima? El es el favorito de Yudishthira y está muy acostumbrado a las comodidades del palacio, ¿cómo pasó los últimos años en el bosque? ¿Cómo está Arjuna?, ¿cómo se las arregló para 'ocultar su bravura durante todos estos años? ¿Cómo está mi querido Sahadeva?, él es tan delicado y sensible. Aunque ya es un hombre, todavía es un niño. ¿Cómo está mi hijo Nakula? ¿cómo está ese moreno y hermoso hijo mío, cuya habilidad en la lucha es aún más estilizada y grácil que la de Arjuna? ¿Cómo está Draypadi? ¿cómo ha soportado las dificultades a las que ha sido forzada esa hija del fuego?

Kunti no pudo decir más, su dolor se renovó viendo a Krishna. El la calmó con dulces palabras. Le dijo:

—Tus hijos son grandes hombres, ya han salido del exilio. Han sufrido las durezas del exilio con gran fortaleza y ahora obtendrán los beneficios de sus largos tapas. Por favor, sé feliz desde ahora.

XII

KRISHNA Y VIDURA

Krishna fue al palacio de Duryodhana. Era muy hermoso, era como el palacio de Indra.

Subió las escaleras y entró en el gran salón. Allí se encontró a Duryodhana sentado en el trono, Sakuni, Dussasana y Radheya estaban sentados a su lado. Cuando entró Krishna todos se pusieron en pie y le recibieron cordialmente. Habían preparado para él un asiento con incrustaciones de piedras preciosas y brazos de marfil y oro. Krishna se sentó en él con una sonrisa complaciente. Duryodhana estaba hablando con Radheya y luego, dirigiéndose a Krishna, le dijo:

—Krishna, me siento muy herido de que no hayas aceptado nuestra hospitalidad. Hemos hecho todos los preparativos para que en tu estancia tuvieras todo tipo de agradables entretenimientos y también hemos preparado para ti una comida excelente. ¿Por qué rehúsas a todo esto y vas a la casa de Vidura?

Krishna escuchó su queja y le dijo:

—Duryodhana, me habéis tratado bien. No importa si no como en tu casa. Comeré contigo cuando acabe mi trabajo aquí.

Duryodhana le contestó:

—Eso es algo al margen. Que tu trabajo haya acabado o no, no tiene importancia. Tú eres un pariente nuestro y estábamos ansiosos de tenerte como nuestro huésped. Está mal por tu parte mostrarte indiferente a nuestra hospitalidad. No hay enemistad entre tú y yo, no debes hablarnos así a nosotros, te tenemos mucho aprecio.

Krishna sonrió dulcemente y dijo:

—Me temo que tendré que ser franco contigo. No me interesa tu gran fiesta. No puedo disfrutar de la comida en la casa de una persona que no es justa. Has estado odiando a los pandavas sin motivo durante los últimos años. Los pandavas me son queridos, yo soy el alma de los pandavas. Quien es un esclavo de la avaricia y les maltrata, es considerado por mí como el más bajo de los hombres. Tú les odias, así que la comida que me ofreces es la comida de un enemigo, no debo comerla. Los pandavas significan para mí mi propia vida. No puedo aceptar tu comida con agrado. Sólo comeré la comida que me dé Vidura, él me es querido y los pandavas le son queridos a él.

Krishna se levantó y salió de allí. Una vez en la calle echó a andar en dirección hacia la casa de Vidura.

Bishma y Kripa le dieron alcance y le dijeron:

—Por favor, entra en la casa que hemos preparado para ti. Krishna les dijo:

—Por favor, volved a vuestros palacios, me estáis entreteniendo con vuestras palabras, ahora me voy a la casa de Vidura.

Ellos tuvieron que volver y Krishna entró en la casa de Vidura, el cual le recibió con gran afecto, complaciendo a Krishna con su adoración, Krishna comió allí su comida y descansó durante un rato.

La noche había caído ya. Después de aquel descanso reparador, Krishna se levantó y se sentó junto a Vidura dialogando sobre el discutido tema del día. Vidura le dijo:

—Krishna, tu venida será infructuosa. El loco de Duryodhana se ha vuelto inmune a los buenos consejos, ya no hace caso a nadie. Aunque le hables no te escuchará. A pesar del consejo de todos nosotros, se ha decidido por la guerra. Cree que puede ganar la guerra con la ayuda de Bishma, Drona, Kripa, Aswattama, Radheya y Jayadratha. Viendo el enorme ejército que ha reunido, cree que la victoria es suya. Cree que con Radheya le es suficiente para destruir a sus enemigos. Tus palabras y las mías pasarán inadvertidas para sus oídos sordos; son todos unos pecadores. No me gusta la idea de que te sientes en medio de ellos. Por favor, no malgastes tu aliento hablándoles de la paz. No me gusta que vayas a la corte de Dhritarashtra. Te insultarán a ti, el más grande de los hombres. ¿Cómo podré soportar ver cómo te insultan? Krishna le dijo:

—Tú me aprecias a mí y yo te aprecio a ti, para tino tengo secretos. Por favor escucha atentamente mientras te digo el motivo de mi venida. Sé todo lo que va a pasar. He venido con pleno conocimiento de lo que muy probablemente ocurrirá cuando nos reunamos en la asamblea. He venido a tratar de rescatar a esa gente de una muerte inminente. Conseguiré gran fama si consigo hacerlo. Incluso si no puedo lograrlo, el hecho de que traté de salvar a un moribundo será suficiente para mí. Si un hombre tiene pensamientos pecaminosos pero no los pone en práctica, incluso habiendo concebidos esos malos pensamientos, el pecado no se le imputa por ello. Así que si esta guerra puede evitarse, creo que no se les puede imputar ningún pecado a Duryodhana ni a su padre. Pero este peligro está ahora muy cerca de la casa de los kurus. Si un hombre ve que alguien se acerca a su propia ruina y aun así no hace nada por evitarlo, no es un hombre. Incluso si tiene que se arrastrado por el pelo, un hombre condenado debe ser salvado del peligro que amenaza tragárselo. Me siento muy orgulloso de hacerle este servicio a la humanidad. Espero convencer a Duryodhana. Yudishthira me ha dicho que quiere la paz y me ha pedido que trate por todos los medios de evitar la guerra.

Aprecio mucho a Yudishthira. Es el hombre más grande que ha nacido en esta tierra, es un honor ser querido por él. Para agradarle he venido en esta misión de paz. Estoy seguro que no voy a tener éxito, pero al menos quiero tener el sentimiento de que hice todo lo que pude. Y hay algo más que quiero decirte, quiero hablar en la corte de tal forma que la gente vea a Yudishthira tal y como es. Quiero que el mundo sepa qué clase de persona ha maltratado Duryodhana. Quiero que los reyes que se han agrupado alrededor del emblema de la serpiente, vean qué clase de hombre es Duryodhana, el hombre por cuya causa están dispuestos a' dar su vida. Quiero que Bishma, Drona y todos los demás vean cuán perversa es la postura que han adoptado luchando contra los pandavas. La guerra no puede evitarse, pero el mundo sabrá cuál es la causa de ella. Ese es el motivo de mi venida, Vidura.

Krishna acabó con aquel tema y luego hablaron de muchas otras cosas.

XIII

KRISHNA, EL MENSAJERO DE LA PAZ

Por la mañana, Krishna estaba acabando sus tareas rutinarias, cuando Duryodhana y Radheya, acompañados por todos los kurus, llegaron a la casa de Vidura para llevarle a la corte. Daruka trajo su carro y Krishna montó en él acompañado por Vidura. Duryodhana y Radheya le siguieron en el carro de Duryodhana y Satyaki y Kritavarma siguieron a estos dos.

Una guardia de honor estaba esperando a Krishna. La recepción que se le dio fue impresionante, muchos elefantes y caballos siguieron a su carro hasta el palacio. Toda la gente de la ciudad se había congregado para ver al gran Krishna.

La procesión llegó a su destino y el ruido de los carros hizo que los reyes salieran a las puertas del palacio. Krishna descendió de su carro llevando agarrados de la mano a Vidura y a Satyaki. Luego entró en la gran sala de la asamblea, conducido por Radheya y Duryodhana, y seguido por Kritavarma. Dhritarashtra y los otros ancianos de la corte se levantaron de sus asientos y honraron a Krishna, esperando a que se sentara. Fue conducido a un asiento que había sido hecho especialmente para él. Pero antes de sentarse, vio que Narada y otros sabios estaban esperando para presenciar los acontecimientos de aquel día en la corte y le dijo a Bishma que los sabios estaban esperando entrar en la asamblea. Bishma se apresuró en ir a su encuentro y les condujo a la corte con gran respeto. A todos ellos se les pidió que se sentaran en asientos especiales y cuando ya estaban acomodados, Krishna se sentó sonriente.

Dussasana condujo a Satyaki a un asiento lujosamente labrado y Vivimsati, un hermano de Duryodhana, hizo lo mismo con Kritavarma. No muy lejos de Krishna se sentaron los dos amigos Duryodhana y Radheya compartiendo el mismo asiento.

Sakuni estaba cerca de ellos y Vidura estaba sentado en un asiento que estaba justo al lado de Krishna.

Todos los ojos estaban fijos en Krishna, miraban y miraban y no se quedaban satisfechos. Era tan encantador que los ojos de todos estaban felices de descansar en él. Su gloria daba esplendor a aquella gran sala. Con su joya favorita, el Kaustubha, sobre su pecho, y con su vestido favorito de seda amarilla cubriéndole su cuerpo oscuro, Krishna parecía una montaña negra iluminada por los rayos del sol naciente.

Durante unos momentos se produjo un silencio intenso, pero Krishna lo rompió repentinamente con su voz, que resonaba como el estruendo de un trueno lejano. Miró al rey Dhritarashtra y dirigiéndose a él, le dijo:

—He venido a Hastinapura para evitar la muerte de muchos héroes. He venido para establecer la paz entre los kurus y los pandavas. No tengo mucho que decir, pues ya lo sabéis todo, vuestra familia es famosa; la casa de los kurus es la más noble de toda Bharatavarsha.

Los vástagos de vuestra casa gozan de gran reputación debido a sus grandes cualidades.

Todos han sido dotados de bondad, simpatía, sinceridad, generosidad y amor por la justicia.

Habiendo nacido de una raza tan ilustre, no es correcto que seas la primera persona en romper la tradición. No es propio que siendo un hijo de la casa de los kurus, hagas lo que estás haciendo. Tus hijos, mi señor, han abandonado el camino de la justicia y se dirigen como carniceros al camino del pecado. No tienen disciplina, ni tampoco respeto a los mayores, son avariciosos y se han comportado muy mal con sus parientes. Esto ya debes saberlo. Pero ahora, concientemente o no, han llegado a un estado peligroso para ellos y para el mundo.

"Por su indiferencia al consejo de la buena gente están amenazando destruir el mundo.

Si tú quieres, mi señor, puedes controlarles y pedirles que hagan la paz con sus primos.

Incluso algo difícil se puede conseguir si se tiene voluntad para hacerlo. La paz está en tus manos; por favor, sé firme con tus hijos y establece tu autoridad, todo el mundo en esta gran asamblea sabe lo necesario que es que reafirmes tu autoridad. Los pandavas y los kurus se salvarán si intervienes a tiempo y haces algo, por favor, sé afectuoso y benigno con los hijos de Pandu. Si se consigue la paz no habrá nadie que te iguale, piensa que vas a estar protegido por los kurus y los pandavas. Si tienes la protección de los pandavas no tienes nada que temer.

Con Bishma, Drona, Kripa, Radheya, Vivimsati, Aswatthama, Vikarna y Somadatta por un lado, apoyados por Jayadratha y Duryodhana y añadiendo además el apoyo de Yudishthira, Bhima, Nakula, Sahadeva, Arjuna, Satyaki y Abhimanyu. Piensa en tu maravilloso ejército, serías honrado en este mundo y en el otro como el más grande de los hombres nacidos en la casa de los kurus. Serías el señor del mundo como lo eres ahora, nada podría oponérsete, nadie puede. Si restauras tu amistad con ellos, los pandavas conquistarán para tí el mundo y todas sus riquezas. Puedes ser el señor de todo.

"En lugar de esa gloria estás buscando infamia y destrucción. ¿Qué es lo que consigues rompiendo las dos ramas del mismo árbol? ¿qué es lo que ganas con la matanza de los ejércitos de ambos lados? ¿Qué ganarás con que tus hijos sean aniquilados? Tus hijos son poderosos luchadores, pero también lo son los pandavas. Por favor, evita la ruina que amenaza al mundo. No puedo imaginar, sin estremecerme la guerra que se avecina entre estos primos. Todos los reyes que se han reunido aquí están condenados a muerte, ¿no podrías salvarlos? Por favor, salva al mundo. Los pandavas son buenos y te tienen mucho afecto. Haz que tus hijos y sus primos vivan en paz, recuerda la época en la que se dirigieron a ti, afligidos; acababan de perder a su padre y vivieron como tus hijos. Es justo que seas como un padre para estos huérfanos y que les confortes cuando tengan problemas. No mates el afecto natural que debería estar presente en tu corazón. Tú les llamaste a Hastinapura y les enviaste a un exilio que ha durado muchos años. Han sufrido mucho y aun así te siguen considerando como su padre. Debes aprovechar esta oportunidad y corregir todos tus errores del pasado.

Todas las reglas de conducta te son conocidas y es justo que las tengas en cuenta ahora. Tú y tus hijos no estáis haciendo lo debido.

"Esta asamblea no es en absoluto un sabha adecuado. Donde la justicia ha sido estrangulada por la injusticia, donde la verdad ha sido sobrepasada por la falsedad, donde todo esto ocurre y los así llamados ancianos lo permiten y continuar observando pasivamente este trato injusto, no es un sabha. Es un lugar donde se cobija el pecado. Por favor, considera cuidadosamente mis palabras y devuélveles a los pandavas el reino que les pertenece. Tú conoces muy bien la naturaleza de Yudishthira, él nunca tiene en cuenta los errores del pasado, y será muy obediente y cariñoso. Yo te aprecio mucho, mi señor, y no quiero que sufras la muerte de tus hijos. Si tienes algún deseo de paz para el futuro, debes hacer la paz ahora con los pandavas.

Todo el mundo escuchaba como si estuvieran paralizados por un hechizo. Krishna acabó de hablar y, sin embargo, nadie habló. A nadie se le ocurría algo que decir después de las palabras de Krishna. Un momento después, el rey comenzó a hablar y dijo:

—Krishna, me has hablado de la necesidad de la paz, ¿acaso no ves que estoy indefenso?

Yo no soy el que manda aquí, mis deseos no serán obedecidos, a mis hijos no les importo yo ni mis palabras. Si logras convencer a Duryodhana y Radheya, seré feliz. Ellos no escucharán el consejo ni las palabras de nadie. Duryodhana es demasiado obstinado, su madre Gandhari ha tratado de hablarle y Vidura ha hecho todo lo posible, también lo ha hecho nuestro Bishma, pero todo ha sido inútil. Si tú puedes tener éxito en lo que otros han fracasado, te estaré eternamente agradecido.

Krishna se volvió hacia Duryodhana y le dijo: —Duryodhana, escucha mis palabras. Eres un descendiente de la casa de los kurus, eres rico y estás dotado de todas

las grandes y nobles cualidades que son las características de esta raza: la raza de los kurus. ¿Por qué entonces, te comportas así? Mi querido Duryodhana, sólo aquellos nacidos de una familia baja, sólo aquellos que tienen una naturaleza inferior, son avariciosos y crueles. ¿Cómo es que estás tratando de comportarte en contra de las tradiciones de tu familia? La conducta de la gente buena es estar siempre en el camino de la verdad, sólo los malvados se comportan de forma anormal. Tu conducta es incorrecta y acarreará eterna desgracia para ti y tu nombre. Por favor, salva tu alma, aún estás a tiempo, por favor, rescata a tus hermanos y a tu querido amigo de una vergüenza eterna. Puedes hacerlo si así lo quieres y alegrarás los corazones de muchos de los que están aquí. Tu padre, tu abuelo, tu guru y todos tus amigos serán muy felices si consientes en hacer la paz con los pandavas. Alegra el corazón de tu madre Gandhari que es la más noble de todas las mujeres. Tu padre está deseoso de hacer la paz con los pandavas. ¿Por qué dudas aún?; no desprecies el consejo de tus mayores.

"Hay tres clases de personas en el mundo. La primera clase la constituyen los que son justos por naturaleza. La segunda clase es la de los que sólo les importan los beneficios.

Incluso si perteneces a la segunda clase te será de provecho hacer la paz con los pandavas. Tú deseas ser el señor del inundo y esperas serlo con la ayuda de Radheya, tus hermanos y Sakuni. Sería mejor que tuvieras como compañeros a los bravos pandavas que son definitivamente superiores a tus aliados, no hay nadie que pueda igualar a Arjuna o a Bhima. Tu abuelo y todos los poderosos héroes que están de tu lado no pueden igualar en bravura a Arjuna. Si te haces amigo de ellos, con seguridad te proclamarán en el Yuvaraja. Tu padre continuaría siendo el rey y ellos serían felices con su parte del reino de los kurus y no pasarían los límites de tu territorio. ¿Por qué no les haces tus aliados en la guerra contra otros?

Nadie podrá atreverse a desafiarte si tienes como aliados a los pandavas, piénsatelo.

"Pero hay un tercer tipo de hombre que disfruta haciendo el mal. No quiero creer que tú perteneces a la tercera clase. ¿Acaso no te das cuenta de la fama y la gloria que están esperando para ser tuyas? ¿por qué persistes en esta enemistad? ¿por qué estás tan ciego a las ventajas de la paz? Discrimina. Despójate de esa depravación como lo hace la serpiente de su piel vieja emergiendo con un nuevo brillo. Dale la mitad de la tierra a los pandavas y salva al mundo de la aniquilación.

Krishna había acabado su discurso. A continuación, Bishma se expresó con palabras similares, diciendo:

—Hijo mío, por favor, no seas obstinado, escucha las palabras de Krishna. No es bueno menospreciar sus palabras, lo que ha dicho es totalmente cierto. No causes la ruina de esta bella y esplendorosa Bharatavarsha; por tu extremado ego estás tratando de destruir el mundo. No entristezcas el corazón de tu noble madre con tu conducta.

Drona le dirigió también palabras dulces y persuasivas. Y Vidura le dijo:

—Yo no lo siento por ti, lo siento sólo por Gandhari y tu padre, que tendrán que sufrir dolores en su vejez. Se quedarán sin hijos y estarán indefensos y sin amigos en este vasto mundo, sufrirán por culpa de tener como hijo a un egoísta pecador como tú.

Bishma y Drona hablaron de nuevo y dijeron:

—Mientras Krishna y Arjuna no entren en el campo de batalla, mientras el arco de Arjuna, el gandiva, no toque su música en el campo de batalla, mientras Yudishthira no mire a tu ejército con sus ojos enfurecidos, tienes esperanzas de vivir. Bhima, con sus ojos rojos de ira, causará el pánico en tus filas. Y Nakula y Sahadeva con Dhrishtadyumna destruirán tu ejército. Por favor presta atención y evita esta calamidad. Todo el mundo quiere la paz.

Haz la paz con los pandavas; devuélveles su reino y vive feliz.

XIV

DURYODHANA RECHAZA EL CONSEJO DE KRISHNA

Duryodhana después de haber escuchado todos estos discursos, volvió sus ojos hacia Krishna y le dijo:

—Te has estado dirigiendo a mí todo el tiempo y hablas como si yo estuviera toda la culpa; lo he estado observando. Tú, mi padre, mi abuelo, mi acharya, y Vidura; todos parecéis pensar que yo soy el culpable de todo lo que ha pasado. No sé qué he hecho para merecer tanta censura. He tratado de entenderlo, pero no puedo aceptar que esté equivocado; dejadme que os diga lo que ocurrió.

"Yudishthira jugó de buen grado el juego de dados con mi tío y perdió su reino con Sakuni. ¿Cómo es que se me culpa de eso? No es culpa mía que jugara mal. Debes haber oído que devolví el reino y todo lo demás inmediatamente a Yudishthira. ¿Es culpa mía que lo perdiera de nuevo en el nuevo juego que se celebró? Perdieron y se fueron al bosque de acuerdo a las condiciones que se estipularon, y ahora están buscando motivos para culparme por su estupidez. Ahora se han unido a los panchalas, han reunido un ejército y están tratando de retarme. Nosotros no les hemos herido de ninguna manera, y no hay ningún motivo para esta guerra que nos han declarado, pero nosotros no les tenemos miedo, incluso aunque Indra viniera a luchar contra nosotros,

no le tendríamos miedo. No nos inclinaríamos amedrentados ante él, no puedo ver a nadie lo suficientemente fuerte para vencernos en una batalla. Bishma, Drona, Kripa y Radheya están de mi lado; nadie puede enfrentárseles en una batalla. Sólo estoy siguiendo el Dharma de un kshatrya, preparándome a luchar con los que quieren luchar contra nosotros sin ningún motivo.

"Si tengo que hacerlo, moriré en el campo de batalla herido por las flechas, o les haremos dormir sobre un lecho de flechas. Ese es el Dharma de un kshatrya. Si morimos en el campo de batalla alcanzaremos el cielo. Si la muerte nos abraza en la batalla, si podemos morir sin doblar nuestra cabeza enfrente de nuestros enemigos, por qué hacerlo, eso es más que suficiente, no sentiremos morir. ¿Qué hombre nacido de una mujer kshatrya, dejaría entrar el miedo en su corazón? ¿Quién estaría asustado ante su enemigo y aceptaría que le tiene miedo? ¿Quién traicionaría su noble nacimiento y crianza, inclinándose ante su enemigo con la esperanza de salvar su vida? La norma que se le impone a un príncipe es ésta: siempre debe mantenerse recto, siempre debe tener el rostro alto; sólo se es un hombre por los hechos.

Un kshatrya no debe inclinarse nunca, debe preferir romperse antes que doblarse. Yo he vivido siempre como un rey. He doblado mi cabeza, pero sólo ante mis mayores, quienes merecen respeto, nunca he inclinado mi cabeza ante nadie, nunca. Esta es la ley de los kshatrya y la ley que yo he seguido siempre. Nunca me apartaré de mi Dharma.

"En cuanto a ese reino, llamado Indraprastha, mi padre se lo dio en el pasado, lo sé, lo admito. Pero nunca les será devuelto; no, mientras yo viva. Mientras que mi padre, el rey Dhritarashtra viva, los pandavas y nosotros tendremos que dejar nuestras armas en sus fundas y vivir como dependientes suyos. Cuando Khandavaprastha fue entregada a Yudishthira yo era menor y dependiente del rey. Era un niño y no tenía edad suficiente como para que se me consultase. Se le entregó aquella tierra, bien debido a la ignorancia o al miedo, no lo sé. Pero ahora ese reino no se les devolverá jamás, no, mientras yo viva. Krishna, recuerda mis palabras, anótalas cuidadosamente. No le entregaremos a los pandavas ni la tierra que cubre la punta de una afilada aguja.

Krishna se rió con una risa extraña que expresaba suficiencia al tiempo que una gran lástima por Duryodhana. Tenía matices de ira y dolor, e hizo temblar a toda la asamblea con un miedo desconocido. Nunca habían oído esta risa en Krishna, le habían visto sonreír, le habían visto ceñudo, le habían visto con expresión grave y seria. Habían visto muchas y distintas expresiones en la cambiante faz de Krishna. Pero esta risa extraña, causó terror en los corazones de todos. Krishna se levantó de repente de su asiento incrustado en joyas. La furia daba a sus ojos un tono, color rojo carmesí, todavía sonreía con aquella extraña sonrisa y dijo:

—Duryodhana, parece que deseas un lecho en el campo de batalla; pues que así sea.

Conseguirás lo que quieres, siempre has conseguido lo que querías, sé firme, dentro de pocos días verás una gran matanza; te encontrarás con la muerte que tanto pareces amar. Tú y tus queridos consejeros conseguiréis lo que deseáis.

"Dices que no has ofendido a los pandavas en lo más mínimo. Te atreves a decir eso en esta asamblea de gente sabia que conoce cada uno de tus pecados. Deja que los sabios escuchen y decidan por sí mismos si tus palabras son ciertas o falsas. Ardiendo de celos por la prosperidad de los pandavas, tú y tu tío Sakuni jugásteis un juego de dados con el noble Yudishthira. ¿Cómo podía ganar ese buen hombre en ese juego trucado e infame, manejado por tu malvado tío? Ese juego se sabe que priva al hombre de la claridad de pensamiento y es motivo de disensión entre los que se aprecian. Provocaste ese juego para privarles de sus pertenencias y, sin embargo, dices que no les hiciste ningún mal. ¿Qué buen hombre insultaría a la esposa de su hermano con las palabras que tú le dirigiste? Estos hombres que están sentados aquí estaban también sentados en aquella asamblea y también oyeron las palabras que les dirigiste. Arrastraste a Draypadi a tu malvada corte valiéndote de este hermano tuyo, y los pandavas, que la quieren más que a su propia vida, permanecieron todos en silencio. No dijeron ni una sola palabra porque Yudishthira no quiso permitir que los pandavas se saliesen del camino del Dharma. Todos estos ancianos estaban presentes cuando insultaste a los pandavas, mientras se marchaban al exilio, al bosque. ¿Qué hombre de bien se comportaría con su propia gente como tú lo has hecho?

"Tú, tu hermano Dussasana, y tu amigo Radheya, dijísteis cosas que no pueden olvidarse fácilmente. Así de terribles fueron vuestras palabras. Cuando los pandavas eran niños, intentaste quemarlos junto con su madre en Varanavata. Tu intento no tuvo éxito, pero eso no quiere decir que nadie lo recuerde, todo el mundo lo sabe. Los pandavas tuvieron que vivir escondidos durante un año en una ciudad llamada Ekachakra, en la casa de un brahmán y tuvieron que mendigar para vivir. Has tratado de matar a Bhima con veneno, con serpientes y de mil maneras distintas, pero todos tus intentos han fallado. Has hecho todo eso y aún dices que no has ofendido a los pandavas. Rehusaste concederles sus derechos de nacimiento; sólo lo harás a la fuerza. Caerás de tu posición segura y se te separará de tu riqueza y de tu reino.

Te has comportado de la forma más despiadada con mis amigos y tienes la audacia de decirme que no has hecho nada. Has perdido la facultad de discriminar. Si no, ¿cómo es que has elegido la guerra cuando las ventajas de establecer la paz son tantas? Veo que eres el pecador más grande que mora sobre la faz de la tierra. Me disgustas.

Dussasana dijo:

—Mi querido hermano, parece como si estos ancianos kurus te quisieran atar de pies y manos y entregarte a Krishna. Te están forzando a hacer la paz con Yudishthira. Nuestro abuelo, Drona, nuestro padre y por supuesto Vidura están seguros de atarnos a ti, a mí y a Radheya y entregarnos a Yudishthira.

Duryodhana oyó las palabras de su hermano y enfadado como una serpiente, suspiró con furia y se levantó de repente. Se detuvo durante un momento y salió fuera de la gran sala sin importarle ninguno de los grandes hombres que estaban allí, pasó al lado de todos sin ni siquiera tener la delicadeza de mirarles. Pasó delante de Krishna con la cabeza en alto y salió a zancadas de la sala como un león caminando entre los animales inferiores del bosque, tan grande era su orgullo, y su arrogancia era aún mayor; su ego era incurable. No se sometió ni escuchó a nadie. No se volvería a sentar en la corte que se había atrevido a juzgarle a él, el gran rey de los kurus. Con él salieron todos sus hermanos, todos sus consejeros y también todos los reyes. La sala se estaba vaciando rápidamente.

Bishma estaba observando la salida de Duryodhana y de todos sus seguidores y estaba apenado y molesto con su desafortunado nieto. Se dirigió a Krishna y le dijo:

—Krishna, veo que ha llegado su hora. Traté de evitarlo, pero no fue posible, este hombre está condenado. La familia de los kshatryas está condenada, ha llegado el momento, todos tendrán que morir.

Krishna les miró a todos y les dijo:

—Todos vosotros sois los culpables de esto. Todos vosotros sois culpables; hace mucho tiempo deberíais haber atado a este pecador y haberle mantenido en cautiverio. Ha llegado el momento de que lo hagáis. Os lo digo por vuestro propio bien. Cuando mi tío Kamsa estaba maltratando a todo el mundo, yo le maté. Quería salvar el nombre de la familia y no creo que hiciera mal al matar a mi tío. Por favor, atad a esos cuatro hombres: Duryodhana, Dussasana, Radheya y Sakuni y entregádselos a los nobles pandavas. Los sabios dicen que por el bien de una familia puede abandonarse a un miembro; por el bien de un pueblo debe abandonarse una familia; un pueblo debe ser abandonado por el bien de la comunidad, y para salvar nuestra propia alma debería dejarse todo. Este es el único modo de salvar a los kshatryas de la muerte.

Espero que me escuchéis todos y hagáis lo que os sugiero.

Dhritarashtra oyó las enfurecidas palabras de Krishna y le dijo al sabio y gentil Vidura:

—Ve, hijo mío, y trae a Gandhari a la corte, trataré de coaccionar con ella a mi hijo.

Quizás ella pueda hacer ver a mi hijo el camino recto. Si ella puede hacerlo, quizá podamos evitar el gran peligro que nos amenaza.

Vidura fue inmediatamente y trajo a la noble reina a la corte, que estaba ya casi vacía.

Gandhari era sabia y vidente, y conocía la diferencia entre el bien y el mal, era una gran mujer. Dhritarashtra le dijo:

—Gandhari, tu hijo ha ido demasiado lejos por el camino del pecado y no presta atención a las palabras de nadie. Ha abandonado la corte sin ninguna consideración por los que estaban presentes.

Gandhari oyó las palabras de su marido y dijo:

—Vidura, trae a mi hijo a la corte —y, dirigiéndose a su marido le dijo—: Este reino no merece ser gobernado por un hombre lleno de avaricia, y mi hijo Duryodhana está en esa condición, pero tú, mi señor, deberías ser censurado por este infortunado acontecimiento más que mi hijo. Movido por el amor tan grande que le tienes, has hecho caso omiso de las normas de conducta. A sabiendas y de buena 'gana le has acompañado por el camino del pecado. El ha sido poseído por la codicia y el orgullo y ya no puedes controlarle, ahora es demasiado tarde. A pesar de mis advertencias, le hiciste gobernante del reino y ahora estás recogiendo los frutos de tu propia estupidez. No has mostrado afecto hacia tus parientes. ¿Qué gran rey hasta ahora ha dado tratos distintos a dos parientes queridos? ¡Sólo tú!

Duryodhana entró en la corte, pues su madre le había mandado llamar. Sus ojos estaban todavía rojos y resplandecientes de ira. Gandhari le habló diciéndole:

—Mi querido hijo, escucha mis palabras, quiero que seas feliz y no es fácil ser el rey de una gran tierra como la de los kurus. Debes ser digno de ello. Un hombre que tiene avaricia y orgullo no puede gobernar un reino. Un hombre, si quiere gobernar un reino, debe tener todos sus sentidos bajo control. Tú no eres digno de ser un rey, porque no te has conquistado a tí mismo, así que ¿cómo puedes conquistar a tus enemigos? Debes considerar tus debilidades como tus mayores enemigos, sólo después de someterlas puedes pensar en someter a otros.

Ven conmigo y siéntate a mi lado, yo soy tu mejor amiga; sólo' es un amigo aquel que busca el bienestar de su amigo. Yo té quiero y te traje a este mundo. Cuando naciste había muchos malos augurios, pero pensé que no tenía importancia porque no podía ni soñar que un hijo mío pudiera inclinarse por el pecado. Evidentemente estaba equivocada, pues parece que vas a ser la causa de una gran calamidad. Por favor, detenla. Escucha las palabras de todos nosotros. Crees que Bishma, Drona y tu Radheya podrán vencer a los pandavas, pero no seas tonto, piensa en Krishna y, Arjuna. Ellos son Nara y Narayana y tienen el Dharma de su lado.

Donde está el Dharma está la victoria y están aquí para mataros a todos, escucha mis palabras y sé feliz.

Dhritarashtra trató de unirse de nuevo al ruego de su esposa. Duryodhana permanecía de pie con el ceño fruncido, escuchaba a su madre, pero no le prestaba

atención. Luego, sin decir una sola palabra apartó la vista de todos ellos y se fue de la corte.

XV

KRISHNA SE TRANSFIGURA ANTE LA CORTE DE LOS KURUS

Duryodhana fue directo hacia Radheya, Sakuni y Dussasana y les dijo:

—Han llevado a mi madre a la corte y me han hecho oír los mismos consejos, estoy hartándome de todo esto: ya se me ha aconsejado durante demasiado tiempo. Ha llegado el momento de que paremos esto, no quiero saber nada más de estos buenos consejeros y sus pláticas.

Dussasana dijo:

—Estoy seguro de que están planeando atarnos a los cuatro y entregarnos a Yudishthira, pero nuestro padre no permitirá que lo hagan.

Duryodhana respiraba anhelosamente. Estuvieron hablando durante un rato y el rey dijo:

—Este Krishna les está aconsejando que nos aten. Hagamos lo mismo con él, antes de que él lo haga con nosotros, haremos a Krishna nuestro cautivo, he estado pensando en esto durante mucho tiempo, debemos atar a este tigre, cuando los pandavas se enteren de esto perderán su ímpetu. Serán como serpientes a las que les han arrancado los colmillos. Si podemos conseguir esto, los pandavas renunciarán a hacernos la guerra. Apresurémonos y hagámoslo.

Satyaki, que esperaba algo por el estilo, pues se suponía las intenciones de estos pecadores, averiguó con certeza cuál era la confabulación. Se apresuró en ir hacia Kritavarma y le dijo:

—Tu querido amigo y sus compañeros están planeando capturar a Krishna, debemos apresurarnos, debes ir inmediatamente y reunir el ejército. Antes de que vengas, entraré en la sala de la asamblea y le contaré sus planes a Krishna. —Satyaki se apresuró hacia la sala y le dio las noticias a Krishna. Dhritarashtra y Vidura y los otros estaban allí, y Satyaki dijo:Observa la locura de tu hijo, mi señor. está tratando de prenderle fuego a la más valiosa pieza de seda, creo que es un necio o que debe estar loco para atreverse a pensar en ello.

Vidura estaba horrorizado y comenzó a lamentar el destino de los hijos del rey y el dolor del viejo rey en su vejez. Krishna sonrió y le apaciguó diciendo:

—No temas, no es fácil capturarme, tu hijo ha estado cometiendo pecado tras pecado y este es el acto final. Esperemos y veamos.

Dhritarashtra era presa del pánico y mandó buscar a Duryodhana. Este vino, y el anciano rey le dijo:

—Aunque estás empapado por el pecado, nunca pensé que descenderías tan bajo hasta llegar a este extremo. ¿Qué es esta locura que estás planeando? ¡Estás tratando de capturar a Krishna, el más grande de los hombres! ¿Cómo puedes atreverte a hacer algo así? Los dioses no pueden hacerlo y los sabios no han podido hacerlo. Eres más necio que un niño que intenta atrapar la luna entre sus manos. No sabes quién es el; te sería más fácil atrapar la brisa errante o el sol con las manos desnudas. Es más fácil sostener el peso de la tierra con tus manos que capturar a este gran hombre.

Krishna sonrió a Duryodhana y le dijo:

—Tú, pobre idiota, crees que estoy solo y que puedes capturarme; lo siento por ti y por tus vanos pensamientos. Mientras estaban hablando, la sala se iba llenando lentamente.

Krishna dijo:

—Mira, están todos aquí; los pandavas, los andhakas y los vrishnis; los doce soles, los once rudras —y los ocho vasus. Míralos a todos ellos.

Krishna se rió en alta voz durante largo tiempo y su rostro había tomado un brillo inusual. Mientras se reía, la forma de Krishna comenzó a brillar como un relámpago.

Todos los devas surgieron de su cuerpo y podían verse, pero al lado de Krishna, cuya forma había asumido un aspecto aterrador, parecían más pequeños que el pulgar de la mano.

En su frente podía verse a Brahma, el Creador, y en su enorme pecho podían verse los once rudras. En sus hombros podían verse los señores de las cuatro regiones del mundo: Indra, Varuna, Kubera y Yama. Agni se veía resplandeciendo en su boca. Los doce adityas, y los vasus y los gemelos aswinis, los maruts y todos los dioses de los cielos se veían en su forma.

Saliendo de su mano izquierda podían verse a los héroes que estaban de parte de los pandavas. Se vio surgir a Balarama de su mano izquierda y en su mano derecha podía verse a Arjuna blandiendo su gandiva. Detrás de él, estaban Bhima, Nakula, Sahadeva y Yudishthira.

Todos los héroes de la familia de los vrishnis y de los andhaka se veían de pie a su lado con sus armas y armaduras.

Muchos eran los brazos de Krishna, los cuales sostenían todas las armas. Se podían ver la famosa caracola, llamada panchajanya, el chakra llamado sudarsana, la maza llamada kaumodaki y la espada de nombre nandana. Se veía salir fuego de sus ojos y de sus fosas nasales, su aspecto era terrible. Parecía como si la muerte, que no tiene forma, hubiese decidido tomarla y revelar al mundo su aspecto pavoroso. Nadie tenía el valor de mirar este espectáculo único. Los ojos humanos estaban deslumbrados por el esplendor y la pavorosidad de Krishna, muchos ojos estaban cerrados. Pero los ojos de Bishma, Drona, Vidura y los grandes rishis que se habían reunido allí, no se cerraban ni por un momento. Se lo estaban bebiendo con sus ojos. El Señor les había dado el poder de permanecer delante de El y mirarle con sus ojos humanos. Entonces ocurrió un milagro, al rey Dhritarashtra que estaba ciego, se le concedió la vista para ver a Krishna. El rey miraba y seguía mirando, tuvo la gran fortuna de ver al Señor cuando se le abrieron los ojos.

Se oía una música celestial por todas partes y llovían flores incesantemente.

Dhritarashtra miraba a Krishna y mientras las lágrimas le resbalaban por sus envejecidas mejillas. Rogándole a Krishna le dijo:

—Tú eres el Señor de esta tierra y he podido verte, habiéndote visto no quiero ver nada más. Por favor, llévate de nuevo mi vista, no la quiero.

Krishna le concedió su deseo.

La tierra se conmovió, hubo un terrible terremoto y los océanos comenzaron a secarse.

La gente estaba aterrada, y Krishna compadeciéndose de la tierra reasumió su forma original, cogió a Satyaki y a Vidura de las manos y salió de la sala, despidiéndose de todos los rishis que se habían reunido allí. Ellos también se fueron después de que Krishna saliera, toda la asamblea de los reyes y los demás siguieron a Krishna como el humo sigue al fuego.

Kritavarma acababa de traer al ejército a la puerta del palacio y viendo a Krishna que salía de él, llevó su carro enfrente de la sala de la asamblea. Krishna no dirigió una sola palabra a los muchos reyes que le siguieron, ni se despidió de ninguno. Kritavarma pudo ver una gran tristeza en sus ojos.

Krishna oyó la voz de Dhritarashtra que le decía: —Krishna, tú mismo has visto la autoridad que tengo sobre mi hijo. Viniste aquí con la esperanza de conseguir la paz entre estos primos guerreros, por favor, no tengas ningún mal sentimiento hacia mí, yo

no odio a los pandavas, has visto cómo he tratado de convencer a mi hijo, pero ¿qué puedo hacer?

Krishna oyó sus palabras, y cuando ya se iba, se detuvo con un pie sobre el estribo del carro. Volvió la cabeza y dijo: —Les hablo a todos los ancianos de esta gran asamblea: habéis visto cuánto he tratado de evitar esta guerra y lo que ha ocurrido hoy en la corte. Todos visteis cómo Duryodhana se fue de la corte alardeando orgullosamente ante mi cara. Ahora Dhritarashtra también declara que es impotente, os dejo a todos, me voy a reunirme con Yudishthira.

El carro de Krishna se fue rápidamente. Iba a toda velocidad hacia la casa de Vidura, donde tenía que despedirse de su tía Kunti. Llegó pronto a la casa y después de saludarla postrándose ante ella, Krishna le contó lo que había sucedido en la corte. Le dijo:

—Este bosque de reyes, será quemado rápidamente por el fuego llamado "los pandavas".

—Permaneció en silencio durante un momento y luego añadió:— Ahora tengo que regresar; por favor, permíteme despedirme de ti y dame tu mensaje para los—pandavas. Les diré cómo te encuentras y lo ansiosa que estás de verles.

Kunti le dijo:

—Diles a mis hijos que son kshatryas y que son los hijos de Kunti; que se oyeron voces celestiales cuando nacieron y que espero que se comporten como kshatryas. Dile a Draypadi que me siento orgullosa de tenerla como hija. Todos están protegidos por ti, Krishna; nada me preocupa. Ve en paz, hijo mío.

Krishna la dejó y partió hacia Upaplavya.

Tan pronto como Krishna dejó la sala, Duryodhana increpó a todo el mundo diciéndoles:

—Que comiencen los preparativos para la guerra, en este mismo instante. No podré comer ni dormir hasta que comience esta guerra.

Se pidió a los once akshauhinis que se dirigieran hacia el campo llamado Kurukshetra tan pronto como fuera posible. Dhritarashtra y Bishma junto con Drona y Vidura trataron de hablar con él de nuevo, pero no pudieron convencerle, había decidido ganar o morir.

XVI

KRISHNA DESVELA A RADHEYA SU VERDADERO ORIGEN

Antes de que Krishna se fuera a Upaplavya, llevó a Radheya a su carro junto con Satyaki y lo condujo a un lugar apartado del tránsito de los hombres. Dejó a Satyaki en el carro y caminó cierta distancia tomando la mano de Radheya con la suya. De repente, comenzó a hablar. Krishna le dijo:

—Radheya, eres un buen hombre y siempre has seguido el Dharma, ¿por qué apoyas a ese pecador de Duryodhana? Eres buen conocedor de los Vedas y los Vendagas, has aprendido todos los libros sagrados y conoces el mismísimo corazón de la rectitud. Conoces el Dharma y sus sutiles aspectos que son muchos, ¿por qué cometes entonces esta malvada acción? Radheya sonrió y le dijo:

—Tienes razón, mi señor, un hombre justo no debería ponerse de parte de un pecador, pero Duryodhana es distinto, yo le amo, le amo demasiado para juzgarle como lo hacen otros.

El ha sido mi amigo, el mundo me ha menospreciado a mí y a mi valor, porque soy un sutaputra, pero Duryodhana es el único que está por encima de todo eso, jamás me ha recordado que soy un sutaputra. Krishna, quizá lo sepas y quizá no, pero una vez, hace muchos años, vine a la ciudad de Hastinapura buscando ganarme la vida. Se estaba celebrando un torneo y los príncipes acababan de terminar su entrenamiento bajo las instrucciones del gran Drona. El mismo Drona había rehusado enseñarme porque era un sutaputra, así que me dirigí a Bhargava para aprender de él, debes saber que también él me maldijo por ser un sutaputra.

Como te estaba diciendo, los príncipes de la casa de los kurus acababan de terminar su entrenamiento con Drona y mi visita coincidió con una gran exhibición de las habilidades de todos los príncipes. Yo estaba de pie observando y no tenía intención de anunciarme, pero la arrogante presunción de Arjuna era intolerable, así que tuve que desafiarle. Lo hice y no se me permitió luchar contra él, por ser un sutaputra. Cuando estaba siendo insultado por tus amados pandavas, el noble Duryodhana me apoyó, poniéndose de mi lado y me hizo el rey de Anga. Nos estrechamos las manos y le pregunté qué podía hacer para corresponder a su regio gesto., "Nada", contestó, "sólo quiero tu corazón." Krishna, mi señor, han pasado años desde que ocurrió aquel incidente, pero mi corazón ha estado siempre con este rey. Nunca podré juzgarle. Sólo hay dos personas que me quieren: Duryodhana y mi madre Radha. Sólo vivo para complacer a estos dos seres, ya que no tengo gran aprecio por mi vida. Pero mientras viva, este corazón pertenece a estos dos seres y sólo a ellos.

Krishna permaneció callado durante un momento, luego miró a Radheya y le dijo:

—Sí, la deuda de la gratitud es la más difícil de pagar. Radheya, ¿supongo que conoces tu nacimiento? ¿Sabes quién eres? ¿Conoces a tu madre?

Radheya sonrió moviendo negativamente la cabeza. Le dijo:

—No, mi señor, pero sé que alguna dama de alta cuna debió darme a luz cuando era sólo una muchacha. Debe haber vivido en el palacio de un rey, tengo el sentimiento de que era una princesa, también sé que su palacio estaba en las orillas de un río. Esta joven, evidentemente amaba más su reputación que a su hijo recién nacido, pues me abandonó. Me puso dentro de una caja y me dejó flotando sobre el río que acariciaba las murallas de su palacio. ¿Por qué debo preocuparme de averiguar quién es? Ella no se ha preocupado de mí y me ha olvidado.

Ahora debe tener más hijos y estoy seguro de que son más afortunados que yo.

Radheya se detuvo durante unos momentos. Sus labios se curvaban dibujando una sonrisa, medio triste y medio burlona. Krishna le miraba con una extraña expresión en sus ojos. Radheya acabó su charla, diciendo:

—Pero Krishna, en realidad no lo lamento, tengo una madre amorosa y encantadora, nadie puede ser como ella. Ella está orgullosa de mí, pero, ¿para qué hablar ahora de mi nacimiento y de mi madre? Eso está muerto y enterrado en el lejano pasado, hablemos del presente.

Krishna le sonrió y miró a Radheya con gran afecto y compasión. Sus ojos estaban húmedos y su voz era muy dulce, le dijo:

—Radheya, tienes razón, tu madre fue una dama de alto linaje. Cuando naciste tuvo que abandonarte porque tenía miedo de la censura del mundo, era una princesa y ahora tiene más de un hijo, pero su corazón está vacío, sólo piensa en ti, el hermoso hijo nacido con el kavacha y los kundalas a quien abandonó hace mucho tiempo. Su corazón sufre por ti.

Radheya estaba sorprendido de oír esto y dijo:

—¡Pero eso significa que no soy un sutaputra!, ¡soy un kshatrya! ¡puede ser eso verdad?, hablas como si supieras quién es mi madre. Krishna, ¿la conoces?, ¿está viva?, ¿puedo verla?

Cuéntamelo todo, estoy ansioso de conocer quién soy. Por favor, no me mantengas en vilo.

Krishna tomó las manos de Radheya entre las suyas y le hizo sentarse; le dijo:

—Radheya, prepárate para oír la verdad, tu madre es la madre de cinco hijos; cinco héroes, como no los hay iguales en este mundo entero.

El corazón de Radheya latía rápido y respiraba entrecortadamente. Y dijo: —¡Cinco hijos! ¡Cinco héroes que no tienen iguales en el mundo entero! ¿Supongo, supongo que no te referirás a los pandavas?

Su cuerpo estaba temblando de emoción mientras miraba a Krishna. Krishna, que trataba de hablarle tan suavemente como podía, le dijo:

—Sí, Radheya, son los pandavas. Los pandavas son tus hermanos y Kunti es tu madre, tú eres su hijo mayor. Tu nacimiento ocurrió antes de que se casara con Pandu. Radheya suspiró:

—Y mi padre, ¿quién es mi padre? Por favor, dímelo. Krishna le dijo:

—Ese dios al que adoras cada día, ese dios al que has elegido como tu ishatadaiva, ese Surya es tu padre.

Radheya se desmayó. Pasado un tiempo Radheya volvió en sí, giró sus patéticos ojos hacia Krishna y le dijo:

—En verdad, soy el más desafortunado de todos los seres. Surya es mi padre, la gran Kunti es mi madre, los cinco pandavas, el noble Yudishthira, el poderoso Bhima, el caballeresco Arjuna, el hermoso Nakula y el sabio Sahadeva son todos mis hermanos y para el mundo he sido un sutaputra durante todos estos años. Bhargava con su ojo interno debió saber quién era, fue por eso por lo que me maldijo. Dios mío, ¿cómo puedo hacerme a la idea de que los pandavas son mis hermanos? —Las lágrimas brotaban de sus ojos y no había modo de pararlas, así que Radheya y Krishna permanecieron en silencio durante un rato. De repente, Radheya secó sus ojos con su muñeca y dijo:— Krishna, mi señor, debes haber conocido esta verdad desde hace muchos años, ¿por qué no se me dijo?, ¿por qué me dices todo esto ahora?

La ignorancia era dicha. Desde hace muchos años he estado deseando saber quién era mi madre y ahora me lo dices. ¿Por qué me lo dices ahora? Era muy feliz odiando a los pandavas, ahora has llegado y me has trastornado, ¿por qué lo has hecho? debes tener una razón para haberlo hecho. ¿Por qué me lo dices ahora? ¿por qué?

Los ojos de Krishna estaban llenos de compasión y le dijo:

—Quiero salvarte de la muerte segura, Radheya, quiero que vivas. Tú sabes todo sobre el Dharma. Tú sabes que el hijo nacido de una mujer cuando es una doncella, se vuelve por ley el hijo del hombre con el que se casa. De acuerdo con esto, tú eres un

pandava, eres el mayor de los pandavas. Eres un pandava por el lado de tu padre y eres un vrishni, mi primo, mi pariente, por el lado de tu madre. Ven conmigo ahora, voy a ver a Yudishthira, tus hermanos caerán a tus pies. Todos los reyes que se han reunido para ayudar a los pandavas te honrarán como el mayor de los pandavas y serás coronado por ellos como su rey. Tú serás el rey y Yudishthira será el yuvaraja, él llevará los caballos blancos a tu presencia y te conducirá hasta tu asiento. La morena y bella Draypadi te pertenecerá, por ser un pandava. Yudishthira se montará en el carro después de ti, el poderoso Bhima sostendrá la sombrilla sobre tu cabeza y tu hermano menor Arjuna será el conductor de tu carroza. El sostendrá las riendas de tus caballos. Nakula, Sahadeva y yo caminaremos detrás de tu carro.

"Mi querido Radheya, tú eres un gran arquero, en eso eres como Arjuna. Eres muy justo, en eso eres como Yudishthira, eres muy cariñoso, en eso eres como Bhima. Tu maestría en el arte de la lucha es también muy destacable, en eso eres como Nakula. Eres muy hermoso y muy sabio, en eso eres como Sahadeva. Me sorprende que nadie se haya dado cuenta de esto durante todo este tiempo, tus días oscuros se han acabado. Radheya, ven conmigo. Te haré el rey del mundo, más que eso, encontrarás cinco hermanos y una madre que te están esperando, ven.

Radheya miró larga y fijamente a los ojos de Krishna y le dijo:

—Por el amor que sientes por mí, me has hablado de mis hermanos. Es cierto que de acuerdo con la ley soy un pandava, Kunti me dio a luz, todo eso es cierto; pero, mi señor, ella me arrojó al río. Ella no me quiso, Atiratha me encontró flotando en el río Ganges y me entregó a su esposa Radha. Ella me tomó con cariño en su seno, sus pechos estaban llenos de leche cuando me cogió entre sus brazos y se convirtió en mi madre. Siento que ella es mi madre y no Kunti. Atiratha sin ser mi padre, me ha dado el afecto de un padre, él es mi padre, mi corazón está atado a ellos. No puedo desatar mi corazón de esta atadura. Ni toda la riqueza del mundo, tú montañas y montañas de oro, ni ninguna nueva alegría, ni el miedo, pueden hacer que me aparte del camino de la verdad. No puedo ser falso conmigo mismo, le debo una deuda de amor a Duryodhana y él es mi amigo. He seguido un determinado modelo de vida y he forjado mis amistades y mis amores, al igual que mis enemistades. Mi amistad con Duryodhana es el acontecimiento más grande de mi vida y a continuación sigue, mi enemistad con los pandavas. He jurado luchar un duelo a muerte con Arjuna en la guerra. Ninguna tentación, por grande que sea, puede inducirme a ser falso con mi amigo. Tu tentación es grande, cuelgas frente a mí un nombre, gran fama, y la riqueza del afecto de seis almas nobles. Pero no puedes tentar a Radheya. Soy muy celoso de mi nombre y de mi reputación. Si no lucho contra Arjuna el duelo que prometí, ¿qué será de mi nombre y de mi fama? Sólo me importa una cosa: un buen nombre. Sé que tienes razón. Quieres salvarme y por eso quieres que vaya contigo. Los pandavas están protegidos por ti y no pueden ser vencidos en la guerra. Krishna, sé que Duryodhana es un hombre condenado. Moriré por él, esa será mi gloria. No podré tener el afecto de los grandes pandavas, pero yo nunca he sido afortunado, he sido la víctima elegida por el destino. El único placer que deseaba era tener un duelo con Arjuna, pero tú por tu amor a

Arjuna has arruinado mi moral. Sabiendo que él es mi hermano menor, ¿cómo puedo luchar contra él? Pero debo luchar, Krishna, tú sabías que yo no abandonaría a mi amigo, ¿por qué entonces has tenido que decirme hoy el secreto de mi nacimiento? Supongo que debería enfadarme contigo por lo que has hecho; sin embargo, no puedo, siento que también estás preocupado por mí y por mi felicidad. Si estás real y auténticamente interesado en mi bien y en que consiga un buen nombre, ¿me harías un favor?

Krishna, que había estado escuchando con la cabeza baja, elevó la vista de repente, sus ojos brillaban y conteniendo las lágrimas le dijo:

—Seguro que lo haré.

Radheya cogió la mano derecha de Krishna entre las suyas y le dijo:

—Prométeme que lo mantendrás en secreto hasta mi muerte. Si el noble y recto Yudishthira sabe que soy su hermano, su hermano mayor, no aceptará que el reino sea para él, incluso aunque lo gane. El es un hombre justo, déjale que sea él el rey. Sé que él será el monarca de este mundo; tiene a Krishna para guiarle durante toda su vida, tiene a Arjuna para que luche por él y su comandante es Bhima. Nakula y Sahadeva son los jefes guerreros que le escoltan a cada lado; sé que va a ganar.

"Nuestra causa está perdida; pero, Krishna, una vida fracasada, del mismo modo que el amor no correspondido, tiene su propio arco iris. No puedes tener un arco iris en tu vida a no ser que puedas derramar lágrimas que sean iluminadas por la puesta del sol. La mía es una vida así. Espero que ese arco iris aparezca en los últimos días de mi vida e ilumine mi camino a una muerte sobre el polvo. Krishna, estás tratando de nublar mi mente con estos nuevos afectos que arrojas en mi camino, pero mi camino está claro para mí. Quizás esta sea la última vez que nos encontremos como amigos, vamos a separarnos el uno del otro. Nos encontraremos en el campo de batalla, quizá pueda cruzar el gran océano llamado guerra. Si lo consigo, volveré a encontrarme contigo, pero sé que no lograré sobrevivir a la guerra. Seré aniquilado, espero alcanzar el cielo por morir en el campo de batalla. Sé muy bien que moriré en el campo de batalla y estoy seguro de que los pandavas van a ganar esta guerra. —¿Qué te hace estar tan seguro? —le preguntó Krishna con una sonrisa.

Radheya le dijo:

—Lo sé. La guerra que va a tener lugar en el campo llamado Kurukshetra es un sacrificio.

Tú eres el maestro de ceremonias y Arjuna es el actor principal. Todos los demás hermanos serán marionetas en tus manos, los vas a mover de aquí para allá. El fin está claro para mí. Los hijos de Dhritarashtra y todos nosotros, Bishma, Drona, yo y todos los reyes de la tierra van a alcanzar los cielos que les corresponden a aquellos que

mueren en el campo de batalla. También he estado teniendo sueños, Krishna, puedo adivinar sus significados. Mis sueños me dicen claramente que los pandavas van a ganar esta guerra. Vi a Yudishthira comiendo dulce de payasa en un cuenco de oro, vi a Bhima de pie, sobre la cima de una montaña, gritando al mundo esparcido ante él, como un paño. Te vi a ti y a Arjuna resplandeciendo con un brillo celestial. Vi a Nakula, Sahadeva y Satyaki vestidos con hermosas sedas blancas y guirnaldas y joyas sobre sus pechos y brazos, mirándome con caras sonrientes. Vi que todos nosotros, los del lado de Duryodhana, viajábamos hacia el sur.

Krishna, sé que todos vamos a morir muy pronto, y no me preocupa en absoluto. Ya he sido suficientemente prevenido sobre el final que me espera.

"Sé que el final del sacrificio estará cerca cuando me veas siendo aniquilado por Arjuna; cuando Dussasana yazga sangrante sobre el campo, enrojeciendo con su sangre los labios de Bhima; cuando Drona y Bishma caigan en el campo de batalla aniquilados por los hijos de Drupada; cuando Duryodhana caiga con sus muslos rotos por Bhima. Sé que todo esto va a ocurrir. Puedo ver toda la escena ante el ojo de mi mente, como un cuadro desplegado ante mí. No me lamento por mí, y por otro lado estoy esperando el fin de la guerra, estoy impaciente por el fin. Krishna, estoy cansado, cansado de esta vida. Quiero alcanzar el cielo, el cielo guarda todo lo que yo busco. Me reuniré contigo en el cielo, mi señor. Allí me encontraré también con mis hermanos, con mi madre y con mi padre. Eso será el cielo de verdad, pero ahora debemos separarnos.

Krishna abrazó al gran Radheya y estrechó su mano amorosamente. Radheya se secó las lágrimas y esbozó una triste sonrisa. Luego caminaron juntos hacia el carro.

XVII

LOS PANDAVAS SE PREPARAN PARA LA GUERRA

Krishna llegó a Upaplavya, pasó unos momentos con los pandavas y luego se retiró a sus aposentos. Descansó durante unas pocas horas y cuando se hubo puesto el sol, fue a reunirse con los pandavas. Todo el mundo estaba esperando sus nuevas sobre los acontecimientos de Hastinapura. Yudishthira, después de honrarle y hacer que estuviera cómodo, le dijo:

—Krishna, estamos esperando oír los acontecimientos de la corte de Dhritarashtra, puedo suponérmelos por la expresión de tu cara, pero quiero que nos cuentes todos los detalles de tu embajada.

Krishna dijo:

—Estuve en la corte de Dhritarashtra e hice todo lo que pude para persuadir a Duryodhana de que fuera razonable, pero todos mis intentos fueron inútiles. Yudishthira, he vuelto sin poder lograr lo que esperaba, lo siento. Tu sueño y el mío no se han realizado.

Tendrás que luchar. Yudishthira, por favor, justifica tu nombre. Es necesario ser firme ahora que la guerra es inevitable.

Yudishthira estaba cabizbajo, mientras una expresión de dolor y desesperación cruzaba su rostro. Un momento después dijo:

—Cuéntamelo todo, Krishna, todo. Krishna dijo:

—Escuchadme todos. Me llevaron a la gran sala del consejo y vi a todos los ancianos kurus esperando para oírme. Vi a Narada y a los demás sabios esperando escucharme hablar.

Les contó todo lo que ocurrió en la corte de Dhritarashtra, y lo que hablaron Dhritarashtra, Bishma, Drona y Vidura.

Les habló de los argumentos que empleó, primero con el rey y luego con Duryodhana.

Les habló de la ira de Duryodhana y su salida de la corte, les habló de la venida de Gandhari y cómo reconvino a su hijo y también sobre el intento de capturarle, y de su transfiguración.

Los reyes estaban escuchando en silencio su narración y cuando oyeron hablar del intente: de Duryodhana de capturar a Krishna se pusieron furiosos.

Los ojos de Yudishthira se pusieron color carmesí por la ira y dijo: —¿Se atrevió ese hombre a hacer eso con mi señor? No hay esperanza para él, me he decidido y estoy determinado, los días de perdón se han acabado, me he decidido por la guerra. No es necesario oír nada más, voy a luchar y será una guerra como no ha habido ninguna otra hasta ahora. Krishna, una vez dijiste que la tierra está sedienta de la sangre de estos pecadores, mejor dicho, esas horribles bestias. No puedo esperar. Comencemos la guerra inmediatamente. No puedo esperar ni un momento más:

Bhima se emocionaba oyendo las palabras de su querido hermano. Corrió hacia Yudishthira y le abrazó, arrojó su maza al cielo y gritó: —¡Guerra! ¡Guerra! Nada puede impedir la guerra ya. Nadie puede salvar a los hijos del anciano rey de mi furia. ¡Arjuna, la sangre de Radheya enrojecerá las arenas de Kurukshetra muy pronto! ¡Sahadeva, te veré matar a ese odioso Sakuni! ¡Krishna, siento como si hubiera bebido el vino de los dioses! ¡Me siento tan feliz!

Krishna sonreía ante la excitación de Bhima y dijo: —Dejemos Upaplavya. Duryodhana ya ha ordenado a sus tropas que se dirijan hacia Kurukshetra. Cuando el hombre es aguijoneado por el látigo del destino, se precipita hacia su muerte tan pronto como puede.

Duryodhana está planeando pedirle al gran Bishma que sea su comandante en jefe. Estoy seguro de que primero tendréis que luchar con el héroe kuru, lo conocéis muy bien, no tengo que hablaros del tremendo oponente que tendremos, incluso desde el principio. Bishma venció a su mismo guru, Bhargava, en el pasado. Sikhandi y Arjuna, preparaos, ¡la guerra ha comenzado! Yudishthira se levantó, y dirigiéndose a todos los reyes que habían venido a ayudarle, les dijo:

—Todos habéis oído las palabras de mi señor, y habéis visto mis intentos de paz, yo no quería esta guerra, pero se me ha echado encima. Os pido a todos que me ayudéis y me dirijáis a través de los difíciles días que se me presentan. Krishna, tienes a tu disposición estos siete akshauhinis: Drupada, Virata, Dhrishtadyumna, Satyaki, Sikhandi, Chekitana y Bhima, son todos grandes guerreros y pueden encargarse de este ejército, debes asignarles sus ocupaciones. Uno de ellos debe ser elegido como comandante en jefe. Sahadeva, tú eres el más sabio de todos nosotros, primero quiero tu opinión sobre quién debería ser elegido como comandante de nuestro ejército.

Sahadeva le dijo:

—Mi señor, todos tienen capacidad para ser comandantes, todos son poderosos, pero en mi opinión, Virata, el señor de los matsyas, parece ser el más adecuado para el puesto de comandante. El puede enfrentarse al ejército dirigido por Bishma, es un soldado veterano, creo que es el más adecuado. Yudishthira se volvió hacia Nakula y le pidió su opinión.

Nakula le dijo:

—Siento que la persona más adecuada es nuestro Drupada, el rey de los panchalas; aprendió a usar el arco del gran Angirasa y siempre ha antagonizado a nuestro acharya Drona, ha realizado terribles penitencias y es un gran luchador. No hay duda de que él podrá resistir al ejército kuru conducido por Bishma. Sí, Drupada es el mejor.

Después de escuchar a sus dos hermanos menores, Yudishthira volvió sus ojos hacia Arjuna. Arjuna le dijo:

—Mi señor, deja que Dhrishtadyumna sea nuestro comandante, este poderoso hijo de Drupada, nacido del fuego, con su armadura irrompible y su terrible arco, este hombre con la voz como el rugido de un león, este Dhrishtadyumna será el oponente más poderoso de Bishma.

A una mirada de Yudishthira, Bhima se levantó y dijo: —En mi opinión, Sikhandi es el más apropiado, no tiene quien le iguale, y es el luchador más poderoso de nuestro lado, habiéndose decidido matar a nuestro abuelo, puede vencer fácilmente incluso al mismo Bhargava.

Después de estas palabras de sus hermanos, Yudishthira dijo.—Soy de la opinión que Krishna es el más apropiado para el papel de comandante, tanto si lleva armas como si no. Eso no importa, él es más joven que muchos de nosotros, pero es el más sabio, nuestra suerte está en sus manos, lo correcto es que dirija él nuestro ejército, la noche está pasando, lleguemos a una conclusión y tratemos de dormir un poco. Mañana será un día muy duro para todos nosotros, así que decidamos. Espero que Krishna nos dé su opinión; haré lo que él diga.

Krishna dijo —Como dice Sahadeva, todos son eficientes en el arte de la lucha, y es difícil, casi imposible, llegar a una decisión. Podrían luchar contra el mismo ejército de Indra, ¿por qué deberíamos preocuparnos de este ejército de los kurus? Después de considerar las sugerencias de tus hermanos creo que la de Arjuna es la mejor. Considero que Dhrishtadyumna, el hijo de Drupada, es el mejor hombre para dirigir tu ejército.

Yudishthira estaba complacido con las palabras de Krishna y anunció al ejército que Dhrishtadyumna había sido elegido para ser su comandante. Los vítores resonaron desde los cuatro puntos cardinales, a todos les gustaba ser dirigidos por este león entre

los hombres. Los siete akshauhinis fueron divididos entre los héroes: Bhima, Nakula, Sahadeva, Dhrishtadyumna, Satyaki, los hijos de Draypadi y Abhimanyu.

Por la mañana temprano, después de realizar los ritos sagrados, Yudishthira partió hacia el campamento del ejército para preparar el futuro curso de sus acciones. Eran muchos los héroes reunidos: los hermanos Kekaya, Dhrishtaketu, Sreniman, Vasudhana, Viratá, Sikhandi, Drupada, Sudharma, Kunti Bhoja, Dhrishtadyumna, Anadrishti, Chekitana, Satyaki, los pandavas y sus hijos, Abhimanyu y Krishna.

Llegaron al gran campo' llamado Kurukshetra y soplaron sus caracolas. El ejército estaba excitado por el sonido de las muchas caracolas que sonaban todas juntas y una a una.

Era un momento emocionante.

El rey dio una vuelta alrededor del lugar y ordenó que se levantaran las tiendas.

Dhrishtadyumna se encargó de todos los preparativos, midió el lugar y aprovisionó tiendas para todos los héroes que habían venido para luchar. Krishna y su primo Satyaki hicieron los arreglos para que se cavara una zanja alrededor de todo el campamento. Había tiendas para todos y cada uno de los reyes. Se habían colocado los carros y millones de armas en un lugar común, para el uso de todos. Cada carro estaba equipado con cien arcos y miles de flechas.

Las armaduras y los cubrededos fueron colocados por todas partes para que fueran usados.

Los pandavas ahora sólo tenían que esperar que comenzara la guerra, todos los preparativos ocurrían a una velocidad vertiginosa. Se habían preparado para esto desde hacía mucho tiempo, pero la vuelta de Krishna precipitó su decisión.

XVIII

LA CORONACION DE BISHMA COMO COMANDANTE DEL JERCITO KURU

Tan pronto como Krishna dejó la corte, Duryodhana les dijo a sus amigos y hermanos:

—Krishna está volviendo a Yudishthira sin haber logrado el objetivo que le trajo aquí y está muy enfadado conmigo. Seguro que incitará a los pandavas a luchar contra mí. Bhima y Arjuna ya están ansiosos de guerra. Yudishthira tomará en consideración las palabras de Krishna, y por supuesto Bhima y Arjuna. Yo les maltraté durante los últimos años y ahora tienen de su lado a Virata y a Drupada, que son amigos de los pandavas por dos razones: porque son sus parientes y porque también les hostigué en el pasado; todos ellos estarán deseando la guerra. Dussasana y Radheya, por favor, apresuraos y haced inmediatamente los preparativos para la guerra. Por favor, anunciad a las tropas que mañana tienen que salir de Hastinapura.

A la mañana siguiente el ejército de los kurus comenzó su marcha hacia Kurukshetra.

La larga noche había acabado y Duryodhana, por la mañana temprano, fue a inspeccionar el ejército. Tenía muchos amigos que se habían puesto de su lado para morir por él. Estaban:

Kripa, Drona, Salya, Jayadratha, Sudakshina, Kritavarma, Aswatthama, Radheya, Bhurisravas, Sakuni, Bahlika y Somadatta. Estos eran los héroes que habían sido asignados para dirigir cada akshauhini. Había un magnífico orden de batalla.

En medio de los reyes que se habían reunido, Duryodhana se aproximó a Bishma. Fue y se detuvo ante él con las manos juntas. Después de saludarle, le dijo:

—Mi señor, mira a este ejército, encaminándose hacia Kurukshetra como una gran hilera de hormigas. Este ejército necesita a un comandante capacitado, ¿cómo podría siquiera soñar en otro comandante teniéndote a ti para que luches por mí? Tú debes guiar a todo el ejército.

Dependo de ti para que nos guíes a través de esta gran guerra, caigo a tus pies con toda humildad. Si te conviertes en el comandante de mi ejército, no tengo nada que temer. Por favor, acepta ser el comandante.

Bishma le miró a él y a todos los reyes que esperaban sus palabras, diciendo:

—Hijo mío, me siento gustoso de hacer lo que deseas, pero debo decirte esto: los pandavas me son tan queridos como tú, no trataré de matar a los hijos de Pandu; sin embargo, lucharé con mi máxima habilidad. Destruiré al ejército de los pandavas a un ritmo de diez mil por día. No hay nadie que me pueda igualar en todo este mundo, excepto Arjuna. El es muy superior a mí y es el único que puede vencerme o matarme, también hay otra condición que tienes que cumplir si quieres que mande tu ejército. Tienes que elegir entre si lucharé yo o Radheya. El y yo no nos llevamos bien, siento decírtelo, pero quiero evitar desavenencias posteriores.

Duryodhana no sabía qué hacer o qué decir, esto no era la corte, donde podía ofenderse y marcharse. Tuvo que callarse. Radheya le salvó la situación, sonrió a su querido amigo y le dijo:

—Duryodhana, por favor, no te preocupes, no me siento ofendido en lo, más mínimo. Al contrario, me siento muy feliz, te prometo que no lucharé mientras Bishma esté vivo. Cuando muera, entraré en el campo de batalla y lucharé por ti. Yo tendré el placer de matar a Arjuna ya que tu abuelo ha decidido no matar ni herir a ninguno de los pandavas.

Bishma recibió el baño de la coronación y en medio de grandes celebraciones fue coronado como comandante en jefe del ejército kuru. El ejército emprendió su marcha hacia Kurukshetra.

XIX

RADHEYA Y KUNTI

Al día siguiente de que Krishna se fuera hacia Upaplavya, después de su fracaso de intento de paz, Vidura, que se sentía muy infeliz, estaba comentando los acontecimientos de la corte con Kunti y le dijo:

—Estoy muy preocupado por la estúpida obstinación de Duryodhana. El pobre Yudishthira quiere hacer la paz con él, pero Duryodhana se niega. Yudishthira tiene ahora un ejército poderoso y no hay duda de que va a ganar la guerra. Hemos tratado una y otra vez de convencer a Duryodhana de que está equivocado y que es absurdo persistir en esta enemistad, pero él sólo escucha los consejos de Sakuni, Dussasana y Radheya. Me siento tan preocupado pensando en la futura destrucción, que no he podido dormir durante las últimas noches.

Kunti escuchaba en silencio y no podía apartar de su mente los pensamientos de la guerra, sabía que sus hijos eran poderosos, pero tenía miedo del ejército de los kurus, tenía miedo porque Bishma había sido elegido comandante del ejército. Su otra fuente de preocupación era su hijo Radheya. El odio de Duryodhana por los pandavas no era tan terrible como el odio que Radheya sentía por Arjuna. Se dijo a sí misma: "Creo que iré a Radheya y le contaré sobre su nacimiento, le diré que es el hermano de los pandavas y trataré de ganarle para la causa de Yudishthira. Le pediré un don como madre suya, él es un hombre noble, sabiendo que soy su madre no podrá negarme nada.

Decidiendo esto, Kunti se dirigió sola a las orillas del Ganges. Sabía que Radheya estaría allí adorando al sol al mediodía, vio a Radheya con los brazos en alto, con los ojos cerrados, y con su rostro dirigido hacia el sol y se quedó de pie detrás de él. Los rayos del sol eran demasiado ardientes y se protegió con la parte superior del vestido de su hijo, y así esperó hasta que acabó su adoración.

Su meditación había acabado, se dio vuelta y encontró a una extraña mujer cobijada bajo sus vestiduras. Parecía una guirnalda de lotos marchita y Radheya se preocupó por ella.

La hizo sentarse a la sombra y se inclinó ante ella, diciéndole —Soy Radheya, el hijo de Atiratha, ¿qué puedo hacer por tí? Pareces ser una dama que no está acostumbrada a las penalidades. Por favor, dime lo que quieres, usualmente otorgo dones a aquellos que se dirigen a mí en este momento del día. Hazme saber qué debo hacer.

Kunti le miró una y otra vez. Desde aquel día que estuvo observándole por largo rato antes de colocarlo en la caja de madera, no lo había vuelto a ver. Sus ojos estaban llenos de lágrimas y su vestido estaba húmedo por su amargo llanto. Todavía le miraba y él seguía esperando que ella hablara. Finalmente le habló diciéndole:

—Quizá me conozcas o quizá no, pero me he dirigido a ti para pedirte un don.

Radheya la miró durante mucho rato y le dijo:

—No te conozco, pero siento que te conozco, siento como si te hubiera conocido toda mi vida. Tu cuerpo, tus lágrimas, tu triste voz, todo eso me parece muy familiar. Pero no puedo decir cuándo te he visto durante mi vida, estoy tratando de recordar. —Tenía las cejas fruncidas por la confusión en que se encontraba. Ella esperó a que hablara. De repente Radheya gritó:¡Ya lo tengo!, tú eres la mujer de mis sueños, ¡te conozco!

Kunti le sonrió dulcemente y le dijo: —¿Qué estás diciendo?, no comprendo. ¿Podrías decirme lo que quieres decir por la mujer de tus sueños? Me sentaré y te escucharé, no tengo prisa, he venido a pasar un rato contigo.

Los ojos de Radheya adoptaron una extraña expresión, luego dijo:

—Es muy extraño, nunca le he hablado a nadie sobre esta mujer de mis sueños, excepto a mi madre Radha. Sin embargo, mirándote siento deseos de contarte todo. Siento que comprenderás los sentimientos de mi corazón. Te lo diré. Quizá lo sepas y quizá no, pero mi nombre es Radheya y el nombre de mi madre es Radha, pero, sin embargo, ella no es mi madre. No fue ella quien me dio a luz. Mi padre Atiratha me encontró flotando sobre el río Ganges. Fue este río el que me llevó hacia mis padres. Mi padre me llevó a su esposa Radha y fui entregado a ella como un regalo. Por eso me llamó Radheya. Mi verdadera madre, siento decirlo, me abandonó al nacer. Así que siempre he sido Radheya. Pero siempre me intrigó cuál era mi verdadero origen, siempre que me iba a dormir, me acosaba un mismo sueño: veía a una mujer que iba vestida con costosos vestidos, iba vestida como una princesa y su rostro estaba siempre oculto por un velo. Yo estaba tendido y ella se inclinaba sobre mí y las cálidas lágrimas de sus ojos me quemaban. Yo me levantaba y le preguntaba: ¿Quién eres?, ¿por qué lloras así sobre mí? Y ella con una voz entrecortada por las lágrimas me decía: "Lloro por la injusticia que te he hecho. Anhelo tenerte, pero tú nunca serás mío, por eso lloro. Sólo puedo hablarte en mis sueños, sólo en tus sueños y en los míos. Esta es la única forma en que puedo calmar el pulso de mi corazón." Ella trataba de irse y yo la perseguía; trataba de levantar su velo y le gritaba: "¿Quién eres?, muéstrame tu rostro, quiero verte. No te vayas sin responder mi pregunta, ¿quién eres?" Pero esta mujer de mis sueños se desvanecía como un fantasma asustado. Esa es la mujer de mis sueños. Según pasaron los años, la mujer de mis sueños sólo me frecuentaba de vez en cuando. No se me aparecía tan a menudo y tan vívidamente. Y gradualmente dejó de visitarme.'Esta mujer dejó mis sueños hace mucho tiempo, creo que era mi madre la que

a mí venía. Al principio pensaba en mí muy a menudo, y según pasaron los años sus pensamientos sobre mí decrecieron; y cuando tuvo más hijos, ya no pensaba o no quería pensar en mí. Así es como me he explicado esos extraños sueños, pero tú te pareces mucho a esa madre de mis sueños. ¿Quién eres?, ¿qué es lo que quieres?

Kunti tenía su cabeza inclinada y no podía mirar a este hijo que nunca pudo ser su hijo.

No sabía cómo decirle quién era, reflexionó por un momento y le dijo:

—Tienes razón, yo soy la mujer de tus sueños, yo soy tu madre. —Se detuvo, pero antes de que Radheya pudiera decir una sola palabra continuó:— Soy Kunti, la madre de los cinco pandavas, tú eres mi primer hijo.

Radheya dijo: —¡Kunti Devi, la madre de los grandes pandavas ha venido a ver a su hijo Radheya para pedirle un don! ¿Estoy despierto o estoy dormido? ¡Quizás estoy soñando de nuevoy la mujer de mis sueños ha venido de nuevo a mí! —El la miraba a ella y ella le miraba a él. Un momento después estaban abrazados el uno al otro. Las lágrimas de Kunti empaparon a Radheya, él la miró y le dijo:— Después de todo has venido, ¡si supieras cuánto he anhelado este momento!, ¡si supieras cuánto he soñado este momento! ¡si supieras cuántas veces he vivido en mi mente este momento! He pensado en ti mucho más a menudo de lo que tú has pensado en mí. He estado anhelando una mirada de tus ojos ocultos por ese velo tuyo que tanto me intrigaba; ¡madre!, ¡mi madre!, ¡la madre que me trajo a este mundo!, ¡la madre que me hizo ver por primera vez a mi amado señor, el sol! Madre, ¿por qué has estado alejada de mí durante tanto tiempo?, ¿por qué me has hecho infeliz durante todos estos años? Después de todo, no pedía demasiado, sólo quería verte. Pero has venido ahora y te has atrevido a aceptarme como tu hijo.

Kunti, sobresaltada, volvió sus ojos hacia Radheya; él sonrió y le dijo:

—Sí, madre, sé quién soy. Sé que tú y el sol sois mis padres, sé que tenías miedo de conservarme y me arrojaste al río.

Kunti estaba sorprendida y le dijo: —¡Pero yo ni soñaba que lo supieras! ¿Cómo lo supiste? ¿Cuándo lo supiste? Y sabiéndolo, ¿por qué no viniste a mí? ¿Por qué esperaste a que yo viniera a ti?

Radheya la miró resueltamente y le dijo:

—Madre, lo supe ayer, Krishna me contó la historia de mi vida, pero no hablemos de eso ahora. Ven, madre; sentémonos y estemos juntos, esta felicidad no durará mucho, déjame apurar la copa de la dicha hasta la última gota. Me siento feliz de tener a mi madre a mi lado, déjame apoyar mi cabeza en tu regazo, déjame estar así

durante algún tiempo, por favor, no disturbes estos dichosos momentos con palabras: las palabras, madre, llaman al dolor, quiero estar en silencio.

Colocó la cabeza en el regazo de su madre y cerró los ojos. Así se estuvieron quizá durante unos momentos, o quizá durante horas. Ella había encontrado a su hijo perdido durante largo tiempo y él había encontrado a su madre. Era un momento sagrado y durante esos escasos momentos, fueron muy felices.

De repente Radheya se levantó y le dijo:

—Te agradezco tu bondad, madre, he sido muy feliz durante estos últimos momentos, pero ahora tengo que levantarme de este sueño de paz, ¿dime, por qué has venido a mí? ¿Cuál es el don que querías pedirme? Radheya espera tus órdenes.

Kunti le miró y le dijo: —¡No te llames Radheya nunca más! ¡por favor no te llames a ti mismo Radheya, estando yo aquí! tú eres Kaunteya, el primer hijo de Kunti, estoy orgullosa de llamarte hijo mío. Ahora tengo seis hijos y no cinco, me siento muy feliz. Radheya la miró con sus ojos llenos de lágrimas y le dijo: —Madre, oh madre, ¿por qué has venido a mí ahora para decirme esto? ¿No te das cuenta que estoy anhelando que me llamen por el nombre de Kaunteya? Soy el hijo de Kunti y Surya y estaría orgulloso de ser conocido por el nombre de Kaunteya. Estoy orgulloso de mis padres y, sin embargo, tendré que seguir llamándome Radheya hasta que muera. ¿Madre, no te das cuenta de lo infeliz que soy? Pero no importa, hablemos del presente, querías pedirme un don; dime lo que es, si está en mi poder otorgártelo y si no va contra mi buen nombre en este mundo, me sentiré feliz de tener el privilegio de otorgar un don a mi madre.

Kunti permaneció en silencio durante largo tiempo, se quitó las lágrimas de sus ojos y le dijo:

—Hijo mío, has estado sufriendo muchas ignominias durante todos estos años y eso ocurrió porque el mundo no sabía que tú eres el hijo de Turya y Kunti, ahora se han acabado tus malos tiempos. Sin saber que son tus hermanos, has estado odiando a los pandavas lo mismo que Duryodhana, pero ahora sabes quién eres, no es justo que luches contra tus hermanos, debes venir conmigo, yo te llevaré junto a los pandavas. Tú serás el rey del mundo y tus hermanos te adorarán, hallarás la paz y la felicidad en la compañía de Yudishthira. No debes quedarte más tiempo con Duryodhana, ven conmigo y alegra mi corazón, éste es el don que te pido.

Los ojos de Radheya brillaban por las lágrimas contenidas, miró a Kunti y le dijo: —¡En dos días dos nobles personas me han ofrecido el mundo, viniendo a mí y tentándome con la aseveración de que el noble Yudishthira me serviría! ¡Los caminos del destino son en verdad muy extraños! Pero no tengo tiempo de pensar ahora en todo eso.

Dime, mi queridísima madre, ¿qué ocurriría si ahora me fuera contigo?

—No temas —dijo Kunti—, te unirías con Arjuna, al que has estado odiando durante todos estos años. Los pandavas le ganarán el mundo entero a Duryodhana y tú lo gobernarás, ya que eres el mayor de los pandavas. Que los kurus vean el gran encuentro entre Arjuna y su hermano, perdido durante tanto tiempo. Ambos seréis como Krishna y Balarama, si estáis unidos, ¿quién puede venceros? Tú serás el señor de este mundo, ya no serás nunca más un sutaputra.

Radheya oyó una voz desde los cielos, era la voz de su padre Surya que le decía:

—Escucha a tu madre, hijo mío, es por tu bien, haz lo que te dice y ten una larga vida, te suplico que hagas lo que ella te dice.

Radheya oyó todo esto y, sin embargo, permaneció inmutable. Miró larga y detenidamente a su madre y finalmente le dijo:

—Madre, ¡si supieras lo enfadado que he estado contigo durante todos estos años!; he estado cobijando ira contra mi desconocida madre que me hizo tanta injusticia en el momento en que nací. Por esta injusticia, fue arruinado mi nombre, mi reputación, mi vida y mi todo.

He estado deseando hacerte mil preguntas y derramar así toda mi amargura, pero ahora, mirándote, toda mi ira ha desaparecido, desvaneciéndose como la nieve en la arena del desierto. Madre, mi corazón está lleno de una tristeza infinita, ahora está lleno de anhelo por tu amor y por tu dulce voz. He amado a mi madre Radha más que a ninguna otra persona, pero incluso ese amor amenaza con languidecer frente a este nuevo amor que me desborda.

Mi corazón está inundado de amor por mis hermanos a los que no conocía hasta ahora.

Madre, ¿puede ser el amor de una madre tan maravilloso como para todo eso? Mi corazón está a punto de estallar con el amor encendido que ha nacido nuevamente en mí.

Kunti y Radheya se abrazaron el uno al otro una y otra vez y el sol sonrió contemplando este encuentro entre madre e hijo.

Kunti dijo:

—Ven, hijo mío, ven conmigo y únete a tus hermanos, ven.

Radheya estaba sollozando de angustia y dijo: —No, madre, no puedo ir, no debo ir.

Kunti estaba sorprendida por el tono de las palabras de Radheya y le dijo: —¿Por qué dices eso, hijo mío, ahora que sabes que los pandavas son tus hermanos no querrás quedarte con Duryodhana?

Radheya dijo:

—Sí, madre, me quedaré al lado de Duryodhana. El ha sido mi amigo durante todos estos años, durante todos estos años en los que no has pensado en el hijo al que abandonaste en el río, Duryodhana ha sido mi único amigo. Fui marcado para siempre con el estigma de sutaputra, nadie me ha tratado con afecto o respeto por ser lo que era. He estado solo en el mundo y he sido tratado como un perro bajo el nombre de "Radheya el sutaputra". Mi nacimiento ha sido mi ruina. Dondequiera que iba, mi nombre iba delante de mí y no se me daba la bienvenida en ningún lugar. Drona no me enseñó a usar el arco por ser un sutaputra, fui a Bhargava y él me enseñó, pero sólo porque le dije que era un brahmán. Cuando supo que era un sutaputra, me maldijo. Herido por todo esto, fui a Hastinapura. Llegué el día del torneo. —Radheya miró a Kunti y vio su cuerpo temblando de agitación como si recordara algo doloroso. De sus ojos salían lágrimas frescas. Radheya le dijo:— Madre, ¿no me reconociste entonces? El día del torneo, cuando entré en la arena, debiste verme y reconocerme. No hay madre que no pueda reconocer a su hijo, entonces tenía el kavacha y los kundalas. Debiste haberme reconocido entonces, pero por razones que tú conocerás, no le hablaste a nadie de mí, no te preguntaré porqué, te he encontrado después de todos estos años y no dejaré que mis palabras te hieran; te quiero, madre mía, y te agradezco que me digas que me amas. Pero me estoy desviando de lo que te estaba diciendo. El día del torneo, mientras Bhima y Arjuna me estaban insultando por ser un sutaputra, Duryodhana vino a mi rescate. El me proclamó como su amigo y me hizo rey de Anga. Quería mi corazón a cambio de lo que hizo y mi corazón ha sido suyo desde entonces. Una vez le prometí que haría por él cualquier cosa, aunque fuera la cosa más imposible, he amado a Duryodhana y él me ha amado como nadie más lo haya hecho hasta ahora.

"Madre, ojalá pudieras mirar dentro de mi corazón, podrías ver qué horrible tumulto está surgiendo ahí. Nunca pensé que podría encontrar ningún otro amor que el de mi querido amigo Duryodhana. Pero hoy mi corazón está anhelando ir hacia Yudishthira y proclamarle como mi hermano. Arjuna, a quien he estado odiando durante todos estos años, mi más amargo enemigo, ahora se me aparece ante el ojo de mi mente como un niño cariñoso tendiéndome sus manos con afecto. Madre, mi corazón está estallando de cariño por mis nuevos hermanos a los que he encontrado y por mi madre a la que perdí hace tanto tiempo, daría cualquier cosa por estar con todos vosotros, pero no puede ser.

Kunti miró su rostro turbado por el dolor, mientras sus lágrimas la ahogaban, y le dijo: —¿Por qué dices que no puede ser? Siempre te he querido, siempre que Arjuna hablaba de ti como Radheya el sutaputra mi corazón se rompía de infelicidad y dolor por la injusticia que te había hecho, pero ahora no me importa lo que diga la gente, tengo coraje suficiente como para enfrentarme a los ojos burlones del mundo. Mi

corazón ha estado vacío durante todos estos años, a pesar de que soy la madre de cinco hijos, cinco héroes. Ven conmigo y llena este vacío.

Radheya tomó su cara entre sus manos y secó sus lágrimas, diciéndole:

—Madre, no puedo ir, le debo algo a Duryodhana. La deuda del amor y la gratitud es la deuda más difícil de pagar, lo sabía, pero nunca imaginé que fuera tan difícil. Estoy atado a él por mil ataduras y no puedo olvidar mi deber por la visita de mi madre. Siempre he sido muy celoso de mi honor. Sólo me ha preocupado una cosa en este mundo y eso ha sido un buen nombre. Lo perderé todo si abandono a mi amigo ahora. Yo amo a Duryodhana y él me ama a mí. Mi amigo se ha lanzado a esta guerra dependiendo de mí y de mi odio a Arjuna. Se me conoce en todo el mundo como Radheya el sutaputra, el mejor amigo del rey. Ese es el buen nombre que me he labrado para mí y no puedo permitirme perderlo. Tendré que olvidar tu visita, nunca tuve un hermano; mi hermano es Duryodhana. El es la única persona que ha compartido todo conmigo, ha sido para mí más que un hermano. Siempre hemos compartido el mismo asiento y siempre hemos estado juntos. El desea compartir el trono conmigo y ha centrado en mí todas sus esperanzas. No puedo destrozar sus sueños por culpa de un fantasma del pasado que tira de las cuerdas de mi corazón. Mi corazón no es mío, para que pueda entregártelo; pertenece al rey, mi dueño y amigo Duryodhana.

"Madre, sé que ha llegado el fin. Duryodhana y todos aquellos que le aman están condenados y yo también lo estoy. Nada les ocurrirá a los pandavas, Krishna ha tomado la causa de los pandavas sobre sí, responsabilizándose de ellos. Ellos están a salvo como un niño en el vientre de su madre. Tú y Krishna, entre los dos, habéis arruinado mi firmeza y sé que perderé en la batalla ante Arjuna. Arjuna vencerá.

"Debes haber oído hablar de mi vida. Aprendí a manejar el arco del mismo Bhagaván Bhargava, pero él me maldijo, dijo que cuando estuviera luchando con mi peor enemigo olvidaría las palabras sagradas de invocación de los divinos astras; y tengo, además, otra maldición: un brahmán me maldijo diciéndome que la rueda de mi carro quedaría atrapada en el lodo en un momento crucial y que me matarían cuando menos lo esperara.

"Indra me quitó el kavacha y los kundalas que me colocó mi padre y que me hubieran protegido de la muerte si no los hubiera perdido. Y ahora, tú y Krishna, me habéis robado mi armadura interior. Yo odiaba a Arjuna y le hubiera matado felizmente, pero ahora no puedo hacerlo, mi mente está llena de amor por él. ¿Cómo puedo cumplir mi promesa?

Radheya cubrió su rostro con sus manos y sollozó como si su corazón se fuera a romper.

Kunti no podía hacer nada, excepto llorar con él. Tomó su cabeza sobre su regazo y la acarició con sus manos amorosas. Así estuvieron sentados durante un tiempo. Radheya se levantó y le dijo:

—Madre, tu llanto no es bueno para mí, una madre no debería llorar sobre su hijo mientras esté vivo. Madre, por favor, bendíceme y haz que mi sueño se vuelva realidad. Un hijo necesita las bendiciones amorosas de su madre si quiere alcanzar los cielos. Dí que mi nombre vivirá, mientras viva el mundo de los hombres. —Radheya cayó a sus pies y Kunti le bendijo con lágrimas en sus ojos. Radheya le dijo:— Siempre ha sido mi norma conceder dones a aquellos que vienen a mí durante la adoración a mi padre. Hoy tú viniste hacia mí pidiéndome un don y no pude concedértelo; pero, madre, no debes irte con las manos vacías.

Te concederé un don según mi propio criterio: prometo respetar a tus hijos, mis hermanos, no les mataré. Yudishthira, Bhima, Nakula y Sahadeva no morirán en mis manos. Pero Arjuna sí, debo luchar contra Arjuna, no puedo faltar a mi promesa con el rey. Mi duelo con Arjuna ha de ocurrir. Dos cosas son posibles, que yo le mate a él, o que yo encuentre la muerte en sus manos. De cualquier modo, mi fama será inmortal, tendré una muerte noble. Madre, no sufras, de cualquier modo tendrás cinco hijos: o bien tendrás a Radheya quedándote sin Arjuna o tendrás a Arjuna quedándote sin Radheya. Todavía seguirás siendo la madre de cinco hijos.

Vuelve a casa, madre querida.

El cuerpo de Kunti se agitaba con sus sollozos, había encontrado a su hijo y lo había perdido al mismo tiempo. Su corazón, que había estado vacío, se quedó todavía más vacío.

Como el relámpago, que deja al mundo aún más oscuro, estos escasos momentos con su noble hijo dejaron su vida aún más desolada.

Radheya sintió su infelicidad, la abrazó y le dijo:

—Madre, lo que los dioses han escrito no puede cambiarse, ni tus lágrimas ni mis oraciones pueden alterar los designios del Creador. Estas cosas fueron determinadas hace mucho tiempo, antes de qué tú y yo naciéramos, no trates de cambiar el curso del destino.

Ruega por mí, ruega que alcance los cielos destinados a los héroes, por favor, lava mi infelicidad con tus lágrimas. Siento que he recibido el baño de la coronación, tus lágrimas son más santas y más valiosas que las aguas del Ganges. Madre, se está haciendo tarde, debes irte antes de que sepan que tú y yo nos hemos encontrado. Deja que esto sólo sea otro sueño.

Radheya tuvo que levantarla y ponerla en pie, así de débil estaba por la angustia. Madre e hijo se estrecharon en un fuerte abrazo. Kunti se mantuvo cerca de él, y le abrazó una y otra vez como si nunca fuera a dejar que se fuese. De repente, le soltó y se alejó de él con pasos lentos y vacilantes. Radheya se quedó allí, sin moverse del sitio durante largo tiempo, hasta que perdió a su madre de vista.

XX

BALARMA Y RUKMI EXCLUIDOS DE LA GUERRA

A los pandavas les llegó la noticia de la coronación de Bishma como comandante del ejército de los kurus. Yudishthira hizo a Drupada, Virata, Satyaki, Dhrishtadyumna, Dhrishtaketu, Sikhandi y Sahadeva los jefes de los siete akshauhinis y Dhrishtadyumna fue coronado comandante en jefe de todo el ejército. Arjuna fue nombrado jefe de ataque y Krishna fue asigna o como conductor de Arjuna.

Balara a, el hermano de Krishna, se dirigió a Yudishthira. Iba acompañado de muchos miembros de la familia de los vrishnis. Yudishthira le recibió con gran emoción y le rindió honores. Bhima cayó a sus pies, quedándose luego a su lado con las manos juntas. Todos los pandavas y Krishna estaban junto a él y Balarama les bendijo. Yudishthira tomó a Balarama de l mano y le condujo a un lujoso asiento. Todo el mundo vio a ver al gran Balarama que tenía reputación de ser más poderoso incluso que Krishna. Balarama les miró a todos y en particular a Krishna, y dijo:

—He oído que va a haber una gran guerra en la que habrá un exterminio general de todos los reyes de este mundo. "Espero veros a todos pasar a salvo el mar del peligro sin que os ocurra daño alguno. Es evidente que no se pudo evitar la guerra. Lo he estado diciendo una y otra vez a mi hermano Krishna: "Por favor, compórtate con la misma imparcialidad hacia los dos bandos, los dos son parientes nuestros." Duryodhana nos es tan querido como los pandavas. Y le pedí que no se pusiera de ningún lado. Pero ha rehusado escuchar mis palabras. Yudishthira, Krishna ha decidido tomar parte en esta g erra por el bien tuyo y el de tus hermanos; él ha consentido en ser el conductor de Arjuna. Ahora sé que la victoria es vuestra; cuando Krishna coja las riendas de los caballos blancos de Arjuna, nadie más puede soñar en ganar. Bhima, yo te aprecio, pero como tú sabes Duryodhana ha sido mi discípulo favorito y le amo como mi hermano ama a Arjuna, pero no me pondré del lado de Duryodhana, yo no puedo vivir sin Krishna, ni puedo unirme al lado opuesto del de mi hermano, no puedo luchar con mi hermano por culpa de una guerra entre primos lejanos nuestros. Dejo la guerra y el futuro del mundo en las manos de Krishna, en cuanto a mí, no puedo soportar la destrucción de la casa de los kurus, me iré lejos de aquí, a las orillas del río Saraswati. Que os vaya bien, tenéis mis bendiciones.

El gran Balarama, con sus ojos enrojecidos como el vino, se alejó caminando como un león hacia su guarida. Se despidió muy cariñosamente de Krishna y se marchó.

Otro gran guerrero vino a ver a Yudishthira, era Rukmi, el rey de Bhojakata que era hermano de Rukmini, la esposa de Krishna. Con él trajo un ejército que totalizaba un akshauhini en número. Yudishthira, como de costumbre, le recibió cordialmente y le hizo sentarse. Rukmi le dijo:

—Arjuna, no te preocupes del ejército de los kurus, no tengáis miedo, os ayudaré a ganar esta guerra. No hay nadie tan grande como Rukmi. Haré lo que quiera que me pidas en la guerra, quiero asistirte y puedo vencer a todos los héroes del lado opuesto.

"No necesitas aquí a todos estos reyes para que te ayuden. Puedo matar a todos los héroes kurus yo solo, cuando los haya matado a todos, te entregaré este mundo como mi regalo.

Rukmi miró a todos sonriendo para sí mismo. Arjuna observó la expresión del rostro de Yudishthira y luego miró a Krishna. Todo el mundo sabía que Rukmi fue vencido por Krishna, cuando Krishna se llevó a Rukmi y los dos eran enemigos jurados. Pero la cara de Krishna era complaciente, no dijo nada ni su rostro expresaba nada. Arjuna dijo:

—Escúchame, Rukmi. Por favor, no vengas aquí a hablar de miedo. ¿Quién tiene miedo aquí, para que vengas y digas "no tengáis miedo"? No me gusta tu actitud. Estos héroes que se han reunido son todos bravos guerreros y ninguno de ellos se ha expresado con tales palabras.

Nunca hemos tenido miedo. Yo he ganado varias guerras sin la ayuda de nadie, no necesitas adoptar ese tono patriarcal y decir que ganarás el mundo para nosotros y nos lo regalarás. No necesito tu ayuda. Puedes irte o quedarte, como más te guste; no estamos ansiosos por tenerte con nosotros.

Rukmi se fue con su ejército, se dirigió a Duryodhana y le habló en términos similares, diciéndole cómo le habían tratado los pandavas. El orgulloso monarca kuru también rehusó la ayuda de aquel fanfarrón.

Así pues, en la gran guerra que tuvo lugar en Kurukshetra lucharon todos los reyes del mundo, excepto Balarama y Rukmi.

El río Hiranwati se convirtió en la línea de demarcación entre los campos de los dos ejércitos. El ejército pandava se estacionó en las orillas del río. Duryodhana llamó a sus aliados, citó a Uluka, el hijo de Sakuni y le dijo:

—Ve inmediatamente al campamento de los pandavas, ante la presencia de Yudishthira, y asegúrate de que están allí todos los hermanos con Krishna; asegúrate, también, de que estén allí todos los héroes que han venido a ayudarles y entonces, en medio de todos, diles estas palabras: "La guerra en la que hemos estado pensando durante tanto tiempo, se ha convertido ahora en un hecho. Enviásteis un mensaje lleno

de bravatas a través de Sanjaya. Ha llegado el momento de que cumpláis vuestros juramentos; en el que tendréis que probar como ciertas vuestras palabras. En la corte del rey de Hastinapura, hace catorce años, todos vosotros hicisteis varios juramentos. He llegado el momento de que los cumpláis.

"Uluka, diles estas palabras a los pandavas. Te daré mensajes individuales para los hermanos y para Krishna. Ahora ve y tráeme sus respuestas.

Duryodhana le dio también los mensajes individuales y mandó a Uluka a las orillas del Hiramwati.

XXI

DURYODHANA RETA A LOS PANDAVAS

Uluka llegó al campamento de los pandavas y le dijo a Yudishthira:

—He sido enviado por Duryodhana con mensajes para todos vosotros, yo os los transmitiré, pero primero, debéis asegurarme que no os enojaréis conmigo.

Yudishthira le dijo:

—Por favor, no tengas miedo, no te haremos daño.

Uluka entonces les transmitió el mensaje del monarca de los kurus: ' Yudishthira, tú fuiste nuestro esclavo debido a un juego de dados y nosotros arrastramos a tu querida esposa a nuestra corte. ¿Qué hombre que se considere como tal hubiera permitido que su esposa fuera insultada como ella lo fue? No eres lo suficientemente valiente para vencernos y, sin embargo, hablas como si fueras grande. Pasaste doce años en el bosque y un año en la corte de Virata, prestando servicios inferiores para este hombre. Recuerda todo lo que te ha pasado hasta ahora, recuerda el estado de Draypadi aquel día en nuestra corte. Aparta a un lado tu hipocresía; estás tratando de esconder tu cobardía tras el ropaje del Dharma. Recuerda el pasado y sé un hombre, lucha contra nosotros como un verdadero kshatrya.

"Bhima, tu juraste impulsivamente que te beberías la sangre de Dussasana, ¡bébetela, si puedes! Eres muy bueno cocinando, pero recuerda, empuñar el cucharón de cocina y empuñar la maza son dos cosas completamente distintas. Puede que seas bueno trinchando carne para alimentarte, pero veamos si eres tan bueno para trinchar el corazón de mi hermano.

"Arjuna, has estado fanfarroneando sobre cómo vas a matar a mi Radheya, déjame ver cómo lo haces. Ni siquiera eres un hombre, pasaste el último año del exilio en el palacio de Virata, bailando y cantando, no eres un hombre, ¿cómo puedes ni siquiera pensar en luchar contra Radheya?

"Nakula y Sahadeva, vosotros, pequeños y encantadores gemelos, sois los más mimados de vuestra madre, encajáis en lo que fuísteis en la corte de Virata. No sabéis hacer nada mejor que cuidar vacas y caballos. Habéis jurado matar a mi tío y a su hijo, ¡me causa risa imaginarme que vais a intentarlo!

"Yudishthira, por favor, no me menosprecies a mí y a mi ejército. Todos vosotros vais a morir. Preparad ahora vuestras almas para encontraros con vuestro creador.

"Krishna, no creas que nos impresionó la conjura que quisiste provocar en nuestra corte, no nos gustó. Dijiste muchas bravatas ese día, dijiste que con la ayuda de Bhima y Arjuna destruirías el mundo entero, déjame verte intentarlo. ¡Destrúyelo si puedes! Krishna, esto no es Vrindavana, donde te ganaste los corazones de las gopis con tu flauta y tu baile. Todos somos hombres, no nos impresiona tu fama que se ha extendido a los cuatro vientos del mundo. Lucha contra nosotros si eres un hombre, estoy esperando el comienzo de la guerra, quiero ver lo valientes que sois todos; vosotros que tanto habéis hablado de matarnos a todos nosotros.

Los pandavas parecían el fuego reavivado de nuevo y se levantaron de sus asientos impulsados por la furia. Estaban tan enfadados que no sabían qué hacer ni qué decir. Los ojos de Bhima vomitaban fuego sobre Uluka y parecía como si fuera a matarle. Krishna miró a Bhima y le sonrió como diciendo: "Déjale tranquilo, él es un mensajero y se le ha dicho que no íbamos a herirle. No rompas la palabra de tu hermano." Krishna le habló a Uluka y le dijo:

—Regresa a toda prisa a donde esté Duryodhana y dile esto: "Duryodhana, todos hemos oído tu mensaje y hemos comprendido cada una de tus palabras. Todos estamos deseando hacer lo que quieres que hagamos, este es mi mensaje personal para ti. ¡Malvado! sé un hombre al menos a partir de hoy. Ya que no has vivido como un hombre, espero que al menos mueras como tal. Crees que no voy a luchar porque soy el conductor de Arjuna y no un guerrero, no me tienes miedo. Si así lo quisiera, podría quemar todas las huestes de reyes y héroes como el fuego de un bosque quema la paja, pero le tengo mucho respeto a nuestro rey Yudishthira, y porque él me lo ha pedido, he aceptado la tarea de conductor.

"Puedes agradecerle a Yudishthira el hecho de que no vaya a luchar en esta guerra; pero recuerda, Duryodhana, que aunque sólo sea un auriga, verás cómo voy a dirigir los caballos del carro de mi Arjuna. Dondequiera que mires, verás el carro de Arjuna con la insignia del mono. Su estampa aterrorizará tu corazón y te robará el sueño. Despierto o dormido, me verás a mí y a Arjuna y nada más. Verás a Bhima con tus propios ojos bebiéndose la sangre de tu querido hermano, tendrás que contemplar impotente, la expresión de los ojos desesperados de tu hermano, que todavía no estará muerto, cuando le veas atrapado en los brazos de Bhima.

Haremos todo lo que prometimos hacer. Tu rompes tus promesas, pero no los pandavas; recuérdalo."

Bhima dijo:

—Uluka, ve y dile al rey que Bhima no ha olvidado su promesa, pídele a tu rey que se prepare para ver la muerte de sus hermanos. Verá la muerte de sus hijos y de

todos sus sobrinos, entonces recordará este mensaje que ha mandado a los pandavas. Me beberé la sangre de Dussasana bajo los ojos de Duryodhana, que no podrá salvar a su hermano. Que tu rey se esconda dondequiera, yo iré tras él, le romperé su muslo y le mataré. Los valientes no repiten sus juramentos para convencerse a sí mismos, hacen lo que han jurado hacer. Dile eso.

Y Arjuna le dijo:

—Tu rey es un hombre de la peor clase. No tiene ningún valor y depende de la fuerza y el coraje de otros. Ha nombrado al gran anciano Bishma comandante de su ejército, ¿no se avergüenza de sí mismo? ¿Cómo se atreve a agotar a ese anciano a su edad? Ha decidido que el gran kuru, Bishma, debe morir primero y tendrá que morir; yo voy a matarle. Le enseñaré a ese rey tuyo que no somos hombres de palabras, sino hombres de acción. Que vea cómo todos los grandes héroes caen uno a uno. Entonces recordará el mensaje que nos mandó a los pandavas a través de ti.

Habiendo recibido todas las respuestas, Uluka volvió a su rey.

Al día siguiente el ejército de Duryodhana se reunió en el campo de Kurukshetra, al igual que el ejército de Yudishthira. La noche había sido muy excitante para ambas partes.

Duryodhana estaba inmensamente complacido pensando que Bishma destruiría todo el ejército de los' pandavas. No les tenía miedo a los cinco hermanos. Estaba seguro que la guerra se acabaría en un día y que no necesitaría otro comandante para su ejército. Su abuelo destruiría a los enemigos en un día.

Yudishthira no pudo dormir en toda la noche, se sentía muy infeliz. Todos estuvieron hablando durante largo rato. Yudishthira dijo:

—Krishna, me siento muy infeliz pensando en el futuro, no me gusta el cariz que están tomando las cosas. Yo no quería esta guerra, no quería luchar contra nuestro abuelo. No quiero ni pensar que vamos a herirle con nuestras flechas. Odio esta guerra.

Krishna le miró y le dijo:

—No está bien que te sientas infeliz en, estos momentos. Es un momento crítico, tú no tienes ninguna culpa de esto, estás cumpliendo con tu deber como kshatrya. Cuando estuve en Hastinapura observé que sólo Vidura estaba desafiando abiertamente a Duryodhana. Bishma, Drona y Kripa, no estaban demasiado en contra de la guerra. Bishma ha tomado complacido el mando del ejército de los kurus y está deseando lugar contigo. ¿Por qué has de preocuparte?

Yudishthira dijo:

—Arjuna, sufrí los trece años del exilio para evitar esta guerra. Bhima, tú querías luchar y yo te pedí que fueras paciente, siento todo lo que ha ocurrido. Traté todo lo que pude para evitar esta guerra, pero el dios de' la destrucción ha llegado a este mundo. La cuarta era, la última porción del tiempo, Kali, está esperando nacer. ¿Cómo vamos a matar a estos ancianos a los que hemos estado honrando durante todos estos años? Es pecaminoso.

Arjuna le confortó con palabras amorosas, le dijo:

—Siento que no es un pecado matar a aquellos que han decidido matarnos. Estos ancianos, habiéndote conocido a ti y tu bondad, se han puesto del lado de Duryodhana. Tenemos que luchar, no podemos volvernos atrás, se nos ha forzado a esta guerra, no tenemos opción. El riachuelo de la montaña, una vez que abandona su origen, tiene que bajar por el valle y precipitarse hacia el mar. Del mismo modo, las almas que han iniciado el peregrinaje hacia la fama tienen que seguir y seguir. El río no tiene camino de regreso y nosotros tampoco lo tenemos. Ven, hermano, no pensemos más. La guerra comenzará mañana, ven, vayámonos a dormir.

FIN DEL TOMO I del MAHABHARATA

---

[1] C. Schoebel ofrece, en los Annales de I'Université Catholique, t. XVI, 1853, bajo el título de 'Légende des Pandavas', un trabajo que resume el Mahabharata despojado de todos los episodios.

[2] Wilson atribuye el origen de tal palidez a una especie de lepra, lo que explicaría sólo hasta cierto punto la exclusión del príncipe, pues también su hermano padecía una enfermedad muy grave: Dhritarashtra era ciego, y Gandhari, su mujer, a fin de compartir de algún modo su enfermedad, llevaba siempre una banda sobre sus ojos.

[3] Ceremonia en la cual una princesa elegía por sí misma un esposo entre los pretendientes a su mano ofrecen presentes al que preside la ceremonia, en señal de sumisión. Estos hechos conforman el tema del segundo libro llamado 'Sabha Parva', que termina con los episodios donde Yudishthira, a raíz de una partida de juego con Duryodhana, pierde su palacio, su fortuna, su reino, su mujer, sus hijos y él mismo con ellos. El anciano rey Dhritarashtra les devuelve su libertad y su bienes, pero Yudishthira no tarda en dejarse arrastrar de nuevo por la pasión del juego. Acepta, a condición de

que, si la suerte le es desfavorable, él y sus hermanos irán a pasar doce años a los bosques y permanecerán trece años sin dejarse reconocer. Pierde, y se retira con Draypadi, su esposa, y con sus hermanos, a vivir a los bosques.

[4] Situado al noroeste de la India, en la vecindad de Delhi y del río Sarasvati.